

LAS VICISITUDES DE LA LEGIÓN NOVENA DURANTE LAS GUERRAS CÁNTABRAS.  
ACCIÓN E INTRIGAS POLÍTICAS EN LA ROMA QUE TRANSITA DE LA REPÚBLICA AL IMPERIO.

# PAX ROMANA

YEYO BALBÁS



LAS VICISITUDES DE LA LEGIÓN NOVENA DURANTE LAS GUERRAS CÁNTABRAS.  
ACCIÓN E INTRIGAS POLÍTICAS EN LA ROMA QUE TRANSITA DE LA REPÚBLICA AL IMPERIO.

# PAX ROMANA

YEYO BALBÁS



se



Año 25 a.C. Tras derrotar a Marco Antonio y Cleopatra, Octavio ha sido nombrado por el senado primer ciudadano de Roma y Augusto. Ahora dirige una guerra encaminada a conquistar a los cántabros y astures, los últimos pueblos no sometidos de Hispania, requisito indispensable para instaurar la ansiada Paz Romana. Sin embargo, la tenaz resistencia autóctona le obligará a solicitar refuerzos desde el sur de la Galia para tomar a su enemigo por la espalda.

Desembarcada en tierra hostil, la Novena Legión pronto se ganará el sobrenombre de Hispana tras una dura campaña contra las tribus cántabras. Marco Vitruvio Rufiano, ingeniero militar, y sus compañeros de contubernio deberán atravesar el territorio enemigo enfrentándose un líder insurgente llamado Corocuta, por el que Augusto ha ofrecido una enorme recompensa. Este hecho, junto a las fricciones internas, los abocará a una despiadada conjura en torno a la guerra.

«Pax Romana» es un minucioso retrato de la vida cotidiana de las

legiones romanas que nos transporta desde los campos de batalla de Bélgica hasta los bajos fondos de la Suburra y las opulentas mansiones del Palatino. Gracias a una sólida documentación, constituye un interesante retrato de la sociedad que fue testigo de la transición de la República al Imperio, así como una vívida recreación de las guerras cántabras.



Yeyo Balbás

# **Pax romana**

**ePUB r1.1**

**libra 14.05.13**

Título original: *Pax romana*  
Yeyo Balbás, 2011

Editor digital: libra (r1.1)  
ePub base r1.0





A la memoria de Hilario Polanco.

Porque solo sabiendo de dónde  
venimos  
podemos llegar a entender lo que  
somos,  
y adónde vamos.

# Libro primero

... no corresponde al poeta decir lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder, es decir, lo posible según la verosimilitud o la necesidad. En efecto, el historiador y el poeta no se diferencian por decir las cosas en verso o en prosa —pues sería posible versificar las obras de Herodoto, y no serían menos historia—; la diferencia reside en que uno dice lo

que ha sucedido y el otro lo que podría suceder. Por eso la poesía es más elevada que la historia, pues la poesía habla de lo universal; y la historia, de lo particular.

Aristóteles, *Poética*

El historiador se ocupa de los resultados de un suceso; el artista, del suceso mismo. Al describir una batalla, el historiador dice: «El flanco izquierdo de tal ejército fue

llevado a tal pueblo, derrotó al enemigo, pero tuvo que retroceder [...]». Para él las fuentes principales de esa batalla son los informes de los diversos mandos y del generalísimo. El artista nada puede obtener de semejantes fuentes: no le dicen nada. Inclusive, el artista se desvía de ellas porque encuentra allí una mentira inevitable [...] esta mentira proviene de la necesidad de describir en pocas palabras la acción de millares de

hombres dispersos a lo largo de varios kilómetros, en un estado de violenta excitación, bajo la influencia del miedo, la vergüenza y la muerte.

León Tolstói

# I

Llovía. El agua chocaba sobre los cascos de bronce con un continuo martilleo metálico. Marco Vitruvio Rufiano aguardaba en pie bajo la lluvia, mientras sentía que la túnica se le adhería a su cuerpo como una helada segunda piel. Olía a tierra mojada, a cuero, metal y sudor. Una tierra que nunca había estado seca, desde que fue creada en el comienzo del mundo. A su derecha, alguien masculló una maldición. Extrañamente, aquel sonido familiar le tranquilizó. Sin duda, ahora

todos pensaban en lo mismo: mañana habría mucho hierro por limpiar.

Los que sobrevivieran.

El sonido de un *cornu* les ordenó retirar las fundas a los escudos. Lo hicieron a desgana, sabiendo que pronto se encontrarían completamente empapados. El cuero mojado pesaba como una placa de plomo; el brazo izquierdo les iba a arder durante toda la jornada. Dos parejas de alas y cuatro rayos de Júpiter surgieron bajo cada una de las fundas y resaltaron sobre fondo escarlata. Un gran óvalo de madera, recortado en su parte superior e inferior, con una cúpula de hierro en su centro: a

partir de entonces, eso sería lo único que los separaría de la muerte.

Marco respiró hondo mientras esperaba. Era joven, alto y de constitución fuerte. La herencia alpina de su madre se hacía notar en la anchura de sus hombros, aunque su cabello oscuro y una piel curtida por el sol delataban su origen meridional. Un surco blanquecino serpenteaba desde su frente hasta el labio inferior, partiendo su rostro en dos sin desdibujar unas facciones no desprovistas de atractivo. Esta cicatriz alzaba levemente la comisura izquierda de su boca, dibujándole así una perenne sonrisa



irónica que ahora resultaba inquietante, dadas las circunstancias. Sus ojos, de un marrón casi negro, contemplaban el mundo con serenidad y ocultaban un fuego interior que solo afloraba en situaciones como aquella.

Aguardó en pie, junto a sus compañeros, hasta que un griterío surgió desde el interior de un castro envuelto en bruma. Al fin, sus puertas se abrieron: la primera buena noticia desde hacía días.

—Esos bastardos se han confiado — murmuró.

Sonó un nuevo toque de *cornu*, esta vez más largo, y la formación comenzó a

avanzar. El lodazal congelado arruinaba sus cáligas, embarrando los calcetines de lana. Se oyeron muchas más maldiciones; algunos se echaron a temblar.

A lo lejos, las puertas no dejaban de vomitar bárbaros. Más de los esperados. Muchos más de lo que los mandos habían asegurado. Algunos veteranos dirigieron miradas de soslayo hacia el extremo derecho de la formación, buscando al centurión, pero este permanecía impassible, como si nada. Atrás, los bisoños murmuraban asustados, pero el centurión, con un gesto enérgico, les recordó a quién debían

temer.

El viento les trajo el rugido de cinco mil gargantas. La formación continuó avanzando.

Eran una centuria, una unidad que, según la estricta teoría militar romana, estaba compuesta por ochenta hombres. Junto con la que ahora marchaba por delante de ellos, formaba un manípulo. Otros dos manípulos los escoltaban por ambos lados, a cierta distancia: los tratados dictaban que estas seis centurias constituirían una cohorte de cuatrocientos ochenta legionarios. Diez cohortes componían una legión.

Pero ahora no eran una *legio*, sino un

*vexillatio*, un pequeño destacamento de dos cohortes. Y allí, en el norte de la Galia, más allá de los confines del mundo civilizado, la teoría militar valía tanto como una puta de la Suburra: la guerra y la disentería habían reducido su número a poco más de la mitad; habían tenido que echar mano de muchos jóvenes reclutas que jamás habían pisado un campo de batalla.

La misión del *vexillatio* había sido asegurar el control de una vía de suministros durante la temporada invernal. Las órdenes del procónsul habían sido claras: evitar el enfrentamiento con cualquier fuerza que

los superase abiertamente en número. Ahora se encontraban frente a una muchedumbre de bárbaros, al pie de un castro perdido en un bosque de Bélgica. Y es que, a sus espaldas, observándolos desde lo alto de una colina, un ambicioso aristócrata deseaba regresar a casa convertido en héroe.

Un coro de tubas hizo que se detuvieran, mientras un griterío en multitud de lenguas surgía de nuevo, esta vez desde sus propias filas. Marco vio a los auxiliares correr en dirección al enemigo. Una avalancha de galos se precipitó colina abajo en desorden. Se produjo un choque brutal a mitad de

camino. Los celtas utilizaron la pendiente para cargar con furia. Sus gritos y el entrechocar de las armas llegaban apagados a causa de la distancia y la bruma.

El centurión Cayo Licinio Varrón decidió que había llegado el momento de la arenga. Tratando de hacerse oír sobre el estruendo, deambuló frente a sus hombres como un animal enjaulado:

—*Milites!* Es mi deber recordaros vuestros votos para con el Senado y el pueblo de Roma —gritó—. Pero no debería ser yo quien os explicara cómo, hace tres siglos, los galos saquearon nuestra amada ciudad, o quien os

relatase los muchos crímenes que cometieron, de sobra conocidos por todos, bajo los estandartes del púnico Aníbal.

Les hablaba con el rostro congestionado, mientras ellos contemplaban la batalla que estaba teniendo lugar tras él.

—Ningún soldado romano debería olvidar jamás a sus compañeros caídos a orillas del Sambre —añadió, inapelable—. Y menos aún vosotros, pues fueron los belgas quienes llevaron a cabo aquella traicionera emboscada contra nuestro amado Julio César. Romanos: ellos son los únicos culpables

de todos nuestros padecimientos; han sido los morinos, pueblo belga de estirpe gala, quienes, violando su juramento, se han revelado contra nuestro imperio.

Durante un momento, la centuria guardó un silencio reverente: para el pueblo romano, justicia era sinónimo de venganza, y esta no solo era un derecho, sino una obligación moral. Sin embargo, bastó una leve expresión sarcástica en el rostro de Annio para que Marco comprendiera lo que su viejo compañero de armas quería darle a entender: su centurión no había dicho nada de abandonar el campamento de



invierno contraviniendo las estrictas órdenes del procónsul, ni de haber forzado marchas durante once días, sin suministros suficientes, ni de por qué ahora se veían obligados a combatir, al no disponer de comida para un solo día más, perdidos en territorio hostil, sin retirada posible, jugándose el todo por el todo.

Finalmente, Cayo Licinio Varrón añadió algo más:

—Y, sobre todo, no olvidéis el botín que os corresponde por derecho de guerra.

Por primera vez desde hacía días, se pudieron ver sonrisas, acompañadas de

murmullos de aprobación.

—Varrón no es Cicerón, pero conoce su oficio —masculló Marco.

Annio bajó la vista resignado. Era uno de los miembros de su contubernio, con los que compartía tienda, olla y una mula sarnosa para transportar parte de su impedimenta. Se trataba de un tipo bajito, bien entrado en la treintena, con un rostro jovial repleto de marcas de viruela, que repartía su tiempo entre la bebida, el juego y las putas, de forma ecuánime.

Ahora los auxiliares se retiraban en desbandada atravesando el espacio existente entre los manípulos para

situarse tras las dos cohortes, protegidos por la lluvia de proyectiles de los honderos baleares. Marco los vio pasar, cubiertos de barro y sangre, cargando con sus heridos. Durante un instante, pudo contemplar varios rostros atormentados envueltos en una maraña de pelo, colgando de la cintura de alguno de ellos.

Pensó que él podría acabar así ese mismo día: decapitado, yaciendo en un barrizal, devorado por los cuervos. Quizá su cabeza acabaría conservada en aceites dentro de una cabaña, más allá de los límites de la civilización. Aferró con fuerza el pilo. El tacto del arma de

asta y el peso de la cota de malla consiguieron transmitirle confianza.

El torrente de auxiliares se fue agotando. A lo lejos sonaron las tubas. El *cornicen* de su centuria repitió la orden: había llegado su turno. Con su áspero acento samnita, el centurión vociferó algo ininteligible. Como un resorte, los cuarenta y cinco hombres que aún formaban la maltrecha centuria giraron hacia la derecha y comenzaron a avanzar. Todos sabían que la segunda centuria de cada uno de los tres manípulos de las dos cohortes estaba haciendo lo mismo. Cuando se encontraron en el espacio que existía

entre manípulos, un nuevo grito les ordenó girar a la izquierda. Obedecieron y continuaron marchando sin romper la formación. Las doce centurias se encontraban ahora perfectamente alineadas al pie del poblado amurallado.

Silencio. Por un momento, los bárbaros habían dejado de gritar: desde lo alto de la colina, el espectáculo debía de ser impresionante.

Los legionarios comenzaron a golpear sus escudos. Un ritmo primario, demencialmente constante, resonó en el campo de batalla como el sonido de una marcha fúnebre. Era una amenaza, algo

que creaban y, al mismo tiempo, los arropaba. Algo que les hacía sentirse parte de una entidad superior, que les hacía mejores, más fuertes.

«Somos *milites*. Legionarios. Las mulas de Mario. Y este es el latido de la máquina de guerra de Roma.»

A sus espaldas, las tubas sonaron de nuevo y, como un eco, el resoplido de los *cornua* se difundió a lo largo de la línea de batalla. Las dos cohortes comenzaron a avanzar hacia el enemigo, golpeando el escudo a cada paso. Desde lo alto, los bárbaros hacían honor a su nombre, gritándoles insultos y desafíos en una lengua incomprensible. Poco a

poco, una muralla de grandes escudos de brillantes colores fue aproximándose, hasta que al fin los galos cargaron colina abajo.

Ya no llovía: jarreaba. La lluvia azotaba su rostro; el agua helada le había vuelto casi insensible. Un rugido atronador le envolvía y se confundía con el sonido de sus propios gritos. Aquella enorme avalancha de hombres medio desnudos se precipitaba sobre él. Ya casi podía distinguir sus rostros y ver el odio reflejado en ellos. Por primera vez en mucho tiempo, Marco sintió calor. Notó

que se extendía por su entrepierna y bajaba por el muslo. En ese momento, un enjambre de jabalinas remontó el vuelo y cayó sobre la formación romana. Al igual que el resto, se ocultó bajo el escudo. Notó varios impactos sobre él, mientras a su alrededor llovían piedras y lanzas. Entre las maldiciones y los gritos de dolor, pudo distinguir el sonido del *cornu* y, gracias a él, supo que sus dos primeras filas arrojaban los pilos. Solo cuando oyó el estruendo del choque, alzó la vista: los galos habían destrozado su formación y habían llegado hasta la tercera línea.

Trataron de recomponer el cuadro.



Annio pasó a ocupar el puesto de un compañero que yacía sobre un charco de sangre. Una cabellera rubia sobresalía por encima de un muro de escudos y una larga espada descendía con potentes tajos. Varios heridos se retiraban a gatas, mientras los dardos caían por doquier.

Sonó un toque de *cornu* y la primera fila retrocedió, para ser sustituida por la segunda. Marco ganó un puesto, tratando de no chocar con los compañeros que se retiraban hacia el fondo de la formación. Niñato, tras ocupar el lugar de Annio, arrojó su pilo.

El opción le golpeó en la cara.

«Imbécil —pudo leer en sus labios—. Acabaréis matándonos.»

Era otro de sus compañeros de contubernio, el segundo al mando de la centuria; un veterano arrugado y robusto como el tronco de un enebro. Un cuerpo lleno de cicatrices, tres incisivos rotos y las orejas desgarradas por los guantes del pugilato describían mejor que nada su medio siglo de existencia.

Niñato se palpó la boca, contemplando su propia sangre, aún sin comprender.

—A esta distancia, podrías haberle alcanzado a alguien de la primera línea —le explicó.

Una piedra que golpeó su casco le interrumpió. Una jabalina se clavó en el suelo, a una pulgada de su pie. A su derecha, alguien se retiraba cojeando, con una herida en el muslo. De nuevo, oyó el *cornu*: avanzó seis pasos, cruzándose con dos legionarios, y arrojó el pilo con todas sus fuerzas. Al desenfundar su *gladius*, imaginó a un enemigo ensartado en él.

Una vez más, sonó el *cornu*, y la primera línea se retiró. Entonces se encontró ante un océano de gigantes enfurecidos, blandiendo largas espadas de doble filo. Pudo ver a Lucio Cornelio arrastrándose, con sus intestinos

desperdigados por el fango. Un hombre desnudo con el cuerpo pintarrajeado de azul trataba de decapitarlo.

Cuando el bárbaro alzó la vista, por un momento sus piernas no respondieron. Su cuerpo no le obedecía, solo pensaba en la muerte, en todos sus compañeros caídos en aquella tierra fría y hostil, donde el sol era una pálida esfera oculta tras un velo gris. Pensó en aquellos que mendigaban en los foros, lisiados de por vida, atrapados entre un pasado aciago y un futuro imposible. Por un momento, sintió miedo.

Entonces dejó de pensar. Dio dos pasos y dejó caer el peso de su cuerpo

sobre la pierna adelantada. El centro de su escudo impactó en el rostro del bárbaro. Se oyó un crujir de huesos. Intuyó algo a su derecha: una figura alzaba su espada por encima de la cabeza. Un paso, una nueva carga de peso y extendió el brazo girando la muñeca. La hoja de su espada se abrió paso entre las costillas y atravesó el pulmón.

Retrocedió, tratando de mantener la línea. Un golpe en su escudo le hizo tambalearse e instintivamente acuchilló en su dirección. Por segunda vez, sintió calor, esta vez en el rostro, pero continuó luchando sin pararse a pensar

si la sangre era suya o de otro. Tras lo que le pareció una eternidad, oyó un nuevo tañido de *cornu*.

Se retiró hacia el fondo de la formación con los pulmones ardiendo. A medida que se incorporaban a la retaguardia, el optión iba distribuyendo a sus hombres, tratando de reorganizar el cuadro. Marco se topó con Niñato y Annio.

—El centro se está debilitando — comentó el más joven.

—Nos falta gente —dijo Annio, abandonado su habitual sarcasmo, lo cual dejaba bien claro que las cosas no

iban nada bien.

A sus espaldas se habían desplegado los baleares, y ahora utilizaban sus hondas más largas para arrojar proyectiles de plomo por encima de ellos.

—Al parecer, el legado ha ordenado reforzar el centro —añadió.

Si se observaba la línea en toda su extensión, la razón resultaba obvia. Como era habitual, el ala derecha había ido ganando terreno, al mismo tiempo que la izquierda retrocedía. Esto era algo normal en un ejército en el que todo hombre era diestro, por naturaleza u obligación, y avanzaba hacia el lado de

su arma, buscando refugio tras el escudo de su compañero. Pero ahora su centro había comenzado a ceder ante el empuje de los galos y la formación presentaba una alarmante curvatura.

Se habían materializado todos sus temores. La noche anterior, mientras agotaban el escaso vino que aún les quedaba, los miembros del contubernio habían hablado sobre ello hasta la madrugada. El centurión Quinto Celio Bíbulo había llegado con la noticia: iban a desplegarse en un solo *acies*, en lugar de en un *duplex acies*. La elección era difícil: con una línea doble, la segunda cohorte actuaría de reserva para reforzar



los puntos débiles de la primera, aunque así difícilmente podrían presentar un frente de batalla lo bastante extenso como para no ser rebasados por las alas. Esto no sucedería con las dos cohortes en paralelo, pero una formación tan poco profunda siempre corre el riesgo de romperse en algún punto. Y, una vez ocurrido esto, todo estaría perdido.

—Los galos son inconstantes —había asegurado Annio—. Su carga siempre es fuerte al principio, pero si no logran debilitarnos, se desmoralizarán. Si conseguimos aguantar...

—No sabemos cuántos son. —El opción le interrumpió con sequedad.

—El legado...

—Nuestro legado no sabe una mierda —añadió el veterano—. Y Licinio Varrón anda tras una *corona muralis*. Nos enviará al Hades con tal de conseguirla.

—Nuestro legado no sabe lo que hace —concluyó Quinto, con resignación—. Habla de desplegar dos cohortes, sin darse cuenta de que en realidad solo tiene una. Con las dos unidades al completo, esta táctica resultaría arriesgada. Tal y como nos encontramos ahora...

El eco de aquellas palabras todavía resonaba en su mente mientras ganaba

puesto tras puesto. Esta vez combatiría junto a Niñato y Annio, y la espera sería mucho menor. De algún modo, la compañía de sus dos contubernales le reconfortaba, aun sabiendo que se dirigían hacia las mismas puertas del Tártaro. Una vez más, arrojó el pilo y, de nuevo, desenvainó su *gladius*. Un soldado bisoño se retiraba cubriéndose el rostro con las manos, profiriendo horribles gritos de dolor. Otro compañero se lo llevó a rastras, mientras aullaba. El resto de los novatos bajaron la vista, tratando de ignorarlo. Marco frunció el ceño.

«Un solo hombre puede hacernos

más daño que toda una caterva de bárbaros.»

Aguardó su turno. El corazón le resonaba en el pecho como el tambor de un trirreme.

Al fin, la primera fila se retiró, y se quedó frente a un ejército de gigantes enfurecidos. Sus largas espadas descendían una y otra vez destrozando escudos, y con sus lanzas buscaban un hueco entre ellos. Una forma de combatir tosca, individualista, predecible. Con todo, eran hombres extremadamente valientes, de una fortaleza proverbial, unos enemigos formidables.

Luchó de forma rutinaria, a la espera de un error. Pero, a su izquierda, Niñato lanzó una estocada abriendo su guardia. Tuvo que avanzar para cubrirle el costado derecho con su escudo, protegiéndose a sí mismo con un tajo ascendente. El primer tercio de su espada alcanzó la mano que empuñaba un arma: logró cubrir el ángulo, pero no impedir que una lanza pusiera a prueba la resistencia de su cota de malla.

Sintió una fuerte punzada en el pecho y cayó al suelo. Al incorporarse, dedicó un gesto de agradecimiento a Annio y volvió a ocupar su puesto, respirando fuego.

«Estamos jodidos», le decía la mirada de su amigo.

No le faltaba razón. Por cada legionario que caía, tres galos habían muerto, pero la línea seguía cediendo lentamente. En cualquier momento, su formación se rompería en algún punto. Entonces todo estaría perdido. Marco continuó luchando, a sabiendas de que aquel desenlace era inminente.

Debían ganar tiempo, resistir todo lo posible. Su única esperanza residía en que Annio no se hubiera equivocado, en que su enemigo, al verlos resistir, acabara desmoralizándose.

Paulatinamente, el empuje galo fue

menguando, hasta que su formación se convirtió en un rebaño de hombres amontonados, como ovejas en una tenada. Algunos que trataron de retroceder para abrirse paso entre sus compañeros eran acuchillados por la espalda. Los que intentaban combatir no podían blandir sus largas espadas, por falta de espacio. Pero ellos sí pudieron hacer uso de sus *gladii* para apuñalarlos en el vientre. Avanzaron de forma implacable, ebrios de sangre, entre un mar de cadáveres y el cañaveral formado por millares de lanzas clavadas en el suelo, pisoteando a sus heridos hasta que morían ahogados en el barro.

Acuchillaban y tajaban, golpeaban y fintaban, ateridos a causa del agua helada que caía sobre ellos y les llegaba hasta los tobillos.

Uno tras otro, los estandartes enemigos fueron cayendo a medida que su ejército era, literalmente, aplastado. Solo cuando se encontró ante un muro de compañeros cubiertos de barro y sangre, supo que la batalla había terminado.

Entonces, los soldados se abalanzaron sobre los cadáveres, buscando brazaletes y torques. Se oyeron los gritos de los moribundos a los que degollaban para hacerse más fácilmente con sus armas.



Marco echó un vistazo a su alrededor, tratando de comprender lo que había sucedido. Oyó la entrecortada voz de Annio a su espalda.

—Hemos debido de embolsarlos — dijo entre toses.

Él asintió en silencio. Una vez más, la disciplina se había impuesto. Toda la fuerza y el valor derrochados por aquellos temibles guerreros no habían servido de nada. Ahora, o habían muerto, o bien o acabarían como esclavos.

Así era la guerra: para conservar tu libertad como pueblo, debes renunciar a tu libertad como persona.

Deambuló por el barrizal sembrado de cadáveres hasta toparse con una figura tendida en el suelo. Varios huesos astillados asomaban por sus heridas, y sus facciones estaban desfiguradas por el dolor. Una macabra versión de la famosa escultura de Epígono, traída desde Pérgamo por algún sarcasmo del destino. El galo moribundo alzó la vista, ofreciéndole el cuello en un gesto universalmente conocido como «recibir el hierro».

Durante un instante, Marco experimentó un absurdo sentimiento hacia el bárbaro, algo que iba mucho más allá de la piedad: una solidaridad

nacida de la conciencia de saber que él podría haber estado en su lugar.

Apoyó la punta de su espada sobre la clavícula del galo y la hizo descender empleando todo el peso de su cuerpo hasta atravesarle limpiamente el corazón.

## II

*Con una decisión inusitada, el legado Fanio Cepión fue en pos del enemigo, a pesar de las quejas de aquellos que no tenían fe en la empresa. Forzando marchas, logró alcanzar a los rebeldes y los obligó a presentar batalla a los pies de Gesoriacum. La lucha se mostraba ardua e impredecible para el*

*general romano, pues tan solo contaba con dos cohortes, mas con una apasionada arenga supo encender el ánimo de sus hombres.*

*Entonces, siguiendo el ejemplo de Aníbal en Cannas, dispuso una línea de batalla extremadamente extensa y débil. Pese a ello, sus hombres pudieron aguantar con vigor la fiera embestida de los galos. Allá donde flaqueaban, enviaba presurosamente*

*refuerzos y él mismo en persona acudió a la lucha, aportándoles un ejemplo que despertó su deseo de emulación. Finalmente, su mañosa táctica obtuvo los frutos esperados, pues la concavidad de la línea hizo que el ejército bárbaro fuera envuelto, a partir de lo cual la batalla se tornó en carnicería, y en ella pereció hasta el último de los morinos.*

La mañana se había presentado

deslumbrante, o al menos todo lo deslumbrante que puede ser un día de febrero en el norte de la Galia.

Con el cálamo en la mano, Marco dibujaba las murallas del poblado recién conquistado, que serpenteaban por la colina, aprovechando toda clase de accidentes naturales. En el punto más elevado había instalado su groma, una cruceta de madera dispuesta horizontalmente sobre un pie, nivelada gracias a cuatro plomadas que pendían de sus esquinas mediante cordeles. A decenas de pasos de distancia, Annio, Niñato y el opción situaban las varas de medición de acuerdo a sus indicaciones,

hasta varios puntos de referencia establecidos para descomponer las formas del terreno en triángulos y rectángulos, polígonos elementales cuya área y cuyos lados podría calcular con facilidad gracias a las enseñanzas de Pitágoras y Tales de Mileto.

Marco era mensor, un ingeniero militar encargado de la construcción de fortificaciones y campamentos.

—Levántala más —gritó.

—Maldita sea —rugió Annio—. ¿Es necesario tanto cálculo? Aquí arriba hay agua, un techo bajo el que cobijarse y unas sólidas murallas. ¿Qué más hace falta?



Escuchó sus protestas con indiferencia, pues había descubierto que refunfuñar era solo un hábito más. Sin duda, le estaba agradecido por ayudarle, pues eso le ahorrraba tener que desempeñar otras tareas mucho más desagradables. Se habían pasado toda la mañana con eso, pues continuamente el ajetreo de los legionarios, que no dejaban de amontonar cadáveres, los interrumpía.

—¿Y por qué debemos permanecer aquí? —gruñó de nuevo el hombrecillo—. ¿No se supone que una flota iba a venir a recogernos?

—Lo que yo me pregunto es adónde

nos llevarán esas naves —añadió el opción.

—Dicen que Octavio planeaba la invasión de Britania, antes de verse obligado a marchar hacia el norte de Hispania —razonó Niñato—. Es posible que haya retomado su proyecto inicial.

—La guerra cántabra no marcha bien —repuso el opción—. Y el *princeps* no es de los que comienzan algo antes de haber terminado con lo que tienen entre manos.

Corría el año 729 desde la fundación de Roma y tan solo hacía seis que la guerra civil entre los miembros del triunvirato había quedado

sentenciada frente a las costas de Accio. Meses después, Octavio derrotó definitivamente a Marco Antonio y a la meretriz de Oriente en Alejandría. Tras una conveniente purga, el Senado le había nombrado «primer ciudadano» y Augusto, lo que le legitimaba el poder que le otorgaban sus legiones. De esta forma, se mantenían con vida las viejas instituciones republicanas, pero solo gracias a mantener una piadosa farsa. Una comedia según la cual en Roma no había ninguna monarquía, y los miembros de la curia podían expresar libremente sus opiniones, algo que la plebe había aceptado gustosamente a

cambio de la promesa de paz y de tener el estómago lleno. De este modo, el populacho con el que se había construido un ejército conquistador de medio mundo, acabaría convertido en un ocioso rebaño, solo preocupado por las entregas gratuitas de trigo y los espectáculos del circo.

Tras participar en Accio, la IX Legión había sido enviada hasta Aquitania, donde tuvo que sofocar una revuelta, y a continuación fue desplazada hacia el norte, para formar parte de un ejército cuyo objetivo era invadir Britania. Sin embargo, estos planes pronto fueron abandonados

debido al cariz que iba adquiriendo la guerra cantábrica. Así, mientras varias legiones marchaban hacia Hispania, la novena fue dividida en pequeños destacamentos para asegurar el control de la Galia, conquistada tan solo tres décadas atrás.

—Yo creo que nos destinaran al Rin, como guarnición —aseguró Niñato—. Se está licenciando a los veteranos, entregándoles dinero y tierras. En Roma, la gente está harta de tanta guerra, y Octavio ha jurado traer una era de paz una vez que haya puesto orden en las provincias.

—Roma lleva cuatro siglos

pacificando todo el maldito orbe terrestre —terció con aspereza el opción—. Cada guerra que emprendió iba a ser la última, pero solo trajo otra más. Mi padre sirvió a César, y mi abuelo a Cayo Mario; y yo llevo casi veinte años de campañas ininterrumpidas: siempre ha habido guerra y siempre la habrá.

—«Si quieres paz, prepara la guerra» —recitó Marco, irónico.

—Maldita sea —se lamentó Annio—, una cosa es defender Italia en Aquae Sextiae, o conquistar Egipto y disfrutar de la compañía de hermosas esclavas sirias, y otra muy distinta es acabar aquí, en el culo del mundo.

—No deberías haber hecho caso a los oficiales de reclutamiento —le señaló su amigo tras realizar una nueva medición—. ¿O es que tú también has abrazado el estoicismo, convirtiéndote en un amante de la paz?

—Soy un honrado profesional de la guerra —manifestó el aludido con orgullo—. Mato, incendio y mutilo por solo doscientos veinticinco denarios al año, es decir, unos diez ases al día. Si además se me descuenta una parte para costear mis armas y el fondo de pensiones, apenas me queda una mísera cantidad para poder mantener mi acostumbrado modo de vida castrense.

—Antígono, como médico, ya te ha advertido que...

—Los griegos lo tienen fácil, porque son unos depravados y lo mismo les da la carne que el pescado —prosiguió Annio—. Pero resulta difícil disfrutar de los placeres de Venus cuando apenas hay una mujer civilizada en cien millas a la redonda, y las únicas disponibles se aprovechan de la situación de forma abusiva.

—Odias tener que pagar por follar —concluyó el opción.

—En absoluto, lo que me molesta es la falta de ética profesional —razonó Annio, imperturbable—. Además, ya



sabéis que mi corazón pertenece a una dama.

Mientras hablaban, Marco advirtió que le subía la fiebre. El día iba a ser duro y lo peor estaba aún por llegar.

Y como podía empeorar, lo hizo. Le ordenaron acudir a la reunión del consejo que estaba teniendo lugar en la acrópolis. Con la frente ardiendo, se presentó ante el legado, rodeado por una docena de centuriones, entre los cuales se encontraba Quinto y Licinio Varrón.

Fanio Cepión vestía una túnica tan deslumbrante como el mármol del monte Himeto y, apenas oculta por su capa, una coraza de bronce convertía su torso en

el de un dios griego, sobre el que se erguía un rostro sonrosado de boca ancha y labios carnosos que le otorgaba aspecto de fauno, impecable gracias al trabajo del barbero. Su cabello, rubio y ensortijado, con dos largas patillas que morían en el nacimiento de su ancha mandíbula, había sido meticulosamente peinado hacia delante. La apariencia de aquel patricio de treinta y dos años contrastaba con la de los hombres que lo rodeaban, los cuales habían despojado de sangre y barro su indumentaria con un grado de éxito muy desigual. Tras una batalla y quince días marchando a través de barrizales, Marco consideró que

nadie podía pedirles mucho más, al igual que a él mismo.

Tras verse sometido a un breve escrutinio, un rictus en los labios del noble le dejó claro que pensaba de una forma distinta. El mensor se había mudado de túnica y calzones, pero ambos se encontraban salpicados de fango. Su cota de malla presentaba un desgarrón allá donde una lanza la había desmachado, y en sus hombreras aún se podían adivinar varios regueros de óxido, al ser la parte más expuesta a la lluvia. Sin embargo, había limpiado a conciencia tanto la espada como el puñal, que ahora colgaban con pulcritud

de su cintura, dentro de unas desgastadas fundas de madera reforzadas por un armazón de latón.

Durante un instante, el mensor bajó la vista, asaltado por un absurdo sentimiento de culpa. Al levantarse se encontró de nuevo ante una mirada inquisitiva. Estaba claro que su superior esperaba que dijera algo, pero él no sabía muy bien qué. Con todo, aceptó el desafío, y de forma deliberada desvió su atención hasta los cuerpos de sus compañeros que yacían amontonados sobre el barro. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse, había irritación en los del legado: ambos sabían quién se

había enfrentado a millares de bárbaros y quién había contemplado el espectáculo sentado cómodamente en su cátedra.

La situación se estaba volviendo peligrosa. Tras un carraspeo, Quinto acudió en su ayuda:

—Estábamos considerando la posibilidad de trasladar hasta aquí el campamento.

Él asintió y, tras desplegar sus planos sobre la mesa, contempló el paisaje circundante, comparándolo con las líneas trazadas por su cálamo. El castro se asentaba sobre una colina que dominaba la orilla oriental de una

caudalosa ría que desembocaba en el mar británico y, hacia el noroeste, casi se podía intuir la costa de aquella remota isla. En el sur se encontraban los campos de cultivo, ahora estériles, y más allá, sobre otro altozano en medio de una inmensa llanura boscosa, habían construido su campamento de campaña. Rodeado por un perímetro defensivo formado por una fosa y un terraplén, habían dispuesto las habituales estacas portátiles para formar una débil empalizada, reforzada por una maraña de ramas clavadas hacia el exterior hasta formar una cerca casi impenetrable.

Observó su obra con orgullo, pues se trataba de un campamento de libro. Un recinto perfectamente rectangular, de esquinas redondeadas, en el que la longitud de su lado menor era las dos terceras partes del mayor. En cada uno de sus lados había una puerta protegida por una prolongación de las defensas en forma de arco: la orientada hacia el enemigo era la puerta pretoria; frente a ella se encontraba la decumana. Ambas estaban unidas por un camino toscamente empedrado que atravesaba el campamento, conocido como vía pretoria. Las otras dos entradas eran la principal derecha e izquierda,

conectadas por la vía principal, de forma que estas dos amplias sendas dispuestas de forma perpendicular coincidían con los dos ejes del recinto. En el punto en el que ambas se cruzaban se encontraban los *principia*, cuartel general donde se custodiaban las insignias de las unidades y, frente a él, el pretorio, el pabellón del comandante y su guardia personal. Por detrás de este, una nueva vía, paralela a la principal y llamada quintana, se prolongaba de lado a lado, de forma que esta red de caminos delimitaba seis parcelas en las que se disponían las tiendas de campaña de cada contubernio



de ocho hombres, agrupadas por centurias y separadas del perímetro defensivo por un amplio espacio llamado intervalo.

Efectivamente, se trataba de un campamento de campaña, también llamado «de verano», pues existía la norma no escrita de que las campañas militares debían realizarse durante la temporada estival. Pero incluso aquellos acuartelamientos destinados a hospedarlos en barracones durante los largos meses de invierno contaban con una disposición idéntica, de forma que esta siempre les resultara familiar allá donde estuvieran, ya fuera en los

bosques de Germania, ya fuera en los desiertos de Libia.

Marco centró de nuevo su atención en el dibujo del poblado e inspiró antes de comenzar:

—Se trata de una fortificación construida por bárbaros y, por tanto, su planta es irregular, pero, pese a ello, efectiva. El muro gálico está formado por una estructura combinada de vigas de roble y mampostería sin argamasa, por lo que es muy resistente a los arietes y, al mismo tiempo, resulta casi inmune al fuego. Derribando el tramo existente entre estos dos puntos y uniéndolos por medio de un muro recto, podremos

aprovechar buena parte de la construcción, haciéndola rectangular.

Hizo una breve pausa, para comprobar que su audiencia permanecía atenta a sus palabras.

—La puerta pretoria y la decumana han de situarse en los accesos ya existentes, lo que obliga a que la vía pretoria sea oblicua —continuó—. Aquí mismo, se asentarían el pretorio y los *principia*. Habría que derruir las cabañas que aún se mantienen en pie y allanar el terreno en esta zona, para poder construir los barracones.

Una vez que hubo terminado, alzó la vista. Como era habitual, el centurión

Licinio Varrón le observaba con el ceño fruncido, aferrando con fuerza su vara de vid, a la espera de encontrar alguna fisura en su exposición. Una perspectiva que sin duda le resultaba tan atractiva como a un zorro colarse en un gallinero. Era un hombre cuadrado, tanto en rostro y hombros como en sus propias convicciones personales, para el que todo intercambio de opinión constituía una guerra abierta; para él, toda relación humana era una lucha por establecer la supremacía. Desde el mismo momento en el que ingresó en su unidad, le había profesado esa clase de hostilidad que solo puede demostrar aquel que se sabe

inferior a quien desprecia. La creación del *vexillatio* le había supuesto a Marco un temporal ascenso, al otorgarle la oportunidad de realizar las labores de mentor y, por tanto, ser el máximo responsable de la construcción de los campamentos de su destacamento. A partir de entonces, su desprecio se había convertido en odio, y solo su condición de inmune, además del precario equilibrio de poder existente entre los mandos intermedios, le había librado de serios problemas.

Este equilibrio dependía en gran medida de los dos suboficiales situados a su derecha. Cayo Voconio Mauro era

su *pilus prior*, el centurión de mayor rango de la segunda cohorte. Un hombre bajo y enjuto, de cabello grisáceo y cejas pobladas, bajo las que se ocultaban unos ojos inquietantemente vivaces. Un rostro inexpresivo, de pómulos hundidos, boca estrecha y unos finos labios que solo abría en ocasiones contadas. A causa de la edad y la costumbre, las escamas de bronce de su cota de mallas parecían formar ya parte de su cuerpo, al igual que las grebas que cubrían la parte inferior de sus piernas.

Ahora le observaba fijamente, con las manos reposando sobre los pomos de sus armas, en una pose relajada,

aunque al mismo tiempo enérgica. Su aspecto, metálico y correoso, coincidía por completo con su carácter: veterano de César en sus guerras gálicas y civiles, superaba ya el medio siglo de existencia y era respetado por todos, temido por la mayoría y por nadie ignorado.

Quinto, por el contrario, era su antítesis. A sus veintitrés años de edad, su centurionado solo obedecía al hecho de contar con una renta anual superior a los cuatrocientos mil sestercios, lo cual le convertía en miembro de la clase ecuestre. Por tanto, mientras que para el resto de los centuriones su rango

constituía el punto culminante de sus carreras, para él solo había sido un comienzo. De familia acomodada, aspecto agraciado, carácter afable y cínico, su padre le había obligado a alistarse a causa del rumbo licencioso que había adquirido su vida.

Marco había disfrutado de su amistad desde el mismo momento en el que ingresó en la Novena tres años atrás, y pronto el joven centurión acabó participando en las informales reuniones de su heterogéneo grupo de camaradas. Respecto a su estado de gracia con Voconio Mauro, obedecía a un respeto que se había ido fraguando poco a poco



y al simple hecho de que detestaba a Licinio Varrón.

Sin embargo, el *pilus prior* no iba a ser por ello menos exigente con su trabajo.

—¿Y los almacenes? —inquirió.

—Los hórreos para el grano pueden edificarse aquí. —Señaló con el índice un punto en el papiro—. Hay una fuente en el castro, aunque podríamos levantar un brazo hasta el río, para asegurar la aguada.

Tras sumergir la punta del cálamo en el tintero, trazó sobre el plano una prolongación de las defensas, en forma de dos líneas paralelas que llegaban

hasta el borde de una ancha franja azul. Pero el problema era otro. Ambos lo sabían.

—Se trata de una disposición inusual —añadió Voconio Mauro.

—Al igual que las circunstancias en las que ahora nos encontramos.

Los centuriones intercambiaron miradas de inquietud, pues se trataba de una cuestión de vital importancia. Más de un siglo atrás, durante el transcurso de las guerras celtibéricas, el cónsul Fulvio Nobilior decidió invernar en un campamento de verano frente a Numancia. Obligados a dormir en tiendas de campaña y acosados por los

arévacos, muchos soldados murieron de enfermedad. Por otra parte, construir una fortificación aprovechando las defensas de un castro no era algo del todo inusual, y el propio Julio César había recurrido a ello durante sus guerras gálicas. Aunque ya habían dejado atrás los mayores rigores de la estación fría, resultaba obvio que esa solución era la más sensata, dado el lamentable estado de la tropa.

Uno tras otro, la atención de los suboficiales fue recayendo sobre el legado. Tras un silencio teatral, concebido para aumentar la expectación, se dignó a hablar.

—Los tratados dicen que el intervalo ha de contar con al menos sesenta pies de ancho —señaló—. Y en este lado solo tiene la mitad.

La punta de su índice recorrió el papiro por el espacio existente entre la muralla y los círculos que representaban las viviendas.

—El intervalo tiene como objeto mantener las tiendas lejos del alcance de los proyectiles enemigos y, al mismo tiempo, permite formar a las tropas para realizar una salida —respondió Marco de forma monótona—. El lado oeste cuenta con un desnivel de más de sesenta grados, lo que reduce el alcance

efectivo de las armas arrojadizas hasta casi una tercera parte. Por lo demás, creo que existe espacio suficiente para desplegarlos.

—No es suficiente para formar a dos cohortes —repuso Fanio Cepión.

—Es que no somos dos cohortes.

Su réplica sonó como una blasfemia en el interior de un templo; su instinto le advirtió de que, por algún motivo, había pinchado en hueso. No sabía qué era lo que se cocía y, por tanto, había cometido el más grave error en el que puede caer un estratega: realizar una acción arriesgada sin reconocer el terreno.

Como era de esperar, Licinio Varrón

no desaprovechó la oportunidad.

—Una cohorte es una cohorte, y lo seguirá siendo aunque esté formada por tres legionarios —manifestó—. No podemos olvidarnos de los genios, los espíritus protectores de cada una de las centurias. El sentimiento de pertenencia a la unidad, la identidad colectiva que simboliza cada *genius*, es lo que diferencia un ejército de un simple rebaño de hombres.

—Como espíritus, los genios son incorpóreos —respondió Marco con sencillez—. No creo que se ofendan si no cuento con ellos a la hora de calcular el espacio que ocuparán en la

formación.

Las risas sonaron apagadas, casi inaudibles, pero se dio cuenta de que había cometido un nuevo error, y no era precisamente haber ofendido a los espíritus.

Licinio Varrón era de esa clase de individuos que, ante una sequía, confiaba en que los sacrificios bastarían para traer el agua de la lluvia. Un rústico vestigio de aquel pueblo latino que, según un historiador griego, se enorgullecía de ser el más piadoso del mundo, más incluso que los propios dioses. Sin embargo, si Roma había construido un imperio era gracias a

gente como Marco, que preferían construir acueductos, confiando tanto en los dioses como en su propio intelecto. Muy pocos habrían considerado impías sus palabras; la razón que se le escapaba debía encontrarse en alguna otra parte.

—La verdad es que me preocupan cuestiones más mundanas —reconoció Cepión—. El trazado de este nuevo campamento no se ajusta al modelo establecido en los tratados para un *vexillatio* de dos cohortes.

—Con todos mis respetos, legado —contestó Marco—, los tratados solo muestran un modelo ideal, que puede y



debe ser adaptado a las circunstancias, ya sean las características del terreno, los materiales disponibles o el número real de hombres. Si hemos de permanecer aquí, estas murallas constituyen la mejor defensa posible.

—Parece que al fin estás reconociendo tu incapacidad para diseñar un nuevo campamento de invierno. ¿O es que estás dando a entender que el ejército romano no puede construir una fortificación superior a la de unos bárbaros?

El tono era deliberadamente ofensivo. Fanio Cepión se enorgullecía de expresarse con eso que algunos

nobles llamaban «franqueza»: evitar caer en la falsa modestia que supone no tratar a un inferior como tal.

—No, legado. —Marco se vio obligado a explicarle lo obvio—. Pero llevamos quince días de marchas ininterrumpidas, casi sin víveres, bajo la lluvia y el frío invernal. Los que no han muerto están enfermos, heridos o al borde de la extenuación. Edificar un nuevo campamento de invierno partiendo de cero es algo que se encuentra más allá de nuestras fuerzas.

—Y, sin embargo, es a los grandes generales a quienes les corresponde hacer lo imposible —concluyó Cepión.

Una vez finalizada la reunión, Marco no sintió el alivio de costumbre. Hasta ese momento, la sequedad de su garganta y el zumbido en su cabeza se habían confundido con el habitual malestar ante situaciones como aquella, pero ahora la frente le ardía como si fuera un brasero.

Quinto caminaba a su lado, aparentando indiferencia. Ambos se dirigían hacia el campamento, pero él rara vez mostraba un gesto de familiaridad para con nadie, pese a que en el pasado, los dos solos y espada en mano, se hubieran enfrentado a media docena de jinetes basternos. Aunque la

época de las proscripciones había quedado atrás, un hombre de su posición debía cuidar a quién demostraba amistad, por el bien de ambos.

—Deberías haber prestado más atención en las clases de retórica.

Le hablaba con el ceño fruncido, sin apenas mover los labios.

—¿Hubiera aprendido a ser mejor ingeniero? ¿A tener más sentido común?

—En ambos casos la respuesta es no —repuso—. Pero después de tantas horas malgastadas con el maestro de retórica, acabas encontrando ciertos argumentos predecibles. Te has metido tú solo en la trampa.

—La próxima vez me cubriré mejor las espaldas.

—En realidad, él ya había tomado esa decisión, dijeras lo que dijeras. Trasladar hasta aquí el campamento no es que sea algo que se aleje de la ortodoxia militar. Después de todo, llevamos meses obviando las normas más elementales del arte de la guerra. El problema de fondo es que nuestro legado no va a tomar ninguna decisión que reconozca, aunque sea tácitamente, que ha perdido a la mitad de los hombres que se le confiaron.

—Eso es estúpido.

—Eso es política, y la política es

estúpida. Ante un problema, una conducta racional sería tratar de solucionarlo, pero la solución política siempre será negar su existencia.

Marco recordó el día en que vio por primera vez a Cepión, dos años atrás, como nuevo oficial al mando de la IX Legión. Su apática mirada cuando le expuso sus necesidades le dejó bien claro que, para él, aquel cargo no era más que un molesto trámite dentro de su carrera política. Si lograba labrarse una buena reputación, podría convertirse en *propretor* provincial antes de regresar a Roma y así aspirar al consulado, que era la meta de cualquier noble. Por ello,

cuando estalló la rebelión de los morinos, no le sorprendió que Cepión no quisiera perder tiempo reuniendo a sus tropas y, con tan solo las dos primeras cohortes, forzara marchas hasta Gesoriacum, temeroso de que alguien le robara la gloria. El legado apuntaba alto, y para los miembros de la clase senatorial no existía ninguna diferencia entre lo político y lo militar: ambos intereses confluían peligrosamente.

—Deberías ir a que te viera Antígono —le dijo Quinto.

Él asintió. No deseaba importunar al médico, pero las fiebres se habían llevado a demasiados compañeros como

para no tomarse en serio su estado. Tras despedirse de él en la puerta pretoria, recorrió la senda toscamente empedrada para dirigirse al hospital.

Las tiendas de campaña habían sido cubiertas por túnicas raídas tendidas al sol, tras haber sido engrasada su cobertura de piel para impermeabilizarlas. Algunos soldados se acurrucaban en su interior, envueltos en gruesas mantas de lana, mientras otros molían el grano recién repartido o trataban de prender fuego a la escasa leña que casi por milagro habían logrado mantener seca. El resto limpiaba pacientemente sus armas,



aunque aquellos exentos de servicio se habían reunido en pequeños grupos que charlaban en voz baja, intercambiando monedas, fragmentos de torques y otros frutos del saqueo. No le extrañó descubrir a Annio sentado junto a varios miembros de la primera cohorte, jugándose a los dados el escaso botín obtenido.

Encontró el hospital abarrotado, a pesar de que habían sido montadas más tiendas para albergar a los heridos. Algunas disponían de un pequeño zócalo de piedra que mejoraba sus condiciones de salubridad y se habían excavado varios canales a su alrededor para evitar

que el agua se filtrase por el suelo, pero no eran más que un albergue miserable, con las paredes manchadas de moho y sangre, en el que los heridos eran amontonados sobre el suelo húmedo.

Marco recorrió las tiendas, contemplando aquellos cuerpos despedazados, apiñados como en los accesos de un anfiteatro, y de repente se sintió fuera de lugar. Iba a marcharse, pero entonces oyó una voz ronca a sus espaldas:

—Estoy aquí...

Antígono era un joven de cuerpo fibroso. Una nariz prominente y dos marcadas entradas le otorgaban el

aspecto de un ave de presa, aunque se trataba de un hombre desconcertantemente honesto, casi ingenuo, con el que se podría jugar a la *micatio* incluso en la oscuridad. Su mirada poseía la intensidad del que no oculta nada y la fortaleza de aquel que siempre ve la muerte como un enemigo, y nunca como un posible aliado. Rodeado de una soldadesca ruda y tosca, en el mejor de los casos, fanfarrona y cruel, la mayoría de las veces, se había ganado el respeto de todos demostrando una clase de valor único: la de aquel que, en la batalla, siempre piensa en los demás antes que

en sí mismo. Era griego, de Tarento, aunque había estudiado medicina en Alejandría. Desde que Julio César estableció exenciones fiscales a esta profesión en la urbe, los mejores médicos habían procedido de las ciudades helenas. Al ser itálico, Antígono poseía la ciudadanía romana, aunque hablaba latín con un acento horrible y evitaba, en la medida de lo posible, expresarse en una lengua que, por lo demás, pasaba por ser menos culta.

—Tienes mal aspecto —dijo, preocupado.

Marco podría haberle dicho lo

mismo. El médico había pasado toda la noche cosiendo heridas, reparando fracturas y amputando miembros, bajo la débil luz de las lucernas. Y saltaba a la vista que la mañana había transcurrido de una forma no muy distinta.

Se aproximó a él mientras se lavaba los antebrazos, ensangrentados hasta los codos.

—Me disponía a irme —se excusó.

—No te preocupes —repuso el médico—. Siéntate, ya había terminado.

Cuando obedeció, su amigo abrió el estuche del instrumental médico y comenzó a inspeccionar en su interior. La vista de Marco deambuló de un punto

a otro hasta recaer sobre un cuerpo, apenas oculto por una manta raída. Era Décimo Valerio, un muchacho del Quirinal a quien acostumbraba a escribirle las cartas que este enviaba a su madre, pues él apenas sabía leer. Como agradecimiento, le había regalado un estuche para guardar sus planos, un cilindro de madera con una tapa cuidadosamente labrada, pulida con paciencia con una piedra de río. Marco conservó aquel estuche durante años; en su memoria, Décimo permanecería joven para siempre, al igual que tantos otros que fueron quedándose atrás.

—En otras circunstancias, tal vez

podría haberle salvado —reconoció el médico, con semblante cansado—. Sin embargo, atender a ciertos heridos puede llevar tanto tiempo como hacerlo con solo dos, y nunca tienes la seguridad de que se vayan a recuperar. Eso es lo más inhumano de la guerra. Matar a un hombre puede ser cruel. Ver caer a los tuyos resulta duro. Pero tener que elegir quiénes han de morir y quiénes vivir debería ser tan solo una decisión de los dioses.

Sonaba a disculpa, aunque no tenía por qué darla. Pero eso era precisamente lo que diferenciaba a Antígono de la mayoría de los médicos,

quienes se ven obligados a desarrollar cierta insensibilidad ante la muerte. Un mecanismo que les permite soportar el horror cotidiano, no muy distinto al que termina por endurecer el corazón de todo soldado.

—Hipócrates escribió que las heridas son una ventana que nos permite observar el interior de un cuerpo mientras aún está vivo. —Hablabla en voz baja, como si revelase algún oscuro secreto—. Sin embargo, cuando me alisté, no esperaba encontrarme con todo esto. Al menos, una vez que haya terminado mi libro, estas muertes no habrán servido para nada.



Al igual que los demás, Antígono se esforzaba por encontrar algún sentido a lo que en apariencia no lo tiene, por hallar algo de esperanza donde solo hay muerte. Sus apresuradas anotaciones y sus vacilantes dibujos sobre papiros salpicados de sangre no eran más que su herramienta para conseguirlo. Otros debían recurrir a otros caminos mucho más oscuros para alcanzar ese mismo fin.

Durante unos instantes, el médico apoyó su oído sobre el pecho de su paciente. A continuación, abrió su boca para inspeccionar el interior y, tras ello, observó con atención su rostro,

prestando especial atención a la brecha de la frente.

—¿Podrás adivinar...? —le preguntó Marco.

—Yo no hago adivinación; solo estudio los signos que permiten conjeturar qué enfermos sanarán y cuáles morirán.

Entonces extrajo unos saquitos de tela de una caja de madera.

—Aunque lo cierto es que no hace falta elucubrar demasiado —añadió, introduciendo algunas hierbas en el interior de un almirez—. Hipócrates y la escuela de Cos descubrieron que el cuerpo humano se compone de cuatro

humores: sangre, flema, bilis negra y bilis amarilla, formados por una mezcla de otros tantos elementos universales, como son el fuego, el aire, la tierra y el agua. Cualquier alteración en este equilibrio, debido a un exceso de frío, sequedad, humedad o calor, trae consigo la enfermedad y la muerte.

Sabía del interés de su amigo por su arte, así que nunca desaprovechaba la oportunidad de impartir una pequeña lección.

—Por eso resulta tan importante mantener una dieta sana —concluyó—. Es decir, una alimentación equilibrada, beber con moderación, ejercicio

periódico, aseo diario y, sobre todo, no someter al cuerpo a excesos de frío y humedad.

Esto último lo dijo observando a los soldados que deambulaban entre centenares de tiendas erigidas en un barrizal perdido en los bosques de la Galia.

—Tú solo has sido el primero en llegar.

### III

Iba a ser lo que en jerga militar se llamaba «madrastra»: un mal campamento, un pésimo hogar, una fortificación deficiente. Tras repartir el trabajo por centurias, habían asignado a cada una de ellas un tramo de la fosa para a continuación construir el terraplén con la tierra extraída, pero, a pesar de que el legado había ofrecido una generosa cantidad de vino a la unidad que terminara antes, las obras se desarrollaban con una desesperante lentitud.

No solo estaban cansados y enfermos, concluyó Marco: lo peor de todo es que ni tan siquiera creían en lo que hacían.

—En mi pueblo, había un pastor que acostumbraba a dejar una manzana en la puerta de su corral. Y cuando una cabra se acercaba para comerla, él aprovechaba para metérsela por detrás. —Dentro de la fosa, Annio jadeaba a causa del esfuerzo—. Al final, cuando veían a alguien con una fruta en la mano, todo el rebaño comenzaba a balar asustado.

Marco le dirigió una mirada de reprobación. Había elegido aquella

colina para construir el nuevo campamento porque existían varias fuentes de agua, pero al ser tan pedregosa el trabajo estaba resultando extenuante. Por ello, consentía que el ritmo fuera más relajado de lo habitual; sin embargo, comentarios como aquel podían ser el desencadenante de cualquier manifestación de descontento.

Para los romanos, la disciplina era mucho más que unas simples normas de conducta: formaba parte de su religión y, como tal, se le rendía culto, como si fuera una deidad más. A los legionarios se los llamaba «las mulas de Mario», debido a que, tras la reforma

emprendida por este cónsul, se veían obligados a marchar de guerra en guerra con todas sus armas e impedimenta a la espalda, a lo largo de interminables jornadas, hasta finalmente excavar las defensas de su campamento para pasar la noche. Una agotadora rutina diaria en un ejército en el que la comida siempre era mala, la paga era escasa, los castigos eran brutales y los entrenamientos se hacían interminables. Y aun así, las rebeliones no eran frecuentes. Sin embargo, ahora, observando los demacrados rostros de sus compañeros, Marco era consciente de que se encontraban al borde de una.



—A pesar de todo, no le falta razón —dijo Antígono en voz baja.

El mensor asintió, a pesar de continuar en silencio.

—Cepión ha suprimido el vino de la ración diaria, y solo lo entrega antes del combate —prosiguió el médico—. Con el tiempo, se ha convertido en una odiosa moneda de cambio entre el mando y la tropa, el presagio de la fatalidad inminente.

—Para él, solo es la recompensa que se entrega al perro de caza cuando trae una presa —dijo Marco—. Sin embargo, un soldado romano ya sabe que su deber es combatir, marchar

cargado como una mula o romperse la espalda cavando fosas. Eso forma parte de su oficio. Lo que no soporta es que pretendan comprarle con algo que ya le corresponde por derecho.

El griego le ofreció una infusión en un pequeño cuenco de cerámica.

—Tómatalo. ¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor, gracias —  
respondió él, antes de beber. Antígono tocó su frente mientras inspeccionaba atentamente el color de su piel. Colocó el oído sobre su pecho tratando de escuchar su respiración, y entonces murmuró abstraído:

—Se me ocurren pocas cosas más

estúpidas que mentirle a tu médico...

Había pasado los dos últimos días supervisando las obras y tratando de ocultar su enfermedad. En una ocasión, su padre adoptivo le había dicho que un buen líder debe contar con solodos virtudes: la capacidad para tomar decisiones rápidas y la seguridad para llevarlas a cabo. Y si, además, estas eran las acertadas, tanto mejor. Ahora, obligado por las circunstancias, él trataba de llevar ese principio hasta sus últimas consecuencias.

—Procura abrigarte —le aconsejó Antígono, a modo de despedida—. Y, por Zeus, descansa un poco.

Sin embargo, no podía permitirse ese lujo. Deambulando por el perímetro defensivo en construcción, observó preocupado el material extraído al excavar, una especie de gruesa grava caliza que no resultaba tan fácil de picar como la tierra húmeda, aunque tampoco servía para levantar un buen muro de piedra. Había ordenado utilizar las piezas de mayor tamaño para construir un lienzo de mampostería en su cara externa; sin embargo, tras inspeccionar las obras en toda su extensión, le resultó obvio que no habría suficientes. Estaba considerando la posibilidad de buscar alguna cantera cuando vio que Quinto se

aproximaba.

Tras conducirle hasta un lugar apartado, el centurión le habló sin rodeos:

—Marco, ándate con ojo.

Un extraño silencio; él aguardó a que añadiera algo más.

—El legado está furioso —continuó Quinto—. Las obras no marchan como él esperaba y está buscando un culpable.

Durante un instante, ambos se observaron.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sé de lo que hablo, tengo mis fuentes. Cepión es un noble de la vieja escuela: para manejar a la plebe, solo

conoce el palo y la zanahoria. Y ya ha visto que esta última no le ha funcionado.

—Si aumento el ritmo, habrá un motín.

—Y si no lo haces, nuestro legado encontrará cualquier excusa para su castigo ejemplar, y habrá otro motín — respondió el centurión.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Sugiero que no seas tú ese culpable.

Por un momento, la vista de Marco recorrió las obras. Niñato excavaba aquella interminable fosa, sin apenas fuerzas para levantar el zapapico.

—Cepión no es estúpido —aseguró—. O, al menos, no tanto como para deshacerse de su mentor en medio de una campaña.

Quinto, que había seguido la dirección de su mirada, frunció el ceño.

—Piensa en el después, en las consecuencias a largo plazo. Puede que Fanio Cepión te considere prescindible, o puede que no, pero no te quepa duda de que ni perdona ni olvida. A la larga, se encargará de hundirte. Además, de todas formas, encontrará a cualquier otro infeliz para montar su espectáculo. Sacrificándote, no cambiarás nada.

—La mayor parte apenas puede

mantenerse en pie.

—Y tú no estás mejor que ellos —le contestó, irritado—. Preocúpate de ti mismo: no eres el responsable de que alguien no pueda aguantar el ritmo.

Marco observó sus armas antes de responder:

—Al alistarnos, todos hicimos un juramento: «Jamás abandonaré a mis camaradas para salvar la vida, jamás abandonaré mi puesto en la línea de batalla...».

—A la mierda con todo eso —espetó el centurión—. Ya hemos dejado a centenares de ellos atrás, bajo dos pies de tierra, a lo largo de toda la puta



Galia. ¿O es que no lo recuerdas? —Era la primera vez que Quinto le levantaba la voz—. Olvídate de tus juramentos, de tus principios y de todos esos bellos ideales: los inventaron los mismos que ahora están sentados en su mansión del Palatino. Y lo hicieron para que actúes tal y como llevas haciéndolo toda tu vida.

Entonces descubrió que varios legionarios los escuchaban, y se maldijo para sus adentros. La mayoría observaba al mensor con respeto, pero otros sin duda se encargarían de que sus palabras llegaran a oídos del legado.

—¿También he de olvidarme de la

amistad? —le preguntó Marco.

—La mitad de esta gente ni te conoce —masculló él entre dientes—. Esa es la realidad.

—Tal vez —respondió—. Pero hace dos días eran lo único que tenía a mi lado, a los pies de esa colina. Y eso también es real.

Antígono se dirigía hacia el hospital cuando se encontró frente a trescientos seres humanos encadenados. En su mayoría mujeres y niños, eran los habitantes de aquel mísero poblado que, tras rebelarse contra la autoridad de Roma, habían sido despojados de su libertad. Ahora permanecían en un redil

bajo una destartalada techumbre de ramas, sentados sobre el barro y envueltos en harapos.

El médico observó sus rostros con expresión sombría. La esclavitud existía desde los mismos orígenes de la civilización y nadie cuestionaba su conveniencia. Cuando, cuarenta y cinco años atrás, fue sofocada la revuelta de esclavos liderada por Espartaco, Craso tuvo que liberar a dos mil hacendados que los rebeldes habían capturado para obligarlos a realizar los trabajos más serviles: aquella insurrección no había tratado de subvertir ningún orden social, sino cambiar el papel que ellos mismos

desempeñaban dentro de él.

Sin embargo, los filósofos estoicos lideraban una corriente de pensamiento encaminada a otorgarles un trato más humano, y muchos escritores satíricos denunciaban los brutales castigos a los que se les sometía. Antígono, fiel seguidor del pensamiento estoico, no podía dejar de lamentar el miserable destino de toda aquella gente. Porque si el estado de la tropa ya era deplorable de por sí, la mayor parte de ellos no sobrevivirían ni un par de días.

—Disculpad, señor. ¿Tenéis algo de heléboro negro?

Un joven le hablaba en dialecto

onio, sentado más allá de la cerca, junto a un individuo ya entrado en años que yacía con el rostro consumido por la fiebre. Al estudiar sus síntomas, no pudo más que asentir: aquel hombre padecía pleuresía, y ese era el mejor remedio para su enfermedad.

Reflexionó durante un instante. No era fácil encontrar aquella planta, y si no era atendido en un lugar seco y abrigado, seguramente moriría, con planta o sin ella. Pero a pesar de ello, el médico abrió su desgastado zurrón para entregarle una pequeña bolsa. El muchacho esbozó una sonrisa cansada cuando se la entregó, y solo entonces se

dio cuenta de que sus manos no estaban encallecidas por el trabajo del campo. A juzgar por la calidad de su indumentaria, ahora hecha jirones, dedujo que eran un druida y su aprendiz.

—Gracias —le dijo el joven galo—. No tengo nada que daros a cambio...

Él asintió, para hacerle entender que no era necesario. El muchacho se inclinó sobre el sacerdote para introducir varias hojas en su boca. Al observar los dos cuencos vacíos sobre su regazo, dedujo que había estado alimentándole con su propia comida. El *vexillatio* llevaba más de una semana padeciendo una atroz escasez de suministros. Muchos

legionarios habían llegado a comer cuero hervido o cadáveres de animales encontrados en el campo, y, tras la conquista del castro, su dieta no había mejorado demasiado. Prefirió no imaginar qué les daban de comer a aquellos infelices.

Por un instante, observó la tierna mirada que el anciano dirigía al muchacho y la desolada expresión de este: había mucho más que tristeza en ella, también un eco de desesperación.

Entonces comprendió.

Aristarco, su maestro de medicina, había sido testigo del devastador incendio que arrasó una parte de la

biblioteca de Alejandría durante la guerra que enfrentó a César contra Ptolomeo Filópator. Transcurridos veinte años, él era ya un anciano con centenares de pacientes muertos a sus espaldas, pero cada vez que rememoraba aquel día aún lloraba como un niño.

Hay algo excepcionalmente trágico en la destrucción de un libro. Una pérdida que va mucho más allá de lo físico, pues supone la muerte de una parte del espíritu humano, aquello que nos convierte en algo más que animales dotados de inteligencia.

Durante veinte largos años, los



druidas memorizaban todo el saber de su pueblo, palabra tras palabra, hasta convertirse en un eslabón más dentro de una larga cadena de conocimientos que se remontaba a la misma noche de los tiempos. Sin embargo, una vez que aquella cadena se hubiese roto, todo ese legado desaparecería para siempre. Antígono comprendió que, para aquel joven, la muerte de su maestro suponía una pérdida similar a la de toda una biblioteca.

Descubrió que otros prisioneros le observaban con la desesperación dibujada en sus rostros. Entonces recordó lo que le había dicho a Marco

dos días atrás: solo los dioses deberían decidir quiénes han de morir y quiénes pueden vivir.

No obstante, se dirigió al centinela.

—Soldado, ¿qué parte del botín me corresponde?

—Cada oficial puede elegir un prisionero —le respondió el legionario.

Antígono inspiró profundamente.

—De acuerdo, me quedo con este —dijo, señalando al adolescente—. ¿Y qué hay del anciano?

—Es de mi propiedad —aseguró una voz a sus espaldas.

Un centurión de la segunda cohorte se había aproximado, intrigado por la

atención que el médico dedicaba a su recién adquirida posesión.

—Te doy cien denarios por él —le dijo Antígono.

—¿Estás de broma, griego? Es un druida, un hombre cultivado. Vale al menos cinco veces esa cantidad.

—Te doy cien denarios por él porque es posible que su enfermedad aún tenga remedio —replicó el médico, fingiendo desinterés—. Y puedes estar contento, pues si no le atiengo ahora mismo, mañana estará muerto y no valdrá nada.

Maldiciendo en voz baja, el centurión se vio obligado a aceptar. En

ese momento, oyeron un griterío procedente de la cima de la colina.

Un pesado cesto de esparto cargado con grava había caído rodando desde lo alto del terraplén y había provocado un derrumbe que a punto estuvo de sepultar a un par de legionarios que trabajaban en el interior de la fosa. Marco se dirigió hacia allí corriendo, dispuesto a ayudarlos. Tras asegurarse de que ambos se encontraban ilesos, inspeccionó aquel desastre.

—¡Maldita sea! —gritó—. ¿Se puede saber quién ha sido el imbécil?

—¿Quién va a ser? —respondió Annio de forma cansina—. El puto Niñato.

Apenas hacía diez meses que Niñato había ingresado en su unidad, pero ya nadie recordaba cuál era su verdadero nombre. Era el hijo de un filósofo estoico, antiguo preceptor de un adinerado miembro de la clase senatorial, quien le había otorgado la libertad como muestra de agradecimiento. No obstante, cuando su antiguo patrón falleció de fiebres, el escaso dinero que les legó apenas duró unos años. Nacido en libertad, aunque sumido en la pobreza, Niñato trató de

seguir los pasos de su padre, pero todos sus intentos por encontrar un mecenas fueron infructuosos. Pronto descubrió que la filosofía no sirve para llenar el estómago, así que no vio más salida que alistarse en el ejército. Apenas contaba con la edad mínima para ingresar en él y, además, estaba acostumbrado a vivir una vida acomodada aunque servil, su manifiesta torpeza para desempeñar las labores propias del soldado le granjeó enseguida la antipatía de muchos de sus compañeros.

Marco le observó. Alto y delgado, tirando a desgarbado, a pesar de su macilento aspecto, los suaves rasgos de

aquel pálido rostro cubierto de acné evidenciaban su juventud. Ahora, con la frente perlada en sudor y sus manos en carne viva, resultaba obvio que había intentado arrastrar el cesto y su peso le había vencido. Iba a reprenderle cuando llegó Licinio Varrón.

Sin pronunciar palabra, el centurión golpeó brutalmente a Niñato en la cabeza. Este cayó al suelo, como un saco lleno de tierra, y entonces comenzó a azotarle con su bastón.

El castigo habitual ante un descuido como aquel habría sido sustituir el trigo por cebada en su ración diaria y obligarle a permanecer todo un día de

pie fuera del campamento, con la túnica sin ceñir, despojado de la honra que le otorgaba su cinturón militar. Por faltas más graves el centurión podría azotarlo con su vara de vid, el instrumento con el que impartía justicia, símbolo de su rango. Solo cuando se cometían delitos excepcionalmente onerosos, en los que un soldado ponía en peligro la vida de sus compañeros, como un centinela que se dormía durante la guardia, los mandos decretaban que este debía ser apaleado hasta la muerte.

Poco a poco, a su alrededor se fueron congregando soldados, con una expresión tan sombría que Marco



enseguida pensó lo peor. Algunos bajaron la vista, aunque la mayoría dedicaba al centurión una mirada de odio. Marco ignoraba si Licinio Varrón obraba así de motu proprio en un intento de ganarse el favor del legado o si, por el contrario, toda aquella gratuita demostración de poder disfrazada de autoridad era algo que previamente habían acordado.

Volvió a contemplar a la tropa con creciente inquietud. A lo largo de las interminables guerras, aquellos hombres habían cometido toda clase de atrocidades. Muchos procedían de los bajos fondos de una sociedad donde la

violencia era endémica y en la que el mayor espectáculo imaginable era contemplar a centenares de hombres desangrándose sobre la arena de un anfiteatro. Pero aquello era distinto. Puede que Niñato no fuera de su agrado, pero había marchado junto a ellos entre barrizales, había combatido a su lado y, al igual que todos, tenía las manos encallecidas por horadar aquella maldita colina. Llovía sobre mojado, y aquella injusticia era la gota que de un momento a otro iba a desbordar el vaso.

Quinto, que había acudido hasta allí atraído por los gritos, dirigió una muda advertencia a su amigo. No había duda

sobre lo que ambos pensaban.

Varrón continuaba golpeando al muchacho, que permanecía acurrucado en posición fetal, hasta que su vara de vid se astilló en pedazos. Entonces se dirigió hacia uno de sus subordinados con la mano extendida.

—Dame otra —le ordenó.

Antígono se abrió paso entre la multitud para inclinarse sobre el joven tendido en el suelo, cuya sangre se mezclaba con el barro que le salpicaba el rostro. El médico observó sus heridas y la palidez de su piel: tosía entrecortadamente, tratando de respirar. Cuando alzó la vista, Marco descubrió

en su expresión una dureza que jamás había visto en él.

—Está enfermo —dijo.

Ignorándole, Licinio Varrón se aproximó a Niñato, blandiendo una nueva vara de vid. Él se incorporó para interponerse entre ambos.

—He dicho que este hombre está enfermo. —Esta vez la voz de Antígono hizo que el centurión se detuviera.

Y a continuación, se dirigió a sus dos auxiliares:

—Llevaldo al hospital.

Por un momento, ambos dudaron.

—¿Es que no me habéis oído? — rugió.

El centurión parecía no dar crédito a lo que estaba sucediendo. Formalmente, él era el inmediato superior de Niñato y, por tanto, tenía autoridad para castigarle, pero era el médico quien decidía si un hombre se encontraba en condiciones para el servicio. El rostro de Varrón se congestionó por la furia; una mirada envenenada llameaba en sus ojos. Por un momento, dio la impresión de que iba a golpear al médico, que permanecía de pie frente a él, desarmado. Entonces varios soldados alzaron sus zapapicos, blandiéndolos amenazadoramente.

Marco descubrió que, a apenas cien

pasos de distancia, Cepión observaba la escena escoltado por sus *beneficarii*. El signífero y el *tesserarius* de la centuria ya se habían situado junto a Varrón y, poco a poco, se fueron reuniendo sus incondicionales.

Evaluó rápidamente la situación. La mayor parte de los suboficiales parecían mostrarse a su favor. Pero si golpeaba a Antígono, él tendría que intervenir, y tal vez eso obligaría a Quinto a ponerse de su parte, lo cual eran palabras mayores. Que un centurión formase parte de una insurrección hacía que esta contase con cierta legitimidad. Aquello podía ser el desencadenante de cualquier cosa.

Voconio Mauro no se encontraba allí. Si aparecía, podría terminar con todo esto. ¿Dónde diablos estaba? El legado, de momento, parecía mantenerse a la expectativa. En caso de que la revuelta fuera sofocada, habría alcanzado su objetivo y tendría la excusa perfecta para diezmar a toda una centuria. Si, por el contrario, la situación se le iba de las manos, aún estaría a tiempo de dar marcha atrás y culpar a Varrón de atacar a un suboficial de su mismo rango.

Cuando el desenlace parecía inminente, un centinela llegó desde lo alto del castro recién conquistado,

donde se había construido una torre de vigilancia. Corría hacia el legado, profiriendo grandes gritos:

—¡Una flota! ¡Viene una flota!

Súbitamente, la multitud que se había congregado se dirigió hacia el lado norte de la colina: a lo lejos, en el mar, se insinuaban las formas de una veintena de velas rectangulares, hinchadas por el viento.

Por fin habían venido a recogerlos.



# IV

—Por la muerte en combate.

Annio recitó su acostumbrado brindis alzando el vaso con solemnidad; una sonrisa de satisfacción iluminó su rostro maltratado por la viruela. Nadie sabía si pronunciaba aquellas palabras completamente en serio o si lo hacía más bien movido por algún oculto sarcasmo, pero lo cierto es que estas solían ser el comienzo de todas sus jubilosas melopeas.

Compartiendo su mesa, se encontraba el opción, quien vertió un

sorbo de vino sobre el suelo para realizar la clásica libación a los dioses.

—«Mi lanza cuece mi pan y despacha vino de Ismaro. En la lanza me apoyo cuando bebo» —recitó el hombrecillo.

Y sin más preámbulo, dio un largo trago a su copa.

—Maldita sea —gruñó nada más saborear el líquido rojizo.

Su veterano compañero asintió con desagrado. Se habían sentado bajo un toldo de lona, en una improvisada taberna propiedad de Barbato, uno de los miembros del pequeño ejército de mercaderes, adivinos y prostitutas que

acompañaban a su unidad en cada campaña. Habían llegado dos días antes, junto con aquella flotilla de naves de transporte que, según se rumoreaba, tenía como misión trasladarlos hasta algún puerto desconocido.

—¡Barbato, jodido estafador! — rugió Annio tras levantarse—. ¿Es que ahora te dedicas a mear en tus ánforas?

Un individuo rechoncho y de piel morena, con dos grandes cejas negras que enmarcaban unos diminutos ojillos saltones, abandonó sus tareas para aproximarse a la mesa con aire solícito:

—Disculpad, nobles señores, ¿acaso os desagrada mi vino?

—Puedes estar seguro de ello, maldito bastardo —prosiguió Annio iracundo—. He bebido toda clase de ponzoñas en mi vida, pero jamás he tenido que pagar un precio tan desorbitado por una mierda semejante.

—Entiendo que alguien de vuestra alcurnia esté acostumbrado a degustar tan solo los más refinados néctares —respondió el tabernero, haciendo gala de un empalagoso sarcasmo—. Pero debéis comprender lo difícil que resulta encontrar un buen vino por aquí.

—En cambio, a ti te resulta fácil dar con incautos a quienes estafar —terció el opción.

Aquella misma mañana, el legado les había dado permiso para vender el escaso botín obtenido, o al menos para canjear una parte por cualquier cosa que pudiera aportar alguna novedad a su magra dieta. Sin embargo, saltaba a la vista que los mercaderes ya habían pactado los precios entre sí, por lo que a los soldados no les quedó más remedio que aceptar una ridícula cantidad de dinero a cambio de sus prisioneros. Y ahora, aquellos mismos mercachifles les exigían una auténtica fortuna por una miserable jarra de vino aguado.

—Llegar hasta aquí resulta peligroso —refunfuñó Barbato, a quien parecía

agotársele la paciencia—. Y el dinero que he de entregar a Emilio Arvina aumenta aún más el precio de mis productos.

Era una excusa, aunque también una amenaza velada. Arvina era el *promagister* de la sociedad de publicanos que abastecía a la IX Legión y, como delegado de esta empresa, asumía su dirección en las provincias alejadas de Roma, lo cual le convertía en el patrón al que debían entregar una generosa comisión todo aquel que deseara hacer negocios con su unidad, o de lo contrario sus matones se encargarían de hacérselo pasar muy mal.

Se rumoreaba que andaba en tratos con el mismísimo legado y, por ello, varias veces este había obrado con mano de hierro para proteger sus intereses.

Estaba estipulado que una parte del botín correspondiera al general que dirigía la campaña, otra debía ser entregada a Roma, y una última se repartía entre la tropa. Los soldados acababan dilapidando todo su dinero en la bebida, las prostitutas y la comida que les ofrecían sus comerciantes, por lo que buena parte de él terminaba en manos de la sociedad de publicanos. Era un negocio demasiado lucrativo como para que fuera cuestionado

públicamente, y con aquellas palabras Barbato les había dejado bien claro a quién debían pedir explicaciones.

Ambos continuaron bebiendo en silencio, hasta que escucharon una voz a sus espaldas:

—Pero qué ven mis ojos..., si es Annio, mi más asiduo cliente. Temía que no hubieras sobrevivido, aunque ya veo que la mala hierba nunca muere.

Era una mujer de unos treinta años, bajita y un tanto rechoncha, aunque de aspecto agraciado y con un hermoso cabello pajizo recogido elegantemente mediante cintas. Aun cargada con varias jarras de vino, se desenvolvía entre la



grosera clientela con un inusual desparpajo, abriéndose paso entre las mesas como una respetable matrona en el foro. Ceñía su túnica por debajo de su generoso busto, atrayendo así todas las miradas hacia sus rotundos encantos.

—Mi dulce Lesbia... Precisamente fue tu recuerdo lo que me ayudó a soportar la desoladora crueldad de la guerra —aseguró Annio, embelesado.

—Estoy segura —repuso ella—. Oye, ¿no volverás a traer ladillas, verdad? Eres experto en arruinar la buena reputación de una mujer.

—No fui yo, lo juro. ¿Qué he hecho yo para merecer esa imagen?

—Es fácil perderle el respeto a los hombres —señaló Lesbia, con el ceño fruncido—. Sobre todo cuando tienes que verlos desnudos, berreando encima de ti como un jabalí. —Al descubrir la desolada expresión de Annio y a su compañero tratando de contener la risa, pareció reconsiderar sus palabras—. Pero he de reconocer que, fuera de la cama, eres todo un caballero. No como tú, pedazo de animal —espetó, mirando al opción—. En fin, tenemos la taberna llena...

Envalentonado ante lo que había interpretado como una abierta declaración de amor, Annio tomó su

mano.

—Lesbia, he pensado que, cuando termines de trabajar, tú y yo podríamos tomar algo juntos —dijo, con nerviosismo.

Aquello pareció sorprenderla.

—¿Qué quieres, follar gratis?

—Ya sabes que mis intenciones son honestas —contestó él.

—Peor me lo pones —dijo la mujer antes de irse.

Marco paseaba por el embarcadero construido para facilitar la estiba en la flotilla: una plataforma de madera

dispuesta sobre la orilla, ahora repleta de soldados y mercaderes que descargaban toda clase de bultos. Había preguntado cuál iba a ser la embarcación que los llevaría hacia mar abierto, y movido por la curiosidad, decidió visitarla. Todos sabían que aquella flota tenía como misión trasladarlos hasta un nuevo destino, y él no dejaba de elucubrar sobre cuál podría ser. En cualquier caso, estaba claro que el campamento de invernada ya no era necesario y, por tanto, el legado pudo fingir que el incidente ocurrido dos días antes no había tenido lugar: Niñato fue declarado enfermo, y

la brutal paliza recibida constituía el justo castigo por su negligencia. Aquello no merecía más que una línea en los informes, pero estaba convencido de que Fanio Cepión le había visto las orejas al lobo. «Nuestro legado ni perdona ni olvida», se dijo.

Sumido en estos pensamientos, se topó con una vetusta embarcación de tipo *corbita*, enorme y panzuda, de casi veinte pasos de eslora, con unos ojos pintados en su casco hacia las amuras. Su sencillo aparejo consistía en dos mástiles; el más pequeño estaba situado en la proa, apuntando al frente, y en las vergas se habían recogido sus velas

cuadradas. En la parte posterior, un minúsculo alcázar formaba un modesto refugio para proteger al piloto mientras manejaba las palas del timón. Con tan solo ocho remos para ayudar en las maniobras de ataque, era una sólida, lenta y pesada nave de transporte, muy distinta de las alargadas galeras de guerra, como quinquerremes y liburnas.

A pesar de que su experiencia marítima era muy reducida, siempre se había sentido atraído por la inmensidad del océano, y naves como aquella habían sido el instrumento de una nueva era de descubrimientos. Tres décadas atrás, Julio César no solo conquistó la Galia,

sino que además había atravesado el Rin para adentrarse en los fríos e inhóspitos bosques de Germania, y había logrado desembarcar con un ejército en la isla de Bretaña. Y ahora, Octavio, su heredero, preparaba varias expediciones para explorar la costa septentrional de Europa.

Se dirigió hacia la cubierta, a través de una estrecha plataforma de madera que chirrió amenazante al sentir todo su peso sobre ella, y suspiró aliviado cuando pudo apoyarse en la borda. Una mano le asió del antebrazo para ayudarlo: frente a él se encontraba un individuo delgado, con una sonrisa

traviesa dibujada en sus labios carnosos. Su nariz aguileña enfatizaba aquel aspecto semita, y aquella piel tostada por el sol hacía que el blanco de sus dientes resultara más deslumbrante.

—Bienvenido a la *Juno*, construida en tiempos del mismísimo Julio César —dijo, con una suerte de reverencia—. Mi nombre es Athar-Baal de Gades, *gubernator* de este entrañable ataúd flotante, aunque puedes llamarme Adérbal.

—Soy Marco Vitruvio Rufiano, mensor de la segunda cohorte. Tengo entendido que este barco nos llevará a nuestro destino.



—¿Mensor? —respondió con agrado, mientras le conducía hacia la popa—. Entonces tal vez podrías ayudarme con las mediciones. Estamos intentando mejorar nuestros mapas de esta costa.

—¿Son realmente fiables? Dicen que Piteas de Massalia recorrió esta parte del océano, a lo largo de toda la costa exterior de Hispania y la Galia, navegando hacia el norte hasta encontrar una isla cubierta de nieve y hielo, llamada Thule.

El gaditano esbozó una expresión desdeñosa.

—¡Bah! Los fenicios llevamos ocho

siglos recorriendo estos mares en busca de oro y estaño, mucho antes de que esos sodomitas griegos se atrevieran a cruzar las Columnas de Hércules. Sí — concluyó—, aunque con muchas lagunas, tenemos mapas de esta costa, y yo mismo he llegado hasta Thule.

Marco sonrió de nuevo. Aquel marino era uno de los orgullosos descendientes de aquel pueblo aventurero que había fundado Gades, en el extremo sur de Iberia, para comerciar con un legendario reino llamado Tartessos. Se decía que, desde allí, Hannón había realizado un largo periplo por la costa de Mauritania hasta

desembarcar en un enorme golfo cubierto de selvas, habitado por unos extraños seres peludos, mitad hombres mitad bestias, a los que llamó «gorilas».

A pesar de haber pasado por manos cartaginesas y ser conquistada por Roma, su incondicional apoyo a César durante sus guerras civiles había sido recompensado con la concesión de la ciudadanía a toda su población. Dado que, por lo general, los romanos no eran unos buenos marinos, sus tripulaciones acostumbraban a estar formadas por griegos, y no resultaba extraño encontrar a gente de origen fenicio.

—¿Y cómo son los habitantes de

Thule? —le preguntó.

—Pálidos, rubios y condenadamente altos —aseguró Adérbal, con expresión evocadora—. Poseen pequeñas embarcaciones, de proa y popa simétricas, con las que recorren los lagos y los pantanos de aquella brumosa tierra. Son buenos marinos, y en ocasiones llegan hasta aquí para comerciar con ámbar, pieles y esclavos, además de con el marfil obtenido de alguna bestia desconocida.

Habían llegado al alcázar, en cuyo interior tan solo encontró una mesa cubierta de mapas.

—Sin embargo —prosiguió el

capitán de la nave—, no he visto nada de lo que tanto hablan todos esos jactanciosos charlatanes de taberna. Sí, es una tierra extremadamente fría, en la que existen animales extraños. O, al menos, tan extraños a nuestros ojos como a esa gente les parecerá un elefante libio. Pero nada de sirenas ni demás zarandajas.

Marco sonrió ante su peculiar carácter.

—Pareces un filósofo cínico...

—Después de una década recorriendo el mundo conocido, he llegado a la conclusión de que los monstruos siempre existen lejos del

propio hogar —sentenció—. Según los hispanos, la India está habitada por hombres sin cabeza, y los etíopes creen que nosotros tenemos un solo ojo. En fin, los hombres pueden tener distintas facciones y la piel más o menos oscura, pero la estupidez es universal.

—Y también lo es el miedo.

Adérbal se apoyó en la borda, para observar el enorme estuario que fluía poco a poco hacia el mar.

—Así es: nos asusta lo desconocido. Aunque tanto marinos como soldados somos gente cuyo oficio consiste en enfrentarse a diario a ello.

—Sí, el mar puede ser peligroso —

señaló el mensor—. Tengo entendido que la época de navegación suele abrirse seis días antes de las calendas de junio.

El capitán se mostró aún más serio.

—Navegar por el océano exterior nunca resulta fácil, ni tan siquiera en verano —manifestó con el ceño fruncido—. No solo existen grandes riesgos de tormenta, y hay mar gruesa un día de cada doce, sino que además predominan los vientos del oeste. Y si es eso lo que deseas saber, te diré que nuestro destino es Burdigala, en la costa de Aquitania.

—Tendremos el viento en contra.

—Sí —reconoció—. Además, como

es habitual en los mares angostos, las corrientes del estrecho que separa la Galia de Britania son muy fuertes. Realizaremos navegación de cabotaje, pero estas aguas son poco profundas y la amplitud de las mareas es tan grande que la costa puede oscilar media milla. Puesto que también hay bancos de arena, es posible que encallemos.

Entonces Marco fue consciente del enorme calado de aquella nave; las embarcaciones galas tenían el fondo plano.

—En fin, una vez que lleguemos a Armórica contaremos con corrientes favorables que nos llevarán hacia el sur.



Aunque te anticipo que va a ser una navegación lenta y complicada.

—Los de arriba deben de estar muy interesados en tenernos tan pronto en Burdigala —consideró Marco—. ¿Qué te sugiere tanta prisa?

—Guerra —respondió él, con franqueza—. Y de las grandes.

—Sí, eso mismo creo yo.

Al pisar de nuevo el muelle, oyó un carraspeo a sus espaldas: era Sabino, el esclavo de origen lidio que se había convertido en el mulero de su contubernio.

—El centurión quiere hablar contigo.

La tienda de Quinto, de apenas diez pies cuadrados, no era mucho más espaciosa que la de un contubernio, pero, al ser más alta, era posible permanecer de pie en su interior, y por ello el espacio útil era mucho mayor, aunque el escaso mobiliario resultara más bien austero, pues únicamente consistía en un lecho plegable, un par de sillas de tijera y un arcón.

Sentado con el torso desnudo, Quinto sumergió una esponja en una palangana de agua tibia para lavarse. Con veinte años y un cuerpo atlético, de

sus hermosas facciones destacaban unos labios gruesos, incluso demasiado sensuales. Aunque, más allá de eso, no había nada femenino en él. Era la clase de individuo al que las mujeres sonrían sin motivo y en quien los hombres confían sin saber por qué.

—Acabo de salir de una reunión del consejo —le dijo Marco—. Al parecer, vamos a Burdigala.

Tan solo asintió en silencio: era algo que ya sabía.

—Cómetela —añadió. Le arrojó una arrugada manzana que sin duda había formado parte del almuerzo de los suboficiales y que habría llegado en

alguna de las naves.

La saboreó, agradecido. Hacía un mes que no probaba otra cosa más que gachas de mijo, guisantes y tocino mohoso.

—Octavio está reestructurando el ejército —le informó Quinto—. Terminadas las guerras civiles, el número de legiones resulta excesivo y están bajas de efectivos. Ya ha refundado a la Décima, a partir de varias unidades dispersas, licenciando a los veteranos.

—Y ahora pretende hacer lo mismo con la Novena.

El centurión asintió.

—En teoría, nuestro *vexillatio* está formado por dos cohortes, novecientos sesenta hombres. En la práctica, solo contamos con una tercera parte y, aun así, hay diez centuriones. Si fusionan las dos primeras cohortes...

—Habría una guerra abierta entre los mandos.

—En realidad, ya la hay —reconoció Quinto—. Voconio Mauro parece la mejor opción para primipilo. Si lo logra, el puesto de *pilus prior* de la segunda cohorte quedaría vacante, y Fanio Cepión desea que lo ocupe Licinio Varrón.

Cada cohorte contaba con media

docena de centuriones, ordenados en función de un escalafón jerárquico, por el cual se ascendía hasta llegar al puesto de *pilus prior*, que ahora ostentaba Mauro. A partir de ese cargo en la segunda cohorte, se podía aspirar a convertirse en uno de los centuriones de la primera que formaban el *primus ordo*, los cuales eran los jefes de un gabinete administrativo bajo el mando del primipilo.

—No sabía que nuestro legado apreciara tanto a Varrón como para convertirle en el primer centurión de toda una cohorte —comentó Marco.

—Y no lo hace, pero Varrón es

estúpido, servil y, por tanto, más controlable.

—Aun así, no entiendo su preocupación por consolidar su posición aquí. Un legado suele desempeñar su cargo durante tres años y, por tanto, él dejará el suyo en breve. Creía que no tenía ningún interés en el ejército, sino en la política.

—Las ambiciones de Fanio Cepión solo las conoce él mismo y, desde luego, son oscuras —repuso Quinto, mientras se vestía—. La carrera de un senador es una senda cada vez más estrecha y empinada. Comienza como edil, más tarde pasa a tribuno militar, y luego

puede ser elegido cuestor antes de convertirse en legado. A continuación, su objetivo es el cargo de propretor provincial, y de ahí lo es saltar a la pretura en Roma. Si lo consigue, le será posible aspirar al consulado.

—Pero cada año se eligen veinte ediles y solo dos cónsules.

—Y uno de ellos siempre es Octavio, lo cual deja una única plaza libre. Pero para llegar hasta allí, antes es necesario destacar por encima del resto. Por eso a Cepión solo le interesa la Novena en la medida en que pueda labrarse una buena reputación —aseguró—. Y esto es un reflejo de lo que está



pasando en toda la República. Tras la purga del Senado, y después de habersele abierto a la clase ecuestre las puertas del alto funcionariado, Roma es como un banquete en el que hay doscientos invitados, pero solo la mitad de asientos. Todos tratan de hacerse con un buen sitio, y los codazos son peores cuánto más cerca se desea estar del anfitrión. El gran reto de Octavio va a ser dar cabida a la clase dirigente dentro de su Estado, antes de que el descontento haga que los republicanos cuenten con más apoyos.

Marco recordó las interminables colas en las puertas de las mansiones, a

primera hora de la mañana. Ciudadanos que aguardaban su turno cargados de paciencia para presentar sus respetos a su patrón, a quien habían jurado lealtad a cambio de protección, junto a sus libertos, aquellos esclavos a los que este había concedido la manumisión. Y si era lo suficientemente ilustre, cada uno de ellos podía a su vez contar con su propia clientela. De esta forma, se creaba una compleja estructura piramidal que, partiendo de los ciudadanos más humildes, llegaba hasta los más adinerados miembros del Senado. Como en Roma no existía una clara diferencia entre el patrimonio

público y el privado, al igual que se podía comprar cualquier cargo público, e incluso los sobornos estaban regulados mediante contrato, un ascenso en el ejército dependía más del juego en las cartas de recomendación, antes que de los propios méritos militares. Cada patrón trataba de situar convenientemente a su clientela, sabedor de que, llegado el momento, tendría que devolverle los favores.

Y, por encima de todo, se encontraba la política. Durante las dos últimas décadas, los asesinos de César, Bruto y Casio se habían enfrentado a sus herederos Lépido, Octavio y Marco

Antonio, y más tarde estos se disputaron el poder entre sí. Finalmente, Octavio acabó convertido en el dueño absoluto de la República, pero ahora Mecenas y Agripa, sus más influyentes allegados, competían por ganarse su favor a costa de sus dos jovencísimos herederos, Marcelo y Tiberio. El primero era hijo de Octavia, hermana del *princeps*, mientras que el segundo era el fruto del anterior matrimonio de su esposa Livia. Al no tener hijos varones, la precaria salud del gobernante le había obligado a elegir de forma oficiosa a Marcelo como heredero, algo que había enemistado a las dos damas de hierro de

la corte imperial.

Mientras tanto, los republicanos intentaban denostar la figura del *princeps* en un desesperado intento de que el Senado recobrase su antiguo poder. Dos años antes, Octavio había realizado una purga entre los miembros de esta cámara y, para menoscabar aún más su influencia, había favorecido a la clase equestre, a cuyos miembros les había permitido desempeñar algunos cargos que hasta entonces no estaban a su alcance.

En definitiva, la situación política era tan compleja como antaño; la única diferencia residía en que todas estas

disputas ya no se libraban en campos de batalla. Y esa guerra encubierta que enfrentaba a infinidad de bandos, cuyos intereses en ocasiones podían confluir, se reproducía hasta en el último rincón de la República.

—¿Cepión tiene vetado el salto a propretor? —preguntó Marco.

—No lo creo. Siempre ha sido un fiel partidario de Octavio —respondió su amigo—. Pero, de momento, su trayectoria militar solo ha sido una estrategia de tierra quemada. Diezmar al *vexillatio* para ganar renombre de momento ha podido resultarle rentable. Sin embargo, cuando deba rendir

cuentas con los de arriba, no podrá ocultarles que la unidad se encuentra bajo mínimos, tras haber desobedecido órdenes. Y ahora se dedica a escribir cartas relatando sus hazañas, convenientemente retocadas, por supuesto.

—Y supongo que tú ya habrás enviado las tuyas.

—Así es —reconoció—. Pero mis aspiraciones son mucho más modestas y, de momento, me conformo con ser el *pilus prior* de la nueva segunda cohorte, cuando Voconio Mauro dé el salto a primipilo.

—Entonces, ¿le apoyarás?

—Me interesa hacerlo. Se encuentra al borde del retiro, y pronto dejará una plaza vacante que yo podría ocupar, si cuento con su favor. Además, el viejo me cae bien. Y es muy respetado, por lo que me interesa que me relacionen con él.

—Me sorprende ver en ti ese afán de respetabilidad.

Quinto se encogió de hombros cínicamente. Aún quedaba en él algo de aquel disoluto adolescente que, empleando su herencia como fianza, había recurrido a prestamistas para costear un ejército de prostitutas y todos los excesos imaginables. Finalmente,



acosado por los usureros, y al ser desheredado por su padre, había visto en el ejército su única salida.

—En Roma el poder siempre ha estado en manos de gente rica como Craso, o popular como César, o respaldada por el ejército, como Pompeyo —manifestó el centurión—. Si tengo que labrarme un futuro, y por tanto elegir entre el dinero, la popularidad o el prestigio militar, he de decantarme por este último. No es que tenga una especial predilección por él, pero ya sabes que no me queda otro remedio.

—¿Qué pinto yo en todo esto?

—Tú también eres respetado. —

Ante su gesto de escepticismo, añadió —: Estoy hablando en serio: podrías aspirar a más. Naciste en el peor barrio de la ciudad, pero te has convertido en mentor, hijo adoptivo de Vitruvio Polión. Para la mayor parte de la tropa representas lo que ellos podrían haber sido. Y para los mandos, lo que en su día fueron o lo que les gustaría ser.

—No comparto tu punto de vista.

—Hablo de respeto, no de simpatía.

Los hay que te admiran, otros te envidian, y no faltan los que te odian, pero nadie te desprecia.

—Quieres que escriba una carta —  
concluyó.

—En realidad, me gustaría que escribieras dos.

—Ni lo sueñes.

—Marco, para muchos hombres el pasado es un regusto amargo en su interior —le aseguró, tras un suspiro—. Algo que duele mirar. Aunque, a fuerza de hacerlo, acabas descubriendo en él a una parte de ti mismo. Créeme, sé de lo que hablo.

—No es solo eso —repuso—. Es que no tengo ningún interés en participar en esas intrigas.

—Sé que solo llegaste hasta aquí huyendo de ese pasado y que eres una persona desprovista de ambiciones.

Pero, lo creas o no, estás inmerso en una guerra. Y pensar que puedes mantenerte al margen, sin hacer nada, resulta tan ingenuo como creer que es posible pasear desarmado por el fragor de una batalla sin que nadie te acuchille. Fanio Cepión sabe que eres mi amigo, y Licinio Varrón te odia. Si no hacemos nada, harán que esta unidad se desangre hasta no dejar a nadie con vida. ¿Qué crees que pasará si Varrón se convierte en primipilo y no tengo poder para ayudarte?

«La neutralidad siempre favorece al opresor, y es la excusa del cobarde.» Al recordar las palabras de su padre

adoptivo, se sintió acorralado. Quinto sabía muy bien qué mecanismos debía accionar para encaminarle en la dirección elegida.

—Escribiré una carta a mi padre —concluyó—. Supongo que hablará con su patrón: con eso debería bastar.

# V

Las velas de la *Juno* se hincharon al sentir la fuerza del viento norte, y todo su aparejo gimió por el esfuerzo de abrirse paso a través del océano. Aquella potente ventisca venía de través, la mar continuaba picada y la roda desgarraba las olas con dificultad, salpicando la cubierta de proa con jirones de espuma. Envuelto en su capa, Marco permanecía de pie en la amura de babor, observando la difusa línea que, a lo lejos, formaban los oscuros acantilados de Armórica. Al otear a

barlovento, descubrió la estilizada figura de un trirreme que surgía de entre la bruma. Haciendo uso de los remos, aquel enorme buque de guerra navegaba velozmente entre la flotilla de naves de transporte, como un perro pastor entre su rebaño de ovejas.

Según un antiguo proverbio marino, antes de ser avistada, cualquier galera podía ser olida: el rancio sudor de sus ciento setenta remeros creaba un hedor insoportable. Aunque, a aquella distancia, él solo percibía el salitre del mar.

—El *Neptuno*, nuestra escolta.

Al escuchar la voz de Adérbal junto

a él, asintió sin apenas girarse. Ignoraba si el espolón de bronce de aquella nave sería capaz de romper el sólido casco de roble de los barcos vénetos, pero la artillería dispuesta sobre su cubierta resultaba amenazadora.

Llevaban casi diez días navegando de bolina hacia occidente, a lo largo de la costa septentrional de la Galia, y ya habían dejado atrás el estrecho que la separa de Britania, adentrándose en mar abierto. A su izquierda se encontraba aquella fría e inhóspita tierra habitada por bárbaros; a la derecha, la desolada línea del horizonte, allá donde terminaba el mundo conocido y solo existía la



inmensidad del océano.

El capitán siguió la dirección de su mirada.

—Puesto que sabemos que la Tierra es esférica, navegando en esta dirección en teoría podríamos llegar hasta la India, la parte más oriental del mundo conocido —dijo—. ¿Te lo imaginas? Una nueva ruta comercial para la seda...

Todos los años la aristocracia romana dilapidaba una fortuna en aquel suave tejido traído en caravanas desde los confines de Asia, a través de una interminable red de intermediarios que conectaba a dos civilizaciones que mutuamente se consideraban

legendarias. Una flota de ciento veinte naves mercantes abandonaba los puertos egipcios para regresar de la India, cargados de especias, incienso, turquesas, seda y tejidos de algodón. Anualmente ese comercio hacía salir del imperio más de cien millones de sestercios. Una familia de provincias podía vivir con comodidad durante un año con apenas cuatrocientos sestercios.

—Si hemos de creer los datos de Eratóstenes de Cirene, la Tierra es demasiado grande para que sea posible —señaló Marco—. Aunque podrías intentarlo: si tienes éxito, te harías tan rico como Craso.

El aludido cabeceó negativamente.

—Una remota posibilidad de conseguir riquezas sin límite frente a la expectativa de una muerte casi segura... Me temo que es una apuesta demasiado arriesgada, incluso para mí.

Durante un momento, ambos permanecieron en silencio, observando la oscura línea de la costa.

—¿Qué sabes de Cantabria? —murmuró Marco, abstraído.

—Acantilados, grandes bosques y, más allá, montañas; aunque también existen buenos puertos naturales. Gente sobria, tan dura y áspera como las peñas en las que viven. Y jamás se separan de

sus armas. Asclepiades Myrleano los consideraba descendientes de una antigua colonia espartana, aunque su lengua no se parece en nada al griego, sino más bien a la de los celtíberos que viven más al sur.

—Dicen que allí la guerra no marcha bien.

—Eso he oído, pero me temo que no sé más que tú.

En aquel momento, Annio apareció en cubierta y, tras apoyarse en la borda, comenzó a vomitar entre arcadas.

—Mierda —masculló, limpiándose la boca—. Este viaje acabará conmigo.

—Cuídate, maldito galán —gruño el

opción a sus espaldas—. Debes llegar vivo a Burdigala, de lo contrario Lesbia ha jurado cortarnos los huevos.

Finalmente, el hombrecillo había logrado una cita con la mujer y, a juzgar por su expresión embobada cuando regresó a la tienda, parecía que había sido todo un éxito. Desde entonces, se les había visto juntos en varias ocasiones, aunque ahora ella viajaba en otra de las naves de la flota, junto con el resto de las mujeres públicas.

Abajo, en la bodega, Antígono inspeccionaba las heridas de Niñato con

preocupación. Envuelto en mantas, el joven iba poco a poco recuperándose; tal vez solo le quedaría una cicatriz en la frente. En otras circunstancias, aquello no habría revestido demasiada gravedad, pero dadas las actuales condiciones de insalubridad, cualquier herida siempre corría el riesgo de infectarse y resultar fatal.

—¿Puedo subir a cubierta? —le preguntó.

El griego echó un vistazo al interior de la nave, un oscuro habitáculo formado por sólidas cuadernas de roble, como las costillas de una colosal bestia de madera, recubiertas por la mohosa

tablazón del casco. Apeataba al alquitrán y las resinas del calafateo destinado a impermeabilizar el casco y, aun así, el agua de mar se filtraba entre las planchas hasta inundar la sentina por donde correteaban las ratas, justo bajo sus pies. Toda aquella húmeda estructura crujía siniestramente cada vez que un golpe de mar hacía oscilar la nave.

—El aire fresco te vendría bien, pero aún estás muy débil —dijo al fin.

Niñato esbozó un gesto de fastidio.

—Hagamos un trato: si te aburres, puedes leer esto —añadió, entregándole un par de rollos de papiro.

—¿Erasítrato de Quíos? —preguntó

el joven, después de leer el título.

—En Gesoriacum perdimos a uno de los camilleros. Si te interesa, puedo darte el puesto vacante y, si demuestras aptitudes, tal vez convertirte en opción médico.

—Pasaría a ser inmune, exento de trabajar como un animal... —murmuró.

Pero la mirada de ave de presa del médico permanecía fija en él.

—Al contrario que el resto, hablas griego y posees una buena educación: resultaría un desperdicio desaprovecharla. Y desde tu propia perspectiva, es el mejor medio para ganarte el respeto de tus compañeros.



Al introducir el instrumental en su bolsa, por algún motivo recordó a aquel aprendiz de druida que acompañaba a su mentor. Tras interrogarles acerca de toda clase de plantas medicinales, les había otorgado la libertad a ambos sin poder explicarse por qué.

—Pero has de ser consciente de que la diferencia entre ser médico y soldado no solo estriba en saber cómo salvar vidas o cómo acabar con ellas —añadió—. Significa pensar en los demás antes que en ti mismo.

Niñato tomó los dos rollos de papiro.

—¿Qué tengo que hacer? —

preguntó.

—Todo comienza con un juramento que ha sido repetido durante siglos...

En el otro extremo de la bodega, Licinio Varrón mordisqueaba un pedazo de tocino, sin dejar de observar la escena que estaba teniendo lugar frente a él.

La lentitud de las obras del campamento le había dejado en evidencia ante el legado, y por ello decidió dar una lección a aquellos holgazanes. Pero ese maldito médico había cuestionado públicamente su autoridad, y gracias a ello aquel niño

inútil se libró de su merecido castigo, dejándole como un imbécil ante todos sus hombres. Y ahora, por si fuera poco, parecía que iba a recompensarle.

Esas arrogantes ratas de biblioteca se creían mejores que él por haber recibido clases de algún esclavo sodomita, pero había algo que ningún afeminado griego podía enseñarle a un soldado romano. Ninguno de ellos tenía huevos.

Ahora se consideraban a salvo gracias a haberse buscado como amigo a ese maldito mentor. Pero Varrón había jurado que, tarde o temprano, recibiría su merecido.

A medida que se aproximaban fueron definiéndose las formas de una península rocosa, salpicada de pequeñas luces que parecían flotar entre la bruma como luciérnagas. Su modesto faro se encontraba en la parte más alta del enorme promontorio de piedra coronado por un manto verde, unido a la costa gracias a una estrecha lengua de tierra, cerrada mediante una tosca muralla. Aquellas defensas se adentraban en el mar, y sobre ellas sobresalían los mástiles de varias embarcaciones, lo que delataba la existencia de un pequeño puerto guarnecido del rugiente mar por

un saliente de afiladas peñas. Cuando se adentraban en el fondeadero, Marco pudo distinguir con nitidez las cabañas desperdigadas sobre ella, cuyos hogares creaban débiles estelas de humo que ascendían hacia el cielo y se confundían con la niebla.

—Al subir la marea, todo esto se convierte en una isla —dijo Adérbal.

Se encontraban en el alcázar, junto al timonel. Cuando el capitán vociferó una orden, sus hombres se dispusieron a hacer uso de los aparejos. Uno de los marinos hizo sonar un cuerno. El sonido fue coreado por los chillidos de un centenar de gaviotas y, al cabo, otro más

grave le respondió desde el interior de las murallas.

—¿Vamos a atracar allí? —Marco se mostraba dubitativo.

El gaditano movió la cabeza negativamente. Era un castro véneto: pertenecía a uno de los pueblos que se había mostrado más hostil a la dominación romana. Los treinta años transcurridos tras la conquista, aún no habían borrado las cicatrices de la guerra.

—Lo haremos en la playa.

El viento noroeste, que les había dificultado el viaje, hacía ahora más sencilla la maniobra de ataque y los

aproximaba a la costa, por lo que apenas tuvieron que recurrir a los remos para alcanzar la playa. Viraron por avante, contra el viento, una maniobra arriesgada a causa de la proximidad de las rocas, aunque idónea cuando se disponía de tan poco espacio. Finalmente, la habilidad del *gubernator* y de su tripulación logró que la quilla del barco acabara reposando plácidamente sobre la arena y, una tras otra, el resto de la flotilla fue varando a su lado.

Para cuando tomaron tierra, ya se había congregado una comitiva de lugareños a modo de improvisada

recepción, acompañados por un enjambre de curiosos. Tras reunirse con los dignatarios locales, el legado les expuso su intención de acampar allí mismo, para evitar que la población sufriera los previsibles abusos de la tropa. Aunque resultaba obvio que esos no eran sus verdaderos motivos, aquella noticia produjo una gran satisfacción entre los galos y el descontento de sus propios hombres, que habían considerado la posibilidad de dormir al fin bajo techo, en un lecho seco e incluso, tal vez, acompañados.

Marco dirigió la construcción del campamento en una colina cercana;



fortificó el acceso hasta las embarcaciones mediante dos brazos que llegaban hasta el mar. Al menos allí no hacía demasiado frío, era un lugar resguardado del fuerte viento y, tratándose de suelo arenoso, el trabajo se hacía liviano, casi agradable, al hacerles entrar en calor. Al cabo de un par de horas las obras ya habían concluido. Después de que los galos les trajeran leña seca, legumbres y algo de carne, los legionarios pasaron el resto de la jornada bastante animados, pese a la prohibición de abandonar la proximidad de las naves.

    Cuando anochecía, un mensajero le

comunicó que debía presentarse ante el legado. Marco acudió al pretorio con el ceño fruncido. Una vez que hubo entrado en la amplia tienda del oficial, su habitual aprensión se hizo todavía mayor al descubrir a varios centuriones reunidos en torno a una mesa y al optión frente a él.

Quinto y Voconio Mauro alzaron la vista, seguidos del resto de los suboficiales. Fanio Cepión se dirigió a él sin ninguna clase de preámbulo:

—Eres galo. —Aquello no era una pregunta.

Licinio Varrón ahogó un bufido repleto de sorna. Marco se quedó

observándolo durante un instante, tratando de aparentar indiferencia.

—Mi madre era de Insubria, pero César otorgó la ciudadanía a todos los habitantes de la Galia Cisalpina, y ahora forma parte de Italia —señaló—. Mi padre nació en Placencia, y era ciudadano romano. Fue herido en Alesia, cuando luchaba por César.

El difunto dictador había favorecido a la aristocracia de las colonias latinas fundadas en aquella próspera tierra que exportaba vino, trigo y lana a la capital. A pesar de las burlas de las viejas familias romanas acerca de la presencia de galos en el Senado, que se habrían

despojado de sus pantalones a cuadros para vestirse con la túnica laticlavia, en realidad, los antepasados de aquellas gentes del valle del Po eran tan romanos como los suyos.

—¿Hablas galo? —prosiguió Cepión.

—Lepóntico —corrigió—. Y algo de ligur.

—¿Entiendes a esos bárbaros? —Su superior se impacientaba.

—Sí, aunque alguna de sus palabras me son desconocidas. —Me han dicho que eres uno de mis mejores hombres con la espada.

—Soy *armaturae duplares* —

respondió con sencillez.

Al poco de ingresar en el ejército, su destreza con las armas había hecho que se ganara ese rango, gracias al cual cobraba el doble de la paga de un legionario normal.

—Una extraña habilidad para un mensor —prosiguió—. ¿Quién te enseñó a luchar?

—La Suburra.

Los mandos intercambiaron varias miradas de inquietud. Tratar con dureza a un soldado era algo habitual. Cuestionar su ciudadanía rozaba lo que se consideraba de mal gusto. Que ahora él reconociera haber crecido en uno de

los barrios de peor reputación de la capital sonaba a desafío.

—Y un extraño origen —respondió al fin Cepión—. También dicen que eres hijo adoptivo del gran Vitruvio Polión.

—Así es —reconoció—. Pero sin duda el legado me habrá hecho llamar por algún motivo más importante que el saber de mis modestos orígenes.

Su superior asintió pensativo.

—El caudillo local me ha invitado a una fiesta en su mugrienta choza. — Parecía encontrar la idea vagamente divertida—. Necesitaré una escolta: tú, Licinio Varrón y el opción. Ellos también hablan galo.

—¿Quiere que hagamos de intérpretes? —Marco contempló a su camarada, que permanecía en silencio.

—Quiero que procuréis no abrir la boca en toda la noche y que finjáis no entender una sola palabra de lo que dicen. Quiero que tengáis los oídos bien abiertos y que más tarde me contéis todo lo que hayáis escuchado.

—La recepción es una farsa.

—No del todo —repuso el legado—. Pero, sin duda, les habrán llegado noticias sobre la revuelta de los morinos y se preguntarán por el motivo de nuestro viaje. La lealtad de los vénetos aún es débil: cuanto menos sepan, tanto

mejor.



# VI

La cabaña del reyezuelo véneto era similar a muchas otras que había visto en la Galia: enorme, con más de noventa pies de diámetro, delimitada por una larga pared circular construida mediante un sencillo entramado de madera revestido de adobe. La paja de su techumbre se amontonaba sobre una estructura cónica de vigas de roble que convergían sobre un gran poste central de casi ochenta pies de altura, profusamente labrado con símbolos geométricos.

Atravesaron su pequeño porche para acceder al oscuro interior, agradeciendo el refugio que este les ofrecía: a falta de ventanas, la escasa iluminación dependía de dos grandes hogueras situadas en su centro y que, con una luz anaranjada y mortecina, proyectaban grotescas sombras sobre los bancos corridos de las paredes. Allá donde mirasen, dispuestas sobre las mesas, encontraron toda clase de ajuar de origen romano, ya fuera brillantes cuencos de cerámica rojiza o traslúcidas jarras de vidrio. Por un momento, Marco observó toda aquella colección de baratijas, expuestas a la vista con

evidente afán de ostentación.

El legado, escoltado por Marco, Licinio Varrón y el opción, se abrió paso entre la multitud de bárbaros despreocupadamente. Nada más cruzar el umbral, fueron recibidos por el reyezuelo, una decadente versión de la imagen a la que todo artista recurría cuando trata de representar a un galo: un gigantón rubicundo y jactancioso de grandes mostachos, con los miembros cubiertos de joyas, de entre las que destacaba un enorme torques de oro, cuyos remates debían de estar huecos, pues de lo contrario hubiera tenido que caminar encorvado.

Mientras los jefes intercambiaban regalos, Marco y el opción inspeccionaron la abarrotada estancia. Como era habitual, los nobles galos habían acudido armados con sus largas espadas de empuñaduras chapadas en oro y bronce. Esto, unido a su desmedida afición por la bebida, hacía que, aunque ninguno albergara la menor hostilidad hacia ellos, lo cual era, ciertamente, decir demasiado, la velada no estuviera libre de peligros.

Cuando regresaron, el legado se había sentado ya junto al reyezuelo, acompañado de su esposa y del resto de los notables. Tal y como era su

costumbre, los comensales se distribuyeron en torno al fuego manteniendo un riguroso orden jerárquico, de forma que aquellos que contaban con un menor estatus se encontrarían frente a las élites. Sin embargo, su escolta fue conducida a un asiento próximo al de su superior, pues obviamente este había mentido sobre su rango.

El optión le indicó que se disponía a inspeccionar la otra puerta y, tras despojarse de la capa, Marco se recostó sobre su asiento, apoyando la espalda sobre la pared de adobe. Una pareja de esclavos troceaba uno de los jabalíes,

para cargar una generosa porción en una fuente de plata que fue depositada frente al reyezuelo. Una segunda bandeja iba a ser entregada a un corpulento bárbaro que tenía una cicatriz en la frente cuando uno de los guerreros más jóvenes se levantó para dirigirse hacia él alzando la voz, de forma que todos pudieran oírle. Era extremadamente corpulento y su mano derecha aferraba la empuñadura de su espada.

—Bratronos, hijo de Dorios — clamó—. ¿Acaso no eres tú quien, hace seis años, dirigió una incursión para saquear las tierras de los namnetos?

—Así es —reconoció el aludido, de

forma sombría.

Cepión, que no comprendía una sola palabra, dirigió una mirada de inquietud a Marco, y este trató de tranquilizarlo mediante un gesto, aunque por debajo de la mesa su mano no abandonase la empuñadura de su arma.

—¿Y no es cierto, entonces, que al tratar de despojarlos de su ganado tuviste que combatir contra ellos?

—Sí. —Bratronos se levantó, desafiante—. Y aquel día regresé a mi poblado con más de treinta reses.

—Y sin embargo, se dice que los duplicabais en número y que, aun así, las dos terceras partes de tus hombres

perecieron en la lucha —señaló el joven—. Y también se dice que cuando te enfrentaste a uno de ellos, aunque él era apenas un muchacho, recibiste un tajo en tu cara, que te quedó tal y como ahora la tienes.

—¿Y quién dice todas esas patrañas? —rugió el aludido, golpeando la mesa con ambas manos.

—Lo digo yo, Iccauos, hijo de Aneuno, de los namnetos. Porque fui yo quien aquel día segó tu rostro con esta espada —contestó, mientras la desenvainaba.

El joven caminó al frente hasta situarse ante la mesa del rey, apuntando



con su arma al noble, que ahora guardaba silencio, con el rostro enrojecido por la ira.

—Por eso —concluyó—, no creo que seas digno de ser servido antes que yo, Bratronos, hijo de Doiros, de los vénetos.

Se creó un silencio expectante, mientras los sirvientes observaban a su rey sin saber a quién debían servir el asado. Tras escrutar la expresión de ambos guerreros, el caudillo celta hizo un gesto solemne y, finalmente, fue el joven Iccauos quien recibió la porción de carne.

En ese momento, el opción apareció

en el trémulo círculo de luz que formaba la hoguera, aún envuelto en su capa. Envalentonado por su reciente éxito, el joven galo señaló al recién llegado y su voz resonó de nuevo en la sala:

—También me gustaría saber qué hazañas han realizado estos extranjeros para que se les honre de esta forma.

El gigante galo observaba al opción fijamente. Marco dirigió una expresión alerta a su viejo camarada, pero él no se inmutó. Con paso sosegado, se dirigió hasta su asiento, solicitó a su compañero de mesa que le hiciera un sitio y se desabrochó su capa sin dejar de observar al corpulento joven. Este bajó

la vista cuando descubrió el brillo de los nueve torques de oro que el exgladiador, veterano de las guerras gálicas, llevaba colgados del pecho, junto al resto de las condecoraciones que jalonaban casi veinte años de vida militar. Ambos sabían que cada uno de esos collares había pertenecido a un caudillo celta, al que él había dado muerte con esa misma espada que ahora, repleta de melladuras, colgaba amenazadora de su cintura. Iccauos alzó la vista. Cuando las miradas de ambos se encontraron de nuevo, decidió sentarse sin pronunciar palabra.

Una vez que el opción se acomodó en

el banco, una treintena de bocas exhalaban un aliento contenido. El reyezuelo tomó el primer bocado y todos se dispusieron a cenar, mientras comentaban animadamente el suceso.

A una orden del mayordomo, los esclavos entregaron varias copas de plata repujada a los invitados. Observando los resueltos ademanes del rey celta al dirigirse a su superior chapurreando latín, Marco bebió un sorbo de la suya. Para su sorpresa, descubrió que era vino de Falerno. Habitudo al vinagre que le entregaban a

diario, sentir de nuevo su sabor dentro de una choza perdida en los confines occidentales del mundo le resultó agradable, aunque al mismo tiempo turbador.

Cayo Julio César había asegurado que el carácter belicoso de los belgas respondía al hecho de que, al vivir lejos de los mercaderes romanos, no tenían acceso a ningún lujo que pudiera moderar su reciedumbre. Pero hacía siglos que los comerciantes griegos de Massalia remontaban el curso del Ródano para vender toda clase de productos de lujo a los caudillos celtas, a cambio de pieles, metales y esclavos.

A causa de la extraordinaria afición que despertó entre ellos aquella bebida traída desde las cálidas orillas del Mediterráneo, los galos terminaron vendiendo en masa a sus propios compatriotas. Y así, hombres y mujeres nacidos en libertad eran apresados en continuas incursiones, para acabar sus días labrando los campos de Sicilia, o forzadas en los prostíbulos de la urbe, o desangrándose en la arena de algún anfiteatro.

En aquel lugar, la vida de un hombre valía lo mismo que un ánfora de vino: sorbo a sorbo, en reuniones como aquella, se consumía el destino de un ser

humano, como si de su misma sangre se tratase. Desprovista de todo artificio, la sociedad de aquellos bárbaros resultaba, en su misma sencillez, el mejor paradigma de la naturaleza humana.

—Apenas has bebido. ¿Acaso te desagrada el vino?

Al levantar la vista, se encontró ante un busto de Minerva esculpido en mármol, sin ninguna clase de pigmento que aportase algo de color a su pálido aspecto; solo unos ojos de un azul tan intenso como el vidrio al trasluz, que ahora le observaban fijamente. Sentada junto al legado, sin duda era la esposa

de aquel reyezuelo. Había echado su manto sobre los hombros, dejando al descubierto un cabello dorado, recogido mediante una extraña sucesión de trenzas. Hablaba en un extraño dialecto galo, con un tono profundo pero al mismo tiempo melódico.

Recordó las órdenes de su superior, pero habría sido una grosería no responder.

—Solo es que lo encuentro demasiado fuerte para mi gusto —repuso, tratando de resultar cortés—. Los romanos acostumbramos a mezclarlo con agua, pues pensamos que beberlo de otro modo no es propio de



personas medidas...

—Sino más bien de bárbaros. —Un hombre barbudo, al que nadie dedicaría una segunda mirada, le observaba fijamente a su izquierda.

—¿Te escandaliza la embriaguez? —preguntó la mujer con curiosidad.

—En absoluto —respondió él, con una sonrisa—. Al final de cada banquete, siempre realizamos varias rondas en honor al anfitrión. Y el número de copas acostumbra a ser muy elevado.

—¿Cual es tu dignidad? —continuó ella.

—Soy mensor. Dirijo la

construcción de edificios, caminos y fortalezas.

—Dicen que Roma es tan grande que puedes tardar días en atravesarla — prosiguió—. Dicen que las cabañas se amontonan unas sobre otras, hasta alcanzar la altura de montañas, y que existen caminos que conducen el agua hasta las puertas de los hogares, además de otros prodigios.

—Resulta fácil perderse en la urbe, es algo que nos sucede hasta a los propios romanos —repuso Marco—. Los acueductos son nuestro mayor orgullo, pero hay ciudades aún más grandes en Oriente. Y, desde luego, más

ordenadas.

—Debe de resultar extraño para alguien que ha dedicado tanto tiempo al estudio de obras semejantes el formar parte de un ejército que ha arrasado medio mundo.

El barbudo galo de cabello castaño no mostraba ninguna hostilidad hacia él, tan solo, al igual que la mujer, una vaga curiosidad.

—Se dice que Roma ha ganado más batallas gracias a la *dolabra*, nuestro zapapico, que al *gladius*, nuestra espada —señaló Marco—. Piensa en Alesia, Avaricum o el puente sobre el Rin.

Tras decir aquello, observó un

relieve tallado en uno de los tabiques de madera, que mostraba a una fila de guerreros conducidos por una cadena de plata que surgía de la boca de un anciano que les precedía.

—Es Ogmios, nuestro dios de la guerra —le explicó el bárbaro—, muy distinto a Marte o Heracles, aunque se parezca a este último por ir revestido de una piel y usar una maza. Sin embargo, al contrario que él, es anciano, y arrastra un enorme ejército de hombres... tan solo con el poder de su palabra.

—La elocuencia gala es famosa.

—No somos los únicos que sabemos hacer uso de ella —aseguró aquel

extraño sujeto—. Algunos tenemos edad suficiente como para recordar a vuestro Julio César, quien fue capaz de conducir a millares de sus hombres a la muerte solo para saciar su ambición.

—No juzgues a la ligera el número de muertes que he podido presenciar —repuso Marco, extrañamente umbrío.

—Entonces habrás participado en muchas batallas —dijo la mujer, que había permanecido atenta a su conversación—. Esa herida en vuestro rostro...

Con la yema de los dedos, acarició un poco la cicatriz que desfiguraba sus facciones. Él sintió un escalofrío. Hacía

cuatro años que no le tocaba ninguna mujer honesta, es decir, una a la que antes no hubiera pagado por ello; la suavidad de aquella piel había despertado en él demasiadas cosas que yacían largo tiempo enterradas.

—Es más bien el fruto de otra clase de guerras —le respondió.

En aquel instante, un hombre con un arpa en las manos se encaminó hacia el centro de la cabaña, e inmediatamente toda la estancia enmudeció.

—He dado orden a nuestro bardo de que recite una canción —anunció el rey, en un latín apenas inteligible.

Los murmullos se fueron apagando

con los primeros acordes que el bardo arrancó a su instrumento. La música era hermosa; sin embargo, pese a tratarse de un canto épico, había una inexplicable melancolía en ella:

«Veré entonces un mundo que no me agradará: verano sin flores, vacas sin leche, mujeres sin pudor, hombres cobardes, tesoros sin rey, árboles sin fruto, mares sin pesca, ancianos sin juicio, y jueces corruptos. Todo hombre será un traidor, y cada muchacho un ladrón. El hijo

ocupará el lecho del padre, y el padre el del hijo, y cada uno será el suegro de su hermano.»

—Habla del fin del mundo —le explicó el galo en voz baja—. Forma parte de una leyenda que narra la batalla que enfrentó a los dioses de la madre tierra, acaudillados por Lug, contra los demonios que encarnan las fuerzas destructivas de la naturaleza.

—Es curioso —dijo Marco, expresando sus pensamientos en voz alta—. Los romanos llamamos a esta tierra el *Finis Terræ*: a nuestros ojos, nos



encontramos ante el fin del mundo.

—Muchos de nosotros también creemos encontrarnos ante él, mensor.

El galo habló con una nostalgia totalmente desprovista de humor, y observaba un cuenco de cerámica rojiza decorado con un relieve de Marte. Tratando de dejarle sumido en sus pensamientos, la vista de Marco deambuló por la cabaña. El vino comenzaba a hacer su efecto entre aquellos bárbaros. Varios invitados, afectados por la euforia del alcohol, habían sentado a alguna de las esclavas sobre su regazo para manosearlas por encima del vestido. Dos de ellos, tras

despojarse de su ropa, comenzaron a luchar a puñetazos mientras el resto los jaleaba con entusiasmo. Cuando el vencedor alzó los brazos con un gesto triunfal, el rey le arrojó uno de sus brazaletes de oro y, tras hacer un gesto al bardo, este interpretó un nuevo canto.

Esta vez, la música era aún más triste. Apenas pudo entender su letra, pero al contemplar la imagen de aquellos bárbaros ingiriendo ávidamente aquel vino itálico en cráteras griegas descubrió a un pueblo que no solo había sido despojado de su libertad, sino también de su mismo espíritu. Perdida su identidad, ahora tan solo trataban de

imitar las costumbres de sus dominadores, con lo que se convertían en una cruel parodia de sí mismos.

El galo barbudo abandonó la mesa, encaminándose hacia algún lugar, por lo que se encontró a solas con la mujer, que permanecía sentada entre él y el legado, mientras su marido continuaba bebiendo entre risas.

—Es la historia de un rey que desposó a una mujer mucho más joven que él —le explicó—. Consumido por los años e incapaz de satisfacerla, ella terminó en los brazos de otro hombre.

Había apoyado la mano sobre su antebrazo para hablarle, y él se revolvió

en su asiento. No era solo la intimidad del gesto: ahora la sala parecía envuelta en una perturbadora atmósfera de decadencia.

—¿Tienes esposa? —dijo la reina.

Estudió sus gestos antes de contestar.

La hoguera recortaba sus facciones a contraluz y creaba un halo dorado en torno a su cabello. Aquella mirada habría bastado para fundir la nieve de una montaña.

—Como soldados, no nos está permitido casarnos.

—¿Y no echas nada en falta?

—Jamás he conocido el matrimonio, así que no puedo añorarlo.

La sonrisa de la mujer parecía irradiar una tierna inocencia y un regusto perverso.

—Y de ahí esa prohibición, ¿verdad? Un ejército formado por hombres preocupados por lo que puedan hacer sus esposas durante su ausencia jamás habría conquistado el mundo — señaló con malicia—. Pero te preguntaba si por las noches desearías tener a alguien en vuestro lecho.

—Sí —reconoció, esforzándose por sostenerle la mirada.

A las mujeres romanas no les estaba permitido beber alcohol, y aquella indecorosa insolencia espoleada por la

embriaguez despertaba en él emociones enfrentadas.

La reina ensanchó aún más su sonrisa.

—El deseo lo es todo, ¿no crees? Es el mayor bien imaginable, lo único que realmente otorga valor a algo. Es nuestro deseo hacia este vino lo que hace que sea más valioso que la vida de un hombre. Y despertar el deseo es el único poder que se nos ha otorgado a las mujeres..., pero si el deseo hacia una esposa se agota, deja de tener valor.

Marco observó al marido, sentado ante la misma mesa. Rodeado por su pequeña corte de aduladores, el

reyezuelo rememoraba entre risotadas historias sobre viejas batallas, aunque ahora la única guerra que libraba era contra el paso del tiempo. Superada la cincuentena, toda una vida de excesos había alterado sus facciones hasta transformar su rostro en una ajada máscara de piel arrugada. Su cabello lacio era de un rubio tan ceniciento como el largo bigote que sumergía en el vino cada vez que se llevaba la copa a sus labios para beber con avidez.

Siguiendo su mirada, la mujer se recostó sobre el respaldo del asiento, apoyándose lánguidamente sobre el hombro de Fanio Cepión.

—¿Crees que él me desea, extranjero? —añadió, observando con descaro al legado.

Bajo la fluctuante luz de las hogueras, las afiladas facciones de Cepión se asemejaban aún más a las de un fauno. Su sonrisa dejaba claro que, a pesar de que la mujer le hablaba en galo, había comprendido el sentido de sus palabras. Tomando un último trago de su copa, murmuró algo al oído del reyezuelo: por un momento, todos esperaron una reacción violenta, pero en cambio él profirió una tremenda risotada.

Su superior se dirigió a él:



—Dile que quiero agradecer su lealtad a Roma.

Cuando le entregó al caudillo un brazalete de plata, se vio obligado a traducir sus palabras. El monarca sonrió complacido, y entonces la mirada de Marco formuló a la mujer una muda pregunta. Por primera vez, sus facciones parecieron transmitir alguna emoción real.

—Mi padre fue el anterior rey, y murió enfrentándose a Roma. Él había renunciado a combatir y por ello le fue entregado el trono —dijo, mirando al decadente bárbaro—. Me convertí en su rehén, en la garantía de la lealtad de mi

gente, y con el tiempo acabó desposándome para poder dilapidar mi dote. Desde entonces he vivido recluida aquí, rodeada de toda esta chusma: engendrarle un bastardo es la única venganza que tengo a mi alcance.

Cepión se levantó de su asiento acompañado por la reina y ambos entraron en una estancia contigua, apenas oculta por una pared de varas de avellano entrelazadas. En ella, no había más que un lecho de paja cubierto con pieles, junto a un sencillo escaño. En la penumbra, Marco pudo ver cómo se sentaban en él. Cepión le bajó la parte superior del vestido. Durante un largo

rato, ambos permanecieron abrazados, hasta que ella se arrodilló ante él para hundir el rostro en su regazo.

Al cabo, se incorporó, desconcertada. Por un instante, bajó la vista y contuvo una sonrisa.

Con una indescriptible expresión de odio, Cepión retorció su brazo hasta arrancarle un chillido y rasgó su vestido dejando su espalda al descubierto. Aferró sus muñecas con una mano, para tumbarla violentamente sobre el lecho, y con la otra se las ató con firmeza a la espalda.

El legado se despojó del cinturón para esgrimirlo con su mano derecha; a

través de la caótica celosía que formaba la pared de ramas, Marco le dirigió una mirada de advertencia. Él sonrió, con perversa satisfacción, y comenzó a azotarla salvajemente hasta que ella apenas pudo ahogar los gritos.

Él permanecía en silencio, sin saber qué hacer. En la sala, los invitados ignoraban los chillidos que llegaban desde más allá de la pared, o gastaban bromas de mal gusto. Dentro, las facciones del legado se habían desfigurado al contemplar aquella pálida piel surcada de marcas encarnadas. Arrojó a un lado el cinto para aproximarse a ella, apuntándola

con un miembro esta vez congestionado, y comenzó a friccionarlo ante sus ojos, mientras ella apartaba la vista.

—Mírame —masculló.

Obedeció, y en ese momento se vació sobre ella. Un gemido de placer escapó de entre sus gruesos labios hasta convertirse en un gutural gruñido. Jadeando, el legado se recostó de nuevo sobre el escaño, su piel aún brillante a causa del sudor. Trató de recomponer su aspecto limpiándose con el manto; cuando su rostro de fauno surgió de nuevo de entre los pliegues de tela, había recuperado su habitual compostura.

Se giró hacia sus hombres, que le observaban más allá de la celosía.

—Dadle a esta zorra lo que desea.

Licinio Varrón abandonó la mesa y comenzó a desnudarse, con una grosera sonrisa de satisfacción que desfiguraba sus rudas facciones, y su superior se recostó sobre el asiento, preparándose para el venal espectáculo. Asaltado por una nauseabunda excitación, Marco decidió abandonar aquel lugar. Al cruzar el umbral, resonó un eructo, acompañado de un coro de risas. Entre ellas, pudo distinguir la voz del reyezuelo.

# VII

Sentado junto al borde de un acantilado del *Finis Terræ*, con las olas del océano rugiendo bajo sus pies, Marco recordaba su hogar.

Roma. Marco Tulio Cicerón había dicho que la mayor parte de la urbe vivía suspendida en el aire. Y, en efecto, así era: casi un millón de sus habitantes subsistían en el interior de alguna de las cuarenta y cinco mil *insulæ* que formaban su conglomerado urbano. Grandes edificios de ladrillo y madera, de entre cuatro y seis plantas, se

amontonaban desordenadamente para crear una laberíntica red de calles angostas, sinuosas y oscuras, que rara vez contaba con aceras. Y cuando lo hacía, se encontraban sepultadas por las mercancías de los comerciantes, dificultando aún más el tránsito entre el tumulto.

Una enorme ciudad, de casi doce millas de diámetro, que, al igual que un organismo vivo, se consumía y se regeneraba lentamente. Iluminados por lámparas de aceite y calentados mediante braseros, no había noche en la que algún bloque de viviendas no se incendiase o se derrumbara bajo su



propio peso como un animal moribundo, para ser reconstruido de nuevo, aún más alto. Octavio había prohibido que los particulares edificaran hasta más de setenta pies de altura, pero los constructores escatimaban la calidad de los materiales y especulaban con el suelo, por lo que la mayor parte de los romanos vivía bajo el continuo temor a que sus hogares se vinieran abajo. Roma violaba todas y cada una de las normas urbanísticas que sus propios habitantes habían establecido para la construcción de nuevas ciudades. Era un monstruoso ser que, de alguna forma, había cobrado vida propia, alejándose a propósito de

los deseos de sus creadores.

En la cima de sus siete colinas, allí donde el aire resultaba más saludable, se erguían más de un millar de lujosas mansiones de una o dos plantas, con sus estancias distribuidas en torno a un patio central, con frecuencia rodeadas de amplias zonas ajardinadas. Auténticos reductos de paz en los que vivían las clases altas, tanto équites como senadores.

Pero en los valles la ciudad hedía. Desde las balconadas recubiertas de macetas, tan próximas entre sí que casi se tocaban, los romanos vaciaban a diario sus orinales, arrojando sus heces

sobre las cabezas de sus vecinos con total despreocupación. La porquería se amontonaba en las calles y era recogida para fertilizar los jardines. El humo de los hogares, los hornos y los talleres había creado una neblina grisácea, visible desde varias millas de distancia, que flotaba por encima de la ciudad. Una muchedumbre vociferante abarrotaba sus calles peatonales, que daban a otras más amplias, capaces de ser atravesadas por carros, que a su vez desembocaban en las vías, amplias avenidas empedradas que, llegadas desde todas direcciones, convergían en el foro, el auténtico corazón de la

república.

Setecientos veintinueve años después de ser fundada, la urbe aún no contaba con buena parte de los majestuosos edificios que la harían pasar a la posteridad. Sus templos, como el de Júpiter Optimo Máximo o el consagrado a Saturno, eran modestos comparados con los del mundo helenístico. Los espectadores del Circo Máximo debían contemplar las carreras de cuadrigas sentados sobre un terraplén de tierra; solo hacía tres décadas que Pompeyo había construido su único teatro en piedra, y cuatro años antes Estatilio Tauro había erigido lo que

sería su primer anfiteatro permanente. Más tarde, en su testamento político, Augusto podría enorgullecerse de haber transformado a una ciudad de ladrillo en otra de mármol, pero todo ese lujo tan solo otorgó un bello rostro inmortal a un cuerpo lisiado y deforme, en constante descomposición. En un intento por ordenar el caos, el *princeps* había dividido a la ciudad en catorce regiones, que con el tiempo llegarían a contar con ciento sesenta y cinco barrios. Uno de ellos era la Suburra.

La Suburra constituía una especie de cruel y sarcástica caricatura de la propia urbe; parecía concebida por Baco en el

transcurso de alguno de sus innombrables excesos. Situada en un valle entre el monte Viminal y el Esquilino, esta antigua aldea era la sublimación de toda la corrupción y violencia que infectaba hasta el último rincón de la capital. Barrio famoso por sus prostíbulos, se decía que ningún ciudadano respetable podía acudir a él sin dejar de serlo, y que de él jamás saldría alguno honesto. Muchos creían que solo Julio César, nacido allí en el seno de una rancia familia patricia venida a menos, había sido una digna excepción a ello. Otros, por el contrario, consideraban al difunto dictador el

mejor exponente de toda su depravación.

Las tabernas y los lupanares habían atraído a una legión de proxenetas, mercaderes de esclavos y comerciantes que importaban una infinita gama de productos, destinados a satisfacer todos los placeres imaginables, desde los más selectos hasta los más infames. El crimen organizado había desplegado sus tentáculos dentro de esta compleja red de relaciones comerciales, escoltado por cientos de exgladiadores, soldados retirados y profesionales de la violencia que habían medrado gracias a décadas de guerras civiles.

Marco había crecido entre toda esta

podredumbre, en un mísero habitáculo de la última planta de una ruinoso *insula* en la calle del Argileto. Su madre era la viuda de un veterano de César, lisiado en el transcurso de las guerras gálicas. La mujer se había visto obligada a malvivir en aquel barrio por medio del trabajo de costurera y de las entregas gratuitas de trigo.

Eran tiempos difíciles. El triunvirato formado por Octavio, Marco Antonio y Lépido había derrotado a los asesinos de César en Filipos, haciéndose con el control del mundo romano, pero ahora los últimos líderes republicanos trataban de asfixiar a la capital. Desde hacía



años, la mayor parte de Italia no había sido cultivada a causa de la guerra, y el escaso cereal obtenido se destinaba a las legiones. Para abastecerse, Roma dependía de Sicilia, su tradicional granero, aunque ahora la isla se encontraba en manos de Sexto Pompeyo, cuya poderosa flota había impuesto un formidable bloqueo para dificultar la llegada de alimentos a la urbe. Por ello, el precio del trigo se había disparado, y había arrastrado al resto de los productos; los robos eran cada vez más frecuentes y el bandidaje se extendió por toda Italia, ahogando el comercio. El hambre comenzaba a hacer mella en la

población, y una pequeña familia formada por una viuda con un hijo de once años lo padecía con aún más crudeza.

Aquel día su madre había terminado una hermosa estola azul y, tras envolverla cuidadosamente en un lienzo, se la entregó para que la llevara a un cliente. Él había aferrado con fuerza el paquete entre sus pequeños brazos, tras asentir con gesto solemne. Pese a su corta edad, sabía que se le entregaba algo muy valioso, de lo que dependía la precaria economía familiar, y esta muestra de confianza lo llenaba de orgullo. Por ello, se apresuró a bajar las

escaleras del bloque de viviendas y recorrió las abarrotadas calles, desconfiando de todo aquel que se le acercaba.

Casi había llegado a su destino cuando se vio obligado a atravesar un oscuro callejón, cuyas paredes, repletas de pintadas obscenas, confluían antes de desembocar en otra calle más luminosa y transitada.

Entonces oyó los gritos. Un hombre alto y robusto, vulgar en todos los aspectos, aporreaba con violencia una destartada puerta, con la voz descompuesta por el alcohol y la ira. Aferrando una jarra de vino, su mirada

permanecía fija en una ajada ventana desprovista de cristales, con las contraventanas cerradas.

—¡Ábreme, señora Monedas-de-Cobre! ¡Aún no he terminado contigo!

Algunos vecinos se asomaron desde la fachada, frunciendo el ceño con desagrado, mientras los transeúntes lo observaban con curiosidad, pero él parecía obtener satisfacción en su inesperada audiencia. Entonces, desde un pequeño balcón, alguien volcó una palangana y una cortina de agua sucia mezclada con coágulos de sangre cayó sobre su cabeza. Resonó un coro de carcajadas y, con el pelo pegado al

cráneo, la túnica empapada y el rostro congestionado por la ira, su vista deambuló de un punto a otro buscando cualquier cosa a la que enfrentarse.

Marco, que se había visto obligado a pasar a su lado, ahora trataba de ignorarlo.

—Y tú, ¿de qué te ríes? —espetó.

Iba a responder cuando una forma borrosa apareció desde el margen izquierdo de su campo de visión, e inmediatamente sintió una punzada de dolor que le taladraba el rostro. Al caer al suelo, una pegajosa sensación de calor se extendió sobre su mejilla, a la vez que su vista se nublaba hasta

volverse rojiza.

Jamás supo cuánto tiempo estuvo tirado en la calle, sobre la tierra reseca y cuarteada. Cuando despertó, el sol ya se había ocultado entre los tejados de las *insulæ* y había teñido el cielo grisáceo con su velo anaranjado. Una costra oscura le impedía abrir el ojo izquierdo, y solo podía escuchar el zumbido de las moscas revoloteando por su cara. Los transeúntes caminaban a su alrededor con indiferencia, apenas sin hacerle caso.

Logró ponerse en pie tras varios

intentos, luchando contra la náusea. Con los labios reseco y una áspera sed adueñándose de su boca, escupió una oscura masa de sangre, saliva y polvo antes de buscar a tientas el paquete, tratando de no ser arrollado por la avalancha de gente. Solo encontró una mancha oscura en el suelo, allá donde había caído, junto a los restos de una jarra rota.

Exhausto, se sentó allí mismo para llorar de desesperación.

Tardó una eternidad en llegar al portal, antes de caer a los pies del viejo esclavo encargado de llevar el agua.

Despertó al sentir un agradable

frescor en la frente. Entreabriendo los ojos, descubrió a un hombre entrado en años pulcramente vestido, sentado junto a su camastro. Su madre se encontraba a su lado, sosteniendo una tela empapada en agua y vinagre. Una tras otra, las punzadas aguijonearon su rostro, seguidas de la aspereza de un cordel de cáñamo atravesando la carne. Marco mordía un trapo enrollado, conteniendo el impulso de apartar la cara, mientras el sudor caía por su frente crispada y se mezclaba con la sangre que manaba de entre las costuras.

Ella le observaba con aire ausente, absorta en otras preocupaciones.



—Has tenido suerte —señaló el médico—. Podrías haber perdido el ojo.

Antes de que acabara, cayó de nuevo inconsciente, aunque despertó al oír varios ruidos que llegaban desde la habitación contigua, apenas cubierta por unas cortinas. Cuando apareció su madre seguida de aquel viejo, tenía el cabello desordenado y trataba de fijarse la túnica sobre los hombros.

Cabizbaja, acompañó al hombre hasta la puerta de entrada, y ambos se detuvieron en el umbral. Buscó algo oculto en uno de los muebles y vació una pequeña bolsa sobre la mano del médico. Tras un breve escrutinio, el

hombre asintió a regañadientes y, una vez cerrada la puerta, la mujer se sentó en una silla junto a su lecho, con la vista fija en la pared.

Al cabo, alzó el rostro para intercambiar una mirada con su hijo, que la observaba sin pronunciar palabra. Súbitamente le cruzó la cara de una bofetada y, cubriéndose el rostro con las manos, comenzó a sollozar.

# VIII

—Baño, vino y Venus desgastan el cuerpo, pero son la auténtica vida.

Tras recitar aquel antiguo proverbio latino, Marco y el optión se sumergieron en la piscina de agua caliente.

Se encontraban en las termas de Burdigala; aunque hacía ya un par de días que habían llegado a la ciudad, aún no habían tenido la oportunidad de tomar un buen baño. Para los romanos, la visita diaria a las termas era mucho más que una mera cuestión de higiene: constituía todo un modo de vida muy

vinculado con la propia civilización.

Los acompañaba Publio Valerio Níger, *tesserarius* de la tercera centuria de la octava cohorte. Era un individuo moreno, inusualmente grueso, dotado de un rostro rollizo de agradables facciones rodeado por una oscura aureola de cabello rizado. Su abuelo había desposado a una joven nómida durante las guerras contra Yugurta, y los rasgos norteafricanos aún eran visibles en su descendencia.

El optión lo conoció en el transcurso de la batalla de Accio, cuando el choque de su quinquerreme contra una nave egipcia había hecho que este se

precipitara al mar. Cargado con su yelmo, cota de malla y el resto de las armas, el legionario se hubiera hundido si el veterano no le hubiera acercado el extremo de un remo para que pudiera aferrarse a él. Ahora, se había convertido en una suerte de anfitrión para ellos.

Burdigala era una pequeña ciudad portuaria en la costa norte de Aquitania a la que habían llegado tras remontar la desembocadura del Garumna, un caudaloso río que, nacido en los Pirineos, vertía sus aguas en el Cantábrico tras unirse con el Duranius, lo que creaba un enorme estuario de

aguas color marrón que ahora servía de abrigo a una enorme flota de más de doscientas cincuenta naves. Allí se estaba reuniendo un ejército formado por una legión más varias cohortes auxiliares y, a causa del aluvión de soldados y marinos, su población se había triplicado. Las calles estaban abarrotadas. Habían construido varios barracones a toda prisa junto al acuartelamiento permanente y habían ampliado su recinto defensivo. Más allá de él, había surgido una improvisada y caótica ciudad formada por centenares de tiendas de una vociferante multitud de mercaderes, adivinos y prostitutas

venidos de todas partes. El puerto era grande y se encontraba próximo a la Galia Narboniense, por lo que resultaba relativamente fácil encontrar todos los lujos de la vida acomodada.

Permanecieron un largo rato en silencio, sumergidos en el humeante agua, con los ojos entrecerrados.

—Embarcaremos dentro de diez días —dijo Valerio Níger. El *tesserarius* tenía contactos entre los miembros de la primera cohorte, y por ello siempre disponía de información de primera mano. Sus acompañantes asintieron, sin pronunciar una sola palabra; aquella noticia no les sorprendió.

—¿Hacia Cantabria?

Él asintió.

—Publio Carisio desplegó a su ejército a lo largo de la frontera con los astures, mientras Octavio avanzaba hacia el norte con el suyo, en tres columnas, desde su campamento en Segisamo. Pero ha tenido que detenerse.

—¿Cómo es posible? —gruño el opción.

—La región es montañosa, repleta de bosques —contestó Valerio Níger—. Luché contra esos malnacidos en Ilerda, cuando formaban parte del ejército de Pompeyo, y te aseguro que saben combatir en esas condiciones. Si



nuestros auxiliares, armados a la ligera, no logran desalojarlos de los pasos y posiciones elevadas, el riesgo de caer en una emboscada es enorme.

—Son famosos como guerreros —añadió Marco—. El *princeps* les respeta y no desea arriesgar.

—Y ahora ha ordenado que la flota desembarque a la Novena en la costa, para tomarles por la espalda —dijo el *tesserarius*.

—¿Más tropas? —murmuró el opción—. Creía que ya habían desplazado la Primera y la Segunda Augusta, la Cuarta Macedónica, la Quinta Alaudae, la Sexta Victrix y la

Décima Gémina.

—Así es. Y también la Vigésima Valeria Victrix.

Se mantuvieron en silencio, pensando en todo lo que aquello implicaba.

—César conquistó la Galia con tan solo un par de legiones más, y en algunas batallas vencimos en una inferioridad de cinco a uno —masculló el optión—. Teniendo en cuenta la escasa población de esa tierra, por primera vez desde hace décadas nos vamos a enfrentar a unos bárbaros con una importante ventaja numérica.

—Sí, es arriesgado —razonó Marco

— Una vez finalizada la guerra entre Marco Antonio y Octavio, setenta legiones eran excesivas, y habían esquilmo las arcas públicas. Era justo que el *princeps* licenciara a los ciento veinte mil veteranos, entregándoles dinero y tierras. Sin embargo, con las veintiséis legiones de ahora, apenas podemos defender nuestras seis mil millas de fronteras, y en esta campaña participarán casi la tercera parte de las fuerzas de la República.

Valerio Níger se encogió de hombros antes de responder.

—Octavio desea consolidar esos límites a lo largo de varias defensas

naturales. Al sur, el desierto libio. En el este, los reinos títeres que sirven de barrera con el Imperio parto. Pero, en el norte, aún debemos alcanzar el eje formado por el Rin y el Danubio.

—Prometió traer una nueva era de paz—murmuró Marco.

—Que solo será posible si se conquista a los basternos, panonios, ilirios, sálasos, retios, vindelacos y queruscos, además de otros pueblos germánicos —añadió el *tesserarius*—. Y en todo Occidente, solo los cántabros y los astures permanecen ajenos a nuestro dominio, lo cual nos obliga a mantener en el septentrión hispano unas

guarniciones que podrían ser desplazadas a otros puntos.

—Octavio no desea arriesgar nada en esta campaña —concluyó el optión.

—Sabe que se juega su prestigio —prosiguió Valerio Níger—. Hasta ahora sus victorias siempre han dependido de sus subordinados, como Marco Vipsanio Agripa, y sus reiteradas ausencias en los momentos cruciales de las guerras civiles han sido muy criticadas.

Los soldados abandonaron la piscina y se pusieron las sandalias de madera para caminar sobre el ardiente hipocausto, un suelo elevado de lajas de piedra sostenido por diminutos pilares,

bajo el cual fluía el aire caliente procedente de los hornos. Al igual que el resto de los bañistas, se encontraban desnudos. Antes habían pasado por la sauna.

—Y también está la recompensa por ese bandolero cántabro llamado Corocuta —añadió el opción—. Nada menos que doscientos cincuenta mil denarios...

Habían llegado a la sala de agua templada. Valerio Níger se sumergió con cuidado en el segundo estanque, antes de contestar:

—Ese bastardo dirige su propio ejército, ajeno a la autoridad de su

pueblo, y se ha convertido en una auténtica pesadilla. Ha desbaratado una y otra vez nuestras líneas de aprovisionamiento. Por eso, no hay nada deshonoroso en ofrecer esa abultada recompensa por su cabeza, pero...

—Pero hacerlo implica reconocer nuestra incapacidad para derrotarle —sentenció el optión mientras se sentaba junto a él.

—Corre el rumor de que el *princeps* ha abandonado Cantabria gravemente enfermo, y que ha dejado al mando a Cayo Antistio —señalo Marco.

—Si es así, tanto mejor para nosotros, pues Antistio es un gran

general —consideró el *tesserarius*—. Aunque, de ser cierto, dará mucho de que hablar. En especial entre sus detractores, los republicanos, a quienes no les resultará difícil sostener que, una vez más, el *princeps* elude luchar.

Quinto paseaba por los pórticos del foro de Burdigala, una diminuta réplica del corazón de la urbe en el que se desarrollaba toda su vida pública. Para medrar en sociedad, era indispensable ser visto en público, y por ello entre todo aquel tumulto no faltaban los prósperos terratenientes rodeados del



habitual cortejo de clientes, libertos y esclavos. Acosados por los mendigos, los viandantes debían abrirse paso entre nobles y rufianes, teniendo cuidado de no tropezar con alguno de los numerosos soldados que paseaban con arrogancia, empujando con violencia a todo aquel que no se hiciera a un lado al escuchar el siniestro crujido de las tachuelas de sus cáligas sobre el suelo empedrado.

De pie, sobre unas tarimas de madera, los oradores ensayaban sus discursos ante un nutrido corro de curiosos; al pasar frente a una modesta basílica, descubrió uno de aquellos interminables juicios protagonizados por

abogados que sabían más de oratoria que de derecho, cuyos discursos se prolongaban durante horas, hasta agotar por completo a demandantes, testigos, jueces y demandados. Saltaba a la vista que buena parte del escaso público había sido contratado por uno de ellos, para aplaudir sus monótonas intervenciones e interrumpir con abucheos las de su rival. No muy lejos de allí, las prostitutas ofrecían su cuerpo a pocos pasos de donde los maestros impartían sus clases, y los templos donde se celebraban los oficios religiosos estaban pared con pared con las tabernas atestadas de usureros.

Sin embargo, aquella tarde había una mercancía que destacaba por encima de cualquier otra. Sobre una tosca plataforma de madera, un centenar de hombres, mujeres y niños vestidos con raídas túnicas eran exhibidos para su venta; un letrero colgaba de sus cuellos acompañado de una marca de tiza en el pie que indicaba su procedencia. Una multitud de compradores y curiosos permanecía atenta a la subasta, mientras se les desnudaba para comprobar cualquier defecto físico.

Atraído como una polilla ante una lámpara de aceite, Quinto se dirigió hacia allí.

Sabía que su flota había llevado hasta allí a aquellos desgraciados. Eran los prisioneros de guerra que habían sobrevivido a la dura campaña en Bélgica; ahora los exponían al público. Algunos, escogidos por su educación, serían destinados al servicio doméstico, lo cual los convertía en los más afortunados. Otros, elegidos por su belleza y juventud, acabarían confinados en algún prostíbulo. Por último, los excombatientes o aquellos que destacaran por su fortaleza podrían tener una remota posibilidad de recuperar su libertad en la arena, combatiendo como gladiadores. El resto de ellos se

convertirían en simples bestias de carga, y probablemente terminarían sus días en el interior de alguna mina o labrando polvorientos campos de cultivo.

«Están muertos», se recordó. La tradición dictaba que el vencedor de una guerra poseía el derecho sobre la vida de sus enemigos, y si decidía perdonarles la vida, pasarían a ser de su propiedad.

Aunque pudieran caminar o hablar, estaban muertos. Cada instante de aquella miserable existencia, por muy cruel que fuera, era un regalo que se les había otorgado.

Observó a una joven a la que

pretendían separar de un hijo de pocos años de edad. Acababan de venderla, pero el niño lo había adquirido un amo distinto, por lo que era muy posible que no volviera a verlo jamás. Un par de recios individuos trataban de arrancarle a la criatura de sus brazos mientras ella lloraba de impotencia, forcejeando con todas sus fuerzas. Tuvieron que dejarla inconsciente a golpes para que soltara a su hijo y, tras ello, continuaron azotándola brutalmente en el suelo.

Al apartar la vista, Quinto se topó de bruces con Fanio Cepión, que contemplaba la escena con una depravada sonrisa esculpida en sus

facciones de fauno.

—¿Admirando el espectáculo? —le preguntó.

Su superior entornó el rostro para observarle con atención.

—A falta de anfiteatro, he de conformarme con esto —respondió procaz.

—¿No ha habido suficiente sangre en los últimos meses?

—Quinto, te prefería más joven: en el Aventino eras el alma de todas las fiestas, pero ahora te has vuelto de lo más aburrido.

—Antes solo era un adolescente hedonista y cínico.

—¿Y ahora?

—Ahora soy un adulto cínico y hedonista.

La sonrisa de Cepión se ensanchó al oír una voz.

—Entonces, has de presentarme a este joven.

Al girarse, Quinto se encontró ante una elegante dama de clase alta de unos cuarenta años, acompañada de dos corpulentos esclavos y de una muchacha pelirroja de aspecto nórdico. Su cara era agraciada y de facciones regulares enmarcadas por una melena negra, sedosa y brillante, recogida en la parte alta de la cabeza. La edad solo había



aumentado las curvas de un cuerpo ya de por sí rotundo, que se intuía bajo la suntuosa tela de su túnica y estola, y se convertía en una suerte de imán que rivalizaba con el magnetismo de sus ojos de color miel.

—Ella es Gala —dijo Cepión—. Él es Quinto Celio Bíbulo, centurión de la segunda cohorte.

Los ojos de la mujer se entrecerraron para evaluarlo detenidamente, formando una intrincada red de diminutas arrugas en torno a ellos. Quinto se preguntó si debía sentirse halagado, o si más bien aquella mirada apreciativa debía inquietarle.

—¿Has venido a adquirir nueva mercancía? —le preguntó.

—Normalmente, aprovecho las llegadas de prisioneros —asin tió la mujer—. Finalizada una guerra, el precio de los esclavos siempre cae, a causa del aumento de la oferta, y es un buen momento para comprar.

—¿Necesitas ampliar el servicio?

—Solo se trata de negocios —repuso ella—. Adquiero un saco de huesos por cien denarios y, tras alimentarlo durante unos meses, tal vez pueda venderlo por cuatro veces esa cantidad.

—Gala es famosa por saber

administrar su dote —señaló Cepión—. Pero me temo que se está haciendo la dura: se muestra demasiado cariñosa con su mercancía y es muy reacia a aplicarles disciplina.

Al hablar, el legado observaba a la esclava pelirroja que la acompañaba.

—Mis esclavas no son un juguete para tus depravados juegos de alcoba, legado —señaló la mujer.

Quinto trató de precisar en qué medida aquellas palabras eran realmente sinceras o si solo interpretaba su papel. Una mujer implicada en el despiadado juego de la política, un campo dominado por los hombres, es probable que no

fuera muy proclive a demostrar cualquier cosa que pudiera interpretarse como debilidad.

—¿Y qué tal han ido las compras?  
—preguntó Quinto.

—Bien —contestó ella secamente—. Siempre que no tenga que pujar contra mi esposo...

Observaba a un rollizo sexagenario aproximándose a ellos, un rotundo astro en torno al cual orbitaba una corte de sirvientes precedidos por una escolta armada. Cubierto por una ostentosa túnica de seda y una toga de varias docenas de yardas, sin duda se necesitaba más tela para vestirle que

para confeccionar las velas de un barco. Jadeaba, a causa del esfuerzo que le suponía desplazar sus generosas carnes por el foro; entre su ensortijado cabello, sin duda postizo, caían varios regueros de sudor. Aquel cargante perfume no alcanzaba a ocultar su olor, y su pálida piel brillaba como el cadáver de un ahogado. Por un momento, se lo imaginó acostándose con su esposa: una imagen grotesca.

—Supongo que conocerás a Emilio Arvina —dijo Fanio Cepión.

—Por supuesto —repuso Quinto con sarcasmo—. ¿Quién no conoce al proveedor oficial de nuestra legión, y su

negocio de esclavos?

Aquella muestra de atrevimiento pareció complacer a la mujer, pero el publicano tan solo le correspondió con una tibia sonrisa que dejó entrever dos hileras de dientes ambarinos. El empalagoso timbre de su voz sonó como si sus cuerdas vocales hubieran sido untadas en miel.

—Las naves de nuestra sociedad llegan cargadas de ánforas y regresan a Italia con las bodegas repletas de galos —asintió—. De esta forma, nunca marchan vacías...

Las carcajadas hicieron vibrar su papada y aquella montaña de carne

envuelta en pliegues de seda tembló entrecortadamente. Quinto sabía que una parte de aquel vino era entregada a los caudillos celtas a cambio de esclavos, mientras que la otra se les vendía a los legionarios de la Novena por un precio abusivo. Dado que el botín de guerra estaba compuesto por prisioneros, en la práctica esto suponía adquirir más esclavos, parte de los cuales iban a parar a los burdeles de Emilio Arvina. En Italia, el precio de un ánfora de vino oscilaba de siete a treinta denarios, mientras que en la Galia se había convertido en la unidad de cambio por un varón adulto, el cual, una vez vendido

en los mercados del Mediterráneo, le reportaría al menos quinientos. Una mujer hermosa podría llegar fácilmente a los seis mil.

Las reglas de aquel sórdido negocio eran de sobra conocidas por todos, pero la expresión de suficiencia del publicano le daba a entender que solo estaba al alcance de una escogida élite de clarividentes.

—Un trasiego lucrativo —murmuró el centurión.

—Pero se trata de un negocio arriesgado: unas simples fiebres pueden arruinar toda la inversión —se lamentó él.



Por un momento, Quinto observó las miserables condiciones en las que vivían aquellos desgraciados y no pudo más que asentir.

—Para un hombre emprendedor, la guerra siempre supone una oportunidad de enriquecerse —añadió Arvina.

—Sin embargo —repuso Quinto—, Octavio ha prometido instaurar una nueva era de paz romana. ¿Qué será entonces de todo este negocio?

Se creó un silencio incómodo. El *promagister* de la sociedad de publicanos frunció el ceño con desagrado, y sus ojos rasgados, ocultos por unos párpados hinchados y por las

bolsas, permanecían fijos en él. Tras despedirse rápidamente, Arvina se dirigió hacia la plataforma de madera, donde se encontraba su mercancía. No obstante, a Gala debió de resultarle divertida aquella impertinente pregunta.

—Espero volver a verte, centurión —dijo, a modo de despedida.

La siguió con la mirada hasta que se perdió entre la multitud. Sus palabras habían sido un desafío, pero también una promesa.

Marco, Valerio Níger y el opción abandonaron las termas para dirigirse a

las tabernas, entre una muchedumbre de soldados que colapsaba aquella intrincada red de caminos embarrados. Se adentraron en una de las carpas, donde, tras un parapeto de dolias de barro cocido, encontraron a un Barbato mucho más atareado que habitualmente. Junto a él, varias estanterías de madera sostenían una enorme colección de ánforas de vino, empleadas por los camareros para servir a la nutrida parroquia que charlaba animadamente en torno a las mesas. Sentados en una de ellas, próxima a la entrada, se encontraban tres fornidos individuos.

—¡Marco, sé bienvenido, pues sin

duda te sentirás como en casa! —dijo uno de ellos, alzando la voz.

Eran los matones de Emilio Arvina, una recua de desertores del arado embrutecidos por el alcohol que el tabernero les servía sin apenas cobrarles. Gracias a ello, aquella cantina se había convertido en una suerte de segundo hogar para ellos, donde se comportaban como una hiena en su propio terreno. Para Barbato, era una pequeña concesión a cambio de mantener alejados los problemas de su establecimiento, sin darse cuenta de que, en realidad, este había dejado de pertenecerle.

Aquella alusión a sus orígenes de barrio de pésima reputación no era nada nuevo para el mensor.

—Supongo que a ti te pasará lo mismo —le dijo, apenas sin mirar—. Tal vez encuentres a tu madre por aquí.

El hombretón bajó la vista, furioso, mientras oía un coro de risas a su alrededor.

Algo más allá, los contubernales descubrieron a Annio sentado a una de las mesas, acompañado por Lesbia. El pequeño legionario había tomado las manos de la mujer entre las suyas y recitaba apasionadamente unos versos:

¿Quieres saber, Lesbia,  
cuántos besos tuyos me saciarían?

Tantos como granos en la arena hay  
en el suelo de Libia,  
donde crece el laserpicio de Cirene,  
entre el ardiente oráculo de Júpiter  
y la tumba sagrada del viejo  
Battus...

La llegada de sus amigos  
interrumpió el poema.

—Sentimos molestar, tortolitos —  
dijo Marco—, no queda otra mesa libre.

Annio gruñó contrariado, pero  
Lesbia les sonrió dándoles la  
bienvenida, y los tres se sentaron a su

lado. Por respeto a su amigo, procuraban tratarla como si fuera la más honesta de las mujeres y, por ello, la mujer disfrutaba de su compañía casi tanto como de la de su amante.

—¡Barbato, tráenos más vino! — gritó el menudo legionario—. ¡Pero que esta vez sea del bueno!

El aludido se aproximó hasta su mesa para depositar una jarra sobre ella. Entonces se dirigió bruscamente a la mujer:

—¿No deberías estar trabajando? — gruño ásperamente. Ella bajó la vista. Por primera vez, Marco la vio sonrojarse.

—Toma tu maldito dinero, jodido leproso. —Annio le arrojó una bolsa llena de monedas—. Esto será más que suficiente para pagar tu asqueroso vino aguado y cinco días de su trabajo. Y ahora esfúmate, si no quieres que patee tu grasiento culo.

El tabernero inspeccionó con suspicacia el contenido de la bolsa, aunque al final asintió. Marco echó un discreto vistazo: su amigo se había desprendido del sueldo de todo un mes. O últimamente había tenido mucha suerte con los dados, o mañana tendría que prestarle algo para que fuera tirando. Sin embargo, esa clase de



gestos eran típicos de Annio, pues siempre anteponía su orgullo a cualquier otra cosa. Al ver la expresión de Lesbia, el mensor sonrió. Alzando su vaso, Annio realizó su habitual brindis:

—Por la muerte en combate.

—¿Dónde está Niñato? —preguntó Lesbia.

—Con Antígono —respondió Marco—. Al parecer, quiere convertirse en médico.

—El griego le va a poner el culo como un bebedero de patos —aseguró Annio, conteniendo a duras penas la risa.

—¿Hablabais de nosotros?

Niñato se encontraba en el umbral de la puerta, acompañado del médico. Cuando se disponía a saludarlos, los matones de Emilio Arvina estallaron en carcajadas.

—Fijaos, es el puto Niñato.

Uno de ellos se levantó. De rostro zafio y cabeza cuadrada, sobre la bóveda de sus ojos negros dos prominentes arcos sostenían un amplio frontispicio coronado por una densa mata de cabello castaño.

—Yo conocí a tu padre —aseguró—. Del Esquilino, ¿verdad? Era un buen muchacho.

El joven enrojeció de ira.

«Muchacho.» No importaba su edad, riqueza o cultura, ni tampoco el trabajo que desempeñase: para todo hombre libre, hasta el más ignorante y estúpido, un esclavo siempre sería un «muchacho». Incluso aquellos que malvivían gracias a las entregas gratuitas de trigo se consideraban mejores que el más alto funcionario imperial nacido en la esclavitud. Una vez conseguida la manumisión, sus hijos pasaban a ser ciudadanos de pleno derecho y, por ello, aludir, aunque fuera de forma indirecta, a su oscuro pasado era algo de muy mal gusto.

Niñato avanzó hacia él, dispuesto a

propinarle un puñetazo. Pero aquella era una provocación premeditada. El hombretón esquivó su golpe con facilidad y, aprovechando que el joven había perdido el equilibrio, le inmovilizó y le retorció el brazo.

Sin embargo, no esperaba el golpe del opción, directo a su costado izquierdo. Ahogando el aliento, el matón tuvo que soltar a su presa. Esta vez, Niñato consiguió darle un rodillazo en la entrepierna. Su rival cayó al suelo con un quejido de dolor. El novato apartó de un puntapié el taburete sobre el que había estado sentado para poder tumbarse sobre él y comenzar a aporrear

su cabeza contra los adoquines. Sus dos compañeros de mesa hicieron amago de levantarse, pero se encontraron ante las miradas de Marco, Annio y el optión, gente cuya reputación hacía poco recomendable cualquier aventura. Barbato se había ocultado tras el mostrador y aferraba algo, quizás un arma o, seguramente, la bolsa con la recaudación.

—Basta ya —masculló Antígono entre dientes.

Jadeando, Niñato se incorporó. El médico se arrodilló para inspeccionar las heridas del hombre que yacía en el suelo.

—Solo son contusiones —dijo a sus compañeros de mesa—. Esperad a que despierte y, sobre todo, no le dejéis tomar más vino. Y ahora, será mejor que nos marchemos.

Sus amigos se encogieron de hombros y asintieron. Annio tomó la jarra de vino que los matones tenían sobre la mesa.

—Esta es para el camino.

—Estamos a solo cien pasos del barracón —señaló Antígono, hastiado.

—Entonces habrá que beber deprisa.

Cuando salieron a la calle, el médico se dirigió al optión:

—Así no va a ganarse su respeto.

—No —reconoció—. Pero conseguirá un sucedáneo bastante aceptable.

Niñato le observaba, buscando algún gesto de reconocimiento en él. Cuando se dio cuenta, el veterano soldado le habló sin mirarle.

—La próxima vez, usa el taburete.

# IX

Mientras que los miembros de las familias ilustres eran capaces de recitar de memoria un extenso listado de sus ancestros, citando las magistraturas que habían desempeñado, las batallas que lideraron y los triunfos con los que fueron honrados, hasta llegar a los mismos orígenes de Roma, momento en el que su linaje se entremezclaba con el de los dioses, Marco apenas podía remontarse en el suyo tres generaciones.

Sin embargo, eso le bastaba. El culto a los antepasados le permitía rememorar



una trágica historia familiar marcada por la guerra. Por ese motivo, cuando era niño acudía a las lecturas públicas del foro para escuchar un compendio de gloriosas victorias romanas, pues él solo conocía de primera mano relatos llenos de miseria.

Su bisabuelo había sido Tito Rufo, un próspero campesino del Lacio enrolado como *hastatus* en el ejército de Escipión Emiliano, que fue desplazado hasta Hispania para tomar Numancia. Durante la mayor parte de la República, el ejército romano había estado formado por ciudadanos como él, de clase media, obligados a prestar

servicio durante el tiempo que durase cada guerra. Todos tenían que procurarse sus propias armas, por lo que la calidad de estas dependía de su poder económico, y esto hacía que la infantería estuviera dividida en cuatro categorías de tropa. Estaban los *velites*, jóvenes armados a la ligera para realizar labores de reconocimiento y guerrilla por delante de los *hastati*, una infantería de línea que, junto con los *principes*, aquellos que contaban con las mejores armaduras, constituían la columna vertebral de las legiones. Por último, los *triarii* formaban un cuerpo de reserva de soldados veteranos que combatían con

escudo y lanza. Eran un ejército no profesional, integrado mayoritariamente por campesinos distribuidos en centurias de sesenta hombres, emparejadas en manípulos.

Tras la segunda guerra púnica, las legiones habían comenzado a intervenir en guerras cada vez más alejadas de Italia, a la vez que las campañas se hacían más prolongadas y los procónsules empleaban cualquier excusa imaginable para declarar la guerra a los pueblos vecinos para enriquecerse con el botín obtenido. A su regreso a Italia, Tito Rufo descubrió que su mujer no había podido hacerse cargo de la granja

durante su ausencia y, por ello, se vio obligado a vender sus tierras a un potentado local para emigrar a la capital. Poco a poco, las modestas haciendas como la suya fueron desapareciendo del paisaje itálico, para ser sustituidas por grandes latifundios en los que trabajaban millares de esclavos. Incapaces de competir con una mano de obra barata que ellos mismos habían contribuido a crear, una multitud de campesinos arruinados llegó en masa a la capital y se convirtió en una plebe ociosa y, a medida que las diferencias sociales se iban acrecentando, las clases altas cada vez demostraban un menor

interés por las labores militares. Los cimientos de la República romana, que residían en su ejército de campesinos-soldados, iban poco a poco desintegrándose.

Entonces llegó Cayo Mario.

La necesidad de hacer frente a la guerrilla hispana había hecho que las legiones manipulares se articularan en unidades más pequeñas, llamadas cohortes, integradas por seis centurias de ochenta hombres. Más tarde, Tiberio y Cayo Sempronio Graco, líderes del Partido Popular, comenzaron a entregar armas a los ciudadanos que debían prestar servicio, lo cual facilitó la

radical reforma que más tarde emprendería Mario. De esta forma, cuando el Senado le negó la posibilidad de hacer un reclutamiento para la guerra contra el rey nómada Yugurta, Mario decidió recurrir a toda esa plebe que era censada en rediles, contándose sus cabezas como el ganado; los equipó y les concedió una soldada. Quinto, el primogénito de Tito Rufo, vio entonces una oportunidad para ganarse la vida y, tras enrolarse, participó en esta campaña. Para sorpresa de todos, tal vez incluso del mismo Mario, él y sus compañeros resultaron ser una tropa excelente, por lo que finalmente el

ejército romano se profesionalizó y fueron licenciados tras veinte años de servicio. Entonces le fue concedida una parcela cerca de Placencia, en la Galia cisalpina, donde se mudó como colono.

Publio Rufo, el segundo de sus hijos, el padre de Marco, decidió seguir la tradición familiar y se enroló en la Décima Legión de Julio César, con la cual participó en la conquista de la Galia de más allá de los Alpes; en Alesia resultó herido de gravedad. Un arverno descargó un tajo en la rodilla y lo lisió. Para entonces, la entrega de armas a cargo del Estado, cuyo coste les era descontado de su sueldo, había

supuesto una importante  
homogeneización en el armamento de los  
legionarios, por lo que, al final, las  
cuatro categorías de tropa  
desaparecieron. A partir de entonces se  
podría decir que todos pasaron a ser  
*principes*.

La IX Legión había formado al completo  
en el campo de entrenamiento,  
comúnmente conocido como «el  
campo», una pequeña reproducción del  
*Campus Martius* de la urbe, donde sus  
ciudadanos se ejercitaban en el uso de  
las armas.



Las diez cohortes se habían desplegado frente a una tribuna donde se encontraban el legado y el prefecto del campamento. Frente a ellos, el aquilífero portaba el símbolo de la legión, un águila de oro con sus alas desplegadas en lo alto de un asta de fresno; cubiertos con pieles de oso o lobo, al igual que él mismo, los sesenta signíferos exhibían los estandartes de cada centuria, junto a los músicos que hacían sonar las trompetas con las que se transmitían las órdenes. Por detrás de la legión, permanecían las cohortes auxiliares y las alas de caballería, que componían un formidable ejército de

casi diez mil hombres.

Todas sus armas sido habían sido meticulosamente bruñidas y ahora sus yelmos brillaban bajo el sol de la mañana creando un mar de destellos bronceos en la explanada. Cascos y cotas de malla copiadas a los celtas. Espadas y puñales de origen hispano. Naves de guerra de tipo púnico. Máquinas de asedio diseñadas por ingenieros griegos. Los romanos habían estudiado con esmero las armas de sus enemigos para desarrollar su propia panoplia, pero aquel alarde armamentístico estaba fuera del alcance de sus propios inventores. Un caudillo

galo podría acudir a la batalla con armas similares, en ocasiones incluso más ornamentadas, pero la mayor parte de los celtas tan solo contaba con un simple escudo para protegerse. Si un historiador griego había escrito que cuando un embajador extranjero visitaba el Senado de Roma creía encontrarse ante una asamblea de reyes, también se podría decir que, al contemplar una legión, creería ver a un ejército de señores de la guerra.

En ese momento, la mirada de todos se dirigía hacia el altar de la diosa Disciplina, un sencillo bloque marmóreo situado en el centro del campo. En torno

a él se encontraban tres sacerdotes vestidos de blanco, con la cabeza cubierta con su toga. Uno de ellos hizo un gesto, y una docena de jóvenes medio desnudos, con coronas de laurel en los cabellos, condujeron a un toro, un cordero y un cerdo hasta el altar. Se trataba de unos animales magníficos, adornados con cintas de colores, cuyos cuernos habían sido pintados de oro.

Arrastraron al toro por la cornamenta, y entonces uno de los sacerdotes colocó un pastel de miel y harina sobre su cabeza. Uno tras otro, los tres oficiantes tomaron un largo trago de vino de una copa de plata labrada y

vertieron el resto del contenido sobre el cuerpo del animal. Una pareja de hombres armados con hachas preguntó algo al sacerdote, que les respondió con un asentimiento.

Entonces, uno de ellos descargó un hachazo en el cuello del animal y un chorro de sangre salpicó el suelo frente al altar. El toro comenzó a mugir mientras forcejeaba frenéticamente para liberarse, y los jóvenes tuvieron que tirar de las cuerdas con fuerza para retenerlo. El animal recibió otro violento hachazo en el cuello, y luego otro más, hasta que al final cayó al suelo doblando sus patas delanteras y, tras

convulsionarse durante unos instantes, murió desangrado.

Pusieron el cadáver patas arriba para que el segundo sacerdote pudiera abrir su vientre con un cuchillo. Sus entrañas se desparramaron sobre un viscoso charco de sangre, y el arúspice comenzó a hurgar entre ellas, manchándose hasta los codos, al mismo tiempo que su toga inmaculadamente blanca se iba tiñendo de un rojo escarlata. Al final, tras extraer el hígado, lo alzó para examinarlo.

Entonces asintió.

El regocijo fue general: el sacrificio había resultado grato a los dioses.

Mientras descuartizaban a la bestia, fueron conduciendo a los otros dos animales hasta el altar.

De pie en la formación, junto al resto de su centuria, Marco aguardaba en silencio. Se habían reunido para celebrar la Quinquatria, una ceremonia de purificación en honor a Minerva que se celebraba cinco días después de los idus de marzo. Aquel mes, cuyo nombre derivaba del de Marte, era en el que los romanos acostumbraban a iniciar sus campañas militares.

Minerva formaba parte de la tríada

capitolina y, por tanto, era una de las deidades más importantes del panteón romano. Asociada con la Atenea griega, era la patrona de la medicina, el comercio y el artesanado, aunque también de la estrategia militar. Consagrando aquella ceremonia a esta deidad por encima de Marte, los romanos trataban de recordar qué era lo que les había permitido doblegar a medio mundo: aquel sacrificio simbolizaba el triunfo del intelecto sobre la fuerza bruta.

Una vez finalizadas las ofrendas, desde lo alto de la tribuna, el procónsul se puso en pie para dirigirse a sus



hombres, gritando con todas sus fuerzas para hacerse oír:

—Es el momento de anunciar los premios concedidos a los miembros de la IX Legión por el valor demostrado a lo largo de este último año.

Escuchó aquellas palabras con aprensión. Por primera vez desde hacía tiempo, había enviado una carta a su padre en la que le rogaba que recurriera a sus influencias para tratar de contrarrestar el poder del legado, aunque, al hacerlo, era consciente de que alguien más sabría de su situación allí.

Era probable que Voconio Mauro

fuera ascendido, lo cual dejaría vacante el puesto de *pilus prior* de la segunda cohorte, pero si Licinio Varrón lo ocupaba, Marco se encontraría en una situación realmente difícil. El centurión estaba a punto de licenciarse, una circunstancia que hacía tiempo había condicionado su carácter. De origen humilde, constituía el clásico ejemplo de legionario mediocre que había logrado ascender hasta su puesto gracias a la enorme cantidad de bajas que había sufrido su unidad durante el transcurso de las guerras del triunvirato.

En gran medida, su éxito también se debía a haber sabido ganarse la

confianza de sus superiores por su actitud servil, pues normalmente le consideraban una herramienta demasiado útil como para ser sacrificada. En definitiva, Varrón era una leyenda para muchos de sus hombres, pero, con el tiempo, había acabado convirtiéndose en una víctima de ella, y aquel personaje que había creado, un invencible hombre hecho a sí mismo, fue poco a poco apoderándose de él y conduciéndole hasta un punto sin retorno.

Como sabía del odio que su superior le tenía, no dudaba ni por un instante que, tarde o temprano, recurriría a su

autoridad para destinarle a la guarnición más inhóspita posible o que incluso procuraría buscarle algún lugar en el puesto más comprometido de la batalla, con la esperanza de que algún bárbaro le hiciera el trabajo sucio. Por el contrario, con Quinto como primer centurión de su cohorte, su situación sería muy diferente. De nuevo, su destino se iba a decidir al todo o nada.

Uno tras otro, el procónsul nombró a varios suboficiales que fueron subiendo a la tribuna. Cuando oyó los nombres de Fanio Cepión y Licinio Varrón, sintió que se le revolvía el estómago. Vio que el rostro de fauno del legado irradiaba

una desbordante satisfacción al tomar una lanza de plata de las manos del gobernador provincial.

—Fanio Cepión, como responsable de la victoria sobre los morinos en Gesoriacum, te hago entrega de esta lanza, nuestra más sagrada condecoración —le dijo—. Alabo la decisión que demostraste, a pesar de haber desobedecido mis órdenes.

A nadie se le escapó la mordacidad de sus palabras, pero a él no parecía importarle. El procónsul estrechó su mano con el ceño fruncido antes de tomar una pequeña corona de plata repujada con forma de almenas.

—Cayo Licinio Varrón —continuó —, por haber sido el primer centurión en atravesar las murallas de la ciudad, te hago entrega de esta corona mural. A los dos os rendimos honores por vuestro valor.

Un enorme estruendo resonó en el campo cuando todos, excepto sus propios hombres, los ovacionaron. Con el corazón encogido en el pecho, el mentor creyó desfallecer.

—Respecto a los ascensos, el centurión Voconio Mauro se convertirá en el nuevo primipilo —anunció el procónsul—, y el puesto vacante de *pilus prior* de la segunda cohorte será

ocupado por Quinto Celio Bíbulo.

Una ovación aún mayor resonó en toda la explanada. Marco coreó el nombre de su amigo con todas sus fuerzas.

Una vez concluida la ceremonia, la legión rompió filas. Se dirigieron hacia los barracones para despojarse de las armas, dispuestos a disfrutar de las innumerables formas de ocio que la ciudad les ofrecía.

—Ahora tengo una reunión del consejo —anunció Quinto—. Más tarde, habrá que celebrarlo.

—¿Celebrarlo? —replicó Marco—.

Han entregado una *corona muralis* a Licinio Varrón. Y a Cepión un *hasta pura*.

—¿Es que tengo que explicártelo todo? Solo fue un acto de compensación. Varrón aspiraba a ser *pilus prior*, y ese puesto me ha sido concedido. Cepión esperaba ser investido propretor de una provincia, pero deberá continuar como legado, al menos mientras dure la guerra cántabra. A cambio, se les ha dado una coronita con almenas y una lanza de plata. Muy brillantes, todo hay que decirlo...

En ocasiones, Quinto le sacaba de



quicio.

—Esas condecoraciones significan mucho más que eso. Al concedérselas, han convertido en héroe a un ambicioso sádico. ¿No has oído cómo le ovacionaban?

—Amigo mío, si esperas que en el mundo impere la justicia solo te vas a llevar una desilusión tras otra —señaló Quinto—. Cayo Julio César fue estúpidamente emboscado en el Sambre, y solo gracias a que un par de sus legiones se encontraban rezagadas, su ejército no fue aniquilado por completo. En Alesia asedió a Vercingétorix, y cuando llegó un ejército de socorro,

solo se le ocurrió construir otra circunvalación hacia el exterior, sin contar con apenas víveres: solo la diosa Fortuna transformó aquella insensatez en genialidad. Años después, en Ilerda, cometió el imperdonable error de acampar en la confluencia de dos ríos, que más tarde las crecidas convirtieron en una isla, lo cual le dejó aislado. Fueron sus auxiliares hispanos quienes, cruzando su curso con odres hinchados, evitaron la catástrofe.

Había bajado el tono de voz. Criticar en público al padre adoptivo del *princeps* no era algo recomendable.

—En fin, César cometió un error tras

otro, y si salió victorioso de esas desesperadas situaciones fue gracias a la entereza de sus hombres, a los que su ambición había negado cualquier posibilidad de retirada. Pero, aun así, pasará a la historia como un genial estratega, solo derrotado en Gergovia a causa de la indisciplina de sus soldados.

El joven centurión apoyó su mano derecha en el hombro de Marco.

—El mundo funciona según sus propias normas y tú no vas a cambiarlas —concluyó—. Sin embargo, la diferencia es que César ganó prestigio y se salió con la suya, mientras que Cepión solo ha conseguido lo primero.

Tras pasar bajo las torres de madera que reforzaban el perímetro defensivo, atravesaron la puerta decumana del campamento.

Al contrario que en los campamentos de campaña, los principia de la guarnición de Burdigala no eran una sucia tienda de cuero, sino un edificio de mampostería y zarzo en el cruce entre su vía pretoria con la principal. Una pareja de esclavos lo recibió en la puerta y le ayudó a despojarse del manto para conducirlo hasta el interior. Quinto atravesó el patio en el que convergían las estancias que

hacían las veces de oficinas, para dar a una enorme sala rodeada por una hilera de vigas de roble que sostenían el techo de madera. Al fondo, una escultura del *princeps* vestido con una coraza musculada vigilaba la puerta del santuario que albergaba la sagrada águila de la Legión y los estandartes de cada una de las centurias.

Nada más acceder a la basílica, se dio cuenta de la importancia de la reunión.

A pesar de no haber sido convocados los sesenta centuriones, allí se había congregado una amplia representación formada por el de mayor

rango de cada cohorte, además de los miembros del *primus ordo*, de entre los que destacaba el nuevo primipilo Voconio Mauro.

En un escalafón superior se encontraban los cinco tribunos angusticlavios, el tribuno laticlavio y el aquilífero, portaestandarte que custodiaba el águila, el más sagrado símbolo de la unidad. También estaban presentes el responsable de la flota, media docena de centuriones de las cohortes auxiliares y los mandos de las alas de caballería. Ninguno de ellos se había mudado de la indumentaria que habían llevado apenas una hora antes, y

por ello sus armas brillaban bajo la tenue luz que lograba atravesar las ventanas.

El legado Fanio Cepión permanecía apoyado sobre una enorme mesa en la que se había pintado un detallado mapa del norte de Hispania. Su mirada deambulaba con apatía de un rostro a otro, sin duda tratando de recordar el nombre y la graduación de cada uno de ellos.

Junto a él se encontraba Emilio Arvina, *promagister* de la sociedad de publicanos que abastecía a la IX Legión. Quinto recordó a su esposa Gala, a quien había conocido en el foro, y

experimentó un extraño malestar sin saber precisar por qué.

—Os he hecho llamar para exponeros las órdenes del *princeps* — anunció el legado, sin más preámbulo—. Como sabéis, nos ha sido encomendada la misión de tomar por la espalda a los cántabros. Para ello he elegido este punto, pues se trata del mejor puerto natural del norte ibérico.

Había señalado una amplia bahía circular del mapa, situada en el mismo centro de la costa cántabra.

—¿Cuándo zarpamos? —preguntó una voz.

Era el tribuno laticlavio, el único



que podía permitirse el lujo de hablarle con confianza, a pesar de tan solo tener dieciocho años. Alto, corpulento y de anchas espaldas, con el torso un poco encorvado, hasta entonces había permanecido en silencio. De aquel pálido rostro cubierto de acné destacaban dos grandes ojos saltones, semejantes a los de un batracio, y un mentón huidizo sobre el que descansaba una mezquina boca de labios carnosos. Su modesta vestimenta y su actitud reservada en otras circunstancias le hubieran hecho pasar desapercibido, de no tratarse de Tiberio Claudio Nerón, hijo de Livia Drusila, esposa de

Octavio, dueño absoluto de la República.

—Dentro de seis días —respondió el legado.

—¿Tan pronto? —respondió Tiberio.

—Creía que lo haríamos hacia las calendas de junio —señaló el jefe de la flota, visiblemente alarmado.

Quinto le dedicó una discreta mirada. Si, al igual que los demás, acababa de conocer la noticia, y el legado no le había consultado previamente, eso solo podía significar que la decisión ya había sido tomada. Aquello no era un consejo, sino una

reunión informativa, y el *præfectus classis* parecía tan molesto por ello como por el peligro que correrían sus naves.

—Octavio se encuentra estancado y tiene graves problemas con los suministros —respondió lacónicamente Cepión—. Debemos actuar cuanto antes.

—Legado —dijo Voconio Mauro—, como sabéis, nuestro *vexillatio* se ha visto obligado a realizar un peligroso viaje a lo largo del océano exterior y, a causa de la estación, en ocasiones nos ha sorprendido el mal tiempo.

—Pero hemos llegado hasta aquí, ¿verdad?

—Si se emprende una navegación de cabotaje paralela a la costa se puede tomar tierra ante cualquier amenaza de tormenta —razonó el jefe de la flota—. Pero ahora, durante el final del trayecto, no podremos desembarcar sin exponernos a un ataque.

—En caso de tormenta, las naves tendrán que dispersarse, y entonces nos encontraríamos ante serias dificultades —corroboró Quinto—. En condiciones normales, nuestro enemigo difícilmente podrá enfrentarse a una legión al completo. Pero si nos dividimos, les resultará muy fácil atacar a una unidad tras otra, pues cuenta con la ventaja del

terreno.

Quizás estaba hablando demasiado. Sin embargo, tras echar un vistazo a su alrededor, le resultó obvio que muchos estaban de acuerdo con sus tesis.

—Nuestros enemigos tienen sus ojos puestos en el sur y son incapaces de concebir una maniobra semejante — señaló Fanio Cepión—. Si presentan tantos problemas a Octavio en el sur, el número de guerreros en el norte de la cordillera ha de ser, a la fuerza, reducido.

—Pero nos encontraremos en medio de un territorio hostil, con una línea de suministros mantenida exclusivamente

por vía marítima —continuó el centurión—. Si el mal tiempo impide el transporte, nos veremos en una situación aún más complicada que la de Octavio.

Cepión no es que se caracterizara por su optimismo. Quinto se preguntó por qué había concebido aquel plan tan arriesgado. La revuelta de los morinos le había otorgado cierto renombre, pero ahora hablaban de una guerra frente a dos pueblos famosos por su belicosidad, donde cualquier error podía resultar fatal. O Cepión era tan iluso como para no darse cuenta de ello, o aquello se había convertido de nuevo en una carrera en busca de gloria.

—Una vez allí, podremos subsistir con lo que encontremos sobre el terreno —manifestó el legado—. Aunque en esta época del año el trigo aún no pueda recogerse, no nos resultará difícil sonsacar a los lugareños dónde ocultan su grano.

—Según nuestros informes, los cántabros viven fundamentalmente de su ganado, de la caza y del pan de bellota —dijo Quinto—. Hay muy poco cereal, y ante el avance de nuestro ejército, es probable que quemen sus campos y lleven sus ganados a las montañas.

—Son solo unos bárbaros —espetó Cepión—. ¿Qué pueden saber de

estrategia?

—Unos bárbaros que llevan casi dos siglos combatiendo contra púnicos y romanos, bajo los estandartes de Aníbal, Asdrúbal, Pompeyo o Sertorio —repuso él, con obstinación—. Esa estrategia de tierra quemada ya la empleó Vercin gétorix.

—Por Júpiter, estamos hablando de un territorio que apenas cuenta con setenta millas de norte a sur y que se puede recorrer a pie en apenas cinco días —le interrumpió Emilio Arvina—: no es la Galia.

Quinto se dio cuenta de que había tensado demasiado la cuerda, así que



tomó la decisión de guardar silencio. Observó al hombre que había puesto fin a su discusión con tanta aspereza. Arvina no era más que un oportunista con suerte que había logrado medrar en una época turbulenta hasta convertirse en el representante de aquella empresa que abastecía a su legión. Sinduda, el legado cobraba una generosa comisión por hacer la vista gorda ante sus turbios negocios, y a cambio él se veía obligado a apoyar cualquier decisión que tomara, fuera la que fuera.

Entonces se dio cuenta de que todo aquello podía conducirlos al desastre.

# X

«El vino de Barbato produce diarrea.»  
Tras escribir aquella advertencia en el muro encalado, Annio se acomodó de nuevo en la letrina.

Aquellos urinarios públicos no eran más que una miserable estancia provista de un banco corrido de piedra adosado a las paredes en el que había una sucesión de orificios circulares sobre los que Marco, Valerio Níger, Niñato y él se habían sentado con los calzones bajados. Las heces caían con un chapoteo y eran conducidas hasta las

cloacas gracias a una corriente de agua que fluía justo bajo sus traseros.

Dedicados a esta placentera actividad, los soldados permanecían inmersos en la lectura que les ofrecían las paredes. A sabiendas de que pocos días después los enviarían a la guerra, habían decidido invertir el escaso dinero que aún les quedaba en alcanzar la protocolaria borrachera previa al combate.

Marco descubrió una burda caricatura del caudillo cántabro que ahora se enfrentaba al poder de Roma. La figura garabateada en la pared hacía un gesto obsceno a otra de aspecto

afeminado que sin duda representaba al *princeps senatus*, mostrándole un miembro viril de respetables dimensiones.

Espoleado por el alcohol, no pudo contener la risa.

—Fijaos en Corocuta —dijo, señalando el grafito.

—¿Corocotta? —Annio parecía encontrar aquel nombre divertido—. ¿Una hiena? Creo que resulta un nombre apropiado. Los sirios aseguran que es un animal grotescamente feo, se alimenta de carroña e incluso es capaz de hablar.

—Corocuta —corrigió el *tesserarius*—. Al parecer, en su lengua

significa «guerrero viejo».

—¡Bah!, ese cabrón acabará desfilando encadenado por el foro, ya lo veréis —se burló el hombrecillo—. Al igual que Vercingétorix o Yugurta.

—Olvídalo —terció Valerio Níger—. Estamos hablando de Hispania: a esos no se los coge fácilmente con vida. Al parecer, esos montañeses siempre llevan consigo un veneno extraído del tejo, para suicidarse, llegado el caso.

—Trabajo que nos ahorran —ironizó Annio—. ¿Y cómo será ese Corocuta?

—Podemos preguntárselo a alguien que lo conoce —contestó Valerio Níger.

Se encaminaron hacia una pequeña

taberna casi desprovista de ventanas, formada por una bóveda de ladrillo repleta de pintadas obscenas con una barra a uno de los lados. Tras solicitar al tabernero un par de jarras de vino, el *tesserarius* señaló a un hispano que bebía en una mesa contigua, acompañado de otro bárbaro tan silencioso como él. Apenas había mudado la indumentaria propia de su gente: envuelto en un manto oscuro, una túnica de lana cubría su cuerpo solo adornado por un sencillo torques de plata en el cuello. Su largo cabello de color castaño proyectaba una sombra oscura sobre los ojos, y su rostro

quedaba oculto por la barba. Portar armas era para ellos mucho más que una costumbre, pues mantenían un extraño vínculo religioso con los puñales de doble filo que siempre llevaban colgados de la cintura.

—Es turmogo —los informó Valerio Níger—, un pueblo vecino de los cántabros. Forma parte de la cohorte de vascones.

Aguijoneados por la curiosidad, pidieron permiso para sentarse a su lado y, cuando depositaron una jarra de vino sobre la mesa para compartirlo, ambos se lo agradecieron con un leve asentimiento. El rostro del auxiliar

turmogo aún era joven, aunque estaba surcado por infinidad de cicatrices y había algo en él que lo hacía indefiniblemente viejo.

—La verdad es que no es gran cosa —manifestó Annio, aludiendo al vino—. En campaña, no te queda más remedio que beber la maldita *posca*, agua mezclada con vinagre, pero aquí esperaba encontrar algo mejor.

—Cuando hay que marchar, la *posca* mata la sed —recitó Marco—. Si hay que combatir, te calienta. Y si te acuchillan, sirve para limpiar las heridas.

—Y, al igual que este mejunje, es



asquerosa... —concluyó el hombrecillo.

—La guerra es asquerosa —señaló el turmogo—. Esto tan solo es un mal vino.

—A mis amigos les gustaría que les contaras tu historia —dijo entonces el *tesserarius*.

El hispano los observó fijamente, al parecer evaluando sus intenciones: la gente del septentrión ibérico era famosa por no malgastar sus palabras. No obstante, al final asintió, y tras tomar un largo trago, comenzó a narrar con aire ensimismado.

—Llegaron una noche sin luna, venidos del norte. Al igual que los

lobos, cada invierno bajan de las montañas; normalmente se conforman con asaltar las granjas, raptando mujeres y llevándose todo lo que encuentran de valor. Los ancianos aseguraban que eran mitad hombres y mitad bestias, que estaban dotados de una fuerza sobrehumana y vivían ocultos en lo más profundo del bosque, donde realizan macabros rituales.

»No sé cómo pudieron trepar por el talud. Nuestro poblado se encontraba rodeado de murallas, asentado en lo alto de un cerro de la altura de diez hombres. A vuestros ojos tal vez no fuera demasiado grande, pero fácilmente

podía reunir a unos cien guerreros.

»Casi me había dormido cuando oí la voz de alarma, que se transformó en un aullido de dolor. Descolgué el escudo de la pared y salí de la cabaña espada en mano, a toda prisa, tras despedirme de mi familia. Pese a haber cumplido la mayoría de edad, aún permanecía en casa de mi madre junto a mis dos hermanas: hacía un par de años que me había convertido en el cabeza de familia, tras morir mi padre en el transcurso de una cacería.

»Al salir, me encontré frente a una siniestra figura entre la niebla, cubierta de pelo y con las orejas puntiagudas.

Caminaba sobre dos patas y llevaba una lanza ensangrentada en las manos. Una cabeza colgaba de su cintura: inmediatamente reconocí las desfiguradas facciones de uno de mis vecinos.

»Apenas pude cubrirme de su ataque. Se abalanzó sobre mí como un toro salvaje, pero pude desviar su lanza con mi escudo, y esta se clavó en la pared de adobe. A continuación, lancé una estocada a su costado izquierdo y la hoja se hundió hasta la empuñadura. Entonces recibí un puñetazo en la sien: no creía posible que alguien pudiera mantenerse de pie con semejante herida.

»Aquella bestia se abalanzó sobre mí para aferrar mi cuello con sus garras y me derribó, mientras sentía el calor de su sangre sobre mi pecho. Recurriendo a todas mis fuerzas, logré aflojar su presa; cuando intentó morderme en la garganta, le di una fuerte patada para apartarlo.

»Al incorporarme, observé cómo la criatura se desangraba ante mis ojos. Solo eran hombres, cubiertos con pieles de lobo, que se comportaban como animales. Espectros del inframundo que surgían de todas partes, como vomitados por la niebla. Corrí para reunirme con el resto de mi gente y experimenté un enorme júbilo cuando encontré a mis

primos Pentio y Medugeno luchando junto a un puñado de paisanos.

»Matamos a varios asaltantes, pero los nuestros fueron cayendo uno tras otro, hasta que solo quedamos con vida mis dos familiares y yo. Las cabañas habían comenzado a arder como antorchas y, gracias a su luz mortecina, descubrimos las siluetas de medio centenar de hombres lobo rodeándonos.

»Uno de ellos se adentró en el círculo de luz que creaba una choza que se consumía a nuestras espaldas. Las llamas apenas lograban iluminar su rostro barbudo; las cuencas de sus ojos parecían dos pozos sin fondo, y una

melena oscura, recogida mediante cintas, se desparramaba por su espalda. Sobre sus anchos hombros, una piel de lobo acrecentaba su aspecto salvaje. No llevaba escudo, tan solo una espada de doble filo.

»Medugeno dio dos pasos en su dirección, dispuesto a hendirle el cráneo, pero él salió de su línea de ataque lanzando un fulminante tajo a su antebrazo. La mano derecha de mi primo cayó al suelo, como un pedazo de leña recién cortada, aferrando aún el arma entre sus dedos. Por un instante, observó su miembro amputado, sin apenas creer lo que había pasado, justo antes de que

la espada del cántabro atravesara limpiamente su garganta.

»Mi otro primo trató de aprovechar el momento para segarle el cuello. Nuestro enemigo dio un paso al frente y detuvo el ataque con su arma, mientras que con la mano izquierda aferraba su muñeca.

»Pentio era fuerte como un toro, capaz de levantar a un jabalí solo con su brazo derecho, pero aquel hombre se lo retorció hasta partírselo como si fuera una rama seca. Por un momento, el crujido de sus huesos se confundió con el crepitar de las vigas que ardían a nuestras espaldas, y al caer de rodillas



sobre el suelo, aquel montañés descargó sobre él un nuevo golpe de espada.

»Cuando la cabeza de mi primo llegó rodando hasta mis pies, me abalancé sobre él, ciego de ira. Me encontraba ya a casi tres pasos cuando sentí un tremendo dolor que me taladró la nuca. Todo se volvió negro.

»Desperté en el interior de una jaula construida con gruesas ramas de roble. Sentados a mi lado vi a mi primo segundo Cantio y a Arreno, el alfarero. Traté de incorporarme para inspeccionar aquel lugar, que parecía ser un improvisado campamento situado en lo alto de una colina boscosa. Era el

refugio de aquella caterva de guerreros que habían renunciado a vivir en sociedad y se dedicaban al pillaje como único medio de subsistencia. Para ellos, el lobo era mucho más que un símbolo totémico: habían adoptado su mismo modo de vida. Me acomodé de nuevo sobre el suelo y, al oír los gritos de nuestras mujeres desde el interior de las chozas, traté de imaginar que mis hermanas ya habían muerto.

»A Cantio y a mí nos condujeron hasta un círculo de estacas de fresno clavadas en el suelo, donde se había reunido un centenar de norteños cubiertos con pieles de lobo. Dos

jóvenes que aproximadamente tendrían nuestra edad se desnudaron frente a nosotros, con el cuerpo pintarrajeado con extraños símbolos y un puñal en la mano. Aquello parecía un ritual de iniciación.

»Empujaron a mi primo hasta el interior del círculo y lo obligaron a tomar el arma que le ofrecían. Me dirigió una mirada de desesperación, horrorizado. El líder de la caterva permanecía sentado sobre una roca, aguardando en silencio frente a nosotros, hasta que uno de los jóvenes se adentró en el recinto. Entonces, la muchedumbre de cántabros comenzó a rugir de júbilo.

»Cantio y él empezaron a luchar, aunque estaba claro cuál iba a ser el desenlace. Intenté apartar la vista, pero no pude evitar permanecer atento a la escena, presa de una horrible fascinación. Finalmente, el aspirante a licántropo hundió su puñal en la garganta de mi pariente. Este cayó al suelo tratando de gritar, pero no lo logró: el aire de sus pulmones salía de su herida entre borbotones de sangre. El cántabro se inclinó sobre él, clavó su arma en el pecho y le extrajo el corazón. Lo exhibió ante todos aún palpitante, alzándolo triunfalmente y, tras llevárselo a la boca, comenzó a desgarrar la carne

con los dientes para devorarlo con avidez.

»Retiraron el mutilado cadáver de mi primo del círculo de estacas y me condujeron hasta él a empujones: había llegado mi turno. Con las piernas entumecidas, me despojé de la túnica y dejé mi torso al descubierto. Dos hombres pintaron varios símbolos en rojo sobre mi pecho, mientras otro me entregaba un puñal mellado. Decidí descalzarme para evaluar mejor el terreno y traté de memorizar todas sus irregularidades.

»El otro muchacho se acercó a mí. Enseguida adopté una posición de

guardia. Era más corpulento que yo y se movía con desenvoltura, evaluando continuamente la distancia que nos separaba. De repente dio dos pasos hacia mí, amagó un ataque, buscó herir mi antebrazo derecho y salió hacia atrás. Era muy rápido.

»Continuamos buscándonos a tientas durante un buen rato; sin escudo e incapaces de detener una puñalada con un arma tan corta, la lucha resultaba muy conservadora. Al final creí ver un fallo en su posición: tratando de no pisar una roca, había juntado demasiado los pies. Di dos pasos para lanzarle una estocada. El joven se hizo a un lado y acuchilló mi

hombro, con lo que me abrió una herida.

»Pero yo le había alcanzado en un costado. La sangre se le escapaba entre los dedos de su mano izquierda y le caía sobre el pantalón. Decidí echarme hacia atrás, eludiendo la lucha. Él se me acercó, furioso, pero yo mantuve la distancia, una y otra vez, hasta lograr desesperarlo. Sabiendo que solo aguardaba a que se desangrara, no vio más salida que arriesgar.

»Cargó sobre mí, en un desesperado intento de apuñalarme. Entonces recordé lo que me había dicho mi padre: "La mano que esgrime el puñal es sobre la que recae toda la atención, por eso

normalmente es la otra la que decide un combate".

»Me hice a un lado, cubriendo el ángulo con mi antebrazo izquierdo. Sentí un corte en él, pero lancé una cuchillada directa a su pecho: con una mano aferrando la herida del costado, él no pudo hacer lo mismo. La hoja de mi arma se abrió paso entre sus costillas y atravesó limpiamente su corazón. Entonces rehíce mi guardia para salir disparado hacia atrás. Ya no era necesario: solo pudo dar tres pasos antes de caer al suelo y morir, con el tórax inundado en sangre.

»Toda la caterva de hombres lobo



comenzó a rugir; entonces creí que había llegado mi hora. Decidí afrontar mi destino con toda la dignidad que me fue posible. Sin embargo, mientras permanecía de pie cubierto de heridas, aferrando aún el puñal entre mis manos, su líder se levantó de su asiento y se aproximó a mí. Había una extraña sonrisa en aquellos ojos azules que me observaban fijamente: "Hoy has demostrado valor y por ello puedes unirte a nosotros, si lo deseas", me dijo.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Niñato, con ansiedad.

—Correr —respondió el turmogo—. Corrí a través de aquel bosque en

tinieblas, tan rápido como pude, mientras las ramas azotaban mi cara y las rocas dejaban mis pies desnudos en carne viva. Corrí sin mirar atrás, durante horas, entre peñas y páramos baldíos, hasta que casi había amanecido y mi pecho amenazaba con reventar por el esfuerzo. Entonces descansé un momento y corrí de nuevo, alejándome de aquel maldito lugar con todas mis fuerzas. Más tarde, abandoné mi tierra e ingresé en un ejército extranjero. Desde entonces han pasado ya seis años, pero no he olvidado nada.

—Él era Corocuta —concluyó  
Annio—. Y deseas cobrar la

recompensa.

Nadie supo si había formulado una pregunta.

—Soy Boddo, hijo de Turenno, del pueblo turmogo —respondió él, con determinación—. Mi poblado fue arrasado, toda mi gente está muerta o ha sido esclavizada: mi estirpe se ha extinguido. Y ahora soy el único que puede vengarlos. He jurado sobre estas armas matar a Corocuta o perecer en el intento. Esas será mi única recompensa antes de abandonar este mundo para reunirme con mis antepasados.

Desde su adolescencia, Quinto se había ganado una merecida fama de libertino. En Roma, se consideraba lícito que un joven buscara placer tanto en compañía de una mujer como en alguien de su mismo sexo, siempre y cuando él no fuera la parte pasiva y se respetasen una serie de normas. Se veía con naturalidad el hacer uso de esclavas o meretrices, e incluso un buen anfitrión siempre procuraba buscar alguna hermosa compañera de lecho para sus invitados. Sin embargo, acostarse con mujeres casadas o jóvenes de buena familia era

un acto tan censurable que el mismo Octavio se había propuesto penarlo por ley. Depravaciones como fornicar a plena luz del día o con el busto al descubierto —muchas prostitutas no se desprendían del sostén ni al desempeñar su oficio— solo las cometían las mujeres llevadas a los actos más disolutos.

Ahora Quinto yacía desnudo, sintiendo la agradable presión de los pechos de Gala sobre su torso, mientras su mano derecha exploraba distraídamente las caderas de su esclava, recostada junto a él. La muchacha pelirroja se incorporó en

silencio, ajustándose la parte superior de la túnica, adherida al cuerpo a causa del sudor, para depositar un par de copas sobre una bandeja.

Gala entreabrió los ojos y ronroneó sensualmente al sentir la calidez del sol derramándose por su espalda. Se incorporó para beber un largo trago de vino, y por un instante su melena acarició el rostro del centurión, envolviéndole con su intenso perfume: basado en cilantro, lavanda y esencia de almendras, resultaba fresco y al mismo tiempo dulce, con un leve regusto amargo al final. Tal y como era ella misma.

Una hora antes, Quinto había acudido a las termas para relajarse en aquel cálido ambiente saturado por el agradable olor del incienso. El caldarium era una pequeña y oscura estancia abovedada de suelo marmóreo en la que una piscina de agua caliente ocupaba su mayor parte. La única iluminación provenía de una pareja de diminutas ventanas que proyectaban un torrente de luz entre el vapor.

Se sumergió lentamente, mientras una esclava se situaba tras él. Por un momento creyó reconocer su rostro, pero no fue capaz de recordar dónde lo había visto exactamente, y cuando la

frialdad del aceite se fue diluyendo sobre sus hombros a medida que sus experimentadas manos lo extendían, se sintió invadido por una deliciosa somnolencia.

Poco a poco, a medida que su vista se iba acostumbrando a la oscuridad, el rostro de Gala fue emergiendo de entre el vapor. Con los brazos apoyados sobre el borde de la piscina, mostrándose ante él tal y como había venido al mundo, sus rotundos pechos parecían flotar en el agua perfumada. Desprovista de maquillaje, con el cabello húmedo pegado a las sienes, sus facciones habían adquirido un adorable rubor.



—Te dije que volveríamos a vernos.

Quinto tuvo que tensar el maxilar para evitar que su mandíbula quedara colgando.

—No te preocupes —prosiguió—, me he encargado de que nadie nos moleste.

A un gesto suyo, la esclava pelirroja cerró la puerta. Quinto sonrió para sus adentros.

—Tu esposo... —murmuró.

—Para él solo soy una moneda de cambio. Un simple enlace de conveniencia, con el que espera que le admitan entre los nobles...

Aquello no era nada nuevo. Se decía

que incluso el mismísimo Octavio, un «hombre nuevo» sin ninguna clase de antepasado ilustre, se había desposado con Livia solo para poder vincular su linaje al de los Claudios, una de las más nobles familias romanas, cuyos ancestros acaparaban las listas de cónsules desde los comienzos de la República.

Las proscripciones acordadas por Octavio, Lépido y Marco Antonio no solo habían estado encaminadas a acabar con sus enemigos políticos, sino también a obtener sustanciosos recursos económicos para su guerra contra los asesinos de César. Años después,

algunos nobles que habían logrado salvarse pudieron regresar a la urbe y, gracias al Tratado de Miseno, lograron recuperar una cuarta parte de sus posesiones. Sin embargo, en Roma aún existían muchas familias de alto linaje desposeídas de su fortuna tan solo dieciocho años atrás, y los enlaces de conveniencia entre ellos y los nuevos ricos estaban a la orden del día. Dinero a cambio de prestigio: ese era el canje.

—Aunque estoy convencida de que tú sabrás valorarme por lo que soy —añadió Gala.

Quinto carraspeó. Hasta entonces, sus mandos habían visto su conducta

licenciosa con indulgencia, pues nunca había interferido con el desempeño de sus funciones. Sin embargo, acostarse con la esposa del *promagister* de la sociedad que abastecía a la legión era algo distinto. Era algo que, de trascender, podía acarrearle unas consecuencias que prefería no imaginar.

Sin embargo, del mismo modo que el cazador no acude al bosque tan solo en busca de carne, el juego de la seducción otorgaba a Quinto un placer que iba mucho más allá de lo físico. Ahora no podía precisar si en aquel duelo de voluntades él era el cazador o más bien la presa, y a pesar de que una voz en su

interior le decía que debía terminar con todo aquello cuanto antes, su cínica contrapartida se mostraba muy reacia a hacerlo.

—Tal vez no tengas el valor necesario —prosiguió Gala, desafiante.

—Aparte de las posibles consecuencias, al asumir un riesgo también se valora lo que se puede obtener a cambio —dijo, estudiando su cuerpo con descaro—. Tal vez sea algo por lo que no merezca la pena arriesgar.

Una sucesión de emociones sin control chispeó en los ojos de la mujer hasta que finalmente ensanchó su sonrisa. Acostumbrada a ser adulada

desde la infancia, aquella insolencia parecía despertar en ella un torbellino de sentimientos enfrentados. Instintivamente, Quinto había recurrido a su habitual táctica: la negación. Ignorar a su presa, para que fuera ella quien demandase su atención. Evitar que se sintiera un codiciado trofeo, para convertirse él en el premio, sabedor de que, una vez alguien comprende que puede tenerte si lo desea, inmediatamente dejas de ser interesante.

—Además, no creo que sea lo correcto —añadió, dejando una puerta entreabierta.

—Si entregarme a otro hombre fuera

lo correcto, sin duda no lo haría — señaló ella, con expresión cínica—. Pero el adulterio es lo único que ahora mismo logra rescatarme de la apatía. El sexo con mis esclavas se ha convertido en algo monótono: al igual que en una conversación, un desmedido deseo por complacer solo lo convierte en un uso servil de la lengua. En ese sentido, tú eres distinto...

Quinto trató de pensar en algo podrido, su ingle amenazada por un frío y punzante metal. Normalmente funcionaba, pero esta vez no logró disminuir su excitación. Tuvo que sumergirse aún más en el agua para

ocultarla.

Entonces, en su mente, una nueva voz trató de hacerse oír por encima del resto: tal vez tener una aventura con la esposa del publicano podría ser un excelente medio para obtener información en su provecho. Aquella idea fue cálidamente acogida por un entusiasta coro de vítores procedentes de su entrepierna. Ni él mismo se lo creía, pero sonaba más que bien.

Hubo algo en su expresión que hizo que Gala fuera consciente de su triunfo. Se aproximó poco a poco y él salió a su encuentro. Al fin pudo saborear sus labios, respirar su cálido aliento, beber



de su boca. Sus manos recorrieron los costados de la mujer para asentarse en su cintura y, por un momento, se recreó en sus formas.

Ella se sentó a horcajadas sobre él y, acariciándole el torso, sus dedos bajaron por el vientre con suaves movimientos circulares. Cuando encontró a tientas aquello que buscaba, lo condujo hacia su entrada. Una maliciosa sonrisa curvó sus labios, y aquella licenciosa expresión se fue dulcificando a medida que sus caderas descendieron lentamente, hasta convertirse en la de una niña traviesa.

Su untuosa estrechez le fue

engullendo, dilatándose a medida que él crecía en su interior, hasta que se dejó caer, emitiendo un lastimero sollozo, y sus bocas se encontraron de nuevo. Quinto entrecerró los ojos al sentir la caricia de sus pechos contra el suyo, sus largas uñas clavándosele en los hombros, y ambos comenzaron a moverse como un lubricado engranaje. El choque de sus caderas se fue extendiendo por la piscina y el continuo oleaje lamió sus cuerpos desnudos.

Al fin había dejado de escuchar aquella maldita voz.

# XI

Con la frente empapada en sudor, Marco golpeaba rítmicamente el poste con su espada de madera; era una rutina diaria que, además de ejercitar su cuerpo, le permitía poner en orden su mente. A veinte pasos de distancia, el optión supervisaba la instrucción de los nuevos reclutas en la *armatura*, un complejo sistema de entrenamiento diseñado por los maestros de gladiadores. Abandonó sus ejercicios para observar a aquellos jóvenes armados con *rudis* y escudos de mimbre distribuidos por parejas, que

alternaban tajos, paradas y estocadas en una serie de rutinas de entrenamiento que él conocía perfectamente.

Intercambió una mirada con el opción y este asintió en silencio. Su grito hizo que todos se detuvieran para reunirse a su alrededor:

—Escuchad con atención lo que os voy a decir, porque con el tiempo descubriréis que no existe mayor verdad sobre la faz de la Tierra: la *armatura* exige ante todo honestidad —dijo, señalando la veintena de postes clavados en el suelo—. El *rudis* no es una espada, el *palus* no es un hombre, y vuestro compañero no es un enemigo. Os

encontráis en el campo, no en un campo de batalla, y esto no es un combate real. Lleváis más de una hora repitiendo este ejercicio una y otra vez. Y aunque la mitad de vosotros sea incapaz de contar hasta más de diez, incluso el más estúpido sabe qué va a hacer su adversario. Por eso, cuando este le «ataca», se adelanta a él, al saber cuál será su próximo movimiento, para de esta forma «vencerlo».

Ni en el interior de un templo se habría creado un silencio como aquel.

—¿Alguien de vosotros es tan estúpido como para creer que eso podrá hacerlo en un combate real? —preguntó,

observándolos—. Me da igual que la cuarta parte de vosotros os hayáis alistado con nombres falsos. Tampoco me importa que os juguéis la soldada con dados trucados, o que nos persiga una cohorte de campesinas a las que dejasteis preñadas tras jurarles amor eterno. Pero cuando piséis el campo quiero que seáis honestos, con vosotros mismos y con vuestros compañeros.

»Este entrenamiento no es un fin en sí mismo, sino un medio para alcanzar un objetivo superior: vuestra supervivencia. He visto pasar por aquí a centenares de imbéciles obcecados por "vencer" a sus compañeros de armas.

Idiotas, muy orgullosos de sí mismos y de sus habilidades guerreras, que acabaron bajo un pie de tierra tras su primera escaramuza, al descubrir que su repertorio de trucos no servía de nada frente a un bárbaro sediento de sangre. Su falta de honestidad los llevó directamente a la tumba.

El optión hizo un gesto para que de nuevo se distribuyeran por parejas.

—En este ejercicio uno ha de asumir el papel de atacante; el otro, el de defensor —concluyó—. El primero ha de lanzar un golpe con honestidad, buscando alcanzar al contrario, y el segundo ha de detenerlo de una forma

igual de honesta. Es decir, realizando la acción correctamente, no gracias a adivinar lo que el otro va a hacer como si fuera una maldita pitia de Delfos.

Honestidad.

Marco no podía pensar en otra cosa. Días atrás, Quinto le había dicho que solo se había alistado para huir de su pasado, y estaba en lo cierto, pero ahora tenía la sensación de que aquella huida le estaba conduciendo hasta el mismo punto de partida.

Al igual que Edipo. Cuando descubrió el terrible destino que le aguardaba, trató de alejarse lo más lejos posible de Corinto y, siguiendo las



indicaciones de un periplo, acabó en Tebas, a solo veinte millas de distancia, tras haber circunnavegado toda Grecia. Y una vez allí, su destino se cumplió.

Un periplo no es un mapa, tan solo una relación lineal de las etapas de un viaje: una estúpida simplificación de una realidad mucho más compleja. E incluso un mapa no es más que una representación bidimensional de una fracción de una tierra esférica: si navegamos en dirección a poniente sin interrupción, tarde o temprano llegaremos al mismo punto de partida. Marco había descubierto que la vida es mucho más que una simple sucesión de

etapas y que el mismo deseo de alejarnos de algo muchas veces nos hace aproximarnos aún más a él.

¿Hasta qué punto su falta de compromiso solo obedecía al miedo? Su padre adoptivo acostumbraba a decir que los errores de un arquitecto se pueden cubrir con relieves, pero los de un soldado solo se cubren con tierra. ¿En qué medida su rechazo a escribir esa carta obedecía al miedo de reanudar algo que había decidido dar por perdido?

Honestidad. Sin ella resultaba imposible construir nada. Un edificio no podía tener sus cimientos hundidos en

una ciénaga.

Vivía en un mundo basado en la mentira, en una República que estaba en manos de un todopoderoso soberano, obsesionado con aparentar que solo acataba las decisiones de un Senado al que controlaba gracias a sus legiones. Pero eso era algo que el pueblo se negaba a admitir porque, durante siglos, la palabra «rey» se había convertido en sinónimo de «despotismo», y ningún orgulloso romano reconocería jamás que había vendido su libertad a cambio de una garantía de paz, juegos circenses y entregas de trigo. De este modo, sesenta millones de seres humanos mantenían

una farsa para conservar ese precario equilibrio entre aquello que deseaban y lo que ellos mismos establecieron como correcto en el pasado.

Seguramente, el mundo sería un lugar mejor si no existieran todas estas paradojas. Pero la honestidad duele. Y una vez más, tal y como hizo antaño, Marco tuvo que forzar su voluntad para doblegar el dolor.

La escuela de gladiadores había sido construida sobre el Aventino, en lo alto de un pequeño promontorio rodeado de cipreses. Era una plaza rectangular,

delimitada por una columnata con un estrecho pórtico y diversas estancias adosadas, entre las que había una amplia puerta que permitía a los curiosos acceder a su polvoriento patio, donde varias docenas de gladiadores semidesnudos entrenaban bajo un sol plúmbeo. El día era caluroso, pese a que la brisa en ocasiones traía un agradable frescor venido del mar, y solo el entrechocar de sus espadas de madera resonaba sobre el graznido de los vencejos que anidaban en la techumbre.

Marco observaba fascinado a aquellos hombres, cuyos cuerpos, quemados por el sol, brillaban a causa

del aceite y el sudor, como esculturas de bronce bruñido. Una pareja de corpulentos vigilantes paseaba entre ellos con arrogancia, armados con bastones: hacía medio siglo que había sido sofocada la revuelta de Espartaco, un suceso que había marcado a toda una generación.

Con once años de edad, había visto infinidad de veces a sus conciudadanos entrenar en el Campo de Marte, pero en aquel lugar los ejercicios cobraban un nuevo significado. Eran, en su mayoría, esclavos o prisioneros de guerra, traídos desde los confines del mundo para morir en la arena, y allí no había bromas ni se

intercambiaban comentarios sarcásticos, pues en realidad no tenían nada de que hablar. Algún día se verían obligados a poner en práctica todo aquello, tal vez con alguno de sus propios compañeros, y entonces sus armas no serían de madera.

Deambulando entre la sombra de las columnas, reconoció a uno de ellos, pese a solo haberle visto en una ocasión, en el anfiteatro, con la cara oculta por un yelmo de luchador tracio. Era un ilirio enorme, el último héroe de moda, cuyo nombre se encontraba garabateado hasta en las paredes del callejón más recóndito de la urbe. Su imaginación

infantil le había otorgado las crueles facciones del bárbaro, aunque, para su sorpresa, descubrió un rostro del que emanaba una extraña serenidad. Practicaba en silencio contra un poste clavado en el suelo, lanzando tajos y estocadas, evocando una inquietante imagen de violencia domesticada, como una fiera atrapada entre los barrotes de su jaula. El niño se aproximó a él con timidez y, tras despojarse de su túnica, comenzó a golpear uno de los postes con su pequeña espada de madera, intentando imitar todos sus gestos.

Algunos gladiadores le dirigieron miradas furtivas, mientras los vigilantes



—esclavos, al fin y al cabo— observaban la escena con el ceño fruncido.

La mañana transcurrió entre golpes. Tras varias horas de interminables ejercicios bajo el sol, el sudor empapaba el cabello del niño y le caía por su espalda, mientras el cansancio y las ampollas hacían que su mano ardiera, como si sostuviera una barra de hierro al rojo vivo. En ese momento, el gladiador pareció darse cuenta de su presencia y observó la pasión con la que golpeaba aquel poste. Marco quedó petrificado al descubrir que la mirada del bárbaro se detenía sobre la cicatriz

que, aún reciente, desfiguraba su rostro. Se sintió desnudo, inmerso en una incómoda sensación de intimidad forzada. Pero la voz del gladiador le hizo olvidarse de todo, pues no había en ella ni la arrogancia del luchador ni la docilidad del esclavo, solo una desconcertante complicidad, fruto de alguna oscura razón que jamás llegó a entender.

—No intentes golpear solo con el brazo: has de emplear todo tu cuerpo —dijo—. No te fijes solo en cómo muevo mi *rudis*, presta atención a mis piernas.

Sin mover los pies del suelo, el bárbaro extendió su brazo derecho y

golpeó el poste con su arma. El sonido fue débil, seco y apagado, pero a continuación dio un paso para lanzar un nuevo tajo. Por un instante, una cadena de músculos entró en tensión, desde los gemelos de su pierna izquierda hasta el hombro derecho, poco antes de que su pie adelantado cayera sobre el suelo. El poste emitió un gemido agónico al recibir un tremendo impacto de espada, acompañada del crujido de madera astillada, audible en todo el patio. El niño pudo sentir la vibración del golpe bajo sus pies. Ahora, el arma del ilirio se encontraba partida por la mitad y el poste tenía una nueva marca del grosor

de dos dedos.

—Mantente relajado —le aconsejó —, tu brazo solo ha de entrar en tensión en el momento del golpe.

Marco asintió, y comenzaron a practicar una nueva secuencia de ataques. A medida que imitaba los movimientos del bárbaro, flexionando las rodillas para alternar la carga de peso de una pierna a otra, sentía cómo cada golpe cobraba más fuerza que el anterior. Continuó con la rutina de entrenamiento hasta que el dolor lo obligó a detenerse y tuvo que apoyarse en una de las columnas, jadeando. Sin embargo, por primera vez desde hacía

meses, había una sonrisa en sus labios y contemplaba el poste de una forma completamente distinta.

El gladiador se sentó a su lado, tras dedicarle un vago gesto de aprobación. Al verle abandonar los ejercicios, uno de los vigilantes, un gigante de cabello rizado, se dirigió hacia él desde el otro extremo del patio, con una sonrisa de satisfacción desfigurando sus groseras facciones. Marco conocía bien a aquella clase de hombres: el esclavo al que se le confiere una mísera autoridad y la emplea de forma despiadada contra sus compañeros de infortunio. Gente rastrera, que solo consigue alimentar su

autoestima apaleando a otros aún más desdichados que él.

Sin embargo, la mirada del gladiador no se apartaba de él:

—La *armatura* supone mucho más que adquirir una habilidad. Debe cambiar tu forma de ver el mundo. Ahora solo eres consciente de la existencia de dos dimensiones: un ataque puede venir de tu derecha o de tu izquierda, de arriba o de abajo. Más adelante, te darás cuenta de que también existe otra más: la distancia que te separa de tu enemigo. Por último, descubrirás que el tiempo es la más importante de todas.

El ilirio extendió su mano izquierda. Marco le entregó su miserable espada. El corpulento vigilante se encontraba ya a veinte pasos.

—Al principio, es solo un juguete —dijo, mientras observaba el pedazo de madera—. Pero llega un momento en el que todo esto deja de ser un juego. Entonces se convierte en una herramienta. Practica con ella hasta que forme parte de ti mismo, hasta que su simple tacto te transmita confianza y cambie tu modo de ver el mundo. Cuando lo logres, dará igual que sea de hierro o de madera: se habrá convertido en un arma.

El gladiador le devolvió la espada mientras el vigilante se situaba a sus espaldas. Alarmado, Marco dio un paso hacia atrás. Iba pronunciar una advertencia, cuando las palabras del ilirio le detuvieron:

—Habrá un día en el que tendrás que poner a prueba todo lo que has aprendido. Entonces...

Interrumpió su frase en el mismo momento en el que el vigilante alzaba su bastón. Ignorando aquel gesto, el gladiador le miró fijamente a los ojos, con una expresión desprovista de emoción. Una mirada fría e inquietante, de una tranquilidad antinatural, atravesó



a aquel hombre hasta llegar directamente a sus entrañas.

Por un momento, solo se escuchó el graznido de los vencejos, hasta que, tras un titubeo, el gigante de rizos dejó caer su bastón y, con aire casual, continuó su marcha. Los gladiadores reanudaron los ejercicios y sus armas resonaron de nuevo en el patio. El ilirio continuó hablando, como si nada hubiera pasado:

—Entonces descubrirás que en realidad no existen las armas, sino que tú eres el arma.

*Tac-tac-toc-toc.*

*Tac-tac-toc-toc.*

Armado con su *rudis*, Marco

golpeaba la madera de encina con todas sus fuerzas.

La habían encontrado en el vertedero, entre los restos calcinados de una antigua vivienda que se había consumido en uno de los muchos incendios que asolaban a diario la urbe. Tras muchos esfuerzos, el pequeño grupo de niños había logrado excavar un agujero en el suelo pedregoso, lo bastante profundo como para clavar firmemente aquella viga de seis pies de alto.

—Al fin tenemos un *palus* —anunció Numerio, triunfante.

Sabían que gladiadores y legionarios

entrenaban con un poste similar, aunque no tenían ni idea de qué hacer con él exactamente. Al principio trataron de combatir contra él, pero pronto se aburrieron de luchar contra un enemigo que no se movía.

Pero para Marco aquello no era un juego. A diario acudía al vertedero, se despojaba de la túnica y ensayaba tajos, amagos y estocadas frente al poste, mientras el sudor se deslizaba por su espalda quemada por el sol, hasta que el brazo derecho le ardía y ya no podía más.

Entonces comenzaba a golpearlo de nuevo, esta vez con el brazo izquierdo.

Observaba su sombra para intentar corregir sus movimientos, recordando cada uno de los consejos que el gladiador le había dado: «Nacemos con dos brazos, pero nos empeñamos en utilizar solo uno. Incluso sin escudo, tu mano izquierda también es un arma».

*Tac-tac-toc-toc.*

*Tac-tac-toc-toc.*

Poco a poco, las agujetas abandonaron sus brazos para asentarse en los costados. No solo sus miembros se hicieron más fuertes, sino que además había aprendido a golpear con todo el cuerpo. Ya era capaz de detener los golpes de Numerio sin dificultad, a

pesar de que era mucho más grande que él. Y cuando lograba acertarle, él aullaba de dolor:

—Cabrón, no vale tan duro —le decía.

Pero ambos sabían que podía golpear mucho más fuerte.

*Tac-tac-toc-toc.*

*Tac-tac-toc-toc.*

Al cumplir los doce años, ya no necesitaba fijarse en el arma del adversario: detenía sus golpes mirándole directamente a los ojos. Poco a poco, el cansancio se desplazó hasta las piernas.

En la escuela de gladiadores,

observaba entrenar a los púgiles durante horas mientras realizaban una especie de baile. Sin saber qué sentido tenía, memorizó todos los pasos para imitarlos más tarde. En ocasiones, se pasaba horas y horas entrenando sin tan siquiera tocar su espada de madera. Lo hacía en la calle, en casa, en el vertedero.

*Tac-tac-toc-toc.*

*Tac-tac-toc-toc.*

Había descubierto que su fuerza residía en las piernas. Ya no peleaba solo con los chicos de su edad, sino también con los mayores. Se movía a su alrededor, fuera de distancia, buscando un hueco en su guardia. Cuando lo

encontraba, entraba en él, detenía un golpe y devolvía otro de forma fulminante, para salir disparado hacia atrás.

Entonces llegó el día.

En un intento por moderar los problemas de circulación, Julio César había decretado que el tráfico rodado fuese solo durante las noches; a partir de entonces, tras la puesta de sol, una multitud de carros colapsaban las principales arterias de la ciudad para traer todo aquello que un millón de seres humanos necesitaría a lo largo del día.

Una vociferante legión de arrieros y mercaderes transportaban todos los días cajas de pescado llegadas del Tíber, sacos de cereal de Sicilia, rollos de tela siria, ánforas con aceite de Hispania o vino procedente de Italia, e incluso esclavos encadenados.

Sin embargo, en las estrechas calles peatonales, la noche transcurría de una forma completamente distinta. Mientras la gente respetable permanecía en sus hogares y los libertinos más incorregibles se aventuraban a regresar a sus casas tras su disipada velada, las patrullas de vigilantes recorrían los barrios. Pero la ley y el orden solo



alcanzaba hasta allá donde llegaba la luz de sus antorchas, desapareciendo poco después de que doblaran cada esquina. Entonces, las calles de la Suburra se convertían de nuevo en propiedad exclusiva de las bandas de asesinos y ladrones: la civilización, sencillamente, dejaba de existir.

La luna llena se encontraba ya en su cénit, aportando su escasa luz a los estrechos callejones. Marco caminaba en silencio entre las sombras, saltando de una a otra como si entre ellas solo existiera un abismo. Llevaba su honda atada a la cintura ciñendo su túnica oscura, y en ella guardaba una lámina de

hierro afilada.

Atravesó con cautela un callejón, hasta apoyar su espalda sobre el alto muro encalado de un jardín, maldiciéndose para sus adentros al darse cuenta de que, en la oscuridad, su figura se recortaba sobre ese pálido telón de fondo. Pero al inspirar descubrió el dulce aroma de una higuera por encima de la podredumbre urbana: la noche había traído un frescor agradable a la ciudad y, una vez despojada de humanidad, casi resultaba hermosa. Tal vez por ello, confiado, cruzó la vía peatonal hasta adentrarse en unos soportales.

Un fuerte tirón le arrastró hacia el interior de uno de los portales; alguien le retorció el brazo derecho para inmovilizarle contra la pared. Con la cara pegada en la sucia mampostería, sintió un aliento jadeando entrecortadamente en su nuca, apestando a vino rancio. Una áspera mano de dedos rechonchos palpó a tientas bajo su ropa, mientras levantaba su túnica hasta la mitad de la espalda.

El niño que aún había en él quiso llorar; años más tarde, supo que ese había sido el primer momento, de otros muchos, en los que tuvo que elegir entre luchar sin esperanza o rendirse a lo

inevitable. A partir de entonces, siempre se preguntaría en qué clase de hombre se habría convertido si en aquel instante hubiese obrado de otra forma. Tal vez su vida hubiese sido completamente distinta. O, tal vez, en realidad no había elección posible.

Cuando notó que la garra que aferraba su hombro aminoraba la presión, Marco se revolvió para morderla con todas sus fuerzas. Experimentó una indescriptible sensación de júbilo cuando el sabor de la sangre humana inundó su boca y sus dientes se abrieron paso entre la carne hasta alcanzar el hueso. Como un ariete,

un golpe impactó en su costado derecho. Se dobló sobre sí mismo, intentando respirar.

Al tratar de darse la vuelta, un nuevo puñetazo golpeó en su cara y lo derribó sobre el frío suelo empedrado. Lo levantaron de un fuerte tirón de pelo. Él buscó a tientas su arma escondida en la parte posterior del cinto. Aferrando con fuerza su empuñadura, lanzó tres cuchilladas casi a ciegas, buscando muslo, ingle y bajo vientre, girando la hoja cuando se adentraba en la carne.

Esta vez el gruñido se convirtió en alarido y un nuevo golpe alcanzó su rostro. Aunque tuvo tiempo suficiente

para cruzar la estrecha franja de luz que formaba la puerta entreabierta, como si se tratara de la entrada al mundo de los vivos. Salió a la calle cojeando, mientras un fuerte dolor agujijoneaba su brazo izquierdo, que yacía inerte en un costado. Sintiendo los acelerados latidos de su corazón que martilleaban su sien, trató de introducir su miembro herido en el interior de la túnica, para que permaneciera en cabestrillo. Una nueva punzada de dolor se lo impidió.

En ese momento, oyó un chirriar metálico a su espalda. Al girarse descubrió a un hombre saliendo del portal, encorvado y con los ojos

inyectados en sangre: cabello grasiento, labios carnosos y la musculatura de un buey. Un reguero de sangre manaba poco a poco de entre los dedos de su mano izquierda mientras sujetaba su entrepierna.

Con la otra blandía un puñal.

Avanzaba con lentitud y con esfuerzo, los dientes apretados y una mirada asesina. Asustado, Marco retrocedió hasta apoyar su espalda contra la pared encalada. Con su única mano útil desató la honda de su cintura y, sujetando sus dos extremos con los dientes, se arrodilló para buscar a tientas en el suelo. Para entonces, el

hombre había alcanzado la calle y se encontraba a ocho pasos de distancia.

Marco palpó apresuradamente la tierra agrietada, tanteando entre los excrementos hasta sentir las aristas de una piedra entre sus dedos. Se incorporó con rapidez para colocarla en la bolsa de su arma, justo cuando el hombre daba un nuevo paso hacia él. Giró dos veces la honda sobre su cabeza y lanzó el proyectil con nerviosismo. Una punzada de dolor perforó su brazo izquierdo a causa de la violencia del gesto. La piedra pasó por encima de su adversario.

El hombre continuó avanzando.



Retrocedió por el callejón, hasta llegar a una esquina. A causa de la hinchazón, iba perdiendo la visión de su ojo derecho, lo que le hacía más difícil apuntar. Tras muchos esfuerzos, logró introducir su brazo roto en el interior de la túnica. Su oponente se aproximaba poco a poco.

Recogió un nuevo guijarro, lo colocó en su honda y la volteó de nuevo. El hombre, convertido ahora en una sombra, se encontraba ya a seis pasos de distancia: solo podía distinguir el brillo de su daga. Cuando arrojó el proyectil, sintió como si le arrancaran el brazo herido y cayó de rodillas, a causa del

dolor. Inspiró profundamente. Al levantar la vista, la enorme sombra estaba a tres pasos de él.

En ese momento, una puerta se abrió a su izquierda, proyectando una franja de luz entre ambos. De ella asomó el rostro de un anciano, con el ceño fruncido y el pelo alborotado. Sin embargo, al descubrir la escena, cerró de inmediato la puerta para atrancarla.

Tratando de contener las náuseas, Marco retrocedió cojeando por el callejón. No tenía salida. Palpó de nuevo el suelo, sollozando de desesperación, hasta encontrar un guijarro de la misma forma y tamaño que

un huevo de paloma. Se irguió lentamente, mientras sentía en su boca el amargo sabor del cuero de su honda, y depositó la piedra en ella.

Comenzó a voltearla con fuerza. El hombre se encontraba a cinco pasos.

Marco inspiró profundamente. Su mente le decía que debía esperar a que su blanco estuviera aún más cerca, que tenía que arrojar el proyectil con todas sus fuerzas, olvidando el dolor que vendría a continuación..., pero su cuerpo quería hacer todo lo contrario. El hombre se iba haciendo cada vez más grande, hasta envolverle en un oscuro manto de sombras. En ese instante, el

niño recordó una historia que le había contado un mercader judío y sonrió.

Arrojó la piedra cuando su adversario se encontraba casi al alcance de su mano, con todas sus fuerzas. El lacerante dolor lo llevó hasta el suelo, pero el proyectil impactó sobre el ojo derecho del hombre, partiendo su ceja en dos y arrancando un jirón de piel de su frente, hasta dejar parte del cráneo al descubierto. El tipo cayó hacia atrás, aferrándose el rostro con las manos. Un torrente de sangre comenzó a fluir lentamente de entre sus piernas.

Marco recogió otra piedra, esta vez más grande, y cuando se acercó a él,

pudo ver el miedo reflejado en sus ojos. Ahora trataba de huir arrastrándose, con esfuerzo, hasta doblar la esquina y alcanzar una pequeña plaza donde se amontonaba la basura.

La llegada de tres transeúntes interrumpió su persecución. Al toparse con el hombre que yacía en el suelo sobre un reguero de sangre, se acercaron a él para inspeccionar sus heridas. Él extendió los brazos.

Cuando se aseguraron de que no podía moverse, los recién llegados intercambiaron una mirada entre sí, e inmediatamente le despojaron de la bolsa. El más alto extrajo un cuchillo y

con él le amputó el dedo índice para hacerse con su anillo, mientras sus dos compañeros le arrancaban a tirones el calzado. El gigante gritó de nuevo, esta vez de frustración, mientras los tres sujetos se alejaban sin mirar atrás.

Marco había aguardado entre las sombras, sopesando las ramas de un haz de leña amontonadas junto a una de las viviendas. Eligió una de tres palmos de largo, sin nudos, de madera de fresno. Entonces, salió de la oscuridad.

Al atravesar plaza, la luz de la luna convirtió su rostro en una amalgama de sombras. El hombre alzó su mano derecha, tratando de protegerse, o tal

vez de esbozar un gesto de súplica, y el muchacho se detuvo frente a él. Por un instante, ambos observaron una pareja de ratas devorando el cadáver de un perro muerto en una esquina. Aquella expresión horrorizada hizo que Marco intuyera sus pensamientos: con el rostro desfigurado y sin el anillo que lo identificaba como ciudadano libre, seguramente su cuerpo sin vida sería arrojado al vertedero de la vía Apia.

Sentía un peso familiar en su mano derecha y una embriagadora sensación de poder que inundaba hasta el último rincón de su alma. Aguardó un instante, saboreando por última vez el terror que

inspiraba su presencia, y, adoptando una posición de guardia, puso en práctica todo lo que había aprendido.

*Tac-tac-toc-toc.*

*Tac-tac-toc-toc.*



## XII

La flota navegaba con viento de través, sin perder de vista la costa. Estaba formada por más de doscientas cincuenta embarcaciones de todo tipo, desde el estilizado buque de guerra de cinco órdenes de remos que hacía de nave capitana, hasta los lentos y pesados cargueros como la *Juno*.

En una travesía convencional, los barcos de transporte marcharían escoltadas por los trirremes, mientras que las veloces liburnas se habrían desplegado para explorar un amplio

sector marítimo, dispuestas a alertar ante cualquier peligro. Pero hacía tiempo que los piratas cilicios habían sido aniquilados. Agripa había destruido la flota de Sexto Pompeyo en Sicilia y, más tarde, también aplastó a la de Marco Antonio y Cleopatra cuando ambos intentaron romper su bloqueo frente a las costas de Accio. De esta forma, Octavio se había convertido en el dueño absoluto del Mediterráneo. El *Mare Nostrum* finalmente había pasado a ser lo que su mismo nombre sugería: un enorme lago romano.

Pero ahora no estaban en él. No combatían contra un floreciente reino

heleno ni tampoco contra otra facción romana. Desprovistos de cualquier clase de nave que mereciera ese nombre, su enemigo no podía hacerles frente por mar, por lo que la IX Legión se sabía invulnerable, al menos hasta que desembarcase. Por ello, aquella flota avanzaba sin ningún tipo de orden de batalla, de una forma mucho más anárquica de lo que la prudencia en otras circunstancias habría aconsejado.

Tras realizar un par de escalas en el litoral aquitano, el primer puerto de Hispania que les había acogido había sido Oiasso, un pequeño embarcadero en territorio várdulo. Más tarde, pasaron

otra noche atracados en Portus Amanus, ya en Autrigonia. Los pueblos del cantábrico oriental eran tradicionales aliados de Roma; de hecho, la guardia personal de mismo Cayo Mario había estado formada por auxiliares várdulos, del mismo modo que ahora la de Octavio estaba integrada por vascones procedentes de Calagurris.

La escuadra marchaba al ritmo que fijaban sus embarcaciones más lentas, y su avance estaba condicionado por la necesidad de contar con un puerto lo suficientemente grande como para dar cobijo a todas ellas. De esta forma, las últimas naves en fondear eran las

primeras en salir, y al ser estas las más pesadas, durante la jornada eran poco a poco superadas por las que habían llegado primero a puerto.

Y ahora, la *Juno* formaba parte de su retaguardia.

—Hemos dejado atrás Portus Amanus.

Marco se encontraba en la cubierta de la nave, apoyado en la borda, acompañado de Quinto. Con aquella obviedad su amigo había querido darle a entender que la tierra que tenían frente a ellos era Cantabria.

Era mucho más hermosa de lo que había imaginado. Envuelto en bruma, el

Cantábrico mostraba toda su salvaje belleza: una vasta extensión de olas que, venidas del norte, avanzaban en desorden hacia la costa, formando un millar de lenguas de espuma que chocaban abruptamente contra una áspera muralla de acantilados. Por encima de ella, un manto esmeralda cubría aquel paisaje de colinas salpicadas de bosques que iban ganando en altura hasta crear un bello telón de fondo formado por montañas teñidas de añil. El cielo era una amalgama de nubes arrastradas por el viento noroeste, cuya tonalidad variaba del azul al gris, como la paleta de un pintor melancólico.

Dirigió su mirada hacia los otros cinco buques que transportaban al resto de su cohorte, y al único quinquerreme de la flota, la nave capitana donde se encontraba Fanio Cepión.

—¿Ansioso por entrar en acción? — le preguntó Quinto.

—La verdad es que sí —reconoció—. La espera me resulta más dura que el combate en sí. Además, ahora estaremos bajo el mando directo del *princeps*.

Envuelto en su gruesa capa de lana, el centurión mantenía la vista perdida en algún punto más allá de las montañas. Sus agradables facciones parecían desdibujadas por la preocupación,

aunque el tono de su voz seguía transmitiendo esa energía que le caracterizaba.

—Octavio ha delegado en Cayo Antistio —dijo—. Una vez más, padece un grave problema de salud. Esta vez, una afección hepática le ha obligado a regresar a Tarraco.

—Sí. Una vez más.

—Marco, no repitas mis palabras. No de ese modo —murmuró Quinto, tras dirigir una discreta mirada a su alrededor—. Especialmente al hablar del primer ciudadano en el Senado, padre de la patria, *imperator* y augusto.

—Entre otros títulos.



—Sí, entre otros muchos títulos. Y menos aún en este momento. Octavio concibió esta guerra como una especie de paseo militar que le reportaría prestigio, y ahora ha de regresar a la capital provincial sin haber tomado una sola población enemiga y tras haberse visto obligado a solicitar refuerzos, a pesar de disponer de un ejército ya de por sí enorme.

—Si esta nueva ofensiva no tiene éxito..., ¿desistirá?

Quinto cabeceó negativamente.

—Eso ni pensarlo. No solo está en juego su reputación, sino que además resultaría inconcebible que el norte de

Hispania permaneciera indómito. Y sobre todo, resulta prioritario el control de las minas de oro astur y de hierro cántabro. De hecho, nos dirigimos a una bahía en cuyas proximidades existe una montaña que, al parecer, es toda ella de ese mineral.

—¿Y cómo sabemos todo eso?

—De la misma forma en que conocemos el litoral: gracias a las sociedades de publicanos. Llevan décadas recorriendo la costa para comerciar con los lugareños. De hecho, los mercados organizados en territorio extranjero son nuestro mejor medio de obtener información sobre la política

local, e incluso constituyen una excelente herramienta diplomática.

—No entiendo...

Quinto suspiró ante la ingenuidad de su amigo. Por encima de sus cabezas, el cielo iba encapotándose por momentos. El viento soplaba cada vez con más fuerza y por ello la flota iba perdiendo cohesión.

—Entre los pueblos bárbaros, el comercio de productos de lujo procedentes del Mediterráneo suele estar en manos de las élites locales, lo cual les genera unos importantes beneficios y sirve para aumentar su poder y prestigio frente a sus rivales —

aseguró—. Eso crea toda clase de intereses. Los eduos, por ejemplo, controlaban el tráfico del vino en la Galia central, y por ese motivo nos apoyaron durante las campañas de César.

—Cortar el intercambio con ellos ha de suponer una fuerte medida de presión.

—Exacto. Y, teniendo en cuenta todo esto, comprenderás por qué los de arriba hacen la vista gorda ante los abusos de Emilio Arvina y el resto de los mercachifles. O por qué les otorgan la concesión del tráfico de esclavos a cambio de los servicios prestados.

—Es decir, Arvina forma parte de nuestra red de espionaje. —Marco parecía sorprendido.

—Así es —corroboró el centurión, con una sonrisa irónica—. Las guerras son como el cerdo, animal del que se aprovecha todo. Y, como decía mi padre, los mejores negocios son aquellos en los que todos salen beneficiados.

—Ya, salvo aquellos que pierden la vida o acaban como esclavos.

—Supongo que sí, pero a ellos nadie les pregunta. De todas formas, en el norte de Hispania las cosas son distintas que en la Galia: aquí no hay reyes a los

que corromper, aunque nos podamos aprovechar las disensiones tribales.

—No hay un poder centralizado.

—En absoluto. Los cántabros están divididos en once tribus, y cada una de ellas tiene sus propios intereses. En realidad, la clave de nuestra política expansionista es muy sencilla: explotar las diferencias que existan entre las distintas facciones de nuestros enemigos.

—Divide y vencerás. —Así es. De hecho, esta ofensiva naval no es más que otra forma de recurrir a ese principio. En este momento, las tribus de la costa han enviado a la mayor parte de sus

guerreros hacia el sur, para apoyar a las que se encuentran amenazadas.

—Pero ahora nosotros vamos a obligarlos a que se preocupen de sus propios asuntos.

El centurión le entregó un cilindro de cuero lleno de papiros enrollados.

—Toma. Échales un vistazo a los mapas y léete los informes. Nos será de ayuda que el topógrafo de la cohorte esté al corriente de todo.

Sentado en el alcázar, Marco se dispuso a estudiar los mapas, comparándolos con aquellos de los que disponía el

capitán. En ellos la costa era con diferencia el territorio mejor conocido, pues cada cabo, promontorio y bahía habían sido meticulosamente recogidos en él. Hacia el sur, varios puntos señalaban los castros de mayor entidad, además de un par de itinerarios para cruzar las montañas. Sin embargo, más allá de esos márgenes, solo había vagas indicaciones.

Los cántabros vivían en las dos vertientes del centro de una cordillera que se prolongaba hacia el oeste de los Pirineos, paralela a la costa del mar Cantábrico. En su corazón, había un extenso valle donde nacía el Íber, que



más tarde desembocaba en el Mediterráneo. Hacia el sur, otros ríos como el Písora vertían sus aguas en el Douros, mientras que en la vertiente costera existían otros siete de menor tamaño, cuyo curso, nacido en las montañas, corría perpendicular al océano hasta desembocar en él, lo que creaba varias marismas que constituían buenos puertos.

Al estudiar la línea de cumbres que mostraba el dibujo, comprendió las dificultades ante las que se encontraba Antistio. Tanto en la frontera este, situada a la izquierda de la depresión formada por el río Sauga, como en la

oeste, a la derecha del valle del Salia, la cordillera se adentraba en la costa hasta prácticamente el mar. Hacia el sur, los grandes castros ocupaban las últimas estribaciones montañosas antes de dar paso a la meseta, y en general los valles discurrían en sentido norte-sur siguiendo el cauce de los ríos, pero los informes sugerían que los pasos entre unos y otros estaban controlados por pequeños emplazamientos fortificados.

Por supuesto, todo aquello no era un problema insalvable para un ejército que pocos años antes había derrotado a los cerretanos en el Pirineo y a los sálasos en los Alpes, pero un escenario

de este tipo nunca estaba libre de peligros, aunque se enfrentaban a un rival que tuviera una notable inferioridad numérica.

La cordillera parecía ganar en altitud a medida que avanzaba hacia el oeste, y por ello, esa parte era casi inaccesible para un gran ejército, en especial en torno a un enorme macizo montañoso llamado Mons Vindius, el monte Blanco. Sin embargo, Marco sabía por experiencia que las zonas más agrestes también son las menos pobladas y, por tanto, las de menor interés estratégico. Si se conquistaban los grandes castros del sur, los valles más

importantes y la franja costera, se controlaría a la mayor parte de la población, y si bien es cierto que aquel pueblo ganadero podía refugiarse en las montañas con sus reses, una vez llegado el invierno difícilmente podría sobrevivir entre bosques pelados y peñas cubiertas de nieve.

Uno tras otro, fue copiando los detalles de aquellos mapas y añadiendo sus propias anotaciones. Estaba empezando a leer los informes acerca de la política local cuando llegó uno de los auxiliares hispanos que viajaban en la nave.

—Disculpe, señor —le dijo—.

¿Sabéis dibujar?

—Hace tiempo que no lo intento —respondió—. Es decir, más allá de mapas y planos.

—Me gustaría tener un retrato para enviar a mi familia —reconoció el joven con timidez—. Puedo pagaros.

«Que no pase un solo día sin dibujar una línea», había dicho Apeles. Pero él llevaba años sin hacerlo, fruto de una decisión pasada. Además, aunque los papiros que llevaba consigo eran de mala calidad, resultaban caros, al fabricarse en Egipto a partir de la fibra de una planta acuática. Estuvo tentado de inventar cualquier excusa, pero se

sintió conmovido por su expresión.

—¿Tienes algo de vino? —le preguntó.

—Sí, señor.

—Pues tráelo y siéntate a mi lado.

Una sonrisa iluminó el rostro del hombre hasta transformarla en la de un niño. Al cabo de unos instantes regresó con un pequeño odre. Hacía tiempo que Marco no realizaba un retrato y tenía las manos entumecidas, pero sacó punta a la barrilla de plomo y comenzó a esbozar las líneas del contorno de su rostro.

—Eres muy joven —le dijo.

—Me alisté hace un par de meses.

—¿Cómo te llamas?

—Úrbico, hijo de Auno, nacido en Pompaelo.

Marco sonrió. El nombre de aquel joven vascón era latino y significaba «el habitante de la urbe», es decir, «el romano». En lugar de su tribu, había citado la ciudad de nacimiento, fundada hacía cincuenta años por Pompeyo, aunque seguía sin adoptar la fórmula onomástica latina. Seguramente, jamás había pisado Roma, pero su padre había decidido llamarlo de aquella forma, en un vano intento por aparentar ser algo que en realidad no era. Llevaba el cabello corto y su pobre indumentaria trataba de adaptarse como podía a la

moda itálica, aunque allí, en el mejor de los casos, solo sería considerado un vulgar provinciano.

Giró el papiro, para mostrarle el dibujo a medio hacer.

—¿Cómo consigues dibujar así? — preguntó el joven, maravillado.

Al estudiar su obra, Marco descubrió que su estilo había mejorado. Su especialidad era la escultura, no el dibujo, y la falta de práctica le había hecho perder parte de su destreza manual, aunque a cambio la composición había ganado fuerza. La imagen de aquel bárbaro no poseía armonía. Sus rasgos eran un poco



desproporcionados, no se ajustaban al canon ni contaba con esa austera dignidad que se esperaba en un buen retrato. Pero era él.

Tratando de comprender qué había cambiado, se dio cuenta de que ya no le preocupaba la calidad del acabado. Recordó las palabras de su maestro de escultura: «como cuando se habla, una excesiva preocupación por la forma solo crea un lenguaje afectado».

—La clave reside en comprender el espacio, la luz y el color —respondió, más confiado—. Para plasmar algo sobre una superficie, antes debes ver en tu mente las formas que componen el

mundo real. En las personas, se han de conocer las proporciones del cuerpo y el funcionamiento de cada uno de los músculos, huesos y tendones.

—Conozco a varios tallistas, pero ninguno es capaz de imitar de este modo...

—El arte bárbaro funciona de una forma muy distinta al nuestro —le explicó—. Cuando un escultor galo desea destacar una figura por encima del resto, hace que sea más grande. Si yo deseara lo mismo, la situaría en un punto más elevado o haría que todas las líneas convergieran sobre ella.

—El romano se muestra más fiel a la

naturaleza.

—Pero, al desear imitarla, también corre el peligro de convertirse en un esclavo de ella. En ocasiones, hay que dejar de lado lo que ves —aseguró, sin parar de dibujar—. Un retrato no es más que una búsqueda por plasmar una identidad. Puedes copiar todas las facciones de un rostro, ser absolutamente fiel a sus proporciones, pero no lograr reflejar la personalidad que se encuentra tras ellas.

—¿Por qué?

—Porque al saber que van a ser retratados, las personas cambian. Las mujeres se esfuerzan por parecer más

hermosas, y los hombres tratan de adoptar una pose para aparentar ser más sabios, osados o virtuosos, según su elección. Al posar, modifican su expresión habitual.

—Hay escultores que tratan de adular a sus clientes haciéndolos más bellos en sus obras.

Aquello le produjo un amargo resquemor.

—Así es, pero eso solo es autoengaño —aseguró, rotundo—. De ese modo nunca se logrará un buen retrato. —Súbitamente, quiso cambiar de conversación—: ¿Tú también odias a los cántabros?

—Yo me he alistado por Roma —  
respondió Úrbico, con orgullo.

Ambos se observaron fijamente.

—Para ser parte de ella —aclaró—.

Quiero ser romano.

Octavio había decidido conceder la ciudadanía a todos los auxiliares que hubieran prestado veinticinco años de servicio. Era una medida destinada a hacer más atractivo un trabajo mal remunerado, pues los enormes gastos que suponía mantener el ejército amenazaban con ahogar la economía de la República. Como ciudadanos romanos, los veteranos de las cohortes auxiliares adquirirían un nuevo estatus

legal que sería heredado por sus hijos, aunque seguramente aquello no era lo único que atraía a aquel muchacho. No era la primera vez que se encontraba ante un bárbaro fascinado por la cultura romana.

Marco había nacido en una ciudad de un millón de habitantes, y durante los primeros años de su vida permaneció inmerso en mundo caótico y violento. Su único contacto con la naturaleza habían sido algunas excursiones al campo, en las que rara vez se alejaba más de dos jornadas de la ciudad. A los doce años conoció a un esclavo germano que no dejaba de preguntarle toda clase de

obviedades sobre la vida urbana, y entonces pensó que aquella incapacidad para comprender cosas tan elementales se debía a la escasa inteligencia que se atribuía a los bárbaros. Sin embargo, tras alistarse y comenzar a viajar, descubrió que el mundo que hasta entonces había considerado normal, en realidad era completamente anómalo.

Más allá de las murallas de Roma, muy pocas ciudades alcanzaban los cincuenta mil habitantes y, en Occidente, ningún poblado bárbaro superaba los cinco mil. Allí, grandes extensiones de tierra permanecían aún despobladas y era posible atravesarlas durante días y

días sin encontrar a ningún otro ser humano. Por ello, ciertas cosas que en su juventud jamás se había cuestionado, ahora a él también le resultaban absurdas.

Una enorme aglomeración humana vivía hacinada sobre siete colinas y sus viviendas se amontonaban caóticamente unas sobre otras, mientras buena parte de su población permanecía ociosa y para subsistir dependía de las mercancías traídas por mar desde miles de millas de distancia. Entonces se dio cuenta de que su mundo no era más que una realidad artificial, solo sostenida gracias a su supremacía bélica.



No obstante, también era consciente de que su modo de vida acabaría imponiéndose, pues el suyo era un imperio irresistible que ya no se basaba tan solo en las conquistas, sino en la misma atracción que despertaba. Al dibujar el rostro de aquel joven vascón que tanto se esforzaba por agradarle, supo que para él Roma no era una ciudad, sino una suerte de abstracción, un majestuoso Olimpo habitado por seres sabios y todopoderosos, capaces de realizar toda clase de prodigios.

Pero él, que conocía toda la corrupción que inundaba hasta el último rincón de la urbe, no sabía si envidiar su

ingenuidad o más bien si compadecerse de ella.

En ese momento, oyó una voz procedente de la cubierta. Al salir, descubrió que Quinto observaba la costa con el ceño fruncido. Frente a ellos, en lo alto de una pequeña península rodeada de acantilados, una enorme hoguera proyectaba una columna de humo que ascendía hacia las densas nubes. A unas quince millas de distancia, un segundo fuego comenzó a arder sobre un cerro. Al seguir la mirada de su amigo, descubrió una tercera almenara en la cumbre de una montaña casi perdida en el cielo

encapotado, que creaba una nueva estela blanquecina sobre aquella sierra recortada en el horizonte.

—Nos han visto —murmuró Marco—. Al anochecer, lo sabrán hasta en el último rincón de esta tierra.

Sin embargo, ahora tenían otras cosas de las que preocuparse. Un vendaval soplaba de occidente y amenazaba con mar gruesa. Las olas saltaban por encima de la borda, llenaban la cubierta de espuma y hacían que la embarcación se meciera violentamente con cada embestida. Obligados a navegar de bolina, con el viento casi de frente, debían avanzar en

zigzag contra él, en ceñida, con la vela mayor en sesgo y uno de sus lados adelantado, realizando continuos virajes para exponer de forma alterna los costados del barco.

En el pequeño alcázar, Adérbal oteaba la nave capitana con preocupación, a medida que se alejaba cada vez más de ellos, atento a cualquier señal. Las quinquerremes, con un casco mucho más alargado, oponían una menor resistencia a las aguas y podían emplear sus remos, por lo que eran mucho más veloces.

La flota se iba haciendo jirones, como el extremo de un manto al

desgarrarse. Entonces comenzó a llover.

—Deberíamos buscar refugio —dijo Marco.

—Así es —respondió el gaditano—, pero tenemos órdenes de no separarnos del resto. Además, nos es imposible fondear en esos acantilados.

—Tiene que haber algún puerto. — Marco tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima de la ventisca.

—Hay una marisma a pocas millas, la desembocadura de un río llamado Sauga, que según los lugareños nace en una cascada. Seguramente, las naves de la vanguardia ya habrán llegado, pero a este ritmo nos será difícil hacerlo.

Un golpe de mar venido de estribor que hizo que la nave se balanceara los interrumpió. La estructura de la *Juno* crujió agónicamente como un animal moribundo al sentir la fuerza del impacto, aunque consiguió estabilizarse. El timonel hizo que el buque presentase su proa hacia las olas. La ventisca era cada vez más fuerte.

Marco observaba la flota, cada vez más dispersa. La quinquerreme de Fanio Cepión apenas era ya visible entre la bruma: aparecía y desaparecía de su vista a medida que el fuerte oleaje la engullía.

Annio abandonó con premura la

bodega, dispuesto a vomitar por la borda, pero, al descubrir la intensidad de la tormenta, prefirió hacerlo en las escaleras.

La nave capitana no transmitía ninguna orden.

Quinto y Marco intercambiaron una sombría mirada al descubrir que Licinio Varrón se dirigía hacia allí envuelto en su capa. La ventisca revolvía caprichosamente su oscuro cabello rizado, húmedo por la lluvia.

En ese momento, a doscientos pasos a estribor, un fuerte golpe de mar empujó a la *Minerva*, e hizo que colisionara contra otra de las naves. Por

encima de la ventisca, resonó un enorme crujido de madera astillada y oyeron un centenar de gritos procedentes de su interior, antes de que la violencia del mar arrastrara a ambas hacia la costa.

La tripulación de la *Juno* contemplaba la escena, horrorizada.

«Maldita sea, allí dentro está Antígono.»

Todo sucedió lentamente, lo cual lo hizo aún más siniestro. Tras hacerse pedazos contra las rocas que asomaban entre las olas, los restos de ambos buques fueron a parar a una pequeña playa, incrustada entre los acantilados. La *Juno* gimió de nuevo, como si



lamentara el destino de sus dos compañeras de viaje. La embarcación hundió su proa en una enorme ola y a continuación ascendió por ella como si se tratase de una colina. Cuando rebasó su cumbre, Marco vio que un enjambre de diminutas figuras abandonaba los restos de las maltrechas naves y nadaba hacia la cala.

—¡Debemos ayudarlos! —gritó.

—Tenemos órdenes de no separarnos de la flota —protestó Licinio Varrón.

Como si el legado hubiese querido corroborar sus palabras, un farol comenzó a agitarse en el alcázar de la

nave capitana, ordenándoles que continuaran la travesía. El mensor aferró a Quinto por el brazo para gritarle al oído:

—¡Hay que hacer algo!

El centurión le dedicó una dura mirada para recordarle quién estaba al mando. Cuando le soltó, observó de nuevo a Varrón. Tras reflexionar un instante, al final se dirigió a Adérbal, que presenciaba la escena junto al timón.

—¿Qué opinas? —Al hablar, tuvo que aferrarse al estay para no ser arrastrado por un golpe de mar.

Todos sabían que el capitán de la

nave podía vetar cualquier decisión que la pusiera en peligro, pero el gaditano contuvo una sonrisa.

—¿Y por qué no? —respondió con sorna—. Siempre me ha parecido preferible morir en tierra firme que acabar en el fondo del océano.

Y tras decir aquello, se acercó al timonel.

—¡Hay que tomar tierra en esa playa! —gritó, haciendo gestos en su dirección.

—¿Es que te has vuelto loco? —replicó el marino.

No obstante, al descubrir la inflexible expresión del capitán, se

apresuró a tirar del timón con todas sus fuerzas. La nave, amurada a estribor, comenzó a virar en redondo, aunque, a causa de la violencia del temporal, lo hicieron a duras penas y lentamente.

—¡No os quedéis parados!  
¡Emplead el artemón! —gritó Adérbal.

La tripulación tiró de las drizas para alzar la pequeña vela situada en el bauprés, el inclinado mástil de proa. Al desplegar el trapo, la *Juno* comenzó a arribar a babor, hasta situarse con el viento de través. Entonces, la tripulación empleó las brazas para cambiar la orientación de la vela mayor, y esta gimió al recibir de lleno la fuerza de la

tormenta. Los obenques que mantenían fijo el mástil entraron en tensión y todo el cáñamo de la jarcia firme gimió por el esfuerzo. La nave comenzó a escorarse poco a poco a babor, a pesar del lastre, pues toda su sentinase encontraba repleta de bagajes y había casi cien hombres hacinados en la bodega. Su borda se aproximaba cada vez más al mar y las olas inundaban la cubierta.

—¡No os quedéis parados! ¡Recoged el trapo! —ordenó el capitán.

Continuaron braceando la verga al mismo tiempo que tiraban de las candelizas, a riesgo de que la salvaje

ventisca los arrastrara. Un haz de cabos tiró hacia arriba del borde inferior de la vela, recogiénola como si se tratara de una persiana, para reducir la velocidad.

—¡A estribor, a estribor! —aulló Adérbal—. ¡Hay escollos a la izquierda!

El timonel tuvo que recurrir de nuevo a toda su fuerza para tirar de la pala, tratando de corregir el rumbo. Pero resultó inútil: de la bodega llegó un tremendo crujido. Marco y Adérbal bajaron las escaleras a toda prisa. Allí descubrieron que el arrecife había abierto una brecha de más de tres pies de longitud en el casco. Con la anchura suficiente para introducir una mano,

formaba una cortina de agua que inundaba la sentina. Los soldados, hasta entonces sentados sobre la carga, ahora corrían hacia las escaleras; las mulas relinchaban, aterrorizadas, tratando de liberarse.

—¡Vía de agua! —gritó el gaditano—. ¡Hay una vía de agua!

Los marinos fueron los primeros en reaccionar. Empleando tablas y maderos, trataron de apuntalar la abertura, mientras el agua les llegaba ya a las rodillas. Pero el mar se abría paso por aquella brecha con una enorme fuerza, inundando la bodega, y su peso no hacía más que aumentar la escora. La

carga, que permanecía atada a los costados del casco, forzaba cada vez más las sujeciones, arrastrada por su propio peso.

Marco se topó con sus contubernales.

—¡Vamos a volcar! —gritó Annio.

Una cuerda se rompió. Niñato recibió un tremendo latigazo en la cara y cayó de bruces al suelo mientras una avalancha de fardos rodaron desde un costado hacia la sentina. Cuando la aterrada tripulación trató de alcanzar la cubierta, el mensor tuvo que aferrarse a la barandilla para no ser arrollado.

—¡Ayudadme! —chilló el joven



desde el suelo.

Annio se abrió paso a empujones para llegar hasta su contubernal y tiró de él con todas sus fuerzas, pero una pierna había quedado atrapada bajo la montaña de sacos de trigo. Marco recogió un poste para introducirlo bajo ellos y ambos apoyaron el hombro en él para hacer palanca, mientras el agua les llegaba ya a medio muslo. Su nivel ascendía implacablemente. Atrapado, Niñato casi no podía respirar.

Apelaron a toda la fuerza de sus piernas para tratar de levantar aquel maldito poste, pero parecía clavado en un muro de piedra. Empapados, los

sacos pesaban como si estuvieran llenos de plomo, y retirarlos uno a uno les habría hecho perder demasiado tiempo. Los gritos de su compañero se ahogaron cuando su rostro quedó sumergido bajo el agua.

Entonces algo hizo que el poste se levantara. Al girarse, descubrieron al opción con el rostro crispado por el esfuerzo y todos los músculos de su cuerpo en tensión. Niñato, que forcejeaba frenéticamente, al fin logró liberar su extremidad: a duras penas pudo incorporarse e, inspirando entrecortadamente, vomitó un torrente de agua salada.

—¡Soltad ya!

Dejaron caer la madera y los sacos se estrellaron sobre la sentina. Annio echó un vistazo a la pierna del muchacho.

—No parece rota —acertó a decir.

Tras rodar, la carga obstruía la vía de agua, aunque su enorme peso hacía que la nave se inclinase aún más al costado. Incapaces de hacer nada, los cuatro legionarios treparon por la escalera, convertida en una cascada. En cubierta, los marinos al fin habían orientado la verga y, a medida que viraban a babor, la *Juno* pasó a tener el viento en popa y se precipitó en

dirección a la costa, arrastrada por las olas.

Al observar más allá de la borda, todos palidecieron.

—¡Más rocas! —gritó Adérbal.

Frente a ellos, una hilera de afiladas rocas surgía amenazante del fondo arenoso y se aproximaban inexorablemente, sin tiempo para maniobrar. Cuando parecía que el casco de la nave se iba a hacer pedazos contra ellas, un nuevo golpe de mar acudió en su auxilio. Tuvieron que aferrarse a la jarcia cuando una gigantesca ola alzó la embarcación media docena de pasos por encima de los arrecifes, y los catapultó

literalmente hacia la playa, hasta que, con un descomunal estruendo, quedaron encallados en la arena.

El choque hizo rodar a la tripulación por la cubierta. Cuando aquel torrente de agua desapareció, se descubrieron varados en tierra firme. Todos se miraron, incrédulos.

—No me pidáis que lo repita —dijo Adérbal.

Marco saltó por la borda y trató de alcanzar la orilla, luchando por no ser arrastrado por las olas; el agua ya le llegaba hasta la cintura. Lo logró, y comenzó a deambular entre la multitud de legionarios que salían del océano,

como espectros marinos.

La playa se encontraba salpicada de cuerpos humanos y de restos del naufragio. La mayor parte trataba de escapar de la violencia del mar, al igual que las ratas que correteaban sobre los pedazos del casco. Por un instante, fue consciente de que en ese momento, de espaldas al mar y rodeados por acantilados, eran vulnerables a cualquier ataque. Así que, mientras intentaba socorrer a los heridos, rogó a los dioses que aquellos bárbaros no intentaran una locura semejante en medio de aquella tormenta.

Al final encontró a Antígono,

tiritando, empapado y aterido, con las ropas embadurnadas de arena húmeda. Tosía entrecortadamente. Apenas podía levantar un fragmento de casco para liberar a un soldado que permanecía atrapado bajo él.

Al descubrir a Marco a su lado, le habló con el semblante desfigurado por la desesperación:

—Mis notas —murmuró—. Maldita sea, he perdido mis notas.

# XIII

Habían muerto más de ochenta hombres. La mayor parte de ellos procedía de la *Minerva*, que se había hecho pedazos al chocar contra la pared de acantilados, antes de que sus restos fueran arrastrados hasta la playa. Los escasos supervivientes ni tan siquiera pudieron salvar sus armas. La *Justicia*, por el contrario, tan solo había perdido una parte de la obra viva del casco, y por ello habían recuperado la mitad de sus bagajes.

—Entre las tres centurias sumamos



ciento noventa legionarios, treinta muleros y una veintena de auxiliares, incluyendo a ese maldito guía turmogo —informó Licinio Varrón.

Quinto frunció el ceño. En condiciones normales, cada contubernio de ocho hombres disponía de una mula para transportar la tienda en la que dormían, junto a buena parte de su impedimenta. Ahora, en lugar de la treintena de bestias de carga que teóricamente les correspondían, apenas contaban con una docena.

En condiciones normales, cada centuria estaría dotada de un escorpión, una pequeña pieza de artillería de

torsión, y cada cohorte dispondría de una ballista, un artilugio similar de mayores dimensiones. Ahora contaban con media docena de esos ingenios, además de numerosas tiendas de campaña, diverso material de construcción e incluso un ariete con una cabeza de carnero fundida en bronce..., algo perfectamente inútil cuando carecían de medios para transportarlos por tierra.

Una vez que dejaron atrás la playa a través de una senda que ascendía por los acantilados, habían construido un improvisado campamento en la parte alta de un promontorio salpicado de

brezos, ajeno por completo a la ortodoxia militar, que ahora trataban de fortificar excavando una fosa y erigiendo un terraplén. Allí la madera era abundante, así que pudieron reforzarlo con estacas con forma de cornamenta de ciervo, clavadas firmemente en el suelo. Sin embargo, las tiendas habían sido montadas sin guardar ninguna clase de orden, aprovechando las zonas despejadas de vegetación de aquel emplazamiento donde ni tan siquiera había agua.

Debían marcharse de allí cuanto antes.

Quinto se había sentado en el suelo

de su tienda, junto a los otros dos centuriones: Licinio Varrón y un pompeyano llamado Tito Lucrecio, un hombretón pelirrojo con su austero rostro salpicado de pecas. Marco acababa de unirse a aquella improvisada reunión, tras haber explorado la zona acompañado por una docena de soldados.

—Llegamos a un pequeño valle rodeado de montañas de roca caliza, cubiertas por encinares casi impenetrables —los informó—. Encontramos una aldea, desierta, con apenas una docena de cabañas. Al parecer sus habitantes la abandonaron

poco antes de que llegáramos.

—Lo cual significa que la noticia pronto se extenderá por toda la región —añadió Quinto.

Adérbal permanecía en cuclillas junto a Antígono, aferrando un humeante cuenco entre sus manos. Tomó un pequeño sorbo antes de hablar:

—Hemos excavado la arena que hay en torno a la nave, para inspeccionar el casco. Mi gente está trabajando en las reparaciones; supongo que podremos zarpar en cuanto suba la marea.

—¿Qué opciones tenemos?

—La *Juno* no tiene capacidad para llevarnos a todos, ni tan siquiera aunque

dejáramos atrás la carga —anunció el gaditano, sombrío.

Todos se miraron, como si temieran tener que jugarse a suertes quiénes iban a quedarse allí.

—Tal vez podríamos regresar a Portus Amanus en varios viajes —sugirió Antígono.

—Es demasiado arriesgado —respondió Lucrecio—. Sin duda, a estas alturas nuestro enemigo ya sabe que hemos desembarcado aquí. Somos pocos y nos encontramos en una situación muy vulnerable: si además nos dividimos, es probable que masacren a los que se queden atrás.

El centurión pelirrojo tan solo había expresado en voz alta lo que todos pensaban.

—La frontera entre el territorio de los cántabros y el de los autrigones está delimitada por un escarpado promontorio rocoso que llega hasta la costa —continuó—. En caso de regresar por tierra, tendríamos que atravesarlo.

—Entonces, solo quedan dos alternativas —continuó Quinto—. Está claro que la *Juno* ha de marchar en busca de ayuda, únicamente con su tripulación. Tras ello, o bien construimos un campamento junto a la costa, para hacernos fuertes aquí y

esperar a que vengan a recogernos...

Marco cabeceó negativamente.

—He reconocido la zona y no hay ningún buen lugar para ello. El terreno es muy áspero y rocoso, cubierto de encinas. Y en el valle, seríamos demasiado vulnerables.

—O bien podemos marchar a pie para reunirnos con el resto de nuestra unidad —concluyó él.

—El grueso de la flota debió de fondear ayer en la desembocadura del Sauga, pero es muy posible que hayan continuado hacia la Gran Bahía, nuestro punto de desembarco —consideró Adérbal.



—Y además, nos veríamos obligados a pasar muy cerca de un gran castro, llamado Noega Ucesia —añadió Marco—. Aunque si permanecemos aquí, tarde o temprano los lugareños reunirán un contingente lo suficientemente grande como para atacarnos.

—Eso está claro —intervino Quinto—. Sin embargo, mi pregunta es: si la *Juno* marcha en busca de ayuda, ¿cuánto tiempo habría que esperar hasta que vinieran a recogernos?

Todas las miradas recayeron sobre Adérbal.

—Eso depende de Coro —contestó,

con un encogimiento de hombros—. En principio, el viaje hasta Portus Amanus es corto, y con viento favorable puede hacerse en un solo día. Ahora bien, dudo que allí encontremos embarcaciones con la suficiente capacidad como para transportaros, pues las de mayor tonelaje ya han sido movilizadas para formar la flota.

—También podríais ir al punto de desembarco y solicitar un par de naves —gruñó Licinio Varrón.

—Ya lo había pensado —repuso él—. Pero de momento tenemos el viento en contra y, viéndonos obligados a ceñir, el viaje puede hacerse interminable.

Además, estoy convencido de que no somos los únicos que se encuentran en una situación similar. Muchas naves estarán dispersas a lo largo del litoral cántabro y, a estas alturas, el legado debe de estar tratando de organizar a todos sus efectivos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Varrón.

—Quiero decir que no estoy seguro de que vuestro superior tenga la capacidad, el interés o la intención de enviar a alguien para recogeros.

Se creó un silencio incómodo. En ese momento se dieron cuenta de que apenas eran doscientos hombres. En una

escala objetiva de prioridades, constituían, desde un punto de vista militar, una fuerza más que prescindible. Seguramente, parte de la flota estaría dañada y, debido al temporal, era muy posible que el legado no quisiera arriesgarse a perder más barcos. Además, no era de esperar que se mostrara dispuesto a ayudarlos: después de todo, estaban allí desobedeciendo sus órdenes. En definitiva, encontrar dos embarcaciones grandes tal vez no fuera una tarea imposible, pero desconocían por completo las circunstancias en las que se encontraba el resto del ejército.

—Iremos hacia el oeste, forzando

marchas y cargando tan solo con lo indispensable —concluyó Quinto—. De esta forma, al menos contaremos con la iniciativa.

—Maldita sea, esta región se encuentra aún sin explorar, y tendremos que atravesar infinidad de bosques y montañas —protestó Licinio Varrón—. Tampoco disponemos de caballería ni de infantería auxiliar, ni de nadie que reconozca el terreno a medida que avanzamos. Podríamos caer fácilmente en una emboscada.

—Conozco bien esta tierra —dijo el turmogo—. Yo puedo guiaros.

Todos observaron al hombre que se

encontraba junto a la puerta de la tienda. Muchos le oían hablar por primera vez, y los romanos desconfiaban de los bárbaros de forma casi instintiva; sin embargo, no les quedaba más alternativa que recurrir a él como guía.

—Pero ¿en qué estáis pensando? — espetó Licinio Varrón—. Este bastardo pretende conducirnos hacia una trampa.

—No hay nada que lo demuestre — protestó Marco.

—Es hispano, como ellos — respondió—. Cuando nuestras cabezas estén clavadas en estacas, sin duda lo celebrará entre risas.

—Su pueblo es enemigo de los

cántabros. Años atrás, Corocuta arrasó su poblado.

—Entonces tal vez esté buscando una oportunidad para vengarse. — Varrón no se mostraba dispuesto a dar un paso atrás.

—¿Cómo? ¿Enfrentándose a él en estas condiciones? —replicó Marco.

Durante un instante, todos guardaron silencio.

—Iremos por tierra, forzando marchas y cargando tan solo con lo indispensable —repitió Quinto, con determinación—. Aquellos que hayan perdido su equipo serán armados como antesignarios y harán las veces de

exploradores, combatiendo a la ligera. Nada de artillería: los escorpiones se quedarán en la nave. Nada de lujos ni de tiendas de campaña: a partir de ahora todos dormiremos al raso.

Las tachuelas de sus cáligas rechinaban rítmicamente sobre el suelo pedregoso a cada paso que daba. El traqueteo producido por la pesada carga que transportaba, unido al constante tintineo de las armas, se confundía con aquel sonido, lo cual componía una demencial cantinela que le había acompañado durante toda la mañana.



Colgando del cuello por el barbuquejo, su yelmo de bronce chocaba contra la cota de malla del pecho y, dentro de su desgastada funda de cuero, el enorme escudo golpeaba machaconamente su espalda. El palo de su *furca* se clavaba sobre su hombro derecho de forma inmisericorde: llevaba dos pilos atados a él, y en su extremo una bolsa con el grano necesario para tres días. Iba acompañada de una manta, una cantimplora con agua, una olla de latón, un zapapico, varias herramientas de hierro y una cadena, junto a todo su instrumental topográfico. Cada soldado debía transportar además una gruesa

estaca de roble para formar la empalizada de su campamento.

El ritmo era constante; nadie podía quedarse atrás.

Durante la instrucción, se habían visto obligados a realizar marchas de veinticuatro millas en tan solo cinco horas. Ahora, avanzando por aquella senda escarpada y desigual, recorrerían el doble de esa distancia en una sola jornada. Marco parpadeó, pues los ojos le escocían a causa de la sal del sudor. Este caía por su frente y formaba un reguero por la espalda que descendía poco a poco y empapaba su túnica de lana. Soplaban viento sur y el sol brillaba

entre las nubes, pero, a pesar de que la temperatura no era demasiado elevada, la humedad del ambiente la hacía insoportable.

—«Alistaos y conoceréis mundo» — jadeó Annio—. ¿Y para qué cojones quiero conocer este maldito estercolero?

Tratando de no perder el aliento, el optión esbozó una mueca que más bien parecía una sonrisa contenida. La infantería ligera se había desplegado para reconocer el terreno. La formaban los auxiliares hispanos y los legionarios supervivientes de la *Justicia*, que se habían visto obligados a abandonar la nave sin sus armas. Ahora, provistos de

un escudo circular, un puñal y varias jabalinas, su dignidad militar había mermado considerablemente. Cuando Annio vio aparecer a Julio Tauro de aquella forma, no pudo contenerse:

—¡Eh, Tauro! ¡Si algún bárbaro te degüella, procura gritar bien alto, para que podamos oírte!

Al escuchar aquel despiadado coro de risas, el aludido bajó la vista con frustración.

—Que os den por el culo a todos —  
masculló.

Tras abrirse paso durante toda la mañana a través de un impenetrable encinar, habían llegado a la cima de una

colina y desde ella pudieron contemplar el puerto natural que formaba la desembocadura del Sauga. A su izquierda, había un pequeño castro que, al parecer, había dado refugio a los escasos habitantes de la zona. Descubrieron que el río no era demasiado caudaloso, pero creaba una amplia marisma que iba ganando profundidad hasta convertirse en una hermosa bahía. En su orilla más próxima, un extenso brazo arenoso cerraba sus aguas al océano, mientras que en la opuesta se encontraban protegidas por un promontorio rocoso en forma de península, cubierto por un

manto oliváceo de vegetación.

—No hay nadie —murmuró Licinio Varrón—. Ninguna nave a la vista. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Quinto remontó el curso del río con la mirada y descubrió que este surgía de un estrecho valle encajonado entre las montañas: no podía ser vadeado, al menos hasta allá donde alcanzaba la vista.

—Solo nos queda una opción: buscar al resto del ejército —dijo Quinto—. Debemos llegar a la Gran Bahía.

—Son tres jornadas a través de territorio hostil, y solo somos tres

centurias —protestó Varrón.

Nadie dijo nada. Una vez más, Quinto tuvo que reprimir sus ganas de estrangularle. Ante aquella situación, el veterano centurión parecía obstinado en señalar una y otra vez las dificultades de sobra conocidas por todos, sin aportar ninguna alternativa, y aquello no hacía más que minar la moral de la tropa. ¿Qué es lo que pretendía? Tal vez menoscabar su autoridad cuestionando continuamente sus decisiones, sin ser consciente de que su actitud podía conducirlos al desastre. Aunque saltaba a la vista que, para él, esa era una perspectiva mucho más atractiva que el

verse sometido a sus órdenes. Esa conducta estúpida e irreflexiva, propia del amante despechado que prefiere ver a su mujer muerta antes que en los brazos de otro, cuadraba muy bien con Cayo Licinio Varrón.

Tuvieron que remontar diez millas el curso del Sauga, pues la marea había aumentado aún más su cauce. A su derecha, la ría permanecía tan cubierta de juncos que parecía un trigal poco antes de la siega y ocultaba un traicionero terreno cenagoso. La brisa venida desde occidente, donde se erguía



una montaña, les traía un penetrante olor a marisma.

Al llegar a un pequeño altozano, Marco encontró reunidos a los tres centuriones, que parecían deliberar sobre algún asunto. Quinto señaló al norte: un par de millas río abajo, en la otra orilla, una débil estela de polvo asomaba entre la densa vegetación.

—Tratarán de cortarnos el paso —concluyó.

—Al parecer, hay un vado a una milla de aquí —dijo Quinto—. Debemos darnos prisa: si ellos llegan antes al otro margen, nos impedirán cruzar.

—¿Y después qué? —inquirió

Licinio Varrón.

La mirada de Quinto recorrió la línea de cumbres que se erguía hacia occidente.

—No podremos marchar de nuevo hacia el norte —concluyó—. Por tanto, ascenderemos por ese cordal hasta llegar a aquel puerto y, una vez allí, avanzaremos hacia el oeste por lo alto del collado.

Como era habitual al atravesar territorio montañoso, el centurión trataba de avanzar por las cumbres, para así controlar visualmente el entorno y evitar el riesgo de emboscadas. Desastres como el de las Horcas

Caudinas o el de Hostilio Mancino en su campaña contra Numancia habían sido una dura lección para las legiones, y de ellas habían aprendido a evitar a toda costa atravesar angostos desfiladeros.

—Los exploradores aseguran que son solo trescientos hombres armados a la ligera —protestó Varrón—. Podríamos aplastarlos fácilmente.

En efecto: seguramente aquello no era más que una pequeña hueste de circunstancia. Pero la cuestión era otra.

—Perderíamos demasiado tiempo —repuso Quinto—. Ahora nuestra prioridad es desplazarnos lo más rápido que podamos. Cada hora que pasa

aumenta el peligro. Además, ¿realmente crees que desean enfrentarse a nosotros?

Licinio Varrón le observó como si acabara de decir una estupidez.

—Si no es así, ¿por qué nos persiguen? —respondió.

—Sé que has combatido en la Galia, pero aquí la guerra es distinta —continuó Quinto—. A los hispanos no les importa eludir la lucha, si les conviene. Si hubieras leído a Polibio o a César...

—Ah, ya lo entiendo: lo has leído. Eso lo explica todo —espetó Varrón. Tras una pausa añadió—: Así es. Durante dieciocho años he combatido en la Galia, Grecia, Iliria y Egipto,

enfrentándome a toda clase de enemigos. Y él también. —Hizo un gesto alusivo a Lucrecio, en lo que parecía un intento de poner al otro centurión de su parte—. Pero ahora resulta que tú sabes más acerca de la guerra porque lees. — Parecía furioso—. Estamos en las manos de un niñoato presuntuoso.

—Sin duda preferirías que estuviéramos en las de algún analfabeto como tú —contestó Quinto con tranquilidad—. Alguien que ha de recurrir a un esclavo para redactar una simple lista de tareas.

Varrón aferró con fuerza la empuñadura de su espada y varios de

sus hombres se congregaron junto a él. Por su parte, Marco y el opción escoltaban a Quinto. Varrón observaba a Lucrecio, sin duda esperando alguna clase de apoyo. Si esto sucedía, la autoridad de su joven adversario se vendría abajo.

El pelirrojo intercambió brevemente una mirada con los otros dos suboficiales. Lo habían trasladado a la segunda cohorte tan solo unos días antes de zarpar y por ello apenas tuvo oportunidad de conocer a los dos hombres que tenía ante sí. No obstante, conocía la reputación de ambos: a Varrón le concedieron una *corona*

*muralis*, y Quinto había sido ascendido. Aquello podía obedecer a un extraño juego en las cartas de recomendación, pero también a que, sencillamente, el más veterano de los dos era el tipo de mando que resulta tan peligroso para el enemigo como para sus propios hombres.

Lucrecio era ya un perro viejo: los años le habían enseñado que apenas existen media docena de perfiles de soldado. Era capaz de reconocer al fanático sediento de gloria cuando lo tenía frente a él. Por un instante, Marco pudo leer claramente en su expresión: aunque no estuviera de acuerdo con

todas las decisiones de Quinto, prefería obedecer sus órdenes antes que dejarse llevar por los desvaríos de un lunático.

—Él es el *pilus prior* —manifestó secamente.

Aquello puso fin a la discusión. De momento.

Licinio Varrón se fue con el rostro enrojecido por la ira. Se sabía capaz de acuchillar a aquel blandengue sin que él pudiera hacer nada por evitarlo, pero siempre iba acompañado de Marco Vitruvio y del opción, su instructor de armas, un gladiador retirado. Había entrenado infinidad de veces con él: su técnica era impecable. No existía ningún



resquicio en ella: había sido pulida con paciencia durante décadas, hasta convertirse en una infranqueable pared de granito sin ninguna clase de fisura.

Muy a su pesar, Licinio Varrón le admiraba. Aunque aquel maldito mensor era distinto. En el campo de entrenamiento era un luchador cuya habilidad fácilmente podía pasar desapercibida. Sin embargo, Varrón sabía bien que, a la hora de la verdad, la supervivencia depende de mucho más que eso: había hombres muy bien dotados para la esgrima cuya concentración se venía abajo en la batalla.

Muchos creen que la lucha con espada no es más que una cuestión de ángulos y distancias, que puede estudiarse racionalmente como si fuera una ciencia. Pero en la guerra todo eso no es más que un fútil intento de construir un orden a partir del caos.

Tras años de práctica, Licinio Varrón podía evaluar la técnica de un luchador y encontrar algún defecto en ella: un hueco en su guardia al atacar, un fallo en la forma de desplazarse. Pero también sabía que lo que de verdad distingue al buen combatiente es una cualidad indefinible: la capacidad de hacer lo correcto en todo momento, de

hacer fácil lo difícil, y eso dependía de su forma de enfrentarse al miedo. Un hombre furioso no teme a nada y es capaz de jugarse el todo por el todo, olvidándose de sí mismo. Por ello, siempre cometerá algún error. Un loco tampoco conoce el miedo; sin embargo, actúa de forma irracional, de modo que no podrá tomar una decisión acertada.

El mensor era distinto. Varrón había conocido a un gladiador que, antes de cada combate, no solo entrenaba en la misma arena del anfiteatro, sino que incluso dormía en él, durante días, hasta que ese lugar le resultaba perfectamente familiar. Hasta convertirlo en su hogar.

Marco se desenvolvía en el campo de batalla como si ese fuera su hogar. Eso hacía de él un luchador excepcional. Y por ese motivo, lo odiaba con todas sus fuerzas.

Para poder sustentar su autoestima, en el pasado Licinio Varrón había tenido que construir en su mente un mundo dividido entre hombres de acción y ratas de biblioteca. Ese antagonismo le permitía explicar la realidad que le rodeaba y convertía sus propias carencias en virtudes, y las virtudes de aquellos que se encontraban por encima de él, en defectos. Sin embargo, Marco constituía una anomalía intolerable en

todo ese orden. Un hombre instruido, que luchaba de una forma endiablada. Alguien que le recordaba continuamente que todo aquello en lo que creía no era más que una mentira.

Cruzaron el río con el agua llegándoles hasta la cintura, antes de que sus enemigos alcanzaran aquel punto. Después iniciaron una dura ascensión a través de una senda que zigzagueaba entre los robledales, en dirección suroeste. Era el único modo de alcanzar el puerto de montaña, pero al mismo tiempo los obligaba a adentrarse aún

más en la cordillera. Al alcanzar un pequeño altozano, Marco oteó hacia el sur con inquietud. A medida que ganaban altura, las suaves montañas cubiertas de bosques iban engullendo al río y se convertían en una escarpada sierra de roca desnuda, tan aserrada como las fauces de un lobo.

Una vez llegaron a la otra vertiente, descubrieron un nuevo valle a sus pies, donde el bosque se convertía en un encinar que, a medida que se precipitaba por la ladera, se difuminaba entre praderíos. Más allá de las montañas que lo cerraban por el norte, se divisaba el promontorio que, recortado por el mar,

cerraba la bahía que habían dejado atrás. Decidieron continuar hacia poniente, siguiendo una línea de cumbres cada vez más escarpadas, cubiertas por un bosque de hayas salpicado de avellanos. Durante todo ese tiempo, tuvieron que aumentar el ritmo en dos ocasiones, tratando de acrecentar la distancia que los separaba de sus enemigos.

Marco tuvo que protegerse con su mano izquierda para evitar que una rama le azotase el rostro. El terreno era cada vez más irregular, a la vez que el sotobosque se volvía más denso y, por ello, el avance se hizo más difícil.

Siendo reclutas, su instructor les había repetido una y otra vez que un ejército ha de ser capaz de vencer gracias a la fuerza de sus piernas, no a la de sus brazos. Y en la Galia, había descubierto que era cierto, pues su capacidad para desplazarse de un punto a otro con rapidez normalmente les otorgaba una enorme ventaja táctica sobre los celtas. Sin embargo, allí todo era distinto: habían acelerado el paso hasta que este casi se había convertido en carrera y, en condiciones normales, aquello habría bastado para dejar atrás a sus perseguidores. Pero, a pesar de todo, aquellos malditos montañeses iban



poco a poco ganándoles terreno.

Cuando parecía que iban a hostigar su retaguardia, Quinto ordenó que un grupo de auxiliares se desplegaran en un punto del camino para que, ocultos entre la espesura, hicieran brillar sus armas bajo el sol, mientras el resto continuaba la marcha. Temiendo una emboscada, los cántabros detuvieron su avance media milla más atrás, desplegándose por un costado para reconocer la zona. Como cabía esperar, al final descubrieron la estratagema del enemigo, pero para entonces los auxiliares romanos corrían a toda prisa para reunirse con el grueso de la columna, que había puesto tierra

de por medio.

Aquello les había permitido ganar algo de tiempo.

Casi anochecía cuando las dos terceras partes de la tropa comenzaron a excavar la fosa del campamento, mientras el resto formaba una línea para protegerlos. Marco supervisó la construcción de aquel diminuto *castellum*, situado sobre un punto elevado del collado; una fortificación de planta circular únicamente dotada de un par de puertas orientadas hacia el norte y el sur. Además de ser un terreno

pedregoso, las ocho horas de marcha les habían pasado factura y por ello el trabajo resultó agotador.

—Al menos, no hay que montar las tiendas —masculló Annio.

Poco antes de que se hiciera de noche, los exploradores regresaron con una veintena de caballos, además de algunos víveres. Habían descubierto una aldea en el valle, solo defendida por una débil empalizada, y tras hacer huir a sus habitantes, lograron aquel exiguo botín. La mayor parte de aquellas bestias eran pequeños y peludos ponis de aspecto tosco, llamados asturcones, que, a causa de su escasa alzada, normalmente no

eran empleados para la guerra. Por el contrario, media docena de ellos eran de una raza algo mayor, conocida como thieldones.

De madrugada, Quinto se dirigió hacia la hoguera de su contubernio. Al no contar con tiendas, los legionarios habían construido un tosco refugio con muretes de piedra y un techo de ramas trenzadas cubiertas de hojarasca, provisto de un humeante hogar en la entrada. A lo largo de la tarde había caído un continuo calabobos que, unido al sudor, acabó empapándolos por completo. Gracias al ejercicio, habían logrado mantenerse en calor, pero ahora,

inmóviles y expuestos al fuerte viento de aquella sierra, todos tiritaban de frío. Tuvieron que desnudarse y extender sus ropas en torno a la hoguera para que se secasen, y al no tener muda, permanecían desnudos, abrigados con gruesos mantos de lana.

Con la barbilla apoyada sobre las rodillas, Marco sentía que sus miembros se calentaban y que unas nuevas punzadas se unían a las rozaduras de sus hombros a medida que sus pies volvían a la vida para manifestar su dolorosa presencia. El centurión se sentó junto al fuego y se aproximó tanto a él que el humo le escoció en los ojos. Solo se oía

el sonido de las ramas al consumirse; el bosque permanecía en completo silencio y aquello era la mejor prueba del peligro que los acechaba.

—Vamos a emplear esos animales para organizar un pequeño contingente de caballería —anunció.

—No están entrenados para un uso militar —repuso el mensur.

—Me temo que así es. Y apenas hay sillas de montar, por lo que más bien serían una fuerza de exploración, antes que de choque. Llegado el caso, deberán combatir a pie.

—Entonces, no parece que sean de mucha utilidad...

Quinto arrojó una nueva rama al fuego. Su rostro cansado evidenciaba una profunda preocupación.

—Ahora mismo nos encontramos ante un serio problema —aseguró—: si un grupo de jinetes enemigos decidiese atacar nuestra retaguardia, los exploradores encargados de llevar la voz de alarma deberán hacerlo a la carrera...

—Por lo que llegarían después que los atacantes.

El centurión asintió satisfecho: su amigo no había perdido los reflejos.

—He decidido que la caballería esté formada por los auxiliares hispanos —

manifestó—. Y quiero que tú los dirijas.

Al alistarse, el mensor había sido instruido en la equitación, pero, al igual que la mayoría de los romanos, no era un jinete especialmente hábil. A pesar de ello, contaba con cierta experiencia en labores de exploración a caballo, pues al ingresar en su unidad su principal obligación había consistido en buscar posibles ubicaciones para la construcción de nuevos campamentos.

Por un momento, tuvo la tentación de objetar algo. Sin embargo, recordó lo que se había dicho sobre su miedo a afrontar responsabilidades.

—¿Puedo elegir a algunos hombres?



—Por supuesto —concedió Quinto—. De hecho, ya contaba con que te acompañarían Annio y el opción.

—Tú también deberías tener gente de confianza a tu lado.

—¿Lo dices por Licinio Varrón? —El joven centurión sonrió—. No te preocupes, ese patán ha quedado en evidencia delante de todos, y mi autoridad se encuentra ahora reforzada. Si de verdad fuera inteligente, habría esperado otra ocasión más propicia. En esas circunstancias, forzar a Tito Lucrecio a posicionarse en mi favor o en mi contra fue una estupidez.

Marco permaneció en silencio

durante unos instantes. Solo se oyó el crepitar del fuego.

—Le provocaste a propósito —dijo al fin—. Con esa alusión a los textos de César.

—Varrón ha crecido en un mundo en el que todos los problemas pueden resolverse a base de golpes y cuchilladas —respondió Quinto con una sonrisa sarcástica—. Yo, desde muy joven, tuve que recurrir a la manipulación.

Su amigo estaba en lo cierto: la mente de Varrón poseía la misma sofisticación que la de un matón de barrio, y frente a él no era más que una

marioneta movida por unos hilos invisibles. Sintió un nuevo escalofrío: esa maldita hoguera se consumía demasiado deprisa. No podían cargar con leña y en aquel desolado lugar solo habían encontrado unas miserables ramas.

—Licinio Varrón no ve necesario considerar la táctica, el terreno, la calidad del armamento, ni tan siquiera cómo administrar la moral de sus hombres —ironizó Quinto—. Para él todo se reduce a una cuestión de huevos. Como es sabido, las gónadas masculinas pueden generar un campo de fuerza capaz de repeler las lanzas enemigas, si

cuentan con el tamaño apropiado, y por ello no hay que pensar en nada más.

Marco tan solo esbozó una sonrisa fatigada.

—No ha sido una lucha por el poder —añadió el centurión, en voz baja—. Créeme, lo he hecho por el bien de todos. Ese palurdo nos habría llevado al desastre.

—A veces te comportas como un político despiadado —le recriminó.

—Gracias, lo intento —repuso él, mientras se levantaba—. Y ya que hablamos de él, creo que deberías ser tú quien se cubriera las espaldas. No se por qué, pero te detesta. Su

resentimiento hacia la gente con cultura es evidente, tanto en mi caso como en el de nuestro querido médico. Pero yo he sido su directo rival por el ascenso y Antígono le dejó en evidencia delante de todos. ¿Qué motivos tiene para odiarte a ti más incluso que a nosotros? Lo ignoro, pero ándate con ojo.

—Se diría que estás celoso.

—Por favor, no me subestimes — contestó antes de irse—. Recuerda que la grandeza de un hombre se mide por la talla de sus enemigos.

# XIV

Se pusieron en marcha poco antes del amanecer. Marco se levantó con la espalda molida a causa de dormir con la cota de malla sobre la roca desnuda. El metal aún permanecía frío, pues la hoguera se había consumido con rapidez y por ello tuvieron que permanecer expuestos al gélido viento noroeste durante el exiguo periodo de sueño que les habían dejado los turnos de guardia, solo cubiertos por el manto. Al menos, se recordó, dada la estación, las escasas horas de luz diurna hacían que las

jornadas de marcha no resultarían tan agotadoras como en verano, aunque entonces rara vez se vieran obligados a desplazarse por montaña.

Utilizó el agua de su cantimplora para lavarse la cara, sucia de barro y hollín. Le hubiera gustado refrescarse más, pero trató de no malgastar su contenido, pues apenas había fuentes en lo alto de aquella sierra. Solo dio un largo trago: tenía lengua tan áspera como el esparto.

Al darse cuenta de que sus compañeros se disponían a rellenar la fosa con la tierra del terraplén, los detuvo:

—Olvidaos de eso. Ahora lo importante es marchar con rapidez.

La columna se había dispuesto ya en doble fila. Descubrieron que Quinto había escogido para ellos tres de los mejores caballos, a los que ya habían ensillado. Annio y el optión, hijos de campesinos y que sabían algo acerca del ganado, se aproximaron para echarles un vistazo. Tras inspeccionar los cuartos traseros de su montura, el veterano refunfuñó algo ininteligible. No obstante, parecía aliviado por no tener que marchar a pie.

—Necesitaréis unas armas para combatir montados —les dijo Quinto—.



Tomad: son *gladius* del modelo antiguo. Formaban parte de la carga de la *Juno*; ya no se fabrican armas como estas.

El centurión les entregó tres espadas de doble filo, dentro de unas fundas de madera reforzadas por un armazón metálico. Habían incorporado aquellas armas al ejército durante el transcurso de la segunda guerra púnica, y no eran muy distintas de las que ahora empleaba su enemigo. Se trataba de una versión hispana de las largas espadas de los galos, ideales para tajar, aunque con una punta mucho más aguzada que la de estos, lo cual las hacía también útiles para la estocada.

Marco desenvainó la suya para sopesarla: la longitud de su hoja era un palmo mayor que la de un *gladius* moderno, y algo más estrecha. El equilibrio era perfecto. La sujetó con firmeza entre sus manos para doblarla hasta formar un arco: cuando la soltó, de inmediato recuperó su forma inicial. Las hojas romanas eran prácticamente de hierro, pero aquellas estaban fabricadas en un buen acero.

Admirando el filo de su nueva adquisición, Annio se mostraba mucho más animado.

El pequeño contingente de caballería cabalgó más allá de la retaguardia, hasta llegar a un pequeño alto para reconocer el terreno que habían dejado atrás. Marco sentía el cansancio en las piernas a causa de la prolongada marcha del día anterior, y al caer la noche sin duda se uniría el clásico dolor en la cara interior de los muslos, pues hacía demasiado tiempo que no montaba a caballo. Al otear la senda, descubrió varios destellos metálicos entre el hayedo.

—Están más cerca —murmuró—. Yo diría que a una milla.

—Han debido de caminar durante la noche —dijo el turmogo.

Se había puesto a su lado nada más subirse a lomos del caballo, y a partir de entonces apenas se había separado de él. Pronto descubrió que no solo su compañía le resultaba agradable, sino que además le servía de intérprete con el resto de los auxiliares. Parecía liderar aquel grupo de turmogos, berones y autrigones, los cuales se dieron cuenta de su escasa experiencia a caballo en cuanto saltó por primera vez sobre él.

Al cambiar de postura sobre la silla, escuchó unas risas ahogadas a su

espalda.

—¿Qué murmuran?

—Dicen que eres el jinete más hábil que jamás han visto.

A partir de entonces, trató de estudiar el comportamiento de aquellos hombres, pues era el mejor modo de comprender a sus enemigos: gente sobria, sufrida y tenaz, capaz de desenvolverse sobre aquellas peñas como cabras monteses. Para muchos jóvenes del norte de Hispania, el ingreso en esas bandas dedicadas a la rapiña y a la actividad del mercenario, como las que lideraba Corocuta, era el único medio de ganarse la vida; sin

embargo, tras la conquista romana, la posibilidad de alistarse en las unidades auxiliares se había convertido en una expectativa igual de atractiva. *Mutatis mutandis*: todo ha de cambiar para permanecer igual.

Para el resto, que marchaba a pie, el día transcurrió de una forma similar al anterior. Los legionarios pusieron a prueba su resistencia, abriéndose paso entre un irregular terreno de roca caliza durante toda la mañana, escoltados por el pequeño grupo de jinetes que deambulaba en torno a ellos. Las

acémilas avanzaban poco a poco a través de aquella sinuosa senda que recorría por lo alto de la cresta, atravesando peñas, brezos y raquíticas hayas, atormentadas a causa de haber crecido expuestas al viento. Una docena de esclavos arrastraban las mulas cargadas hasta los topes.

En aquel momento, una alimaña surgió entre la maleza e hizo encabritarse a un animal de carga, que tropezó con un afloramiento rocoso. El esclavo tiró de las riendas con todas sus fuerzas, tratando de evitar que la mula se despeñase, pero el enorme peso del animal, unido al del fardo, hizo que

ambos rodaran por la pendiente. Al caer, los sacos de trigo se desparramaron entre las rocas cubiertas de matorrales, y el mulero recibió una fuerte coz en el estómago.

Quinto se encontraba en vanguardia cuando oyó los relinchos del animal. Corrió hacia allí, abriéndose paso entre sus hombres.

—Salvad todo lo que podáis —ordenó a gritos al descubrir qué ocurría.

Cargaba con toda su impedimenta, al igual que el resto de sus hombres, y por ello sudaba copiosamente. Descubrió con satisfacción que había pronunciado aquellas palabras sin que se le escapase



un solo jadeo.

Varios legionarios corrieron monte abajo e hicieron un hatillo con sus mantos para tratar de recuperar el grano, aunque la mayor parte de él se había perdido entre las rocas.

—¿Queda algo más de valor? — preguntó el centurión.

—¡No, el animal se ha roto una pata! —respondió uno de ellos.

—¡Entonces subid!

Los tres soldados comenzaron a trepar entre las rocas, dejando atrás al mulero. Con una mano aferrando aún su vientre y el rostro amoratado, este tuvo que reptar entre los brezos hasta

alcanzar de nuevo la senda. Los otros calenos le ayudaron a incorporarse mientras él vomitaba las gachas del desayuno, mezcladas en sangre.

Quinto observó a los otros dos centuriones y, por un instante, creyó ver una sonrisa en el rostro de Varrón; alzó su mano con frustración y a punto estuvo de golpear al mulero, aunque finalmente se contuvo. Presa de la desesperación, observó el talud donde el animal yacía malherido junto a toda su preciada carga desperdigada entre la maleza, antes de centrar de nuevo su atención en la senda que habían dejado atrás.

—No podemos perder más tiempo

—dijo Lucrecio, siguiendo la dirección de su mirada.

Observaron los débiles destellos de las armas de sus enemigos con inquietud: poco a poco, la distancia entre ambos se iba haciendo menor.

—Tienen caballos —murmuró el pelirrojo.

—Aun así, una columna ha de avanzar al ritmo que marcan sus efectivos más lentos —manifestó Quinto.

—Esto es estúpido —protestó Varrón—. Estamos huyendo de una ridícula pandilla de ganaderos.

—No estamos huyendo —repuso

Quinto—. Solo nos dirigimos hacia el lugar donde se encuentra el resto de nuestra unidad.

A pesar de sus continuas protestas, Varrón parecía haberse dado cuenta de que le era imposible cuestionar el liderazgo del joven centurión, aunque asumía sus órdenes a regañadientes.

—Ahora, solo contamos con el grano que cada cual lleva encima —añadió Lucrecio—. Racionándolo, apenas habrá para tres días.

Quinto no pudo más que asentir:

—Lo justo para llegar a nuestro destino.

—Si llegamos —añadió Licinio

## Varrón.

El cordal fue ganando altura hasta convertirse en una escarpada montaña que hacía aún más dura la marcha a caballo, aunque en aquellas cumbres rocosas desprovistas de vegetación resultara más fácil reconocer el terreno. Mientras cabalgaban hacia el oeste, Marco inspeccionó el valle que se extendía a su derecha y que formaba racimos de pequeñas depresiones que confluían hacia el norte. En ellas correteaba el ganado semisalvaje, y ocasionalmente descubrían alguna

granja. Tomaron un breve almuerzo sin detenerse, tan solo redujeron un poco el ritmo de la marcha. Deambulando entre las estrechas sendas que serpenteaban entre las peñas, muchos auxiliares incluso orinaban sobre sus monturas.

Marco descubrió que, a su derecha, otra sierra también ascendía hacia poniente. Ambas estribaciones confluían en un puerto, y a sus pies se extendía un angosto valle vagamente triangular, a lo largo del cual fluía un riachuelo nacido entre las peñas. Entonces el turmogo señaló en una dirección: caía la noche y, recortadas en lo alto de aquella línea de cumbres, había un enjambre de pequeñas

figuras.

Llegaron al galope, para reunirse con el grueso de la columna, en el mismo momento en el que los tres centuriones se disponían a elegir un lugar para el campamento.

—Una partida de doscientos guerreros se encuentra en el otro collado, y se dirige hacia la línea de cumbres que domina el paso hacia el siguiente valle —anunció.

—Lo más probable es que procedan de Noega Ucesia —gruñó Varrón.

Quinto reflexionó durante un instante.

—Eso ahora importa muy poco —

dijo al fin—. La situación es la siguiente: nosotros estamos en un collado, ellos en el otro, y ambos convergen hasta formar una especie de Y, más allá de la cual se encuentra nuestra única vía de escape. Sin duda, tratarán de cerrarnos el paso en la confluencia entre ambos montículos.

—En ese punto parece que hay un promontorio que se puede defender con facilidad —dijo Lucrecio—. Quien llegue antes habrá ganado la partida.

—Y esos montañeses se mueven endiabladamente deprisa —añadió Licinio Varrón—. Una vez allí, solo tendrán que detener nuestra marcha



usando sus proyectiles, a la espera de que la partida que nos pisa los talones caiga sobre nuestras espaldas. Rodeados, no tendremos ninguna posibilidad.

—En general marchan dos hombres por caballo; en caso de combatir, uno de ellos desmonta para hacerlo a pie — aclaró el turmogo—. De esta forma, se desplazan mucho más rápido que la infantería.

—Pero no que la caballería.

—Habla sin rodeos, Marco. —  
Quinto se impacientaba.

—Los de caballería podríamos cabalgar a modo de avanzada, hasta

hacernos fuertes en ese punto —continuó él—. Una vez allí, resistiremos todo el tiempo que podamos. El resto deberá forzar marchas a pie para acudir en nuestra ayuda.

—¿Caballería? Sois solo veinte tipos sobre jamelgos de granja —espetó Licinio Varrón—. La mayoría ni tan siquiera tiene silla de montar.

—Y ellos cuentan con al menos cien caballos —añadió Lucrecio—. Si deciden dejar atrás a una parte de los suyos, para ir un solo hombre por montura, tendréis que luchar en una desproporción de cinco a uno.

—Marco, la tropa está exhausta —le

dijo Quinto, bajando la voz—. Y si no llegamos a tiempo, os encontraréis vendidos.

—¿Se te ocurre alguna otra alternativa?

Un historiador griego había definido a la guerra en Hispania como *topomaquia*: la lucha por el terreno. Ahora, mientras cabalgaba en dirección a aquel puerto de montaña, Marco entendía el porqué.

Se habían puesto en marcha antes del amanecer, avanzando por la vertiente opuesta al valle para evitar que sus enemigos los descubrieran. Los auxiliares hispanos habían dejado atrás

la mayor parte de su carga y cabalgaban velozmente por las estrechas sendas que serpenteaban por aquella pendiente cubierta de rocas. Más adelante, llegaron a lo alto del collado, donde una pantalla de árboles les ocultó hasta que casi se encontraron a mitad del trayecto. A partir de entonces, el camino se transformó en un peligroso descenso por una pedregosa cumbre desprovista por completo de vegetación.

Comenzaba a despuntar el alba y pronto serían visibles.

Marco se giró buscando a sus compañeros, una milla más atrás. Los legionarios marchaban trabajosamente a

un ritmo que por experiencia sabía que resultaba demoledor. Tal vez podrían hacerlo aún más deprisa, pero sin duda Quinto no deseaba que llegaran exhaustos a su objetivo, pues de poco servirían en esas condiciones.

Entonces los vio.

Un nutrido grupo de jinetes, tal vez un centenar, avanzaba por el collado paralelo al suyo, ascendiendo en dirección a la cima.

—Nos han descubierto —dijo el turmogo.

Marco gritó una orden y la veintena de jinetes picó espuelas hasta alcanzar un frenético galope. Cuando los

cántabros los imitaron, la marcha se convirtió en una desenfadada carrera al galope para llegar primero a la confluencia entre ambas sierras.

Su caballo pisó una roca desnuda, húmeda por el rocío. Los cascos cubiertos por suelas de hierro resbalaron y a punto estuvo de caer al suelo. Pudo incorporarse sobre su montura, envidiando la destreza que demostraban los hombres que le acompañaban, los cuales, aun desprovistos de silla, eran capaces de controlar a sus animales mucho mejor que él.

Finalmente, el collado se transformó

en una terraza natural que los condujo hasta su destino. Una vez allí, descubrió que, a pesar de que sus enemigos avanzaban a mayor velocidad, habían descubierto demasiado tarde sus intenciones. Por otra parte, sus estimaciones habían sido acertadas: los dos collados desembocaban en una estrecha elevación escarpada, con tres escalonamientos rocosos que formaba una cima con forma de barco, rodeada de una fuerte pendiente.

Tuvieron que descabalgar para llegar allí, a través de una pequeña rampa que serpenteaba entre las peñas. Marco se sintió aliviado al sentir la

firmeza del suelo bajo sus pies, y se dio cuenta de que su aversión a montar solo obedecía a encontrarse en un entorno fuera de control. Sus hombres ataron los caballos a unos arbustos algo más arriba y se desplegaron formando una línea. Emplearon las rocas como improvisada fortificación.

—Nosotros tres y el turmogo combatiremos aquí, cerrando el único paso —dijo Marco a sus camaradas.

—De nuevo en el puesto más comprometido —masculló Annio.

El mensor inspiró profundamente, preparándose para lo que vendría a continuación. A pesar de las



dificultades, habían llegado a tiempo y el lugar era fácilmente defendible: aquello debería bastar para ganar algo de tiempo hasta que el resto acudiera. Tras ellos, los auxiliares comenzaron a amontonar piedras, para arrojarlas durante la lucha.

En ese momento, los vio ascender por el collado.

Eran casi un centenar de hombres barbudos, con largas cabelleras recogidas mediante cintas. Habían desmontado y se aproximaban a pie, armados con esos escudos circulares de dos pies de diámetro que los hispanos llamaban caetras, además de lanzas,

puñales y espadas similares a la que ahora él mismo blandía. Solo unos pocos utilizaban yelmos, y casi ninguno cota de malla: la única protección con la que eventualmente contaban eran túnicas de lino acolchadas.

Apenas hubo prolegómenos: soportaron la descarga de proyectiles de aquellos bárbaros sin demasiadas complicaciones. A causa del desnivel, el alcance de sus jabalinas era muy reducido. Cinco pies por encima de ellos, los auxiliares respondieron arrojando un aluvión de piedras y dardos que hirió a muchos, aunque no interrumpió su avance.

Cargaron, pronunciando guturales gritos de guerra. Marco descubrió a un adolescente dirigiéndose a él con determinación. No pudo evitar verse reflejado en él, siete años más joven.

Cuando se encontraba a dos pasos, el menor alzó su espada, para que su adversario se cubriera la cabeza. A continuación se dejó caer a la derecha, cambiando el plano del tajo, para que este pasara horizontalmente por debajo del borde inferior de su escudo. Aquello debería haber bastado para abrir una herida en el costado izquierdo del joven y que sus entrañas cayeran de un modo macabro sobre el suelo. Pero en su lugar

se encontró golpeando madera forrada de cuero.

El joven dirigió una estocada hacia su hombro. Dio un paso para esquivarla, al mismo tiempo que lanzaba un nuevo tajo. El arma de su enemigo arañó su malla mientras su propio golpe pasaba dos palmos frente a él. No dejaba de mirarle a los ojos.

Eso no debería estar pasando. Un simple campesino no maneja así un arma. Tampoco entra y sale de distancia: solo se te echa encima hasta que uno de los dos resulta herido.

Tuvo que detener un nuevo tajo con su escudo, cerrando el ángulo superior

con la espada. Al sentir el metal chocando contra metal, temió que la hoja se hubiera mellado, pero tras atacar de nuevo descubrió con satisfacción que el acero no se había resentido.

Sin embargo, aquello tampoco tuvo éxito. Echó un vistazo a ambos lados: por el momento, su línea aguantaba. Decidió utilizar un recurso muy poco ortodoxo. Se precipitó sobre él, escudo contra escudo, arrollándole con su peso hasta propinarle un cabezazo en la cara. El refuerzo frontal de su yelmo partió la nariz del joven y durante unos segundos este permaneció cegado por el dolor.

Marco dio un paso atrás y segó su

pierna adelantada, empleando el *gladius* como una guadaña. Su hoja seccionó el muslo del muchacho hasta tocar el fémur, y al salir produjo un torrente de sangre que tiñó de rojo el suelo. Iba a regresar a la formación cuando intuyó algo en el margen derecho de su visión.

De joven se había entrenado en el pugilato. Durante meses, había repetido una y otra vez el mismo ejercicio: al sentir el puño del instructor golpeando su mano izquierda alzada junto a la sien, él debía intentar un directo al rostro. Eso hacía que, en un combate, su primera reacción al sentir un golpe en la cara fuera lanzar un puñetazo, buscando el

previsible hueco en la guardia del contrario.

Aquello le salvó la vida.

Cuando una espada hendió su yelmo y perforó la lámina de bronce hasta alojarse en el revestimiento de fieltro del interior, instintivamente acuchilló en su dirección.

La punta de su arma atravesó la garganta del cántabro, que se detuvo en seco, hasta partir las vértebras del cuello. Aturdido, vio a un hombre caer de espaldas con la cabeza oscilando en una postura imposible, como un muñeco roto.

De nuevo, aquello no debería estar

pasando. Normalmente, un campesino no ve más allá de lo que tiene frente a él. Solo alguien entrenado a conciencia en el combate de línea puede ser consciente de que un adversario situado un puesto a su derecha se ha adelantado y ha dejado al descubierto el costado.

A partir de entonces, intentó no subestimar a su enemigo. Mató a otro más, antes de descubrir que estaban siendo rodeados. A esas alturas, sangraba copiosamente por la frente y sentía fuertes mareos, unidos a una intensa náusea. Dio tres pasos atrás, tratando de mantener aquel anárquico frente de batalla hasta que una fuerte



punzada en el pecho le hizo caer de espaldas.

Desde el suelo, vio a un hombre sobre él, armado con una lanza, dispuesto a ensartarlo. Aquello era el fin, no podía hacer nada. Sintió rabia y desesperación.

Entonces, una espada apareció de la nada y atravesó el pecho del enemigo de parte a parte: era el turmogo. El hispano se interpuso entre él y sus rivales, y el opción también acudió en su ayuda. En ese mismo instante, oyó un griterío a su derecha: las tres centurias cargaban como una manada de lobos.

Poco después, Quinto le ayudó a incorporarse, mientras los legionarios perseguían a los asaltantes collado abajo. Tras ponerse en pie, tosió entrecortadamente y, observando el reverso de la mano, descubrió que su saliva estaba teñida de rojo.

—Buen trabajo —le dijo el centurión.

Habían llegado antes de lo esperado. Al mirar a su amigo a los ojos descubrió que había forzado a sus hombres hasta el límite de su resistencia.

Asintió, y, aún jadeando, inspeccionó el lugar. Casi era un milagro, pero Annio y el opción

permanecían en pie. De sus heridas manaba sangre, al igual que de las del turmogo. Media docena de auxiliares celebraba eufóricamente la victoria, pero el joven Úrbico yacía sin vida sobre las rocas, junto con el resto de sus compañeros.

Fuera como fuera, él no dejaba de darle vueltas a lo mismo. Su primer ataque había sido real: aquel joven lo había visto en sus ojos, en la posición de su cuerpo. Normalmente, eso bastaba para que el adversario alzara la defensa, aunque supiera que podía ser una finta. Sencillamente, no puedes evitarlo: instintivamente, proteges tu cabeza. A no

ser que puedas mantener la sangre bien fría y la vista centrada en todo el combate en conjunto, y solo alguien bien entrenado es capaz de hacerlo.

Marco era *armaturæ duplares*. Había pasado quince años de su vida practicando a diario con la espada; era muy bueno, y lo sabía. También era consciente de que ningún combate está totalmente exento de peligro: los proyectiles matan a todos los hombres por igual, sin distinguir su habilidad con las armas, y en el caos de la batalla una estocada puede venir desde casi cualquier sitio. Y hasta el más experimentado luchador puede tropezar

en un terreno irregular y morir a manos de un completo inepto.

Pero un combate como aquel, cuerpo a cuerpo, en el que contaban con la ventaja del terreno y frente a unos simples ganaderos, debería haber sido mucho más fácil.

Ahora tenía el yelmo hendido por la mitad y dos desgarrones en su cota de malla, bajo los cuales pronto aparecerían unos feos hematomas cuyo color variaría entre el rojo, el morado y el amarillo. Solo gracias a que su armamento era mejor había logrado sobrevivir, y eso no debería pasar en condiciones normales.

Al intercambiar una mirada con sus compañeros de armas, descubrió que ambos pensaban lo mismo.

γ

Pasaron la noche en el lugar de la escaramuza, como si quisieran regodearse con su triunfo, aunque lo cierto era que ya no podían dar un paso más. A modo de fortificación, Marco decidió levantar un par de muros. Amontonaron piedras y cadáveres en los únicos accesos del collado, al considerar que el resto de aquel

escarpado      aterrazamiento      estaría  
suficientemente      protegido      por      el  
desnivel.

Libre de nubes, el cielo se encontraba salpicado de estrellas. Un par de millas más abajo, las dos partidas sumaban casi seiscientos guerreros y, poco a poco, se iban congregando más, llegados de todas partes.

La comida comenzaba a escasear y se habían visto obligados a racionarla. Como temían caer en una emboscada, habían decidido no separarse demasiado del resto para forrajear; dada la estación, no hallaron frutos en el bosque,

por lo que el contubernio tuvo que recoger algunas ortigas para preparar una sopa.

—No está mal —murmuró Niñato—. Sabe a espinacas.

—Espera un tiempo y luego me cuentas —masculló Annio—. Lo malo no es comer ortigas durante días. Lo malo es comer solo ortigas durante días.

Tras apoyar un par de troncos sobre una peña y habían construido un armazón de ramas entre ambos, amontonando hierba, musgo y hojarasca hasta formar una tosca techumbre a un agua. Sentado junto a la hoguera, el médico cosía la herida de la cabeza de Marco.



—Has tenido suerte: la espada chocó en el refuerzo frontal del casco — dijo Antígono—. Un par de dedos más arriba y te hubiera abierto la cabeza.

—Cuando te hieren, los médicos siempre dicen que has tenido suerte, que podría haber sido peor —murmuró él.

—Supongo que el día que dejes de oírlo estarás muerto. Asintió, abstraído. Su mente le decía que debía sentirse contento por cómo había transcurrido el día, pero lo cierto es que solo sentía cansancio.

—¿Cómo está el resto? —preguntó.

—En general, mal.

—Por favor, no me abrumes con

toda esa sofisticada jerga médica.

Antígono suspiró. No quería preocuparle más.

—Seis fracturas leves y una docena de contusiones. Cuatro heridas de arma blanca que en principio evolucionan de forma favorable. Todos parecen extenuados y buena parte de ellos sufren de «pie de soldado», debido a la caminata. Supongo que, con el tiempo, los casos se multiplicarán.

El médico recogió su instrumental dentro del botiquín y se incorporó, dispuesto a continuar con su ronda. Al sentir la mirada de Marco todavía fija en él, se vio obligado a añadir:

—Once muertos y tres heridos graves, que mañana habrá que abandonar aquí, si queremos continuar con la marcha.

El mensor tomó sus útiles de escritura y la pequeña tabla que usaba de escritorio. Al escrutar el cielo, pudo encontrar la cola de la Osa Menor, para descubrir la pálida luz de la Estrella Polar. Una vez establecido el norte, comenzó a dibujar los accidentes del terreno que tenía a la vista, tratando de completar los mapas que le habían entregado.

# XV

Avanzaron por el cordal en dirección oeste, dejando a su izquierda un profundo valle, más allá del cual se erguía un escarpado macizo rocoso salpicado de manchas de un verde pardo. Esta vez la infantería auxiliar cerraba la marcha, para evitar que la retaguardia de su columna sufriera nuevos ataques. Tras avanzar durante un par de millas, descubrieron una nueva bifurcación en la línea de cerros: un cordal continuaba hacia occidente, mientras que el otro se dirigía al norte, a

lo largo de una sucesión de cumbres cubiertas de prados y robledales que, poco a poco, se transformaban en suaves colinas. Más allá de ellas, en el noroeste, pudieron contemplar una enorme bahía.

—Tenemos nuestro objetivo a la vista —dijo Quinto.

—Podríamos ir hacia el norte, para avanzar por el litoral, donde el terreno es más llano —sugirió Varrón.

Aquella parecía la opción más sensata.

—Según nuestros mapas, la comarca que se extiende entre esa ensenada y la que dejamos atrás tiene forma de cabo, y

está situada entre dos ríos, el Sauga y el Magrada, que son difícilmente vadeables hacia su desembocadura — contestó Marco—. Se trata de una especie de bolsa. Si nos dirigimos hacia allí, acabarán arrinconándonos.

Quinto era consciente de que cada día que transcurría su enemigo se hacía más fuerte.

—Entonces no hay elección —dijo—. Debemos continuar hacia el oeste.

Lo hicieron a toda prisa, tratando de evitar las hondonadas y robledales que cubrían la mayor parte de aquella boscosa tierra. El enemigo les pisaba los talones y hubo un par de

escaramuzas sin importancia, que se saldaron con simples intercambios de proyectiles: sus perseguidores se sabían inferiores en un choque frontal y sin duda preferían aguardar a tener unas circunstancias más favorables. Mientras tanto, la otra partida se separó para avanzar paralelamente y les impidió seguir hacia septentrión. Marco no dudó ni por un instante que su intención era cortarles el paso en algún otro punto, y maldijo en voz baja. Sus mapas resultaban muy vagos y se ceñían a la zona costera, mientras que aquellos bárbaros parecían conocer hasta la última piedra de su tierra.

Una vez más dispuso mentalmente a todas las fuerzas implicadas en aquella interminable guerra de posiciones, como si fueran las fichas de una partida de *petteia*. Pero era un juego en el que, esta vez, su adversario podía mover las piezas dos veces por cada turno.

Algo le preocupaba especialmente. Durante su adolescencia, Vitruvio se había convertido en su preceptor militar. De inmediato se sintió atraído por esa materia, y por ello aún recordaba sus palabras en una calurosa mañana en el Campo de Marte.

El *Campus Martius* era una llanura que se extendía al norte de la ciudad,



más allá de las murallas Servianas, entre la vía Flaminia y una amplia curva que forma el cauce del Tíber. Desde allí se podían contemplar las colinas del Capitolio y el Quirinal, cuyo desnivel fue aprovechado por los primeros habitantes de Roma para erigir las murallas que formarían su recinto sagrado. Lentamente absorbido por la urbe, Pompeyo había hecho edificar allí su teatro, adosado a un enorme jardín rodeado por un pórtico, en cuya curia Julio César fue asesinado. En aquella explanada también tenían lugar las asambleas de ciudadanos y era donde los jóvenes realizaban sus habituales

ejercicios militares.

Vitruvio y él se habían sentado bajo la sombra de un olivo próximo a la orilla, para almorzar algo de queso mientras ojeaban uno de los libros que habían traído consigo. Apretaba el calor. Un grupo de adolescentes se habían desnudado para bañarse, aunque para Marco la clase no había hecho más que empezar.

—Cannas —murmuró el arquitecto—. La mayor derrota sufrida por Roma. La batalla perfecta, fruto del genio de Aníbal. Explícame lo que pasó.

El muchacho carraspeó antes de comenzar.

—En una inferioridad numérica de dos a uno, Aníbal había dispuesto a su infantería de galos e hispanos de forma alterna para crear una línea convexa, reforzada en sus extremos por las falanges africanas. En el ala izquierda, próxima al río Aufidius, Asdrúbal dirigía el grueso de su caballería pesada, mientras que en la derecha se encontraban los jinetes nómadas de Maharbal.

Troceó una rama seca para dibujar aquella disposición en el suelo.

—Nuestro ejército estaba compuesto por ochenta mil infantes, entre romanos y aliados, en una formación muy

profunda: su objetivo era romper la línea púnica por la mitad. Frente a Asdrúbal, el cónsul Lucio Emilio Paulo dirigía a mil seiscientos jinetes. Ante Maharbal, Cayo Terencio Varrón comandaba la caballería de cuatro mil ochocientos aliados.

—Pero esa disposición fue un error.

Tras morder un pedazo de queso, el joven asintió.

—Superado cuatro veces en número, Paulo no pudo resistir la carga de los bárbaros. La línea convexa de los cartagineses hizo que el avance de las legiones se ralentizara, lo cual dio tiempo a que, una vez desbandada el ala

izquierda romana, Asdrúbal recorriera al galope nuestra retaguardia, para sorprender por la espalda a la caballería aliada, que, al verse rodeada, emprendió la fuga. Por su parte, las legiones no pudieron romper la formación cartaginesa, que fue volviéndose cóncava a medida que avanzaban, y eso hizo que fueran embolsados. Los lanceros africanos hicieron de tenaza y los jinetes de Asdrúbal completaron el cerco. Apiñados, y sin espacio para maniobrar, los legionarios fueron cayendo uno tras otro. La derrota fue absoluta: murieron más de cincuenta mil hombres.

—¿Qué hubieras hecho tú?

—Resulta casi imposible corregir una mala disposición de partida —respondió Marco con cautela—. La caballería de Paulo era incapaz de enfrentarse a la enemiga y los jinetes nómadas solo fueron un señuelo: armados a la ligera, se limitaron a hostigar a nuestros aliados. Por su parte, Aníbal demostró una confianza ciega en galos e hispanos: si el centro de su formación se hubiera roto en lugar de retroceder en orden, nada le habría salvado del desastre.

—Así pues, ¿crees que el desenlace fue inevitable?

—No. Cuando Terencio Varrón vio que la caballería de Paulo se disgregaba ante la presión de Asdrúbal, tendría que haber detenido a las legiones, para evitar que fueran rodeadas.

—¿«Disgregar»? —contestó Vitruvio—. Paulo solo pudo ver a seis mil bastardos a caballo tratando de aplastarlos. En una carga de caballería, la tierra tiembla bajo tus pies y forma una nube de polvo que, arrastrada por el viento, a ellos les llegaba de frente, lo cual les impedía ver más allá de cien pasos. Y a dos millas de distancia, separado por una muchedumbre de cien mil hombres en combate, Terencio

Varrón no supo lo que ocurría hasta que tuvo a los bárbaros a su espalda. En realidad, solo podemos hacernos una idea de lo que pasó tras contrastar los testimonios de docenas de supervivientes.

Sometido al escrutinio de su maestro, Marco sentía que un repentino rubor le abrasaba el rostro.

—La clave de la estrategia militar reside en descubrir lo que se oculta tras cada colina —concluyó Vitruvio, señalando las líneas que había trazado en el suelo—. Resulta imposible comprender las decisiones de César o Alejandro dibujando un mapa con la



disposición de sus ejércitos, como si ambos hubiesen contemplado el transcurso de cada batalla a vista de pájaro. Eso únicamente pasa en los libros de historia. En la guerra, solo sabrás una pequeña fracción de lo que ocurre y por eso deberás moverte a tientas. En la guerra, nadie tiene el control absoluto sobre lo que sucede, pues nadie ve todas las fichas dispuestas en el tablero. Por eso, antes de tomar cualquier decisión, deberás pensar en qué es lo que no sabes; es decir, en lo que se oculta tras cada colina.

Y ahora Marco tenía la desagradable sensación de que había algo importante

que desconocían.

γ

A su izquierda encontraron un nuevo macizo de roca desnuda, en cuyas últimas estribaciones se erguían un par de cumbres idénticas, como los pechos de una mujer. De un angosto valle a sus pies, surgía el Magrada en dirección al mar. Próximas al río, las vegas se iban poblando de granjas y diminutas aldeas, invariablemente vacías, y solo en ocasiones lograban encontrar alguna res perdida, a la que intentaron abatir para

procurarse algo de carne.

El bosque se tornaba más disperso a medida que el terreno se allanaba y la mano del hombre se hacía cada vez más patente. Aquella agreste extensión de praderíos disminuía el riesgo de emboscadas, pero aun así permanecían alertas, a pesar de que el cansancio hacía mella en su ánimo. El barro seco volvía aún más ásperos los calcetines de lana de los soldados, y diminutas piedras se introducían en sus botas abiertas, lo cual creaba una continua abrasión que les encallecía las suelas de los pies.

Pasaron junto a una peña cubierta de

encinas en cuyo extremo encontraron un pequeño recinto amurallado, donde se habían refugiado parte de los lugareños. A pesar de que la población de aquella tierra era escasa, daba la impresión de que la mayor parte de los hombres en edad de empuñar las armas aún se encontraba en el sur.

Tras una interminable jornada, se toparon con una montaña. Se trataba de un cordal de unas cinco millas de longitud coronado por tres crestas; una imponente muralla natural que les cerraba el paso hacia el sur de la bahía. En el este, había una última estribación en forma de un solitario promontorio de

forma cónica, completamente cubierto de encinas.

—Adelantaos al resto de la columna y explorad la vertiente sur de la sierra —dijo Quinto—. Nosotros montaremos el campamento en ese altozano.

Las últimas estribaciones de la cordillera morían a los pies de la aislada sierra y creaban entre ambos un pequeño valle orientado hacia el suroeste. Las rocas que cubrían su falda estaban teñidas de ocre, lo que delataba la presencia de hierro. Habían abierto una cantera para extraerlo: un diminuto paisaje volcánico de rocas afiladas apuntaba hacia el cielo, en contraste con

el verdor que las rodeaba. Varias estelas de humo delataron un castro situado en la cresta central de la elevación, al parecer guarneciendo aquella explotación minera. En el valle, descubrieron un desordenado campamento de campaña y, frente a él, un contingente de caballería: cincuenta, tal vez más, aproximadamente a una milla de distancia.

—Esto no es una simple partida de campesinos: es un pequeño ejército —dijo Annio, oteando en su dirección—. Llevan un estandarte, un lienzo rojo con un símbolo cruciforme.

—¿Quiénes son y de dónde han

salido? —se preguntó Marco en voz alta.

Por un instante, todos callaron. Solo el turmogo fue capaz de contestar:

—Es Corocuta.

Marco trató de asumir la trascendencia de aquel encuentro: su mayor enemigo se encontraba ahora frente a ellos. Entonces una partida de bárbaros que cabalgaban hacia donde se encontraban interrumpió sus lúgubres pensamientos.

—Mierda —gruñó el opción.

Giraron en redondo para salir al galope, siguiendo la misma senda por donde habían venido. Tras todo un día

de marcha, sus caballos estaban agotados, y por ello sus perseguidores pronto pudieron reducir la distancia que los separaba.

—¡Hay que llegar al campamento!  
—gritó Marco.

Un nuevo contingente de caballería descendió por una senda de la montaña, tratando de cortarles el paso hacia el este. Picaron espuelas para forzar aún más a sus monturas, pero el terreno era irregular, y si alguno de los animales se rompía una pata, se verían obligados a dejar a alguien atrás. Una vez más, la muerte era una simple cuestión de azar.

Lograron rebasar a los jinetes que



galopaban a su izquierda, antes de que estos pudieran interponerse en su camino. Estaban cerca, pero afortunadamente el desnivel era considerable y el terreno rocoso dificultaba su marcha. Cuando llegaron al llano, se reunieron con el resto de la caballería cántabra, trescientos pasos atrás. Ahora eran unos ochenta.

Se encontraban a un centenar de pasos cuando su campamento apareció entre la espesura. Marco estudió su disposición de forma instintiva y no pudo más que asentir: Quinto había hecho un buen trabajo. Ascendieron trabajosamente por la colina en

dirección a la cumbre, mientras sus compañeros abandonaban el recinto para desplegarse frente a una de las puertas.

En ese momento, la montura de Annio se desplomó sobre la hierba. Quedó atrapado bajo su peso. Al verlo, el opción descabalgó para tratar de ayudarlo, al igual que Marco, que detuvo el paso.

Los cántabros se encontraban a cincuenta pasos.

La bestia moribunda respiraba con dificultad y una película de espuma cubría su oscuro pelaje. El veterano tiró de las riendas apelando a todas sus

fuerzas y el bocado se clavó cruelmente en el paladar del animal hasta obligarlo a rodar sobre sí mismo. Entonces Marco pudo sacar a rastras a su amigo y liberar su pierna aprisionada. Tras ello, se apresuraron a montar de nuevo. Annio cojeaba, pero pudo saltar sobre la grupa del caballo del opción instantes antes de que las jabalinas comenzaran a caer.

Picando espuelas, forzaron a los exhaustos animales hasta los márgenes de su resistencia y les hicieron trepar por la pendiente. Podían escuchar las ásperas voces de los bárbaros a sus espaldas, mientras los proyectiles llovían a su alrededor. Al final lograron

reunirse con los legionarios que habían formado en la cumbre. Al girarse, descubrió que sus enemigos se retiraban.

Saltó al suelo, jadeando, y observó a sus hombres: habían reventado a sus monturas, pero todos estaban a salvo.

Consumido por el cansancio, Marco escuchaba la conversación que tenía lugar frente a él.

Debido a la escasez de víveres, habían dejado de alimentar a los caballos con grano y, aunque en aquella tierra afortunadamente no les faltaba la hierba, eso significaba perder varias

horas al día pastando. Y ahora el tiempo era más que valioso. Además, la mayor parte de ellos eran asturcones, animales que, pese a demostrar una gran resistencia para su escaso tamaño, habían llevado hasta el límite de sus fuerzas. En definitiva, sus monturas no eran de raza, carecían de entrenamiento militar, estaban exhaustas y mal alimentadas. Sin oportunidad de otorgarles nitan siquiera un miserable descanso, en cualquier momento podían desfallecer: se habían quedado virtualmente sin caballería.

Sin embargo, había otros problemas aún mayores.

Tenían a su objetivo casi al alcance de la vista. Sabían que Fanio Cepión había planeado desembarcar en el margen occidental de aquel enorme puerto natural, pero para llegar hasta allí antes debían sortear la alargada sierra que cerraba la bahía por el sur. Y ellos habían acampado más allá de su extremo este. Por tanto, solo quedaban dos caminos posibles. Entre la falda norte del promontorio y las marismas había una estrecha franja de tierra firme por la que tal vez podrían rodear la ensenada. Y en la vertiente sur, un pequeño valle creaba una vía mucho más transitable próxima a las minas de hierro, que

posiblemente se bifurcaría hacia el norte, aunque allí los aguardaba un ejército de casi trescientos guerreros.

Ahora, sentados en torno a una hoguera, los tres centuriones evaluaban todas las opciones a su alcance. Era casi medianoche. Las nubes habían logrado ahogar el brillo de la luna, que había quedado reducida a una difusa aureola de luz sobre sus cabezas.

—O bien rodeamos esa montaña por el sur, la opción que parece más complicada, o bien lo hacemos por el norte —expuso Quinto—. En cualquier caso, los guerreros del castro pueden salir a nuestro encuentro descendiendo

por una vertiente u otra.

—Por el norte habría que atravesar un estrecho paso entre la montaña y las marismas —dijo Marco.

—Esto se parece demasiado a Trasimeno —gruñó Lucrecio.

A su llegada a Italia, Aníbal había sido perseguido por dos legiones comandadas por el cónsul Cayo Flamínio Nepote. El genial estratega cartaginés solo tuvo que disponer a sus tropas en la falda de una montaña próxima al lago Trasimeno y aguardar a que su enemigo se adentrara por el paso: atacado desde lo alto y de espaldas a la orilla, todo un ejército consular fue



masacrado.

—Pero se trata del camino más corto —intervino Licinio Varrón—. Está claro que han cometido un error: aunque los guerreros del castro se sitúen allí, no serán suficientes para cortarnos el paso.

—¿Tú que opinas, Marco? —preguntó Quinto.

El mensor recreó mentalmente todas las acciones y los movimientos de su enemigo a lo largo de los últimos días, buscando alguna clase de patrón. Su padre adoptivo le había repetido infinidad de veces que, por encima de todo, en la guerra es preciso conocer a tu enemigo: solo comprendiendo su

forma de pensar es posible adelantarse a sus intenciones. Por ese motivo, siempre se había esforzado en aprender la lengua y las costumbres de los bárbaros a los que se había enfrentado; ahora, de la decisión que tomaran dependería su vida y la de sus compañeros.

¿Qué sabía de esa gente? En realidad muy poco, apenas nada, pero había algo que resultaba evidente: «No dejes que lo complejo ahogue lo simple».

—Es una trampa —aseguró—. Nuestro enemigo es un pueblo ganadero que se entrena para la guerra mediante la caza. Ahora mismo están empleando la

misma estrategia que al hacer una batida en el bosque: cortan todos los caminos posibles a su presa y le dejan una única vía de escape...

—Que es donde se apostarán para matarla —concluyó Quinto.

—Sabemos que una partida nos pisa los talones, pero... ¿dónde está la otra, la que avanzaba por el norte? —añadió Lucrecio—. Es posible que nos hayan dejado esa tentadora vía de escape solo para organizar una emboscada allí. Si ahora están desplegados en la falda norte de la montaña y nos obligan a luchar de espaldas a la bahía, no tendremos ninguna posibilidad.

—O tal vez han supuesto que pensaríamos justo eso y, por tanto, nos aguardan en el valle junto con los demás —señaló Lúculo.

—Y así podríamos seguir eternamente —reconoció Quinto—. Lo cierto es que no pueden cerrarnos las dos vías a la vez.

—Os recuerdo que una tercera fuerza nos sigue: no podemos dar marcha atrás ni perder más tiempo —dijo Varrón—. Hay que tomar una decisión ahora.

—Una apuesta al todo o nada —murmuró Lucrecio.

—¿En qué piensas, Marco? —

preguntó Quinto—. ¿Permanecerá nuestra legión acampada en la bahía o se habrá desplazado a algún otro lugar?

Era una buena pregunta.

—Es posible que nos dejen ese paso libre porque, sencillamente, no encontraremos a nadie tras él — reconoció Lucrecio.

El mensajero desenrolló uno de los mapas frente a los suboficiales.

—Tratemos de usar la lógica — propuso—. Como sabéis, ahora mismo Cayo Antistio intenta avanzar desde el sur de Cantabria remontando el curso del río Pisoro, pero lo han detenido. Previsiblemente, el desembarco de

nuestra legión esté haciendo que buena parte de los enemigos que se encuentran allí se desplacen hacia el norte. Eso debería bastar para que Antistio pueda conquistar algunas ciudades como Amaya o Vellica, y así acceder hasta el corazón de Cantabria, un amplio valle donde nace el Íber.

—Una vez allí, intentará atravesar la cordillera avanzando por lo alto de esta sierra para acceder a la zona de costa —consideró Lucrecio.

—Ese paso está cerrado por un castro llamado Aracillum —señaló Marco—. Los cántabros se harán fuertes allí.

—Entonces, Antistio intentará tomarlo al asalto —concluyó Quinto—. Presumiblemente, la IX Legión deberá apoyarle, para atrapar a los defensores entre dos frentes. Por tanto, debemos asumir que, una vez desembarcada en la Gran Bahía, nuestra unidad se habrá desplazado hacia el sur, en dirección a esa sierra.

—Todo esto no es más que pura especulación —gruñó Licinio Varrón.

—Aunque logremos atravesar el paso que se extiende entre la montaña y la marisma, si Cepión se ha ido, nuestros enemigos nos arrinconarán contra el mar —dijo el mensor—. Sin

embargo, si la rodeamos por el sur, tendremos la opción de ir en su busca.

Durante unos instantes, todos permanecieron en silencio.

—Me corrijo: esto va a ser una triple apuesta a todo o nada —masculló Lucrecio—. Solo tenemos una posibilidad entre ocho de acertar.

—Pero no todas las opciones son fatales —razonó Marco—: supongamos que efectivamente esa fuerza nos está aguardando, que lo hace en el valle y que Fanio Cepión se ha marchado..., en ese caso estaríamos jodidos. Sin embargo, también es posible que los guerreros que avanzaban por el norte



ahora se encuentren en algún otro lugar y que nuestra legión no haya levantado el campamento desde que desembarcó hace tres días.

—Creo que deberíamos dar por buena la opción más desfavorable —consideró Quinto—. A partir de ahí cualquier cosa que ocurra será para bien.

—¿Y por dónde avanzamos? —preguntó Varrón.

—Por el valle —respondió—. Mañana intentaremos cruzar las minas de hierro y reconoceremos la zona. Si Cepión sigue en el punto de desembarco, estaremos salvados. Si no es así,

tendremos que continuar hacia el sur.

—Somos doscientos hombres —  
sentenció Tito Lucrecio—. Ellos son  
casi el doble, pero les superamos en  
armamento, táctica y disciplina. Ahora  
mismo, son lo único que se interpone  
entre nosotros y nuestra salvación:  
debemos comérmolos crudos, si fuera  
necesario.

La noche transcurrió en silencio, lo que  
solía ser el prelude de la batalla. A  
pesar de la fatiga, Marco era incapaz de  
pegar ojo, así que se ofreció a sustituir a  
Annio en el primer turno de guardia y

recorrió el perímetro defensivo que horas antes habían construido. El viento norte soplaba con fuerza y la proximidad del mar se hacía evidente. Al inspeccionar la empalizada, descubrió a una solitaria figura sentada sobre una roca, casi oculta en la oscuridad. Sin dejar de observar el valle que tenían frente a ellos, el turmogo afilaba sus armas en silencio.

—¿En qué piensas? —le preguntó, sentándose a su lado. El hispano hizo un leve gesto en dirección al campamento enemigo.

—Él está ahí —respondió—. He aguardado seis años, esperando a que

llegase este día.

—Intentarás matarle.

—Sí, pero antes tendré que abrirme paso entre ellos. —Su voz parecía impregnada de una determinación suicida.

—¿Su guardia personal?

—Sus *devoti*, sus hombres lobo — aclaró—. Han jurado defenderlo hasta la muerte.

Marco parpadeó, desconcertado. Los galos eran gente extraña, pero su proverbial elocuencia y su carácter jactancioso hacían que resultara fácil comprenderlos. Sin embargo, el lacónico temperamento de los habitantes

de la Hispania aún no romanizada los convertía en un pequeño enigma.

—Al hablar de vuestra patria, los romanos os referís a la República, un ser intangible fruto de una conciencia colectiva —le explicó—. Nosotros solo reconocemos la autoridad de los hombres.

—Para ellos Corocuta es un héroe —dijo Marco.

El turmogo asintió.

—Todos necesitamos héroes. Alguien a quién emular.

—Esa guardia personal es una especie de clientela.

—Sí, pero su vínculo con él es

sagrado. Y cuanto mayor sea el prestigio de un hombre, tanto más numerosa será. Sertorio contó con miles de *devoti*; mi abuelo fue uno de ellos.

Quinto Sertorio había sido uno de los generales de Cayo Mario, que, al ser proscrito por el dictador Sila, se había visto obligado a huir a Hispania, donde se convirtió en el líder de la resistencia frente a los optimates. Gracias a una política de tolerancia y respeto, se ganó la adhesión de los indígenas: se decía que acostumbraba a mostrarse ante ellos acompañado de una cierva blanca, que al parecer le transmitía los mandatos de la diosa Diana. Finalmente, tuvo que ser

Pompeyo el Grande quien, dotado de poderes proconsulares extraordinarios y al mando de un ejército de más de cincuenta mil hombres, aplastara su rebelión.

—Pero los héroes no existen — señaló Marco—. Sertorio no luchó por la libertad de tu gente, solo fue otro ambicioso político que los utilizó en su provecho.

—No lo entiendes —replicó el guía—. No importa lo que fuera Sertorio, lo importante es lo que hacía que esa gente muriera por él. Un hombre por sí mismo no es más que carne y huesos, algo que se corrompe con el tiempo; un héroe,

por el contrario, es lo que los demás hacen de él. La encarnación de un ideal.

—Inconscientemente, sus seguidores falsean la realidad. —Porque desean creer. Del mismo modo que un esposo desea creer que la mujer a la que ama es pura además de hermosa, aunque todos le digan lo contrario.

Como no disponían de escritura, la memoria de aquellos bárbaros no alcanzaba más allá de tres generaciones, a partir de lo cual la tradición oral hacía que la verdad se volviera difusa, a medida que se remontaba hacia atrás en el tiempo. La suya era una realidad cambiante, maleada a través de



incontables generaciones, pues el ser humano no acostumbra a distinguir entre lo que es y lo que desea. La historia romana no constituía, ni mucho menos, un reflejo fiel de la verdad, pero al estar escrita permanecería inmutable durante siglos.

Sabiendo de antemano lo que aquel hombre le iba a decir, Marco formuló una velada pregunta:

—Pero tú esperas acabar con Corocuta.

—Voy a la caza de un héroe, y eso es distinto —contestó el turmogo—. No solo deseo matar al hombre que arrasó mi poblado y esclavizó a mi gente, sino

que también quiero destruir su leyenda. Solo entonces, cuando su nombre deje de estar en boca de todos, le habré aniquilado por completo.

# XVI

El magro desayuno pesaba en su estómago como si aquella mañana hubiera ingerido plomo fundido. Su corazón martilleaba con fuerza en el pecho, marcando el ritmo de su montura, mientras que, con el yelmo en la mano, se aproximaba a los músicos que hacían sonar las tubas. Quinto lo aferró con fuerza, para evitar que su mano temblara. Con la otra tiró de las riendas para hacer girar al caballo y recorrió la modesta línea de batalla en toda su extensión: las tres unidades se habían

desplegado formando un frente continuo en el valle, a los pies de aquella montaña. La centuria de Varrón se encontraba en el flanco izquierdo; la de Lucrecio estaba en el centro; y la Centuria Celio, dirigida ahora por el optión, avanzaba por el lado derecho, sin lugar a dudas el más complicado.

Desde su estructura orgánica hasta el mismo diseño de sus armas, era obvio que el ejército romano no estaba diseñado para esa clase de enfrentamientos a pequeña escala. Ese tipo de labores siempre recaían sobre las cohortes auxiliares, formadas por efectivos poco romanizados que muchas

veces utilizaban el armamento propio de su pueblo. Pero ahora no había auxiliares, salvo un pequeño grupo de legionarios reconvertidos en infantería ligera, situados más allá del ala derecha. Ni tampoco había caballería.

Sabiendo que los ojos de todos estaban fijos en él, Quinto intentó aparentar decisión, que sus movimientos no delatasen ni el más leve titubeo. El frío de la mañana le hacía desear arroparse con el manto, pero en su lugar permaneció erguido, dejando que este ondease a su espalda como un estandarte. Había dispuesto a sus tropas junto al margen de un riachuelo, de

forma que su costado izquierdo estaría cubierto por su curso. Así esperaba compensar su carencia de unidades ligeras y evitar ser rebasado por aquel flanco. Además, aquel terreno repleto de afloramientos de áspera roca rojiza imposibilitaría las maniobras de la caballería enemiga.

Sabía que las otras partidas de guerreros aparecerían tras ellos al cabo de apenas unas horas: aquello no era una batalla, sino una maniobra de ruptura, y si su enemigo se negaba a hacerles frente, se encontrarían en un serio aprieto. Sin embargo, teniendo en cuenta que contaban con una evidente

superioridad numérica, negarse a hacerlo minaría su moral: en cierto modo, su líder se encontraba ante una decisión tan difícil como la suya.

Quinto cerró los ojos e inspiró profundamente. Era la primera vez que dirigía una contienda, pues, hasta entonces, siempre se había encontrado bajo la autoridad de otros. Durante años había esperado que llegara aquel día, pero ahora deseaba esconderse en algún recóndito lugar, tal y como habían hecho sus criadillas. Observó detenidamente la expresión de sus hombres, que variaba entre el cansancio, la ansiedad y el miedo. La inminencia del combate

siempre era una suerte de ente abstracto que condicionaba el comportamiento de todos; cualquier cosa que se hiciera o se dijera durante aquella tensa espera adquiriría un nuevo significado.

—Soldados: esa es nuestra única vía de escape —gritó, señalando al frente—. Más allá de ella se encuentra nuestra salvación. En vuestras manos tenéis las armas necesarias para vencer, y habéis sido entrenados para emplearlas. Solo os resta el coraje. ¿Lo tenéis?

El rugido de doscientas voces resonó en el valle como respuesta. Entonces, Quinto se dirigió satisfecho hacia la parte posterior de la formación,



donde se encontraban el médico y los bagajes.

—Sencillo pero emotivo —le dijo Antígono.

—¿Esperabas a Cicerón?

—No, por Zeus. Ni tampoco a César.

Los legionarios comenzaron a golpear sus escudos, para hacer notar su presencia en el campo de batalla. El cielo permanecía encapotado y un manto de niebla descendía poco a poco por la ladera de las montañas que se encontraban al sur y se hacía jirones entre las peñas. Soplabla una brisa fresca que alborotaba la hierba a sus pies. El

murmullo del riachuelo se confundía con los chillidos de las aves que se encontraban de paso.

—Un día hermoso para morir —  
masculló.

Súbitamente, desde un encinar surgió un amenazador coro de trompas de guerra y, poco a poco, como materializándose de la nada, una muchedumbre de hombres armados fue emergiendo de él, hasta formar una línea de batalla frente a ellos. En su centro ondeaba un estandarte rojo con un símbolo cruciforme.

Eran aproximadamente trescientos. Al parecer habían prescindido de sus

caballos, quizá por el terreno. La mayor parte empleaba grandes escudos circulares; portaban lanzas y jabalinas, además de unas espadas y puñales que los romanos conocían a la perfección, pues habían tratado de imitarlos. Solo unos pocos iban revestidos con yelmos de bronce adornados con tres cimbras y cotas de malla.

Aquello no eran simples escaramuzadores, sino una infantería de línea en toda regla.

Los cántabros aporreaban sus escudos rítmicamente, mientras entonaban una áspera canción de guerra. Algunos se adelantaron unos pasos para

realizar una suerte de danza, alternando el peso del cuerpo de una pierna a otra. El estruendo resonó por todo el valle, e hizo huir a una bandada de ánades.

Las tres centurias avanzaron en silencio, pues ahora resultaba vital escuchar las órdenes. Ciento noventa legionarios se abrieron paso a duras penas a través de aquel terreno, esforzándose por no deshacer su formación: cualquier irregularidad podría hacerles perder cohesión en algún punto. Cuando los separaban cien pasos, aminoraron el ritmo, esperando que su enemigo cargara alocadamente contra ellos; así se verían obligados a

recorrer una distancia mayor y llegar sin aliento.

No ocurrió nada de eso. Aquellos hombres sabían lo que hacían.

Quinto los observó con satisfacción: los legionarios entraron en distancia de combate formando un frente perfectamente homogéneo. En ese momento, los hispanos se precipitaron sobre ellos, arrojando sus jabalinas. La formación romana soportó el castigo con estoicismo, sin dejar de avanzar, hasta que su enemigo se encontró al alcance de sus proyectiles.

El centurión dio la orden y, tras sonar las tubas, una lluvia de pilos cayó

sobre la primera fila enemiga y sembró el caos. Fue mucho más contundente que la anterior, pues el pilo era más pesado y contaba con una varilla de hierro de un pie de longitud con una punta piramidal, capaz de atravesar un escudo hasta alcanzar a su portador.

Sin embargo, por cada descarga romana ellos eran capaces de arrojar otras dos. Aquel intercambio resultó duro para ambas partes.

Tras ello, llegó el cuerpo a cuerpo.

Los romanos arremetieron contra su enemigo con los *gladii* desenvainados, tratando de arrollarlos gracias a sus grandes escudos, pero los montañeses

aguantaron el choque con firmeza. Durante un tiempo, ambas líneas colisionaron y se sucedieron los relevos. Al cabo de un buen rato, resonaron las trompas de guerra y los cántabros se retiraron en orden, hasta situarse más allá del alcance de los pilos.

Solo había sido un tanteo.

El centurión frunció el ceño. Desde luego, aquello no era una diminuta fracción de una legión romana, pero se le parecía. Aquellos bárbaros habían combatido durante mucho tiempo con y contra las legiones, habían aprendido demasiado de ellas; así que ahora se

enfrentaban a una tosca versión de sí mismas. Intentaban compensar su falta de armaduras con su mayor número, y muchas veces el desorden dificultaba los relevos, cosa que imposibilitaba la retirada de los heridos y hacía que los combatientes de primera línea acabaran exhaustos.

Quinto hizo avanzar a las tres centurias y, tras un nuevo intercambio de proyectiles, los dos ejércitos chocaron. Transcurrió mucho tiempo antes de que resonaran de nuevo las trompas de guerra. Cuando los cántabros se retiraron, dejaron tras de sí un suelo sembrado de cadáveres. Por el



contrario, la formación romana permanecía firme como un sólido bloque de granito.

Decidió no darles respiro y ordenó cargar una vez más: cuando las tubas transmitieron su orden, los legionarios avanzaron al trote. Esta vez el choque fue brutal y el frente de batalla de los norteños se desmoronó en varios puntos. Los centuriones lo aprovecharon para distribuir a sus hombres y crear una brecha, hasta que finalmente la formación enemiga fue partida en dos. El contingente cántabro se vio obligado a retirarse, buscando refugio en el bosque. Ahora sus estandartes se

agitaban frenéticamente, emitiendo órdenes. Tal vez trataban de reorganizar su línea, algo casi imposible cuando ya ha cundido el pánico.

Tenían la victoria al alcance de la mano.

Entonces ocurrió lo imprevisible. El *cornicen* de la centuria de Varrón hizo resonar su instrumento con un tañido largo, y la unidad al completo corrió en persecución de su enemigo, dispuestos a acuchillarlos por la espalda. Había llegado el momento decisivo, aquel en el que la victoria se convierte en carnicería.

Pero Quinto no había dado esa

orden.

—¡No! ¡Maldita sea, no! —rugió.

Contagiados por la euforia ante la matanza inminente, la parte izquierda de la centuria de Lucrecio se unió a la persecución, cosa que provocó que su formación se fraccionara. El estandarte de su unidad oscilaba una y otra vez, mientras Lucrecio gritaba en medio de la confusión, ordenando a sus hombres que se mantuvieran en sus puestos. Pero el odio y la sed de sangre los hacía actuar por su cuenta; el afán de revancha les había nublado el juicio.

Algunos soldados de la Centuria Celio también corrieron en dirección al

bosque, y el opción se mostró mucho más contundente: golpeó a uno de ellos con todas sus fuerzas y este cayó al suelo, al parecer inconsciente. La unidad permaneció anclada en su sitio, aunque la mitad izquierda de la línea de batalla romana se había hecho jirones.

Entonces, desde el interior del bosque, resonó un solitario cuerno que fue coreado por una docena de trompas de guerra.

Quinto ahogó una blasfemia.

Súbitamente, los trescientos hombres que huían hacia la espesura giraron sobre sí mismos, dispuestos a combatir de nuevo, y cargaron cuesta abajo. Para

entonces, la formación romana había desaparecido. Su entrenamiento y disciplina ya no servían de nada: ahora solo importaba el número. La batalla se transformó en una caótica amalgama de combates individuales. Por un momento, una avalancha de cántabros se confundió con el flanco izquierdo romano, antes de arrollarlo por completo. Poco a poco, se fueron creando varios núcleos de resistencia, a medida que los legionarios trataban de agruparse denodadamente en torno a sus estandartes. Sin embargo, habían caído en la trampa.

El joven *pilus prior* arrojó su yelmo al suelo, preso de la rabia.

—¡Cayo Licinio Varrón, eres un auténtico imbécil! —vociferó.

El signífero de la Centuria Celio le hacía señales: al parecer, el optión esperaba órdenes. Pero él, sencillamente, no sabía qué hacer. Solo tenía ante sí dos opciones: o bien podía hacer que el resto de la formación apoyara al flanco izquierdo que se había desbandado, o bien podía dar por perdidos a la mitad de sus hombres y huir con una centuria y media a través de aquella vía de escape.

Estuvo tentado de hacer esto último.

—En fin —murmuró—. Una decisión estúpida tomada a tiempo

siempre es mejor que nada.

Al escuchar el ulular de las tubas, Marco corrió en dirección al bosque junto con el resto de su centuria.

Hasta ese momento, la lucha había resultado dura, aunque en cierto modo rutinaria. Él, Niñato y Annio habían repetido a sus camaradas que no debían subestimar a su enemigo, y se habían mostrado muy conservadores. Seguramente, el yelmo hendido del *armaturæ duplares* había sido mucho más elocuente que cualquier cosa que pudieran decirles.

El combate se convirtió en un duelo de desgaste en el que al final se impuso su mayor orden y disciplina. Sin embargo, Licinio Varrón había caído estúpidamente en una de esas malditas tretas a las que eran tan aficionados los hispanos. Una retirada fingida, que suponía un alarde de disciplina, pues, al hacerla, siempre se corría el riesgo de que, en medio de la confusión, esta se convirtiera en real y terminara en catástrofe. Pero eso no había ocurrido. Por un momento, Marco imaginó a su antiguo centurión adoptando esa estúpida expresión que le caracterizaba cada vez que tomaba una decisión que él



consideraba un alarde de determinación. No pudo más que maldecir su estupidez.

Mientras su ala izquierda era engullida por el aluvión de bárbaros, se habían visto obligados a permanecer a la expectativa, a la espera de la orden de socorrer a sus camaradas. Cuando finalmente llegó, iniciaron un frenético trote cuesta arriba mientras trataban de no romper la formación. Sin embargo, transcurridos apenas unos instantes, el cuadro se había convertido en una caótica marabunta. Los árboles los obligaron a abrir líneas y la densa vegetación hacía que algunos puntos fueran infranqueables.

Ahora la lucha iba a ser cualquier cosa excepto rutinaria, ordenada y conservadora.

En la refriega, Marco se topó de bruces con un corpulento joven dispuesto a abrirle la cabeza con un hacha de doble filo. De un modo instintivo realizó una acción de parada. El arma enemiga se hundió en el borde superior de su escudo y partió el refuerzo metálico. El cántabro intentó emplearla como si fuera un gancho, para abrir un hueco en su defensa. Marco intuyó a otro enemigo a su derecha, dispuesto a ensartarle con una lanza. Pero su estocada se encontraba ya a

medio camino: la hoja entró y salió limpiamente de entre las costillas del montañés.

Como una avispa, la punta de aquella pica se movió frente a él, tanteándole. Súbitamente, se vio obligado a alzar su escudo para proteger su cara, y, al hacerlo, el bárbaro cambió el agarre para buscar su pierna izquierda, ahora descubierta. Él bajó su escudo, utilizando su peso para hundir el asta y, tras dar tres pasos, le atravesó el pecho con su *gladius*.

Al alzar la vista, descubrió que los cántabros se retiraban. La centuria había ido abriéndose paso, aunque a costa de

perder todo su empuje. Ahora los legionarios trataban de recomponer el cuadro, buscándose los unos a los otros entre el caos. Muchos supervivientes de la centuria de Lucrecio, que poco antes habían ido en persecución de los hispanos, se les unieron.

Cincuenta pasos a su izquierda, Licinio Varrón luchaba a la desesperada, acompañado por media docena de sus hombres, completamente rodeados de enemigos. Combatían en torno a su estandarte. Cuando hirieron al signífero, Varrón trató de recoger la insignia de su unidad, protegiéndola con su cuerpo.

Apenas tuvo tiempo de lamentarse

de su error.

Un bárbaro canoso bajó corriendo por la pendiente y clavó su lanza en su escudo. El centurión apenas pudo detener el golpe, que atravesó la madera hasta alcanzarle en el pecho y derribarlo.

Justo en aquel momento llegó Niñato. El bisoño hundió su *gladius* en la espalda del cántabro: al sentir que su hígado era desgarrado por el frío metal, este emitió un aullido y comenzó a retorcerse en el suelo, buscándose a tientas la herida. Annio apareció de la nada para descargar un tajo en el rostro de otro bárbaro.

Niñato se arrodilló junto a Varrón, que yacía tendido sobre la hojarasca con el rostro desfigurado por el dolor. El lanzazo había atravesado su malla y el *subarmalis*. De su pecho manaba sangre. No parecía que la herida fuera profunda, pero tenía muy mal aspecto. El joven puso su oído sobre el tórax: la respiración era áspera, entrecortada, y cada vez que el pecho bajaba podía escuchar un débil silbido. Levantó a su superior tirando de él para cargarlo sobre su espalda y unirse a la formación, escoltado por Annio.

Al ver cómo se incorporaban al cuadro, Quinto evaluó la situación. Ya no les era posible socorrer a nadie más, así que había llegado el momento de preocuparse de sí mismos. A pesar del éxito de su estratagema, su enemigo ahora se mostraba incapaz de recomponer su orden de batalla y se limitaba a hostigarlos. Aprovechando la momentánea confusión, el centurión ordenó avanzar a través del bosque en dirección a su única vía de escape:

—¡Desplegaos en torno a las mulas!  
Bajo una continua lluvia de

proyectiles, los legionarios crearon una techumbre con sus escudos mientras trataban de abrirse paso, acuchillando a todo lo que se interponía en su camino. Se encaminaron hacia el suroeste a toda prisa, ascendiendo por una colina en dirección a un nuevo cordal montañoso. El terreno elevado era sinónimo de seguridad, así que se dirigieron hacia allí de forma instintiva y, tras una prolongada ascensión, descubrieron que la cumbre estaba coronada por un afloramiento rocoso. Dejando abierto un único paso, formaba una especie de embudo por el que también se verían obligados a pasar sus perseguidores.



Lucrecio se dirigió al opción, que se encontraba en la retaguardia:

—Continuad, yo me quedaré aquí cubriéndoos la retirada.

Un pequeño grupo de legionarios se había reunido junto a él, en su mayoría eran supervivientes de la centuria de Varrón. El antiguo gladiador descubrió en sus ojos una determinación que solo podía obedecer a un deseo de redimirse de su anterior error.

—Avanzaremos hacia el oeste —les dijo—. Reuníos con nosotros en el valle, si podéis.

Apoyó su mano derecha sobre el hombro de Lucrecio. Les dirigió una

mirada de respeto. Aquel gesto era una especie de despedida para quienes se mostraban dispuestos a morir.

—«Escuchad, habitantes de la extensa Esparta —recitó Annio—. O bien vuestra poderosa y eximia ciudad es arrasada por los descendientes de Perseo, o bien no lo es; pero, en ese caso, la tierra de Lacedemón llorará la muerte de un rey de la estirpe de Heracles.»

Acompañado de una docena de hombres, Lucrecio se situó en aquel pequeño paso, tratando de ganar tiempo para sus compañeros. El guía turmogo abandonó la marcha para unirse a ellos

y, tras dudar un instante, Marco decidió imitarle.

El pelirrojo se le quedó mirando.

—Cubre ese flanco —le dijo—. Es posible que intenten trepar por ahí.

Algo más arriba, el muro de rocas presentaba una hendidura que creaba una senda tan angosta que apenas podía ser atravesada por un hombre. Aquello tan solo era una excusa. La mirada del centurión parecía decirle que aquello no le concernía. Iba a responderle cuando de repente algo apareció de entre la espesura.

Eran casi cincuenta, cubiertos con pieles de lobo. Avanzaban entre la

vegetación como una manada de depredadores al acecho. Al descubrirlos cerrándoles el paso, una áspera voz ordenó que se detuvieran. Los legionarios formaron dos líneas en aquel diminuto desfiladero, dispuestos a combatir codo con codo. Marco tuvo que ocupar el lugar que le habían asignado.

Frente a ellos, los cántabros crearon un muro con sus grandes escudos circulares y sus lanzas se abatieron lentamente hasta apuntarlos. En el centro, bajo un estandarte rojo con un símbolo cruciforme, había una corpulenta figura vestida con ropajes

oscuros y una piel de lobo sobre los hombros. Desde su posición elevada, su yelmo bronceo impedía que Marco pudiera verle el rostro.

Corocuta.

A una orden suya, los cántabros ascendieron por la pendiente, gritando hasta quedar afónicos, presos de una furia lunática. Era una carga suicida en la que ambas partes iban a jugarse el todo por el todo. Cuando se encontraban a apenas quince pasos de distancia, resonó una nueva orden. De repente, su líder pasó a encontrarse en el vértice de una formación que se abalanzó sobre ellos a toda velocidad.

Cuando colisionaron, se oyó un tremendo chasquido de madera astillada mientras resonaba el metal contra metal. Media docena de hombres cayeron al suelo ensartados. Los legionarios se llevaron la peor parte y comenzaron a luchar a la desesperada, dispuestos a llevarse consigo al mayor número de enemigos. Lucrecio tuvo que enfrentarse a la corpulenta figura que ocupaba su centro. En medio de la confusión, Marco pudo distinguir a ambos gracias a las cimeras de sus yelmos, que se agitaban violentamente por encima del resto.

Una y otra vez, una larga espada cayó sobre el escudo romano. El sonido

de sus golpes resonó por encima de los gritos de guerra y el estruendo de las armas, hasta que el centurión recibió un brutal tajo sobre el hombro. La espada enemiga atravesó la hombrera de su cota de malla y destrozó las dos capas de anillas de hierro hasta hundirse en el pecho tras partirle la clavícula. Lucrecio cayó al suelo. Se llevó su arma con él, atrapada en su cuerpo sin vida en una especie de miserable revancha.

La formación romana se había hundido. Al alzar la vista, el bárbaro descubrió que a quince pasos Marco le aguardaba espada en mano. Se dirigía hacia él cuando el turmogo le arrojó un

dardo con todas sus fuerzas. A duras penas, el cántabro logró interponer su escudo. Al trastabillar, cayó de espaldas contra la pared rocosa.

Boddo se abalanzó sobre él con un puñal. La afilada hoja iba dirigida a su pecho, pero una mano de hierro aferró su muñeca y la detuvo. Por un momento, los dos hombres forcejearon, el uno frente al otro. El turmogo aferró su arma con ambas manos, tratando de utilizar todo el peso de su cuerpo para aproximarla al cuello de su adversario.

No se movió ni una pulgada.

La hoja comenzó a girar sobre sí misma, a medida que el brazo que la



sujetaba se retorció hasta formar una postura imposible. Por un momento, se oyó un siniestro crujido acompañado de un aullido de dolor, hasta que, finalmente, el turmogo descubrió que ahora era su propio puñal el que le apuntaba directamente a los ojos. Entonces el caudillo bárbaro aferró su nuca y, utilizando la fuerza de ambos brazos, le atravesó limpiamente la garganta.

El guía cayó al suelo, con las manos en el cuello. Al contemplar su pecho empapado en la sangre que manaba a borbotones, alzó la vista, desconcertado. Su enemigo había recuperado la espada;

por encima de su cabeza revoloteaban los buitres, formando un aura macabra sobre él. El corpulento bárbaro siguió la dirección de su mirada. Al descubrir las aves carroñeras que sobrevolaban aquella carnicería, murmuró algo casi inaudible: «Al anochecer, probarán tu carne». Flexionó sus rodillas y hundió su arma en el pecho de Boddo hasta que la punta quedó enterrada en el suelo.

Marco arrojó su escudo y huyó.

# XVII

El resto de la jornada resultó tan confusa como la batalla. Cuando el sol comenzó a ocultarse entre las peñas, muy pocos habrían podido decir qué había sucedido exactamente.

La columna romana avanzó hacia poniente junto al cauce de un río, durante unas catorce millas, hasta llegar a un punto en el que confluía con otro llegado desde el sur. Atrapados en un valle, ascendieron hacia una montaña cónica cubierta de encinas, unida por un pequeño cordal a un enorme macizo de

roca caliza. Allí su marcha se había convertido en una desesperada huida. Muchos soldados abandonaron parte de sus armas para poder huir más deprisa. Quinto tuvo que amenazarlos con un castigo ejemplar.

Caía la noche cuando acamparon en aquella cumbre, a la que habían accedido a través de una cresta, un estrecho canchal de apenas diez pasos de ancho: les bastó amontonar algunas rocas en él para formar un tosco muro coronado con estacas hincadas y ramas entrelazadas. A sus pies, una densa niebla había transformado el nuevo valle que se extendía hacia occidente en un

fantasmal mar de nubes, lo que hacía que el resto de las cumbres parecieran islas. Marco consideró que aquel lugar era fácilmente defendible, aunque si les cerraban el paso en la cresta, estarían atrapados.

—Somos noventa hombres — murmuró Quinto—. Hemos perdido a más de la mitad.

Se sentaron sobre una roca, tratando de escrutar la densa neblina que los rodeaba.

—¿Viveres?

—Lo que han podido traer hasta aquí las pocas mulas que nos quedan — respondió el centurión—.

Racionándolos, tal vez haya suficiente para un día.

—Aquí no hay agua.

Su amigo asintió, mientras el viento nordeste alborotaba su cabello castaño. No le había preguntado nada sobre Lucrecio y sus hombres. No hacía falta.

—Tenías razón —dijo el centurión—. La segunda partida de guerreros nos aguardaba en el otro paso.

—Eso ahora no importa.

—Lo tuvimos al alcance de la mano. Casi lo logramos —añadió, con amargura—. Mi primera batalla al mando..., mi jodida iniciación. Maldita sea, os he...

—No ha sido culpa tuya —le interrumpió.

—Lo sé.

—Lo sabes. Pero ahora debes creerlo —le respondió—: no ha sido culpa tuya.

Quinto asintió. En realidad, ya daba igual quién hubiese sido el culpable: había fracasado por completo y no le quedaba ninguna posibilidad de redención. Tarde o temprano, la noticia de su muerte llegaría a su familia y su nombre quedaría manchado para siempre por la ignominia.

—Mi padre solía decir que un buen general no es el que encuentra un camino

para la victoria, sino aquel que logra que todos los caminos posibles conduzcan a ella —murmuró abstraído.

«Y también solía decir que soy un completo inútil», pensó.

—Unas hermosas palabras —concedió Marco—. Pero para poder hacer eso, se ha de ser un dios.

Las sombras ya se habían vuelto alargadas cuando un contingente bárbaro surgió desde el bosque para situarse un cuarto de milla más abajo, en la cresta por la que habían ascendido. Al parecer, las tres partidas de guerreros se habían



reunido y ahora eran casi mil: los legionarios los observaron como si se tratase de su sentencia de muerte. Quinto tragó saliva y cerró los ojos. Cuando les habló, su voz transmitía una insólita determinación.

—Debemos recoger toda la leña que encontremos para encender tantas hogueras como nos sea posible —dijo—. De esta forma, daremos la impresión de ser más.

Todos se dispersaron, dispuestos a obedecer sus órdenes, sin pronunciar una sola palabra.

—¿Crees que eso servirá de algo? —le preguntó Marco en voz baja.

—Seguramente, no —reconoció el centurión—. Pero les prefiero ocupados antes que ociosos. Porque esa es la antesala del miedo.

Poco después, más de cincuenta hogueras ardían a su alrededor. En un momento dado, una pareja de cántabros ascendió por la cresta hasta llegar a una repisa que se extendía entre ambos campamentos. Se detuvieron junto a un afloramiento rocoso y, tras deliberar durante unos instantes, decidieron sentarse en él para encender un fuego.

Los observaron con desconcierto. Durante un largo rato, aquellos dos bárbaros charlaron apaciblemente, sin

tan siquiera mirarlos.

—Creo que son alguna especie de heraldos —consideró Quinto.

—Sí, parece que desean parlamentar —repuso Marco—. Iré yo: hablo algo de celtíbero.

—Es muy arriesgado.

La mirada de su amigo le dio a entender que, tras aquella demencial jornada, resultaba absurdo hablar de riesgos.

—Está bien —añadió al fin.

Antes de saltar el terraplén y abrirse paso entre el parapeto de ramas, el mensor se dirigió a su superior.

—¿Cuáles son tus instrucciones?

—Gana tiempo —dijo Quinto—.

Hazles creer que podemos aguantar. Es posible que nuestra legión haya avanzado hacia el sur y les esté dando muchos quebraderos de cabeza.

Marco bajó la vista, rehuyendo su mirada.

—Ya sé que pido algo casi imposible, pero debes intentarlo.

Se dirigió hacia allí amparado en la oscuridad, descendiendo cautelosamente entre las rocas, tratando de que el sonido de sus pisadas no delatase su presencia. Cuando se encontraba a casi diez pasos, pudo distinguir a los dos individuos. Un fuego crepitaba entre

ambos y los iluminaba con su oscilante luz anaranjada. El más delgado sacaba punta a una rama con un cuchillo, mientras el otro le mostraba sus anchas espaldas.

—Puedes acercarte —dijo, sin tan siquiera girarse—. En esta tierra, nadie haría daño a otro con el que se comparte el calor de una hoguera.

Marco se adentró en el trémulo círculo de luz para sentarse en una roca frente a él y, al hacerlo, descubrió que se trataba del bárbaro que había matado al turmogo. Era extremadamente corpulento, muy alto, de cabello largo y oscuro, recogido mediante cintas tejidas

en un telar de tablillas. Su rostro curtido, surcado por un millar de arrugas, amenazaba con ser engullido por una poblada y enmarañada barba salpicada de mechones grises, que ocultaba un sencillo torques de plata. Bajo las cejas, negras como la turba, brillaban unos ojos tan azules como el mar. Envuelto en un áspero manto de lana oscura sujeta sobre su hombro derecho por una fíbula de bronce, al igual que el resto de aquellos montañeses, despedía un olor penetrante, prestado por el ganado con el que convivían, el cual, mezclado con el de la leña quemada, era el que sin

duda identificaban con el hogar.

Durante unos momentos ambos permanecieron inmóviles, en silencio, observándose. Al final, Marco se revolvió inquieto sobre su asiento.

—Tenemos víveres y podemos resistir durante días, si es preciso —dijo—. No creo que seáis capaces de mantener un asedio durante mucho tiempo.

El bárbaro esbozó una expresión de desagrado.

—Habéis luchado con valor, pero ahora debéis entregar las armas.

Su voz, grave y profunda, poseía un marcado acento repleto de sonidos

aspirados. Parecía proceder de otro mundo y, en cierto modo, así era.

—Creemos que mientras conservemos nuestras armas, aún nos quedará el valor, pero si os las entregamos, también perderemos la vida —respondió Marco.

Bajo su barba, el cántabro pareció sonreír, por la intrincada red de arrugas que se formaba en torno a sus ojos.

—Sabes escoger bien tus palabras.

—Las pronunciaron en un ejército de griegos, perdido en el corazón de un enorme imperio que les era hostil. Gracias a su determinación, lograron cruzar la tierra de sus enemigos, a través



de desiertos y montañas, hasta regresar a sus hogares. Su historia la escribió un hombre llamado Jenofonte.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace casi cuatrocientos años.

El cántabro asintió, observando algún punto perdido mil pasos más allá. Parecía desear atravesar la niebla con la mirada.

—La escritura resulta magnífica — dijo—. Nosotros solo la empleamos para dar testimonio de nuestros pactos, pues son sagrados, aunque también tenemos historias. Palabras tan antiguas como el mar, que han pasado de boca en boca durante generaciones. Relatos

acerca de héroes, como Viriato, quien derrotó a una legión tras otra hasta ser traicionado por el oro de Roma y la codicia de los suyos.

—Una gran historia.

—Sí. Pero si no están escritas, las palabras son solo aire.

Aferraba una pequeña bolsa de cuero colgada de su cintura. Marco supuso que se trataba del veneno que aquella gente siempre llevaba consigo; tal vez ese fuera un gesto habitual entre ellos cuando pensaban en la muerte. Entonces recordó el precio establecido por la vida de aquel hombre: doscientos cincuenta mil denarios; un millón de

sestercios, el sueldo anual de un procónsul. Por año, un legionario cobraba menos de la milésima parte a cambio de jugarse la vida en campos de batalla, y además se le descontaban los gastos en armas, comida y equipo.

En Roma, cada ciudadano era censado en función de su fortuna, de manera que si esta alcanzaba los cuatrocientos mil sestercios formaba parte de la clase ecuestre; en caso de superar el millón podía ingresar en la senatorial, si antes era elegido para desempeñar una serie de magistraturas. Por un momento, Marco se imaginó a sí mismo acuchillando a aquel bárbaro

para disponer del patrimonio mínimo exigido a un senador. Era una idea absurda, descabellada e inquietante: por algún motivo que desconocía, la vida de aquel hombre envuelto en harapos valía una fortuna. No pudo evitar preguntarse por qué.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó el bárbaro.

—Marco Vitruvio Rufiano.

—El mío es Ambatos, hijo de Cludamo, pero todos me llaman Corocuta.

—Dicen que, entre tu pueblo, conocer el nombre de alguien te otorga cierto poder sobre él.

El bárbaro pareció no prestar atención a sus palabras.

—¿Qué sabes del turmogo que luchó conmigo esta mañana? —preguntó.

—Se llamaba Boddo, hijo de Turenno. Mataste a su gente. Arrasasteis su poblado hace seis años.

—Sí, ahora lo recuerdo: un hombre valiente —repuso con sencillez—. Tuvo una muerte magnífica. Sin duda Navia, adoptando su forma alada, le habrá conducido hasta el más allá de los elegidos.

Entonces comprendió el sentido de lo que le había dicho antes de matarle. Se contaba que también los persas

dejaban sus muertos a los buitres.

—Fue afortunado —continuó Corocuta—. Podemos elegir a nuestros amigos y enemigos, a nuestra esposa, a todo aquello que amamos y por lo que luchamos; nuestro modo de vivir. Pero nadie puede elegir cómo muere.

Tuvo que apartar la vista, intimidado por la intensidad de sus palabras. Al observar la fascinada expresión de su acompañante, comprendió que el influjo que aquel individuo ejercía sobre sus hombres respondía a un liderazgo que se fraguaba día a día.

El sistema de tribus y clanes no era, ni mucho menos, una democracia como

la ateniense, pero los cimientos del poder de sus caudillos se basaba en la importancia de sus comitivas y en el número de guerreros dispuestos a apoyarlos. Y todo dependía de su prestigio personal. Si un hombre entregaba un presente a otro de rango inferior, se ganaba su lealtad. Si ese hombre hacía un regalo a alguien que se encontraba por encima de él, obtenía su favor. Sin embargo, un obsequio dirigido a otra persona de igual rango, siempre obligaba a realizar otro de la misma valía, y de ese modo se sellaba una alianza. Aquella sencilla fórmula era la base de su arcaica estructura

social, que se materializaba con la entrega de armas, torques y brazaletes en banquetes donde los guerreros relataban sus hazañas, tomaban decisiones e intercambiaban regalos.

Desde hacía tiempo, en Hispania se redactaban pactos de amistad sobre láminas de bronce; a medida que sus poblados crecían, se crearon senados formados por los miembros más destacados de la comunidad. Sin embargo, resultaba obvio que la mayor parte de aquella gente aún se regía por sus viejas costumbres.

—No creo que tus palabras sean ciertas —dijo Corocuta, que interrumpió



abruptamente sus pensamientos—. Dudo que tengáis víveres ni tan siquiera para dos días, y tampoco creo que en torno a cada una de esas hogueras haya más de un par de legionarios. Sé cuántos hombres componen tres centurias, y sé contar los muertos. Aunque es cierto que no podemos seguir aquí durante mucho tiempo, pues debemos auxiliar a nuestra gente.

Marco escuchó todo aquello con aprensión, pero también fue capaz de leer entre líneas. Parecía que, en efecto, el resto de su unidad los estaba poniendo en serias dificultades. Aunque ahora eso les sirviera de muy poco.

—Si os rendís, se os permitirá conservar vuestras insignias a condición de que juréis no regresar a esta tierra — continuó Corocuta, mirándole directamente a los ojos—. Puedes creer en mi palabra.

No tuvo ninguna duda de que le estaba diciendo la verdad, pero solo había una respuesta posible:

—No podemos hacer eso.

El bárbaro asintió y guardó silencio. El fuego se estaba consumiendo y sus últimos rescoldos proyectaban una luz mortecina sobre él.

—Lo entiendo —respondió al fin, incorporándose—. Ha sido un placer

conocerte, Marco Vitruvio Rufiano. Espero encontrarte en la batalla, para poder matarte o para que alguien como tú me dé muerte, si ese es mi destino.

γ

Cuando contó aquella conversación en el campamento, la preocupación se hizo más que evidente. Quinto se retiró hacia una apartada hoguera, mientras sus contubernales se reunieron para charlar.

—Morir aquí, en esta maldita tierra —masculló Annio—. ¿Y todo para qué? ¿Creéis que en Roma a alguien le

importa?

Esa clase de palabras influían en el ánimo de todos, pero ya daba igual: mañana tendrían que luchar como ratas acorraladas, no había otra salida.

—Es curioso, pero lo que más lamento no es algo que haya hecho, sino aquello que no he tenido el valor de hacer —añadió el hombrecillo.

—¿Como qué? —preguntó el opción.

—Decirle algo a Lesbia —respondió su amigo—. Si por algún capricho de los dioses sobrevivo, es lo primero que haré.

Todos sonrieron. Había un leve rastro de humor en aquel gesto, pero

también denotaba un inmenso afecto.

—Y si no lo hago, pegadme una paliza —añadió.

A veinte pasos de allí, Antígono y Niñato atendían a los heridos. Tras improvisar un pequeño hospital de campaña bajo un afloramiento rocoso, los tumbaron sobre motones de paja desperdigados por el suelo en torno a un par de hogueras. El griego atendía a Licinio Varrón, a quien había despojado de su cota de malla y de la túnica acolchada interior, para reconocerle bajo la tenue luz de una lámpara de aceite. Con unas tijeras cortó su túnica roja y comenzó a limpiar su herida: una

diminuta boca amoratada que parecía sonreírle.

El centurión parecía algo molesto ante todas aquellas atenciones.

—El pecho cada vez me duele más —masculló.

Antígono alzó la vista para mirarlo a los ojos.

—La herida en sí no es grave —le contestó—. Pero la cavidad torácica se hincha y se contrae a cada respiración, haciendo entrar y salir el aliento en los pulmones, como si se tratase de un fuelle. La lanza te ha provocado un pequeño orificio por el que se está introduciendo aire, sin que pueda volver

a salir. Por eso la presión en el interior de tu pecho es cada vez mayor.

—¿Tiene solución? —preguntó Licinio Varrón, con la frente cubierta de sudor.

—Puedo sacarlo, utilizando este pequeño tubo —respondió el médico.

—¿Es eso... realmente necesario?

—Si no lo hago, morirás.

El samnita asintió, por lo que Antígono recogió una rama del suelo y la partió en dos pedazos, entregándoselos para que los sujetara en la boca. A continuación, aproximó el filo de un bisturí a la llama de una lucerna y, cuando este adquirió un tono

oscuro, realizó una incisión entre sus costillas, a menos de un palmo de la herida: era pequeña, aunque muy profunda. De inmediato comenzó a manar sangre.

Licinio Varrón mordió el palo con todas sus fuerzas.

Antígono trató de detener la hemorragia con un paño y la limpió cuidadosamente para inspeccionar la diminuta abertura. Tras asegurarse de que su tamaño era el adecuado, introdujo en ella el tubo de latón.

Su paciente parecía aliviado. La presión de su pecho había disminuido.

—Esto va a dolerte —le advirtió el



griego.

Tomó un instrumento que había permanecido en la hoguera y que ahora estaba al rojo vivo: una varilla de hierro doblada hasta formar un codo, con un abultamiento en su extremo. Cuando pasó la punta del cauterio por la herida, Varrón mordió con tanta fuerza la rama que la astilló.

Cayo Píctor era un recluta de diecinueve años procedente de Túsculo, recién incorporado a su unidad. Antes de partir, su padre le había entregado un costoso yelmo de tipo gálico, fabricado en

hierro, digno de la panoplia de un centurión. Tuvo que vender un par de vacas para comprarlo, pero aquel humilde campesino esperaba que ese artefacto de metal protegiera la vida de su primogénito.

Niñato se sentó junto a él para inspeccionar sus heridas: tenía un profundo corte en el costado izquierdo que se había infectado. Estimó que tardaría un par de horas en morir.

El rostro del muchacho se había vuelto amarillento y sus ojos se veían cada vez más hundidos, como si algo le estuviera consumiendo por dentro. Apretaba los dientes con la frente

crispada, mientras sus miembros temblaban y se convulsionaban. Debía de experimentar un tremendo dolor, pero el auxiliar médico no tenía nada para darle, excepto su propia mano.

El muchacho la aferró con fuerza.

—Tengo sed —murmuró.

«Has perdido mucha sangre y tu cuerpo te pide recuperar líquido», pensó, pero le dijo:

—Hace calor.

Le llevó hasta la boca su propia cantimplora. Al beber, una parte se le derramó por las comisuras y cayó por el mentón cubierto por una barba incipiente. Niñato tuvo que emplear su

saliva para humedecerse los labios resecos; apenas les quedaba agua.

—Pero yo siento frío —añadió Píctor.

El auxiliar médico le cubrió con su manta y se recostó a su lado, tratando de compartir con él su calor bajo aquel áspero refugio rocoso. Frente a ellos, un par de soldados cuchicheaba algo, mientras los observaban fijamente. Niñato les dirigió una mirada reprobatoria, y entonces el joven comprendió de qué estaban hablando. Durante unos instantes, cerró los ojos. Las lágrimas que brotaron de entre los párpados se confundieron con el sudor

que resbalaba por sus mejillas.

—Quiero que te lo quedes tú —dijo, señalando su yelmo con la mirada—. Es todo lo que tengo.

Niñato asintió en silencio, mientras sentía cómo sus dedos apretaban su mano con cada vez menos fuerza. Intentó convencerse de que se debía a que el dolor era menos intenso.

Permanecieron inmóviles durante la primera vigilia. El pecho de Cayo Píctor subía y bajaba cada vez con más dificultad, hasta que finalmente se detuvo. La mirada del muchacho se había vuelto opaca y sus ojos habían perdido todo su brillo. La boca

permanecía entreabierta, su expresión estaba vacía. No había nada apacible en ella; no daba la sensación de que hubiera alcanzado ninguna clase de descanso. Su cuerpo tan solo se había vuelto inerte, sin vida.

Entonces recordó sus clases de historia. En una ocasión, su padre le había hablado sobre la guardia personal de los emperadores persas, cuyo número siempre era de diez mil hombres: si alguno de ellos moría, otro ocupaba su lugar. Esa unidad se llamaba *anusiya*, «los seguidores leales», un nombre que por error los griegos habían confundido con *anausa*, «los inmortales». Algo

demasiado poético como para no pasar a la posteridad.

Supo que había algo especialmente inhumano en la existencia de unas legiones dotadas de un nombre pero formadas por millares de soldados anónimos. El guerrero estaba dando paso al soldado. Renunciaban a su propia identidad y se transformaban en tan solo un número. No importaba cuántos de ellos murieran. Otro más joven pasaría a ocupar su lugar.

Se habían vuelto inmortales.

Con su mano libre, Niñato cerró los ojos del chico y recompuso sus facciones. Permaneció junto a él hasta

que su cuerpo se quedó tan frío que el contacto con él le resultó desagradable. Entonces recogió su yelmo del suelo y se dirigió hacia la otra hoguera, para reunirse con el resto de sus compañeros que aún permanecían con vida.

Al acomodarse sobre las rocas, escrutó uno tras otro el rostro de sus contubernales, recordando los meses que había pasado a su lado. Ellos habían sido su única familia tras haber dejado atrás su ciudad natal, lo único que, a pesar de toda su rudeza, había permanecido inmutable a lo largo de todo ese tiempo. Annio refunfuñaba en voz baja mientras daba buena cuenta del



vino, el opción afilaba su espada en silencio, y Marco estudiaba abstraído un rollo de papiro, mientras Antígono ponía en orden sus notas, que había comenzado a reescribir.

Muchas veces había imaginado su muerte: un fin heroico, digno de ser recordado. Pero en aquella desolada roca perdida en los confines occidentales del mundo eso difícilmente iba a suceder, pues no quedaría nadie con vida. El valor demostrado en la lucha solo serviría para ganarse una vez más el respeto de sus compañeros de armas, antes de que ellos también cayeran en el olvido. El resto daba

igual. No había alternativa. No había escapatoria. Su destino ya estaba escrito.

En ese momento, Niñato descubrió extrañado que ya no sentía miedo, tan solo una agri dulce desesperación. Se sentía capaz de hacer cualquier cosa, pues ya no tenía nada que perder. Cada instante que transcurriese a partir de ese momento era un pequeño premio ganado a la muerte. Por primera vez en toda su vida, comprendió que un hombre sin esperanza es el peor enemigo imaginable.

Pasaron toda la noche en vela, totalmente en silencio.

Amanecía. El sol se abría paso entre las montañas, ahuyentando los últimos vestigios de niebla, como si su luz obrase alguna clase de exorcismo. Recortaba las formas de las peñas y cubría aquel interminable bosque en su velo violeta. Aquella imagen resultaba tan hermosa que Marco se negó a admitir que pudiera ser el preludio a la muerte.

Abandonó el refugio que les había dado cobijo durante la noche y se dirigió hacia el muro que cerraba el campamento; observó el lugar donde su enemigo había acampado, dispuesto a

enfrentarse cara a cara con su destino.

Pero allí no había nadie. Habían apagado las hogueras y se habían marchado.

Oyó unos pasos a su espalda.

—Se han ido —comentó Annio, estupefacto—. ¿Por qué?

—Mirad —dijo el opción, señalando hacia el oeste.

El veterano soldado contemplaba un cerro situado al otro lado del valle. Su cumbre estaba rodeada por una línea que formaba un perímetro rectangular, dentro del cual se habían dispuesto centenares de tiendas de campaña de color marrón oscuro a lo largo de calles. De cada una

de ellas surgía una débil estela de humo que se perdía en el cielo anaranjado.

—Un campamento de campaña construido hace un par de días —murmuró Marco—. Hemos pasado toda la noche a tres millas de nuestra legión y no nos hemos dado cuenta.

Sus compañeros comenzaron a gritar de júbilo y se abrazaron los unos a los otros, riendo como niños. Al oír aquel alboroto, el resto de los legionarios se despertaron alarmados, creyendo que los estaban atacando, pero a medida que aquel coro de risas se iba extendiendo por el promontorio, todos señalaban al cerro y los imitaban.

Quinto acudió hasta allí, con una indescriptible expresión de alegría en el rostro, mezclada con cierta incredulidad. Tras comprobarlo con sus propios ojos, abrazó a Marco con un gesto espontáneo. Entonces comprendió que para él aquella noche había sido aún peor: sin duda se creía responsable de haber conducido a cien hombres a la muerte. Una vez más, se alegró de no estar en su lugar.

—Estamos salvados —murmuró Quinto a su oído, casi llorando.

«Y él lo sabía», pensó Marco. Era imposible que Corocuta no lo hubiera sabido.

Ese hijo de puta solo había tirado un órdago.

# XVIII

Con el ceño fruncido, el calderero le entregó un desgastado as de bronce. Su taller se encontraba en una pequeña plaza creada por la confluencia de tres oscuros callejones, bajo la sombra de un enorme pino cuyas ramas, cubiertas de hiedra, trataban de abrirse paso entre las destartaladas viviendas. Provisto de una puerta de doble hoja abierta de par en par, aquel minúsculo bazar apenas contaba con el espacio suficiente para que él y su ayudante martillearan las láminas de bronce que convertían en



cacharros. Una modesta mercancía formada por ollas, perolas y sartenes, ahora amontonada en la acera para ser expuesta.

A los quince años, Marco era el jefe de una banda de adolescentes que recorría las calles de la Suburra. Los comerciantes de la zona habían asumido su existencia como un mal menor, y les pagaban a cambio de que mantuvieran ese precario orden que tan necesario era para la supervivencia de sus negocios. Ellos, a su vez, entregaban una parte a Celio Cuadrigario, uno de los cabecillas del hampa local, cuyo patrón era un adinerado équite, dentro de una

estructura clientelar que llegaba hasta los más altos funcionarios de Roma.

Marco introdujo aquella moneda de bronce en su bolsa y, por un momento, observó al aprendiz de calderero, no mucho mayor que él. Aquel joven pasaba diez horas al día reclinado sobre el tocón de encina en el que trabajaba a cambio de seis ases mensuales. Todo con la esperanza de que, en un futuro, podría regentar un negocio como aquel.

Entonces llegó Numerio, acompañado de una docena de muchachos. Era su subalterno, un chaval de aspecto rudo, cabello rizado y una ancha nariz partida por la mitad.

—Los niños de papá han vuelto al barrio —anunció, jadeando.

—Imbéciles —murmuró él, contrariado—. Están cuestionando la autoridad de Cuadrigario sobre la Suburra. Y aquí la reputación lo es todo.

En Roma era costumbre que los jóvenes de las mejores familias se reunieran en el Campo de Marte con el objeto de entrenarse para la guerra, formando grupos de compañeros de armas en los que imperaba una suerte de macabra camaradería, lo que los llevaba a cometer los mayores excesos. Estas bandas de adolescentes, conocidas como *collegia iuvenum*, deambulaban por las

calles robando a los tenderos, apaleando a los esclavos, e incluso en ocasiones habían llegado a ultrajar a respetables matronas.

No era la primera vez que aquellos pisaverdes del Aventino se paseaban por el barrio: tan solo seis días atrás, varios de ellos, completamente ebrios y armados con cuchillos, habían destrozado algunos comercios tras ser expulsados de un prostíbulo.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Numerio.

—Buscarlos —dijo, con un encogimiento de hombros—. Cuadrigario prefiere que seamos

nosotros quienes nos encarguemos. Enviar a sus hombres a acuchillar a un grupo de jóvenes de buena familia podría acarrearle problemas.

Y tras hacer un gesto al resto, corrieron calle abajo.

A finales de la República, las agrupaciones de artesanos o de culto, llamadas *collegia*, se habían convertido en una tapadera para las mafias, por lo que fueron prohibidas. Por ello, un ambicioso patricio llamado Publio Clodio Metelo, que había decidido utilizarlas para sus propios fines, había logrado ganarse el apoyo de los patronos del hampa legalizándolas de

nuevo, no estando permitido llevar armas dentro de las murallas de la ciudad. No había ninguna fuerza de orden público, y eran los propios denunciadores los que debían llevar a los malhechores ante la justicia. Así pues, esta suerte de grupos paramilitares acababan imponiendo su propia ley. Los adversarios políticos de Clodio sufrieron continuos linchamientos, e incluso lograron impedir la celebración de los comicios electorales.

Sin embargo, Clodio acabaría encontrándose ante su Némesis: otro populista radical llamado Tito Annio Milón, que había reclutado un pequeño

ejército en las escuelas de gladiadores de peor reputación. Las reyertas entre ambas bandas se sucedieron de forma implacable. Finalmente, Clodio fue asesinado en la vía Apia, lo que desató una oleada de disturbios que acabaron convirtiendo el Senado, literalmente, en su pira funeraria. Reunidos en un teatro, los padres de la patria se vieron obligados a otorgar poderes excepcionales a Pompeyo el Grande, de forma que esta fue la segunda vez, después del golpe de Estado de Sila, en la que las legiones entraron en Roma.

Una vez declarada la ley marcial, los *collegia* fueron disueltos y juzgaron

a Milón. En ese momento finalizó su reinado de terror. Pero las bandas del crimen organizado jamás desaparecieron del todo; en las estrechas calles de la Suburra continuaban actuando a su antojo, mientras las autoridades miraban hacia otro lado. La clase política no distinguía entre patrimonio público y privado; el intercambio de favores no solo era algo habitual, sino moralmente admisible. De hecho hasta se firmaban contratos de venta de cargos públicos. No es que en Roma hubiese corrupción, en realidad ni tan siquiera existía ese concepto.



Se toparon de bruces con el tumulto. Apartando a los transeúntes mediante amenazas y empujones, una decena de jóvenes vestidos con elegantes túnicas golpeaban al séquito de una dama.

Atacaron de la forma habitual: los mayores armados con palos, mientras los más jóvenes arrojaban piedras por encima de ellos. Era una táctica sencilla aunque efectiva. Aquel grupo de ratas callejeras actuaba con la disciplina de un ejército, sembrando la confusión entre los sorprendidos asaltantes, los cuales, superados en número, se veían sometidos a una lluvia de piedras antes de que los apalearan.

Marco permanecía inmóvil, estudiándolos. En todas las manadas existe un líder. Para lograr que una banda se amedrentara, solo había que saber reconocerlo. Al fin lo encontró: uno de los dos muchachos que, tras hacer huir a la pareja de esclavos, ahora se encontraba frente a la joven y su doncella.

Corrió hacia allí, aferrando una estaca de roble. Uno de ellos se giró, pero era demasiado tarde: aprovechando el impulso de su carrera, Marco descargó un fuerte golpe dirigido a su cabeza, que al final impactó en el hombro izquierdo.

Al verle, su compañero se encaró a él, adoptando una posición de *pankration*: brazos levantados con los puños protegiendo las sienes, el cuerpo ladeado, todo el peso sobre la pierna retrasada y la otra ligeramente flexionada, listo para combatir al modo tesalio.

Cuando entró en distancia, Marco paró con la espinilla una fuerte patada dirigida a su estómago, y de inmediato lanzó un puñetazo contra el cuello de su adversario, que el otro detuvo, usando los antebrazos como cuña. Apenas vio venir la rodilla que golpeó como un mazo su costado izquierdo, aunque logró

salir hacia atrás, cubriéndose mediante otro ataque.

Jadeando, estudió a su oponente, mientras adoptaba una nueva posición de guardia: era tres años mayor que él, casi le sacaba una cabeza y su fibroso cuerpo había adoptado ya una constitución adulta. Decidió arriesgar: amagó un ataque alto, esquivó una patada y, saliéndose de la línea, golpeó la cara exterior de su rodilla con la planta del pie.

El chasquido sonó como un haz de leña al partirse. El joven cayó al suelo. Se cogió a su pierna rota mientras aullaba de dolor. Sabiendo que el resto

los estaría observando, Marco le golpeó de nuevo con el talón de su sandalia, esta vez en la boca. La sangre manó de sus labios como el jugo de una fruta aplastada y tiñó los dientes de un rojo escarlata. Sollozando, su adversario se arrastró en dirección a otra calle más transitada, y eso hizo que sus compañeros huyeran en desbandada.

Al darse la vuelta, Marco se encontró ante dos ojos grises surcados de vetas plateadas. Una niña, tal vez de doce años, le observaba sin poder ocultar su recelo. Tenía el cabello negro y rizado recogido en una larga trenza que caía por su espalda. Era delgada e

iba vestida con una sencilla túnica azul; de sus delicadas facciones emanaba un extraño aplomo.

—Gracias por tu ayuda, ciudadano.  
—Su voz era tan limpia y fresca como el rumor de una fuente, e iba acompañada de una melódica entonación. La forma de hablar de una educada muchacha de clase media; alguien que, en otras circunstancias, jamás le habría dirigido la palabra.

Marco miró brevemente a su alrededor. La mayor parte de sus amigos habían salido en persecución de los otros jóvenes; a su lado solo quedaba Numerio. La doncella debía de ser un

par de años menor que su señora y parecía asustada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó a la chica, sin saber por qué.

—Sí, gracias —respondió ella—. Ahora he de irme. Por un momento, su vista deambuló dubitativa por aquel laberinto de callejones oscuros, con las paredes cubiertas de pintadas obscenas y mugre. Su esclava parecía tan perdida como ella.

—¿Necesitas ayuda? —dijo una voz a sus espaldas.

Una mujer entrada en años, con apariencia de respetable matrona, se había aproximado hasta ellos. Su aseado

aspecto resultaba agradable a la vista, e iba envuelta en una modesta palla de color lavanda.

—¿Puedes llevarme al Quirinal? — preguntó la joven.

—Sí, señora —respondió ella, solícita—. Acompáñame, es por ahí...

Marco observó la hermosa sonrisa de aquella apacible anciana; sin duda, la abuela que cualquiera hubiera deseado tener. Pero aquella callejuela no conducía al Quirinal, y sus intenciones eran tan oscuras y retorcidas como el camino que señalaba.

«No confíes en nadie. No aceptes la ayuda de nadie: en la Suburra nadie es



lo que aparenta ser. Imagina lo peor, y aun así te quedarás corto.» Aquella muchacha de clase acomodada, que había vivido confinada en su hogar, sin duda lo ignoraba y no era consciente del peligro.

—Gracias —respondió la niña—. Mi padre sabrá recompensarte.

Una voz en su interior le dijo que no debía inmiscuirse, que hacerlo solo le acarrearía problemas, que en aquel barrio cada cual se ocupaba de sus asuntos, a no ser que pudiera obtener algo a cambio. Por ello, su propia voz le sorprendió:

—Por favor, permíteme que sea yo

quien te muestre el camino.

La niña arrugó la frente. Marco pudo interpretar claramente su expresión. Que un desconocido se ofreciera a acompañarla vulneraba todas las normas sociales, en especial si su aspecto resultaba tan poco recomendable. Le estaba pidiendo algo inapropiado.

Por primera vez, la anciana se dirigió a él:

—Podemos compartir el dinero.

Los ojos de serpiente de aquel afable semblante decían mucho más que sus palabras, y a Marco, que había apaleado a hombres sin compasión, le revolvió el estómago.

—Señora, mi única recompensa será el placer de tu compañía.

Por un momento, la niña observó la cicatriz que desfiguraba su rostro y él lo aprovechó para contemplar sus ojos grises. Era un gesto demasiado íntimo para la distancia que los separaba. Ella eludió su mirada. La expresión de reptil de la anciana se había empapado en odio y sujetó a la chica del brazo. Por un instante, ella intercambió una dubitativa mirada con su esclava. La otra niña asintió, y entonces se deshizo de su presa, dando dos pasos hacia él.

—Está bien —accedió.

Doblar la esquina supuso un asalto a

los sentidos. El hedor a orín y a fruta podrida dio paso al intenso aroma de las especias; las mugrientas paredes formaban un estrecho callejón, abarrotado de puestos donde se vendía cualquier cosa imaginable. La gente regateaba entre la mercancía desperdigada sobre el suelo, o comía sentada en los soportales, mientras los perros merodeaban para disputarse los restos. Los artesanos desempeñaban su oficio allí mismo, en plena calle; los esclavos acarreaban cántaros para llenarlos en las fuentes; una legión de mozos de carga transportaba a la espalda toda clase de mercancías. Roma

era como un organismo vivo y las calles eran sus arterias.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Marco, mientras caminaban, acompañados por su doncella.

—Vitruvia —respondió—. Soy hija de Vitruvio Polión. ¿Y tú?

—No, yo no soy hijo suyo.

Le resultó agradable oír aquella risa. Daba la impresión que había dejado todas sus preocupaciones atrás.

—Preguntaba cuál es tu nombre —precisó ella, de buen humor.

—Me llamo Marco Rufo.

—¿A qué te dedicas? ¿Vas al colegio?

—Durante un tiempo lo hice —  
respondió él—. Aprendí algo de  
aritmética y gramática, pero las clases  
de retórica me resultaban muy aburridas,  
así que lo dejé.

Tan solo era una verdad a medias.

—¿Y en qué piensas trabajar cuando  
seas mayor?

—La verdad es que, en este barrio,  
nadie piensa demasiado en su futuro.

—¿No hay nada que te guste en  
especial?

—Hago figuras de barro —  
respondió, encogiéndose de hombros—.  
A veces voy al foro y observo los  
edificios. Pregunto a los canteros que

trabajan en las obras.

—¿Te gustan los templos?

—Prefiero las construcciones realmente útiles.

Por un momento, ella se mostró escandalizada, aunque de inmediato su expresión se tornó reflexiva. Supuso que estaba considerando cuál podía ser la utilidad real de un templo.

En un momento dado, se detuvieron en el bordillo para descansar. La niña extrajo un pastelillo de avena y miel de un pequeño bolso, para ofrecérselo. Marco negó con un gesto y ella lo partió por la mitad para entregar una porción a su doncella, que se lo agradeció con una

sonrisa.

—Me gustaría ser tan libre como tú, y no tener que estar siempre en casa — dijo Vitruvia.

—No sabes lo que dices — respondió, rotundo—. La vida en la calle es peligrosa.

Aquello pareció molestarla.

—Tal vez seas tú quien desconoce cómo es mi vida, y por ello no puedes compararla con nada.

—Es posible, pero aquí la gente pasa hambre y enfermedades —señaló él—. Si esta vida fuera buena, los ricos la querrían para sí.

Llegaron al Argileto y se abrieron



paso por la bulliciosa calle repleta de librerías para ascender al Quirinal. Subir una de las colinas de la urbe también suponía una suerte de ascensión social. Los bloques de viviendas daban paso a grandes casas familiares de una o dos plantas, dispuestas en torno a un patio porticado que frecuentemente contaba con jardines. Las más grandes constituían auténticos palacios, visibles desde los valles; algo que, para sus propietarios, suponía una forma de ostentación de su riqueza y poder sobre la plebe que vivía amontonada a sus pies.

El trayecto les llevó mucho más de

lo necesario. Para entonces Marco había perdido la noción del tiempo. La compañía de aquella niña le hacía sentirse bien y, por primera vez desde hacía años, en paz consigo mismo.

A media tarde llegaron a una casa de ladrillo pintada de ocre. Era sobria al mismo tiempo que elegante y sin apenas ventanas hacia el exterior; la hiedra crecía sobre su fachada, reptando por una balconada de madera hasta colgar sobre las cabezas de los transeúntes. Al cruzar el vestíbulo, los tres niños se vieron inmediatamente rodeados por un

corro de criados. A Marco le extrañó encontrar junto al umbral el busto de un hombre con dos caras: una de ellas miraba hacia el exterior; la otra, hacia el interior. Se trataba de Jano, dios de las puertas, de los comienzos y finales, el más antiguo del panteón romano, cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos. Más allá se encontraba un pequeño atrio en el que desembocaban todas las habitaciones, del cual surgía un estrecho corredor que conducía a un jardín porticado, llamado peristilo.

Allí había una especie de sagrario de madera, llamado *tablinum*, una sucesión de bustos que representaban a

los antepasados del propietario de la casa. Algunos de ellos habían sido esculpidos en tufa o travertino, varios en bronce y terracota, mientras que los más antiguos, ya ajados por el tiempo, habían sido moldeados en cera. El *Ius Imaginum* era una antigua ley que restringía el derecho a honrar el recuerdo solo a aquellos ciudadanos que hubieran desempeñado una magistratura, pero hacía tiempo que aquella norma había caído en desuso.

Una mujer llegó apresuradamente a la estancia y, nada más verla, la servidumbre se hizo a un lado para dejarle paso. Abrazó a Vitruvia y la

besó en la frente.

—Has tardado mucho en llegar. ¿Qué ha pasado? —preguntó, mientras dedicaba una furtiva mirada al joven que la acompañaba.

Al parecer, uno de los esclavos había regresado herido y, tras narrar lo sucedido, su padre decidió salir en su busca, acompañado de varios sirvientes.

—¡Cintia!

Del corredor surgió un ama de cría con expresión angustiada, que abrazó a las dos niñas: sin duda, la joven doncella era su hija. Incómoda ante aquella muestra de familiaridad, la dueña de la casa ordenó a la

servidumbre que retomara sus labores.

Parsimonia, dignidad y austeridad, frugalidad y sencillez. Claudia parecía la encarnación de los antiguos valores latinos. Tenía algo más de treinta años y constituía una versión madura de su hija: cabello moreno y piel tostada, acompañados de toda la serena elegancia que cabría esperar de una respetable matrona romana. Aquellos ojos oscuros de largas pestañas que le observaban habían sido ensombrecidos con un pigmento azul verdoso y vestía una sencilla túnica, aunque la tela era de calidad y los tirantes de su estola habían sido minuciosamente bordados.

Vitruvia relató en pocas palabras lo ocurrido y, al llegar al momento de la pelea, los ojos de su madre chispearon de furia.

—Haré que azoten a esos cobardes.  
—A pesar de que se refería a los esclavos de su escolta, Marco sintió un escalofrío.

Sin embargo, cuando se dirigió a él había una sonrisa en sus labios.

—Por favor, entra a tomar un refresco —dijo—. Sin duda estarás cansado.

Por un momento, Marco consideró que toda aquella farsa estaba yendo demasiado lejos, pero no supo encontrar

el modo de abandonar aquel lugar sin resultar descortés.

Atravesaron el atrio y el peristilo para acceder a la parte posterior de la vivienda, pasando junto a una modesta colección de estatuas y frescos, hasta llegar a un hermoso jardín rodeado por un muro de piedra. Aquel diminuto paisaje salpicado de pinos y cipreses transmitía una apacible sensación de bienestar. Cuando tomaron asiento en torno a una mesa, Cintia, la doncella, depositó una fuente con queso y fruta sobre ella; les sirvió una copa de vino aguado antes de marcharse. Marco podía oír el débil murmullo de la fuente, una



brisa fresca le acariciaba el rostro trayendo un suave olor a jazmín, y la higuera bajo la que se encontraban proyectaba una agradable sombra sobre ellos.

Admiró aquel lugar, maravillado: nunca había abandonado las bulliciosas calles de Roma y jamás había pisado el interior de una casa como aquella. Más tarde descubrió que existían jardines mucho más suntuosos que aquel, pero en ese momento creyó encontrarse dentro de una pequeña porción del jardín de las Hespérides.

Antes de que tuviera tiempo de llevar su copa a los labios, apareció el

cabeza de familia. Era corpulento, entrado en los cuarenta, con el cabello canoso aún abundante, húmedo a causa del sudor. Llevaba un puñal militar discretamente ceñido a la cintura y jadeaba a causa del esfuerzo. En cuanto lo vio, Marco supo de dónde procedían los ojos de su hija. La abrazó, y por un momento su mirada permaneció fija en él con una inquietante intensidad, escrutándole de pies a cabeza. Trató de imaginar su propio aspecto: definir su vestimenta como modesta habría sido un piadoso eufemismo, y la cicatriz de su rostro no contribuía nada a mejorarlo. Al parecer, aquel hombre ya había sido

informado de su llegada.

—Soy Vitruvio Polión. Tienes toda mi gratitud —le dijo, ofreciéndole la mano.

Había algo anómalo en su voz, y buscó algún rastro de sarcasmo en ella. Al estrechársela, descubrió que tenía los dedos manchados de tinta.

De nuevo tomaron asiento. Vitruvia narró a sus padres cómo fue asaltada al regresar de la casa de una amiga y cómo Marco había salido en su defensa, enfrentándose a dos jóvenes mayores que él. Desde su perspectiva, aquel acto de violencia callejera adquiriría tono épico, aunque para el chico aquello no

había sido más que un episodio de lo más cotidiano.

Aguardó con paciencia a que finalizara. Se sentía como una suerte de estafador de ilusiones ajenas. Interpretando su creciente turbación como modestia, la mujer le dedicó una nueva sonrisa, que él se vio obligado a corresponder.

—¿A qué se dedica tu padre, Marco? —le preguntó Vitruvio.

—Mi padre está muerto —dijo secamente—. Era soldado de César.

El hambre oprimía su estómago, pero se obligó a sí mismo a comer con moderación. Tomó un pedazo de queso

del plato para mordisquearlo lentamente.

—¿En qué legión sirvió?

—En la Décima —respondió—. Fue herido en Alesia.

Esperaba que aquel modesto *cursus honorum* solo despertara el acostumbrado desinterés en una ciudad que no había conocido la paz durante siglos, en la que un lisiado más no parecía importar a nadie. En cambio, para su sorpresa, se encontró ante una mirada de respeto.

—Aquel día la Décima sufrió un duro castigo —corroboró.

—¿Usted estuvo allí? —le preguntó,

con curiosidad—. Dicen que fue el asedio más colosal que jamás ha existido. Más de trescientos mil bárbaros, dentro y fuera de la ciudad...

—Sí, eso escribió César —contestó Vitruvio, con un deje irónico—. Construimos una circunvalación en torno a la ciudad para hacer que el hambre venciera a Vercingétorix. Sin embargo, cuando llegaron noticias de que acudía un nuevo ejército galo en su auxilio, tuvimos que levantar otra línea de fortificaciones hacia el exterior. En total, veinticuatro millas de fosos, terraplenes, torres y empalizadas.

Al ver su interés, Vitruvio arrancó

una ramita de olivo para dibujar sobre la tierra reseca.

—Alesia se encuentra en lo alto de una colina, situada entre dos ríos que confluyen en una amplia llanura que se extiende hacia al oeste, y por el resto de los lados está rodeada de elevaciones de igual altura. Por eso, aprovechamos esas cumbres para construir nuestra circunvalación. Hubo que erigir varios campamentos en torno a ella: tres mayores para la infantería, cuatro para la caballería y veintitrés pequeños *castella* destinados a las guarniciones.

Trazando las líneas sobre el suelo, hablaba con tono desapasionado. Sus

amigos y él acostumbraban a preguntar a los veteranos acerca de historias como aquella. A pesar de su juventud, sabían que gran parte de lo que les contaban era pura invención, pues aquellos viejos soldados cubiertos de cicatrices disfrutaban adornando sus relatos hasta otorgarles un artificioso tinte épico. Les gustaba destacar absurdamente su propio papel en el desenlace de cada batalla. Sin embargo, había algo distinto en aquel hombre: su forma de narrar, desprovista de cualquier afán de protagonismo, estaba dotada de la minuciosidad de un estadista y mostraba una verdad tan franca y desnuda que



resultaba conmovedora.

—En sus *Comentarios* —señaló Marco—, César habla de una línea de fortificaciones con dos fosas y de un terraplén de doce pies, coronado con una empalizada de madera, todo ello precedido de un triple perímetro de *cervoli*, *lirius* y *stimulus*.

—No te dejes engañar. —Al ver que conocía el lenguaje técnico, Vitruvio se mostró más animado—. César acostumbraba a simplificar mucho sus descripciones para facilitar la comprensión del lector. Tal y como escribió Cicerón, la historia es solo un género literario destinado a conmover...

Las mujeres los observaban, complacidas por aquella espon tánea complicidad.

—En realidad, las defensas se adaptaron al material que había en cada lugar, y así, en el valle norte, el terraplén se hizo con piedras —aseguró Vitruvio—. En la montaña del noreste, solo se pudo excavar una fosa de algo más de un pie de profundidad, pero se compensó con una gran cantidad de *cervoli*. En la llanura oeste, se creó una doble línea de fosos, desviando el curso del río para rellenarlos, aunque apenas había vegetación para montar esa defensa de ramas afiladas. No debes

olvidar —concluyó— que una de las bases de la arquitectura es la «distribución»: la buena administración de los materiales de forma acorde con lo que ofrece el terreno.

—¿Cómo puede conocer tantos detalles sobre el asedio? —preguntó Marco.

—Porque fui yo quien lo diseñó.

Solo entonces se dio cuenta de que estaba hablando con aquel famoso ingeniero militar retirado que ahora trabajaba como arquitecto. Súbitamente, se sintió intimidado ante su presencia y por ello se levantó de su asiento.

—Muchas gracias por todo, pero he

de regresar a casa —dijo—. Mi madre estará preocupada.

Vitruvio asintió ante aquella muestra de moderación, aunque su mujer inmediatamente añadió:

—Marco, ¿por qué no vienes esta noche a cenar? Nuestros invitados estarán encantados de que les relates tu hazaña.

—Yo... soy un pésimo narrador —respondió, desconcertado—. Además, no es necesario...

—Tonterías —repuso ella, que no aceptaría una negativa como respuesta—. Me sentiré muy ofendida si no vienes.

# XIX

Acudió a la cena vestido con una elegante túnica escarlata que le venía grande. Su madre la acababa de terminar para un cliente, pero ante sus insistentes ruegos finalmente se la prestó tras hacerle jurar que la pagaría si regresaba con algún desperfecto. Hacía tiempo que aquella mujer había dejado de preguntarse de dónde procedía el dinero que su hijo traía a casa. La moral es algo que abandona un hogar cuando la miseria se adueña de él, al igual que lo hace cualquier otro lujo.

Era la hora novena cuando accedió al vestíbulo de la vivienda, donde le esperaba una pareja de esclavos para conducirlo hasta el triclinio, un amplio comedor con tres lechos que formaban un arco en torno a una pequeña mesa. Allí se encontraba la pareja de anfitriones, que vestían con elegancia. Vitruvia le dio la bienvenida con una sonrisa franca, desprovista de cualquier pretensión, más allá de manifestar su estado de ánimo, y le dio la impresión de que no había esperado que acudiera. Estaba especialmente hermosa con su pelo recogido mediante cintas; las suaves formas de su cuerpo infantil se

insinuaban bajo los pliegues de su túnica.

Lo presentaron al resto de los invitados: un anciano de origen griego llamado Diógenes, que conversaba animadamente con un soldado retirado, ambos viejos amigos de la familia. Apartados del resto, un adinerado matrimonio charlaba en voz baja, al parecer eran unos primos de Campania de visita en la urbe. También conoció a Gayo, el hermano menor de Vitruvia, un introvertido niño de unos ocho años, cuyo cabello castaño formaba una tupida mata rizada y cuyos dos grandes ojos negros le observaban sin ocultar su

admiración. De nuevo, se sintió avergonzado, pues sabía hasta qué punto aquel tipo de historias podía impresionar a una imaginación infantil poblada ya de por sí de relatos heroicos. Al parecer, el boca a oreja no hacía más que magnificar su papel en aquella estúpida pelea callejera.

Un esclavo les lavó los pies antes de que el ujier les distribuyera en los lechos. Como anfitriones, Vitruvio y su esposa se recostaron en el central. Los familiares de Campania, al ser los invitados más ilustres, fueron acomodados a su derecha. Diógenes y el soldado ocuparon las dos plazas libres



que había en ambos. Normalmente, los niños solían cenar sentados en un taburete junto a sus padres, pero en aquella ocasión dispusieron tanto para Marco como para Vitruvia el último lecho. Él se recostó torpemente, apoyándose sobre el codo izquierdo, incómodo, aunque se olvidó de todo al descubrir el rostro de la chica a un pie de distancia. Casi podía sentir el calor de su cuerpo.

Un esclavo interpretaba una dulce melodía con una tibia. Cuando Vitruvia preguntó a su madre acerca de la música, Marco desplazó su atención hacia el veterano de aspecto

campechano, vestido con una sobria túnica y un par de cáligas, el típico calzado militar. Una cicatriz recorría su antebrazo derecho desde la muñeca hasta el codo.

—Una estocada mal dirigida —informó con orgullo—: aquel maldito galaico casi me amputa el brazo. Pero ya veo que no soy el único con heridas de guerra... —Lo dijo observando fijamente la cicatriz de su cara; de alguna manera, estaba en lo cierto.

—Marco es hijo de un veterano de la Décima —aseguró Claudia—. Hoy mismo, ha salvado a nuestra hija de una banda de malhechores.

—Excelente —respondió el militar retirado, sin precisar cuál de las dos cosas aprobaba más—. Esos malditos *collegia* ..., habría que hacer algo con ellos.

—Me temo que el actual vacío de poder propicia esta clase de actos vandálicos —se lamentó el anciano.

Tenía el rostro alargado, el cabello blanco escaso y alborotado, y unas cejas como dos pinceles. Todo aquello le confería un aspecto pintoresco. Sin embargo, la bondadosa expresión que los años había dejado en su rostro arrugado señalaba un carácter afable. Vestía modestamente, aunque su triste

indumentaria no estaba exenta de pulcritud; recostado sobre su asiento, sus delgados miembros surgían de los pliegues de su amarillento *himation* como si fueran sarmientos.

Tras los entremeses, sirvieron el vino con miel, llamado *muslum*, y una pareja de esclavos trajo aguamaniles para que pudieran lavarse las manos. El siguiente plato fue de mejillones a las hierbas. Marco observó la mesa, sin saber qué hacer: además de la servilleta, había un cuchillo y varias cucharas de diferentes formas.

—Usa la *cochlea* —le murmuró Vitruvia al oído—. La más pequeña y

puntiaguda.

Al aproximarse a él, por un momento pudo sentir su cálido aliento acariciándole la mejilla. Su perfume de rosas era fresco y sencillo, perfecto para acompañar la vitalidad que irradiaba.

—Gracias —respondió.

—¿Estás cómodo?

La muchacha había dejado el cuello al descubierto.

—Sí, el lecho es muy confortable.

—No me refería a eso.

Sus ojos grises le escrutaban con atención.

—Me siento fuera de lugar —confesó en voz baja.

De nuevo, era una verdad a medias.

—No te dejes intimidar por todo esto. Puedo ayudarte en cuanto a cómo actuar.

—No es solo eso —respondió—. Tal vez... yo no sea la compañía más recomendable.

—Eso debería decidirlo yo. —Había cierto desafío en su voz. Parecía cansada de que otros pensaran por ella.

—Es posible que no me conozcas lo suficiente para poder juzgarme.

—Me resultas agradable.

—Vitruvia, todo el mundo sabe lo que está bien y lo que está mal. Para juzgar a alguien no te puedes basar en

eso, sino en sus actos.

—Hoy me has defendido.

La abertura de los botones de su túnica le permitía contemplar su hombro casi desnudo. Tuvo que esforzarse para prestar atención a sus palabras.

—Pegar a un desaprensivo no te hace bueno —dijo—. Tal vez solo te hace peor que él. ¿Por qué crees que pisé la boca a ese muchacho?

—Quería golpearte.

—Estaba en el suelo. Podía haberle inmovilizado.

—Entonces...

—Lo hice para demostrar al resto que soy peor que ellos —sentenció el

muchacho—. Esa gente es lo único que entiende. Ella no dejaba de mirarle a los ojos.

—Creo que lo que de verdad importa es el motivo por el que te enfrentaste a él.

—Sí, supongo que sí —respondió, con expresión vacía.

—Y si crees que no eres una buena compañía para mí, ¿por qué has venido?

La cena estuvo compuesta por siete platos —entremeses, tres entradas, dos asados y el postre— y fue, a ojos del joven, extraordinariamente opulenta. Por un momento, la mirada de Vitruvia siguió a su doncella mientras depositaba



una bandeja junto a ellos. Era probable que fuera la primera cena formal para ella y se mostraba excitada, pero también confusa, al ver que su compañera de juegos era quien la servía.

Tras degustar el bizcocho cartaginés, llegó el momento de apurar el vino de Massalia en sucesivas rondas. El ujier lo había mezclado con agua, y las copas que le sirvieron no resultaron muy fuertes, algo que él agradeció.

—Quisiera mostraros algo —  
anunció Vitruvio.

Cuando un esclavo retiró el lienzo que hasta entonces había cubierto un

bulto situado frente a los lechos, se oyó un murmullo de admiración. Era la estatua de dos figuras. Representaban a un hombre y una mujer. Ella yacía en el suelo esbozando una expresión agónica mientras él extendía el brazo, tratando de aferrar la mano de su amante. Sus formas parecían desdibujarse, mientras el hombre, reclinado sobre ella, dirigía una mirada de desesperación. El mármol había sido pintado con una paleta tenebrista, alejada del vivo colorido que caracterizaba a las esculturas.

—¿Alguien sabría decir quiénes son? —preguntó Vitruvio.

—Creo que son Orfeo y Eurídice —

respondió el primo de Campania, visiblemente complacido de sí mismo.

Conocer los avatares de la pléyade de personajes que conformaban la mitología hacía tiempo que se había convertido en una sofisticada exhibición de la propia educación. Un conocimiento elitista, desprovisto de cualquier utilidad práctica, solo al alcance de unos pocos.

—Marco, ¿conoces a Eurídice? — dijo el arquitecto.

—Lo lamento, señor. Pero no sé de quién me está hablando.

Se escucharon algunas risas apagadas, procedentes del matrimonio

de Campania.

—Muy pocos lo saben —reconoció su anfitrión—. Aunque son menos los capaces de reconocerlo. ¿Qué crees que representa esta estatua?

—Soledad —dijo—. Tristeza, la desesperación de un hombre que lo ha perdido todo.

—Crees que representa la soledad.

La expresión del arquitecto se tornó más seria.

—Vitruvia, ¿podrías...?

—Eurídice era una hermosa ninfa de Tracia —expuso su hija—. Orfeo se enamoró de ella y logró desposarla, pero la ninfa murió cuando un pastor

intentaba raptarla. Él decidió viajar hasta el Tártaro para rescatarla y, gracias al sonido de su música, consiguió que Caronte y el can Cerbero le abrieran paso hasta llegar al mismísimo Hades. Impresionado por su valor, este le permitió salir del inframundo con su esposa, a condición de que no contemplase su rostro hasta que hubieran atravesado su última puerta. Sin embargo, Orfeo no pudo contenerse y justo antes de cruzarla se giró para admirar el bello rostro de Eurídice. En ese momento, ella se convirtió de nuevo en una sombra, y él fue expulsado del Hades. Creo que la

escultura muestra ese momento.

—Así es —señaló Vitruvio—, es un encargo personal que le hice a mi viejo amigo Diógenes.

Descubrió que el anciano bajaba la vista, al sentirse el blanco de todas las miradas, y se maldijo a sí mismo. Iba a pedirle disculpas, cuando la voz de su anfitrión le interrumpió:

—A veces, cuando buscamos respuestas, solo nos quedamos en la superficie —dijo Vitruvio—. Pero existe una enorme diferencia entre comienzo, pretexto y causa, del mismo modo que no es lo mismo conocer que comprender. En este caso, el comienzo

fue el encargo a un viejo amigo; el pretexto, la historia de Orfeo y Eurídice; la causa, el vacío producido por la pérdida de una esposa.

Cuando el anciano escultor alzó la vista, se encontró ante la mirada gris de su anfitrión.

—Admirando una obra se puede comprender a su creador —prosiguió este, sin pestañear—. El arte no es más que un lenguaje hecho de emociones, y por tanto no puede basarse en el engaño. Sin honestidad, resulta imposible crear nada.

Claudia percibió la incomodidad de Marco y, depositando una mano sobre su

antebrazo, se dirigió a él en voz baja:

—Diógenes es un artista de gran talento, aunque eso no le reporte dinero. Sospecho que si en lugar de escultor fuera tendero, tendríamos la casa llena de verduras.

Había tanto afecto en sus palabras que de ningún modo podían interpretarse como una queja.

La velada había llegado a su fin, por lo que los invitados abandonaron el triclinio en dirección al atrio, dispuestos a regresar a sus hogares.

—Ha sido un placer tenerte con



nosotros, Marco —le dijo Vitruvia.

—Por favor, no olvides hacernos alguna visita —añadió su madre.

Él no respondió. A pesar de su edad, era consciente de que su expresión lo decía todo. Ya se disponía a irse, convencido de que no volvería a verlos jamás, cuando el cabeza de familia se dirigió a él con un gesto.

—Acompáñame.

Vitruvio le condujo hasta una enorme habitación situada en el ala izquierda del patio, con las paredes ocultas por estanterías repletas de rollos de papiro. En su centro, sobre una mesa, se encontraba la maqueta de una cúpula.

Dirigiéndose hacia una de las baldas, el arquitecto tomó un volumen al azar y, tras desenrollarlo, comenzó a leer en voz alta:

—«La belleza física, la riqueza y la fuerza corporal se consumen con el tiempo...» ¿Puedes continuar? —dijo, ofreciéndole el rollo.

—«... pero las brillantes producciones del espíritu son, al igual que el alma, inmortales.» —Marco concluyó la cita de memoria.

—¿Sabes leer? —le preguntó.

—No demasiado —reconoció—.

Pero a veces acudo a las lecturas públicas.

—Tienes buena memoria —murmuró el arquitecto. Le tomó del hombro y le condujo hasta la mesa—. Siempre ha sido más fácil destruir que crear, y yo he dedicado demasiado tiempo a lo primero. Serví en la Sexta Legión Ferrata, como ingeniero de artillería. Durante las guerras gálicas, participé en los asedios de Avaricum, Gergovia y Alesia; además, durante las civiles, en las batallas de Farsalia y Tapso. —Le mostró la maqueta y añadió—: Aunque esta será la gran obra de mi vida: un templo consagrado a todos los dioses, con una enorme cúpula de ciento cincuenta pies de diámetro que

representa el orbe celeste. Algún día, no sé cómo, la construiré. Mientras tanto, este es el proyecto en el que estoy trabajando...

Tras decir aquello, desenrolló sobre la mesa un plano de las siete colinas de Roma surcado por una compleja red de líneas rojas. Una de ellas, marcada con un trazo más grueso, atravesaba el foro hasta desembocar en otra azul que parecía el curso del Tíber.

—¿La cloaca Máxima? —preguntó.

—Esta ciudad necesita despojarse de su porquería, en todos los sentidos. Yo solo puedo encargarme de una parte, aunque ya habrá alguien que se ocupe

del resto. Se trata de la reforma de la cloaca Máxima: no es que sea una construcción hermosa, pero sí que es necesaria. —El arquitecto no dejaba de escrutarle—. Necesitaré un aprendiz, alguien que me ayude.

Marco tardó dos latidos en comprender el significado de sus palabras.

—¿Por qué yo? —dijo.

—¿Y por qué no? ¿Debo buscarle una razón a todo? —Vitruvio hablaba abstraído—. La naturaleza humana funciona según unas leyes muy extrañas, y durante toda mi vida he tratado de comprenderlas. Supongo que estoy harto

de hacerlo. Ahora prefiero seguir mis instintos. Si te interesa, puedes regresar mañana.

—Gracias.

Sin saber qué añadir, Marco se dio la vuelta, dispuesto a abandonar la estancia. Su gesto fue interrumpido por la voz del arquitecto:

—Muchacho...

—¿Señor?

—No pretendías ayudarla, ¿verdad?

Una vez más, su mirada gris permanecía fija en él.

—No —reconoció—. Pero ahora sí lo haría.

Vitruvio Polión asintió en silencio,

mientras su invitado cruzaba el atrio para salir a la calle a través del vestíbulo. Allí se encontró de nuevo ante el busto de Jano, dios de las puertas, de los comienzos y finales. Protector de los arquitectos.

Antes de perderse en la oscuridad, Marco escuchó de nuevo la voz de su anfitrión:

—Comienzo, pretexto y causa.  
Piensa en ello al decidir.

## XX

Cubiertos de heridas, con las ropas salpicadas de barro y sus armas abolladas y repletas de melladuras, los noventa supervivientes atravesaron la vía pretoria del campamento con paso fatigado. La mayor parte de ellos había dejado atrás sus escudos, aunque aquellos que aún lo conservaban lo exhibían con austero orgullo. A pesar del cansancio, las tachuelas de sus cáligas resonaban ásperamente sobre el suelo de gruesa grava. Solo traían consigo media docena de mulas, cuya



carga había sido abandonada para poder transportar a los heridos.

A medida que avanzaban, se fueron congregando curiosos a ambos lados de la calle. Un joven recluta los observó boquiabierto.

—¿De dónde venís? —preguntó al oírlo.

—Del Hades.

Se detuvieron justo antes de llegar al pretorio para trasladar a los heridos al hospital. Antígono ayudó a un soldado a desmontar de una mula; una improvisada venda hecha con los jirones de su propia túnica le cubría los ojos.

Dos horas antes, se habían topado

con una patrulla de *exploradores* que había acudido a reconocer su posición. El decurión de aquella turma de caballería era un tipo delgado con un fuerte acento etrusco, que los observó salir de la espesura, embobado. Tras informarle de quiénes eran, exponiendo sus nombres y unidad, él tan solo asintió en silencio. A pesar de todo, los treinta jinetes resultaron ser una compañía agradable que los escoltó durante buena parte del trayecto hasta el campamento.

Solo al sentirse completamente a salvo, Quinto exhaló todo el aire que retenía en sus pulmones, como si también quisiera desprenderse de

aquella carga.

—Quinto —dijo Marco, depositando una mano sobre su hombro.

—¿Sí?

—Tú has sido quien nos ha traído hasta aquí.

El centurión esbozó una sonrisa cansada y dirigió una mirada a Licinio Varrón: este aún se empeñaba en caminar sin ayuda, a pesar de su herida en el pecho. Antígono había hecho un buen trabajo, pero él parecía obstinarse en hacer caso omiso a todas sus indicaciones.

—¡Annio!

Una pequeña figura se abrió paso

entre los soldados y, al encontrar a quien buscaba, le abrazó con fuerza, olvidando la suciedad que le cubría, para besarlo apasionadamente. Marco sonrió para sus adentros, envidiando aquel cálido recibimiento.

Antes de que pudieran dejar su equipaje sobre el suelo, un lictor se acercó a ellos.

—El legado quiere veros.

Sentado en su cátedra, Fanio Cepión jugueteaba con el pomo de su espada. Su enorme tienda, del doble del tamaño que la de un centurión, estaba repleta de

muebles de bronce cincelado con incrustaciones de plata y el perfume del cilantro, la lavanda y el orégano de Chipre se mezclaban con el intenso aroma de la mirra. Aquel lugar constituía una pequeña porción de todo el lujo y la opulencia romana trasladada hasta el corazón de aquella agreste tierra. Sin embargo, tras cuatro días atravesando montañas con más de ciento veinte libras a la espalda, Quinto solo podía pensar en lo absurdo que resultaba haber transportado todo aquello hasta allí.

Tiberio Claudio Nerón permanecía de pie junto al legado, tan lacónico

como siempre. Un busto de mármol del *princeps* parecía vigilarlos, y las serenas facciones del dueño absoluto de la República se reflejaban en su coraza musculada de bronce.

—Te escucho —dijo el legado.

Quinto expuso todo lo que les había sucedido desde el naufragio hasta su llegada al campamento, tras atravesar todo el territorio enemigo, mientras Marco y Licinio Varrón aguardaban tras él en silencio.

Una vez terminado el relato, la bronca de su superior no se hizo esperar y el centurión no pudo reprimir un estremecimiento: había algo antinatural

en la expresión de Fanio Cepión, algo que resultaba inquietante. Era como un actor interpretando una tragedia con el rostro cubierto por una máscara cómica; su sonrisa irradiaba tanta cordialidad que resultaba más amenazadora que cualquier cosa imaginable.

—Efectivamente —dijo Cepión—, no nos quedamos en las marismas del Sauga, pues lo más importante era la premura. Al día siguiente desembarcamos en la Gran Bahía y, tras reunir al resto de las tropas, nos dirigimos hacia el sur para reunirnos con Cayo Antistio.

Sus largas uñas martilleaban la mesa

rítmicamente.

—Un gaditano vino a verme, solicitando un par de naves para vosotros —añadió al recordar—. Me habló de vuestro naufragio. Al parecer, se trataba del capitán de la nave que os había llevado hasta allí. Se mostró muy obstinado; a decir verdad, su actitud rayaba la insubordinación. Sin embargo, no podíamos prescindir de más barcos y le ordené que se reuniera con el resto de la flota, para mantener una línea de suministros desde Aquitania.

Esta vez habló con el ceño fruncido, como si fuera algo personal contra él. Quinto se dio cuenta de que aquello no



era más que una continuación de su conversación en los *principia* de Burdigala, poco antes de zarpar. Ahora lo peor que podía haberles pasado era precisamente haber tenido razón: aquello era algo que su superior no le perdonaría jamás.

—Habéis desobedecido órdenes — espetó el legado a modo de conclusión —. ¿Qué tenéis que decir al respecto?

—Tomamos tierra para auxiliar a las otras dos centurias —contestó Quinto.

Al mirarle a los ojos, descubrió que aquel argumento no serviría para nada.

Tres siglos atrás, al cónsul Tito Manlio Torcuato le fue entregado el

mando de un ejército destinado a combatir a los latinos. Para incentivar la disciplina, ordenó que todo soldado que abandonara la formación durante el combate fuera castigado con la pena de muerte. No obstante, en el transcurso de una refriega, un jinete provocó a su hijo hasta que este aceptó participar en un duelo; cuando regresó al campamento cargado con el cadáver de su enemigo, su padre ordenó que lo mataran. Durante trescientos años, aquella historia había sido repetida una y otra vez, como ejemplo de disciplina. No importaba el éxito de una acción militar ni el valor demostrado: en el ejército romano lo

único importante era obedecer las órdenes.

—¿No visteis la señal de vuestra nave capitana ordenándoos continuar?

—La pregunta de Cepión estaba envenenada, e iba dirigida al otro centurión.

Quinto intercambió una mirada con Licinio Varrón. Este tragó saliva antes de contestar:

—Señor, la mar estaba picada y el mal tiempo restaba mucha visibilidad. Ninguno de nosotros vio la señal.

Aquello pareció desilusionarlo. Por primera vez, Tiberio se dirigió a ellos:

—Entonces, os habéis topado con

Corocuta.

—Así es —respondió Quinto.

El joven patricio se dirigió al legado.

—Creo que, a pesar de todo, estos hombres traen consigo una información muy valiosa. No solo acerca del aspecto de un líder enemigo, por el cual el *princeps* ha ofrecido una recompensa, sino también sobre su modo de combatir.

—¿Eso crees? —murmuró Cepión.

—De hecho, considero que el *pilus prior* Quinto Celio debería redactar un informe para remitirlo al alto mando. Si os parece bien, por supuesto...

Quinto pudo leer entre líneas. Era

obvio que aquella solicitud iba dirigida a su superior, pero también que resultaba totalmente innecesaria. Para él, Fanio Cepión solo era un simple advenedizo venido a más y, a pesar de su juventud, como hijastro de Octavio se encontraba muy por encima de él. Aun habiendo medrado gracias a los caprichosos vaivenes políticos de la agonizante República, Cepión jamás sería considerado uno de los nobles y eso era algo que ambos sabían.

El legado asintió con indiferencia antes de preguntar a Marco:

—¿Y qué es lo que destacarías de nuestros oponentes?

—Creo que no deberíamos subestimarlos —respondió.

Cepión apenas reprimió un gesto condescendiente, pero el tribuno laticlavio se acomodó sobre el respaldo de un asiento para escucharle.

—Explícate.

—La fuerza de un ejército se basa en cuatro factores: la calidad de sus armas, su entrenamiento, su táctica y su motivación —dijo—. A pesar de que la mayoría no cuenta con armaduras, las espadas de los hispanos son excelentes, han copiado nuestras tácticas en formación abierta y son capaces de combatir en falange. Les falta orden,

pero no disciplina, y en la lucha cuerpo a cuerpo son unos adversarios extraordinarios. Sus mandos obran con inteligencia y pragmatismo, aunque su falta de entrenamiento en maniobras a gran escala hace que sus tácticas sean muy simples.

—¿Y qué hay de la motivación?

—Ellos defienden su tierra.

Durante unos instantes, ambos se observaron.

—¿Qué opinas de Corocuta? —le preguntó el legado.

—Es un líder nato —respondió, sin titubeos—. Alguien que ejerce una enorme fascinación sobre sus hombres.

Un hombre que afronta sus mismos peligros y penalidades, y les da un ejemplo que seguir. Alguien que demuestra empatía hacia ellos y es capaz de conocer todos sus miedos y deseos. Alguien que lucha por una causa en la que cree fervientemente y que logra que todos estén dispuestos a morir por ella.

«Alguien totalmente distinto a ti», concluyó. De inmediato se dio cuenta de que Tiberio había podido leer sus pensamientos.

—Es un héroe —añadió el patricio.

—Los héroes no existen.

El joven miembro de la familia



imperial sonrió.

—No menosprecies el talento de nuestros literatos. Mecenas se sentiría muy ofendido si te oyera, pues se diría que su dinero no está bien empleado.

Aquella alusión a uno de los hombres de confianza del *princeps* parecía más bien alguna clase de broma privada. Entonces, como si acabara de recordar algo, el legado centró de nuevo su atención en él.

—Una cosa más... ¿Qué sabes sobre prospección minera?

—Solo cuento con algunas nociones básicas —respondió Marco—. Hemos visto unas minas de hierro junto a la

bahía.

—A partir de ahora deberás tener los ojos bien abiertos e informarme sobre cualquier pista de que hay oro en la zona —dijo Cepión.

Él tan solo asintió. Hispania era una tierra famosa por su riqueza minera, y los astures llevaban décadas entregando oro a los comerciantes romanos a cambio de sus productos, por lo que se intuía que en sus montañas debía de existir una importante cantidad de ese metal. Se palpaba el fin de la guerra, y aunque la explotación del oro siempre se había encontrado en manos de sociedades de publicanos, previo pago

de una concesión al Estado, Octavio había decidido que ahora dependería directamente de él.

—Para descubrir una veta es preciso cribar el lecho de los ríos —se excusó—. No creo que tenga oportunidad de....

—El oro solo tiene una utilidad: alimentar la vanidad de los hombres —concluyó el legado—. Si esos bárbaros lo tienen, créeme, no te será difícil averiguarlo. Ahora puedes irte..., y no olvides redactar ese informe, centurión.

Cuando los soldados abandonaron la tienda, Licinio Varrón se llevó una mano

al pecho y cayó de rodillas, con expresión agónica. Ante sus superiores, había soportado el dolor con estoicismo, pero ahora debía resultarle terrible.

Antígono los aguardaba en la puerta y se aproximó a él para ayudarle, pero el centurión reaccionó con violencia.

—Apártate de mí, maldito afeminado —espetó, alzando la voz para que todos pudieran oírle—. ¿O es que crees que si logras sanarme me voy a sentir en deuda contigo?

El médico le observó mientras se levantaba con dificultad. En su mirada había más piedad que enfado.

—Creo que deberías dejar que te

eche un vistazo —le respondió—. Y no te preocupes: solo lo hago porque forma parte de mi trabajo. No espero tu gratitud.

—Supongo que me considerarás un egoísta —se burló él.

—Si fueras un egoísta, me dejarías ver tus heridas. Negándote, solo demuestras ser un estúpido.

El centurión enrojeció de ira.

—Escúchame bien, maricón...

Varrón aferró al médico por el cuello. Niñato trató de detenerlo, pero fue derribado de un fuerte empujón. Marco y Quinto tuvieron que tirar de él, para separarlos. A pesar de estar herido,

les costó mucho trabajo.

—¡Varrón! —gritó Quinto—. ¡Basta ya!

El aludido pareció calmarse. Tras dirigirles una última mirada de resentimiento, se alejó cojeando.

—¿Estás bien? —preguntó Marco.

—Sí, no te preocupes —respondió el griego—. Será mejor que nos reunamos con el resto.

Caminaron por la vía principal en dirección a las tabernas. A pesar de encontrarse en pleno territorio enemigo, el campamento parecía envuelto por una apacible quietud.

—¿Por qué debemos salvar la vida a

alguien que nos trata así? —dijo Niñato.

El médico apoyó una mano sobre su hombro.

—En ocasiones, me he visto obligado a decidir quién debe vivir y quién debe morir. Y créeme, no es nada fácil —le dijo—. En realidad, Licinio Varrón y yo no somos tan distintos. Él actúa así porque es el único modo que encuentra para sentirse bien consigo mismo. Yo obro de una forma muy diferente, aunque por el mismo motivo.

—No es justo.

—Tal vez no —reconoció—. Pero es cada cual quien construye su propia vida y se convierte en lo que es con

cada paso que da y con cada decisión que toma. Y eso sí que es justo.

Entonces Marco recordó una de esas decisiones.

—Ante el legado, parecía que Varrón estaba de nuestra parte —dijo—. ¿Por qué ahora...?

—No des demasiada importancia a su noble gesto —manifestó Quinto, irónico—. Poco antes de llegar, acordamos un pacto de no agresión. Un simple *quid pro quo*: si nosotros no decimos nada sobre su estupidez en la retirada fingida, él no dirá nada sobre nuestra desobediencia a las órdenes del legado.



—¿Y hasta cuándo se mantendrá ese pacto?

—Supongo que hasta que encuentre algo más que usar en nuestra contra — contestó el centurión, que se encogió de hombros.

Tal y como esperaban, sus camaradas se habían sentado en torno a una mesa en la taberna de Barbato, una enorme y mugrienta tienda de campaña repleta de ánforas y *dolias* amontonadas desordenadamente sobre el suelo. Con Lesbia sentada sobre su regazo, Annio recitaba: «Un tracio ostenta hoy el brillante escudo que abandoné de mal grado en un arbusto. Pero salvé la vida.

¿Qué me importa ese escudo? Ahora compraré otro aún mejor».

Al finalizar, alzó su vaso con un gesto solemne. Su rostro salpicado de marcas de viruela había cobrado una inusual seriedad:

—Por la muerte en combate.

Todos guardaron un respetuoso silencio. Tras aquella demencial marcha en la que habían atravesado el territorio enemigo, su acostumbrado brindis adquiriría un nuevo significado. Se había convertido en un homenaje a todos sus compañeros caídos, cuyos cuerpos sin vida habían dejado atrás.

Marco tomó una copa y se sentó a su

lado.

—Por la muerte en combate — repitió, antes de apurarla de un único trago, y seguidamente todos le imitaron.

Supuso que el precio de aquella ronda debía de ser abusivo, pero para pagarlo Annio había entregado al tabernero un fragmento de un torque de bronce, tomado del cadáver de un enemigo.

Mientras llenaban sus vasos de nuevo, el hombrecillo se volvió a dirigir a ellos.

—Ahora quisiera anunciaros algo, y para variar será una buena noticia: Lesbia y yo vamos a formalizar nuestra

relación. A partir de hoy, dejará de trabajar en este maldito tugurio.

La nueva fue recibida por un coro de felicitaciones y comentarios sarcásticos. Aunque los legionarios tenían prohibido casarse, muchos contaban con una pareja estable con la que legalizaban su situación una vez finalizado el periodo de servicio.

—Felicidades, de verdad que no te la mereces —dijo Antígono.

—Tenéis que contarme cómo habéis logrado llegar hasta aquí —manifestó Lesbia—. Ha tenido que ser toda una aventura.

—Fue una auténtica pesadilla —

respondió Annio—. Es lo único que puedo decirte.

—Las aventuras solo se ven como tales cuando el tiempo te otorga perspectiva —añadió Niñato.

—Sí, así logras encontrarles un sentido —concluyó el mensor—. ¿Cómo fue vuestro viaje?

—Zarpamos un par de días después de vosotros, y por ello no nos sorprendió el mal tiempo —aseguró Lesbia—. La Gran Bahía es un lugar hermoso. Al menos, cuando el cielo está despejado...

Hizo un gesto vago, dando a entender que en realidad no tenía mucho

más que contar.

—Avanzamos hacia el sur sin que se atrevieran a atacarnos —añadió, con un encogimiento de hombros.

—Nosotros no podemos decir lo mismo —gruñó Annio.

—Pero ahora parece que el legado se ha mostrado muy generoso con vosotros —continuó la mujer—. Con toda esta comida tal vez quiera recompensaros.

—Informaron al jefe de intendencia de que habían llegado tres centurias, y el muy imbécil trajo provisiones para doscientos cuarenta hombres —masculló el hombrecillo.

Se creó un nuevo silencio.

—En cambio, solo somos la tercera parte —añadió al fin—. Le aseguré que repartiríamos el tocino, el queso y los guisantes con los que no estaban presentes. Las raciones son miserables, aunque salimos a tres por cabeza.

—Pronto lo descubrirá —le advirtió Quinto.

—Entonces lo vomitaré todo, si así lo desea —respondió él—. Pero ahora me muero de hambre. ¡Ah!, también han traído nuestras tiendas de campaña y los bagajes que dejamos en la *Juno*.

—Por cierto, Marco —añadió Lesbia—, en Burdigala me entregaron

esta carta para ti.

El mensor tomó el papiro que le ofrecía, sorprendido. Fue algo que a Quinto no le pasó desapercibido, pues sabía que hacía tiempo que su amigo no recibía ninguna carta.

El centurión se sentía intrigado acerca de la identidad del patrón de Vitruvio, algo que Marco se había negado a decirle. Desde hacía años sospechaba que debía de ser una persona influyente, pero lo ocurrido a lo largo del último mes probaba hasta qué punto lo era. Le había solicitado que escribiera a su padre adoptivo con la esperanza de que pudiera añadir algo a



su favor en la balanza de poder que constituía la política de ascensos. Como mucho, esperaba que contribuyera a conseguir el cargo de *pilus prior*, pero jamás hubiera imaginado que pudiera detener la meteórica ascensión de Fanio Cepión tras sus éxitos en la Galia, pues se encontraba muy bien relacionado dentro del régimen.

Sin embargo, el legado había permanecido en su puesto; le habían concedido una condecoración para maquillar aquel duro revés. Quinto no tenía ninguna duda acerca de qué había sido el causante de aquello. El poder de su familia era muy limitado, o al menos

poco tenía que hacer frente a las influencias de Cepión. Por tanto, la responsabilidad de lo sucedido solo podía recaer en aquella carta redactada por Marco, que Vitruvio Polión habría reenviado a su patrón. Aquello suponía una maniobra de tal calibre que solo podía significar que su destinatario se encontraba en la corte imperial.

Quinto se sintió invadido por un extraño vértigo ante la idea de que su nombre hubiera sido pronunciado por alguien próximo al dueño absoluto de la República. Pero también estaba convencido de que Cepión jamás se lo perdonaría, y no podía olvidar su

mirada al contemplar a aquellos prisioneros de guerra que estaban siendo brutalmente azotados. Era consciente de que favores como el que había recibido constituían un arma de doble filo, algo que siempre trae consigo alguna contrapartida. Por tanto, no se veía en absoluto respaldado por un poder superior: más bien se sentía como una ficha más dispuesta sobre un tablero; como una pieza que podía ser sacrificada en cualquier momento. Entonces, se encontró ante la mirada inquisitiva de su amigo.

«Maldita sea, he estado observándole como un idiota.»

El *armamentarium* se encontraba en el centro del campamento, próximo al pretorio, una sucesión de enormes tiendas de campaña que hacían las veces de almacenes de armas y talleres. Estaban dispuestas en torno a un patio central que apestaba a leña quemada y sudor. El optión pasó junto a una pareja de herreros que martilleaban una ennegrecida barra de metal sobre un pequeño yunque, mientras sus ayudantes accionaban la pareja de fuelles que hacían arder el carbón vegetal. Cerca de la entrada, las cuadrillas de carpinteros combaban las capas de madera encolada

para construir nuevos escudos.

El lugar solo era una modesta tienda en el extremo del patio, en cuyo interior un distraído burócrata tomaba apuntes en unas tablillas de madera recubiertas de cera. Canoso y entrado en años, con una nariz aguileña que descollaba como un gancho entre sus pómulos hundidos, su aspecto era pusilánime, una imagen enfatizada por su extremada delgadez y el olor dulzón de su perfume.

El opción se dirigió hacia él con paso fatigado y, por un momento, el burócrata alzó la vista para observarle, sin poder ocultar su curiosidad. Aunque su ropa aún permanecía cubierta de

sangre, aquel tipo no parecía extrañado por ello; sin duda la noticia de su llegada circulaba ya por todo el campamento.

—Necesitamos treinta escudos, ochenta pilos, ocho cotas de malla, un par de yelmos y una docena de espadas —dijo el opción, sin más preámbulo.

—No hay problema, pero ya sabes que su coste se os descontará del sueldo. Aquí tienes la lista de precios —respondió, entregándole una tablilla de madera.

El opción apenas sabía leer, pero con el tiempo había aprendido a reconocer algunas palabras, y desde luego era

capaz de comprender muy bien los números.

—Esto es... abusivo —masculló.

Aquel disparatado precio solo podía significar una cosa: la sociedad de Emilio Arvina se llevaría una generosa comisión por la venta. Se sintió furioso, por primera vez en muchos años. Una ira que ni tan siquiera habían despertado en él sus enemigos, pues al fin y al cabo ellos solo hacían lo que se esperaba que hicieran. Más de la mitad de sus compañeros habían muerto para poder llegar hasta allí, sin que a ninguno de esos malditos burócratas le importara lo más mínimo, y ahora pretendían hacer

negocio a costa de los supervivientes.

Cuando le miró directamente a los ojos, supo que el otro hombre podía imaginar lo que estaba pensando.

—Ya sabes quién ha establecido la cantidad. Si no os gusta, siempre podéis combatir sin armas —dijo, con sorna—. ¿Has probado a recibir una puñalada en el pecho sin llevar cota de malla?

—No. Pero si vuelves a hablarme de ese modo, lo harás.

En un instante, por el rostro del contable desfilaron la sorpresa, el miedo, la duda y, finalmente, el pánico.

—¿Ocurre algo? —dijo una voz a su espalda.



El opción se giró para ver quién le hablaba. Era un soldado alto y corpulento, de cejas pobladas y expresión desafiante. Vestía ropas de calidad, de la que destacaba una ostentosa capa de color escarlata: era un *beneficiarius*, uno de los hombres que Fanio Cepión había elegido para formar su Estado Mayor. Eran un reducido grupo de privilegiados que, al mismo tiempo, constituían su guardia personal; soldados que hacía tiempo que habían dejado de pisar el campo de batalla para desempeñar otras tareas más acomodadas, muchas veces a costa de sus propios compañeros.

—Sí, tu puñal —dijo el opción—. Si lo llevas así, oculto en la espalda, y tu adversario es diestro, te encontrarás con una cuchillada en las tripas antes de que puedas desenfundarlo.

El recién llegado dio un respingo. Cuando habló, parecía masticar arena.

—No puedes...

—Todo el mundo me dice que no puedo —respondió el opción—. Me dicen que más allá de una batalla o de la arena de un anfiteatro no está bien matar a un hombre; que no puedo añadir una muesca más a la empuñadura de mi arma solo por unas palabras necias.

Dio dos pasos en su dirección, y el

*beneficiarius* no pudo evitar dirigir la mirada hacia su *gladius*. El pomo estaba surcado por una serie de incisiones concéntricas.

—Pero yo les digo que eso es lo que me han enseñado a hacer, durante años —continuó, sin dejar de observarle—. Que eso es lo que ellos mismos esperan que haga, cuando les conviene. Que yo no soy una bestia que puedan manejar a su antojo, como un perro amaestrado.

Se plantó frente a él, hasta que casi pudo sentir su aliento en la cara.

—Acabo de atravesar el territorio enemigo, dejando a centenares de cadáveres atrás. Otro más no tendría

ninguna importancia. Por eso, o estás dispuesto a desenfundar ese puñal, o mejor apártate de mi camino.

Para entonces, el otro hombre estaba convencido de que se encontraba ante un lunático, así que no dudó en hacerse a un lado y dejarle el paso libre hacia la puerta.

Antes de marcharse, el opción se dirigió de nuevo al oficinista:

—Las armas deberán estar en nuestro campamento mañana a primera hora.

## XXI

Las tubas resonaron justo antes de despuntar el alba. Todos los legionarios corrieron a recoger sus petates para desmontar las tiendas. El oficial del *armamentarium* les había traído el equipo nuevo, que fue inspeccionado por sus futuros dueños con suspicacia. Pese a todo, Marco se sentía de buen humor. Moler el grano para el pan del desayuno y limpiar sus armas constituía una agradable rutina que le hacía sentir de nuevo en casa. La comida caliente y el dormir de nuevo en una tienda

cubierto por mantas suponía una considerable mejora con respecto a los últimos días.

Un nuevo toque de las trompas de guerra les ordenó cargar todos los bagajes sobre las mulas. Algunos soldados derribaron el terraplén, colmatando las fosas, e incendiaron las estructuras de madera para evitar que el enemigo pudiera reutilizarlas. Mientras tanto, el resto permaneció en formación.

—¿Dónde está Annio? —preguntó un nuevo compañero de contubernio. Era un soldado rubio recién adscrito a su unidad, que al parecer se mostraba impaciente por partir.

—Lesbia le habrá entreteniendo, ya la conocéis —respondió el opción.

—Sí. En la cohorte todos conocemos bien a Lesbia, muy a fondo —añadió él, irónico.

El opción retorció su muñeca hasta inmovilizarle el brazo y extrajo su puñal de la funda para apuntarle con él al cuello.

—Si vuelves a hablar así de la mujer de mi amigo, te mato —masculló—. ¿Me has entendido?

—Sí, sí —murmuró el legionario, aterrorizado.

Marco apoyó una mano sobre el hombro de su camarada. Bastó aquel

gesto para que se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

«Esta maldita guerra nos va a volver locos a todos.»

—¿Te pasa algo? —le preguntó.

—Es... Valerio Níger —confesó el opción en voz baja—. He preguntado por él y, al parecer, nadie sabe dónde está. La nave que transportaba a su unidad no llegó al punto de desembarco. Es posible que se hundiera a causa de la tormenta.

—Tal vez pudieron desembarcar en otro lugar. A nosotros nos pasó lo mismo y estamos vivos.

—Sí, tienes razón —respondió.



Una tercera señal les anunció que debían partir. Tiberio, como tribuno laticlavio, abandonó la vanguardia de la columna para gritar a sus hombres con todas sus fuerzas, mientras recorría la línea al galope:

—¿Estáis dispuestos a luchar?

Un rugido ensordecedor resonó a modo de respuesta. El noble repitió aquella pregunta dos veces más y obtuvo una ovación idéntica, y tras ello todos se pusieron en marcha en perfecto orden. Marco se dispuso a montar el caballo que le había sido entregado. Lucía un hermoso pelaje pálido y era muy rápido, razón por la cual había decidido

llamarle *Mercurio*.

—¿Qué se siente al recuperar tu antiguo puesto?

Quinto había acudido para despedirse de él. Ahora su misión consistía en marchar junto a una patrulla de *exploradores* para reconocer el terreno por delante del grueso de la columna, en busca de posibles emplazamientos para el próximo campamento.

—Va a ser complicado —reconoció—. Atravesar territorio enemigo es arriesgado, más aún en estas circunstancias.

—Nos veremos antes del anochecer

—dijo el centurión—. Cuídate.

Marco saltó sobre la silla y picó espuelas, encaminándose hacia las puertas, gracias a lo cual pudo estudiar la disposición del ejército. La caballería germana había sido desplegada en vanguardia, y tras ella avanzaban los auxiliares hispanos. El grueso de la formación estaba compuesto por los legionarios, las acémilas con la artillería y los bagajes. Por último, el resto de las cohortes auxiliares precedían a los ciento veinte jinetes romanos que cerraban la marcha, mientras los escaramuzadores avanzaban por ambos lados, flanqueando al resto.

De este modo, los jinetes y las tropas ligeras, dotados de mayor movilidad, reconocían el terreno, y bastaba con que la columna girase a un lado u otro para encontrarse en una formación de batalla al uso.

Aunque podían recorrer veinticinco millas diarias forzando marchas, el avance de un ejército como aquel acostumbraba a ser mucho más lento, por lo que normalmente apenas alcanzaban la mitad de esa distancia. La estrechez de las sendas de aquella tierra dificultaba mucho su avance y, en esas condiciones, siempre se es muy vulnerable a un ataque, incluso ante un

escaso número de enemigos. En ocasiones, si un contingente excedía de tres legiones con sus auxiliares, la vanguardia de la columna podía llegar al destino antes de que la retaguardia hubiera abandonado el campamento.

Al pasar junto al tren de bagajes, Marco descubrió que su caballo cojeaba y tuvo que descabalgár para inspeccionarle los cascos. Entonces se le acercó un hombre de baja estatura y complexión robusta, rostro achatado y ojos rasgados. Su cráneo, grotescamente alargado, se prolongaba hacia atrás hasta adoptar la forma de un tubérculo. Se decía que los pueblos de las estepas

acostumbraban a vender las cabezas de los niños elegidos por los dioses, para producirles aquella repulsiva deformación. Bajo su caftán de piel, llevaba una túnica de seda verde con una serpiente negra bordada; un tatuaje de un extra-ño felino de manchas rayadas asomaba por debajo de un grueso collar de oro.

Aquel extraño individuo tomó una de las patas del caballo y observó las suelas de hierro que, atadas con correas, protegían los cascos.

—Tiene una pequeña herida aquí que puede infectarse —dijo, palpando la pezuña.

—Procuro que lleve puestas las *soleæ* —comentó Marco, con el ceño fruncido.

—Las moscas —respondió él—. Si está rodeado de ellas, utilizará sus patas para intentar ahuyentarlas y, a fuerza de golpear el suelo, terminará aflojando las correas. Si el establo está lleno de estiércol y paja podrida, se le infectarán los cascos.

Tras decir aquello, tomó la cabeza del animal para murmurar en su oído una sucesión de extrañas palabras.

—Es un buen caballo —añadió—. Es una lástima que tenga un pésimo dueño. En nuestro pueblo, la dignidad de

un hombre se mide por el modo en que trata a sus monturas.

El mensor tomó las riendas de *Mercurio*, dispuesto a marcharse.

—Gracias por el consejo.

—¿Eres Marco Vitruvio?

Experimentó una extraña inquietud al descubrir que aquel sujeto sabía su nombre. Fue algo que le hizo ponerse en alerta.

—¿Y quién lo pregunta?

—Dicen que le has visto — prosiguió el bárbaro.

—¿A quién?

—A Corocuta —aclaró—. También dicen que sabes dibujar. Podría pagarte



por un retrato suyo.

Se trataba de un cazarrecompensas, un asesino a sueldo. Los doscientos cincuenta mil denarios por la cabeza de un solo hombre habían atraído a infinidad de buscavidas, aunque encontrar el rostro que se ocultaba tras su nombre no debía ser tarea fácil.

—Mi nombre es Arifarnes —dijo al fin el bárbaro.

Marco ya le había dado la espalda.

—Gracias por tu ayuda, Arifarnes —respondió, antes de irse—. A partir de ahora, procuraré que el establo se encuentre limpio.

En su misión le acompañaba la misma turba de caballería con la que se habían topado dos días atrás. Esta vez su delgado decurión de acento etrusco se mostraba mucho más locuaz. Tras toda una mañana de marcha, Marco ya sabía incluso su nombre.

Cabalgaron con precaución hacia el norte y atravesaron una angosta garganta hasta dejar el valle atrás. A ambos lados de la senda embarrada que avanzaba junto a un río, el bosque permanecía en completo silencio, y aquello resultaba mucho más amenazador que cualquier otra cosa imaginable. La cordillera se interrumpió de un modo abrupto para

dar paso a una amplia extensión de bosques y praderíos; era un lugar propicio para la agricultura, y abundaban las granjas. Era un verde paisaje que se asemejaba a la Galia, excepto porque allí el sol no se mostraba tan perezoso y, sobre todo, por la existencia de aquellas montañas que retenían las nubes llegadas desde el océano e impedían que vertieran el agua que llevaban a la meseta que se extendía más allá.

Ocho millas por delante de las unidades de *procuratores*, los escaramuzadores a caballo habían pasado toda la mañana recorriendo

granjas y aldeas, aunque siempre las encontraban vacías. Las cabañas estaban abandonadas. En su interior solo había algunos cestos y recipientes de cerámica desperdigados, y algunos hogares aún despedían humo. Incluso los excrementos del ganado todavía estaban calientes, pero ni rastro de vida. Marco comenzaba a creer que aquella tierra estaba deshabitada y que todas esas chozas habían sido construidas por los genios del bosque.

Una pronunciada pendiente los condujo a la cresta de una colina. Llegaron a un claro en la densa arboleda, lo cual les permitió

contemplar el territorio que tenían a su alrededor. Frente a ellos, había una cumbre de forma ovalada, con la cima completamente llana, como una bandeja a la que se le ha dado la vuelta. Rodeada por un perímetro de empalizadas, su interior se encontraba abarrotado de cabañas de techumbre de paja, de las que ascendían las estelas del humo de los hogares. A los pies de aquel gran castro corría aquel río llegado desde las montañas, cuyas aguas fluían poco a poco en dirección al mar tras unirse con las de otro no muy lejos de allí, atravesando una llanura salpicada de caseríos. A esas alturas,

toda su población seguramente se habría refugiado tras los muros. Pudieron divisar una pequeña granja no muy lejos de allí donde aún parecía haber señales de vida.

—Según el mapa, ese nuevo río es el Salia —aseguró Marco—. Su desembocadura forma un puerto natural, llamado Portus Blendium.

—¿Quiénes son los blendios? —preguntó el decurión.

—La tribu en cuyo territorio nos encontramos.

Sin duda, aquel era su objetivo. A pesar de que el peligro aumentaba a medida que se aproximaban al enorme

poblado, Marco recorrió la cumbre a caballo hasta encontrar una zona desprovista de árboles, situada justo frente a él. Separados por el río, ambos emplazamientos estarían en continuo contacto visual, a varias millas de distancia.

Envió un mensajero para informar de su descubrimiento. Con la ayuda de media docena de jinetes, se dispuso a medir el terreno. Trascurrieron un par de horas antes de que llegara Tiberio. Al ver aparecer al tribuno laticlavio sin apenas escolta, se sintió extrañado, pues no era normal que alguien de su rango se aventurara hasta una posición tan

avanzada y se alejara del grueso del ejército.

—Una buena elección —dijo Tiberio, nada más desmontar.

—Me he tomado la libertad de hacer algunas mediciones —manifestó Marco, que le entregó el plano que acababa de esbozar—. Pensé que tal vez podríamos construir el campamento aquí, con la puerta pretoria orientada hacia el oeste.

—Sí, estoy de acuerdo —murmuró él, mientras observaba el dibujo trazado por su cálamo.

Una expresión de respeto. Marco sabía que, en general, apenas se tomaban unas rápidas anotaciones antes de



construir un campamento de campaña; sin embargo, él había medido minuciosamente el terreno.

—Excelente, tienes muy buena mano —dijo, devolviéndole el plano—. Se nota que has tenido un buen maestro.

Él asintió mientras enrollaba el papiro para introducirlo en el tubo de madera que colgaba de su hombro. Al cerrarlo, por un momento observó sus manos, encallecidas y llenas de cicatrices a causa de empuñar la espada. Tenía los nudillos en carne viva.

—Por cierto, ¿cómo se encuentra tu padre? —le preguntó su superior.

Era habitual que los ingenieros

militares hubieran oído hablar de él; sin embargo, le extrañó que aquel joven lo conociera. Recordó que Tiberio era aficionado a las letras y amante declarado de la escultura griega.

—Bien, muy animado —respondió—. En su última carta me ha dicho que acaba de publicar otro libro de su tratado *De arquitectura*.

—Lo sé, estoy ansioso por leerlo. Ese será, junto al Panteón, un legado que le hará pasar a la posteridad.

«¿A él o a su patrón?», reflexionó con amargura. ¿Quién era el auténtico creador de un edificio, aquel que lo diseñaba o quien aportaba el dinero

para construirlo?

—Hasta ahora, nuestro arte ha sido deudor del griego —añadió Tiberio—, pero hombres como él harán que nuestra civilización sea inmortal. ¿Añadirá más libros?

—Creo que sí —respondió Marco—. En realidad, se trata de una recopilación de las notas que ha ido redactando durante años, a lo largo de sus viajes.

Estuvo tentado de añadir que él mismo las había pasado a limpio, pero temía dar la impresión de que trataba de atribuirse méritos sobre una obra en la que él, en realidad, tan solo había

colaborado como escriba.

—Vitruvio Polión es un hombre extraordinario —concluyó Tiberio.

—Lo es en muchos aspectos —corroboró él, con orgullo. Se encaminaron hacia la senda que los había conducido hacia allí.

—¿Tienes intención de seguir sus pasos? —le preguntó.

—La verdad es que últimamente no he pensado demasiado en mi futuro. Hace años soñaba con ser arquitecto o escultor, pero ingresé en el ejército, y ahora...

—Ahora te conformas con sobrevivir.

—Supongo que sí —admitió.

«Comienzo, pretexto y causa.»

Recordó aquellas palabras de su padre adoptivo, tomadas de un historiador griego llamado Polibio.

—Entonces, procura mantenerte con vida —añadió el tribuno.

—Nuestro enemigo es peligroso, pero pronto lograremos vencerlo.

Aquel adolescente le observó antes de contestar:

—No me refería a esos bárbaros.

La retaguardia de la columna llegó poco antes del anochecer. Los auxiliares y la caballería crearon un perímetro defensivo en torno a la cumbre, y una

tercera parte de los legionarios formó tras ellos para proteger al resto de sus compañeros, que, sin despojarse de las armaduras, emplearon sus zapapicos para excavar la fosa bajo la atenta mirada de los centuriones. A causa de la proximidad del enemigo, iba a ser de seis pies de profundidad, con un terraplén proporcional. El entorno boscoso les suministró una ingente cantidad de ramas para reforzar las defensas, y con ellas construyeron una maraña de horquillas afiladas clavadas firmemente al suelo y apuntando hacia el exterior.

Durante un par de horas, la Centuria

Celio trabajó en el tramo que les habían asignado. Cuando las obras parecían ir por el buen camino, Marco se dirigió hacia el lugar más elevado del promontorio, donde se habían hincado los estandartes para montar la tienda del legado, formando así el pretorio y los *principia*. Había recibido la orden de presentarse allí en cuanto le fuera posible, y no deseaba hacer esperar a Fanio Cepión. Pronto descubrió que en el interior de la lujosa carpa también se encontraba Tiberio, junto al primipilo Voconio Mauro y varios tribunos angusticlavios.

Los oficiales permanecían de pie en

torno a una mesa, sin levantar la vista de un mapa desenrollado sobre ella. Al observar su ceñuda expresión, fue consciente de que llevaban varios días actuando sin ninguna estrategia predefinida. Aquel papiro tan solo mostraba algunos detalles de la periferia de Cantabria; sin embargo, más allá de las ciudades del sur y de la estrecha franja costera, el interior permanecía completamente en blanco.

Se estaban moviendo a ciegas.

Las guerras acostumbraban a iniciarse en primavera, cuando un ejército avanzaba en busca del enemigo y se enfrentaba a él en una batalla a



campo abierto que decidía el control sobre un amplio territorio. En un país civilizado, habrían tratado de conquistar alguna ciudad importante en función de su interés estratégico. Sin embargo, los hispanos desmenuzaban la guerra en multitud de escaramuzas y batallas campales que parecían no tener fin, sin detenerse ni tan siquiera durante el invierno. Por ese motivo, Polibio había comparado la guerra contra los celtíberos con un incendio en el bosque: cuando parece sofocado en un punto, inmediatamente resurge en otro, con aún más intensidad.

—Ese castro tal vez sea la capital de

los blendios —expuso Cepión—. Los exploradores nos informaron de que allí se está reuniendo un ejército. Por eso cambié de planes y decidí avanzar hacia el norte...

—¿Van a presentar batalla? —preguntó Marco.

—Más bien se diría que tratan de rehurla mientras les sea posible —consideró Tiberio—. El estado de la mar no es bueno, lo cual hace peligrar nuestros suministros. Nos estamos quedando sin víveres y, de algún modo, ellos lo saben.

—Diez mil hombres consumen a diario una cantidad enorme de trigo. —

Cepión solo repetía una conversación que ya había tenido lugar días atrás—. Aunque eso no supondría un problema si no fuera por la incompetencia de nuestros forrajeadores.

—Con su guerrilla, los bárbaros hacen imposible su labor —repuso Tiberio—. Y a nuestro paso, únicamente nos encontramos con granjas vacías.

—Saben que tenemos ventaja en un enfrentamiento a campo abierto, y que el tiempo corre en nuestra contra —concluyó el legado, dando por zanjada la cuestión.

—Entonces, ¿cómo podremos forzarles a presentar batalla? —preguntó

Marco.

—Dijiste que habías visto una pequeña granja cuyos habitantes no habían huido —dijo el legado.

—Así es.

—Excelente.

Aquella sonrisa hizo que se le erizara el vello.

Los lugareños trataron de cerrar las puertas de la empalizada, pero ya era demasiado tarde: cuando los auxiliares germanos escalaron aquella modesta defensa y dieron buena cuenta de los escasos hombres armados que les

hicieron frente, pudieron abrir las puertas a los legionarios. Aquel puñado de campesinos enseguida se vieron rodeados y superados en número, por lo que rápidamente los redujeron.

Marco acompañaba a Fanio Cepión para hacer de intérprete. Había transcurrido buena parte del trayecto sin que intercambiaran más de un par de palabras. En alguna ocasión, le descubrió observándole fijamente, y a partir de entonces procuró no darle la espalda. Su superior siempre iba acompañado de cuatro *beneficarii* y de una veintena de germanos, que destacaban sobre sus propios

compatriotas por su fiereza. Todos parecían demostrarle una lealtad ciega.

—Son ubios, amigos de Roma —había dicho Quinto.

El opción escupió al suelo.

—Antes preferiría tener a una hiena como amigo —gruñó.

Para los itálicos, los germanos constituían la quintaesencia del bárbaro: altos y corpulentos, llevaban sus largos cabellos trenzados o recogidos mediante coletas, empleaban pieles de animales como mantos y combatían casi desnudos, tras despojarse de sus ajustadas túnicas. Habitaban una tierra fría e inhóspita, completamente cubierta de bosques, y se

decía que tan solo se alimentaban de carne. Al igual que los hispanos, jamás se separaban de sus armas: sus lanzas cortas, llamadas frameas, les hacían las veces de toga, pues con ellas acudían a sus reuniones y eran lo que les distinguía de sus esclavos. Su panoplia constituía una versión más pobre de la de sus vecinos galos de la otra orilla del Rin, pero pasaban por ser guerreros más feroces. Cuando César conquistó la Galia, los germanos ya habían comenzado a disputarles el dominio de su tierra. Ahora, algunos de ellos eran aliados de Roma y servían bajo sus estandartes, intentando paliar la

tradicional falta de caballería de las legiones. Catorce años antes, los ubios habían sido trasladados a este lado del Rin por Marco Vipsanio Agripa, e incluso varios de sus príncipes fueron enviados a la urbe, ya fuera como rehenes o para ser educados de forma civilizada, aunque muy pocos confiaban en su lealtad.

—Son buenos guerreros y excelentes jinetes —les aseguró el centurión—. Nos serán de mucha ayuda.

—Un mercenario solo es querido cuando combate —recitó Annio, irónico.

Cepión entró en una mísera cabaña de paredes de barro, acompañado de



Marco y de su pequeña guardia personal de *beneficarii*, blandiendo sus espadas. Allí, un hombre con la cara amoratada por los golpes los observaba desde un rincón, sentado en el suelo con expresión vacía. Tras él se ocultaba una mujer algo más joven, visiblemente asustada. Ambos tenían el cabello alborotado y vestían ásperas túnicas de lana sin teñir. Un niño de unos meses de edad lloraba dentro de una cuna de madera labrada. Por un momento, Marco admiró la minuciosidad de su decoración geométrica: pese a la tosquedad del escaso mobiliario, aquel hombre había dedicado mucho tiempo a

adornar el lecho de su hijo.

Descubrió que un costado de la choza permanecía abierto y daba a un pequeño corral de ramas entrelazadas donde se apiñaban una docena de cerdos. Eran animales de pelaje oscuro, prácticamente jabalíes salvajes que ahora gruñían asustados por el fuego. La proximidad de la pocilga hacía que el hedor resultase insoportable.

La mirada del legado permanecía fija en la pareja.

—Pregúntales por qué no han huido —dijo a Marco.

—No tengo miedo —balbuceó el granjero—. No hago mal a romanos.

Solo cuido cerdos.

Lo dijo señalando el corral donde se amontonaban sus animales. Cepión sonrió complacido al escuchar aquellas palabras, y toda la familia se apresuró a devolverle el gesto con servil nerviosismo.

—Siempre resulta agradable escuchar a un bárbaro hablar nuestra lengua —manifestó—. Es algo que logra otorgar cierta dignidad a este desecho humano, a pesar de su fétido olor y su aspecto miserable.

Cuando los *beneficiarii* estallaron en carcajadas, Marco intentó traducir el sentido de sus palabras, obviando la

última parte. El granjero le respondió atropelladamente, empleando su propio idioma. Se asemejaba al celtíbero, con algunos rasgos parecidos al galo y el ligur.

—Dice saber algo de latín porque, en ocasiones, algunos mercaderes romanos han llegado hasta aquí para comerciar —dijo Marco—. Él cría cerdos y les vende su carne en salazón. Hay unas minas de sal a una docena de millas hacia el oeste. Al parecer, entrega a su primo una parte de lo que consigue, a cambio de sal, y también comercia con sus pieles. De esta forma logra mantener a su familia.

El porquerizo fue asintiendo enérgicamente a medida que escuchaba aquellas palabras.

—Roma amiga —añadió, con una sonrisa estúpida.

La mujer le dijo algo incomprensible con el ceño fruncido, y él, mediante un gesto, le ordenó que se callara. Cepión dio dos pasos para asomarse a la cuna y acariciar la frente de su bebé con la yema de sus dedos. El niño aferraba entre sus pequeños brazos un tosco muñeco de madera, sin duda de procedencia romana. Tal vez fuera el regalo de un comerciante, o posiblemente el fruto de algún

intercambio tan desventajoso para su progenitor como el resto de los enseres que había en la cabaña.

El legado tomó una silla para sentarse frente a él, junto a una mesa repleta de cacharros de cerámica. El hombre permanecía de rodillas, estrujándose las manos encallecidas.

—Supongo que no os importará que me sienta a vuestra mesa, ¿verdad? — preguntó Cepión—. ¿Es cerveza? — Señaló una jarra.

El montañés se apresuró a servirle una copa. Era de cerámica roja y brillante, con una decoración en relieve: una baratija de origen latino que él

atesoraba como si fuera parte del ajuar de un rey.

—*Cælia*. Cerveza —dijo, asintiendo.

Cepión se aproximó la copa a los labios mientras él lo observaba expectante.

—Es muy buena —concluyó—. Pregúntale si la han hecho ellos.

El porquerizo pareció comprender el sentido de sus palabras y le respondió con un monosílabo. Su sonrisa nerviosa denotaba cierto orgullo.

—Al parecer, así es —tradujo Marco.

—Entonces dile que necesitamos su

trigo. —La sonrisa de su superior se había esfumado—. El mismo trigo que ha empleado para hacer esta bebida.

El porquerizo dio un respingo y su mujer le dirigió una mirada de inquietud, sin comprender qué ocurría. Les contestó de inmediato, en un desesperado afán por complacerle. En su cuna, el niño había comenzado a llorar.

—Asegura que no tienen grano —dijo Marco—. Recogen bellotas del bosque para hacer pan y alimentar a sus cerdos. Hacen cerveza con el poco cereal que obtienen de su huerta. Jura no tener nada más, aunque podemos



llevárnoslo todo, si así lo deseamos.

Su superior esbozó una sonrisa sarcástica, agradeciendo la amabilidad que aquel hombre le demostraba, e hizo un gesto a uno de sus hombres. Un soldado gigantesco, con el pecho como el de un buey y un rostro de una fealdad grotesca, le pegó una patada a la mujer. La suela de su bota aplastó su rostro contra la sucia pared de adobe. Su esposo trató de incorporarse, pero el asta de una lanza cayó pesadamente sobre su cabeza. Al oír los gritos, el llanto del niño se hizo aún más fuerte. Dentro del corral los cerdos comenzaron a gruñir histéricos.

—Repíteselo —dijo el legado.

Mientras formulaba de nuevo la pregunta, Marco deseó que aquel individuo se levantara para mostrarles un par de tinajas llenas de grano, ocultas bajo el lecho de paja. Pero en su lugar tan solo sollozó de impotencia. Hablaba entrecortadamente, cubriéndose la herida de la cabeza con las manos.

—Afirma no tener trigo —insistió Marco—. Creo que está diciendo la verdad.

«Este desgraciado no es un guerrero, sino un porquerizo», quiso añadir. Su mundo no iba más allá de las montañas que delimitaban aquel valle cubierto de

bosques; su única guerra era alimentar diariamente a su familia. Pero la expresión de Cepión era la de un sátiro al profanar un templo de vírgenes vestales. Hizo un gesto a uno de los *beneficarii* y este alzó al niño de la cuna y lo cogió por los pies. Su llanto se transformó en un aullido estridente. La mujer comenzó a gritar. Entonces arrojó el crío a los cerdos.

Las bestias se amontonaron en torno al pequeño cuerpo para devorarlo con avidez, y sus gruñidos de júbilo se mezclaron con el llanto de la madre. El porquerizo se abalanzó sobre el legado, completamente enloquecido, pero cayó

ensartado en una lanza. Logró avanzar dos pasos más con el arma atravesándole el pecho, y enseguida otras dos armas se clavaron en su cuerpo y lo derribaron.

La mujer atravesó la verja del corral, arrastrándose sobre las heces para disputarse a su hijo con las bestias. Forcejeó hasta arrancar su cuerpo de las fauces de un enorme puerco que gruñía salvajemente y salió a gatas de la pocilga, aferrándolo aún entre sus brazos. El pequeño había sido desgarrado por la cintura, las piernas habían desaparecido y su cabecita colgaba a un lado, sujeta por una débil

tira de carne. Arrodillada ante el legado, la madre abrazó con fuerza aquel diminuto cadáver despedazado, mientras se balanceaba entre sollozos, como si quisiera acunarlo. La túnica se le había empapado de vísceras y sangre.

—Pregúntaselo una vez más —dijo Cepión.

Marco contempló a su superior, creyendo que había enloquecido. En sus ojos no encontró ningún rastro de fanatismo, odio o locura. Solo una sonrisa, tan vacía como la de un cadáver.

—¿Por qué? —le preguntó.

—Porque puedo.

Y tras ello se recostó sobre la silla, cubriéndose con su manto. La mujer había cerrado los ojos, aterrorizada, mientras murmuraba una letanía apenas audible.

—Tenía doce años cuando me encapriché por primera vez de una mujer —dijo Cepión—. Se llamaba Ágata, una de las esclavas de mi madre, una muchacha extremadamente hermosa procedente de Palmira. Creí estar enamorado de ella, así que hice lo que por entonces suponía que todo amante debía hacer: le compré regalos, escribí poemas y todo eso. Cuando al final le expuse mis sentimientos, ella, sin

dudarlo, me tomó de la mano para conducirme a su lecho. Fue una experiencia inolvidable y, a partir de entonces, soñé con que algún día viviría feliz con ella a mi lado. No como esposa, por supuesto, pero sí al menos como concubina.

Marco permanecía de pie ante él; ignoraba por qué le estaba contando todo aquello.

—Un día la sorprendí retozando en el corral con Mulo —continuó—. Era otro esclavo, rubio y de anchas espaldas, poseedor de un cuerpo digno de un héroe homérico, pero con un carácter bovino y de la inteligencia de

un asno. También pude constatar que estaba muy bien dotado por la naturaleza para lo que ella esperaba de él.

La sonrisa del legado se había cubierto de escarcha.

—Poco después mi madre descubrió que le faltaba uno de sus collares. Había formado parte del ajuar de su boda: media docena de enormes perlas engastadas en oro, tan bellas como las lágrimas de una diosa. Pusieron la casa patas arriba hasta que lo encontraron, bajo el colchón de Ágata. Al ver cómo era arrastrada hacia los establos, confesé que dos días antes había oído cómo preparaba un plan de fuga con



Mulo.

»Mi padre me obligó a verlo todo. Dijo que así me haría fuerte. Azotaron a la chica hasta que la piel de su espalda colgó hecha jirones, y entonces los esclavos del campo pudieron hacer con ella lo que quisieron. A él lo desollaron vivo, colgado boca abajo. Con un cuchillo afilado arrancaron tiras de su piel, una tras otra, hasta que quedó convertido en un muñeco de carne sanguinolenta. Aquella misma noche, me masturbé.

Marco tuvo que apartar la vista ante la intensidad de su mirada.

—¿Qué edad tenías cuando mataste a

tu primer hombre, mensor?

—Trece años.

—¿Y cómo te sentiste?

Por un momento recordó a un hombre que yacía en la calle, completamente indefenso, y el agradable tacto de la madera en su mano.

—El poder es una sensación embriagadora, ¿verdad? —con tinuó Cepión—. Eso es algo que ignoraba cuando escondí aquel collar bajo el lecho. Pero mi padre se equivocaba. Contemplar todo aquello no te hace fuerte. Solo te vuelve casi inerte. Te hace insensible, incapaz de amar u odiar. Hace que tu único modo de

obtener placer sea recreándose en tu propio poder sobre los demás. Algo que, al contrario que el amor, nadie puede negarte.

Dirigió una mirada vacía a la mujer que aún abrazaba a los restos de su hijo.

—Acaba con ella. —Su voz sonó como si arrastrara las uñas contra la pared.

—Hazlo tú mismo —respondió—. Yo soy un soldado, no un matarife.

Extendió su brazo y le ofreció su espada con un gesto desafiante. Los cuatro *beneficarii* dieron un paso hacia él, blandiendo sus armas. Tal vez podría acabar con un par de ellos, consideró de

forma fatalista, antes de que le apuñalaran por la espalda.

—Podría ordenarles que te mataran ahora mismo, solo por desobedecerme —aseguró el legado, sonriendo cándidamente—. ¿Te das cuenta de qué fácil sería? Piensa en ello la próxima vez que tengas la tentación de escribir otra carta.

Sin dejar de mirarle, Marco enfundó su arma y se encaminó hacia la puerta. Al salir, oyó el grito de la mujer tras él. La voz de Fanio Cepión se mezclaba con el sonido de su propia risa:

—No somos tan distintos, mensor. La única diferencia es que yo no tengo

que mancharme las manos de sangre.

## XXII

El contingente romano se había desplegado por el valle como una plaga de langostas y sembrando la desolación a su paso. El cielo se había teñido de rojo a sus espaldas, una oscura columna de humo ascendía hasta las nubes y, desde varios puntos de aquel extenso valle, docenas de estelas similares le hacían una suerte de eco. El viento nordeste las arrastraba hacia las montañas, como si quisiera borrar todo vestigio de lo ocurrido.

Siempre había creído que el fuego

purificaba. Pero el humo hace el aire irrespirable, y la ceniza empapada por el agua de la lluvia convierte a la tierra en un lodazal grisáceo e insalubre. Las llamas transforman los cuerpos en una macabra escultura de carne calcinada, adoptando una postrera expresión agónica.

A su izquierda, Quinto le dirigía miradas de inquietud.

—Sabes que esta estrategia de tierra quemada es el único medio para forzarles a combatir —dijo—. De niños, todos hemos leído la *Iliada* y hemos deseado emular las heroicas gestas de Aquiles, pero la guerra ya no es lo que

era. Tal vez nunca lo fue. Ahora hay que ser pragmático.

Le observó detenidamente. Su mirada trataba de decirle que ni Héctor ni Aquiles arrojaban niños de pecho a los cerdos.

—Nuestra presencia aquí ya habrá debilitado la resistencia cántabra en el sur, y pronto Antistio podrá romper su bloqueo —respondió—. Fanio Cepión solo desea forzar una batalla lo antes posible para poder lograr la primera victoria. Esto se ha convertido en una despiadada carrera entre Antistio y él.

El centurión eludió su mirada. Entonces le formuló la pregunta que,



desde hacía días, rondaba en su mente:

—¿Por qué crees que nuestro legado ha ordenado zarpar a todas las naves?

—Para negarnos cualquier posibilidad de retirada —reconoció Quinto—. Después de todo esto, hasta el último de nosotros sabe que no cabe esperar ninguna piedad de nuestro enemigo. Ahora, sin ninguna vía de escape a nuestro alcance, la única forma de sobrevivir es la victoria.

Por un momento reinó el silencio.

—De este modo podremos invadirlos, pero no conquistarlos —dijo Marco.

—Lo mejor que puede pasarles a

estos bárbaros es que se sometán cuanto antes —le aseguró su amigo—. De lo contrario, tarde o temprano el *princeps* enviará hasta aquí a Marco Vipsanio Agripa. Y, créeme, eso será mucho peor que cualquier cosa que pueda hacerles ese maldito sádico.

Oyeron unas voces de alarma y varios legionarios señalaron en una dirección. En lo alto de un cerro, a algunas millas de distancia, se había congregado un ejército formado por millares de hombres venidos del sur, que ahora contemplaban la desolación del valle en completo silencio.

Entonces supo que lo habían

logrado: allí mismo, mañana habría una batalla.

El Leteo era uno de los ríos del Hades. Los griegos creían que beber de sus aguas provocaba el olvido completo; en él se sumergían todas las almas que iban a ser reencarnadas, para que no recordaran nada de sus vidas pasadas.

Para Marco, el Leteo era un río tan rojo y oscuro como el vino. Aquel áspero líquido que le permitía deambular en paz a través de la nebulosa senda que separa la consciencia del olvido. Años atrás, se

había imaginado a sí mismo mostrando sus cicatrices de guerra a sus hijos mientras les relataba cómo, tras largos años de lucha, hombres como él habían logrado instaurar la paz romana. Siempre había creído que aquello constituiría el mejor legado que alguien podía regalar a su descendencia, aunque ahora ese futuro cada vez se le antojaba más inalcanzable, pues no creía que Octavio fuera capaz de cumplir su promesa.

Para construir aquella paz universal, antes debían conquistar a todos los pueblos que habitaban entre los helados bosques de Germania y las arenas del

desierto libio. Era preciso construir un nuevo mundo a su imagen y semejanza. Era preciso hacer de todos ellos Roma.

¿Era realmente posible lograr la paz mediante la guerra?

Se puede cuantificar el número de hombres que forman un ejército, evaluar su logística y sus víveres, la calidad de su armamento o su capacidad para resistir un asedio. Gracias a ello, también es posible calcular sus posibilidades de victoria, o incluso la duración de una guerra. Pero hay algo que los estadistas no pueden calcular ni comprender. Algo intangible, pero descarnadamente real, algo que solo

conocen aquellos que han luchado en una guerra tras otra.

Se trata del odio.

El odio es el aliento que puede insuflar vida a aquello que parece muerto. Algo que se reproduce y multiplica, como si fuera una enfermedad. Algo que no es cuantificable, porque no responde a ninguna realidad física. Algo que tampoco se puede comprender, porque resulta completamente irracional. Y a pesar de todo, es capaz de conducir a millones de seres humanos, dejando de lado su propia seguridad o bienestar, a cometer cualquier acto imaginable.

Y al igual que un campesino trabaja la tierra para desperdigar sobre ella semillas, tenía la sensación de que lo único que había hecho durante toda su vida era sembrar odio.

Había pasado horas bebiendo en silencio, gracias a la ración extra de alcohol suministrada por los mandos. Sus pasos le condujeron hasta una carpa de lona, alineada junto al perímetro defensivo, muy cerca de las tabernas. Allí, junto a un tosco relieve de madera pintado en rojo que mostraba el atributo de Príapo, las prostitutas aguardaban desvestidas frente a los pequeños cubículos, con apenas el espacio

suficiente para un camastro. Un burdo cartel anunciaba su nombre y precio, además de alguna de sus habilidades; le daban la vuelta cuando algún cliente entraba: «ocupada».

Un siglo atrás, durante la campaña de Numancia, Escipión Emiliano había expulsado a todos los mercaderes, prostitutas y adivinos de los acuartelamientos, al considerar que su presencia mermaba la disciplina. Pero Fanio Cepión se mostraba mucho más comprensivo con sus hombres y toleraba su existencia. Todos sabían que cobraba un generoso arancel por cada negocio de Emilio Arvina.



En la Suburra, había crecido rodeado de mujeres como aquellas. Primero, campesinas llegadas a la capital. Más tarde, prostitutas griegas y sirias. Finalmente, las meretrices de Gades. La sofisticación del mundo oriental había irrumpido en la urbe, y desde entonces sus lupanares, compitiendo por ofrecer la mercancía más exótica, se llenaron de esclavas adiestradas para realizar toda clase de innumerables prácticas. Octavio deseaba poner freno a aquella inmoralidad, y se rumoreaba que pretendía establecer leyes para incentivar los matrimonios y castigar el

estupro. De momento, había creado un registro donde debían figurar todas las profesionales del sexo.

Con casi un millón de habitantes, Roma contaba con más de treinta y dos mil putas censadas, y las que trabajaban sin estar inscritas hacían que esa cantidad al menos se duplicara. Algunas eran esclavas confinadas en burdeles; otras, simples mesoneras que se ofrecían a los clientes; y no faltaban las amas de casa dispuestas a sanear un poco la economía doméstica. Desde las distinguidas cortesanas de los senadores hasta las que ofrecían su cuerpo en los cementerios a cambio de un par de ases,

aquella práctica reflejaba toda la complejidad de la sociedad romana. Una de cada ocho mujeres de la urbe vendía su cuerpo a diario, y los jóvenes que se dedicaban a ese infame negocio se contaban por millares.

Marco deambuló ante aquella obscena exhibición de cuerpos desnudos hasta dar con uno de su agrado. Entregó ocho ases al matón de la puerta, para entrar con la prostituta en aquel sucio pabellón sin ventanas. Los cubículos no eran más que una sucesión de cortinas, solo iluminados por lámparas de aceite que las teñían de hollín. Su débil luz anaranjada recortaba las figuras que

yacían entrelazadas y las proyectaba sobre aquel telón de fondo en toda clase de posturas obscenas. El olor de los cosméticos baratos lo inundaba todo, y los gemidos de las parejas entregadas a aquel venéreo comercio resultaban audibles por toda la carpa. Separados por un simple lienzo traslúcido, Marco intuyó la escena que tenía lugar junto a él. Una prostituta desnuda permanecía a cuatro patas sobre una estera de esparto. Sus senos se mecían violentamente cada vez que un corpulento soldado, arrodillado tras ella, la embestía con rudeza.

La fulana que lo acompañaba le

desabrochó el cinturón para despojarle de la túnica, pasándola por encima de su cabeza, y a continuación exploró su pecho con la boca, recorriendo la línea de abdominales hasta inundarle el vientre con su cálido aliento. Marco descubrió que el otro hombre los observaba, y se sintió invadido por una nauseabunda sensación de intimidad forzada. Espoleado por el alcohol, empujó a la mujer de bruces sobre el colchón y, aferrando firmemente sus caderas, se introdujo en ella hasta arrancarle un quejido.

Con la mejilla apoyada sobre el camastro, el cuerpo que acababa de

comprar gimió a cada acometida que recibía, mientras él lo utilizaba a su gusto. Las cortinas oscilaban con su entrecortado aliento, y el aroma dulzón de su perfume se diluía en el acre olor del sexo. Vio que se mordía el labio cuando sus acometidas aumentaron en intensidad, aferrándose al borde del camastro, hasta clavar sus uñas en él.

Entonces se dio cuenta que disfrutaba viéndola sometida, convertida en un objeto de su propio disfrute. Era la visión de su dócil cuerpo despojado de voluntad, y no tanto el estremecimiento al adentrarse en su carne, lo que le producía aquella intensa excitación. Una

confusa oleada de sentimientos le invadió, incluida la vergüenza. Fue algo tan violento como un acceso de vómito. Le resultó imposible continuar. Hacía tiempo que el sexo para él había dejado de ser un acto de mutua entrega; se había convertido en un ejercicio de dominación. Una partida de dados trucados, una farsa del juego de seducción. Una alegoría del mundo que él mismo había ayudado a construir.

Se dejó caer sobre ella, empapado en sudor, y sintió la suavidad de su cuerpo desnudo bajo él; su corazón palpitaba con fuerza y el calor que irradiaba parecía otorgarle vida. Las

mejillas de la mujer se habían sonrojado, cosa que le otorgaba cierta inocencia. Durante un largo rato ambos permanecieron inmóviles, en silencio, hasta que ella le acarició el pecho. Fue el gesto más cariñoso que nadie le había dedicado en meses, y por ello deseó agradecerse de algún modo, pero lo único que se le ocurrió fue entregarle más dinero. Pasó un brazo por su cintura y cerró los ojos, tratando de imaginar un suave aroma de rosas y el olor a sábanas limpias.

Cuando abandonaba el cubículo, se cruzó con un muchacho que entraba con una palangana en las manos.



La taberna de Laberio era sin duda la más refinada del campamento; por eso constituía el punto de reunión de los oficiales de más alta graduación. Normalmente, Quinto prefería beber en compañía de sus camaradas, pero aquel lugar le permitía hacer vida social con el resto de los mandos, lo cual siempre resultaba conveniente.

Acababa de salir de una reunión del consejo en la que Fanio Cepión les había expuesto la estrategia para la batalla que iba a tener lugar al día siguiente. Al finalizar, algunos habían regresado a sus tiendas, para descansar

antes de la dura jornada que se avecinaba, mientras que los más disolutos, o aquellos que, sencillamente, no podían pegar ojo, se habían refugiado allí. Era una carpa de aspecto más pulcro que el tugurio de Barbato, y sus meretrices estaban a la altura de su selecta clientela. El joven *pilus prior* conocía bien sus encantos, al igual que el de las taberneras y, a decir verdad, incluso el de las mujeres públicas de peor reputación del campamento. Sin embargo, aquella noche únicamente deseaba beber.

Solicitó una jarra de vino en la barra y deambuló entre los parroquianos hasta

encontrar una mesa libre en un lugar apartado. Al poco de sentarse, descubrió a alguien de pie junto a él: era Tiberio.

—¿Admitirás la invitación de alguien de rango inferior? —le preguntó, ofreciéndole asiento.

El tribuno laticlavio se acomodó junto a él y tomó de buen grado el vaso que le ofrecía. Quinto recordó que la tropa le llamaba Biberius Caldius Mero, «Bebedor de Vino Caliente», una sarcástica parodia de su verdadero nombre: Tiberio Claudio Nerón.

—¿Y tú admitirás un consejo de alguien más joven? —dijo el patricio,

tras beber un trago.

—Desde luego.

—Ten cuidado de dónde te metes.

El centurión sostuvo su mirada durante un instante.

—Supongo que hablarás en sentido figurado —dijo.

—No. Hablo en sentido literal —respondió—. Admiro a alguien con el valor suficiente como para atravesar el territorio enemigo con tan solo doscientos hombres. Especialmente si ha tenido la posibilidad de marcharse en barco y dejarlos a su suerte. Pero hay que tenerlos bien puestos para tirarse a la mujer de Emilio Arvina delante de

sus propias narices.

Quinto echó una discreta mirada a su alrededor.

—¿Lo sabe él? —preguntó.

—No, que yo sepa. Habéis obrado con discreción, aunque mi misión aquí consiste en saberlo todo.

Aquella afirmación implicaba muchas cosas.

—Creía que tu trabajo consistía en asistir al legado en sus funciones.

—¿Al legado o al *promagister* de la sociedad de publicanos? —respondió el tribuno con sorna—. Olvídalo. Lo importante es que te cuides las espaldas.

Aquello le confirmó que Arvina y

Cepión tenían alguna clase de negocio entre manos, algo que ya sabía gracias a sus encuentros con Gala. Era una lástima que durante la mayor parte de ese tiempo su lengua hubiera permanecido ocupada. Sin embargo, la vocecilla que hasta entonces le había alertado del peligro ahora se había convertido en un auténtico alarido.

Una vez más, Tiberio parecía ser capaz de leerle el pensamiento.

—Aunque no seáis conscientes de ello, el mensor y tú sois dos fichas más dentro de un inmenso juego de tablero —le aseguró—. Ahora mismo existe un precario equilibrio que puede venirse

abajo si cometéis cualquier estupidez.

—¿Qué tiene que ver todo esto con Marco?

—Él pretendía mantenerse al margen —aseguró Tiberio—. Pero su carta lo ha hecho imposible.

Y sin añadir nada más, el noble apuró su copa de un único trago antes de levantarse.

—Antes has dicho que tu trabajo aquí consiste en saberlo todo —masculló Quinto entre dientes—. ¿Para quién?

—Ten cuidado de dónde te metes —le repitió el tribuno mientras se alejaba.

## XXIII

Se había levantado con resaca, dolorosamente consciente de que, con la edad, las consecuencias de las borracheras son cada vez peores. Un millar de punzadas aguijoneaban su cráneo, como si el interior de su yelmo estuviera forrado de espinos. Al experimentar un fuerte acceso de náusea, tuvo que devolver sobre el suelo, tratando de librarse de la pesadez que le oprimía el estómago. La acidez del vómito atravesó su garganta y su acre sabor inundó su boca. Marco escupió



los últimos restos de saliva sobre el charco rojizo que había creado sobre la hierba húmeda, mezclado con los restos del desayuno. Todo ello fue celebrado por sus compañeros con risas.

La legión se había dispuesto en *triplex acies*, en una elevación del terreno próxima a la ladera oriental de aquel gran castro, de forma que sus cuatro primeras cohortes formaban el frente de batalla; de la quinta a la séptima permanecían en segunda línea y las tres últimas hacían las veces de reserva. Frente a ellos, se habían desplegado las tropas auxiliares, y en las alas las cuatro *turmæ* de caballería

romana estaban acompañadas de los jinetes germanos.

—Nos ha tocado combatir en primera fila —comentó Niñato con nerviosismo.

—*Prima acies*: una de las muchas ventajas de que te asciendan —señaló Annio, irónico.

Su cohorte ocupaba casi el centro de la formación, con las seis centurias formando cuadros de ocho hombres de frente por diez de fondo, emparejadas por manípulos, una tras otra, dejando un espacio libre entre cada uno de ellos.

Apenas prestó atención a la arenga del legado cuando recitó el discurso que

había preparado en su tienda. Fanio Cepión lucía un yelmo de bronce de inspiración griega, con una decoración tan barroca que apenas era reconocible. Una coraza de bronce magnificaba la musculatura de su pecho y contrastaba con la flacidez de sus brazos. En otras circunstancias, aquello tal vez hubiera resultado ridículo, pero, del mismo modo que el destino de los mortales depende del capricho de los dioses, por muy grotescos que estos sean, aquel noble estaba investido con el poder de decidir sobre la vida y la muerte de más de nueve mil hombres.

Su arenga fue larga y monótona, y

pareció más una reflexión sobre el concepto de la guerra justa y el *casus belli* que otra cosa. El léxico era rebuscado, tan repleto de cultismos que parecía concebido para una disertación en la curia.

—Menudo pesado —masculló Annio.

Marco apenas podía pensar con claridad. Sintió una fuerte arcada y tuvo que vomitar de nuevo.

—Bien dicho —añadió socarronamente su camarada.

Quinto los observó con severidad. Su mirada trataba de recordarles que aquella batalla era decisiva para el

transcurso de la guerra: al fin iban a enfrentarse al enemigo a su modo y según sus reglas.

En ese momento, el ejército cántabro fue surgiendo del poblado amurallado, hasta situarse a doscientos pasos frente a ellos. Formaban una masa oscura de color pardo, salpicada de escudos de brillantes colores y de los destellos de las armas. Por encima de aquella muchedumbre, se extendía un denso bosque de lanzas, dardos y estandartes. La imagen era imponente, aunque tan solo se trataba de bárbaros; al fin y al cabo, nada que ver con un ejército helenístico como el egipcio.

—Diez mil —estimó Annio—. Tal vez doce mil.

Marco asintió: desde un punto de vista numérico estaban casi parejos. Sabía por experiencia que si se solapaban escudos y lanzas de caza, unos simples aldeanos, poderosos físicamente gracias al trabajo en el campo, podían convertirse en una fuerza temible, incluso sin contar con entrenamiento colectivo, si los pilos no lograban desbaratar su rudimentaria falange. Sin embargo, lo que les preocupaba era su caballería, formada por unos dos mil quinientos efectivos. Esa proporción de cuatro a uno con

respecto a los combatientes a pie era algo habitual entre los pueblos célticos de Iberia, y los cántabros pasaban por buenos jinetes. Aquello no era nada halagüeño.

—Demasiado orden —murmuró, contrariado.

Quinto estuvo de acuerdo. Ambos sabían reconocer a un ejército profesional en cuanto lo veían. Ahora, en el centro de aquella formación se estaba desplegando una infantería que obviamente conocía su oficio, y la caballería se desenvolvía con una inquietante disciplina. El resto, sin duda pastores y campesinos, seguía a sus

estandartes como podían y se situaban tras ellos.

En ese momento, un solitario jinete abandonó sus filas para recorrer el frente de batalla romano, más allá del alcance de los proyectiles. Proclamaba un desafío dirigido al legado, para dirimir todo aquello mediante un combate singular. El cántabro era extremadamente corpulento. Llevaba un yelmo bronceo de tres cimbras y una piel de lobo que hacían difícil distinguir su rostro. Sin embargo, Marco lo reconoció fácilmente.

—Un duelo —dijo Annio—. Ese palurdo espera que Fanio Cepión se



enfrente a él dentro de su linda armadura repujada. Hay que joderse: esto es algo muy propio de los bárbaros.

Al observarlos de nuevo, Marco comprendió de inmediato que Corocuta no esperaba que el legado aceptara: aquello tan solo era una farsa destinada a elevar la moral de sus propios hombres, que ahora gritaban de júbilo. Poniéndose en su lugar, pudo fácilmente imaginar el espectáculo que debía ofrecer un imponente ejército cubierto de bronce y hierro de pies a cabeza ante unos montañeses que en su mayoría eran simples pastores.

Los hispanos comenzaron a

insultarlos, envalentonados por la osadía de su líder, y a continuación entonaron sus cánticos de guerra. Era una melodía sencilla, dotada de una extraña y áspera belleza. Entonces, de repente reinó el silencio: Corocuta recorrió a caballo su ejército, gritando con todas sus fuerzas. Su voz les llegaba como un débil murmullo arrastrado por el viento.

—¿Qué diablos está diciendo? — preguntó Quinto.

Marco había olvidado ya su dolor de cabeza.

—Les dice que no deben fijarse en el brillo de nuestras armas, sino en el

hombre que se oculta tras ellas — respondió—. Alguien que siente miedo y dolor, al igual que les ocurre a todos los demás. Alguien que no es mejor que ellos, pues los placeres de la vida acomodada han arruinado su espíritu, y su corazón se encuentra corrompido por la codicia. Les recuerda la devastación de sus hogares, que su deber es defender a los suyos. Dice que ya no pueden dar un paso atrás, pues a sus espaldas solo se encuentra el océano. Según él, nos vemos obligados a combatir lejos de nuestros hogares para saciar la ambición de nuestro rey. Pero ellos son hombres libres que defienden lo que es suyo.

—No está mal —concedió Quinto—. Ya veremos de qué les sirve.

Cuando el caudillo terminó, un enorme rugido resonó en el campo de batalla y, sin más preámbulo, el ejército cántabro se dispuso a luchar. Contaban con dos clases de infantería: los *caetrati*, armados a la ligera con escudos circulares de dos pies de diámetro, y los *scutati*, una infantería de línea equipada con otros más grandes, ya fueran circulares u oblongos. Ahora, los primeros precedían al grueso de su formación, dispuestos a hacer frente a los auxiliares romanos.

—Tiberio lo sabe —susurró Quinto

de repente.

Marco le observó sorprendido.

—Nuestro tribuno laticlavio sabe lo de tu carta —prosiguió el centurión.

—Te dije que no era una buena idea.

Los auxiliares ubios arrojaron una densa lluvia de jabalinas sobre los montañeses que, ocultos bajo sus escudos, sufrieron un duro castigo.

—Escribí a mi padre solicitando su ayuda para contrarrestar la influencia de Cepión —añadió Marco—. Obviamente, habló con su patrón y los tejemanejes de nuestro legado se han comentado en el Palatino.

La infantería cántabra cargó contra

los germanos. El resto de los auxiliares, en su mayoría galos e hispanos, que hasta entonces habían permanecido tras ellos, se unió a la lucha. Ahora, una muchedumbre de bárbaros se enfrentaba caóticamente en la explanada.

Resonó un coro de trompas de guerra. La caballería cántabra, situada en las alas, cabalgó para unirse a la escaramuza, dispuestos a ayudar a sus compatriotas. Entre ellos, también corría parte de la infantería ligera, sujetándose a las crines de las monturas, en una táctica que los hispanos empleaban con frecuencia; algo que los galos llamaban *trimarcisia*. Por un momento, recibieron

una nueva descarga de dardos, aunque, a causa de su velocidad, aquel castigo solo duró unos instantes y entraron al choque, aplastando a los ubios. Los guerreros que corrían junto a los jinetes se abalanzaron sobre los caídos, para apuñalarlos en el suelo.

—Sabías que tus contactos familiares son un arma de doble filo — prosiguió Quinto.

—Maldita sea, quería permanecer...

—Marco, tus deseos son ahora irrelevantes —le espetó entre dientes.

Las tubas resonaron con un sonido intermitente: el legado había ordenado que la caballería romana cargara contra

su homóloga, la cual, inmersa en la refriega, había perdido buena parte de su movilidad. Las cuatro *turmæ*, acompañadas de los jinetes germanos, se precipitaron hacia la lucha, aprovechando la pendiente. Su carga concedió cierto respiro a los auxiliares, que aprovecharon para retirarse, mientras ambas fuerzas a caballo se enfrentaban.

Marco vio que una riada de berones y panonios atravesaba el espacio que existía entre su manípulo y el siguiente, para situarse tras la legión. Entonces, la segunda centuria de cada manípulo de las cuatro primeras cohortes giró hacia



la derecha y avanzó hasta ocupar aquel amplio corredor que habían dejado para maniobrar. Tras virar de nuevo a la izquierda, continuó su marcha hasta presentar un frente de batalla perfectamente homogéneo.

Ahora, su caballería se encontraba en serias dificultades. Tras una larga sucesión de maniobras, superados en número, romanos y germanos se vieron obligados a retroceder. Por un momento, sus enemigos cabalgaron tras ellos, arrojándoles dardos. Sin embargo, cuando resonaron las trompas de guerra, los cántabros se detuvieron.

—Mierda —masculló Annio.

Cualquier ejército bárbaro habría salido precipitadamente en persecución del enemigo, sin importarle nada más. En su lugar, aquella heterogénea caballería ahora se dirigía hacia la legión: Marco vio a dos mil caballos cargando contra ellos. Sus cascos chocaban contra el suelo creando una intensa vibración que se transmitía a través del aire y el suelo. Era una suerte de murmullo grave que iba ganando en intensidad a medida que se aproximaban.

Se encontraban a cien pasos.

Las tubas resonaron para transmitir otra orden. Los legionarios se

dispusieron a recibir la carga enemiga con los pilos preparados. A lo lejos, las bestias resoplaban por el esfuerzo. El sonido de sus cascos se había transformado en un estruendo similar al derrumbe de una montaña. Marco tragó saliva. Aquella avalancha de enormes bestias empapadas en sudor se aproximaba a él a toda velocidad. Descubrió un estandarte rojo con un símbolo cruciforme que se agitaba en la vanguardia.

Se encontraban a veinte pasos.

Entonces resonó una trompa de guerra bárbara. Un hervidero de lanzas surgió desde el escuadrón enemigo para

caer sobre su cohorte. Aquella lluvia de muerte creó un tremendo estrépito de metal contra metal. Los escudos a duras penas resistieron.

A diez pasos, los jinetes giraron hacia su derecha y recorrieron el frente de batalla, mostrándoles el costado cubierto por su escudo, sin dejar de arrojar proyectiles. Al quedarse sin munición, la vanguardia dio la vuelta en redondo para reunirse con sus compañeros de a pie, que permanecían rezagados. Pasando entre ellos, extendieron el brazo con destreza y, sin dejar de cabalgar, tomaron un nuevo haz de dardos para reanudar el ataque.

Su cohorte sufrió el continuo chaparrón de jabalinas que caía sobre ellos, con un fragor similar al de un carro de chatarra al volcar. Un dardo se clavó con fuerza en su escudo y su punta atravesó la madera recubierta de piel cruda, a un palmo de su ojo. A su izquierda, un joven recluta cayó al suelo, ensartado. Los cántabros mantuvieron aquel castigo cabalgando en círculos, más allá del alcance de sus pilos. Impulsados por la fuerza de sus brazos, además de la velocidad de sus monturas, los proyectiles caían con una enorme potencia. A su alrededor, se iba formando una especie de trival de astiles

clavados en la hierba.

—¡Buscan un punto de ruptura! —  
gritó Annio.

Marco asintió. Mediante aquella táctica, llamada «círculo cántabro», sus enemigos concentraban su ataque sobre el centro de la línea, sin duda para crear una brecha. Eso solo podía significar una cosa. Supo lo que vendría a continuación. Rogó a los dioses para que el legado hubiera tenido el buen juicio de enviarles refuerzos.

Súbitamente, el aluvión de proyectiles cesó. Cuando, aguijoneado por la curiosidad, oteó más allá de su escudo, inmediatamente comprendió por

qué.

Los jinetes cargaban contra ellos con sus lanzas. No eran jabalinas ligeras, sino gruesas astas de fresno de ocho pies de alto rematadas en una sólida punta de hierro. La carga no era frontal, sino oblicua, siguiendo el sentido del giro. Aquella formación era como una rueda provista de cuchillas que rotaba una y otra vez, segando el frente romano.

Sonaron las tubas y los legionarios se incorporaron para recomponer filas. Dos mil caballos se encontraban ya a diez pasos de distancia. Marco aferró con fuerza su pilo. El estruendo de los cascos se confundía con los latidos de

su propio corazón. No supo si le temblaban las piernas, o si era la tierra la que lo hacía.

Justo antes del choque, resonaron los *cornua*. Las cuatro primeras filas romanas descargaron una densa lluvia de pilos que cayó sobre la caballería enemiga y sembró el caos. Enseguida las filas quinta y sexta arrojaron sus jabalinas ligeras por encima de ellos.

Algunos caballos cayeron al suelo, heridos. Otros se retorcían y coceaban, aterrados por el dolor y el intenso olor a sangre.

El resto, literalmente, los aplastó.

Marco sabía que aquella descarga



simultánea había logrado frenar buena parte del empuje enemigo. Aquellos jinetes no podrían atravesar toda la profundidad de su formación. Aun así, el legado habría ordenado avanzar al segundo *acies*, para ayudarlos. Sabía que, una vez lo hubiera detenido y sin poder maniobrar, aquel escuadrón de caballería habría perdido toda su ventaja táctica.

Pero se sintió invadido por el pánico.

Habían masacrado a la cohorte; habían hecho pedazos a su formación. Casi la tercera parte de los legionarios habían sido arrollados por las bestias o

yacían ensartados en lanzas enemigas.

Vio a un jinete armado con un hacha que se dirigía directo hacia él. Instintivamente saltó a la derecha, saliendo del lado del arma. Desenvainó y utilizó toda la fuerza de su cuerpo para descargar un tajo en el costado del animal. Su punta se abrió paso entre la carne como la reja de un arado, cortando la cincha de la silla de montar hasta alcanzar la pierna de su enemigo. El caballo se encabritó y derribó a su dueño, pero la violencia del choque casi le rompió el brazo. Marco cayó al suelo y perdió su *gladius*.

Otro caballo trató de aplastarlo.

Tuvo que protegerse con el escudo. Por un momento, sintió el tremendo peso de la bestia sobre él, y tras ello buscó a tientas entre la hierba. Descubrió que otro jinete le apuntaba con su lanza.

Creía que iba a ensartarlo, pero en su lugar alcanzó a un legionario situado a su izquierda. El asta se le hundió en el pecho. Marco recuperó su espada y logró incorporarse, mientras el cántabro se giraba, desenfundando la suya. Picó espuelas para abalanzarse sobre él y segó horizontalmente, tratando de alcanzarle por encima del escudo. Él se dejó caer de rodillas y tajó su antebrazo. Su hoja de acero amputó la extremidad,

cortando los huesos como si fueran un haz de ramas, pero la bestia chocó contra él, arrollándole.

El mensor oyó un nuevo toque de *cornu* a sus espaldas; esta vez no era el de su centuria. Al levantarse, descubrió que la sexta cohorte avanzaba hacia ellos. Sin haber logrado abrirse paso y viéndose superados en número, sus enemigos se retiraron. Tras de sí dejaban una montaña de cadáveres. Los pocos que aún combatían se vieron engullidos por el cuerpo de reserva. Completamente rodeados, y sin apenas movilidad, fueron descabalgados y acuchillados en el suelo.

Marco trataba de encontrar a sus contubernales cuando el *cornicen* de su centuria emitió la orden de replegarse.

—*Signa referre!* —gritó Quinto—. ¡Retirada! ¡Hay que pasar a segunda línea!

Atravesó a toda velocidad las filas de la centuria que había acudido en su auxilio, siguiendo a su estandarte. Logró ponerse a salvo en el mismo momento en el que una nueva marea de enemigos se abalanzaba sobre ellos. Alcanzaron el espacio entre *acies* aún jadeando, mientras el estruendo de la batalla resonaba a sus espaldas. Los seis centuriones trataban de reorganizar la

maltrecha cohorte. Le bastó un breve vistazo para descubrir que sus bajas habían sido enormes: el enemigo había fracasado en su intento de romper la línea, pero su unidad había sido diezmada.

—Marco, ¿estás bien?

Era Annio, con una brecha en la frente. Junto a él, Niñato cargaba con un herido. Le dejaron caer sobre el suelo para inspeccionar su mano amputada. Al descubrirle sin vida, el joven cerró sus ojos y le cruzó los brazos sobre el pecho.

—Marchad hacia atrás —les ordenó Quinto—. Tenemos que situarnos al

fondo.

—Así sea —masculló Annio.

Los supervivientes del primer *acies* desfilaron entre los manípulos de la octava a la décima cohorte, cargando a duras penas con sus heridos. Los miembros del cuerpo de reserva, que estaba formado por los reclutas con menos experiencia, al verlos cubiertos de sangre, no pudieron ocultar su horror.

—Estos novatos están a punto de cagarse encima —gruñó el opción.

Lograron desplegarse en retaguardia, mientras la sexta cohorte se enfrentaba a la infantería de línea hispana. Marco descubrió con satisfacción que sus

descargas eran cada vez menos densas: poco a poco, se les iban agotando los proyectiles.

Quinto se dirigió a él de nuevo.

—Hay demasiados intereses en torno a esta guerra —dijo—. Demasiadas piezas en juego. Fanio Cepión espera dar el gran salto al Senado y anda metido en algún turbio negocio relacionado con esta campaña.

Los *scutati* cántabros se habían dispuesto en primera fila. Su infantería ligera, útil para combatir en terreno abrupto, no era rival para una legión en un enfrentamiento frontal y, por tanto, se encontraba detrás. Sin embargo, a falta



de relevos, aquella heterogénea formación solo debería aguantar el tiempo que mantuvieran la cohesión de sus seis primeras filas.

—Conociéndole, supongo que se tratará de dinero —señaló Marco.

—¿Y cuándo no, si hablamos de política? —respondió él, con sorna—. Por su parte, Emilio Arvina se ha unido a una aristócrata mediante un matrimonio de conveniencia. Es decir, de más conveniencia de lo habitual en Roma. Republicanos de toda la vida, que perdieron buena parte de su patrimonio durante las proscripciones. Gracias a ese enlace, él espera que le

admitan entre los nobles; y ellos pretenden recobrar su antiguo nivel de vida.

—¿Y Arvina cuenta con ese dinero?

—preguntó Marco.

—Creo que espera conseguirlo gracias a Cepión.

—¿De qué forma?

—Ni idea. Pero no esperes nada bueno.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Tengo buenas fuentes, créeme.

En la batalla se iban amontonando los cadáveres. Por cada legionario que resultaba herido, caían otros dos bárbaros. Aquel duro desgaste habría

debido bastar para que, en algún punto de la línea enemiga, cundiera el pánico. Sin embargo, eso no parecía que fuera a ocurrir.

—¿Cómo pueden...? —murmuró Quinto.

—El odio —respondió—. No hay nada más peligroso que un enemigo al que se le ha negado toda escapatoria.

—No les hemos cortado la retirada.

—No —reconoció—. Pero a lo largo de los últimos días han visto lo que les ocurrirá a sus hogares si abandonan.

Un nuevo resoplido de tubas ordenó retirarse a las cohortes que aún

combatían, que iban a ser relevadas por las tres últimas. A Marco se le encogió el corazón en el pecho. Antes de la reforma de Mario, las legiones estaban compuestas por tres tipos de infantería, que combatían sucesivamente. Primero los *hastati*, más tarde los principes y, por último, si no quedaba otra alternativa, el cuerpo de reserva formado por los *triarii*. Por ello, la expresión «la batalla ha llegado a los triarios» era sinónimo de que la lucha era ya a la desesperada. Y ahora, en un ejército dispuesto en *triplex acies*, aquellos novatos hacían las veces de triarios.

Comenzó a llover. Los soldados bisonños combatían asustados. Horas antes, muchos ni tan siquiera creían posible que fueran a entrar en combate, pero ahora debían enfrentarse a un ejército de demonios enfurecidos. Su opción trataba de recomponer las filas, vociferando órdenes entre el estruendo de las armas y el aullar de los heridos, empujando con violencia a los novatos para que no abandonasen sus puestos. Era algo tan inútil como tratar de vaciar el océano con las manos. Varios de ellos abandonaron la formación, en dirección a la retaguardia, y su opción se dirigió hacia ellos desenfundando su espada,

para apuñalar a uno en el vientre. Aquel infeliz cayó al suelo de rodillas, con las manos en el estómago, cubiertas de sangre.

—¡Cerrad filas! —rugió Quinto.

La Centuria Celio creó una muralla con sus escudos, para evitar que los reclutas atravesaran su formación. Las duras miradas de los veteranos hicieron que aquellos jóvenes retrocedieran asustados para reincorporarse a filas.

Era caótico. La línea iba cediendo poco a poco; al parecer, en algún lugar a su izquierda, algo les estaba haciendo mucho daño. Los cántabros avanzaban lentamente, pisoteando cadáveres,

mientras la formación romana se transformaba en una amalgama de bisoños desconcertados que luchaban a la desesperada. El entrenamiento dio paso a la improvisación; la disciplina se había convertido en furia. La distancia entre las líneas era cada vez menor: pronto ya nadie sabría cuál era su puesto.

Entonces resonó un nuevo coro de tubas. Quinto se giró hacia sus hombres, que intercambiaban miradas de estupor. Fanio Cepión había ordenado algo completamente insólito: ante aquella situación desesperada, las cuatro primeras cohortes debían relevar a las

que combatían.

—*Signa inferre!* —ordenó el joven centurión—. ¡Hay que avanzar de nuevo!

Los soldados le observaron en silencio, con expresión sombría.

—¿Es que no me habéis oído? —gritó.

Marco dirigió una mirada hacia atrás. Durante un breve instante, vio al opción volverse sobre sí mismo. Siguió la dirección de su mirada hasta contemplar la línea de árboles que se encontraba a sus espaldas y delimitaba el comienzo del bosque. Conocía cada uno de sus pensamientos, pues también eran los suyos. Los mismos, supuso, que



todo soldado ha tenido alguna vez, desde que el mundo es mundo.

Ambos sabían que si huían, el centro de su formación se desbandaría. Partida en dos, la línea se vendría abajo. Si daban la espalda al enemigo para buscar refugio en el bosque, la batalla se transformaría en una cacería de fieras. Esa senda, tentadora y engañosa, era el camino que conducía directamente a la muerte.

Contempló la expresión de aquel rostro arrugado: era la de Ulises al escuchar el canto de las sirenas, la de un hombre deseoso de arrojarse a su perdición pese a ser consciente de ello.

Entonces, en medio del caos, el opción le devolvió la mirada y vio en él su reflejo.

Existe algo que nos permite compartir con otro ser humano nuestros deseos y sentimientos más profundos de una forma íntima. Es algo que nos transporta a un lugar donde no existen leyes ni moral. Es algo que puede transformar en héroe al hombre más miserable, o convertir al más virtuoso en un ser despreciable. Es algo que, tarde o temprano, nos conduce a un punto sin retorno, allá donde no existe el miedo, donde el valor se confunde con la desesperación.

Ese algo es la guerra.

El opción clavó su bastón en el suelo y desenfundó su espada, dirigiéndose hacia la vanguardia. Sin pronunciar una sola palabra, el mentor se situó a su lado. Tras intercambiar una fugaz mirada, Annio los imitó. Uno tras otro, los legionarios fueron ocupando sus puestos. Niñato recogió las armas de un legionario herido para unirse a ellos. El opción murmuraba algo. Se lo imaginó más joven, en los accesos del anfiteatro, justo antes de pisar la arena.

Con determinación, los veteranos de la Novena se abrieron paso entre los reclutas, bajo una tormenta de lluvia y

lanzas. El resoplido de las tubas y de los cuernos de guerra se entremezclaba con los gritos de los heridos: era la clásica sinfonía de caos que precede a la matanza. Hasta el último de los hombres sabía lo que estaba en juego.

Al fin, un legionario retrocedió, gracias a lo cual Marco descubrió qué era lo que estaba haciendo pedazos su línea: era un cántabro gigantesco, ataviado con una cota de malla y un yelmo de tres cimeras que aumentaba aún más su enorme estatura. Una docena de guerreros cubiertos de pieles de lobo lo escoltaban; interponían sus cuerpos cuando lo veían amenazado,

acompañados por su portaestandarte. Sus espadas segaban el frente de batalla como un campo de trigo en verano; una forma de combatir ruda, pero con oficio, impropia de unos campesinos a los que se les ha entregado un arma. Se abrían paso en la formación romana como una cuña de hierro en un tocón de encina.

Corocuta.

De repente, una recia figura se plantó ante él en una posición de guardia: era el opción. Durante un brevísimo instante, la escena evocó una imagen familiar que Marco había visto infinidad de veces en el anfiteatro desde la infancia. El tracio frente al *myrmillo*;

la fuerza del bárbaro frente a la resistencia del romano.

Uno de los *devoti* cargó contra él: el opción avanzó en diagonal, rompiendo su línea de ataque y, tras robarle la distancia con su escudo, lo acuchilló en un costado. Al verlo, el caudillo bárbaro alzó su espada y descargó un potente tajo que a punto estuvo de derribarle. Sin embargo, el antiguo gladiador, tras dejar caer el peso de su cuerpo, lo golpeó en el cuello con el borde inferior de su escudo. Corocuta salió proyectado hacia atrás, con las manos en la garganta, luchando desesperadamente por respirar. Por un instante, el opción

observó su sangre, por primera vez en una década. Era una herida superficial, casi un rasguño, pero la hoja se había adentrado en su guardia, algo que no sucedía desde hacía años.

Con una determinación suicida, Marco se abalanzó sobre el enseña. Detuvo un golpe que buscaba su cabeza y, acercándose a él hasta sentir su aliento, que apestaba a alcohol, le introdujo un palmo de hierro en el pecho. Un lienzo de tela rojiza, con un símbolo cruciforme bordado, cayó sobre él. Marco lo alzó en señal de triunfo. En ese momento, Júpiter en persona manifestó su júbilo y un rayo iluminó el

campo de batalla, instantes antes de que se oyese el estruendo de un trueno. La lluvia arreciaba. Los cántabros gritaron «Candamo», para invocar al dios guerrero cuyo símbolo ahora se encontraba en sus manos. El grave lamento de sus trompas de guerra resonó de nuevo, mientras retrocedían asustados.

Corocuta los observaba, con la espada en la mano. Al darse cuenta de que el combate estaba ya sentenciado, le dirigió un gesto de despedida y corrió hacia donde se encontraban sus monturas.

Fue una riada que arrastró los



últimos restos de un dique. Los veteranos de la Novena se abrieron paso entre los cántabros, apelando a todo su oficio. Sus mejores guerreros yacían muertos en el suelo, y aunque aquellos ganaderos eran gente dura, fortalecida por su austero modo de vida, nada pudieron hacer frente a unos soldados profesionales mejor armados. La mayor parte de ellos huyó hacia el bosque, pero otros, seducidos por la aparente protección que ofrecían las murallas del castro, se dirigieron hacia él, sin saber que se trataba de una ratonera.

En ese momento, las tubas resonaron como si fuera una despiadada sentencia

de muerte. Esta debería ser su última orden: desde las alas, la caballería auxiliar germana cargó contra el enemigo en retirada. Tras una cabalgada desenfrenada, comenzaron a atravesarlos con sus lanzas, ascendiendo por la pendiente hasta llegar a las mismas puertas del poblado.

Marco se disponía a dar gracias a los dioses cuando las tubas sonaron una vez más y el signífero de su centuria comenzó a trotar por la colina.

—Fanio Cepión: eres un hijo de puta.

## XXIV

Un momento antes no habría creído posible que sus piernas pudieran moverse. Cualquier pequeña loma se le habría antojado tan inalcanzable como el mismo monte Olimpo. Pero ahora se veía obligado a correr cuesta arriba, junto con el resto de su centuria, detrás de un estandarte rematado por una mano plateada.

Marco tropezó y cayó de bruces. Consiguió levantarse, arrastrándose entre los brezos. Escupió al suelo para librarse del acre sabor del barro y

retomó la carrera. Un aire helado le desgarraba los pulmones, mientras el corazón trataba de abrirse paso a través su pecho. El *signum*, el preciado estandarte de su unidad, se iba perdiendo de vista, aunque finalmente consiguieron alcanzarlo frente a las puertas del poblado, defendido por una empalizada de troncos y un denso entramado de ramas de avellano en su parte superior.

Los germanos se encontraban ahora en una situación desesperada: su carga había sido frenada por la lluvia de proyectiles procedente de las murallas y ahora combatían a pie tratando de

obstaculizar el cierre de las puertas.

—*Testudinem formate!*

Quinto había ordenado formar en testudo: jadeando, los miembros de su centuria crearon una techumbre de escudos sobre sus cabezas. Marco se unió al cuadro, con el rostro pegado a la espalda de Annio.

—Espero que eso que estoy notando entre las nalgas sea tu puñal —murmuró.

Su risa se confundió con un acceso de tos que casi le desgarró la garganta. Una nueva orden hizo que la unidad comenzara a avanzar casi a ciegas, en dirección al tumulto. Poco a poco, con pasos cortos pero firmes, se fueron

aproximando, hasta sentir el suelo empedrado bajo sus pies.

Como el derrumbe de una montaña, cientos de rocas cayeron sobre ellos. Sonó un tremendo crujido de madera al romperse, y el impacto casi le disloca el hombro. Solo la carrillera de su casco impidió que las astillas le desgarrasen el rostro. Se tambaleó, pero le resultaba imposible caer a causa de la aglomeración. Durante unos momentos, la centuria se enfrentó al mayor temor de los galos, cuando el cielo parecía derrumbarse sobre sus cabezas. Pero, una vez más, sus cuerpos exhaustos lograron hacer lo imposible: línea tras

línea, la formación cruzó inexorablemente la puerta; cuando se descubrieron fuera del alcance de las rocas, todos desenfundaron sus *gladii*.

A una orden de Quinto, se desplegaron por el recinto amurallado y acuchillaron a todo lo que encontraban con vida. El poblado estaba surcado por una red de pequeñas sendas que serpenteaban sin ningún orden entre las cabañas y los cobertizos. En un extremo, una empalizada de troncos formaba una línea aserrada casi oculta por la niebla. Tras acabar con los escasos defensores de la entrada, Marco se reunió con Annio y el optión.

—Es la hora del saqueo —anunció el hombrecillo, con una sonrisa de satisfacción—. Creo que deberíamos ir por allí...

Él era sin duda el más experimentado en aquellas lides, así que le siguieron, envueltos en una niebla cada vez más densa. Se encontraron ante una enorme cabaña de planta rectangular, con una techumbre de paja cubierta de musgo. Al atravesar el porche, accedieron a una amplia estancia, rodeada por bancos adosados a las paredes de adobe, pintadas con extraños símbolos astrales. Junto al poste central, los rescoldos de una gran



hoguera iluminaban de un modo siniestro el oscuro interior.

Caminaron con precaución en dirección al fuego, con las armas dispuestas, atraídos por el calor que desprendía. Aparentemente, aquel lugar se encontraba desierto, aunque sobre el suelo de tierra encontraron desperdigados lo que parecían los vestigios de un banquete. Annio arrancó un pedazo de carne asada de un espetón y comenzó a devorarlo con avidez, sin dejar de escudriñar en la oscuridad. Por su parte, el optión había descubierto un enorme caldero de hierro recubierto de láminas de plata repujada, y empleaba

su puñal para arrancarlas apresuradamente.

Marco observó con inquietud el otro extremo de la sala. Se aproximó lentamente, con pasos cortos, mientras su vista se acostumbraba a la creciente oscuridad. A medida que avanzaba, pudo distinguir una gran mesa de piedra grisácea, cubierta por una mancha oscura. Sobre ella, cruzadas en la pared, colgaban dos astas de madera con tres discos de plata, rematados por una mano dorada. Ambas estaban rodeadas por pequeños haces de ramas, con unas hojas diminutas de un verde oscuro. Al bajar la vista, descubrió una treintena de

rostros cadavéricos amontonados a sus pies y que parecían observarle con expresión atormentada.

—Aquí.

Bastó aquella palabra para que sus dos compañeros se reunieran con él, espada en mano. Annio tenía la boca entreabierta. El optión frunció el ceño, con una mirada homicida en los ojos y fija en la colección de cráneos. Una docena de ellos, amarillentas calaveras recubiertas de pergamino, aún conservaban sus largos cabellos: sin duda se trataba de antiguos trofeos de guerra, obtenidos en guerras tribales. El resto, más recientes, tenían el pelo corto

y unas facciones claramente meridionales. En realidad no necesitaban fijarse en aquellos detalles para reconocer a sus desdichados compañeros de armas, pues los dos estandartes colgados en la pared, rodeados de muérdago y consagrados a unos dioses bárbaros, lo proclamaban.

Apestaba, pero no fue ese el olor que llamó su atención, sino otro más intenso, procedente de una puerta contigua. El opción encendió una antorcha y se encaminó hacia allí, hasta encontrarse ante un dintel labrado. Cuando empujaron la tosca tablazón de madera, un pestilente olor atravesó sus

fosas nasales hasta llegar directamente al estómago. Dentro de aquella habitación elíptica habían construido cuatro grandes jaulas, entrelazando ramas de avellano en unas estacas clavadas en el suelo. Permanecían abiertas, aunque en ellas yacían amontonados una docena de cuerpos. Algunos de ellos decapitados, reposando en una postura imposible. Otros habían sido abiertos desde la ingle al esternón, y sus entrañas yacían desperdigadas sobre un suelo salpicado de heces humanas.

Annio vomitó la carne que acababa de ingerir entre espasmos, y sus dos

compañeros se observaron mutuamente. Hacía tiempo que en Roma no se realizaban sacrificios humanos, pero no era difícil comprender cuál había sido la finalidad del altar que acababan de dejar atrás.

El optión fue a inclinarse sobre uno de los cadáveres para tocarlo.

—Aún está caliente —indicó.

Sin embargo, había sido su rostro lo que les llamó la atención.

—Es Valerio Níger —añadió, innecesariamente.

Limpiándose el vómito de la comisura de los labios, Annio se adelantó algunos pasos y señaló con la

cabeza en una dirección. Marco se aproximó a él para descubrir que las paredes se encontraban repletas de grafitos: eran inscripciones hechas en la oscuridad, rascando el adobe con las uñas. Algunas solo eran marcas que contabilizaban los días de cautiverio, aunque en otras figuraba un nombre, a veces acompañado de un lastimero epitafio.

Asaltados por la náusea, continuaron leyendo las últimas palabras de aquellos soldados cuyos cuerpos yacían mutilados, bajo la fluctuante luz de las antorchas. Eran lamentos, advertencias y maldiciones, pero, por encima de todo,

constituían un agónico mensaje dirigido a sus compañeros de armas. Junto a un cuerpo desmembrado, Marco descubrió una pequeña figura femenina, toscamente garabateada en la pared mediante trazos enérgicos. Era una invocación. Bajo ella, uno de los cautivos había escrito una sola palabra, empleando su propia sangre: «Némesis».

Némesis. Una deidad arcana y temible, hija de la oscuridad y de la noche. La encarnación de la cólera divina, tan antigua como el océano. Némesis: la diosa de la venganza.

Uno tras otro, comenzaron a llegar legionarios. Algunos contemplaban la



estancia, horrorizados, aunque el rostro de la mayoría de ellos se había convertido en una máscara siniestra. Nadie dijo nada. No era necesario.

El opción acercó su antorcha a la techumbre de paja y esta comenzó a arder.

Mientras abandonaban la cabaña, vieron a un grupo de oficiales descolgando los dos *signa* de la pared de adobe, para envolverlos cuidadosamente en un lienzo de tela oscura. Pronto las llamas envolvieron la enorme construcción de barro y paja, y a medida que el rumor se fue difundiendo por el castro, la lucha se transformó en

una matanza generalizada que no respetó ni tan siquiera el ganado. Los soldados comenzaron a degollar las ovejas de los corrales y, una tras otra, las chozas comenzaron a arder. Los centuriones tuvieron que defender a punta de espada los graneros, para que no los incendiaran también.

Anocheceía. La luz era cada vez más débil. Marco y sus compañeros se dirigieron hacia el último círculo defensivo, una empalizada de diez pies de alto construida en un extremo de aquella meseta. Solo defendía un puñado de viviendas de adobe, no muy diferentes del resto, donde se habían

refugiado las mujeres y los niños. Los pocos guerreros que aún permanecían con vida se encontraban en lo alto de la torre de madera que guarnecía su entrada, arrojando piedras sobre un grupo de legionarios que, formando un testudo, empleaban el poste de una cabaña como ariete. Aquella era una defensa miserable. Los asaltantes pronto echarían las puertas abajo.

*¡POUM!*

Uno tras otro, se sucedieron los golpes. Con cada uno de ellos se iban congregando más soldados, que emergían de la niebla como espectros. Todos permanecían en pie, bajo la

lluvia, expectantes, sin pronunciar palabra.

*¡POUM!*

Tras el golpe seco, se oyó un débil crujido de madera. Una docena de auxiliares ubios, que hasta entonces habían acechado entre las sombras, se aproximaron.

*¡POUM!*

Los cántabros continuaban lanzando piedras y postes a la desesperada. Tan solo se oía el crepitar de las llamas, el sonido de la lluvia al caer y algunos gritos procedentes del interior de la empalizada.

*¡POUM!*

Un grupo de mujeres se encaramó a ella y se desgarró sus túnicas bordadas. Lloraban, mostrando sus pechos. Algunas arrojaron sus brazaletes de plata a los pies de los asaltantes, pero estos no se molestaron en recogerlos.

*¡POUM!*

Un nuevo crujido, esta vez agónico. Las mujeres continuaban aullando en su lengua, mientras los legionarios aguardaban en silencio. Una de ellas, alta y de aspecto regio, se irguió por encima de las estacas que coronaban la empalizada y, mostrando su torso desnudo, comenzó a pedir clemencia en un latín apenas comprensible, con las

facciones desfiguradas por el llanto.

*¡POUM!*

Un legionario recogió un pilo del suelo y lo arrojó con fuerza. El proyectil atravesó el pecho de la noble y la hizo caer de frente. Al hacerlo, su cabeza chocó contra una roca, antes de terminar de espaldas sobre el fango. Con el rostro salpicado de barro y sangre, continuó musitando palabras inconexas entre sollozos mientras el charco sobre el que yacía iba adquiriendo un tono rojizo.

Marco apartó la vista cuando un compañero le aplastó la cara con el talón de su cáliga.

*¡POUM!*

La puerta se vino abajo.

A pesar de que no había mandos en aquella acción, se hizo siguiendo la más férrea de las disciplinas. Los años de entrenamiento, destinados a que cada soldado dejara de lado su propio individualismo, se hicieron patentes. Los legionarios se abrieron paso en falange, avanzando hombro con hombro. Tras aplastar con sus escudos a los últimos guerreros que trataban de apuntalar las puertas, se desplegaron por el recinto.

Las mujeres se habían refugiado en el interior de una gran cabaña con sus

hijos. Cuando vieron que eran acuchillados los últimos defensores, algunas corrieron en dirección a los asaltantes, con los brazos extendidos. Con un tajo ascendente, el *gladius* de un legionario destrozó el cráneo de la primera nativa que se aproximaba. Un segundo soldado forcejeó con su acompañante, para arrebatarse a un bebé de sus brazos. Cuando lo logró, comenzó a aplastarlo contra el suelo rocoso, mientras ella aullaba de impotencia.

A través del tumulto, el optión avanzó en dirección a la choza, acompañado por Annio, hasta encontrarse ante una joven arrodillada,



con el rostro cubierto por las manos. Una figura se interpuso entre ambos. Era uno de los germanos, un hombretón alto y musculoso, pálido de piel y de cabello casi albino, con una melena recogida mediante un moño en el costado derecho del cráneo. La lluvia resbalaba sobre su torso desnudo: solo vestía unos pantalones y una piel enrollada a la cintura, de la que colgaban dos cabezas cortadas. Se encaró al oponente con arrogancia y las piernas separadas. En la mano derecha blandía una larga espada.

Con la izquierda señalaba a la mujer, tratando de hacerse entender

mediante gestos, acompañados de una voz gutural y profunda.

—*Uoman min ist. Min.*

Repetía esta última palabra, señalándose entre sus prominentes pectorales. Una docena de ubios aguardaba tras él, blandiendo sus lanzas cortas.

Durante un instante, el optión lo observó, con el ceño fruncido y los ojos inyectados en sangre, y desde abajo, pues el germano le sacaba una cabeza. Súbitamente, lanzó una fulminante estocada a su cuello y este cayó hacia atrás, con la garganta destrozada, convertido en un cuerpo sin vida antes

de tocar el suelo. Sus compañeros se sobresaltaron, y algunos hicieron el gesto de emplear sus armas, mientras la mujer era degollada entre gritos.

Los bárbaros bajaron la vista y, sin darles la espalda, se retiraron en dirección a las puertas.

Para entonces, el resto de las mujeres se precipitaron hacia el interior de la cabaña. Aquellas que ya se habían refugiado allí con sus hijos intentaron apuntalar la entrada, pero eran empujadas por una avalancha procedente desde el exterior que trataba de abrirse paso desesperadamente. Los soldados las acuchillaron por la espalda

mientras aporreaban las puertas y, avanzando sobre cadáveres amontonados, finalmente llegaron a ellas.

Tras varias tentativas de echarlas abajo, una pareja de soldados arrastró un carro para bloquear la puerta desde el exterior. A continuación acercaron varias antorchas a los aleros de la techumbre de paja.

Marco observó la escena envuelto en un halo de irrealidad. Cuando las llamas se propagaron por la parte alta de la vivienda, resonó un coro de chillidos. Envuelta en jirones de niebla, la cabaña iba desapareciendo poco a

poco, como si nunca hubiera existido, a medida que se formaba una cortina de humo y vapor. Por un momento, sintió cómo el olor de la carne quemada hacía despertar a su estómago vacío, antes de que se transformara en una peste insalubre cuando los cuerpos atrapados en el interior comenzaron a calcinarse. Invadido por la náusea, intentó vomitar de nuevo, pero esta vez solo logró expulsar bilis.

Decidió alejarse de allí. Ya no sentía el cuerpo, pues el frío y el cansancio lo habían vuelto inerte. El sol se había puesto en algún lugar perdido entre la niebla; solo las llamas

iluminaban la noche y proyectaban sombras que distorsionaban la realidad, recortando las figuras que deambulaban entre ellas hasta convertirlas en fantasmas. La tierra se había transformado en un lodazal rojizo salpicado de cuerpos que se arrastraban lentamente. Un enjambre de cuervos descendía para picotear sus heridas y vaciar las cuencas de sus ojos, saltando de uno a otro al descubrirles un hálito de vida.

La lluvia continuaba cayendo, implacable, como si fuera a vaciarse el cielo. El siseo del agua al entrar en contacto con el fuego se entremezclaba

con el gemir de los moribundos, un sonido que solo interrumpían ocasionales gritos. Los cuatro elementos se confundían entre sí: Marco había cruzado el río Estigia.

Se dirigió hacia un cobertizo que milagrosamente aún se mantenía en pie, y bajo él se topó con varias figuras. Alguien le ofreció un cuenco de madera. Solo al descubrir el amargo sabor del vino en su boca constató que no estaba muerto.

## XXV

Aquella mañana había decidido acompañar a Vitruvio y a su hijo Gayo en su visita diaria a las termas. Corría el año 721 desde la fundación de la urbe y Marco Vipsanio Agripa desempeñaba el cargo de edil. Como magistrado responsable de las obras públicas, había reparado sus calles y decretado la entrada gratuita a los ciento setenta baños de la ciudad a costa de su propio patrimonio. No solo resultaba insólito que un excónsul, mano derecha del heredero de Julio César, desempeñara



aquel cargo, sino que además lo hiciera de una forma tan espléndida, y por ello, los romanos no desperdiciaron la oportunidad que se les ofrecía.

Acosados por los mendigos, los visitantes debían abrirse paso entre una avalancha de campesinos, mercaderes cilicios y vendedores de especias que apestaban a azafrán; solo los más ricos podían permitirse el lujo de alquilar una litera para atravesar, ocultos tras unas cortinas y cómodamente recostados, todo aquel caótico maremágnum.

Marco tuvo que apartar a una pareja de vendedores de opio para poder acceder al pórtico, que estaba

abarrotado de proxenetas que ofrecían su mercancía; casi se da de bruces con un puesto de comida ambulante. Rodeada por una nube de moscas, una anciana amasaba tortas de trigo con los dedos manchados de mugre sobre una destartalada mesa. Las cocía sobre una pequeña lumbre. Cuando al fin lograron sortearla, se encontraron con Diógenes, que observaba abstraído el fuste de una de las columnas jónicas, envuelto en su amarillento *himation*.

—Es un placer encontraros por aquí —manifestó al verlos.

—Lo mismo digo, viejo amigo —respondió Vitruvio—. ¿Nos honrarás

esta noche con tu presencia? Estaríamos encantados de que vinieras a cenar.

Tuvo que contener una sonrisa. Una vez más, el anciano griego los había estado esperando junto a la entrada para hacerse el encontradizo, con la expectativa de aquella invitación. A pesar de que le habían sido encargadas algunas estatuas destinadas a embellecer las nuevas construcciones de Agripa, su economía doméstica seguía siendo tan precaria como siempre y, por ello, no le quedaba más remedio que recurrir a su amigo para disfrutar de una buena comida. Por entonces, la carrera del arquitecto gozaba de una excelente

salud, pues dirigía las obras de uno de los nuevos acueductos sufragados por el edil, y de buen grado mantenía aquella entrañable farsa.

—¿Listo para recibir una nueva clase, muchacho? —le preguntó Diógenes.

—Sí, señor —respondió Marco—. Espero estar a la altura.

—Lo estás, no lo dudes —le aseguró el anciano—. ¿Nos vemos hacia la hora quinta?

Él asintió.

—Id a jugar —dijo Vitruvio a los dos jóvenes—. Diógenes y yo iremos a la sauna.

Marco y Gayo caminaron hacia la parte posterior del edificio, una amplia zona ajardinada adosada a los gimnasios y la biblioteca.

—¿Juegas al *trigon*? —preguntó a Gayo cuando llegaron al patio.

A sus diez años, Gayo era pálido y delgado, de facciones delicadas y de aspecto apacible, y aún mostraba hacia Marco una manifiesta admiración.

—¿Y qué tiene de útil arrojar una pelota? —le preguntó.

—No tiene por qué ser útil —dijo el niño—. Es solo un juego.

—He de ir a la palestra —replicó, alborotándole el cabello.

Con paso sosegado, se dirigió hacia aquel patio porticado adosado a los jardines. La palabra «palestra» provenía del griego y significaba «lugar donde se lucha».

Los deportes de lucha, una moda helénica llegada a la urbe algo más de un siglo atrás, se habían popularizado al incorporarse a los juegos circenses. Habían dejado de considerarse una preparación para la guerra y se habían convertido en un simple pasatiempo lúdico. Lo que realmente formaba a un soldado romano eran los ejercicios con la espada de madera frente al poste, las maniobras en el Campo de Marte y las

interminables marchas con la impedimenta a la espalda.

Antes de ajustarse los guantes de cuero, se despojó de la túnica y observó a su adversario. Existían tres categorías de lucha: la *iuctatio*, una combinación de llaves y presas, en la que vencía el primero en derribar por tres veces al contrario; el *pankration*, en el que todo estaba permitido, salvo morder y sacar los ojos, por lo que también se recurría a puñetazos, codazos y patadas, hasta que uno de los dos yacía inconsciente o se rendía; y, por último, el pugilato, la más dura de todas y la que habían decidido practicar.

Observó una de las estatuas del pórtico: una mala copia del púgil de Lisistrato, con el rostro desfigurado por los golpes. Normalmente, cada luchador se envolvía los antebrazos en una piel de cordero sujeta a los antebrazos mediante unas correas provistas de un refuerzo metálico en los nudillos, que convertían a sus puños en un arma letal. Por ello, a pesar de que ahora iban a emplear guantes acolchados de entrenamiento, sintió que un escalofrío recorría su espalda.

Extendió una película de aceite sobre su cuerpo antes de saludar al otro joven. Era más alto que él y los



músculos de su torso se marcaban como los de un cíclope adolescente. En ese momento, descubrió a Vitruvio junto a él.

—¿Algún consejo? —le preguntó.

—Si empujas a un hombre, tratará de avanzar. Si tiras de él, intentará retroceder —le dijo—. Es puro instinto de supervivencia: tratar de contrarrestar cualquier fuerza que actúe en tu contra. Pero, al mismo tiempo, también es la base para una finta. Así, al sentir una presión tirando de tu antebrazo hacia abajo, tu reacción será alzar la guardia, descubriendo la parte inferior del cuerpo.

Él cerró los ojos y asintió.

—Por eso nunca debes permitir que tu instinto te traicione —prosiguió el arquitecto—. El pugilato es tan solo un juego, pero gracias a él podrás entender el funcionamiento del mundo real, si eres capaz de comprender su verdadera esencia. Al igual que Pompeyo, tu estrategia siempre ha de ser fingir que no tienes ningún interés por aquello que más deseas.

Marco se adentró en la *skamma*, el rectángulo de arena batida donde le aguardaban su rival y el juez, que sostenía un bastón en las manos. Entonces dio dos pasos hacia él, para

lanzarle un directo al rostro.

Aquel deporte era lo más parecido a un combate real que conocía; una experiencia que le permitía controlar todas las emociones que le embargaban: miedo, dolor, nervios e ira. Según un antiguo proverbio griego, una victoria en pugilato solo se lograba con sangre, y había descubierto que era cierto. La capacidad de sacrificio era la clave.

Sacrificio. Aquella noche, en un oscuro callejón de la Suburra, con un brazo roto y una honda en la mano, se vio obligado a domesticar su dolor hasta ponerlo a su servicio. Aquel había sido un gran logro. Había conocido a

luchadores que, tras sufrir una lesión en la pierna, intentaban evitar cualquier golpe en ella, incluso meses después de haberse recuperado. No se trataba del dolor, sino del miedo al dolor.

Él se esforzaba por controlarlo. Jamás se habría creído capaz de emplear la espinilla como un arma, hasta que vio a aquel luchador siciliano rompiendo un taco de madera de cuatro dedos de grosor. Por eso se ejercitó una y otra vez frente al saco de arena, tratando de insensibilizar esa parte de su cuerpo, hasta que dejó de sentir una lacerante punzada cada vez que golpeaba con su espinilla y supo que era

capaz de romper una rodilla de aquel modo.

Sabía que tenía que continuar, sin importar el dolor: lanzar un gancho al sentir el puño del contrario en el rostro, e incluso retroceder golpeando. Marco peleó por puro instinto y, cuando quiso darse cuenta, el otro joven se encontraba en el suelo, sangrando por la boca, con la nariz rota y el miedo reflejado en el rostro.

Sentado en las escalinatas del pórtico, Vitruvio sonreía satisfecho. La forma de combatir de su aprendiz, que ya había cumplido los diecisiete años, había cambiado; se había vuelto más

corpulento y ya no revoloteaba como una avispa. Y cuanto más le presionaban, mejor peleaba. Marco era como un nadador en una prueba de resistencia. Mientras que el resto de los competidores solo pensaban en que cada brazada los alejaba más y más de la orilla, él solo deseaba vencer.

Había aprendido los fundamentos de su oficio con rapidez; ya hablaba griego y era bastante bueno con las matemáticas, aunque en lo que más destacaba era en la escultura. No obstante, la arquitectura requería de conocimientos en infinidad de disciplinas y, cuando lo conoció, su

educación dejaba mucho que desear. Por ello, había decidido instruirle de una forma pragmática, obviando la retórica, asignatura en la que los jóvenes de clase acomodada se ejercitaban durante horas, teniendo que argumentar sobre dilemas absurdos establecidos por el maestro. Una ley establece que una mujer pueda elegir entre dar muerte a su violador o casarse con él, pero, en una misma noche, un hombre fuerza a dos jóvenes y una exige la pena capital, mientras que la otra el matrimonio. ¿A cuál de ellas se ha de satisfacer?

Retórica absurda. Palabras huecas con sabor a miel. Un aprendizaje solo

destinado a adornar el espíritu; algo perfectamente inútil para alguien como él.

Marco se sentó en la sauna para que un esclavo le retirara el aceite de la piel con una rasqueta de bronce. Introdujo su mano amoratada bajo la axila y apretó con fuerza. Varias gotas de sangre afloraron de su nariz y resbalaron por el labio superior hasta caer en el agua, convirtiéndose en una diminuta nube rojiza que se diluyó poco a poco entre el vapor. Cerró los ojos; se sentía cansado, aunque el calor hacía que su cuerpo se



relajara, a pesar de la dolorosa hinchazón de sus manos. Cuando más tarde se sumergió en la piscina del *frigidarium*, fue como regresar al mundo de los vivos.

Solo entonces recordó su clase con Diógenes. Dio un respingo, se vistió lo más rápidamente que pudo y atravesó el jardín a toda velocidad, abriéndose paso entre los bañistas que paseaban bajo la sombra de los olivos.

Al entrar en la biblioteca, descubrió que el anciano le aguardaba con impaciencia. Diógenes había establecido una tácita competición con el arquitecto para convertirse en su

preceptor. Intentaba sacar a la luz su talento del mismo modo que extraía una figura de un bloque de piedra: con paciencia, invirtiendo todo el tiempo que fuera necesario.

Pero él se olvidó de todo al descubrir a Vitruvia. A sus catorce años, había alcanzado ya la altura de una mujer adulta y sus ojos grises le sonreían, aunque su serio semblante trataba de advertirle del enfado de su tutor. Era como un brasero encendido en una gélida habitación, que inconscientemente le arrastraba a su lado, atraído por la luz y el calor que irradiaba. Pero él había decidido

mantenerse en el oscuro umbral de la puerta, lo más lejos posible, pues no podía traicionar la confianza de su maestro.

Después de balbucear una disculpa, Marco se sentó para tomar sus herramientas. Tras varios años modelando arcilla y ayudándole con el taladro, el desbastado y otras tareas rutinarias, finalmente Diógenes le había encargado un busto en piedra. Había realizado un boceto en barro del apacible rostro de su maestro, que le serviría de referencia para trasladar la figura a un bloque de travertino, con la ayuda de los compases. Ya había dado

forma a la piedra y se intuían las facciones del rostro, pero, al tratar de definir el cuello con la gradina, hizo un profundo surco que a punto estuvo de agrietarlo.

—Si sigues así, te vas a destrozar las manos —le dijo Diógenes—. Te tiembla el pulso. ¿Cómo esperas hacer tu trabajo? ¿Es que ya no deseas ser *artifex*?

Marco sabía que no le faltaba razón, pero le molestaba que le abroncara con la muchacha allí delante.

—Hay cosas más importantes —respondió, dándose la vuelta.

—¿Como qué?

—Sobrevivir —dijo, desafiante.

Por primera vez desde que le conocía, el anciano griego había perdido su sosegado aspecto. Parecía realmente furioso, como si hubiera hurgado en una vieja herida.

—El arte no es ninguna frivolidad, muchacho —aseguró—. Y en tu vida te encontrarás ante infinidad de problemas que no podrás solucionar con los puños. Existen otras clases de lucha, y otra clase de valor. Otro tipo de guerras en las que, para sobrevivir, deberás haber entrenado tu mente.

—«Mente sana en un cuerpo sano» —recitó no sin una dosis de cinismo.

—No digas estupideces —gruñó el griego—. Tú no estás ejercitando tu cuerpo: lo estás forzando hasta el límite, machacándolo a conciencia. En Atenas, he visto a más púgiles sonados que putas hay en tu barrio; patanes con las facciones desfiguradas, que apenas son capaces de atarse las sandalias. ¿Es eso en lo que deseas convertirte?

—Puedo ganar renombre mediante las armas.

—Empuñar las armas no es una cuestión de vanidad, sino un deber cívico: combatir junto con los tuyos en defensa de la comunidad. Y eso es algo que no está reñido con el arte. El poeta

Sófocles fue *strategos* en dos ocasiones; el dramaturgo Esquilo destacó por su heroísmo en Maratón; y si de algo se enorgullecía Sócrates fue de su destacado papel en la batalla de Delión.

Marco bajó la vista.

—Lo que dignifica a un hombre no es el hecho de saber pelear, sino la causa por la que lo hace —continuó el anciano—. ¿Puedes explicarme cuál es la tuya? Y no me digas que la de defenderte, porque ese joven al que has roto la nariz hace un rato no te había hecho nada. Sí, te he visto. Te guste o no, has llegado a un punto en el que deberás elegir en qué clase de hombre

deseas convertirte. Y de tu decisión dependerá lo que serás durante el resto de tu vida.

—Me has enseñado a esculpir — protestó.

—De momento, lo único que has aprendido es a dar forma a un montón de barro —repuso Diógenes, con el ceño fruncido—. El arte es otra cosa. Al igual que un hombre necesita una causa por la que luchar, un artista ha de tener algo que contar. Ha de haber un sentido último para lo que hace. ¿Puedes decirme qué pretendes con esta escultura?

Marco enmudeció. Se sentía herido



en su amor propio, pero su maestro decía la verdad: faltaba algo en aquel busto y eso le desesperaba. En el boceto, las facciones estaban bien definidas, pero componían una máscara vacía, insulsa, carente de esa chispa de vida que caracterizaba la obra de los grandes. Faltaba algo indefinible, difícil de precisar: no era nada, aunque, al mismo tiempo, lo era todo.

Diógenes le observaba como si fuera capaz de leer sus pensamientos:

—Jamás debes olvidar que una escultura no es más que un pedazo de piedra. Para poder insuflarle vida, antes deberás poner algo de tu propia alma en

el empeño.

Tuvo que abandonar la sala. El anciano había alcanzado su objetivo sin saberlo. Dos meses atrás, uno de los muchachos le había dicho que Numerio deseaba verle. Aquello no pintaba nada bien: su tono de voz le dejó bien claro que era la clase de cita a la que se ha de acudir armado. Marco había tratado de eludir la compañía de sus amigos del barrio, pero acabó dándose cuenta de que era imposible.

Recorrió el Argileto en silencio. El frío tacto del cuchillo oculto en su

cintura, ese leve peso que ejercía sobre la cadera, le recordaba constantemente su presencia. Era una sensación de la que no podía desprenderse; al principio le producía inquietud, y más tarde, seguridad, aunque con el tiempo también dependencia.

Se cruzó con un muchacho un par de años más joven que él que caminaba ensimismado, tal vez pensando en sus deberes de la escuela. Cuando alzó la vista, vio que Marco se aproximaba. Pudo sentir su mirada atemorizada fija sobre él, antes de que cruzara la calle apresuradamente.

Al observar su imagen reflejada en

un charco, entendió por qué. No solo era la cicatriz de su rostro, o el hecho de haber ganado altura y anchura de hombros: había algo turbio en su mirada. Si años atrás él mismo se hubiera topado con alguien con aquella expresión en la cara, sin duda también hubiera cambiado de acera.

Había pasado toda su infancia practicando con una espada de madera, solo para sobrevivir en aquel barrio. En la calle, tuvo que aprender a identificar cualquier potencial amenaza para hacerse a un lado en cuanto la veía. Esa había sido su primera lección, aquella que, por encima de cualquier otra cosa,

le aseguraba la supervivencia.

¿En qué se estaba convirtiendo?

Nada más alzar la vista de la charca, descubrió la mirada de Numerio fija en él.

—Necesito tu ayuda —le dijo.

Con dieciocho años de edad, su viejo amigo se había convertido en un rudo hombretón dotado de un aspecto que ninguna madre desearía para su hijo. Claro que hacía años que la suya había muerto de gonorrea en un prostíbulo.

—Cuadrigario quiere que haga una visita a Tulio Escribonio —prosiguió—. Es un trabajo sencillo, pero necesito a alguien de confianza a mi lado. Salimos

a cinco denarios cada uno.

Había oído hablar de él. Escribonio era uno de tantos campesinos arruinados llegados a la Suburra para subsistir a costa del grano público. Incapaz de trabajar a causa de la artrosis, los dioses le habían maldecido sin ningún varón en su descendencia. Gracias a los relieves que Octavio había hecho esculpir por toda Italia, sin duda había creído que en el foro de Roma había una enorme cornucopia de la que manaba un inagotable caudal de trigo y aceite.

Sin embargo, el cuerno de la cabra Amaltea no alcanzaba para pagar el abusivo alquiler del cubículo en el que

malvivía con su familia. Entonces, debió de llegar a la conclusión de que en su problema también se encontraba la solución, así que decidió prostituir a sus tres hijas, la mayor de las cuales aún no había cumplido los trece años. En la Suburra, aquel era un mercado cotizado, al menos hasta que las chicas creciesen. Ahora Cuadrigario reclamaba su parte. Al fin y al cabo, que una esposa se buscara el cobre fuera de casa era algo corriente, casi un derecho consuetudinario, pero el lucrativo negocio que aquel miserable había montado en su casa ya se podía considerar, en justicia, como un

auténtico burdel.

Marco lo conocía de vista: escuálido y enfermizo, de aspecto mezquino y acoquinado, si se presentaban ante él bajo la autoridad de Celio Cuadrigario, sin duda se haría sus necesidades encima. El cabecilla del hampa les ofrecía una parte de su comisión sobre el negocio de Escribonio, y era dinero fácil. Por un momento, trató de convencerse de que aquel encargo no era muy distinto de otros que había hecho hasta entonces; daba igual cuál fuese su procedencia, aunque en su fuero interno sabía que se estaba engañando.



—Es mucho dinero —añadió

Numerio—. Debes aceptar.

—¿Eso crees?

La mirada del muchacho se ensombreció.

—Marco, desde que frecuentas el Quirinal has cambiado —le dijo, con resentimiento—. ¿Realmente crees que te dejarán ser uno de ellos? Vas a dejarte la piel a cambio de una miseria, sin llegar nunca a nada. ¿Es que te has olvidado de quiénes son tus amigos?

—Si tu pregunta es si prefiero estudiar arquitectura antes que ganarme la vida pegando palizas, mi respuesta es sí.

—Voy a explicarte algo, porque parece que aún no te has dado cuenta: a Cuadrigario nadie le dice que no. Si lo haces, tarde o temprano te arrepentirás.

Por un instante, sopesó si debía considerarlo como una amenaza, o tan solo como una advertencia.

—Si de verdad eres mi amigo, estoy seguro de que sabrás excusarme ante él —respondió.

—Estás loco —aseguró Numerio—. Como una cabra.

Después de aquello, no había vuelto a saber nada de él.

Deambulando por las termas, se dirigió a una fuente y, tras sentarse junto

a ella, sumergió su mano derecha en el estanque. Cerró el puño con fuerza, tratando de contener los temblores. El agua fría logró mitigar la punzada de dolor que le llegaba hasta el tuétano. El otro, el que sentía en el pecho, no había nada que pudiera ahogarlo.

Observó a Gayo, mientras se disputaba la pelota con otros niños en el jardín. Aquel lugar constituía un remanso de paz en medio de la aglomeración urbana, donde siempre era verano, solo había juegos y no existían matones a los que temer. Era un pequeño mundo artificial, creado para su propio disfrute, aislado de las miserias de la

realidad.

Vitruvia se sentó a su lado, arremangándose la túnica hasta dejar al descubierto sus pantorrillas. Como era habitual en ella, llevaba las sandalias en la mano. Pudo sentir la intensidad de su mirada gris, arrollándole hasta el aturdimiento.

—No te lo tomes a mal —dijo—. Solo está enfadado por ver cómo arrojas tu talento al vertedero.

—Gracias por tu sinceridad —respondió—. Y, sobre todo, por el tacto.

—Bueno, eso es lo que él cree —aclaró.

El espacio entre ambos había

menguado. Era un cambio imperceptible, transcurrido a lo largo de años; sin embargo, el tacto de su piel sobre la suya había dejado de ser algo extraño para convertirse en una presencia familiar. No sabía cuándo había ocurrido, y ahora era demasiado tarde para cambiarlo.

Fue consciente de que esa barrera que toda persona construye a su alrededor, aquella que delimita las fronteras de su espacio físico, había desaparecido para él. Era como encontrarse ante una puerta entreabierta, y eso le hizo sentir vértigo.

Observó el colgante que llevaba, un

as de bronce que mostraba los dos rostros de Jano.

—¿Y qué piensas tú? —dijo para romper el silencio.

Una radiante expresión recompensó sus palabras.

—¿Por qué sonríes? —preguntó.

—Porque a nadie le importa lo que piense una niña, excepto a ti.

Su mano quemaba como un brasero encendido. Casi pudo sentir la caricia de su aliento.

—Ya no eres una niña.

—Sí, y tú dentro de unos días te convertirás en adulto. ¿Qué sientes?

—¿Hablas de la ceremonia de mi

mayoría de edad? La verdad es que me veo igual que siempre —respondió, evasivo—. Aunque os agradezco las molestias que os habéis tomado.

—¿Por qué no haces caso a tu maestro? ¿Por qué no dices de una vez lo que sientes?

Él cerró los ojos.

—Está bien —respondió—: dejé de ser un niño hace seis años. Mi ceremonia la ofició un borracho al romper una jarra de vino en mi cara. Y tú dejaste de serlo con tu primera menstruación. Desde entonces, has entrado en subasta y yo no puedo pujar por encima de nadie.

Las palabras fluyeron desde lo más profundo de su ser, pero ella reaccionó como si la hubiera abofeteado.

«No lo sabía, y he sido yo quien se lo ha dicho.»

Súbitamente, Vitruvia se levantó para dirigirse hacia la salida. Él permaneció allí sentado durante un largo rato. Al final regresó a la biblioteca. Diógenes se había ido. Se encontró a solas con su obra: aquel rostro desprovisto de vida no dejaba de observarle.



# Libro segundo

La guerra es  
la paz.

La libertad es  
la esclavitud.

La ignorancia  
es la fuerza.

George Orwell,  
*1984*

# XXVI

—¡Novena Hispana! ¡Novena Hispana!

A medida que avanzaban por la vía pretoria del campamento, los miembros de la Cuarta Legión Macedónica los aclamaban, coreando el nombre que les habían otorgado. Del mismo modo que Publio Cornelio Escipión era conocido como el Africano tras a vencer a Aníbal en Zama, ahora a la IX Legión se la llamaba Hispana, gracias a su decisivo papel en aquella guerra.

Solo entonces comprendió la trascendencia de lo sucedido. Tras

derrotar a sus enemigos junto a aquel maldito castro quince días atrás, al fin, en el sur, Cayo Antistio pudo tomar varias ciudades y adentrarse en el territorio cántabro. Sin embargo, cuando avanzaba por lo alto de una sierra para cruzar la cordillera, se topó de bruces con el castro de Aracillum, donde los montañeses se habían hecho fuertes. Al llegarle la noticia a Fanio Cepión, la IX Legión volvió a situarse en el otro extremo de la sierra y los aprisionó en una especie de tenaza. Fue entonces cuando Antistio había logrado acceder a la vertiente costera de Cantabria. Al fin ambos ejércitos se encontraban.

De esta forma había concluido una penosa aventura iniciada casi dos siglos antes, cuando los romanos llegaron por primera vez a Iberia durante el transcurso de la segunda guerra púnica. Tras seis generaciones, por fin había concluido la conquista de aquella maldita península, una empresa que una ambiciosa república que apenas dominaba Italia había iniciado en las cálidas orillas del Mediterráneo, y que ahora finalizaba en las húmedas montañas del océano exterior un imperio que se extendía por tres continentes.

Gracias a ellos, al fin toda Hispania era romana.

—¡Novena Hispana! ¡Novena Hispana!

Los mandos de la Cuarta Legión desfilaban hacia la tienda del legado, precedidos por su aquilífero y de los sesenta signíferos. Un hombre entrado en años de cabello castaño y semblante taciturno cabalgaba tras ellos, rodeado por una docena de lictores, sus tribunos y el primipilo.

Normalmente, la relación entre los soldados de las distintas legiones iba de la rivalidad al odio. Era más que frecuente que se pelearan entre ellos. Pero ahora, ante todo, se sentían romanos: una unidad procedente de la

Galia había acudido en auxilio de otra llegada de la meseta hispana, y ambas se encontraban en el corazón del territorio enemigo. Los miembros de las dos unidades se saludaban efusivamente y bastaba que alguno de ellos se conociera de vista para que se abrazaran entre risas.

—¡Me cago en...! ¡Pero si es Marco, ese maldito bastardo nacido en un putiferio!

Al oír aquella inconfundible voz, el mentor se dio la vuelta. Efectivamente, se trataba de Manio Decio Násica, un *ballistarius* que había conocido en Grecia casi cuatro años atrás. En todo

aquel tiempo, el artillero no había cambiado nada: cabello rizado, cejas pobladas y una fuerte mandíbula cubierta de una perpetua barba incipiente, surgida poco después de haberse afeitado. Su ropa, siempre arrugada y cubierta de barro o polvo, según la estación, le otorgaba un desaseado aspecto a la altura de su rudo lenguaje, a pesar de estar dotado de una sutil inteligencia capaz de diseccionar cualquier problema con la precisión de un cirujano.

—Joder, menuda sorpresa — prosiguió—. Esperaba que algún bárbaro me hubiera hecho el favor de

rebanarte el cuello, pero ya veo que no he tenido esa suerte.

Iban a estrecharse la mano, pero finalmente se abrazaron.

—Me alegro de verte, hijo de la gran puta —añadió, con una risotada—. Y seguro que *Celia* también...

El artillero tiraba de una mula que cargaba con su escorpión, una gran ballesta cuyos brazos se accionaban mediante dos mecanismos de torsión fabricados en hierro y bronce fundido, en los que se enrollaban las cuerdas. A pesar de estar desmontada, parecía destrozada.

—Me temo que ya no nos queda vino



—le dijo Marco—, pero al menos podemos ofrecerte algo de cerveza.

Le condujo entre las calles abarrotadas de soldados. Habían acampado de nuevo sobre aquella alargada cumbre rocosa, tan áspera que en su lado oeste apenas pudieron excavar una fosa de tan solo dos pies de profundidad reforzada por un terraplén de piedra arenisca. De este modo, habían logrado construir un clásico campamento de planta rectangular con las esquinas redondeadas, desde el que era posible contemplar la sierra donde, apenas siete millas al sur, se encontraba Aracillum. Dominando la divisoria de la

cuenca de dos ríos y el paso de ambos valles, tras la llegada de la nueva legión los mandos habían decidido ampliar el recinto defensivo, prolongándolo hacia el norte hasta alcanzar una longitud de setecientos pasos y cubrir así toda la cima.

Cuando llegaron a la tienda de su contubernio, Annio empleaba un molino de mano para hacer harina, mientras el optión se disponía a encender un fuego. Násica ató las riendas de su mula a una estaca antes de dirigirse hacia ellos.

—¿Cómo va todo, cabrón? —dijo, a voz en grito—. Pensaba que ya te habrías licenciado.

—Si sobrevivo, esta será mi última guerra —asintió el optión, estrechándole la mano.

—Si hay alguien difícil de matar, ese eres tú. ¿Veis esta herida? —Násica apartó un mechón de cabello para mostrarles una cicatriz en su cráneo—. Me la hizo él, antes de ser amigos. O después, no lo recuerdo bien. Bueno, qué más da: estaría borracho. Menudo hijo de puta...

Tras intercambiar una sucesión de enérgicos apretones de mano, los soldados se sentaron en torno al fuego. Una jarra comenzó a circular entre ellos.

—Por la muerte en combate —

brindó Annio.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Marco.

—Cansado, jodidamente cansado —masculló Násica—. En la Galia la guerra es más sencilla: marchas sin descanso, te rompes la espalda cavando zanjas, pero todo se decide en una batalla y luego puedes descansar en tu barracón, bebiendo vino junto al hogar. Aquí, cuando crees que has conquistado un valle, tienes que dar la vuelta para tomar otro castro. Esas malditas partidas de guerreros nos impiden forrajear, los correos desaparecen en los caminos sin que nadie vuelva a saber nada de ellos,

y el enemigo no descansa ni en invierno. Solo controlamos aquello que se encuentra a un par de millas a la redonda. Más allá, todo es territorio hostil.

—¿Cómo llegasteis hasta aquí? — preguntó el opción.

Násica escupió al suelo y solicitó algo de bebida.

—Desde nuestro campamento base de Segisamo, Octavio dividió a nuestro ejército en tres columnas, dispuesto a abrirse paso en el territorio enemigo como un tridente —respondió—. Sin embargo, esos bastardos controlaban los pasos de montaña y pasamos el año sin

poder avanzar.

—Todo un ejército inmovilizado durante una campaña... —murmuró Annio, sin atreverse a decir en voz alta lo que pensaba.

Decio Násica se encogió de hombros con resignación.

—Me habían asignado un nuevo ayudante llamado Mocio, un muchacho de Pompeya muy espabilado. Así que decidí aprovechar la inactividad para instruirle. Al poco tiempo era capaz de montar y desmontar a *Celia* con los ojos cerrados. El muy capullo se mostraba ansioso por entrar en combate.

El artillero sonreía con afecto.

—¿Es cierto que Octavio se retiró a Tarraco?

—Así es —corroboró—. Dicen que un rayo cayó muy cerca de su litera y mató a uno de sus esclavos. Al parecer, lo interpretó como una advertencia de Júpiter. Así que dejó a Cayo Antistio al mando.

—¿Es un buen general?

—El mejor que puedas imaginar —respondió sin dudar—. Antistio se dio cuenta de inmediato de que aquella estrategia no podía funcionar y reunió a las tres legiones, consciente de que nuestra superioridad se basaba precisamente en el número. Maldita sea,

junto con los auxiliares éramos casi treinta mil hombres. Remontamos el Pisora, dirigiéndonos hacia el mismo corazón de Cantabria. Pronto la resistencia fue más débil y descubrimos que se debía a vosotros. Para entonces, nos habíamos convertido en una marea imparable que arrasaba con todo lo que encontraba a su paso...

—Hasta que llegasteis a la ciudad de Bérvida —dijo el optión.

Násica dio un nuevo trago y asintió.

—Era un gran castro, situado en lo alto de una meseta de casi media milla de largo: una formidable defensa natural reforzada por una muralla de más de mil



cien pasos, donde se había reunido su ejército. Por tanto, montamos un campamento para las tres legiones a dos millas hacia el sureste, sobre un cerro que formaba una prolongación del páramo. Solo hubo que construir un terraplén de piedra con fosa en dos de sus lados, pues bastaban las estacas portátiles y la misma pendiente para defender el resto. A pesar de todo, con un muro de seis pies de altura y un foso de dieciséis de ancho, creamos una segunda línea defensiva de mayores dimensiones. En un altozano, a unas cuatro millas al sureste, establecimos otro campamento menor como apoyo.

Násica aproximó sus pies a la hoguera: era verano, pero sus calcetines se encontraban empapados por la humedad. Tomó un sorbo antes de proseguir.

—Al parecer, habían decidido jugarse el todo por el todo, enfrentándose a nosotros en la explanada que se extiende entre ambas alturas. Fue un grave error por su parte, aunque supongo que no tenían elección. A primera hora de la mañana, Antistio nos desplegó en *triplex acies*, esperando a que el sol diera de frente a nuestros enemigos. Los *ballistarii* permanecíamos detrás: treinta *ballistas*

y ciento ochenta escorpiones, listos para entrar en acción.

—¿Cómo fue la batalla?

—Por lo que tengo entendido, no muy distinta a la vuestra. Aunque en un principio los hispanos contaron con cierta ventaja a causa de sus dardos y sus jabalinas, finalmente nuestra superioridad táctica se impuso y logramos la victoria. Los perseguimos hasta la puerta sur del castro y, mientras nuestros arqueros nos protegían con sus flechas, lo tomamos al asalto y lo incendiamos. A decir verdad, nosotros no intervenimos, pues el combate se desarrolló fuera del alcance de nuestras

máquinas de guerra. Solo abrieron fuego algunas *ballistas*, cuando la caballería cántabra intentó flanquearnos por el ala izquierda. Aquella había sido la primera batalla para Mocio, y el pobre se mostraba muy decepcionado.

Násica cabeceó al recordarlo.

—Los restos del ejército derrotado se refugiaron en la cima de una montaña, a menos de una jornada de marcha —continuó—. Antistio decidió asediarlos, cerrando todas las vías de escape para asegurar que hasta el último de esos hijos de puta muriera de inanición. Tras ello, construimos un *castellum* en el extremo noroeste del castro, para dejar

un destacamento, y continuamos hacia el norte.

—Aquello lo decidió todo.

—Y una mierda —masculló el artillero—. Esa victoria debería haber bastado para que todas las tribus de la vertiente sur se sometieran, pero no fue así. Mientras la Cuarta Macedónica nos dirigíamos hacia el nacimiento del Íber, las otras dos legiones tuvieron que dividirse en *vexillationes* para tomar al asalto castro tras castro: Amaya, Vellica, Camárica..., la mayoría aún sigue combatiendo. Nosotros tuvimos que asediar otro castro situado a una jornada de marcha: de nuevo, montamos

un par de campamentos, uno rectangular con un añadido en forma de triángulo hacia el sur, y un *castellum* menor de planta ovalada situado a una milla al noroeste de nuestro objetivo.

—Y tras asaltarlo, llegasteis al nacimiento del Íber.

—La única forma de cruzar la cordillera era por lo alto de esa sierra. Suponía una dura ascensión desde el valle, aunque, una vez alcanzada la línea de cumbres, resultó un camino bastante transitable, cubierto de pastizales. Erigimos el campamento en un alto próximo a un manantial, de forma que su perímetro defensivo abrazaba toda la

cumbre como un cincho. Parte de él fue construido en piedra e hicimos una ampliación hacia la ladera norte, por si nos atacaban desde el cordal. Al día siguiente, marchamos durante toda una jornada hasta toparnos con Aracillum. Era un pequeño castro, construido sobre un estrechamiento de la sierra rodeado por una muralla, aunque en su lado este la pendiente era tan fuerte que apenas resultaba necesaria.

—Un extraño lugar para un poblado —murmuró Marco.

—En realidad, resulta inhabitable durante el invierno. Tan solo es un *castellum* destinado a controlar el paso.

En total, allí no habría más de quinientos guerreros, así que construimos nuestro campamento en otra elevación a un par de millas al sur. Ya sabes, un modelo clásico de planta rectangular, pero con un segundo perímetro exterior de fosa y terraplén orientado hacia el enemigo. En su lado meridional, Antistio ordenó ampliar las defensas siguiendo la forma de la cumbre y, para cortarles cualquier auxilio venido desde el valle, construyó un pequeño *castellum* de planta circular en un collado hacia el oeste.

—Supongo que no sería difícil tomarlo —señaló Annio.

El artillero bajó la vista durante un



breve instante.

—Esos cabrones aguantaron allí durante veinte días. Combatían como lunáticos, formando en falange con sus grandes escudos. Lograron rechazar sucesivamente nuestros ataques. La lucha tenía lugar frente a las murallas, en un estrechamiento de no más de veinte pasos, donde nuestra superioridad numérica no servía para nada. Además, allí los *gladii* eran inferiores ante el mayor alcance de sus lanzas.

Entonces Násica esbozó una sonrisa lobuna.

—Pero Antistio nos ordenó situar las piezas de artillería sobre un altozano

situado a medio camino. Aquella fue una maniobra arriesgada, pues los hispanos realizaron varias salidas para tratar de impedirnoslo. Sin embargo, protegidos por toda una cohorte, finalmente logramos emplazar allí diez *ballistas* y sesenta escorpiones.

—A partir de entonces, se encontraron al alcance de vuestros proyectiles —dijo Marco.

—Había llegado nuestro turno. Mocio sonreía como un niño con un juguete nuevo —corroboró Násica—. El legado hizo avanzar a la legión en formación cerrada, dispuestos a combatir codo con codo. Los artilleros

comenzamos a descargar una lluvia de muerte sobre las murallas. Fue una dura jornada para *Celia*. Los proyectiles pasaban silbando sobre nuestros compañeros de armas hasta atravesar los escudos de aquellos cabrones situados sobre la empalizada y los ensartaban de parte a parte. Aunque, cada vez que uno de ellos caía, otro ocupaba su lugar.

Marco se imaginó la escena. Una lluvia de virotes de punta piramidal capaces de decapitar a un hombre y hacer que su cabrza saliera despedida por encima del parapeto; empalizadas que se desmoronaban, proyectiles

incendiarios que caían sobre la techumbre de las cabañas, hasta convertir todo un poblado en un humeante montón de escombros. Había una extraña belleza en aquel acto de aniquilación, algo que ejercía sobre él una sobrecogedora fascinación. Podía pasar más tiempo contemplando una cabaña en llamas que ante la armoniosa belleza de un templo ático.

Se recordó a sí mismo en la proa de una quinquerreme, poco antes de que su espolón partiera en dos una liburna. Rememoró el tremendo crujido de la madera y los gritos de su tripulación cuando se hundieron en el mar, mientras

su propia nave se abría paso entre los restos del naufragio. Había algo sórdido, casi sexual, en la sensación de poder que otorgaban todas aquellas máquinas de destrucción.

—Para lograr el máximo alcance, habíamos forzado el mecanismo de torsión de nuestras piezas de artillería hasta el límite —continuó Násica, bajando la voz—. Disparábamos un proyectil y este salía en dirección al enemigo: ¡ziiiiiuuu! Mocio enganchaba en la cuerda el mecanismo y hacía girar el cabestrante para tirar de ella. Cuando los dos brazos de madera, anclados en los mecanismos de torsión, cedían al

igual que un arco al ser tensado, yo colocaba un nuevo pilo catapultario en el canal de disparo. Apuntaba y, tirando del disparador, liberaba la cuerda para que este saliera volando de nuevo: *¡ziiiiiuuu!* Al recuperar su posición, los brazos de fresno golpeaban con fuerza contra el respaldo acolchado, y así una y otra vez. El estruendo de los engranajes de las setenta máquinas de guerra trabajando resonaba por toda la cumbre, junto con el crujido de la madera al chocar.

En ese instante, su rostro se ensombreció.

—Entonces, al lanzar un proyectil, el

brazo izquierdo de *Celia* se partió y la enorme tensión de la cuerda hizo que un pedazo saliera disparado hacia un lado. Afortunadamente, yo me había agachado para recoger otro pilo y me pasó por encima. Mocio no tuvo tanta suerte: el palo astillado le golpeó en el pecho y le destrozó media docena de costillas. Cuando le vi caer, me arrodillé junto a él para tratar de ayudarlo. Pero ya era tarde: los fragmentos de hueso se le habían clavado en los pulmones y los habían inundado de sangre. Apenas tuvo tiempo de inspirar seis veces antes de morir entre estertores.

Un silencio sepulcral se adueñó del

campamento.

—Arrasamos aquel puto castro hasta los cimientos —concluyó, de forma sombría—. Solo dejamos atrás un barracón para una guarnición. Tras ello, continuamos hacia el norte, por lo alto de la sierra, hasta llegar aquí.

Todos permanecieron callados durante un buen rato.

—¿Aceptarán someterse? —preguntó Annio.

—Hemos forzado a esos bárbaros hasta lo indecible —razonó el artillero—. Los hemos derrotado en dos frentes. No les queda más remedio que aceptar su derrota incondicional.



Cualquier guerra emprendida por una causa justa, y para Roma todas lo eran, exigía una compensación económica una vez finalizada. Esta vez, el *casus belli* había sido las incursiones que aquellos bárbaros realizaban en la meseta que se extendía al sur de sus montañas, pero Marco se preguntó cómo podrían aquellos dos pueblos ganaderos compensar la movilización de un ejército de ocho legiones con sus auxiliares. Entonces se dio cuenta de que apenas había reflexionado sobre las causas reales de aquella contienda.

—No sé si será tan fácil —señaló—. En la Galia existen reyes: si estos

aceptan la rendición, su pueblo se somete. Pero aquí están divididos en tribus que, a su vez, se dividen en clanes. El liderazgo de un caudillo se basa exclusivamente en su prestigio, y por ello les es difícil reunir un gran ejército. Solo se ponen de acuerdo a la hora de matar romanos, y seguro que, aun así, siguen discutiendo entre ellos sobre quién nos odia más.

—Se rumorea que el consejo de tribus se reunirá para decidir si aceptan la rendición —dijo el optión.

—Solo hay un hombre que puede unirlos: Corocuta —aseguró Marco—. Pero a juzgar por lo que cuentan los

prisioneros, muchos creen que ha muerto. O al menos nadie sabe dónde está.

Fanio Cepión apareció en el patio que formaban las tiendas de campaña, acompañado por una pareja de *beneficarii*. Al verlo, los soldados se levantaron. No llevaba yelmo, aunque vestía el resto de su equipo de gala, resplandeciente gracias al paciente bruñido de sus esclavos. Al parecer, su reunión con el resto de los mandos había finalizado. Observaba fijamente a Marco, con la expresión de una hiena al

considerar si un pedazo de carroña es comestible; su frente arrugada esbozaba un indefinible gesto de irritación. Parecía molesto con algo y, por primera vez, toda su parsimonia parecía haberse esfumado.

Se alegró de ello, sin saber el porqué. Desde su encuentro en la granja de cerdos, apenas había vuelto a verle, pero se había convertido en una amenaza constante para él. La batalla a los pies de aquel castro había diezmado a su cohorte, aunque por fortuna el resto de la campaña tan solo había sido una sucesión de acciones menores. Los poblados de gran tamaño eran raros en

el litoral, pues los lugareños vivían desperdigados en pequeñas granjas y aldeas, y no habían sido capaces de reunir un contingente de suficiente entidad como para enfrentarse a ellos a campo abierto. Tal vez por eso había logrado pasar desapercibido ante los ojos del legado, o al menos eso creía, y dentro de unos meses aquel bastardo habría regresado a Roma.

Casi había llegado a pensar que Quinto no se había equivocado al considerar que aquella cruenta campaña era justificable con tal de imponer la paz romana en aquella tierra. Aunque solo fuera la paz de los cementerios.

—Mañana marcharéis a Portus  
Victoriæ —les dijo el legado.

El Puerto de la Victoria. Así  
llamaban a la bahía donde la legión  
había desembarcado dos meses atrás.

—Habéis sido reasignados allí —  
prosiguió, mirando a Marco  
directamente—. Al parecer, Tiberio  
desea encomendaros alguna tarea.

—¿Tiberio? —respondió—. No  
entiendo...

Como tribuno laticlavio, dirigía a  
las dos primeras cohortes y era el  
responsable de coordinar la logística de  
la unidad. Por ese motivo, se encontraba  
en Portus Victoriæ dirigiendo su abas

tecimiento por vía marítima. Que ahora requiriera la presencia de un mensor, era una circunstancia anómala que solo podía explicarse porque necesitaba afrontar alguna clase de obra. En cualquier caso, también probaba que, como miembro de la familia imperial, aquel joven se encontraba por encima de Fanio Cepión y que actuaba a su antojo, algo que él no parecía encajar demasiado bien.

—Y también me ha pedido que os acompañe vuestro médico —replicó Cepión.

Sin duda estaba molesto por recibir órdenes de un subordinado, aunque

estuvieran ocultas en un envoltorio de seda. Desde niño había estado rodeado de una legión de esclavos cuyo único deber era satisfacer sus deseos, y le era difícil aceptar que ahora ya no podía hacer lo que deseaba. Por primera vez, vio en él un resquicio de debilidad. Era algo que, llegado el momento, podría emplear en su contra.

El legado dio un par de pasos a su alrededor y, al hacerlo, el sol arrancó algunos destellos a su coraza de bronce bruñido.

—Solo una cosa más... —Le tomó del antebrazo para llevarle a un lugar apartado y, antes de proseguir, echó un



vistazo a su alrededor—. No puedo matarte —le dijo, en voz baja—. Al menos, no de momento. Pero si haces cualquier cosa que interfiera en mis planes, me encargaré de que envíen a tus compañeros a la guarnición más inhóspita que encuentre, donde serán abandonados a su suerte. Más tarde, tu precioso caballo se romperá una pata y tú mismo tendrás que sacrificarlo. Y tal vez tu amigo médico sufra algún trágico accidente. Seguirás vivo, pero convertido en una macabra parodia del rey Midas: a partir de entonces, todo lo que toques morirá.

Su voz no transmitía ninguna

emoción. La expresión de su rostro no guardaba ninguna relación con lo que decían sus palabras. Fanio Cepión era como una siniestra escultura de cera, capaz de hablar y respirar gracias a una fuerza antinatural, pero tan desprovista de emociones como una serpiente.

Le sonrió cándidamente antes de marcharse:

—Y sabes que disfrutaré haciéndolo.

# XXVII

Portus Victoriæ había crecido. Asentado sobre una alargada península formada por la desembocadura de una pequeña ría situada en la orilla oeste de la bahía, las defensas construidas sobre ella creaban una terraza donde se había edificado el pretorio, las viviendas de los oficiales y el resto de los edificios auxiliares. Sin embargo, a causa de su reducido tamaño, la mayor parte de la guarnición de dos cohortes debía alojarse en un campamento de planta rectangular situado al otro lado de la ría;

ambos enclaves estaban conectados por un destartalado puente de madera.

Alrededor de él, llegando hasta la playa, había surgido un caótico arrabal de chozas y tiendas de campaña, apiñadas hasta crear un laberíntico entramado de sendas embarradas. Por ese motivo, la centuria Celio tuvo que abrirse paso a través de una multitud de mercaderes, marinos y prostitutas para llegar a las puertas del acuartelamiento.

—Con suerte, permaneceremos aquí hasta que acabe esta maldita guerra — masculló Násica.

Marco dio un largo trago a su cantimplora. Había solicitado que el

artillero los acompañase para ayudarle en las obras que debían emprender. Sin ayudante y con su máquina de guerra destrozada, sus superiores no habían puesto ninguna objeción, e incluso parecían aliviados de poder des hacerse de él.

—Un campamento de campaña no es buen sitio para una mujer —añadió Annio, estrechando la mano de Lesbia—. Y siempre son preferibles unas manos encallecidas a ser acuchillado por la espalda.

—Aquí no habrá que dormir en tiendas y será más fácil encontrar una comida decente —añadió Antígono—.

Les vendrá bien a los heridos.

El modesto estuario creaba un abrigo frente al que atracaban las naves para ser estibadas. Marco observó sorprendido toda aquella febril actividad. Sobre un muelle de troncos recién construido, un centenar de muleros acarreaban ánforas, *dolias* y toda clase de fardos, que transportaban en carros de bueyes hasta los almacenes.

Quinto siguió su mirada.

—Han desplazado ocho legiones al norte de Hispania, tres en Asturia y cinco en Cantabria: un contingente enorme para un territorio tan pequeño — le explicó—. Junto con los auxiliares,

podemos sumar más de setenta y cinco mil hombres, a los que hay que añadir un esclavo por cada cuatro legionarios. Cada contubernio consume un modio de trigo diario, lo cual significa diez modios por centuria, sesenta por cohorte y seiscientos por legión, cada día.

—Y dado que esta tierra apenas produce cereal, se ha de traer de fuera —murmuró el mensor—. Por eso, estamos manteniendo esta ruta de abastecimiento desde Aquitania.

Una vez más, fue consciente de que un ejército era como una enorme plaga de langostas, que devora todo lo que encuentra a su paso. Mientras se

mantiene en movimiento, puede abastecerse sobre el terreno, requisando lo necesario a la población local, aunque eso suponga sumirla en la miseria. Sin embargo, al permanecer quieto, ha de crear una red de aprovisionamiento, con los problemas que eso implica si el territorio no cuenta con una agricultura intensiva.

—Sicilia, donde se requisa la quinta parte de la cosecha, nos aporta seis millones y medio de modios cada año. Egipto, el otro granero de Roma, nos suministra veinte. —Tras realizar un apresurado cálculo mental, añadió—: Estamos consumiendo el equivalente a



la cuarta parte de la producción anual de Sicilia.

—Solo en trigo —señaló el centurión—. También es necesario traer vino, legumbres, avena y cebada para las bestias, salazones... Y aunque los cerdos locales nos suministran lardo, no está de más disfrutar de aceite de vez en cuando. Además, es necesario como combustible para las lucernas, para engrasar las armas y para el mantenimiento de las tiendas de cuero.

A pesar de la extensa red viaria romana, la única forma rentable de transportar mercancías era por vía marítima. Una mula podía cargar con

trescientas libras, pero consumía siete de cebada al día. Por tanto, si el viaje duraba quince días, habría agotado más de la tercera parte de su carga. Alimentarla solo con hierba implicaba invertir demasiado tiempo pastando, lo cual ralentizaba enormemente su marcha, y no siempre era posible. Por ese motivo, el transporte en barco era cuarenta veces más barato que el terrestre, y mantener una ruta de cabotaje a lo largo de la costa atlántica permitiría que muchos productos, como el aceite de la Bética, llegasen hasta los confines septentrionales del imperio.

—¿Las naves regresan vacías?

—Creo que no —dijo Quinto, señalando a su izquierda. Un centenar de prisioneros, encadenados en grupos de seis, aguardaba para subir a la bodega de una de las embarcaciones, como si fueran ganado. Algunos aún contaban con heridas de guerra y su rostro permanecía cubierto por una costra de barro mezclada con sudor, que caía en sucios regueros desde la frente. Los guardias no eran soldados, y entre ellos descubrió algunas caras conocidas.

—Al parecer, Emilio Arvina se ha hecho con la concesión del tráfico de esclavos —murmuró.

Las sociedades mercantiles tenían

muchas expectativas en torno a la conquista de aquella tierra y habían comenzado a extender sus tentáculos por cada asentamiento costero.

Encontraron al tribuno laticlavio en la fábrica de moneda, supervisando el trabajo de los orfebres.

Al contrario que el legado, Tiberio Claudio Nerón no necesitaba rodearse de lujos para demostrar su pertenencia a una determinada clase social: bastaba con mirarle a los ojos para ver en él a uno de los nobles. Fanio Cepión no dejaba de ser uno de tantos «hombres

nuevos» que habían medrado durante los últimos y agónicos años de la República, al igual que Marco Vipsanio Agripa o el mismísimo Octavio; sin embargo, el ilustre linaje de los Claudios se remontaba hasta los tiempos heroicos de la monarquía.

Acompañó a Quinto hasta el taller, un austero edificio de muros de zarzo cubierto por una tosca tejavana. En un rincón, en el interior de cestos de mimbre, una montaña de torques, diademas y pulseras, obtenidos durante el transcurso de la guerra, aguardaba a ser fundida en grandes hornos de arcilla. Mediante unas pinzas de hierro, los

artesanos extraían los crisoles que, a causa de la acción del fuego, habían adquirido un tono incandescente, y vertía su contenido sobre un molde para formar unos lingotes que luego eran martilleados sobre yunques, hasta formar una lámina. Esta era depositada sobre una matriz de hierro y, tras colocar sobre ella el otro cuño, mediante un fuerte mazazo obtenían sestercios, dupondios y ases. Recién acuñadas, almacenaban las monedas en arcas de madera para que un contable las inspeccionara. Ya no era el Estado quien pagaba a las legiones, sino Octavio, y gracias a ello se había

ganado la lealtad del ejército. Aunque, al mismo tiempo, eso le supusiera un gasto enorme. Por ello, todo el metal requisado debía acuñarse para ser puesto en circulación como soldada.

Tiberio tomó un sestercio. En una de sus caras aparecía la imagen de una caetra, los escudos de aquellos bárbaros, que simbolizaba la captura de las armas enemigas. Con la mano izquierda, realizó algunas anotaciones sobre corteza de abedul y se la entregó a uno de sus subordinados.

—Aquí no hay tanto metal precioso como en Gallæcia —masculló.

Arrojó de nuevo la pieza de bronce

al arcón antes de sentarse en uno de los bancos. Solo entonces descubrieron a la oronda figura de Emilio Arvina en la penumbra, acariciando un grueso colgante de amatistas suspendido de una gruesa cadena de oro, casi oculta bajo los pliegues de su papada.

Los tratados de los fisonomistas pretendían establecer el carácter de una persona gracias a su físico y, por ello, muchos políticos se recreaban describiendo las imperfecciones del rostro de un adversario, como si aquello bastase para cuestionar su moral e intelecto. Marco, que había retratado a cientos de personas desde muy joven,



sabía que aquellos escritos solo caían en la generalización y el tópico. Nadie elige el cuerpo en el que le ha tocado vivir, pero sí decide qué hacer con él. Si alguien de verdad desea poner a prueba a un hombre, debería otorgarle riqueza y poder: la templanza solo se demuestra teniendo al alcance de la mano cualquier cosa que se desee. Del mismo modo que hay gente que sabe sobrellevar su pobreza con dignidad, otros, como Emilio Arvina, eran incapaces de hacer lo mismo con su riqueza.

—Como sabéis —les dijo Tiberio al verlos—, el suministro de grano es de vital importancia para esta guerra, y

hemos sufrido varias plagas de ratas. Por ello, vuestra misión será construir unos almacenes para el cereal. Una vez terminados, el centurión Quinto Celio desempeñará el puesto de *dispensator horreorum*, y se encargará de gestionar su almacenaje. Mi tío se asegurará personalmente de que el trabajo esté finalizado en las fechas previstas.

—¿Octavio va a...?

—Augusto.

—¿Augusto va a venir? —concluyó

Quinto.

El joven tribuno asintió.

—La navegación se cierra en los idus de noviembre: antes de que el mal

tiempo haga imposible mantener abierta esta vía marítima, es preciso que las obras hayan concluido. ¿Alguna pregunta?

Tan lacónico y directo al grano como siempre.

—No, señor —respondió Quinto.

El centurión recordó su conversación de la noche antes de la batalla. Aquel adolescente le había asegurado que Marco y él no eran más que fichas en un juego de tablero. Trató de encontrar un sentido a su presencia allí. Era indudable que resultaba necesaria para la construcción y gestión de los almacenes, pero todo político —y

aquel adolescente lo era— siempre acostumbra a tener una intención oculta tras sus actos, y esa suele ser la importante.

¿Por qué tenían que ser precisamente ellos quienes se hicieran cargo de los hórreos? ¿Qué motivo había para que los acompañara Antígono? Sin duda, Tiberio pretendía alejarlos del legado, por algún motivo que desconocía. Recordó la expresión de Cepión cuando les dijo que debían presentarse ante él, y ahora le veía en compañía del publicano. No resultaría nada extraño que Arvina hubiera extendido ya su influencia sobre el joven miembro de la

familia imperial, tal y como sin duda hacía con el legado. Que la relación de sus dos superiores no fuera precisamente cordial no significaba que ambos no pudieran mamar del mismo pecho, como dos niños que se disputan los favores de la misma ama de cría.

Una vez abierto el silo, una marea de ratas de pelaje gris correteó por todas partes sobre la dorada superficie del trigo. Los soldados tuvieron que emplear las palas para aplastar aquella plaga antes de que saltaran por el borde de la zanja y se precipitaran hacia los

agujeros que habían excavado en las paredes de arcilla.

La escena solo duró unos instantes. Una docena de roedores yacían muertos sobre el grano.

—Limpiad este desastre —ordenó Quinto.

Los legionarios se apresuraron a recoger los diminutos cadáveres, sujetándolos por el rabo. Las más grandes medían dos palmos desde la cola hasta el hocico.

—Salimos a seis ases por cabeza —murmuró Annio, satisfecho.

El centurión no había hallado otro modo de acabar con aquella plaga que

ofrecer a sus hombres una recompensa por cada rata muerta. Entonces entró en el campamento un grupo de *frumentatores*, que conducía una pareja de carros tirados por bueyes. Los soldados regresaban cansados, eludiendo su mirada. Al observar la carga comprendió por qué: apenas traían consigo una veintena de sacas. Aunque la dieta de los nativos se basaba en el pan de bellota, en las inmediaciones se cultivaba cereal; sin embargo, la cantidad que aquellos hombres habían logrado reunir era miserable.

—Es todo lo que hemos encontrado.

Tito Lucano le habló con la frente

arrugada. Su aspecto rudo y su acento volsco delataban su origen campesino; posiblemente por eso le habían elegido para dirigir aquel destacamento de forrajeadores.

—Tuvimos que recurrir a la fuerza para que nos mostraran los silos — añadió.

Mal asunto. Al parecer, el legado había ordenado requisar el grano reservado para la siembra y, de ese modo, al año siguiente no habría más cosechas. Aquel soldado, hijo de agricultores, sabía muy bien lo que significaba: pan para hoy y hambre para mañana. Condenar a la miseria a una



familia, la cual, espoleada por la necesidad, recurriría al bandolerismo como único medio de subsistencia. Aunque, sin duda, a Cepión eso no le importaba, pues pronto regresaría a Roma.

Introdujeron parte del grano en el recipiente de medición, asegurándose de que cumpliera con el volumen estipulado. A continuación lo almacenaron en sacos. Cuando lo cerraron con un sello de plomo, escribieron el nombre de la centuria a la que correspondería.

Cada mañana, los centuriones se reunían con su tribuno angusticlavio

para exponerle el número de hombres, su destino y las tareas que le habían sido encomendadas. Gracias a ello, se confeccionaba una lista con las necesidades de cada unidad que, a su vez, le era enviada a él desde las distintas guarniciones desperdigadas por todo el territorio costero. En teoría era un método sencillo y efectivo, pero la praxis de la guerra se resiste a la sencillez, y Quinto estaba convencido de que el número real de soldados era inferior al que le decían aquellas tablas. Seguramente, parte de los oficiales se negaba a informar de todas sus bajas, para poder revender a sus propios

hombres el grano que correspondía a los muertos. Aquellos tribunos angusticlavios, encargados de la administración de dos cohortes, no eran más que adolescentes de clase ecuestre obligados a desempeñar aquella fastidiosa tarea durante un año; antes de continuar con su prometedora carrera en la capital, deseaban que al menos les fuera productiva. Y el hecho de que fueran hijos de amigos o clientes del legado les permitía actuar con total impunidad.

Eso no hacía más que empeorar las cosas. Mientras que el ejército que operaba al sur de la cordillera podía

abastecerse a través del valle del Íber, la Novena Hispana y la Cuarta Macedónica dependían casi por completo del trigo que, procedente de Aquitania, les suministraban las sociedades de publicanos. Se necesitaban mil doscientos modios de trigo al día, y debían almacenar lo suficiente para el invierno, antes de que se cerrara la temporada de navegación.

El centurión revisó las cuentas de nuevo. Sin duda, las cosas no marchaban nada bien.

Marco consideró que aquel era el mejor

lugar. Habían realizado varios sondeos y el suelo parecía firme. Sobre un pequeño alto, a cincuenta pasos de la orilla en pleamar, los almacenes se encontrarían lo suficientemente próximos a los muelles para facilitar la estiba.

Clavó un testigo para atar en él una cuerda con nudos a intervalos regulares y, tras hacer una nueva medición, la anotó en la tablilla de cera. A su derecha, con la mirada fija en el pedregoso terreno, Násica mantenía entre sus labios un tallo de hierba y lo mordisqueaba meditabundo. Dio una patada a una piedra caliza erosionada

por el mar, que rodó por la pendiente hasta llegar a la ría. El artillero carraspeó sonoramente y tras ello escupió al suelo una flema verdosa.

—La mejor opción son hórreos sustentados por pilares —ma ni festó Marco—. De esta forma, con la estructura elevada sobre el suelo, el grano se encontrará fuera del alcance de los bichos y las aberturas de ventilación permitirán que se mantenga seco.

—¿Postes hincados?

El mensur recogió una ramilla del suelo, para hacer un boceto de la planta del edificio sobre la tierra húmeda.

—Excavaremos zanjas para enterrar

horizontalmente las vigas de cimentación. Sobre ellas irán los pilares destinados a sustentar la estructura, dispuestos en hileras, a cinco pies de distancia. Son buenos cimientos para suelos inestables. ¿Cuál crees que sería la mejor madera?

—Aliso o roble —opinó el artillero—. Soportan bien la humedad y no serán difíciles de encontrar en los alrededores.

Marco asintió y continuó con el boceto. Al diseñar aquella sencilla estructura, descubrió que se estaba esforzando porque respondiera a los tres ideales que le había enseñado Vitruvio:

solidez, funcionalidad y belleza. Pero ¿por qué esta última? Solo era un miserable almacén para el cereal que apenas duraría unos años. Una vez finalizada aquella maldita guerra, lo abandonarían. Entonces recordó las palabras de su maestro: al construir, lo único que se hace es imitar las leyes de proporción y simetría de la naturaleza. Por eso resulta imposible rehuir al arte: sencillamente, está en todas partes.

—El hórreo podría tener ciento sesenta pies por cuarenta —añadió—. Podemos construir paredes de zarzo o, mejor aún, mampostería.

—*¿Opus craticium?* —preguntó



Násica, con sorna—. Sé de alguien que no estaría de acuerdo...

Él también había leído el tratado. Aquel legionario no era ni la mitad de bruto de lo que trataba de aparentar.

—No seas rompehuevos —respondió, conteniendo una sonrisa—. Es un sistema rápido y barato. Mi padre desaprueba su uso en las *insulæ* de la urbe, pues allí la madera corre el riesgo de incendiarse. Pero este clima es mucho más húmedo, y los almacenes estarán alejados entre sí.

Lesbia llegó hacia la hora séptima. Trajo una cesta con pan, fruta, vino y algo de queso. Los contubernales habían

decidido entregarle su ración de trigo para que les horneara el pan y se hiciera cargo de las comidas, a cambio de algún dinero que le permitía ganarse la vida. Su pareja le había construido una modesta choza donde disfrutaban de cierta intimidad, y ahora lucía una espléndida estola azul por encima de la túnica.

—Te queda bien —dijo Niñato.

La mujer ensanchó aún más su sonrisa.

—Es un regalo de Annio.

Ya lo sabían. Su amigo había ahorrado durante meses con la intención de comprarle aquel vestido, propio de

una señora respetable. Pero, aun así, no le había alcanzado el dinero y se negó tozudamente a que se lo prestasen. Por tanto, decidieron organizar una partida de dados para perderlo aposta. Una vez terminada, Annio, con la bolsa llena y el orgullo incólume, mofándose de la mala suerte de sus camaradas, había recorrido el arrabal en busca de su regalo tras solicitar la ayuda de Quinto, a quien consideraba el más refinado de todos. El centurión le ayudó a escoger una lanilla teñida de índigo con una banda horizontal de color violeta tejida en espiga: era muy suave y poseía una hermosa caída. Tras regatear con el

vendedor, el hombrecillo tuvo que rascarse la bolsa mucho más de lo esperado, pero ahora se mostraba muy satisfecho con su compra.

Marco partió una hogaza de pan para llevarse un pedazo a la boca. Esta vez, se le había ido la mano con la sal. Sin embargo, continuó masticando, tratando de que su expresión no le delatase. La mujer no era precisamente una gran cocinera, pero, a lo largo de su vida como soldado, se había visto obligado a ingerir toda clase de bazofias y, desde luego, era mucho mejor que el oscuro pan militar.

La cantimplora fue pasando de mano

en mano hasta llegar a Annio.

—¿Solo esto? —preguntó.

—Cada vez resulta más difícil encontrar vino —se lamentó Lesbia—. Dicen que la culpa es de Emilio Arvina, para...

—Para que tengamos que comprarlo en sus tabernas a un precio abusivo. Está bien, vamos a tomar un trago —dijo Marco—. Esta vez invito yo.

Anocheecía, así que Marco decidió dar por finalizada la jornada.

El arrabal era una infame amalgama de Roma. Suntuosas tiendas de comerciantes sirios, estaban clavadas apresuradamente junto a las

destartaladas chozas de rubicundos galos que vendían pieles y amuletos, en cuyas paredes las prostitutas se apoyaban para disputarse la clientela con los adivinos y los vendedores de pan alejandrino. Desde el interior de un improvisado templo de zarzo, la absurda cantinela de algún extravagante culto oriental resonaba monótonamente bajo el continuo rumor de la multitud. El olor a leña quemada y pescado podrido se mezclaba con el de las letrinas hasta que el transeúnte se veía envuelto en alguna nube de incienso que se escapaba de entre las cortinas de los prostíbulos. El fin de la guerra parecía inminente; aquel

enclave comercial había atraído a buscavidas, timadores y mercachifles de toda clase y condición, procedentes de medio mundo.

Barbato se había hecho construir una choza pintada de blanco y ocre, tan minúscula que obligaba a la mayor parte de su clientela a permanecer en el exterior, entre las gallinas que picoteaban el suelo embarrado en busca de alimento. La barra era una tosca tablazón sin pulir que apenas ocultaba el jergón donde su rechoncho propietario pasaba las noches, abrazado a sus ánforas.

Se sentaron a una de las mesas, bajo

un toldo hecho jirones. Al verlos, el tabernero se mostró enfurruñado y maldijo en voz baja, mientras extendían la mugre por toda la superficie de las mesas con su sucio trapo. Apenas les había dirigido la palabra desde que Lesbia había decidido abandonar su oficio.

—Una jarra de vino —solicitó Marco.

Fiel a su costumbre, Barbato les entregó unos vasos que había llenado tras sumergir sus rechonchos dedos dentro del líquido. Era un brebaje asqueroso, amargo y de color claro, como si hubiese sido diluido en agua de



cloaca.

—Me cago en su puta madre —  
farfulló Násica, nada más probarlo.

—Sí —corroboró el opción—, esto  
ya es mala fe.

Esta vez Marco tuvo que darles la razón. Resultaba imposible que la fermentación de la uva exprimida pudiera engendrar un líquido tan nauseabundo como aquel, a no ser que el ánfora hubiese albergado durante días el cadáver de una rata en descomposición. Se disponía a decirle algo cuando descubrió a cuatro corpulentos individuos que, apoyados en la barra, no dejaban de observarlos. Sin duda, los

nuevos matones de Emilio Arvina.

Ya no eran solo patanes de aldea emigrados a la capital para desempeñar aquel oficio, seducidos por el dinero fácil. Hasta entonces, aquella jactanciosa recua había bastado para que el publicano pudiera mantener a raya a los borrachos molestos en sus tabernas, apalear a los morosos y recaudar su comisión entre las putas del campamento. Sin embargo, la forma de caminar de aquellos nuevos hombres y su modo de llevar ceñido el puñal a la cintura les decía que Arvina había recurrido a profesionales. Gladiadores retirados, gente que sabía usar un arma.

No le hubiera extrañado encontrarse a algún viejo conocido de la Suburra entre ellos.

Mantener aquel pequeño ejército de asesinos a sueldo debía de costarle una fortuna, y el publicano no era de los que acostumbraba a tirar su dinero. Una vez más, Marco se preguntó en qué turbios negocios andaba metido. Era obvio que, aún resentido por la pérdida de una de sus camareras, el tabernero se sentía respaldado por su presencia y que servirles aquel inmundo brebaje había sido una provocación. Y no dejaba de observar a Lesbia.

—Hace falta algo más que una estola

para ser una dama —dijo con sorna.

La expresión de Annio se volvió vacía, como la piel de un tambor al distenderse.

—Y a ti te harán falta huevos para ser un hombre —respondió, levantándose.

Iba a encararse a él cuando sus amigos se interpusieron. Marco lo aferró por el brazo. Niñato tuvo que ayudarle a sujetarlo.

Mientras tiraba de él, estudió a los matones. No temía un enfrentamiento cara a cara, pero conocía bien a esa clase de hombres. Si les pegas un puñetazo, sacarán un cuchillo. Si

desenfundas tu arma, te esperarán en un callejón oscuro, acompañados de un grupo de amigos, o te apuñalarán por la espalda en plena calle cuando menos te lo esperes. Y eran los hombres de Emilio Arvina; aunque sobrevivieran, el publicano se encargaría de que acabaran ante un tribunal militar, presidido por alguien de su agrado, para ser juzgados por asesinato. Enfrentarse a ellos suponía buscarse la ruina, pues los tentáculos de su sociedad llegaban a todas partes y había comprado a Fanio Cepión, el legado de su legión. Era jugar en su terreno, con sus armas y según sus reglas. En definitiva, una guerra

imposible de ganar.

Barbato, que parecía hincharse por momentos, esbozó una grosera sonrisa de satisfacción, al descubrir que sus puyas habían tenido éxito. Los matones rieron, disfrutando de la siniestra autoridad que ejercían.

Al observar sus expresiones, Marco supo que tarde o temprano tendrían problemas.

# XXVIII

Algunos imaginan el Tártaro como una oscura sima del Hades, tan profunda que un yunque tardaría nueve días en llegar al fondo. A pesar de estar rodeado por un río de fuego, permanece eternamente en tinieblas, y tres infranqueables murallas impiden que los condenados puedan escapar de él. Hay quien habla de gigantes y de una monstruosa hidra de cincuenta fauces negras que infligen toda clase de castigos.

Pero el Tártaro no puede ser peor que un mugriento hospital de adobe

abarroto de soldados descuartizados, que no cesan de gritar. El hedor de la carne corrompida lo inundaba todo. Las moscas revoloteaban sobre ellos para depositar sus huevas en las heridas abiertas, hasta que de ellas brotaban unos gusanos de color lechoso.

Mientras Niñato ataba a uno de los heridos a la sucia mesa de operaciones, Antígono trataba de amputarle un brazo. Marco observó el cuerpo moribundo de Tito Lucano: una herida de un palmo le había desgarrado los músculos del pecho y de un profundo surco en su antebrazo manaba un continuo reguero de sangre que el improvisado torniquete



no había logrado detener. Con solo un médico y media docena de *capsarius* por cohorte, los primeros auxilios siempre dependían de los propios compañeros de armas, aunque ni el más experimentado médico habría podido hacer nada por él. Aun cosida a tiempo, en ocasiones la cicatriz supuraba y desprendía un desagradable olor a podrido hasta que al final el paciente moría sin que nadie pudiera precisar el porqué.

Le habían informado de que el destacamento de forrajeadores había caído en una emboscada de unos nativos. Por ello se presentó allí. Ante

aquel macabro espectáculo, maldijo en voz baja la mala suerte de aquellos desdichados que habían sobrevivido a aquella demencial campaña para caer en una acción menor, cuando la guerra ya casi parecía finalizada.

Por un momento, contempló el instrumental dispuesto sobre la mesa: taladros para trepanaciones, sierras para amputar miembros, cauterios para quemar heridas... Siempre había imaginado una operación quirúrgica como una delicada intervención con sondas y escalpelos, pero aquellas herramientas se asemejaban más a las de un carpintero. En ocasiones, bastaba

verlas para que el paciente se desmayara. Tanto mejor, pues ni el opio podría librarles del dolor.

—Echa un vistazo a esto —murmuró Antígono.

El terrible corte en el torso de Lucano había dejado la caja torácica al descubierto y, bajo las costillas, se intuía una masa encarnada que palpitaba a un ritmo cada vez más lento, hasta que finalmente se detuvo. Entonces, paulatinamente, la sangre dejó de manar por la herida del antebrazo.

—Erasístrato consideró que el corazón era el motor de la circulación sanguínea y que las venas sirven para

transportar la sangre, y no el *pneuma* que imaginó Hipócrates —dijo el médico.

—¿Y tú también lo crees?

Agotado, el griego se sentó sobre un camastro vacío.

—No sé qué decir —reconoció—. Hipócrates creía que, gracias a las sangrías, podemos contrarrestar un exceso de ese humor asociado a un carácter violento o sanguíneo... Pero ¿qué ocurriría si, tal y como aseguraba Erasítrato, la sangre contenía el espíritu vital del hombre que iba del corazón al cerebro, donde se desarrollaba el pensamiento? Una pérdida de sangre

debilitaría al paciente, con lo cual más que ayudarlo, lo estaríamos perjudicando aún más.

—Eso también se explica según la teoría de los humores, en relación con los cuatro que componen el cuerpo.

—Y de esta forma, es fácil caer en una lógica circular, ¿no crees? —respondió, exhalando todo el aire de sus pulmones—. ¿Y si, en lugar de explicar los síntomas en función de un modelo teórico, estudiamos los órganos que componen el cuerpo y más tarde experimentamos con distintos remedios? Herófilo y Erasístrato destacaron por sus conocimientos en farmacología y

fueron pioneros en diseccionar cadáveres para sus estudios anatómicos.

—Profanar un cuerpo sin vida atenta contra nuestra religión.

Antígono se encogió de hombros antes de contestar.

—Aristóteles consideraba el alma inmortal, y al cuerpo un simple recipiente físico. ¿Qué importa lo que hagamos con él una vez que haya muerto? Respecto a los fármacos, todos esos charlatanes que ofrecen sus filtros mágicos en las plazas les han dado muy mala fama. Pero las plantas curan, eso es innegable, y el mismo Corpus Hipocraticum cita doscientos cincuenta

medicamentos, en su mayoría vegetales.

—Sospecho que todo esto tiene algo que ver con tu libro —señaló Marco, consciente de que su amigo tan solo sopesaba sus ideas en voz alta.

—No te equivocas —reconoció—. Teofrasto acompañó a Alejandro en su campaña por Oriente y gracias a ello pudo redactar un monumental tratado sobre plantas medicinales...

Recordó la colección de hierbas que el médico desecaba entre tablillas de madera. A pesar de haber perdido la mayor parte de sus notas durante el naufragio, su extraordinaria memoria le había permitido reescribirlas en algo

más de un mes.

—Y ahora tú esperas hacer lo mismo en Occidente —le dijo.

—Mi ambición no llega a tanto — señaló él, con una tibia sonrisa—. Aunque me han hablado de una planta, llamada «hierba cantábrica». Sirve de purgante, y hay quien asegura que es un remedio eficaz para los venenos de serpiente.

Se recostó hacia atrás, apoyando sus manos sobre el lecho, antes de añadir:

—Mañana partiré en su busca; ya he pedido permiso a Tiberio. Aunque antes me gustaría despedirme —dijo, tendiéndole la mano.



—Te echaré de menos —respondió el mensor.

No le importó estrechar aquella mano manchada de sangre.

γ

Al salir, descubrió a Quinto en el pequeño patio del hospital, acompañado de Voconio Mauro. El primipilo tenía la ropa salpicada de barro y llevaba puesta su coraza de escamas de bronce, como si acabara de regresar de un viaje. Las miradas de los dos centuriones recayeron inmediatamente sobre él.

Mauro le dedicó un breve saludo, tan austero como su mismo aspecto, aunque también era una invitación para unirse a ellos. Resultaba extraño encontrar a alguien de su rango en un lugar como aquel, pero Mauro, hijo de campesinos del Trastévere, no había mudado de hábitos desde que se alistó. Se trataba de uno de esos casos excepcionales de soldados rasos que habían ascendido hasta lo más alto gracias, solo, a sus méritos militares. Una circunstancia tan excepcional como él mismo; alguien que a los veinte años tuvo que aprender a leer y escribir durante el asedio de Avaricum para

lograr su primer ascenso. Marco, que le había prestado algunos libros de agrimensura, no le consideraba alguien especialmente dotado intelectualmente, aunque gracias a su extraordinaria constancia y disciplina lograba suplir todas sus carencias. Apenas había coincidido con él desde su ascenso a primipilo, pero Quinto seguía cultivando aquella lacónica amistad que los unía y que se basaba en un mutuo respeto.

—La muerte de Tito Lucano es extraña —dijo Marco.

—Muy extraña —convino el veterano suboficial—. Lucano era un soldado con experiencia, y no es fácil

creer que se dejara sorprender en una emboscada como esa.

—¿A qué te refieres?

Mauro carraspeó antes de contestar.

—Me escamó, así que visité el lugar, para echar un vistazo. No se trataba de una senda ni de vaguada: los atacaron en un llano, tras haberse apostado por ambos lados. Un lugar sin nada que lo hiciera propicio, a no ser que...

—A no ser que supieran cuál iba a ser su ruta —concluyó Marco.

—Tal vez fue un encuentro casual —sugirió Quinto.

—Tal vez —concedió Mauro—.

Aunque lo más raro de todo fue que allí no había más cadáveres que los nuestros. Esos bárbaros acostumbran a dejar los cuerpos de sus caídos a la intemperie, y a esos alguien se los había llevado. El rastro aún era visible.

—¿Hablaste con los supervivientes?

—Puedes estar seguro, pero nadie sabe nada. Me dio la impresión de que no querían hablar porque tenían miedo de alguien. Sabes que yo puedo acojonar, pero, sea quien sea ese «alguien», a él le temían mucho más que a mí.

Reinó un prolongado silencio.

—¿De quién sospechas? —preguntó

el centurión.

—Dos días antes de la emboscada, Tito Lucano estuvo formulando muchas preguntas relacionadas con los suministros.

Marco dedicó una inquisitiva mirada a su amigo.

—El precio que estamos pagando por el grano es astronómico —dijo Quinto—. Casi ridículo.

Voconio Mauro asintió.

—La escasez de cereal ha hecho que los precios se disparen, pero, aun así, dejan a la sociedad de Emilio Arvina un margen de beneficios abultadísimo. Eso supone un enorme gasto, que nos obliga

a acuñar todo lo que encontramos, y a vender a los prisioneros de guerra..., aunque la mayoría prefiere quitarse la vida antes.

—Esclavos que compra Emilio Arvina, al precio que él mismo establece —añadió Quinto—. ¿Nadie se ha dado cuenta?

—Se diría que no —respondió el primipilo—. Estoy convencido de que las concesiones para el suministro de armas y alimentos de la Novena se han asignado a dedo.

—¿La subasta pública fue amañada?

—Resulta absurdo que le hayan prorrogado el contrato por un año

cuando estamos pagando casi el triple que otras legiones por el mismo servicio —sentenció Mauro.

—Las contratas suelen abarcar un periodo de cuatro o cinco años —señaló Quinto—, lo cual coincide con el ejercicio del censor que haya tramitado la subasta y que controla el funcionamiento del suministro.

—Quien, sin duda, habrá recibido una generosa suma de dinero —replicó Mauro.

Marco apenas logró contener un exabrupto: de nuevo, los publicanos. «La hermosa flor de la orden ecuestre, ornato y baluarte de Roma.»



Nacida como una simple aldea, Roma tuvo que recurrir al sector privado para poder recaudar los impuestos y realizar las prestaciones del Estado. Para ello, se crearon sociedades mercantiles dirigidas por miembros de la clase ecuestre, pues estaba prohibido que ingresara en ellas un senador. Pronto resultaron evidentes las ventajas de aquel sistema: la administración se ahorra mantener un cuerpo de funcionarios y los ingresos se obtenían de forma anticipada. Con el tiempo, la capacidad recaudatoria de las sociedades de publicanos abarcó desde las aduanas y peajes, la vigésima parte

del valor en las manumisiones y herencias, el canon sobre las ventas, la prostitución, el monopolio de la sal, el agua de los acueductos e incluso la utilización de las letrinas públicas.

Además, también se encargaban del abastecimiento de los ejércitos y de todas las obras públicas. Pronto la corrupción se generalizó: en las tasas y aranceles cobraban más de lo estipulado, y en los servicios escatimaban todo lo que podían. Y para poder actuar con total impunidad, no dudaban en sobornar hasta a los mismos procónsules, si era necesario.

—Esto no hace más que disparar el

gasto público —se lamentó Quinto—. Aunque pronto todo cambiará: el *princeps* está desarrollando un nuevo modelo fiscal, gracias a un catastro que servirá de base para un impuesto personal. La explotación de las minas de oro y plata ya se encuentra en manos del Estado, y con suerte el suministro del ejército dejará de depender de empresas privadas. Pero, de momento, habrá que soportar esta situación.

—¿Y por qué Octavio...?

—Augusto.

—¿Por qué Augusto no hace algo «ahora»? —preguntó Marco.

—Porque Roma, como Estado, aún

es débil —respondió el centurión—. El funcionariado se encuentra solo en Italia y, más allá del ejército, en las provincias permanece en manos privadas.

El mensor se dirigió al primipilo:

—¿Has intentado informar a alguien?

—Hablé con Tiberio —aseguró Mauro—. Al ser el tribuno laticlavio, se encarga de las labores administrativas y pensé que, como miembro de la familia imperial, le resultaría fácil acceder al *princeps*. Sin embargo, cuando le mostré las cuentas, tan solo me dio las gracias educadamente y, al parecer, ha preferido

no hacer nada.

—¿Crees que está conchabado con Arvina?

—Sospecho que el publicano le entrega otra generosa comisión a cambio de hacer la vista gorda, tal y como sin duda hace con el legado, con el censor y tal vez con el procurador provincial.

Aquello era mucho más que las habituales mordidas a la tropa: no se trataba de eximir a un soldado de la limpieza de las letrinas a cambio de un par de ases. Si hasta el responsable de las finanzas de la Tarraconense estaba implicado, el suministro de las dos legiones podía peligrar.

—Y ahora crees que, yéndote de la lengua, podrías acabar igual que Lucano —dijo Marco.

—Te recuerdo que yo ya había ganado una corona cívica cuando tú no habías nacido —espetó Mauro entre dientes—. No, no tengo miedo. Lo que ocurre es que, tras treinta años de servicio, he llegado a la conclusión de que aquí resulta imposible cambiar nada. Y no voy a jugarme la piel para intentarlo.

La ascensión de Voconio Mauro desde el puesto de *pilus prior* de la segunda cohorte había sido meteórica. Se encontraba al borde del

licenciamiento. Con el cargo de primipilo había accedido a la clase ecuestre. Había llegado tan alto como era posible para alguien con sus orígenes. Marco comprendió que ahora lo único que deseaba era retirarse, formalizar su relación con aquella gala con la que llevaba conviviendo diecisiete años y hacer a sus tres hijos legítimos.

Tras despedirse de él, recorrieron el intervalo en silencio. Caminaron por el corredor que se extendía entre los barracones y el perímetro defensivo, un elevado terraplén coronado por una sólida empalizada de troncos. Entonces

les llegó el olor a leña y a pan recién hecho procedente de los hornos, una sucesión de bóvedas de arcilla cubiertas por una tejavana de madera.

Quinto no cesaba de dirigirle miradas furtivas.

—En ocasiones, hablas como si viviéramos en la República de Platón, y no en la cloaca de Rómulo —dijo al fin.

—Y tú como si hubieras leído demasiado a Cicerón. Marco se sentía más que decepcionado: estaba furioso. El primipilo había decidido no hacer nada ante los excesos del legado, e incluso Quinto parecía mostrarse de acuerdo. Pronto, Fanio Cepión



regresaría a Roma, tras haber esquilado a su legión, y si desempeñaba alguna magistratura, tal y como era probable, no podría ser juzgado. Con el tiempo, todo aquello quedaría tan enterrado como los centenares de soldados que habían muerto a causa de su ambición.

—Me voy —dijo, en voz baja—. He de regresar a las obras. Ambos se despidieron con un gesto.

## XXIX

Quinto se adentró en el arrabal. Había visto en su amigo una mirada que conocía bien y no le gustaba, pues sabía adónde conducía. En el pasado, él había caído en ese mismo estado, asqueado por toda la corrupción e hipocresía de Roma, y eso le había llevado hacia una espiral de la que le había resultado difícil evadirse. Su cinismo se convirtió en una tabla de salvación que le permitió escapar de esa amarga apatía que produce el desencanto. Ahora, pasados los años, sabía que el primipilo

estaba en lo cierto: en Roma resultaba imposible cambiar nada. Cada vez que se había depuesto a un tirano, otro peor había ocupado su lugar, o había reinado la anarquía.

Tras recorrer el estrecho corredor formado por una sucesión de mugrientas tiendas de campaña, tuvo que empujar a un desdentado adolescente que, travestido como Isis, le cerraba el paso para ofrecerle sus servicios. Entonces, una pareja de corpulentos esclavos de origen oriental se presentó ante él: cabezas rapadas, túnicas ostentosas y piel oscura. Instintivamente, echó un vistazo a su cintura y descubrió una *sica*

que colgaba de ambos cinturones. Aquella arma, fácil de ocultar bajo el manto, había dado nombre a un tipo de asesinos, aunque también la empleaban algunos gladiadores. Sin embargo, su aspecto no era el de alguien que hubiera pisado la arena, ni tampoco el de esos fanáticos religiosos llamados celotes.

—Nuestra señora desea que nos acompañes —dijo el primero.

Armenios, tal vez capadocios, a juzgar por su acento. Y no había duda de sobre quién hablaban. Descubrió que al otro esclavo le habían cortado la lengua, y era probable que tampoco sabría escribir, una ingeniosa forma de

asegurarse de que no revelaría ningún secreto, ni siquiera bajo tortura.

Quinto no era un luchador especialmente dotado. Sabía que, en un callejón oscuro, ante aquellos dos sicarios no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir. Sin embargo, consideró que el publicano habría encontrado otras formas mucho más ingeniosas para quitarle de en medio, antes que recurrir a un engaño como aquel. Nadie idearía una trampa cuyo éxito dependía de que su víctima fuera tan estúpida. Aquel desafío más bien respondía al carácter de otra persona. Por ello, decidió acompañarlos.

Deambularon por el arrabal hasta llegar a la puerta de una cabaña. Uno de los esclavos la golpeó con los nudillos, hasta que un rostro femenino apareció en el resquicio: su cabello rojizo era inconfundible. Quinto accedió al interior, únicamente iluminado por un brasero y media docena de lámparas de bronce cincelado. El lujo de aquel extravagante mobiliario contrastaba con el deprimente aspecto del exterior de la choza, y su finalidad estaba fuera de duda. No era más que un lugar anónimo destinado a reuniones privadas, discreto y confortable, aunque el incienso mezclado con opio acrecentaba la

sórdida atmósfera de decadencia que le envolvía.

Una delicada mano engarzada en anillos de oro apartó unas cortinas para descubrir un hermoso rostro adornado con joyas de plata y coral. Las rotundas formas de su cuerpo permanecían ocultas bajo un vaporoso vestido escarlata, como una Venus cubierta por un tenue velo de seda. El cabello, recogido en la nuca, caía formando una cascada negra sobre sus hombros desnudos.

Definitivamente, Gala no sabía cómo pasar desapercibida.

—Me han hablado de tu aventura —

dijo, con una enigmática sonrisa.

«Has de mostrarte firme.»

—¿De cuál de ellas? —respondió, aparentando cierta indiferencia.

La mujer supo apreciar su sutil ingenio.

—Atravesar el territorio enemigo con solo un puñado de hombres —aclaró—. Siéntate conmigo: estoy ansiosa por escuchar tu relato. —Ella se recostó sobre un lecho cubierto de cojines, exhibiéndose con un gesto demoledoramente voluptuoso—. ¿O es que te doy miedo? —añadió, aparentando ingenuidad.

Aquel desafío era demasiado para



él, así que se tumbó junto a ella en aquel tálamo de seda y plumas. La esclava se acercó para ofrecerles una copa de vino.

—Me sorprende verte por aquí —dijo Quinto.

—He venido hasta Portus Victoriæ para invertir en mi negocio de esclavos —respondió ella—. Aunque sabía que tarde o temprano te encontraría: somos almas gemelas, ¿no crees?

—Tengo entendido que dentro de poco regresarás a Italia —señaló él, tratando de guardar las distancias.

—Así es. Mi esposo ha comprado una villa cerca de Baiæ. Un lugar precioso; estaríamos encantados si nos

visitaras.

Baiae, una pequeña localidad de la bahía de Neápolis, célebre por sus baños termales, también llamada «vórtice de la lujuria» o «puerto del vicio», era un lugar idóneo para medrar en sociedad y codearse con la más rancia aristocracia en alguna de sus innumerables fiestas.

Aquello era demasiado para Emilio Arvina, incluso teniendo en cuenta las generosas comisiones por cada negocio de la Novena. O bien la diosa Fortuna le había sonreído en alguno de sus turbios negocios, o bien había solicitado fondos a los prestamistas. Pero recurrir a un

*argentarius* era como entregar el alma a los Manes: los intereses mensuales rondaban el cuatro por ciento, por lo que, pasado cierto tiempo, resultaba casi imposible satisfacer la deuda. Por ese motivo, solo recurrían a ellos quienes esperaban obtener alguna importante cantidad de dinero rápidamente. Era el caso de ciertos políticos en busca de fondos para sobornar a su electorado y así asegurarse el cargo; después robaban la cantidad del erario público para restituir a quienes le habían prestado. Solicitar un crédito a las despiadadas sociedades financieras no era más que la antesala de alguna provechosa

maquinación. No auguraba nada bueno.

—No creo despertar demasiadas simpatías en tu marido —respondió Quinto.

—Eso te hace aún más atractivo. La corte de aduladores que lo rodea me resulta insoportable, pero seducir a un caradura como tú es mucho más estimulante.

Se acercó a él, hasta que pudo sentir que su cálido aliento le acariciaba la mejilla y que sus pechos se oprimían contra su hombro.

—Nuestros deseos son contradictorios, ¿no crees? —ronroneó Gala en su oído—. La sociedad nos

impone unos, pero el instinto nos conduce hacia otros. Y mientras que los primeros tan solo nos traen frustración, son estos últimos los que nos proporcionan placer...

Sintió que una mano reptaba por su muslo, los largos dedos convertidos en una suave tarántula. Bajo la túnica, una garra aprisionó su erección para imprimirle una lánguida caricia.

Quinto había decidido mostrarse firme ante ella, pero no de aquel modo.

—¿De verdad estás dispuesto a renunciar a «esto»? —le preguntó.

Cuando sus labios se unieron, cerró los ojos, recreándose en el resto de los

sentidos. Oía el débil tintineo de las pulseras, aspiraba su aliento y bebía de su boca. Su intenso perfume le envolvía. Y, por encima de todo, sentía una candente opresión que subía y bajaba poco a poco, como las olas del mar.

Estaba en sus manos, literalmente.

Cuando se separaron, apenas tuvo tiempo de añorar su calidez antes de que tomara posesión de su entrepierna. Inclinandose sobre su regazo, le engulló como una serpiente a un ratón. A medida que se adentraba entre sus labios, sintió una tierna humedad envolviéndole. La caricia de la seda se unía a la de aquellas diestras manos. El aire estaba

cargado de humo y perfume. Más allá de las cortinas, los esclavos deambulaban con sus quehaceres, sin prestarles atención. Quinto gimió y arqueó la espalda, hundiéndose aún más en los cojines. Mirándole directamente a los ojos, ella le tapó la boca para ahogar sus quejidos y continuó.

Tuvo que reconocer que Gala podía ser muy persuasiva.

Marco se presentó en las obras al anochecer. Habían ampliado el recinto defensivo hasta abarcar el área elegida para los almacenes. Junto a la puerta

había una montaña de troncos. Los legionarios los colocaban sobre unos caballetes y empleaban unas enormes sierras para convertirlos en vigas, que distribuían de dos en dos. Más tarde, los carpinteros les daban forma siguiendo las indicaciones que Manio Decio Násica les había marcado con tiza.

Una vez montado el envigado, se le añadían las paredes de zarzo y cubrían un entramado de varas de avellano con un tosco enlucido de adobe que una cuadrilla de esclavos había fabricado, tras apisonar la arcilla con estiércol y paja. Empleaban las ramas sobrantes para el carbón vegetal que los herreros



necesitaban para fabricar clavos y remaches, a partir del mineral obtenido en las minas del sur de la bahía.

Se aproximó al primer hórreo: casi habían concluido el techo de madera, aunque la plataforma que formaba el suelo, labrada a cepillo y azuela, aún se encontraba a medias. Al tener que soportar el enorme peso de los sacos de trigo, su estructura de roble debía ser extremadamente sólida, y por tanto requería mucho trabajo.

—¿Todo bien? —preguntó.

Cubierto de serrín de pies a cabeza, el artillero sonreía satisfecho.

—A este ritmo, creo que podremos

cumplir con los plazos.

—Násica... —añadió Marco, al recordar—: Has estado robando madera de las obras. Además, uno de los herreros me ha dicho que le encargaste varios engranajes cuya finalidad desconoce. He tenido que fingir que sabía de qué se trataba.

—Oh, eso. Solo es un pequeño proyecto personal. Nada importante.

—¿De qué estás hablando?

El artillero se rascó la sien izquierda y extrajo de su túnica un pedazo de papiro arrugado y salpicado de manchas de vino, repleto de apuntes y bocetos garabateados. Lo desplegó ante

él con entusiasmo.

—Voy a reutilizar algunas piezas de *Celia* para construir una nueva máquina de guerra que he diseñado —le explicó—. Se llamará *Tábano*. Más pequeña y manejable, aunque con la mitad de potencia que un escorpión.

—¿Una *quiroballista*?

—Algo parecido.

—Estás loco —aseguró, pasmado—.

¿Qué ocurrirá si Tiberio se entera?

—¡Bah!, ese niño se pasa el día mamándose en el pretorio.

Marco se llevó una mano a la sien, aunque prefirió no remover más el asunto. A pesar de ser exasperantemente

indisciplinado, tras una década construyendo máquinas de guerra, el *ballistarius* demostraba una endiablada pericia con la madera.

—¿Y Annio? —dijo, cambiando de tema.

Aquella tarde Lesbia no había llegado con el almuerzo y, extrañado ante su ausencia, el pequeño legionario había decidido acudir a su cabaña, al otro lado del arrabal.

—Todavía no ha regresado —respondió Násica—. Supongo que estarán zumbando de lo lindo...

Su zafia risotada resonó como un cesto de cascotes al volcarse.

—En fin —concluyó Marco, alzando la voz—. ¡Hemos terminado por hoy!

Los soldados comenzaron a recoger sus herramientas con aire fatigado.

—Vamos a buscar a la parejita —añadió—. ¿Venís?

Niñato y el opción asintieron, y los cuatro soldados atravesaron la puerta principal del campamento, en dirección al arrabal.

La cabaña de Lesbia era una de tantas improvisadas construcciones que se apiñaban en torno a las murallas del campamento, no muy distintas de las viviendas de los nativos. Annio había empleado sus nuevas herramientas para

labrar las jambas y el dintel. Además había pintado las paredes de blanco.

Golpearon la tablazón de pino que cerraba la entrada, pero nadie respondió. Desde el interior, resonaron unos tímidos pasos sobre el suelo de tierra apisonada, e intuyeron una presencia a través de los resquicios. Marco se aproximó aún más.

—Lesbia, no tengas miedo —dijo, casi en un susurro—. Somos nosotros.

El postigo crujió y los goznes chirriaron. Lesbia se encontraba en el umbral, casi oculta por la puerta, con el rostro amoratado. En su labio inferior, partido por la mitad, se había formado

una costra oscura. Sus ojos hundidos, enramados, rodeados de una aureola encarnada, resaltaban sobre un desolado semblante anormalmente pálido. Había tratado de ocultar los moratones mediante un recargado maquillaje, que ahora corría en regueros por sus mejillas mientras los observaba con expresión angustiada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marco al entrar.

La pequeña estancia, con apenas espacio suficiente para un lecho, una mesa donde comer y un pequeño hogar rodeado por lajas de piedra, estaba en penumbra. El humo se quedaba retenido

en su parte alta y se filtraba por la techumbre de cañas y escoba.

—Annio ha ido a buscarlos — sollozó la mujer, aferrando su brazo—. No quiso escucharme.

Parecía al borde de la histeria.

—Tranquilízate —le rogó, bajando el tono de voz—. ¿Y quién te ha hecho esto?

Ella inspiró profundamente, tratando de serenarse.

—Esta mañana, Barbato se presentó aquí. Dijo que debía volver a trabajar para él —añadió, atropelladamente—. Me negué, pero envió a los hombres de Arvina y me...



Se llevó las manos a la cara, tratando de ocultar su llanto. Sin saber qué decir, Marco abrazó con torpeza aquel pequeño cuerpo. Temblaba como una rama mecida por el viento y había perdido el calor.

Echó un vistazo a su alrededor. Vio su nueva estola en el camastro, desgarrada. Era obvio que allí habían ocurrido muchas más cosas de las que se atrevía a contar. Su habitual desparpajo solo era un modo de protegerse del desprecio hacia lo que, hasta hacía poco, había sido su profesión. Ahora, cuando ansiaba ser una mujer honesta, no tenía nada tras lo que ocultarse.

—Annio ha ido a buscarlos —  
repitió Lesbia—. Si los encuentra, le  
matarán.

Ahogó una maldición. A esas alturas  
ya se habría presentado él solo en la  
taberna de Barbato para llevar a cabo su  
descabellado ajuste de cuentas. Sin  
duda, los matones de Emilio Arvina le  
estarían aguardando. Seguramente,  
habría imaginado que resultaría inútil  
recurrir a la justicia ordinaria, pues el  
publicano meaba en corro con Fanio  
Cepión, el legado de su legión. Esperar  
justicia de él sería tan ingenuo como  
creer en las profecías de los libros  
sibilinos.

Su amigo también habría supuesto que, si solicitaba su ayuda, hubieran tratado de persuadirle, o incluso, si fuera necesario, que le hubieran retenido a la fuerza. Annio acostumbraba a decir que, si no había crecido más, era por el peso de sus huevos, pero aquella estúpida maniobra no tenía ningún sentido. Hasta él mismo debía ser consciente de ello. Quinto, por su parte, había desaparecido. Con la ayuda de un centurión de alto rango, las cosas serían distintas, y tal vez lo más inteligente sería buscarle, aunque ahora no había tiempo que perder.

La situación se les estaba yendo de

las manos. Recordó su juramento: «Jamás abandonaré a mis camaradas para salvar la vida».

El opción ya se había ajustado las armas a la cintura.

Deben de existir cientos de cosas mucho más dolorosas que sentir cómo te retuercen el brazo hasta crujir mientras tratan de arrancarte los huevos y machacan tu cara con una porra. Sin embargo, en ese momento, a Annio no se le ocurría ninguna.

Emilio Arvina acostumbraba a elegir a sus matones por su aspecto brutal, y

aquellos seis individuos habrían podido servir de modelo. El que ahora le aferraba el brazo derecho, un gigante de cabello rubio y rizado, medía casi seis pies y medio de altura: le sacaba más de una cabeza. Un enorme mostacho hacía que su apariencia cisalpina fuera inconfundible. A juzgar por su acento, el resto eran samnitas, oriundos de las montañas del centro de Italia, donde se encontraban las escuelas de gladiadores de mayor renombre, donde sin duda Arvina los había reclutado.

El rubiales retorció de nuevo su extremidad, empleando todo el peso de su fornido cuerpo para tumbarle boca

abajo sobre una destartalada mesa, que a punto estuvo de ceder.

—Supongo que Lesbia te habrá contado lo que le hicimos —murmuró en su oído.

A su derecha, Barbato los observaba con una mezcla de odio y satisfacción en su rostro orondo, mientras sostenía un trapo sobre su labio roto. Annio apenas tuvo tiempo de propinarle un puñetazo antes de que aquellas bestias se le echaran encima. Pudo morder la mano de uno de ellos cuando le desarmaron, pero, a partir de entonces, solo fue capaz de apuntarse algún tanto más antes de que comenzaran con aquella brutal

paliza. Para poder tomarse la revancha con tranquilidad, el tabernero había despedido a la escasa parroquia de su establecimiento.

Otra vez el dolor en el brazo.

—Lesbia parecía un animalillo asustado —susurró el matón—, temblaba mientras la desnudamos. Pero al final se acostumbró.

Con los labios muy cerca de su oído, notaba que su fétido aliento resbalaba por su mejilla. Sintió los latidos que martilleaban en su espalda y un temblor en sus piernas que esperaba que no fuera perceptible. Sabía que solo estaba jugando con él, tratando de que mostrara

su miedo.

—Ahora te haré gemir como a tu mujercita —añadió el matón, en su oreja—. Pronto descubrirás lo bien dotado que estoy...

Al sentir su erección palpitando sobre su trasero, tuvo que admitir que decía la verdad. Con su mano libre, el gigantón rubio le levantó la parte baja de la túnica para bajarle el calzón, dejando sus nalgas al descubierto. Inmediatamente notó algo tratando de abrirse paso ente ellas.

Fue como si le desgarraran por dentro. Una lacerante punzada de dolor le horadó, acompañada de una áspera y



abrasadora sensación de hacer de  
vientre. El matón le tiró del pelo hacia  
atrás, obligándole a mirarlo a los ojos.  
Con los dientes apretados, su aliento  
entrecortado, el sudor caía por su frente  
como un animal enfurecido. Aplastó su  
rostro contra la mesa y le propinó otra  
brutal embestida. Annio pataleó,  
tratando de liberarse, pero permanecía  
aplastado bajo su peso, con su mejilla  
sobre la madera que apestaba a vino  
rancio.

Entonces alguien echó la puerta  
abajo.

El opción arrojó a un lado el banco  
que había empleado como ariete y,

plantándose frente a ellos, depositó las manos sobre la empuñadura de sus armas. Al ver a los contubernales en el umbral, el gigante rubio arrojó a Annio al suelo para abrocharse el calzón. Otro matón tiró brutalmente de su brazo, obligándolo a incorporarse, y colocó un cuchillo en su garganta. Con el rostro desfigurado por los golpes, el calor de la sangre que fluía entre sus nalgas se mezclaba con la gélida sensación que recorría su columna. A duras penas logró articular un saludo.

—Ya era hora de que vinierais.

Tratando de subirse la ropa interior, evaluó rápidamente la situación. Sus

amigos eran cuatro, mientras que Barbato contaba con seis matones. Mercenarios, gladiadores retirados o buscavidas, todos cortados por el mismo patrón. Inspiraban miedo, pero su confianza no residía en lo que ellos mismos eran capaces de hacer, sino en la autoridad del publicano, y eso, en cierto modo, también suponía una debilidad.

Observó al opción. Aquel hombre solo atendía al presente, no le importaban las consecuencias. Aquellos imbéciles iban a jugar con fuego, sin saberlo.

—¿Cuál es el problema? —preguntó

Marco.

—Emilio Arvina posee la concesión sobre esta legión —respondió el gigante rubio—. Cualquiera puta que acompañe a la Novena ha de pagarle una comisión, y ella se negó a hacerlo.

Annio sentía la presencia de aquel filo en su garganta. Al menos, se dijo, no sería una muerte dolorosa. Había visto a muchos hombres morir degollados, como un cordero en el altar: la agonía apenas duraba unos instantes. Mejor así que con las vísceras desperdigadas por el suelo o consumido por la gangrena.

—Lesbia ya no ejerce el oficio —respondió Marco.

—Esa mujer figura en el registro de mujeres públicas —replicó Barbato, inapelable—. Por tanto, es una puta.

En una situación como aquella, siempre cuesta retener la mierda en las tripas, y entonces con más motivo, pero Annio solo percibía su rabia. Nunca hay una segunda oportunidad ni tampoco posibilidad de redención: eres esclavo de los errores del pasado, de todas tus malas decisiones, aunque fueran forzadas por la necesidad. Y cuando intentas cambiarlo, el mundo te recuerda quién has de ser.

Marco contuvo el impulso de golpear a aquel miserable. Annio

observó su gesto, y no le gustó. Había visto infinidad de veces a su amigo en acción, sabía de lo que era capaz. Alguien con su habilidad no necesitaba demostrar nada a nadie, pero, aun así, solo recurría a ello cuando no le quedaba otra alternativa. Como si se negase a admitir que debía hacerlo.

Había algo que le impedía actuar en situaciones como aquella. Algo de su pasado le había bloqueado; era evidente para todos, incluso para él.

Annio notó que su mirada recaía en sus ojos y que, a continuación, se desplazaba un palmo más abajo, hasta el hierro que amenazaba su cuello.

«Hazlo», esbozaron sus labios.

—Siempre podemos llegar a un acuerdo —dijo, en su lugar—. ¿Cuánto vale la libertad de Lesbia?

Barbato esbozó una zafia sonrisa, consciente de su miserable triunfo.

—Podría comprar una muchacha para que ocupase su lugar —contestó el rollizo tabernero—, pero costaría novecientos denarios.

Los soldados intercambiaron una mirada sombría, conscientes de que jamás podrían reunir aquella cantidad. Al ver su expresión, Annio comprendió que se había comportado como un imbécil. Aquel zampabollos jamás se

habría atrevido a algo así, de no ser instigado el publicano. Por su culpa, habían caído en una trampa y ahora estaban atrapados

—El precio de los esclavos se ha disparado —prosiguió Barbato—. Los cántabros prefieren la muerte a la servidumbre, y nadie se acostaría con una de sus mujeres, por miedo a que le abrieran el cuello.

La cabeza de Annio palpitaba como si estuviera a punto de estallar. No pudo contener su furia.

—Eres un maldito hijo de puta —espetó, sin importarle que le degollaran.

—Vosotros, en cambio, sois la flor y



nata de Roma —respondió Barbato—. Un centurión desheredado. El mensor nacido en la Suburra. ¿Y qué hay de ti? Ah, sí: a tu mujer se la ha tirado la mitad del campamento. Respecto al opción, hace tiempo que vendió su honra para jugarse la vida en la arena.

«Está muerto. Aunque siga hablando, ya es un cadáver», concluyó Annio. Los actores, las prostitutas y los gladiadores tenían profesiones declaradas infames, un estigma que manchaba su reputación de por vida. Era cierto, pero una vez dicho aquello ya no había marcha atrás. Aquel imbécil acaba de entregarle un óbolo a Caronte sin saberlo.

Todo sucedió en apenas unos instantes, al ritmo que resonaba en sus sienes: *poum-poum, poum-poum...*

El opción dio un paso hacia el gigante rubio, entrando en distancia mientras echaba mano a su espada.

*Poum-poum.*

Desenfundó el arma y le apuntó directamente al rostro. El matón aún trataba de extraer la suya cuando el pomo impactó en su boca y le rompió los dientes. Annio cayó al suelo cuando el otro le soltó.

*Poum-poum.*

El matón lanzó una estocada, directa al pecho del opción. Él flexionó la

pierna izquierda para eludir su ataque y  
segó su antebrazo con un único  
movimiento. Cuando la hoja llegó hasta  
el hueso, aulló de dolor.

*Poum-poum.*

El opción le atravesó el pecho, pero  
no pudo extraer su arma de entre las  
costillas. A su izquierda, Barbato se le  
echó encima, esgrimiendo un cuchillo.

*Poum-poum.*

Dio un paso atrás y la punta  
describió un arco frente a él. Dio una  
nueva zancada y respondió con una  
patada. El tabernero se encogió al sentir  
la tremenda coz en el vientre.

*Poum-poum.*

En el campo, Annio había visto a su maestro de armas entrenarse en el pugilato. A cada puñetazo que daba, doblaba un saco lleno de arena, tan pesado que él era incapaz de levantarlo. Ahora, uno de esos golpes impactó de lleno sobre el rostro del tabernero y le aplastó la nariz.

*Poum-poum.*

Se oyó un estruendo sordo cuando su cuerpo sin vida se desplomó sobre el empedrado. Marco, Niñato y Násica habían acuchillado al resto. Ante ellos, siete hombres yacían sobre el suelo. La escena apenas había durado seis latidos.

Apoyándose en una de las mesas,

Annio recogió un cuchillo del suelo y se aproximó al gigante rubio, tumbado contra la pared de adobe, con la ropa empapada por la sangre que manaba de su boca. El pequeño legionario se acuclilló frente a él, para exhibir el arma ante sus ojos, y comenzó a recitar unos versos:

Con el bronce cruel le cortaron  
narices y orejas,  
le arrancaron sus partes después,  
arrojándolas crudas  
a los perros y, al fin, amputáronle  
piernas y brazos  
con encono insaciable...

Nada más ser ascendido a *stator*, Servio Juliano había descubierto que se había ganado el odio de la tropa. Su puesto de policía militar era despreciado y envidiado por todos, de una forma que a él se le antojaba hipócrita. Muchos de los que ahora le acusaban de hostigar a sus propios compañeros, unos años antes habían dado muerte a otros soldados romanos durante las guerras del triunvirato. Y no faltaban los centuriones que, a pesar de moler a palos a sus hombres y cobrarles por

eximirles de las guardias, ahora le llamaban cínicamente corrupto.

Pero él estaba convencido de que no le pagaban lo suficiente por desempeñar aquel trabajo. Con su mísero sueldo, debía alimentar a su mujer y a sus dos hijos, además de a un par de esclavos, una concubina y media docena de mulas. Por ello, aceptaba el dinero que Emilio Arvina le entregaba periódicamente a cambio de no inmiscuirse en sus asuntos, algo a lo que el legado le había instado enérgicamente.

Al oír los gritos, supo que tendría problemas. Se trataba de uno de los hombres del publicano, así que se vio

obligado a ceñirse las armas y reunir a sus hombres para acudir en su ayuda. Cuando se aproximaban al lugar, descubrió que, por encima de la techumbre de las cabañas, una oscura columna de humo ascendía hacia el cielo encapotado: al parecer, algo se incendiaba. Parecía la taberna de Barbato.

Una vez allí, se topó con cinco individuos que contemplaban cómo las llamas devoraban aquella miserable construcción de zarzo. Tuvo que entrecerrar los ojos para estudiarlos, pues le escocían a causa del humo: reconoció al maestro de armas de la



segunda cohorte, que empuñaba una espada ensangrentada, junto a un soldado bajito que sostenía una antorcha. Al inspeccionar el interior, vio un montón de cadáveres en el suelo y varios regueros de sangre en las paredes.

Mierda. Mierda. Mierda.

Los cinco legionarios permanecieron inmóviles mientras eran rodeados y, tras intercambiar varias miradas entre sí, depositaron sus armas en el suelo.

Juliano suspiró aliviado.

Cuando los maniataban, uno de sus hombres se aproximó a un grupo de perros callejeros apiñados, que no

dejaba de gruñir.

—Señor, venga a ver esto... —le dijo.

Servio Juliano cruzó la calle y observó con aprensión lo que aquellos animales se disputaban entre ladridos.

Decididamente, no le pagaban lo suficiente por aquel trabajo.

# XXX

Acababa de afeitarse por primera vez, y eso le permitiría vestir la indumentaria adulta. La ceremonia se celebraba frente al larario, un pequeño altar adosado a la pared del peristilo de la casa. Aquella modesta hornacina, provista de un templete con un frontón sostenido por dos columnas, como un diminuto templo, albergaba las estatuillas de los lares, los espíritus protectores que velaban por la prosperidad del hogar.

Depositó sobre él un pastelillo hecho de harina y miel, comprado a una

anciana sacerdotisa de Líbero en plena calle, y quemó un puñado de incienso. Entonces se despojó de la bulla, el colgante destinado a ahuyentar a los malos espíritus que le habían acompañado desde la cuna, para entregárselo a Vitruvio, quien lo depositó en el altar. Ayudado por Claudia, Marco se despojó de su toga infantil ribeteada de púrpura y se vistió solemnemente con otra de un blanco inmaculado.

—Hoy celebramos la Liberalia — anunció Vitruvio—. Y por ello este joven toma la toga viril por primera vez para emprender una vida en libertad.

Tras pronunciar aquellas palabras, la familia abandonó la casa para dirigirse en procesión hacia el foro, el corazón político de la urbe. Aquella fiesta se celebraba dos días después de los idus de marzo, para solicitar la protección del Líbero, dios de la fecundidad. La gente comía en plena calle, frente a las puertas de sus hogares, y por ello los vecinos los saludaron al pasar.

Al recorrer el Argileto acompañados por Diógenes, pasaron junto a un pequeño templo de madera provisto de dos puertas que permanecían abiertas. Marco pudo ver en su sombrío

interior una vetusta y tosca escultura, cuya pintura estaba descolorida. Mostraba una extraña figura masculina provista de dos caras, orientadas hacia ambas entradas; los dedos adoptaban una postura insólita. El rey Numa había construido aquel humilde santuario setecientos años atrás. Permanecía abierto siempre que se librara una guerra. Construido por campesinos y pastores, cuando Roma no era más que una aldea que ni tan siquiera dominaba las siete colinas, estaba consagrado a Jano, el dios de los comienzos y finales, a quien se invocaba al principio de cada contienda. Se decía que, cuando Saturno

fue expulsado del Olimpo, fue quien le dio cobijo y, a cambio, le fue otorgada la facultad de contemplar el pasado y el futuro al mismo tiempo.

No pudo evitar envidiarle.

Al fin llegaron al foro. Ascendieron por la colina del Capitolio para ofrecer un sacrificio a la diosa Iuventas en el templo de Júpiter Óptimo Máximo. Consagrado a la tríada capitolina (Júpiter, Juno y Minerva), aquel antiguo edificio se había convertido en el símbolo de la civilización romana. En cada ciudad recién fundada, construían una réplica de él.

La ceremonia fue breve. Cuando

finalizó, Marco vació su bolsa para depositar un sestercio en una cesta próxima al altar. A continuación, atravesó la explanada de aquella pequeña cumbre para entrar en el *tabularium* y registrarse como nuevo ciudadano. El archivo público era una enorme construcción de piedra que conservaba las láminas de bronce donde se escribían las leyes y decretos. En la recepción les atendió un atareado escriba que les preguntó por su nombre, tribu y año de nacimiento. Una vez que le hubo facilitado los datos, el joven caminó abstraído por la sala admirando los sólidos muros y descendió por unas



escaleras, para atravesar un lóbrego pasillo abovedado que le condujo a una galería repleta de estatuas, más allá de la cual se encontraba el paisaje que deseaba contemplar.

Todos los caminos conducen a Roma, y todas sus calles llevan al foro, que ahora se encontraba a sus pies. En el alargado valle que separaba el Palatino de la colina Velia estaba anclado el Ombligo del Mundo, una estructura circular de ladrillo que señalaba el mismo centro de la urbe, punto de unión entre el mundo de los vivos y el de los muertos. La vía Sacra recorría aquella vaguada por la que desfilaban los

generales victoriosos al regreso de cada campaña, flanqueada por la basílica Julia y la Emilia, donde se realizaban todas las grandes operaciones financieras y se administraba justicia. Esta última estaba junto a la Curia, el edificio donde se reunía el Senado. Frente a ella, se alzaba la Rostra, una columna que aún exhibía los espolones de bronce de la flota púnica derrotada en Antium dos siglos atrás y que estaba rodeada por una plataforma de madera desde la cual los magistrados se dirigían a la ciudadanía. No muy lejos de ella, la prisión Tuliana constituía el lugar donde se encerraba a los enemigos del Estado,

como Vercingétorix o Yugurta; a su izquierda, casi fuera del alcance de su vista, Julio César había construido un nuevo foro.

A la derecha de la vía Sacra, el templo de Saturno, el más antiguo de Roma tras el de Júpiter Óptimo Máximo, albergaba el tesoro imperial. Más allá de la basílica Julia, se sucedían otros santuarios pintados en vivos colores, como el de Cástor y Pólux, o el consagrado a Vesta, un diminuto edificio de planta circular que albergaba el fuego sagrado y era custodiado por las vírgenes vestales, cuya residencia se encontraba junto a una senda que

ascendía hacia el Palatino.

Un manto de hierba cubría la colina donde aún se conservaba incólume la cabaña en la que había vivido Rómulo, el fundador de la ciudad. Por encima de las mansiones edificadas sobre los riscos de color anaranjado sobresalían las copas de los pinos, como nubes esmeraldas sujetas a la tierra por un delgado tallo oscuro. Aquel lugar, el barrio de las familias más adineradas, era donde Octavio había establecido su residencia, junto a la Lupercal, la cueva donde las leyendas aseguraban que Rómulo y Remo habían sido amamantados por una loba.

Allí, sobre el corazón político, económico y espiritual de la República, convertido en un hombre adulto, Marco fue consciente de hasta qué punto su vida había cambiado. Era hijo de un legionario lisiado que había regresado de la Galia con una pierna inútil y que había malvivido gracias a una miserable pensión y a las entregas gratuitas de trigo. Su madre se había visto obligada a trabajar como costurera para poder mantenerlos, algo que había amargado aún más el carácter de su padre, que, a partir de entonces, pasó el resto de su vida en las tabernas, rememorando antiguas batallas en compañía de otros

veteranos tan fracasados como él. Cierta día les trajeron su cadáver cubierto de sangre. Había muerto apuñalado en el transcurso de una partida de dados. A su funeral solo acudieron un par de borrachos, uno de los cuales se ofreció a ocupar su lugar en la casa.

Marco recordó que dos años antes su madre había fallecido de fiebres y que desde entonces había tenido que alojarse en el hogar de su maestro. Ahora, rodeado por una familia de ciudadanos respetables que le brindaban su amistad, era consciente de que todo se lo debía a una persona a la que no quería decepcionar.

A pesar del frío, el banquete se celebró en el jardín de la casa. Ya era primavera, pero el cielo había amanecido grisáceo aquel día. El lugar aún mostraba su aspecto más melancólico, a pesar de que habían decorado los muros con haces de hiedra, piñas y ramas de laurel. Solo los cipreses mostraban todo su verdor. Una pareja de músicos interpretaba una alegre melodía que mitigaba aquella triste atmósfera. Vitruvio había decidido mostrarse espléndido para la ocasión, de modo que aquel día incluso los esclavos pudieron disfrutar de los

dulces, a pesar de que, como dueña de la casa, Claudia supervisaba su trabajo con la autoridad de un centurión.

Marco se dispuso a repartir algunos regalos entre la servidumbre. Días atrás, había acompañado al arquitecto a Ostia, donde había comprado un colgante de ámbar que ahora entregó a Cintia. Era una hermosa baratija adquirida a un vendedor ambulante. Ella se lo agradeció con una radiante sonrisa. Entonces, por encima de su hombro, vio que Claudia fruncía el ceño.

Parsimonia y dignidad. Austeridad, frugalidad y sencillez: esos eran los antiguos valores romanos. Obligar a



pasar hambre a los esclavos o vestirlos con harapos demostraba un carácter cicatero, y cualquier castigo arbitrario era síntoma de una falta de control impropia de una persona mesurada. Sin embargo, la esposa de su maestro le había repetido infinidad de veces que existían ciertas líneas que no se debían cruzar. Al ver su expresión, supo que había atravesado una de ellas.

Al haber crecido en el seno de una familia que no podía permitirse ni tan siquiera una criada, Marco no había sido educado para tratar a la servidumbre. Aunque hacía tiempo que sospechaba cuáles eran los motivos de

ese soterrado resentimiento que la dueña de la casa sentía hacia la muchacha. Claudia sin duda sabía de las relaciones que su esposo mantenía con las criadas. La madre de Cintia había sido una hermosa adolescente cuando la compraron, mientras que ella tenía ya treinta años. En las noches en las que debía dormir sola, tuvo que esforzarse por no imaginárselos compartiendo el lecho.

Siempre había sido un buen esposo, la respetaba e incluso escuchaba sus opiniones, pero desde que el embarazo de aquella esclava fue evidente, no pudo evitar sentirse celosa. Era algo absurdo,

ridículo, indigno de una matrona romana; sin embargo, a medida que los rasgos de aquella niña se asemejaban cada vez más a los de su esposo y la relación con su propia hija era cada vez más cercana, una extraña amargura se adueñó de ella. Viéndolas jugar juntas, e incluso compartir el lecho de su ama en lugar de dormir en su jergón de la antecámara, sentía que aquella chica deseaba salirse del orden natural de las cosas.

Tratando de ahuyentar sus pensamientos, se aproximó a Marco para tomar su rostro entre las manos.

—Estás muy elegante —le dijo, y le

besó en la mejilla.

Como era habitual, le acompañaba Gayo, que no dejaba de admirar su aspecto. Diógenes, por su parte, se mostraba tan animado como el resto de los invitados. Vitruvia solo le dedicó un breve escrutinio cuando sus miradas coincidieron durante un instante. Envuelta en su *palla* para protegerse de la brisa, vestía una túnica de color verde; sus ojos grises de gata destacaban en su rostro moreno.

—Tal vez mi hija quiera recitar algo.

La muchacha se sobresaltó. Viniendo de su padre, aquella sugerencia más bien era una petición formal, así que tomó

prestada la lira de uno de los músicos para sentarse en las escaleras del atrio y depositar el instrumento sobre su regazo. Por un instante, su mirada deambuló entre los rostros que la observaban y se obligó a sí misma a olvidarse de ellos. La lira es como una amante: la abrazas y has de acariciarla para extraer algo de ella. Empleó el pulgar, el índice y el corazón para rasgar las cuerdas: una sucesión de acordes menores que dieron pie al flautista para interpretar su melodía. Ella reconoció fácilmente la escala e improvisó un acompañamiento para su voz:

Y tú, ¡oh, dichosa!, en tu inmortal semblante

me sonreías: «¿Para qué me llamas? ¿Cuál es tu anhelo? ¿Qué padeces ahora?»,

me preguntabas.

¿Arde de nuevo el corazón inquieto?

¿A quién pretendes enredar en suave lazo de amores? ¿Quién tu red evita, mísera Safo?

Que si te huye, tornará a tus brazos,  
y más propicio te ofrecerá dones,  
y cuando esquives el ardiente beso,  
querrá besarte.

Al finalizar, los invitados

aplaudieron. Era un exótico dialecto griego, difícil de entender, pero, a pesar de todo, las palabras resultaban hermosas.

—¿Lo has compuesto tú? —preguntó Gayo.

—No —respondió—. No me gusta recitar lo que escribo.

—Es obra de la décima musa —señaló Diógenes—, aunque un buen intérprete siempre sabe hacer suyos los versos. Felicidades, Vitruvia. Al escucharte, pude recordar las playas de Mitilene.

Al buscar a alguien con la mirada, el anciano descubrió que se había

marchado. Aunque sabía dónde encontrarle.

En la exedra, Marco contemplaba el busto que había esculpido: sus proporciones eran anatómicamente correctas, resultaban armoniosas y se ajustaban al canon. Todos y cada uno de los rasgos habían sido reproducidos y después pintados con meticulosidad, hasta imitar el tostado tono de piel y el níveo color del cabello.

Pero aquel retrato estaba tan desprovisto de vida como un molde de cera extraído del rostro de un cadáver.



Recordó las esculturas que atestaban los foros, basílicas y termas; simples copias de obras maestras griegas, realizadas cuatro siglos atrás. En el mejor de los casos, variaciones sobre las obras de Fidias, Mirón y Cresilas, en las que se mezclaban elementos de unas y otras de forma indistinta. Un lancero de Policleto y una Afrodita de Paxíteles servían para reconstruir el reencuentro entre Orestes y Electra. Los atletas se convertían en matronas añadiéndoles pechos, o en niños, tan solo reduciendo su altura.

Aquella moda había tenido su origen en Pasiteles, un hábil escultor del sur de

Italia que fundó un taller en Neápolis, donde realizaba modelos en arcilla que sus alumnos tallaban en mármol, o que servían para hacer múltiples copias en bronce. Pero a Pasiteles le había sucedido Estéfano, y este, a su vez, contaba con otros discípulos y, con el tiempo, sus talleres se convirtieron en fábricas, los escultores en copistas y sus obras en simples adornos sin alma. En ocasiones, se esculpían cuerpos sin cabeza, desnudos o con coraza, para que su adinerada clientela pudiera elegir el que más fuera de su agrado, tras lo cual recurrían a algún retratista para hacer un busto que insertaban en él. Incluso se

vendían sarcófagos con relieves de escenas bélicas, con el rostro del protagonista sin definir, para que la familia del difunto pudiera contar con él antes de que el cadáver se corrompiera. De este modo, cientos de sexagenarios senadores exhibían un torso hercúleo, bajo un rostro arrugado y con papada.

De niño, había admirado aquellas espléndidas figuras pintadas de vivos colores, aunque a medida que había progresado en su oficio fue despreciándolas cada vez más. Y ahora, para su desesperación, hallaba esos mismos defectos en su propia obra.

Diógenes caminó hasta situarse a su

lado.

—A lo largo de estos años has visto infinidad de frescos y esculturas —le dijo—. Has leído centenares de libros. Te he enseñado todo lo que yo mismo aprendí. ¿Sabes qué debes hacer ahora?

—Tenerlo siempre presente.

—No, has de olvidarte de todo, salvo de ti mismo. Si intentas esculpir una figura con la solemnidad de Fidias, el dinamismo de Mirón y la refinada sensualidad de Praxíteles, solo lograrás un engendro sin vida. La esencia del arte no surge del propio arte, sino de tu interior.

El joven se giró para observarle.

—Hay escultores mediocres que han memorizado una docena de posturas — prosiguió el anciano—, y solo son capaces de representar a sus figuras en alguna de ellas. El resultado es anatómicamente correcto, y eso les hace sentirse grandes, pero su obra resulta monótona, inexpresiva.

Diógenes se mostró satisfecho: había captado su atención.

—Debes olvidarte de pensar en poses. Tienes que centrarte en lo que quieres decir —concluyó—. Ya sabes manejar las herramientas del oficio, ahora solo has de decidir en qué emplear las. ¿Qué te aporta la escultura?

—Para mí es como crear vida de la nada. Es como jugar a ser un dios. Es lo único que me hace sentir bien.

El escultor le observó con una inmensa tristeza reflejada en su rostro arrugado.

—Y ahí reside tu problema, muchacho. Buscas la paz interior, pero en el conflicto se encuentra la misma esencia del arte.

Cuando regresaron a la fiesta, había llegado un nuevo invitado y a su alrededor se congregó un grupo de curiosos. El arquitecto tomó a Vitruvia

del brazo para presentarlos:

—Supongo que habrás oído hablar de Tito Fabricio —dijo a su hija—, uno de los mejores abogados de Roma.

Fabricio rondaba los cuarenta años. Su frente ancha, coronada por una oscura maraña de rizos, junto a una barbilla huidiza, conformaba un rostro afilado del que sobresalía una nariz carnosa que ahora la apuntaba como el espolón de una nave de guerra. Era alto y sus pálidos miembros estaban dotados de una desagradable flacidez. Bajo sus cejas pobladas, los ojos deambulaban de un punto a otro con la celeridad de un pájaro. Su vestimenta era sobria, aunque

de calidad, y solo contaba con un esclavo como comitiva. Vitruvia pudo ver el anillo de oro en su dedo meñique que proclamaba su pertenencia a la clase ecuestre: aquella muestra de sencillez, viniendo de alguien de su clase, era demasiado ostentosa para no ser una mera impostura. Supuso que se trataba de uno de los muchos seguidores de Catón que habían bebido de las fuentes de Zenón, Crisipo y la Estoa de Atenas: aristócratas estoicos, apologistas de las antiguas costumbres y de una serena existencia dedicada al diligente cultivo del campo.

Sin duda, todo lo que aquel hombre



sabía sobre agricultura era gracias al tratado de Terencio Varrón.

—Es un placer conocerla, arquitecto —respondió Fabricio.

Se había acostumbrado a que la observaran, pero hubo algo inhumano en aquel descarado escrutinio, algo que la hizo sentir como un esclavo poco antes de que lo subasten. Entonces recordó que, a lo largo de los últimos meses, aquellas presentaciones habían sido cada vez más frecuentes.

Devolvió el saludo cortésmente y se retiró para ayudar a su madre, sin inmiscuirse en una conversión masculina. Era lo que se esperaba de

una joven bien educada, aunque a la vez le resultó liberador.

—Resulta excepcional organizar todo esto por un aprendiz —dijo Fabricio, echando un vistazo a su alrededor.

—Marco es excepcional —manifestó el arquitecto.

—Veo que te van bien las cosas.

—No me quejo —respondió—.

Agripa es un apasionado de la arquitectura, y eso hace que todos los que nos dedicamos a ella prosperemos. Al menos, mientras dure este periodo de paz.

Todos asintieron. Una vez

derrotados los asesinos de César, sus herederos políticos se habían repartido el mundo romano, de modo que, mientras que a Octavio le fue asignada la parte occidental, Marco Antonio, dueño de Oriente, mantenía una indecorosa relación con la reina Cleopatra en Alejandría. Ya había conquistado Armenia y ahora dirigía una campaña contra el Imperio parto, después de que Octavio ampliara sus dominios en Iliria y Panonia. Sin embargo, todas estas guerras, lejos de estar encaminadas al bien de la República, no eran más que un medio para obtener recursos económicos antes

del enfrentamiento final. Dos años antes, Antonio había repudiado a su esposa Octavia, hermana de su rival, y de esta forma no solo había roto el único nexo de unión que existía entre ambos, sino que además aquello fue utilizado como herramienta propagandística en su contra: Marco Antonio había humillado a una virtuosa matrona romana para caer en los lascivos brazos de una reina extranjera, esclavizado por el hedonismo oriental, en un país donde se les adoraba como a dioses, junto a un panteón de grotescos seres con el rostro de reptiles y otras bestias.

—La guerra entre Octavio y Marco

Antonio parece inevitable —señaló Diógenes.

—Creo que «inminente» es la palabra adecuada —le corrigió Fabricio—. El triunvirato expira a finales de año y es difícil que se renueve. Hay una guerra en ciernes de la que Octavio será el vencedor.

—Marco Antonio se ha aliado con Egipto y gobierna las ciudades más importantes del Imperio, en las que florece el comercio y la industria —dijo el anciano griego—. Salvo Italia, el poder de Octavio se extiende sobre un mundo eminentemente rural.

—Pero tiene en su poder las minas

de Hispania —respondió Fabricio—. La plata de Cástulo y Cartago Nova, el oro de la Bética... Eso es lo que importa de verdad. Octavio vencerá, no puede haber otro desenlace.

Por un momento, guardaron silencio.

—Y una vez que eso ocurra, ¿aceptará el pueblo romano a un «rey»?

—A pesar de su habitual compostura, Vitruvio pronunció aquella palabra como si estuviera a punto de escupir.

—¿Y por qué no? —respondió Fabricio—. Llevamos décadas bajo el dominio de hombres fuertes: Mario, Sila, Pompeyo, César y ahora Octavio.

—Pero la República...

—La República no existe si no se cumplen las leyes —prosiguió el abogado—. Antes, Roma estaba dividida en media docena de facciones, y cualquiera podía matarnos por ser amigo o familiar de algún miembro de ellas, o por no serlo de ninguna. O, simplemente, por tener demasiado dinero...

—Sexto Pompeyo y los piratas cilicios dominaban el mar, los esclavos se alzaban contra sus amos, los bandoleros enseñoreaban los caminos... —convino el escultor—. Y Octavio ha acabado con todo ello. Durante las guerras civiles, todas las facciones

aseguraban defender la paz y la libertad, y únicamente trajeron más guerras y despotismo. Cuando una sociedad se muestra incapaz de gestionar su propia libertad, acaba dando la razón a quienes defienden la tiranía: la República no ha sido asesinada, sino que ha muerto de inanición.

—Tal y como escribió Cicerón, el fruto de la excesiva libertad es la esclavitud —reconoció Vitruvio—. Se rumorea que Octavio prepara una ley para restringir la posesión de armas entre la ciudadanía. Tarde o temprano, acuartelará a su guardia pretoriana en la capital y, al parecer, también pretende



crear varias cohortes urbanas para asegurar el orden público. ¿Cuál es tu opinión, Fabricio?

—La preocupación por legislar un fenómeno siempre es buen exponente de lo extendido que se encuentra —señaló este—. La *Lex Plautia de vi* ya prohibía ocupar lugares públicos portando armas, y esa *Lex Iulia de vi* la ampliará de forma significativa. Lo que planea Octavio no es más que una consecuencia lógica de las reformas de Cayo Mario. Una vez profesionalizadas las legiones y puesta en orden la República, ¿qué sentido tiene almacenar todas esas armas en casa? Eso solo es necesario en

sociedades incapaces de mantener un ejército permanente.

—Es decir, la mayoría, salvo los reinos orientales —intervino el arquitecto—. Desde los comienzos de la República, bastaba con prohibir la entrada de tropas dentro de las murallas de la ciudad.

—Sí, los orgullosos romanos jamás habrían admitido la presencia de soldados desfilando por sus calles, como si fuera una ciudad conquistada —señaló Fabricio—. Y así nos ha ido. ¿Qué ha impedido hasta ahora armar a una turba para cometer cualquier insurrección?

—El sentido cívico —replicó Vitruvio—. La ética heredada de nuestros antepasados. Todo esto no es más que una pérdida de valores.

—Eres un sentimental incorregible, arquitecto —ironizó el abogado—. La moral de nuestros antepasados también prohíbe el adulterio, y cada año nace una legión de bastardos que acaban abandonados en los vertederos.

—Antes, el derecho a la ciudadanía se adquiría mediante la posesión de unas armas para defender a la comunidad —razonó Diógenes—. Ahora se habla del derecho a poseer armas para defenderse de tus conciudadanos. ¿Debemos ir a

comprar pescado con la armadura y el escudo a la espalda, tal y como hacía uno de los vecinos de Aristófanes?

—¿Y tú qué opinas, Marco?

La pregunta de Vitruvio le sorprendió. A un muchacho jamás se le pedía su opinión en una conversación entre adultos, pero ahora ya no era un *puer*. Estuvo tentado de citar la obra de algún filósofo, aunque finalmente prefirió recurrir a su propia experiencia.

—Nadie está del todo seguro. Por muy bueno que sea luchando, nadie tiene el control —aseguró—. La gente tiene miedo, teme por su seguridad y la de los suyos. Y está dispuesta a renunciar a

cualquier cosa, incluso a su propia libertad, con tal de que alguien se la garantice.

—Y ese alguien ha sido Octavio — dijo Vitruvio—. Es el mito de la invulnerabilidad. ¿Hasta qué punto tener una espada puede garantizar que nuestras mujeres e hijos estarán a salvo? Las armas se han convertido en una especie de talismán cuya posesión nos alejará del peligro. Esa creencia más bien parece un acto de fe.

El estruendo de una bandeja llena de copas al caer los interrumpió. Cintia y Vitruvia se apresuraron a recoger varios fragmentos de cerámica.

—Ha sido culpa mía, padre —dijo —. Tropecé con ella.

Cuando el arquitecto habló, la expresión de su rostro se había dulcificado.

—Hija, ¿todavía no te has dado cuenta de que no puedes engañarme? —dijo, condescendiente, y eso hizo que todos sonrieran.

—Sin duda, tengo mucho que aprender de ti —respondió ella, observando al abogado.

Marco nunca había visto a su maestro enrojecerse.

—Cuando se obra correctamente, no es necesario mentir —repuso su padre,

secamente.

—Tal y como escribió Cicerón, la verdad se corrompe tanto por la mentira como por el silencio —señaló la joven—. Para engañar a alguien, en ocasiones no es necesario mentir.

Vitruvio iba a responder con dureza, pero su esposa le dirigió una severa mirada de advertencia. Tito Fabricio decidió romper el incómodo silencio que se había creado.

—Veo que es cierto lo que se comenta sobre tu hija: es tan inteligente como hermosa. No me gustaría tenerla como adversario en un juicio.

La broma fue celebrada entre risas.

La idea de que una mujer ejerciera la abogacía resultaba tan disparatada como que un esclavo acudiera a una sesión del Senado.

—He de reconocer que es un buen partido —añadió, de forma deliberada.

Ella dirigió una mirada a Marco. «Lucha por mí. Inmútate, no seas cobarde», parecía decirle. Pero él permaneció en silencio, recordando las palabras que el arquitecto pronunció en la palestra: «Has de fingir que no tienes ningún interés por aquello que más deseas».

—Ahora quisiera anunciar algo importante —dijo el dueño de la casa—.



He decidido adoptar a Marco Rufo, para que forme parte de mi familia. A partir de ahora, podéis llamarlo Marco Vitruvio Rufiano.

Se sobresaltó, pues era algo totalmente inesperado. La mayor parte de los presentes sonreía, aunque otros, por el contrario, se mostraban escandalizados. Observó a Claudia: a juzgar por su expresión, dedujo que hacía mucho tiempo que habían tomado la decisión, pero que habían decidido esperar hasta aquel momento para hacerla pública. Ahora comprendía su generosidad en aquella fiesta.

Abandonó sus pensamientos ante el

enérgico abrazo de Gayo.

—Saludos, hermano —le dijo el niño, sin poder ocultar su satisfacción.

Por encima de su hombro, descubrió la mirada de Vitruvia fija en él.

—Saludos, hermano —repitió la muchacha.

Sonreía de una forma extraña. Al oír aquella palabra saliendo de sus labios, sintió un escalofrío.

Fintas y fintas sobre más fintas.

# XXXI

Anclada firmemente al suelo, la celda había sido construida con vigas de roble y sus barrotes eran de hierro, por lo que resultaba inamovible. Aun así, la mirada de Annio permanecía fija en ella, tal vez considerando cualquier posible vía de escape. A su lado, sentados sobre el césped, Násica y el opción jugaban a los dados.

Aquel no había sido un mal día. Apenas había llovido durante la noche y, gracias a ello, el suelo de su celda no estaba embarrado. El colchón de heno

permanecía razonablemente seco; además, aquella mañana su carcelero les había permitido visitar las letrinas. Aunque ahora un sol plomizo amenazaba con fundirles los sesos, y aquella miserable jaula desprovista de techo solo proyectaba una débil sombra sobre ellos. El viento sur había traído una calima que, a causa de la humedad, resultaba tan pegajosa como el enjambre de moscas que los rodeaba.

Marco observó el patio de aquella miserable construcción de adobe que servía de casa de subastas. En ese momento, una nueva recua de prisioneros de guerra era conducida a

empujones hasta el interior de las celdas. Apenas existía espacio en ellas, así que se veían obligados a sacar los brazos entre los barrotes. En la jaula contigua, alguien asomó el trasero por entre los barrotes para hacer de vientre y luego cubrió sus heces con un puñado de tierra. Dos famélicos adolescentes de cabello enmarañado revolvían la húmeda hojarasca que cubría el suelo, en busca de algún bicho para comer. El olor era indescriptible. Amontonados, los piojos y las chinches pasaban de uno a otro.

Permanecer encerrado junto a Annio estaba resultando un suplicio añadido,

aunque resultaba fácil comprender su frustración. No sirve de nada tener armas y haber aprendido a emplearlas, pues eso no garantiza la seguridad de los tuyos. Aunque fueras capaz de enfrentarte a cualquier amenaza, no puedes estar siempre a su lado. Entonces recordó a Lesbia. Cada uno de aquellos cinco días había acudido con comida, y ahora Quinto también los visitaba.

—Mis esfuerzos por liberaros no han tenido éxito —dijo, eludiendo su mirada—. Arvina ha recurrido a Fanio Cepión, y Tiberio parece sufrir una momentánea amnesia, o al menos no recuerda nada sobre la misión que

hemos desempeñado para él.

Marco echó un vistazo más allá de la puerta del patio, desconcertado ante el inesperado bullicio.

—El *princeps* llegó ayer, acompañado de todo su séquito, escolta y cuerpo administrativo —le explicó el centurión—. Se ha realojado a los tribunos en los cubículos de los centuriones; a nosotros nos han llevado junto a la tropa.

Él se encogió de hombros, apático: todo daba igual. Los mismos mandos que acostumbraban a mirar hacia otro lado ante los abusos de la soldadesca sobre la población civil, ahora se

mostraban cínicamente escandalizados por la muerte de unos simples matones a sueldo, e incluso algunos compañeros se habían ofrecido a testificar en su contra, a pesar de no haber estado presentes, ante la expectativa de llenar la bolsa. El dinero del publicano fluía de mano en mano, comprando voluntades como por ensalmo. Aquella pantomima de juicio tendría lugar dentro de un par de días y todo parecía presagiar que, aunque regresase del Hades para recitar uno de sus magistrales discursos en su defensa, ni el mismísimo Marco Tulio Cicerón podría salvarles de que los ejecutaran.

—Todo esto no puede ser casual —



masculló, al pensar en Barbato.

—Así es —asintió Quinto—. Ese pobre palurdo fue utilizado por el publicano, y la situación acabó superándole.

—¿Qué puede haber llevado a Emilio Arvina a obrar así?

—Tal vez solo intentaba darnos un escarmiento —respondió el centurión—. Aunque también es posible que hubiese previsto vuestra reacción.

Observó a sus compañeros de celda. Hasta entonces, se habían mostrado como un bloque, pero finalmente Arvina había encontrado una grieta en él. Si al menos Quinto no hubiera desaparecido,

su condición de *pilus prior* habría hecho que la situación fuera distinta. Puesto que no les había dado ninguna explicación acerca de su repentina ausencia, supusieron que en ese momento debía de encontrarse entre las piernas de alguien.

—Esta artimaña ha de estar relacionada con su negocio con Fanio Cepión —concluyó—. ¿Qué sabes de él?

Quinto se acuclilló hasta situarse a su misma altura y le habló en voz baja:

—Nuestro legado fue uno de los oportunistas que supieron apostar por el caballo ganador tras el asesinato de

César, cuando eso suponía la diferencia entre el enriquecimiento rápido o la muerte. Su padre era seguidor de Bruto. Se rumorea que fue él mismo quien lo delató durante las proscripciones.

Al igual que no existía fuerza de orden público ni recaudadores de impuestos, las persecuciones políticas también se habían privatizado. Si tu nombre figuraba en una lista colgada en la Rostra, cualquiera podía darte muerte y reclamar una parte de tu patrimonio. El resto pasaba a manos del Estado. Por ese motivo, centenares de adinerados ciudadanos habían sido asesinados por sus propios vecinos, e incluso hubo

hijos que mataron a sus padres, ante el miedo de que alguien se les adelantara y los despojara de su herencia. Las intrigas entre los miembros de las familias ilustres eran tan despiadadas como las existentes entre las distintas facciones políticas, pues no en vano todos competían por el mismo patrimonio.

—Cepión está muy bien relacionado con el *princeps* y posee participaciones en toda clase de sociedades mercantiles y financieras —prosiguió Quinto—. Al parecer, es alguien al que no le gusta depositar todos sus huevos en el mismo cesto y, por tanto, sus intereses pueden

ser múltiples. ¿Qué es lo que planea? Enriquecerse a toda costa y llegar al consulado. Nada nuevo, pues lo único que diferencia a los miembros de la clase senatorial es el modo en que lo intentan. Sin embargo, ¿qué tiene entre manos junto a nuestro querido publicano?

Se encogió de hombros, sin saber qué responder.

—He de irme —dijo, en su lugar—. Aún nos quedan algunas bazas por jugar.

Marco le dedicó un gesto resignado a modo de despedida y, al mismo tiempo, de agradecimiento. Al ver cómo el centurión se daba la vuelta para

abandonar el patio, uno de sus carceleros les trajo un cuenco de agua sucia junto a un miserable pedazo de pan grisáceo, cubierto por una repulsiva pátina de moho que desprendía un intenso olor a mar. Sin duda, era parte de las provisiones de algún barco. Alguien había decidido darles algún provecho, en vez tirarlas por la borda. Consciente de que, cuando llegara Lesbia tal vez podría llevarse algo mejor a la boca, prefirió dejar de lado aquel espléndido rancho.

El opción mordisqueaba su mendrugo con indiferencia.

—Ofrecer dinero a Barbato por la

libertad de Lesbia fue una estupidez.

—Lo sé.

—En ocasiones, se pueden arreglar las cosas dialogando, pero hay quien lo interpreta como un síntoma de debilidad —añadió—. Mostrarse agresivo es a veces la mejor forma de evitar la violencia.

—«Si quieres paz, prepara la guerra.»

—No —respondió con rotundidad—. Resultaría igual de ridículo solucionar a cuchilladas la disputa por una ronda que tratar de dialogar frente a la carga de una falange.

—Entonces, ¿cuál es tu máxima?

—Mi máxima es que no existen las máximas —concluyó el optión—. No hay ningún principio que pueda aplicarse con éxito en cualquier situación. Las cosas no son tan sencillas.

El veterano observaba a media docena de soldados que atravesó el patio hasta presentarse ante ellos. Mientras el carcelero abría la puerta de su celda, uno de ellos se adelantó. Era alto, pálido de rostro y aún joven, de unos treinta años, aunque con una prematura alopecia que trataba de disimular peinando su cabello pajizo hacia el frente, al estilo de César. Una holgada túnica griega, apenas ceñida por



el cingulo militar, completaba la necesidad de alguien que se cree original solo por copiar el aspecto de quien en su día lo fue.

—¿Marco Vitruvio? —preguntó.

La dicción era perfecta y el tono cultivado. Pronunciaba cada sílaba con precisión, de una forma sobria y concisa, aunque el tono resultaba tan pretencioso como su misma indumentaria. Se diría que practicaba alguna clase de ejercicio de oratoria, destinado a crear en él algún efecto que desconocía.

—Soy yo —respondió.

—Has de venir con nosotros.

Tras dirigir una mirada tranquilizadora a sus compañeros, Marco se dispuso a acompañarlos. Pero, al observar el fascio que aquellos hombres cargaban sobre el hombro izquierdo, en realidad se sentía intranquilo. Aquella hacha, rodeada por un haz de varas, símbolo de su autoridad para impartir justicia mediante azotes o decapitaciones, proclamaba que eran lictores, la escolta personal de un magistrado. Tal vez un cónsul o pretor, aunque también contaban con ese privilegio los procónsules y propretore provinciales.

Y los legados de una legión.

—¿Adónde nos dirigimos? —dijo, tratando de ocultar su inquietud.

—Nada de preguntas —respondió tajantemente.

Por un momento, Marco fantaseó con la idea de arrebatarle las varas y rompérselas una a una en la cabeza.

Aquello no pintaba nada bien. En el ejército, los sobornos estaban a la orden del día y alcanzaban todos los niveles, desde los habituales pagos de la tropa a los centuriones a cambio de librarse de la limpieza de las letrinas, hasta las contrapartidas por los ascensos de los suboficiales. Allí, al igual que en el mundo civil, no existía una diferencia

real entre el patrimonio público y el privado, de forma que muchos generales malversaban el botín de guerra robando a sus soldados, mientras que otros empleaban su propio dinero para pagar los atrasos en las pagas. No tenía que ver con la honradez, sino que obedecía a la estrategia elegida para ganar poder. Gracias a los sobornos, un mando podía enriquecerse rápidamente. Sin embargo, si los soldados se veían esquilmados, su lealtad hacia él se resentía de un modo inmediato y no le apoyaban en sus ambiciones. Por el contrario, mostrarse demasiado espléndido con ellos no era más que otra forma de soborno, esta vez

en sentido contrario, aunque podía mermar seriamente el patrimonio.

Al igual que en política, todo era un continuo flujo de dinero. Con una mano se exigía al de abajo y con la otra se entregaba al de arriba. Ahora la sociedad de Emilio Arvina se estaba excediendo de lo que constituían unos márgenes razonables de beneficios, mientras el legado no parecía interesado en ponerles freno. Y resultaba fácil imaginar por qué.

La riqueza no se crea ni se destruye, solo pasa de mano en mano. Cuando se conquista un territorio rico y próspero, se les puede arrebatar a los nativos. Así

se puede satisfacer a todos. Pero en aquella miserable tierra que ni tan siquiera podía suministrarles alimento y de la que solo obtenían un puñado de prisioneros, dentro de esa eterna pugna entre despotismo y populismo, el legado solo podía robar a sus propios hombres para satisfacer sus ambiciones, mientras los publicanos esquilaban las arcas de la unidad. Y para ello debían de entregar una parte de sus ganancias a alguien de arriba o, de lo contrario, tarde o temprano se verían obligados a rendir cuentas en Roma. Eso significaba que sin duda contaban con el apoyo de una persona realmente influyente.

Marco tragó saliva, consciente de que, tal vez, estaba a punto de conocer a ese alguien.

Rodeado por aquella imponente escolta, cruzó el puente que atravesaba la ría para dirigirse a la cumbre de la pequeña península fortificada. Al darse cuenta de que se dirigían al pretorio, experimentó una fuerte opresión en el estómago. Un grupo de soldados se había congregado dentro del *castellum*, a lo largo de su vía pretoria. Todos le observaban a medida que los lictores se abrían paso entre el tumulto. No sabía por qué le

habían convocado, pero sin duda se trataba de algo importante.

Atravesaron el vestíbulo del pretorio, suntuosamente decorado con bustos de bronce y mármol. Allí, Voconio Mauro le aguardaba: al verle, abrió la puerta de un cubículo y le hizo un gesto para que entrara. Sobre una mesa, descubrió una jofaina con agua tibia, jabón y una cuchilla de barbero. De la pared colgaba una túnica limpia que reconoció como suya. Se lavó y se afeitó frente a un espejo, sin pronunciar palabra, tratando de mejorar su aspecto lo más rápido que pudo, pues no deseaba poner a prueba la paciencia de



quien le hubiera hecho llamar, fuera quien fuera.

Tras ponerse la túnica, hizo un gesto de asentimiento, dando a entender que ya estaba listo. Sin embargo, el primipilo extrajo algo de una bolsa y se lo ofreció:

—Póntelo.

Marco tomó su cingulo para ceñirlo a su cintura: por algún motivo, su superior le permitía enfrentarse a su destino llevando el símbolo de su condición de soldado, del que le habían despojado. Buscó en su expresión algún vestigio de compasión, pero esta se mostraba vacía. Comprendió que, tras haber recorrido los mismos caminos

embarrados, tras haber luchado frente a los mismos enemigos y haber ingerido la misma bazofia, a pesar de sus diferencias existía entre ellos una extraña solidaridad. Sin duda, sabía que todo aquello no era más que una burda parodia de justicia.

—Gracias —le dijo al salir.

Le guiaron a través del corredor, que estaba iluminado por una hilera de braseros para caldear el interior y que lo perfumaban con mirra. A medida que avanzaban, el alboroto era cada vez mayor.

Cuando accedieron al atrio, se quedó petrificado. Se topó con una

treintena de oficiales de las dos legiones; el rango de ninguno de ellos era inferior al de *pilus prior*. Allí estaban, entre otros, Fanio Cepión, todos los tribunos, ambos primipilos y aquilíferos, además de un nutrido grupo de lictores. Sus armaduras de bronce ricamente labradas resplandecían en torno a una figura.

Sentado en una cátedra, descubrió a un hombre cuyo rostro había visto infinidad de veces representado en pinturas, relieves y esculturas. Es él, se dijo, pero al mismo tiempo no lo era. Mediada la treintena, su figura distaba mucho de ser la de aquel atlético cuerpo

de Apolo. Sin embargo, su atractivo rostro, ancho y de pómulos marcados, desprendía esa serenidad que caracterizaba todos sus retratos. Comprobó que era cierto lo que se decía de él: a juzgar por la palidez de su rostro estaba enfermo, y seguramente aquella sobria indumentaria habría sido tejida por su propia esposa, a partir de un finísimo hilo de blancura inmaculada. No llevaba joyas, solo un sencillo anillo de oro con un camafeo. Tampoco portaba ninguna clase de arma o símbolo de su rango. No hacía ninguna ostentación de su poder. Su aspecto era más bien el de un próspero comerciante

antes que el de un militar, aunque la intensidad de aquella mirada rebosante de inteligencia habría bastado para amedrentar a toda una cohorte.

Frente a Cayo Julio César Octaviano, dueño absoluto de la República de Roma, se encontraba otro hombre al que también conocía. Un bárbaro corpulento, vestido con ropas oscuras y envuelto en un áspero manto hecho jirones, únicamente armado con una espada. Cuando Marco pisó el suelo empedrado del patio, sus ojos azules le siguieron mientras se presentaba ante sus superiores. Una sonrisa desprovista de humor asomó con timidez de entre su

enmarañada barba.

—Saludos, Marco Vitruvio Rufiano —dijo, con voz grave—. Es un placer encontrarte de nuevo.

—Lo mismo digo, Ambatos, hijo de Cludamo, también llamado Corocuta.

Augusto se recostó sobre su asiento, satisfecho.

—Entonces, ¿puedes confirmar la identidad de este sujeto? —le preguntó.

Por eso estaba allí: él era el único capaz de responder a esa pregunta. Al hablar, tuvo que esforzarse para que no le temblase la voz.

—Sí, *princeps*. No hay duda, es él.

Su sonrisa de satisfacción hizo que

se le erizara el vello de la nuca.

—¿A qué has venido hasta aquí, bárbaro?

—Dicen que ofreces doscientas cincuenta mil piezas de plata por mi vida —manifestó el cántabro—. ¿Quién mejor que yo para reclamarlas?

Un murmullo de estupor resonó en el pórtico.

—En realidad, la recompensa era por tu muerte —replicó Augusto—, no por tu vida.

Por un instante, solo se escuchó el crujido de su asiento al cambiar de postura.

—No obstante, admiro tu valor —

añadió, tras un breve acceso de tos—. Creo que es digno de elogio y ha de ser recompensado. Me encargaré de que te entreguen esa suma: que no se diga que Augusto no cumple con su palabra.

—¡Salve, Octavio, sin duda Augusto, digno heredero de Julio César! —gritó uno de los tribunos—. ¡Al igual que él, grande eres en la guerra y en la piedad!

—¡Salve! ¡Salve!

Todos alzaron el brazo derecho para ovacionarle. Sin embargo, aquel gesto resultaba demasiado teatral para ser auténtico. Con su osadía, el cántabro había puesto en entredicho al primer



ciudadano de Roma, para quien aquella guerra no era más que una cuestión de prestigio. Y ahora, con aquella retorcida maniobra, había dado la vuelta a la situación, mostrándose a la altura de las circunstancias: ya nadie podría acusarle de haber comprado la victoria, tal y como hizo Quinto Servilio Cepión con Viriato. Su gesto era clemente. Dejar libre a su antiguo enemigo era un lujo que podía permitirse, pues la guerra estaba ya prácticamente ganada. Por encima de cualquier otra cosa, nada debía ensombrecer su regreso triunfal a la capital.

Una vez más, todo se reducía a lo

mismo.

Desde los comienzos de la República, el acusado de un delito debía ser llevado ante la justicia por el propio demandante, y no existía ninguna garantía de recuperar un dinero prestado, salvo el uso de la fuerza. En ambos casos, si el interesado no contaba con un influyente patrón o una nutrida clientela, solo tenía una alternativa: presentarse en la puerta de la casa del malhechor, despeinado y vistiendo harapos, para reclamar justicia a gritos ante sus vecinos. Normalmente, eso bastaba para que acabara presentándose él mismo ante los jueces, solo para

acallar los chismorreos.

En Roma, la reputación era una parte esencial del patrimonio personal, más valorada incluso que el dinero; por ello, cada año la aristocracia dilapidaba una fortuna en obras públicas y juegos circenses, solo para cultivar su buen nombre entre sus conciudadanos. Y ahora, para Augusto, aquel juego no era distinto. El mismo ambicioso político que, ante la negativa del Senado a nombrarle cónsul, hizo que uno de sus centuriones, depositando la mano sobre la empuñadura de su espada, les dijera «si no lo hacéis vosotros, lo hará ella», ahora se esforzaba por aparentar que

acataba las decisiones de la Curia y que, sobre todo, «temía» lo que su pueblo pudiera pensar de él. A Marco le produjo una insólita satisfacción descubrir que el único límite al poder absoluto de aquel déspota era «el qué dirán».

¿Aquello formaba parte de los planes de Corocuta o se debía tan solo a una suerte de desesperación suicida? En ese momento, Augusto hizo un gesto y en el patio reinó de nuevo el silencio.

—Regresarás con tu gente, para transmitirles nuestras condiciones para su rendición —le dijo al cántabro—: si reconocéis la soberanía de Roma,

deberéis entregar un tributo anual y poner vuestras armas al servicio de la República. Los prisioneros de guerra son parte legítima de nuestro botín, y por ello serán vendidos. El resto tendréis que pagar una compensación, pero mantendréis vuestra condición de hombres libres y vuestra jerarquía e instituciones serán respetadas.

Esto último era una manzana envenenada, un caballo de Troya gracias al cual los líderes de los pueblos conquistados siempre se mostraban dispuestos a aceptar cualquier acuerdo que les permitiera mantener intactas sus rancias estructuras de poder.

*Mutatis mutandis.* Todo ha de cambiar para seguir igual.

## XXXII

Descubrió la mirada de Augusto sobre él y sintió un escalofrío. Vio que le hacía un gesto para que lo acompañara. Cuando se situó junto a él, se dio cuenta de que el *princeps* apenas le llegaba a la barbilla. Su cuerpo bien proporcionado hacía que la gente no se fijara en su baja estatura; sin duda los esclavos que lo acompañaban habían sido cuidadosamente escogidos para no resaltar aquel defecto.

Se adentraron en uno de los corredores. El rechinar metálico de sus

pasos sobre las lajas del suelo fue devorando poco a poco al bullicio que iban dejando atrás. En la penumbra, solo se cruzaron con una pareja de esclavos que transportaba un pesado arcón de viaje. Finalmente, accedieron a un pequeño patio de muros de zarzo. El alero del tejado era demasiado corto y la pared había comenzado a erosionarse a causa de la lluvia. Un oscuro reguero de humedad había arrastrado todo el pigmento a su paso. Entraron en su cubículo: un sencillo lecho, una mesa y media docena de sillas. Cedro de Siria y bronce cincelado, aunque una sobria decoración. En una esquina, unas



lámparas de aceite colgaban de un pie con forma de trípode; en la otra, Tiberio los aguardaba en silencio. Jamás hubiera imaginado así la residencia del dueño de la República, pues solo le había visto en una ocasión, años atrás, subido a un carro triunfal y vestido de púrpura.

Junto a una pared, había una pequeña colección de esculturas. Se fijó en ellas. Sobre una repisa, vio los bustos de dos ancianos, tallados en modesto travertino. Eran los tradicionales retratos de clase acomodada romana, que mostraban un adusto carácter gracias al honesto reflejo de unos rasgos que, a juzgar por el parecido, debían de pertenecer a su

padre y a su abuelo. Los enemigos políticos de Augusto aseguraban que era nieto de un cambista y bisnieto de un liberto cordelero, algo que obviamente no era cierto.

Los comparó con un retrato de él mismo: un atractivo rostro, joven, aunque de edad indefinida. Julio César había sido apodado por sus propios hombres el Sátiro Calvo y, sin embargo, en sus efigies rara vez mostraba algún síntoma de alopecia. De igual modo, con casi treinta y ocho años, las facciones de su heredero presentaban ya evidencias del paso del tiempo, pero en aquella imagen recién tallada no aparentaba

tener más de veinte. Por algún motivo, aquel apuesto déspota había decidido mostrarse al mundo eternamente joven.

En su época de triunviro, las imágenes públicas mostraban a un Octavio desnudo, como un héroe helenístico. En Oriente, a Marco Antonio se le comenzó a representar revestido de los atributos de Dionisio, en un lenguaje artístico, puramente metafórico, destinado a transmitir un claro mensaje a una población que en su mayoría era analfabeta: él les traería prosperidad, alegría y fecundidad. Sin embargo, cuando las copias de aquellas estatuas y pinturas llegaron a Roma, la

guerra entre ambos triunviros se trasladó al lenguaje artístico, y frente a aquel adulator y recargado estilo asiánico, Octavio se hizo retratar a la usanza clásica, de forma sobria y sencilla, propia de una época dorada anterior a las conquistas de Alejandro.

El contraste entre aquellas imágenes fue arrollador. Su éxito residía en decir a los romanos lo que ya sabían: la inmoralidad y el lujo siempre vienen de Oriente. El venal Antonio había sucumbido ante la voluptuosa depravación de su ramera egipcia, y su vanidad le había llevado a ser adorado como un dios. Roma jamás aventajaría a

Grecia en las artes y las ciencias, pero sí en la virtud; esos antiguos valores que la habían convertido en legítima dominadora de medio mundo y que ahora defendía Octavio. No importaba que, disfrazado como Apolo, el heredero de César hubiera participado en una orgía junto a once nobles igualmente vestidos como deidades, mientras la urbe padecía la atroz hambruna causada por el bloqueo de Sexto Pompeyo. Ni tampoco que él mismo acuñara monedas en las que proclamaba ser hijo de un dios, tras haber erigido un templo para deificar a su propio padre adoptivo.

Ahora, derrotado su rival y sometido el Senado, había ordenado retirar las sesenta ostentosas estatuas públicas chapadas en oro y plata que le habían dedicado. Las había sustituido por otras de mármol en las que aparecía envuelto en una toga, la tradicional prenda romana, con la que se cubría piadosamente la cabeza, como si se dispusiera a realizar un sacrificio. De esta forma, se presentaba como el restaurador de una República que, como era sabido, se había sumido en el caos a causa de su decadencia moral.

En su simpleza, la plebe había sido seducida por el poder de aquellas

espléndidas obras de arte que mostraban una realidad que nadie cuestionaba. El lenguaje de las artes plásticas puede ser tan complejo como el más elaborado de los discursos. Admite metáforas, polisemias, símiles, antítesis y metonimias, además de otras muchas figuras retóricas, pero también puede ser una herramienta hipócrita al servicio del poder, y solo alguien educado podrá darse cuenta de ello. Marco recordó a sus antiguos amigos de la Suburra: explicarles cómo podía mentir una escultura le resultaría una tarea imposible.

El modo en que aquel hombre había

maleado su propia imagen a su conveniencia, y aquel cínico contraste entre su gusto público y el privado, le recordó que se encontraba ante un farsante. Alguien que aparenta ser un ciudadano más de una República que controla con mano de hierro, gracias al poder de sus legiones. Alguien que finge acatar las decisiones de un Senado que él mismo ha convertido en un teatro de títeres y que promulga leyes para preservar la moral mientras arrastra hasta su lecho a las esposas de sus subordinados.

Finalmente, su vista se desplazó hacia un sencillo friso de mármol, en



cuyo centro un retoño de árbol surgía sobre un altar destinado a incinerar ofrendas. Augusto se situó a su lado, siguiendo con interés su mirada.

—En Tarraco, una palmera brotó sobre un altar erigido para honrarme — le explicó—. Todos lo consideran un prodigio, e incluso han acuñado monedas con la imagen...

Aquella expresión le decía que no estaba acostumbrado a que algo eclipsara la constante atención que despertaba en los demás.

—Cuando recibí su carta — prosiguió—, les contesté que ese «prodigio» dejaba bien claro la

frecuencia con la que realizaban sacrificios en mi honor.

Observando su cínica sonrisa, comprendió que entre aquellas cuatro paredes terminaba la farsa. Marco soportó su escrutinio tratando de soterrar todos sus pensamientos, sin que el más leve ademán en su rostro los delatase y sin que su actitud pareciera desafiante. Al fin y al cabo, se dijo, tratando de serenarse, la curiosidad de un antiguo escultor por una colección de arte era lógica, a pesar de haber pasado los últimos cinco días devorado por las chinches en el interior de una jaula. Tiberio continuaba de pie tras él,

convertido en una escultura más.

—Dicen que te entiendes bien con los bárbaros —manifestó Augusto.

—Comprendo su lengua.

—No me refería a eso... —replicó, antes de ser interrumpido por un acceso de tos. Hizo un gesto cansado antes de proseguir—. Como sabes, esta guerra es muy importante para Roma. —Pronunció aquella última palabra como si hablara de sí mismo—. Este territorio montañoso facilita la guerrilla, como la que dirigía ese bárbaro. Según nuestros informes, pronto se reunirá su consejo tribal para decidir si aceptan o no la rendición. Algunas tribus son reacias a

someterse, como los avariginos, pues viven hacia el oeste, a los pies de un macizo rocoso llamado Mons Vindius, en un amplio valle, fértil y de buen clima, totalmente rodeado de montañas. Al parecer, se creen casi invulnerables. Otras, como los camáricos, cuyo territorio se extiende hacia el sur, serían los primeros en sufrir cualquier acción punitiva y por ello se muestran mucho más proclives a aceptar nuestro yugo.

—¿Desea que...?

—Tú y tus compañeros debéis escoltar a Corocuta hasta la reunión del consejo tribal, que tendrá lugar dentro de cinco días en el monte Medulio. Él es

el único capaz de unir a las tribus: si se presenta acompañado de vosotros, nadie dudará de aceptar la rendición.

Así que de eso se trataba. El gran Augusto había comprado al héroe, y con él toda esperanza. Al aceptar esos doscientos cincuenta mil denarios, dijera lo que dijera, Corocuta ya había perdido toda su credibilidad. Entonces recordó las palabras que el guía turmogo había pronunciado poco antes de morir: su objetivo no era matar al hombre, sino destruir al héroe.

—La gente no lucha por la libertad: lucha por alguien —prosiguió el *princeps*—. El pueblo llano es incapaz

de entender algo tan abstracto, necesita dotarlo de un rostro. Sin un líder, la insurgencia está condenada al fracaso.

Al parecer, la reunión había terminado. Tiberio le condujo hasta la salida. Marco intuyó que, por algún motivo, la relación entre ambos nobles era tensa, aunque resultaba obvio que, a pesar de lo joven que era, Augusto depositaba su confianza sobre aquel lacónico adolescente. Catorce años atrás, había obligado a su auténtico padre a divorciarse de su madre Livia, y tal vez eso despertó el resentimiento del joven. Aunque solo había sido una de tantas paradojas de la política romana,

que se conformaba, en gran parte, a través de matrimonios de conveniencia. Un simple enlace matrimonial podía trastocar por completo toda la red de cónicas alianzas entre familias, de forma que, quien hoy era tu enemigo, mañana podía ser tu pariente. O a la inversa. Un año antes, Augusto había decidido adoptarlo formalmente, pero aquel joven no dejaba de ser parte de esos aristócratas que, durante siglos, habían gobernado la República como si fuera su hacienda, y tal vez no podía ocultar sus simpatías republicanas.

El tribuno le hizo un gesto para que lo acompañara. Mientras caminaba por

aquel umbrío corredor, se dio cuenta de que le estudiaba detenidamente, como se hace con una res en el mercado.

—Marcelo y yo hemos sido nombrados ediles, para la celebración de la victoria que tendrá lugar dentro de un mes —comentó—. Juegos gladiatorios, espectáculos gimnásticos, representaciones teatrales... Esta noche habrá una gran cena en el pretorio, en la que celebraremos la captura del cántabro.

Marco permaneció en silencio.

—¿Debo acudir? —preguntó al fin.

—Así podrás relatarnos cómo lo conociste.



Aquella cínica sonrisa de su diminuta boca le decía que se trataba de una orden.

—Por cierto —añadió—, hemos hecho que retiren los cargos en vuestra contra.

—Os lo agradezco.

—No es a mí a quien debes dar las gracias —respondió Tiberio, mientras abría una de las puertas—. Tienes buenos valedores.

Marco no estaba preparado para lo que vino a continuación.

Le resultó chocante ver a Vitruvia

vestida con una estola, propio de las mujeres casadas.

—Saludos, hermano —le dijo.

Al besarla, se vio envuelto en su fresco perfume de rosas y sintió una mullida sensación sobre el pecho, desconocida hasta entonces. Ella aún era una adolescente cuando se marchó de Roma, pero ahora las formas de su cuerpo se habían acentuado, sus facciones se habían afilado y aquel suave óvalo que recordaba se había convertido en un bonito rostro de pómulos marcados. Sin embargo, su sonrisa había perdido ese rasgo de ingenuidad; ahora mostraba un matiz

hasta ahora oculto. Descubrió que había mucho de su padre en ella, más allá de esos ojos grises, cuyos márgenes habían sido oscurecidos con carbón. Era la misma de siempre, pero al mismo tiempo una completa desconocida.

—Tienes nuevas cicatrices —añadió, tras observarle.

Más allá de una puerta, una niña jugaba con una muñeca. Debía de tener tres o cuatro años. Seguramente la habían concebido poco después de que él abandonara Roma. No había heredado ninguno de los rasgos de Fabricio y se sintió culpable por alegrarse de ello. Entonces se dio cuenta de lo poco que

real mente sabía acerca de la mujer que tenía ante él. Las cartas eran difíciles de hacer llegar desde los confines del mundo, pero eso no lo justificaba.

Saludó a Cintia, que había acudido tras la criatura, y al verle, la joven se sobresaltó. Le sorprendió encontrarla allí, pues sabía que le habían concedido la manumisión. El tiempo la había convertido en una mujer excepcionalmente hermosa. Le incomodó descubrir sus grandes ojos negros fijos en él, escrutándole, aunque ya no tenía por qué bajar la vista, pues era libre.

Cintia tomó a la niña en brazos para

llevársela a la otra estancia y cerró la puerta tras de sí.

—Me alegro de que todo te vaya bien —le dijo a Vitruvia—. Los niños traen felicidad a un hogar.

Soltó aquella frase hecha sin pensar, por ser educado, pero en sus ojos descubrió un brillo inesperado, unido a una vacilación. En algún lugar, había tocado un nervio sensible, aunque no supo cuál era ni por qué.

—¿Cómo está nuestra madre? —se apresuró a añadir.

—Cree que ha perdido a dos hijos.

—¿Y Diógenes?

—Ciego y melancólico. Apenas

distingue la luz de una vela a un palmo de sus ojos.

Asintió, al ver confirmados sus temores. A pesar de que Vitruvio no había querido preocuparle, en sus cartas había cosas que no podía ocultar.

—Padre sigue igual, ya lo conoces —añadió la joven—. ¿Y qué has hecho tú durante todo este tiempo?

—Luchar —respondió, encogiéndose de hombros—. La vida de un soldado no va mucho más allá de eso.

—Me alegro de verte sano y salvo.

Su gesto fue afectuoso, aunque había atemperado su carácter. Ya no era esa muchacha que apenas podía contener una

sonrisa al verle, o la que fruncía el ceño de esa forma encantadora cuando algo la desagradaba. Sus ademanes habían perdido espontaneidad, ya no reflejaban ese torrente de emociones; en su lugar eran meticulosamente estudiados antes de que les permitiera aflorar al exterior, para manifestar tan solo aquello que deseaba de un modo consciente.

La adolescencia lleva implícita una maldición: la falta de perspectiva vital. Al contemplar a una persona, solo ves un instante de vida, aquello que has llegado a conocer durante un pequeño lapso de tiempo. Sin embargo, los años te otorgan una visión diacrónica del

mundo, gracias a la cual puedes saber por qué alguien ha cambiado, con la misma certeza con la que, a fuerza de verlo, eres capaz de predecir lo que ocurrirá si arrojas una piedra a un estanque.

—Ese centurión amigo tuyo me escribió —dijo Vitruvia—. Aunque lo cierto es que ya estaba de camino.

Él guardó silencio. Más tarde, ya habría tiempo para hablar con Quinto.

—He pensado que deberías desempeñar una ocupación más acorde con tus capacidades —añadió.

—¿Un ascenso?

—Algo que te mantenga con vida —



replicó con cautela—. Te has buscado unos enemigos muy poderosos. Ahora, te guste o no, si permaneces aquí estarás en peligro. Puedo conseguirte un puesto de arquitecto en las nuevas colonias para los veteranos, que serán fundadas en la provincia de Lusitania. De este modo, estarás fuera de la jurisdicción del legado.

—Estoy bien donde estoy —contestó él secamente.

Vitruvia había recurrido a sus contactos en el Palatino, pero al acudir hasta allí se había expuesto a un serio peligro. Por un momento, ella se mostró de nuevo como la adolescente que

recordaba.

—No has cambiado nada —se lamentó—: siempre rehuyendo el compromiso. Así no arriesgas nada, no tienes nada que perder. Sin embargo, cuando adoptas una determinación, te ves obligado a seguirla.

—A ser político.

—Exactamente.

Marco eludió su mirada. Tal vez aquella metamorfosis había sido su único medio para sobrevivir en aquel despiadado entorno, aunque también era consciente de lo fácil que resultaba caer en el autoengaño.

—La política no me interesa —

respondió—, y ahora mi compromiso está con mis compañeros de armas. Y te recuerdo que llevo cuatro años arriesgando mi vida en una guerra tras otra.

—Esa fue tu elección. Al igual que ahora, podías haber tomado otra.

—Tengo muchas cosas de las que arrepentirme, pero pocas de las que avergonzarme..., y prefiero que siga siendo así.

Todo lo que era, para bien y para mal, constituía el resultado de una interminable sucesión de decisiones que le habían conducido hasta el punto en el que ahora se encontraba. A esas alturas,

no podía permitirse el lujo de renunciar a ninguna de ellas, sin renunciar a ser él mismo.

—El honor por encima de todo, ¿verdad? —dijo Vitruvia—. Eso es lo único que alimenta tu autoestima. Pero ¿qué es lo que has hecho por ti, hermano? Negarte a aceptar lo que te ofrezco solo por... —Se sentía frustrada.

—¿Por qué? —pregunto Marco.

—Por nada.

Durante un buen rato, permanecieron en silencio mirándose fijamente. Al final, Marco tuvo que bajar la vista. Tras haber recorrido mil millas para

llegar hasta allí, sin duda ella había  
esperado algo distinto.

## XXXIII

El barracón de su centuria era una construcción alargada de madera y zarzo, formada por una decena de cubículos adosados destinados a cada contubernio, en cuyo extremo se encontraba la vivienda del centurión, mucho más amplia que las del resto. Todas las puertas daban a un soportal de madera, por lo que, al estar emparejados por manípulos, aquellos austeros edificios formaban una sucesión de angostos patios, parcialmente cubiertos por las tejavanas, que desembocaban en

las vías del campamento.

Esa noche, los contubernales habían organizado una improvisada fiesta en el suyo, a la que poco a poco se fueron sumando más soldados. Marco les había contado todo, sin obviar detalle, y su misión había sido recibida con encogimientos de hombros, ceños fruncidos y algunas maldiciones. Su encuentro casual con el líder insurgente los había arrastrado hasta una situación insólita: matar enemigos es una tarea sencilla, al igual que construir unos almacenes, pero arriesgar la vida para escoltar a tu más odiado enemigo de regreso a casa cargado con el rescate de

un rey es una de esas extrañas paradojas de la guerra que rara vez se comprenden.

Consciente de la importancia de la empresa, Quinto les había rogado comedimiento y discreción. Sin embargo, poco después Annio se había presentado acompañado de Lesbia con un ánfora debajo del brazo, que ahora pasaba de mano en mano con entusiasmo. Al descubrir aquella algarabía, el centurión se había llevado las manos a las sienes, preguntándose si aquel pequeño legionario realmente comprendía el significado de la palabra «discreción». Al final había aceptado



con resignación la copa que le ofrecían.

Decidieron disfrutar del vino como si aquella noche fuera la última; pronto su calor les dio ánimos, y comenzaron a oírse algunas risas teñidas de amargo sarcasmo. Al fin y al cabo, un soldado ha de ser capaz de divertirse incluso en las situaciones más sombrías, al igual que dormir en cualquier lugar o comer cualquier ponzoña.

—Por la muerte en combate —recitó Annio.

Su habitual brindis fue interrumpido por la llegada de un individuo de aspecto estafalario.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó.

—Soy Ampáramo, hijo de Parameco, nacido entre los austeros lusitanos —respondió—. He sido bendecido por los dioses con el don de la profecía. Puedo leerte el futuro por tan solo un as.

Annio le pegó una colleja que a punto estuvo de hacerle caer de bruces.

—Si realmente pudieras leer el futuro, no habrías perdido el tiempo viniendo hasta aquí —dijo—. Ahora, lárgate.

La soldadesca, que celebró la broma entre carcajadas, lo expulsó a patadas. Pero aquello dejaba bien claro que la noticia de su marcha había corrido con

una celeridad asombrosa.

—A la salud de Biberius Caldius Mero —brindó Násica.

—Sí, señor —exclamó Annio, entusiasmado—. Por Tiberio Claudio Nerón, hijo de Livia, esposa de nuestro queridísimo Augusto. Su predilección por los buenos caldos le ha hecho famoso en todos los tugurios de este miserable puerto.

Bebedor de Vino Caliente. Aquel cruel apodo solo logró arrancar una tibia sonrisa a Quinto.

Entonces vio llegar a una mujer a través de los soportales. Venía envuelta en una palla azul para ocultar su rostro.

Bajo el manto, llevaba un vestido esmeralda abotonado en los hombros. A cada paso que daba, sus caderas oscilaban dentro de la vaporosa tela.

Se aproximó a ella. Al fin la noche se animaba.

—¿A qué debemos esta visita? — dijo, con una reverencia.

Sus ojos negros de largas pestañas parpadearon indecisos, como el aleteo de un pájaro. Aquellos gruesos labios, entreabiertos como los gajos de una fruta madura, formaron una tenue curva al hablar:

—Busco a alguien.

—¿Puedo ser yo?

El centurión sbozó una cándida sonrisa, acompañada de la mirada de un ave de presa. Ella conocía bien esa expresión: significaba varias noches sin compromiso para luego desaparecer. Le gustaba aquella cínica actitud carente de dobleces, propia de quien no oculta las reglas de su juego.

—No creerás que soy de esas mujeres que buscan la compañía de desconocidos.

—Entonces hagamos algo que nos permita conocernos —respondió, tomando una jarra de vino.

—¿Y qué te hace pensar que deseo saber algo de ti?

Por toda respuesta, Quinto escanció una copa para ella. Iluminado por las lámparas de aceite, sus facciones se habían afilado y parecía querer fundirla con la mirada. Sin embargo, cuando extendió el brazo para ofrecérsela, la joven vio el anillo de oro con camafeo que llevaba en el meñique, símbolo de su pertenencia a la clase ecuestre. Tal vez, gracias a él había seducido a infinidad de muchachas de provincias, aunque para ella solo fue el recordatorio de la distancia que existía entre ambos.

En ese momento apareció Marco, y su sonrisa se volvió sincera.

—Ya he encontrado a quien buscaba

—le dijo.

—¿Os conocéis? —preguntó Quinto, sorprendido.

—Te presento a Cintia, la antigua doncella de mi hermana. Ahora es una mujer libre —añadió.

Le irritaba el interés que su amigo demostraba hacia ella. Cintia era una minúscula porción de su hogar, y no quería ver profanado su modesto santuario de recuerdos. Que una mujer hubiera entrado sola en un campamento militar podía inducir a demasiados equívocos, y ofrecerle vino era algo que jamás se habría atrevido con una dama respetable. Quinto había dado

demasiadas cosas por sentadas.

Procuró que su expresión le hiciera saber que su presencia allí estaba de más; él le respondió con una mueca de fastidio. Cuando se marchó, vio en el rostro de su amigo la frustración de un niño al que han arrebatado su juguete y el desconsuelo del que ha visto pasar de largo el amor de su vida. Sabía que se habría olvidado de ella antes de terminar la copa que tenía en las manos.

Con un gesto le pidió a la chica que le siguiera. Tras atravesar la pequeña antesala destinada a las armas, entraron en su cubículo, una reducida estancia provista de tres rudimentarias literas y



un pequeño hogar adosado a la pared opuesta a la entrada. Al igual que en las tiendas, no podían dormir todos al mismo tiempo, pero los turnos de guardia se encargaban de que eso no fuera necesario. De esta forma, al compartir lecho, al igual que la olla, la mula y el esclavo de su unidad, los contubernales también se pasaban de uno a otro los piojos y las chinches.

La estancia se tornó en penumbra cuando atravesaron la puerta, pues la única luz procedía del exterior. Cintia se sentó sobre uno de los lechos. Al hacerlo cruzó las piernas con un gesto tan lleno de elegancia que le hizo

sentirse inseguro. Así pues, prefirió no sentarse a su lado. Se encontraban a solas en su dormitorio y, por algún motivo, lo consideraba inapropiado. Pero, al parecer, aquella muestra de respeto fue interpretada como un educado rechazo.

La admiró, tratando de que su escrutinio no le resultara violento. La pubertad había obrado sobre ella como un pintor que mejora un boceto: definiendo unos rasgos hasta entonces sugeridos y añadiendo color allá donde fue necesario. Unos labios que en el pasado se le habían antojado excesivamente gruesos ahora rebosaban

sensualidad.

—Ha pasado mucho tiempo — comentó, solo por decir algo. Se sentía intimidado ante la intensidad de su mirada. No era fácil asumir que alguien que hasta entonces solo había sido una pertenencia, de la que solo cabía esperar docilidad y obediencia, se hubiera convertido en una mujer que gozaba de una abrumadora seguridad en sí misma. Sin duda, no había modificado a propósito su forma de actuar, sino que sencillamente antes no le estaba permitido algo tan sencillo como mirarle a los ojos. Eso le producía un regusto amargo, pues era un recordatorio de que

tal vez, en el pasado, no había obrado con ella como debiera.

—¿Qué ha sido de ti? —preguntó Marco.

Un titubeo. Deseaba decirle algo, aunque sin saber por dónde empezar.

—Ahora soy actriz.

—¿Eres famosa?

Su respuesta vino precedida por una discreta sonrisa.

—Si lo fuera, supongo que lo sabrías.

—La verdad es que no acostumbro a ir al teatro —respondió, haciendo un gesto alusivo al campamento.

—De momento, solo he hecho

algunas actuaciones privadas. Aunque Fabricio me ha ofrecido un puesto en su compañía.

La frente arrugada dejaba bien a las claras su duda. Aquel oficio permitía a muchas mujeres disponer de unos ingresos que garantizaban su independencia, aunque también significaba dejar de ser «respetable». Al igual que sucedía con los gladiadores, los actores eran admirados y despreciados al mismo tiempo, pues, a pesar de ser auténticos ídolos, la mayoría solo eran libertos o esclavos, propiedad del director de la compañía. Al subir a un escenario, incluso el más

respetado ciudadano incurría en el delito de la infamia, un estigma que restringía sus derechos legales para siempre.

—¿Por qué elegir esa profesión?

—Siempre me ha gustado el teatro —respondió, evasiva—. ¿Es que no lo recuerdas?

Parecía decepcionada. Entonces vino a su mente la imagen de una niña con trenzas y unos enormes ojos negros, que acostumbraba a escenificar las historias que escribía Vitruvia.

—¿De qué trata tu última obra?

—Suelo responder que sobre el deseo, el sentimiento de culpa y la

búsqueda de redención —aseguró Cintia—. Pero a alguien que confiesa no ir al teatro, le diría que es la lucha de una mujer por encontrar su amor.

Por un momento, su mirada fue más allá de la puerta.

—¿Es verdad que solo se puede interpretar aquello que se conoce? —preguntó Marco.

Cintia se recogió el pelo por detrás de la oreja, dejando al descubierto un hermoso pendiente de plata. Hacía tiempo que no veía a una mujer sonreír, y ese gesto, a pesar de su tristeza, le resultó agradable.

—Para dar vida a mis personajes,

busco en mi propia experiencia y trato de reproducir esos sentimientos —reconoció.

—Y ahora eres libre...

—La libertad no existe, como tampoco la independencia —aseguró, al sentir sobre ella su mirada—. Una actriz solo posee talento si así lo decide el edil que organiza los festivales. Puedes apresar a una persona y cargarla de cadenas para despojarla de su libertad, o educarla desde la cuna para que renuncie a ser libre. Así es fácil pensar que su único deber es servirnos, si antes se la despoja de toda posibilidad para pensar de otro modo.



Entendía que se sintiera así. La hipocresía llamaba a aquella clase de mujeres «vino dulce envenenado»; sin embargo, a pesar de ese desprecio, se habían emancipado más que aquellas respetables matronas convertidas en un instrumento que aseguraba la descendencia del *pater familias*. Una esclava no es dueña de su cuerpo, pero una mujer casada a conveniencia de sus padres, tampoco. Tal vez, tener la capacidad de venderlo constituía una retorcida forma de libertad.

—Fabricio te odia —añadió la joven, al recordar algo—, y no solo por lo que le hiciste. Como apasionado del

arte, es un artista frustrado. Y ese es un sentimiento muy amargo.

«Yo también lo soy», quiso decir. Recordó la difícil situación de aquellas dos mujeres dentro de la casa.

—¿Cómo está ella?

Por un momento, le dio la impresión de que Cintia saboreaba algo amargo. Entonces pareció recordar el motivo de su visita. Echó un vistazo más allá de la puerta antes de hablar:

—Esta noche intentarán matarte.

—¿Cómo lo sabes?

—En ocasiones, verte convertida en un objeto tiene sus ventajas. La gente habla delante de ti como si no existieras.

Tenía miedo y no deseaba decirle más. Se había arriesgado mucho presentándose allí. ¿Quién estaba detrás de todo?

—Gracias por tu ayuda —dijo—. Ahora debes marcharte.

—¿Acudirás a la cena? —le preguntó, antes de cruzar el umbral.

No respondió.

γ

Al verla salir, Quinto estudió con ojo experto la parte baja de su espalda mientras se alejaba. Al girarse hacia él,

exhaló un imperceptible suspiro.

—Me hago viejo...

Su expresión le daba a entender que deseaba hablar con él en privado. Había malinterpretado el motivo de aquella visita.

—Tu hermana me hizo llegar un mensaje —dijo el centurión.

—He rechazado el ascenso —le interrumpió Marco—. El patrón de nuestra familia tiene sus propios intereses, y no da puntada sin hilo. Solo busca un hombre de paja, a alguien a quien controlar. Tarde o temprano, trataría de cobrarse el favor con intereses.

Quinto le observó de pies a cabeza. Su sonrisa se había esfumado.

—Marco, permite que te diga algo: eres un imbécil —le aseguró—. Y lo peor de todo es que, en algún recóndito rincón de esa cabeza llena de serrín que tienes, estarás convencido de que lo que dices es cierto.

—Sé adónde quieres llegar, pero ella no tiene nada que ver con mi decisión.

—Ah, lo sabes. No deseas que tu inmaculada conciencia se contamine recurriendo a la influencia de tu hermana, pero en cambio no te importará pasarte los próximos quince años de tu

vida con las almorranas hundidas en el fango. Eso si un bárbaro no te acuchilla antes, o si Arvina se encarga de que alguien lo haga en su lugar.

Al finalizar, descubrió con frustración que ni se inmutaba.

—Di más bien que quieres alejarte de ella —concluyó.

—¿Crees que aún me espera con los brazos abiertos?

—Por mí como si te espera con las piernas abiertas: tienes que aceptar. Te estás comportando como un idiota solo porque... —Aquello no podía decirse—. No hay nada peor que olvidarse de quién es tu familia —sentenció.

—Tal vez sea peor que tu familia te desherede.

Marco apenas vio venir el gancho que alcanzó su mandíbula de lleno. El dolor le aturdió, pero, gracias a Júpiter, Quinto aún tenía los puños de gelatina. Incluyó el torso hacia atrás, como si estuviera a punto de desplomarse, y en su lugar, le lanzó un directo al rostro, que casi lo tumba. Sujetó su brazo derecho, tiró de él e hizo un barrido con la pierna. Cuando el centurión cayó al suelo, lo inmovilizó y retorció su brazo hasta hacerle aullar de dolor.

—¡Cabrón!

Al oír los gritos, una pareja de

legionarios llegaron desde el patio. Tuvieron que tirar de ambos para poder separarlos.

—No pasa nada —masculló Quinto, limpiándose la sangre de la boca—. Me he caído, nada más.

Los soldados arquearon las cejas.

—Señor —dijo el más alto—, nos dio la impresión de que...

—¿Insinúas que estoy mintiendo?

—No, señor —respondió, poniéndose firmes—. Por supuesto que no.

Entonces Quinto se mostró conciliador.

—Gracias por venir —añadió,



dándoles una palmada en la espalda—. Ahora, uníos a la fiesta y decidle a Annio que os invite a algo. Es una orden.

Cuando los soldados doblaron de nuevo la esquina, ambos se observaron.

—Sigues sin aguantar un golpe en la cabeza —dijo Marco.

—Tú, en cambio, la tienes dura como una piedra. Y por ese motivo, te pudrirás aquí de por vida.

Se lo dijo mientras abandonaba el soportal, murmurando una ristra de maldiciones. Niñato se aproximó a él para inspeccionar su herida. Al girarse descubrió a Marco dirigiéndose a su

cubículo con una mano sobre el mentón.

—¿Otra vez? —preguntó.

Una vez dentro, el mensor extrajo una bolsa de cuero que se encontraba bajo su litera y, dobléz a dobléz, fue extendiendo cuidadosamente un lienzo de tela sobre el camastro. Era la toga que su padre adoptivo le había regalado el día de su mayoría de edad; tejida en finísimo hilo de lana blanca, algo amarillento a causa del tiempo, aún conservaba su suavidad. Una prenda magnífica que alguna mujer anónima, como su propia madre, había tejido en su propio hogar, pasando una y otra vez la lanzadera entre los hilos de urdimbre,

día y noche, bajo la luz de las lucernas.

Dobló la toga para darle la clásica forma semicircular y la colocó sobre su hombro izquierdo, dejando caer un extremo hasta por debajo de la rodilla. Entonces se envolvió con el resto, pasándolo por debajo de su brazo derecho, hasta que la otra punta quedó colgando a la espalda. Extrajo un pliegue que había quedado bajo la parte frontal que cubría el pecho, dando forma al *umbo*, e intentó ajustarse los dobleces del modo más elegante posible. Sin un esclavo que lo ayudase, le resultó difícil.

## XXXIV

Tras la derrota de Craso en la batalla de Carras, los partos encontraron entre las pertenencias de un oficial romano una copia de los *Milesiaca*, una colección de cuentos licenciosos escritos por Arístides de Mileto. Surena, el general vencedor, lo empleó para mofarse de sus enemigos, al parecer mucho más interesados en semejantes obscenidades antes que en el arte de la guerra. Aquello produjo una enorme conmoción en Roma.

Marco se preguntó qué dirían todas

aquellas gentes bien pensantes si descubrían lo que se cocía en el pretorio de Portus Victoriæ.

Para llegar hasta allí, tuvo que cruzar el puente que unía su campamento con aquella península toscamente amurallada. El edificio había sido construido tan solo unos meses atrás, pero la piedra encalada ya había perdido buena parte de su lustre y varios cercos de humedad deslucían sus altos muros. Un anciano desdentado lo recibió. Portaba un collar de hierro en el cuello con una placa de bronce en la que se podía leer: «Aprésame, he huido. Propiedad de F. Cepión».

El interior de aquel lugar era de una factura tosca. No había ni frescos ni mosaicos, ni tampoco un artesonado labrado. Ninguna pared había sido revestida de mármol. Sin embargo, había docenas de estatuas en los lugares más destacados y los muebles de cedro fenicio y bronce corintio, ricamente labrados, ocupaban hasta el último de los rincones. Aquel aparatoso lujo en aquella improvisada construcción probaba, en definitiva, que la presencia del dueño de la República en aquel lugar era transitoria. Cuando regresara a Roma, se llevaría todo consigo.

Se disponía a entrar en el triclinio en

el momento en que un esclavo le recordó que debía hacerlo con el pie derecho. El amplio comedor se encontraba abarrotado de sirvientes que iban de un lado a otro. Desprendía un penetrante olor dulzón impregnado en lavanda. Hacia la entrada, una pareja de músicos tañían sus instrumentos, lo cual aportaba un melódico trasfondo al continuo rumor de la fiesta. Antes de reunirse con el resto de los invitados, se sentó en una silla para descalzarse y un esclavo se arrodilló ante él. Con un cazo vertió un chorro de agua perfumada sobre sus pies, para lavarlos con una esponja.

La techumbre de aquella alargada

estancia estaba sustentada por tres pilares. Allí habían dispuesto los lechos. Como anfitrión, Fanio Cepión se encontraba al fondo, acompañado del *princeps*; los comensales de mayor rango habían sido acomodados a su lado, acompañados de sus cortesanas; mientras que los tribunos y los burócratas se encontraban en el otro extremo. La atareada servidumbre deambulaba a su alrededor, cargada con bandejas, fuentes y jarras de plata.

Cuando el maestresala le condujo hasta su sitio, Vitruvia le dio la bienvenida:

—Llegas tarde.



Llevaba su pelo negro y rizado recogido en la parte alta de la cabeza. Unos mechones le caían por la nuca. Sus ojos grises, ensombrecidos por el carbón, brillaban como una pareja de lucernas. La estola le envolvía su delgado cuerpo con un brillante tejido color malva y, bajo ella, llevaba una túnica azul. Ya fuera tejida en finísimo hilo de seda teñido en púrpura o de una tosca urdimbre de lana gris, aquel vestido romano poseía siempre la misma forma: dos rectángulos de tela cosidos en los costados, abotonados en la parte superior y ceñidos a la cintura gracias a un cordón. Al contrario que muchas

extranjeras, que gustaban de decorar su indumentaria con brocados y bordados, en Roma la elegancia había sido hasta entonces sinónimo de sencillez. Ahora su hermana adoptiva parecía la encarnación de ese ideal.

Recostado junto a ella, Tito Fabricio le observaba detenidamente, con un duro rictus dibujado en sus labios enrojecidos por el cinabrio. Él le devolvió el escrutinio, con una cínica inclinación de cabeza.

Había llegado el momento. Sabía que tarde o temprano se encontrarían de nuevo.

—Cuánto tiempo... —dijo el antiguo

abogado—. Ya veo que tu carrera como arquitecto ha progresado.

Al alistarse, Marco había dejado de trabajar en una lujosa mansión en la bahía de Neápolis para construir unos toscos almacenes en los confines occidentales del mundo. Pero él consideraba esa labor mucho más útil. A pesar de la férrea disciplina del ejército, aquello le hacía sentirse más libre. Tal vez fue su ausencia de emoción lo que produjo un destello de inquietud en los ojos de Fabricio, aunque también era muy posible que recordara lo que había sucedido en el pasado. En cualquier caso, el mensor no

pudo evitar que una cálida satisfacción le invadiera.

—Yo también me alegro de verte.

Los cuatro años transcurridos le habían encanecido las sienes, aunque su cabello rizado seguía igual de abundante. Convertido en un próspero promotor cultural, lo mismo importaba obras de arte griego que organizaba representaciones teatrales o combates gladiatorios. Refinado y culto, se había ganado la confianza de Mecenas y poseía una nutrida clientela en varias ciudades griegas. Contar con una elegante esposa con inclinaciones literarias era un complemento adecuado

para la sofisticada imagen que se había esforzado por cultivar durante años. No le fue difícil entender su presencia allí, pues sin duda organizaría las festividades en las que Marcelo y Tiberio serían ediles.

Se recostó junto a Vitruvia sobre el costado izquierdo. Ella le daba la espalda. Al mirar más allá del respaldo, llegó a la conclusión de que, o bien el mayordomo poseía un sarcástico y retorcido sentido del protocolo, o bien desconocía por completo quiénes eran sus invitados: el lecho contiguo estaba ocupado por Emilio Arvina. En el reducido espacio que su orondo cuerpo

había dejado libre, se encontraba su esposa Gala, con el rostro maquillado con la minuciosidad con la que un soldado pone sus armas a punto.

Sin embargo, acomodados frente a él, al otro lado del arco, había dos jóvenes que destacaban por encima del resto.

Vestido con una meticulosidad estudiada para resultar informal, Marco Claudio Marcelo aparentaba ser la encarnación de los ideales aristocráticos romanos. De complexión atlética y anchas espaldas, su elegante toga no lograba ocultar unos músculos trabajados estoicamente en el gimnasio.

Su abundante cabello oscuro había sido recortado hasta enmarcar un rostro apuesto, de labios gruesos y nariz prominente. El tribuno laticlavio de la IV Legión Macedónica era hijo de Octavia Menor, hermana de Augusto, y de Cayo Claudio Marcelo, descendiente del cónsul Marco Claudio Marcelo, héroe de la segunda guerra púnica, apodado con justicia «la Espada de Roma».

Tumbado junto a él, con una copa de vino siempre pegada a la mano, el apodo de Biberius Caldius Mero que los soldados le habían otorgado a Tiberio parecía hecho a su medida. Por un

momento, le sorprendió aquella desmedida afición a la bebida en alguien tan sobrio y reservado, aunque recordó que el mismísimo Marco Porcio Catón, fiel seguidor de la doctrina estoica, había sido un amante declarado del vino.

A pesar de las ambiciones de Marco Vipsanio Agripa, aquellos dos jóvenes eran los herederos naturales del *princeps*. Marcelo, quien al fin y al cabo llevaba su misma sangre, se había convertido en su preferido. A su regreso a Roma, se desposaría con Julia, la única hija de Augusto, fruto de su primer matrimonio con Escribonia. El enlace



tenía el único objeto de consolidar la línea sucesoria, gracias al cual el dueño de la República manifestaba en público su intención de que aquel joven le sustituyera tras su muerte. Debido a su precaria salud hacía meses que se debatía abiertamente su sucesión.

A un gesto del legado, una docena de esclavos sirios sirvieron el aperitivo: lirones con adormidera, junto al tradicional muslum, un vino mezclado con miel. Como acompañamiento, trajeron garbanzos, criadillas y erizos de mar en una deslumbrante vajilla de plata cincelada con incrustaciones de piedras preciosas. Dentro de un pequeño plato

de oro había unos huevos hechos de pasta de trigo en los que, una vez abiertos, descubrieron una oropéndola rebozada en yema a la pimienta.

—Mi buen amigo Cepión, el más perfecto de los anfitriones —dijo Emilio Arvina, tras el primer bocado—, siempre sabes cómo agasajar a tus invitados.

«Si consigues dinero, nadie te preguntará cómo ni cuándo, solo les interesará saber cuánto.» Al recordar aquel proverbio latino, se dio cuenta de que nadie cuestionaba la procedencia de aquel disparatado lujo.

—Tiberio, ahora que Marcelo va a

casarse, ¿no has pensado en el matrimonio? —preguntó Gala.

Recostada sobre el respaldo de su lecho, con un hombro asomando de forma sensual entre los pliegues de seda en una pose calculada para no resultar impúdica, la noble parecía disputarse la atención de aquellos dos ilustres adolescentes. Sus ojos evaluaban detenidamente sus expresiones, atentos a cada uno de sus gestos, con una sonrisa de complacencia anclada en su atractivo rostro, como si hubiese sido pintada junto al maquillaje. Marco supuso que no era más que una simple máscara: todos sabían que Tiberio se había

comprometido con Vipsania, hija de Marco Vipsanio Agripa.

—La verdad es que mi mente ha estado demasiado ocupada para hacer planes de futuro —ironizó el aludido—. Tengo la inmensa suerte de que mi madre ya piensa por mí, y al contar con semejante genio protector, yo solo he de preocuparme por satisfacer mis necesidades más inmediatas.

En el interior del arco formado por los lechos, una pareja de bailarinas gaditanas hacían vibrar sus exuberantes cuerpos corcoveando las caderas.

—¿Qué noticias traes de Roma, Vitruvia? —añadió Gala, mientras

tomaba un pedazo de carne—. ¿Qué hay de los chavales de Mecenas?

Gala imitaba ese habla propia de las clases bajas que a Marco le había costado tanto tiempo abandonar. Eso le hizo recordar el rudo acento de Úrbico, el joven vascón que había conocido en el barco, y a tantos aristócratas de municipios que trataban de adoptar el lenguaje culto y que latinizaban su nombre para no delatar su origen lucano, etrusco o samnita. En Roma, solo una patricia del más rancio linaje podía utilizar aquella jerga vulgar, convenientemente dosificada, como síntoma de distinción.

—Al parecer, fue Mecenas quien le pidió a Horacio que aludiera a esta guerra en las odas que acaba de publicar —respondió Vitruvia—. El año pasado, salió a la luz el primer libro de poemas de Propercio. Los cinco primeros volúmenes de *Desde la fundación de la Urbe*, de Tito Livio, pasan de mano en mano, y Virgilio sigue trabajando en su *Eneida*.

No estaba cómoda, aunque solo podía darse cuenta alguien que la conociera bien. La esposa del publicano demostraba hacia ella esa sutil hostilidad de toda noble al verse relegada por el encanto de otra. Aunque

esa era una pugna por la que Vitruvia no parecía mostrar el menor interés.

Dio la impresión de que Gala interpretaba su renuncia como desdén.

—Se rumorea que un joven poeta llamado Ovidio habla de ti en una elegía, Corina —añadió maliciosamente—. ¿Qué hay de cierto en ello?

Ella decidió ignorar su comentario.

—Mecenas ya está organizando el regreso triunfal de Augusto —dijo, retomando el hilo de la conversación—, y cerrarán las puertas del templo de Jano.

Marco recordó a Jano, el patrón de los arquitectos, una deidad provista de

dos caras, con las que podía mirar al pasado y al futuro al mismo tiempo. Al contrario que el resto de los dioses, su templo poseía dos puertas, que permanecían abiertas siempre que se librara alguna guerra.

Habían sido cerradas dos veces en casi setecientos años.

Augusto había prometido hacerlo de nuevo una vez pacificado Occidente y, de esta forma, el fin de aquella contienda serviría para consolidar su poder. Al igual que aquellos bárbaros, ahora Roma debía elegir entre vivir en paz o en libertad.

—El *princeps* demostrará a todos



que es un gran general, capaz de hacer incrementar el poder de nuestro imperio —señaló Fabricio—. Algo que sin duda no será del agrado de los *optimates*.

Hubo un murmullo de satisfacción. Cierta historiador griego había asegurado que Roma no era ni una democracia ni una monarquía, ni tampoco una oligarquía, sino una amalgama de todas ellas. Durante siglos, la República había estado dominada por un reducido número de familias que controlaban el Senado, de forma que, en cada generación, apenas veinte o treinta hombres ilustres procedentes de una docena de linajes acaparaban todas las

magistraturas, y con ellas el poder político. Eran los *optimates*, «los mejores». Sin embargo, con el tiempo surgió una clase social de «hombres nuevos» cuyo poder residía en el respaldo del populacho y en el control de los recursos políticos que este había obtenido, como los tribunos de la plebe, capaces de promover leyes y vetar cualquier resolución de un magistrado. A partir de entonces, el enfrentamiento entre *optimates* y populares fue haciéndose cada vez más cruento, hasta desembocar en una sucesión de guerras civiles de las que Octavio se había erigido como único vencedor.

Aunque algunos fueron capaces de hacerse un sitio dentro del nuevo régimen, «*optimate*» seguía siendo sinónimo de «republicano». Eran los enemigos de Augusto, a quienes, a pesar de las numerosas purgas, no podía aniquilar por completo sin despojar a Roma de una parte irremplazable de su clase dirigente. Desde hacía años, la oposición había utilizado en su contra sus inexplicables desapariciones poco antes de las decisivas batallas de Filipos, Nauloco y Accio, pues ser un buen líder siempre había sido equivalente a ser un buen general.

—Y una vez más, nuestro amigo

Fabricio organizará los festivales — señaló Emilio Arvina—. Me pregunto cómo habrá podido ganarse la confianza de Mecenas...

El aludido le observó detenidamente.

—¿Cuál de esas estatuas elegirías, Arvina? —El abogado señaló media docena de ellas que se encontraban junto a la pared.

Él las observó no sin irritación y se vio obligado a aceptar aquel reto.

—Creo que la de la izquierda — respondió.

—¿Y tú, Marco?

Escogiendo aquella barroca figura

cubierta de púrpura y pan de oro, el publicano solo había demostrado la zafia vulgaridad de un espíritu que carecía de buen gusto. Junto a ella, restaurada allá donde la pintura se había deteriorado, se encontraba la estatua de un hombre de pie, completamente desnudo, de facciones inquietantes. Marco no se sorprendió al verla: era conocida la afición del *princeps* por aquel arte hierático y frontal, pasado de moda, aunque revestido de esa sacralidad que solo poseen las obras creadas mucho antes de que Grecia se enfrentara por primera vez a los persas.

—La que está a su lado, a la derecha

—dijo, sin apenas alzar la vista.

Una mueca de satisfacción curvó los labios de Fabricio.

—La de la izquierda procede del taller de Menelao, en Neápolis —manifestó—. Una mala copia del lancero de Policleto, realizada por algún torpe aprendiz a partir de un apresurado modelo de su patrón. Sin embargo, Marco ha elegido un Apolo esculpido hace casi seis siglos por Búpalo, hijo del gran maestro Arquermo de Quíos. Su valor es incalculable.

El comerciante de arte sonreía complacido, al saberse el centro de atención.

—Todo negocio se basa en saber reconocer el valor de las cosas — sentenció—. Tú compras a un campesino a cambio de un ánfora de vino, para más tarde venderlo a su verdadero precio. Yo comercio con la belleza.

—Y para ello se ha de compartir la pasión de tus clientes por lo bello — observó Gala—. Se dice que Mecenas ha sucumbido a los encantos de uno de tus actores, llamado Batilo.

—Lo adquirí en Alejandría — respondió Fabricio—. Ahora no solo es posible comprar arte, sino también a artistas. Aunque en realidad el

verdadero artista no es quien pinta un cuadro, sino quien decide si tiene valor o no. Un pintor puede poseer un gran talento, pero a menudo le falta la visión necesaria para saber en qué emplearlo. ¿Por qué se le ha de permitir a un broncista firmar su trabajo? ¿Es que se le permite a un panadero poner su nombre en los pasteles? No es más que una concesión a su vanidad, algo que solo es útil si aumenta el valor de su obra.

—Hablas de dinero...

—¿Existe alguna otra clase de valor? —añadió, cínicamente—. En Grecia, donde se veneraba a los artistas,



con el tiempo se convirtieron en pequeños tiranos que imponían sus caprichos a los clientes. Ahora han pasado a ser esclavos o libertos, y bajo nuestro imperio su obra se ha consagrado a un fin superior: la magnificencia pública, la glorificación de la República y el poder de Augusto.

Hizo una nueva pausa para tomar un sorbo de vino. Como buen orador, manejaba el ritmo de sus intervenciones a la perfección.

—Más allá de eso, el arte ha de ser solo estética —concluyó—. Un dulce entretenimiento para los sentidos. Al igual que esta comida, una hermosa

danza o una lucha entre gladiadores.

—Marco, dicen que eres bueno con la espada —intervino Tiberio—. ¿Consideras que la *armatura* es un arte?

Hasta entonces, el tribuno había permanecido en silencio, pero ahora estudiaba con detenimiento todos sus gestos.

—Si por arte se entiende destreza o habilidad, lo es —respondió—. Si por arte se entiende un acto esencialmente inútil, sin duda los combates en la arena lo son.

—Algunos filósofos creen que los gladiadores aportan un ejemplo de valentía muy útil a la sociedad —

protestó Fabricio.

—Para que el valor sea útil de verdad, ha de existir una buena causa por la que luchar.

—¿Y cuál es la tuya? —La mirada del comerciante de arte parecía atravesarle—. ¿La defensa de la República?

—Me temo que eso resulta demasiado abstracto para mí —señaló—, especialmente a mil millas de mi hogar. Yo solo trato de no dejar atrás a mis compañeros.

En aquel momento, Vitruvia decidió tomar la palabra.

—Estimados señores —dijo,

dirigiéndose a Marcelo y Tiberio—, he pensado que mi hermano, un hombre sin duda excepcional, tal vez pueda dirigir algunas obras en la colonia Iulia Augusta Emerita.

Marco trató de ocultar su sobresalto. Octavia, la madre de Marcelo, era el patrón de su familia, y sin duda Vitruvia había recurrido a ella. Aquella solicitud no era más que una farsa, la escenificación de algún acuerdo ya establecido. Y en Roma nadie hacía nada sin exigir algo a cambio. A pesar de la conversación de aquella misma mañana, su hermana adoptiva había decidido organizar aquella escena ante

sus superiores para forzarle a aceptar, y así poder eludir la misión que el *princeps* les había encomendado a él y a sus compañeros. Se sintió furioso, con ella y con su padre.

—El hijo de Vitruvio Polión, ¿me equivoco? —dijo Marcelo, observándole fijamente—. He de suponer que también eres arquitecto.

Marco dio un sorbo a su copa para amortiguar la sequedad de su garganta.

—Solo mensor, señor.

—Pero imagino que tendrás experiencia en la construcción.

—A decir verdad, muy poca. Solo esculpía los frisos en las obras de mi

padre y las dirigía en su ausencia.

—¿Te consideras capacitado para el cargo?

—En absoluto.

—Pero, aun así, lo deseas...

—La verdad es que prefiero seguir en mi actual puesto.

Durante unos instantes, solo se oyó la música que procedía del otro extremo de la sala.

—¡Por Júpiter, tanta honradez resulta insultante! —exclamó una voz a sus espaldas—. Señora, teníais razón: dados los tiempos que corren, sin duda nos encontramos ante un hombre excepcional.

Era un enano, ataviado con unos harapientos ropajes de color pardo y una barba y una melena postizas. Sostenía una jarra en la mano, aparentando ebriedad, e iba acompañado de dos atractivas jóvenes. Su acento trataba de imitar artificiosamente el habla de los hispanos.

—Mi querido Corocotta, al fin has llegado...

Cuando Augusto pronunció aquel nombre, resonó una carcajada general. Amenizar las fiestas con las payasadas de individuos tan grotescos como aquel se había convertido en una nueva moda entre la ociosa y opulenta aristocracia

romana, que competía entre sí por exhibir el mayor esperpento en sus banquetes. Gracias a ello, había surgido un tráfico especializado en monstruosidades de la naturaleza: al igual que traían cientos de animales exóticos desde los más remotos confines de su imperio, los tratantes de esclavos procuraban buscar a los seres humanos más deformes, ante el desmedido precio que alcanzaban.

Marco dedujo que aquel joven de apenas dos pies de altura era Licinio, el bufón de Augusto.

—Nuestro pequeño caudillo cántabro tiene toda la razón —señaló



Emilio Arvina con malicia—. Al parecer, Marco Vitruvio no desea ninguna clase de favoritismo...

—Eso le honra —convino el enano—. Fijaos en Marcelo y Tiberio: si han sido nombrados ediles es solo gracias a sus propios méritos, no a sus vínculos familiares. Y aunque no lo parezca, estas mujeres que me acompañan solo están interesadas en mi cuerpo.

De nuevo, la sala estalló en carcajadas. Alentado por ellas, el payaso pigmeo estrujó el trasero de una de sus acompañantes, a las que apenas llegaba a la cintura. El contraste entre su extraordinaria fealdad y la belleza de

las dos muchachas componía una imagen disparatada. Marco sintió lástima por aquel minúsculo individuo: su sonrisa impostada no lograba ocultar toda la amargura que desprendía su mirada.

—Lo cierto es que un hombre de Estado no necesita de conocimientos prácticos —comentó Arvina, observando a Tiberio—. Solo ha de recurrir a gente de su entera confianza.

—Ganarse la confianza del joven tribuno resulta muy fácil, publicano —aseguró el bufón—. Solo es preciso contar con ujieres que se olviden de echarle agua al vino.

—¿Y eso te parece poco? —

preguntó Tiberio—. Un hombre que ni tan siquiera es capaz de elegir una buena añada, ¿cómo espera que nadie siga su consejo? Toma tu recompensa, mi querido Corocotta...

Arrojó un puñado de denarios que al caer resonaron sobre el empedrado. El diminuto bufón se afanó por recogerlos con avidez, arrodillándose en el suelo.

Mientras todos celebraban aquella ocurrencia, Marco descubrió que Vitruvia le observaba. «Igual de terco, igual de obstinado que siempre», le decía sin palabras. Pero había ocultado su irritación bajo una fría coraza de parsimonia.

Ya no había marcha atrás. Había destruido el último puente tendido a su espalda. Recostado junto a ella, podía sentir la tensión de su delgado cuerpo, algo que sin duda su esposo, acomodado junto a ella en el mismo lecho, también percibía.

Una docena de esclavos vestidos con túnicas de vivos colores entraron en la sala para servir la «primera mesa». La mayoría llevaba barba y la cabeza rapada, mientras que aquellos que les servían el vino empleaban pelucas con largas cabelleras rizadas. Acompañados

de equilibristas, músicos y bailarines, otros transportaban un enorme cerdo asado, de cuyo interior, una vez abierto, extrajeron varias ristras de embutidos. Depositaron en cada mesa un cordero lechal, al que se había añadido unas alas de paloma hasta convertirlo en un diminuto Pegaso, con dos piedras semipreciosas en las cuencas de los ojos.

Descubrió que Emilio Arvina le observaba. La afable sonrisa congelada en sus labios contradecía la expresión de sus ojos, como el retrato de un pintor inexperto que no ha sabido armonizar bien unos rasgos.

—La República ha cambiado, ¿verdad? —dijo, en voz baja—. Hace años, una comida como esta hubiera sido algo impensable. ¿Recuerdas la hambruna que produjo el bloqueo de Sexto Pompeyo?

—Sí —respondió, con cautela.

—El grano de Sicilia no llegaba a la urbe, en Italia los campos permanecían estériles y los bandidos se adueñaron de los caminos. Ante el descontento de la plebe, Octavio, Marco Antonio y Lépido no tuvieron más remedio que convertir a Sexto Pompeyo en el legítimo gobernador de Cerdeña y Sicilia. Sin embargo, cuando se reunieron con él en

su buque, Menodoro, uno de sus almirantes, susurró en su oído: «¿Debo cortar los cabos que unen las naves y apresar a tus invitados?».

Marco tensó la mandíbula, incapaz de saber adónde quería llegar.

—¿Y sabes qué le respondió Sexto Pompeyo?

—Sí.

—Le dijo: «Deberías haberlo hecho sin consultármelo. Me habría convertido en el dueño de la República sin violar mi palabra».

—¿Qué estás diciendo exactamente?

—Tan solo era una reflexión acerca de una paradoja —le aclaró el

publicano—. En ocasiones, la mejor forma de servir a tu superior no es acatando sus órdenes, sino actuando según sus deseos. Si, por ejemplo, Corocuta sufriera algún desgraciado accidente durante vuestra misión, habría muerto un enemigo del Estado y podríais quedaros con la recompensa.

Marco le miró directamente a los ojos, tan frío y distante como el desolado horizonte de aquel océano. Al hablar dejó que una suerte de escarcha se formara en su voz:

—¿Y en caso de que no sucediera?

—Entonces, tal vez sería mejor que no regresarais.



Una pareja de coperos ataviados como Ganimedes los interrumpió. Para entonces, los efectos del alcohol eran ya visibles entre los invitados. A una señal del maestra sala, media docena de jóvenes se presentaron en el fondo del comedor, acompañados de varios músicos con flautas, crótalos y tímpanos.

—Debemos agradecer a Tito Fabricio la presencia de estos actores —anunció el jefe de los criados.

Marco se sorprendió al ver a Cintia entre ellos, vestida con una túnica casi transparente junto a un joven excepcionalmente apuesto, que llevaba

atadas una pareja de alas a la espalda.

—El gran Batilo haciendo de Eros —comentó Gala—. Esos desgarrados intérpretes de tragedias griegas, que no dejan de lamentarse a voz en grito, sin duda han de ser de una fealdad insoportable. Sería una lástima que una máscara ocultara una belleza semejante...

—Es fácil comprender la popularidad del mimo —corroboró su esposo—. Solo a un griego le interesaría ver a un hombre haciendo el papel de una diosa.

Marco estudió a Vitruvia. No parecía sorprendida.

Las luces se apagaron y comenzó la música. La trama se desarrolló de forma fluida y sin interrupciones. Narraba la historia de Psique, la pequeña de las tres hijas de un rey de Asia menor, cuyo atractivo había despertado los celos de Afrodita, la diosa del amor. Marco tuvo que reconocer que, como protagonista, Cintia se encontraba a la altura de lo que cabría esperar.

Sin diálogos, solo mediante gestos y el movimiento corporal, la diosa ordenó a su hijo que la castigara. Pero al verla, Eros, el dios que con sus flechas doradas despierta el deseo de los mortales, se enamoró de Psique y

decidió ocultarla en su palacio: a partir de entonces, cada noche se reunía con ella y ambos hacían el amor sumidos en la oscuridad.

Los actores interpretaron a fondo su papel, sin dejar resquicio a la imaginación. Mientras el muchacho le acariciaba el cuerpo, Cintia se sentó sobre su regazo para realizar un explícito movimiento de caderas y el vestido resbaló dejando un muslo al descubierto. Marco observó la escena sin poder desviar su atención y, por un momento, sus ojos se cruzaron con los de ella. Ambos compartieron una mirada profunda, intensa, contaminada por el

alcohol, hasta que una tibia sonrisa germinó en los labios de la joven.

Vitruvia hizo un gesto inconsciente, dejando caer parte de su peso sobre él. Sintió brevemente el calor de su cuerpo y aspiró el olor de su cabello. Buscó el modo de cambiar de postura para alejarse de ella, pero el respaldo se lo impidió. Mientras tanto, Cintia se movía al compás de la música, acariciando las mejillas del joven hasta que, al final, agitó de un modo sensual su larga melena fingiendo los últimos estertores del clímax.

Gesticulando, el actor solicitó a la joven que no tratara de averiguar su

identidad. Ella asintió, aunque le rogó que, a cambio, pudiera visitar a su familia. Poco después, se reunió con sus hermanas y les explicó lo sucedido, aunque ellas, celosas, la convencieron de que su pareja debía poseer un grotesco aspecto para negarse a mostrarse ante ella.

Al regresar, Psique encendió una lámpara mientras su amante dormía y, gracias a ello, descubrió su excepcional belleza, pero una gota de aceite hirviendo cayó sobre el rostro del dios e hizo que se despertara. Decepcionado, decidió abandonarla. Psique acudió al palacio de Afrodita, donde se había

refugiado. La diosa, aún furiosa con ella, ordenó que la azotaran.

Cuando ataron a Cintia a una de las columnas, Fanio Cepión se acomodó sobre el lecho, con una depravada mueca. Los latigazos no eran fingidos y su espalda se fue poblando de marcas encarnadas. La creciente popularidad del mimo había desembocado en una continua búsqueda de nuevos recursos para satisfacer al público. Incluso en ocasiones se realizaban torturas reales en escena.

Marco sintió cómo la frialdad de su estómago se convertía en náusea. En la penumbra, los dedos de Vitruvia se

deslizaron por su antebrazo, abrasándole con su contacto. Hay decisiones que se toman en un instante, algunas por acción y otras por omisión. Y de estas últimas, solo te das cuenta cuando ya es demasiado tarde. Marco permitió que aquella mano estrechara la suya, seducido por el cálido tacto de su piel.

Afrodita había impuesto a Psique cuatro pruebas que parecían imposibles, pero ella logró salir triunfante de todas. Al llegar al Hades cae en el pesado sueño de la muerte. Sin embargo, Eros acude en su ayuda y es capaz de despertarla. Al final los dos amantes se besan y suplican a Zeus que les permita



casarse. En su boda, Psique se vuelve inmortal y Afrodita realiza una licenciosa danza: había llegado la *nudatio mimarum*, por lo que, acompañadas por el ritmo de la aterciopelada música, las actrices comenzaron a quitarse la ropa ante las ávidas miradas de todos.

Cintia soltó su cabello, dejando que cayera libremente sobre sus hombros. Arrastró su vestido hasta el suelo y mostró su cuerpo desnudo. Los esclavos sirvieron la «segunda mesa»: un gigantesco pastel con la forma del atributo de Príapo, acompañado de uvas y pasas. Era el momento de la

*comissatio*, la protocolaria ronda de vino, y por ello fueron colocando una corona de laurel sobre la cabeza de los invitados para mitigar los efectos del alcohol. Emilio Arvina fue elegido «rey del banquete», el encargado de establecer la proporción en la que la bebida debía mezclarse.

Tito Fabricio no dejaba de observar al muchacho que, ataviado como Eros, le colocaba una corona de laurel sobre su cabello rizado. Entonces, los comensales aplaudieron entusiasmados. Todavía desnudos, los actores hicieron una reverencia ante ellos. La representación había concluido, pero la

noche no había hecho más que empezar.

—Marco... —dijo Fabricio—. El legado y yo tenemos que hablar de negocios. ¿Podrías acompañar a tu hermana a casa?

Era costumbre que, en ese momento, las mujeres respetables se retiraran.

—Será un placer —respondió.

Y era verdad. Estaba deseando irse de allí.

## XXXV

Atravesar el vestíbulo fue liberador. A medida que se alejaban por la vía pretoria, se fueron apagando los sonidos de la fiesta que tenía lugar a sus espaldas. En el *castellum*, la noche era agradable y solo se escuchaba el sonido de los grillos y el lejano rumor de las olas que besaban la orilla, una decena de pasos más abajo. Algunas puertas entreabiertas proyectaban un haz de luz anaranjada sobre el suelo de tierra batida y grava, y los centinelas hacían su ronda en lo alto del terraplén,

indolentes. La bahía reflejaba plácidamente la luz de la luna. Comparada con todo el abigarrado lujo que habían dejado atrás, la espontánea belleza de aquel paisaje, aún no contaminado por los excesos de la civilización, le hizo sentirse en paz.

Caminaba junto a Vitruvia. Una pareja de esclavos portaban unas antorchas. Se dio cuenta de que no habían hablado desde que abandonaron el pretorio.

—¿No vas a decirme nada? — preguntó.

El alero de un tejado proyectaba una sombra sobre ella, por lo que no pudo

ver su expresión.

—Hace años descubrí que todo hombre es esclavo de sus propias decisiones.

—¿Y qué hay de ti?

—Yo no soy un hombre.

En ocasiones, en un combate se entra en una especie de embudo. Tus posibilidades se van limitando hasta que llega un momento en que solo tienes una a tu alcance. Llegado a ese punto, hay que saber salir hacia atrás para comenzar de nuevo. Pero él parecía obstinado en hacer con su vida exactamente lo contrario.

—¿A qué has venido hasta aquí? —

Era la pregunta que se había hecho aquella misma mañana al verla.

—¿Es que no resulta obvio? —respondió ella—. Trato de salvarte la piel. He arriesgado mucho al hacerlo.

—Te lo agradezco, pero me gusta seguir mi propio camino.

—Tu camino siempre parece encontrarse en dirección opuesta al mío. —Fue casi una queja—. Eso no es hacerse un camino propio, sino huir. ¿He hecho algo para merecer ese resentimiento?

Sus ojos grises parecían capaces de fulminarle o de arrancarle el rubor en un instante.

—No me gusta ser una marioneta —  
dijo.

—A mí tampoco.

—Ahora, tu situación ha cambiado.

—Quieres decir que yo he cambiado  
—respondió, masticando cada sílaba—.  
¿Eso crees realmente? Tal vez necesites  
alguna razón para odiarme y no has  
encontrado otra mejor. Te creía incapaz  
de caer en ese juego.

A pesar de la dureza de sus  
palabras, al fin había dejado de lado su  
máscara. Compartir lecho en el triclinio  
resultaba algo tan íntimo que una mujer  
casada solo podía hacerlo con sus  
parientes, y sentir su continua presencia



a su lado, en aquel ambiente extraño y hostil, le había resultado muy reconfortante. Por un momento, las cosas habían vuelto a ser igual que siempre.

Pero él estaba allí. Descubrió que no había sido realmente consciente de que estaban casados hasta que los vio juntos. Y ahora la veía mancillada. Solo por haber sido obligada a compartir su vida con la de aquel hombre.

No puedes elegir lo que sientes, y eso, en ocasiones, te avergüenza. Cuatro años antes había huido, sin mirar atrás, solo pensando en sí mismo. Su marcha obedeció a diversos motivos, aunque el principal era ese: no ser testigo de algo

que no quería presenciar. Más tarde, trató de convencerse de que el problema residía en sí mismo, pues quizás había considerado suyo algo que no le pertenecía. De nuevo, solo había pensado en él mismo.

Había soltado lastre, sin importarle que ese lastre fuera una persona, al igual que hizo años antes con sus amigos de la Suburra: cortar los cabos que le ataban a aquel barrio para que no lo arrastraran hasta el fondo. Había jurado no dejar a nadie atrás; sin embargo, lo había hecho con quien más le importaba.

—No se trata de ti —admitió.

—Entonces, no confías en ti mismo

—dijo ella.

—Es posible.

Por un momento, creyó ver un amargo triunfo en su expresión. Había creído que el tiempo lo solucionaría todo, pero entonces se dio cuenta de que aquellos cuatro años solo habían sido un interludio. Era como dejar un libro a la mitad, solo porque no te gusta su historia, esperando que esta haya cambiado cuando lo abras de nuevo.

—Puedes decidir qué hacer o qué decir —dijo Vitruvia—. Puedes elegir cómo hablar y cómo comportarte, pero no puedes elegir lo que sientes. Es algo que nos está vedado a todos, incluso a ti.

«No pienses, solo siente y actúa.»

¿Cuántas veces había escuchado aquello? Entonces descubrió que habían llegado a la puerta de su casa.

—A partir de ahora, debes tener mucho cuidado —le advirtió la joven.

—¿Con Arvina?

Su mirada permanecía fija en la cordillera que se extendía por encima de las murallas.

—Emilio Arvina contempla el mundo como el espectador escéptico de una pésima representación teatral —murmuró—. Es capaz de ordenar la muerte de uno de sus sirvientes con la misma indiferencia con la que le

otorgaría la libertad, si eso le conviene.

Estaba de acuerdo con ella, aunque no lo habría podido expresar de aquel modo.

—Pero me refería al legado — continuó—. Para él los esclavos no son esclavos, sino «personas». Y precisamente por ello le encanta someterlos a su voluntad. Y eso es algo...

—¿Obsceno?

—Peligroso —le corrigió—. Las personas como Arvina resultan predecibles, pues el egoísmo siempre las lleva a buscar su propio beneficio. Sin embargo, Cepión disfruta haciendo

daño. Eso resulta imposible de prever.

Solo era un matiz, aunque importante. Los espectadores que abarrotan un anfiteatro no disfrutan con el sufrimiento de un gladiador. No lo desean, pero tampoco les importa.

—Y hay algo más —prosiguió—. Existen muchos intereses en torno a esta guerra, y hay gente que no desea que acabe.

—Y muchas otras cosas que no quieres contarme.

—La política es retorcida —respondió—. El conocimiento confiere poder, pero saber demasiado también resulta peligroso. En ocasiones es

preferible no estar al corriente de todo.

Golpeó suavemente la puerta con los nudillos. Una criada la abrió desde dentro. El chasquido del postigo había sonado como un madero al romperse.

—Mi esposo no regresará hasta mañana —dijo Vitruvia—. ¿No deseas entrar?

Se puede acariciar con la voz. Es otra clase de caricia, no el roce de una piel desnuda, pero hace que la sangre te palpite en las sienes. Es algo que te desarma por completo.

—Sí —respondió—. Por eso he de irme.

Hay decisiones que se toman en un

instante, por acción o por omisión. Las primeras son las más difíciles de tomar.

Al entrar, cerró la puerta. Desde el interior, Marco pudo escuchar su voz:

Se ha puesto ya la luna y las Pléyades.

Es media noche,  
pasa el tiempo  
y sigo durmiendo sola.

Se dispuso a regresar al barracón a través de una senda tan negra como su propio destino: una vez atravesada la puerta, el camino descendía por el



promontorio hasta llegar al puente de madera que cruzaba la ría, más allá del cual se encontraba su campamento.

Había llegado el momento. Alguien sabía que, aquella noche, pasaría por aquel lugar, completamente solo y desarmado. Ni tan siquiera un déspota oriental, asistido por un centenar de monteros durante una cacería en su coto privado, tendría ante sí una presa tan fácil. Arvina, o quien fuera, no habría encontrado otro modo de hacerlo. Inocularle un veneno durante la cena habría inculpado a alguien, pero si mañana encontraban su cadáver junto al camino, quizá podrían argüir que habían

sido unos salteadores. Nadie se creería esa historia; no obstante, los mandos mantendrían la farsa.

Había considerado la idea de pedir ayuda a sus compañeros. Pero una escolta no pasaría desapercibida y podrían interpretar su presencia como un síntoma de debilidad. Al llegar a la altura de una encina seca, buscó la espada que había escondido tras las zarzas y se la ciñó bajo la toga. A su espalda, la sierra que se habían visto obligados a sortear la primera vez que llegaron a la bahía se recortaba sobre el cielo estrellado.

Se aproximó al puente. La marea

había bajado y la ría comenzaba a mostrar los primeros vestigios de civilización; ánforas rotas y restos de comida, además de varios botes varados en el cieno. El agua reflejaba las luces del campamento, llegadas desde la otra orilla, y chapoteaba en los pilares de roble cubiertos de algas. Las tachuelas de sus cáligas rechinaron sobre la húmeda tablazón. No llevaba antorcha. Solo disponía de la luz de la luna menguante. Inspiró y percibió el amargo olor a marisma.

En el otro extremo del puente, descubrió a dos hombres armados que le cerraban el paso. Oyó unos pasos a su

espalda y un corpulento individuo se adentró en el camino que había dejado atrás. A medida que se aproximaba, las sombras bailaron en su rostro hasta descubrir sus rasgos. Tenía el pelo rizado, una ancha mandíbula y unas rudas facciones. ¿Acaso su imaginación le engañaba? Una chispa de reconocimiento en sus ojos le confirmó que se trataba de Numerio, su viejo amigo de la Suburra.

Marco le dedicó un breve gesto a modo de saludo, mientras él caminaba a media docena de pasos, como un gato merodeando a su presa.

—Cuánto tiempo... —murmuró.

No había mucho más que decir. Estaba claro qué había sido de su vida desde la última vez que se vieron.

—No es nada personal —aclaró Numerio, desenfundando su arma—. No tengo elección, ya sabes cómo es el oficio.

—Puedes cambiar de oficio.

Por un instante, su antiguo camarada bajó la vista.

—Marco... —respondió, tras un largo suspiro—. Tú, en mi lugar, ¿qué harías?

«Yo ya hice mi elección», pensó. Pero sabía que resultaría inútil. En su lugar, dio dos pasos a su izquierda,

tratando de no ser rodeado, e introdujo discretamente su mano derecha bajo la toga. Uno de los dos hombres trató de aferrarle el brazo, blandiendo un *gladius*.

Desenfundó su espada con un recio tajo ascendente y un fragmento de maxilar salió disparado cuando le cercenó el cráneo. El segundo matón cargó contra él. La espada de Marco trazó un arco perpendicular al suyo. Las hojas chocaron, filo contra plano. Marco apartó la de su oponente y le atravesó la garganta.

Quando eran adolescentes, Numerio y él acostumbraban a entrenarse en las inmediaciones del *Palus Caprae*, un pantano del Campo de Marte próximo al teatro de Pompeyo, que luego, años después, sería desecado con el propósito de construir el Panteón de Agripa.

Aquella mañana habían practicado con sus espadas de madera durante casi una hora, antes de tumbarse exhaustos sobre la hierba. Por entonces, llevaba dos años como aprendiz de Vitruvio y las diferencias entre ambos se hacían

más grandes, y no solo en su forma de combatir. Cada vez tenían menos cosas en común. Era algo que en un principio se habían resistido a admitir. Pero al igual que basta una simple cuña para partir un enorme bloque de mármol, el tiempo iba abriendo lentamente una profunda brecha en su amistad.

—Pierdes el centro —le dijo Marco.

—¿Qué?

—Para ganar alcance, inclinas el tronco hacia delante —le explicó—. Para esquivar mis golpes, lo echas siempre hacia atrás. De esta forma, tratas de corregir la distancia que no has logrado ganar con las piernas, pero el



peso de tu cuerpo ya no recae sobre las caderas. Pierdes el centro, no te encuentras en una posición firme.

Numerio refunfuñó algo, aunque prefirió callar, consciente de que su amigo le superaba en esa materia.

—Has de mantenerte siempre erguido y trabajar más los desplazamientos —prosiguió Marco—. Puedo enseñarte unos ejercicios que te serán muy útiles.

—¿Te refieres a esos ridículos pasos de danza? —respondió el rudo muchacho, incorporándose—. Quiero aprender a luchar, no a bailar. ¿Cómo es posible hacerlo sin un arma en la mano?

—El camino más corto no siempre es la mejor opción.

—Tampoco me interesa la filosofía.

«El camino más corto no siempre es la mejor opción.» Dos palmos de alcance no sirven de nada si a cambio pierdes tu centro. Hay decisiones con las que se logran beneficios inmediatos, pero limitan tu crecimiento a largo plazo. Son los señuelos de todas esas trampas que la vida interpone a tu paso, callejones sin salida por los que no se puede avanzar y, tarde o temprano, has de deshacer el camino andado para elegir

otra senda o permanecer allí de por vida.

Había algo más. Algo que nunca se atrevió a decirle, pues tal vez algún día tendría que utilizarlo. Algo que solo podía conocer quien hubiera entrenado día tras día con Numerio, una especie de resorte oculto del que jamás había querido abusar para que no se diera cuenta.

Si le presionabas por el lado exterior, atacaba. Ante un determinado estímulo, siempre la misma respuesta. Como un toro bravo, Numerio era fuerte y diestro; pero cuando se le conocía bien, era predecible.

Hubo varios movimientos de tanteo. La toga le impedía desenvolverse con comodidad, pero era imposible despojarse de ella. Un paso a la izquierda. Numerio corrigió su posición. Dio otro hacia el exterior, apuntándole en todo momento con su arma.

Ahora.

Numerio se abalanzó sobre él, lanzando una estocada. Sin dejar de mirarle a los ojos, Marco dio un largo paso hacia atrás. Al darse cuenta de que iba a quedarse corto, él intentó ganar distancia inclinándose hacia el frente. Pero, aun así, la punta del arma no llegó a tocarle. Él ya había alzado la suya y,

ganándole el lado interior, entró de nuevo en distancia de una zancada. El matón intuyó la hoja cayendo sobre su cabeza. Trató de interponer la suya, pero había perdido el equilibrio. El tajo se quedó corto. La punta resbaló por la frente, segando el rostro en diagonal.

Numerio cayó pesadamente al suelo, con las manos en la cara.

Dio una patada al arma que había dejado caer y se plantó frente a él, blandiendo la suya. La nariz de su antiguo amigo colgaba, sujeta por un pedazo de cartílago, y al inspirar, se mecía sobre su labio, empapado en sangre.

—Ya has ganado —masculló—. Aún puedo sobrevivir, si me dejas marchar. Te juro por lo más sagrado que no volverás a verme.

Le observó detenidamente. Hay cicatrices que se olvidan con el tiempo, pero existen otras mucho más profundas que te desfiguran por fuera y por dentro, y esas resultan imposibles de olvidar, por mucho que lo desees, porque te verás obligado a contemplarlas durante el resto de tu vida, todas las mañanas, al afeitarte.

—Numerio... —dijo, al fin—. Tú, en mi lugar, ¿qué harías?

Limpiando la sangre de su espada,

descubrió que había destruido una parte de sí mismo, un pequeño pedazo de su pasado, algo en lo que podría haberse convertido si, años atrás, hubiera tomado otra clase de decisiones. Cubrió el cadáver con su vieja toga, ahora manchada de sangre, y arrojó sobre él una bolsa llena de plata, extraída de las entrañas de aquella remota tierra. Era lo necesario para cubrir el funeral de aquel viejo amigo.

Cuando descubrieran aquello, alguien sabría lo que había pasado. Su gesto no era más que un desafío, una declaración de guerra. Ya no había marcha atrás. Aunque era consciente de

que tal vez se arrepentiría de ello, ahora caminaba con paso firme hacia el Puerto de la Victoria.



## XXXVI

La procesión había entrado por la Puerta Triunfal llegada desde el Campo de Marte y, tras atravesar el foro Boario, ahora desfilaba por el Circo Máximo. Aquella alargada vaguada que se extendía entre el Aventino y el Palatino, cuyas pendientes habían sido utilizadas desde muy antiguo como gradas para los juegos circenses, era el lugar que la familia de Vitruvio había elegido para contemplar, cómodamente sentados, el triple triunfo de Octavio.

Toda la ciudad se amontonaba en las

calles, enfervorizada, al igual que los dos días anteriores. El primero estuvo dedicado a la victoria sobre ilirios, dálmatas, panonios, suevos y morinos, y por ello, millares de prisioneros de guerra habían desfilado encadenados antes de que los condujeran a la arena. La segunda jornada conmemoró la derrota de Marco Antonio y Cleopatra en Accio, y las armas de los vencidos fueron exhibidas: no solo yelmos, escudos y corazas, sino también escorpiones e incluso los espolones de sus naves de guerra, idénticos a los que adornaban la Rostra.

Ahora, en la celebración de la

conquista de Egipto, cientos de lingotes de oro y plata eran transportados en carromatos tirados por bueyes. Tal era su cantidad que antes de que atravesaran las murallas ya se habían devaluado los precios y el interés de los préstamos se había desplomado. El *princeps* emplearía el tesoro real de Alejandría para pagar las deudas contraídas en aquella colosal campaña, y sus soldados dilapidarían su merecida paga en los burdeles y las tabernas de la capital. Y no solo se trataba de lingotes: también lujosas vajillas antigónidas, seleúcidas y tericleas se amontonaban junto a estatuas de Praxíteles, Escopas, Lisipo y

Mirón, con carteles que las describían. Docenas de enormes pinturas mostraban distintos paisajes del Nilo. Un grupo de músicos y bailarines acompañaban a una recua de toros blancos hacia su sacrificio. Tras ellos, confinados en jaulas, por primera vez en la urbe se exhibían rinocerontes e hipopótamos, destinados a las *venationes*.

Tras una suntuosa maqueta de Alejandría fabricada en ébano y marfil, una enorme escultura de Cleopatra recordaba el momento de su muerte: una pareja de serpientes mordía sus brazos desnudos mientras su cuerpo, lleno de ponzoña, se desplomaba sin

vida. La reina egipcia había decidido suicidarse para arrebatárles la satisfacción de verla desfilar encadenada, pero aquella imagen resultaba tan vívida que era como si su más odiado enemigo estuviera presente.

Roma jamás había presenciado un desfile tan grandioso desde que Pompeyo el Grande regresara tras conquistar en Oriente las tierras comprendidas entre el Ponto y Judea. Cargado de estatuas de oro y marfil, había arrojado a su paso setenta y cinco millones de dracmas, un alarde de ostentación que fue duramente criticado por sus detractores, aunque todos sabían

que, desde hacía tiempo, los fastos triunfales se habían convertido en la principal vía de entrada de artículos de lujo a la capital. Antes del saqueo de Siracusa, dos siglos antes, en aquellos desfiles tan solo se habían exhibido prisioneros harapientos, armas melladas y rebaños de ovejas. Desde entonces, cada vez que conquistaban una nueva ciudad helenística, llegaba a Roma una montaña de estatuas de bronce y mármol, además de cráteras de oro y vajillas de plata.

Sentado junto a su padre adoptivo en las gradas del Circo Máximo, Marco observaba a los prisioneros de guerra

egipcios que recorrían cabizbajos la pista mientras la multitud los insultaba y se mofaban a voz en grito de aquellos a los que tanto habían odiado. A su lado se encontraban Diógenes y Vitruvia, recostada sobre la hierba junto a su madre, acompañadas por varios esclavos. Tras ellos, por encima de sus cabezas, se erguía la mansión que Octavio acababa de adquirir en el Palatino, desde cuyos jardines el heredero de César podía contemplar las carreras de cuadrigas.

—Es una catarsis —murmuró Diógenes—. Un ritual de purificación: de este modo alejan sus temores.

La vista del anciano se iba desvaneciendo poco a poco y pronto no podría esculpir más, lo cual le había sumido en el desánimo. Parecía más flaco, como si algo le consumiera por dentro. Su aspecto rancio se había hecho más marcado. A pesar de haberse mudado a la casa de Vitruvio, donde vivía rodeado de comodidades, su mundo se había vuelto tan nebuloso y oscuro como su misma percepción de él.

Ante sus palabras, Marco no pudo más que asentir. La degradación de los vencidos formaba parte de aquel ritual, aunque no se les despojara del todo de su dignidad, pues cuanto más noble fuera



su aspecto, tanto mayor sería la gloria. Por ese motivo, iban espléndidamente ataviados con sus trajes nacionales.

Cuando aquella muchedumbre encadenada pasó de largo, contemplaron una enorme cuadriga cubierta de oro, mucho más sólida que las de carreras, con un relieve en su frente que mostraba a Apolo derrotando a Heracles.

—Cuatro caballos blancos, al igual que Júpiter —masculló Vitruvio.

—César hizo lo mismo y lo tacharon de sacrílego —comentó Diógenes—. Solo Pompeyo se atrevió a más, unciendo elefantes al suyo.

Al frente del carruaje, caminaba una

pareja de niños encadenados; al verlos, por un momento la multitud enmudeció: eran Alejandro Helios y Cleopatra Selene, los hijos de la reina egipcia.

Años atrás, Julio César había cometido el imperdonable error de exhibir varias pinturas mostrando el trágico final de sus adversarios romanos: Lucio Escisión arrojándose al mar o Catón abriéndose las entrañas, empapando su *toga prætexta* de vísceras y sangre. Ver a la princesa egipcia Arsínoe exhibida sobre una parihuela, como un vulgar trofeo de caza, había despertado la compasión de la plebe. Hubo quien no pudo contener

las lágrimas. La tradición dictaba que las guerras civiles no se debían celebrar. Incluso los propios cesarianos habían considerado un alarde de mal gusto aquel desfile.

Por ello su heredero procuraba no regodearse en la desgracia de los vencidos. Previamente, haciendo gala de su habitual previsión, Octavio había declarado la guerra solo a Cleopatra, y no a Marco Antonio. Eso hacía que ahora pudiera celebrar una victoria frente a una potencia extranjera.

—César fue un general mucho más grande que Octavio —manifestó Vitruvio, en voz baja—, pero él tiene

una visión política que no poseía su tío abuelo.

—Y, sobre todo, es mucho más pragmático —señaló Diógenes—. Por eso jamás intentará convertirse en rey.

—¿Crees que le devolverá el poder al Senado? —preguntó Marco.

—Yo no he dicho eso.

El pueblo ovacionaba al *princeps*, que lucía un espléndido aspecto: ataviado con las vestimentas triunfales bordadas en oro y púrpura, la túnica palmata y la toga picta, en su mano derecha portaba un cetro de marfil. Detrás de él, un esclavo sostenía una pesada corona de oro sobre otra de

laurel ceñida a sus sienes. Le acompañaban dos niños, Julia y Druso, fruto de los primeros matrimonios de Octavia y Livia, y dado que era costumbre que los hijos del general victorioso cabalgaran junto a él, esta vez ese honor correspondía a Marcelo y Tiberio, que apenas contaban con catorce años de edad.

Sin embargo, toda la atención recaía sobre un corpulento individuo que cabalgaba tras ellos. Tenía el semblante cuadrado, dotado de unas duras facciones que denotaban una voluntad férrea. Llevaba sobre él una corona áurea con forma de espolones de naves

de guerra. Merecidamente ganada tras la batalla de Nauloco, también resultaba adecuada para aquel nuevo triunfo naval, pues todos sabían que él era el auténtico responsable de la victoria. Amigo de la infancia y mano derecha del *princeps*, Marco Vipsanio Agripa, el general más respetado de la República, era el máximo exponente del nuevo régimen de Octavio, formado por «hombres nuevos» de provincias.

—Un estandarte azul como premio —dijo Vitruvio.

—Hace ocho años, Agripa ya rechazó un triunfo —replicó el anciano.

Tras un nutrido grupo de magistrados

y senadores, miles de legionarios desfilaron por la vaguada, entonando canciones obscenas dedicadas a su general. Aquel era el único día en que se les permitiría entrar armados en la ciudad. La mayoría de ellos estaban borrachos, pues a su paso los vecinos les ofrecían vino y comida. Sin embargo, su aspecto era espléndido: los centuriones exhibían sobre el pecho sus condecoraciones, ya fueran torques o discos de plata cincelada. Los yelmos relucían. Habían engrasado pacientemente las fundas de cuero de sus escudos y habían bruñido todo el metal.

—*Io Triumpe! Io Triumpe!*

Marco se sentía contagiado por el fervor reinante. Su padre había servido a César, su madre adquirió la ciudadanía gracias a él y, más tarde, ambos pudieron subsistir con sus entregas de trigo. El dictador les había traído la paz, y su asesinato había desencadenado nuevas guerras civiles. Sin embargo, ahora su hijo adoptivo la reinstauraba. Se sentía eufórico, parte de algo mucho más grande que él mismo. No podía dejar de sonreír.

Entonces, descubrió que Vitruvia contemplaba la mansión de Octavio. Casi pudo leer sus pensamientos. Desde que Rómulo celebró su primer triunfo



setecientos años atrás, algo sustancial había cambiado en aquella ceremonia. El heredero de César había respetado escrupulosamente todo su abigarrado ritual, pero, esta vez, toda aquella ingente cantidad de riquezas exhibidas ante la ciudadanía no iría a parar a las arcas del Estado, sino a engrosar su patrimonio personal. Coronado rey de Egipto, gobernaría aquella nueva provincia como parte de su herencia. Así pues, no solo dispondría de una enorme fuente de ingresos, sino que además controlaría el principal productor de trigo del Mediterráneo, vital para el abastecimiento de la

capital.

Aquel día se celebraba una victoria de Octavio, no de Roma. Era un triunfo, pero al mismo tiempo una farsa. Vitruvia parecía pensar que solo ella se estaba dando cuenta de eso.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Diógenes—. ¿La paz romana?

—Dicen que ha comenzado una nueva guerra, esta vez en el norte de Hispania —señaló Vitruvia.

Al cumplir dieciocho años había cambiado. Sus ojos, de un gris acerado, seguían destacando de su rostro moreno como dos faros. Aquel mechón rebelde todavía seguía ahí, amenazando con

abandonar las cintas que ceñían su cabello oscuro, pero su delgado cuerpo había comenzado a adquirir forma y ya era más alta que muchos adultos. A Marco le resultaba cada vez más difícil permanecer sereno a su lado. Aunque ahora sentía una profunda irritación.

—Octavio solo trata de asegurar las fronteras —dijo, sin demasiada convicción.

—Por un motivo u otro, siempre hay una nueva guerra por librar —replicó ella—. ¿Qué crees que necesita el pueblo? ¿Pan y circo?

—No. Paz y orden.

La muchacha frunció el ceño. Al

igual que Casandra, parecía maldecida por su propia lucidez. Aquella mirada gris le decía que su mundo era enternecedoramente sencillo, desprovisto de dobleces, aunque, al mismo tiempo, exasperante a causa de su misma simplicidad.

—¿Te consideras libre, Marco?

—¿Y qué es la libertad? —respondió él—. Fíjate en todos esos esclavos a los que un testamento les ha otorgado la manumisión y que ahora han de mendigar en la calle. No se es libre cuando no tienes nada que comer. Ni tampoco cuando alguien te roba, o te apalea, o cuando tu padre muere en una

guerra extranjera ¿Qué futuro puedes elegir?

—Sé lo que piensas —dijo ella, entrecerrando los ojos—. Crees que solo soy una niña mimada.

—Creo que cada cual ve las cosas desde su propia perspectiva.

—Un hermoso eufemismo —espetó ella—. Aunque tus palabras son siempre mucho más honestas de lo que a ti te gustaría. La libertad nos produce miedo porque supone incertidumbre. Esa es la verdad.

—Por favor, dejad de discutir.

La voz de Claudia sonó apagada, aunque era su rostro el que se había

vuelto inexpresivo. Tres meses atrás, su hijo Gayo había fallecido de fiebres con tan solo diez años: había rezado durante horas ante el larario, pero había sido inútil. Una matrona romana consagra su vida a sus hijos, y cuando estos le abandonan al hacerse adultos, al menos puede admirar en qué clase de hombres se han convertido. Sin embargo, para Claudia, ese momento había llegado de una forma trágica y abrupta. Ahora se sentía asolada por una amarga soledad teñida de fracaso.

Aquella muerte había estrechado aún más el vínculo que existía entre madre e hija. Para Marco, los días posteriores al

funeral fueron un agrídulce interludio al distanciamiento que existía entre Vitruvia y él. Aún recordaba el suave roce de su piel cuando le estrechó la mano, cálida como la arena de la playa en verano. Aunque, a medida que el hogar fue recobrando la normalidad, procuró evitar de nuevo su compañía.

Tras rodear el Palatino, la procesión triunfal desfiló por la vía Sacra en dirección al foro para finalizar su recorrido en el templo de Júpiter Óptimo Máximo, en la cumbre del Capitolio. La familia de Vitruvio llegó

al foro unas horas después, dispuesta a admirar las obras de arte traídas desde Egipto.

En la fachada de un modesto edificio de ladrillo, cubierto de mármol en su mitad inferior y de estuque imitándolo en la superior, habían erigido una escultura alada sobre una esfera, rodeada de anclas y despojos de naves de guerra. Era la diosa Victoria irguiéndose sobre el orbe terráqueo, con los trofeos de las naves derrotadas en Accio a sus pies. Simbolizaba el triunfo de Octavio.

—La Curia, incendiada tras el asesinato de César, al fin restaurada —



musitó Vitruvio.

Aquel gesto poseía un claro significado: la reconstrucción de la cámara del Senado representaba su deseo de preservar las antiguas instituciones republicanas. Al menos en apariencia.

En el foro también se había inaugurado el nuevo templo de Julio César Divinizado. Para ello se había cerrado el espacio que había entre el santuario de Cástor y Pólux y la basílica Emilia. Frente a él, se erguía una nueva columna con los espolones de las naves egipcias, no muy lejos de la escultura ecuestre de Octavio. Al encontrarse el

foro Julio a la derecha, ahora el corazón de la urbe estaba revestido de imágenes que rememoraban la victoria del heredero de César.

Subieron la escalinata de aquel templo consagrado a un dictador. Marco se dio cuenta de que Diógenes continuaba en silencio. Pudo imaginarse por qué. Ver desfilar por las calles de Roma a los últimos expolios del arte griego debía producirle una desazón tan honda como su propia pérdida de facultades. Con la conquista de Egipto se había desvanecido el último gran reino helenístico, y ahora el *Museion* y la biblioteca de Alejandría se

encontraban en manos romanas. Los tesoros artísticos que habían albergado los palacios de aquella ordenada metrópoli de amplias avenidas recorrían ahora las estrechas y sinuosas calles de aquella caótica urbe de ladrillo.

Al atravesar el umbral, se encontraron ante un inmenso cuadro que mostraba a una mujer extraordinariamente bella que emergía de entre las olas, con una tenue cortina de agua que creaba un transparente velo sobre su cuerpo desnudo, que trataba de cubrir con las manos. La vida palpitaba en aquella tabla que, aun deteriorada, conservaba un hermoso brillo gracias a

su oscura pátina de barniz.

—Los antiguos deseaban imitar la realidad y por ello decoraban las paredes de sus casas con paisajes o escenas mitológicas como esta — reflexionó Vitruvio—. Pero ahora se pintan aberraciones fantásticas, antes que imágenes reales. Cosas que no existen ni podrán existir jamás.

Marco contuvo una sonrisa, consciente de que su padre no era un gran aficionado a las innovaciones.

—Una obra maestra, ¿verdad? — dijo una voz.

En solo cuatro años, Tito Fabricio había pasado de ser un seguidor de

Catón a convertirse en imitador de Lucio Lúculo, al que llamaban «el Jerjes con toga», y su aspecto iba acorde con ello. Acompañado por una nutrida clientela, vestía toga y una ostentosa túnica de seda de cuyo borde superior asomaba una tupida mata de vello rizado. Tras participar en las campañas de Octavio en Oriente, había amasado una pequeña fortuna gracias a los *philókaloi*, los «amantes de lo bello», opulentos coleccionistas dispuestos a invertir grandes sumas de dinero en obras de arte con las que adornar sus mansiones. A pesar de que para su negocio solo contaba con un par de barcos, Fabricio

era un taimado oportunista con el talento necesario para reconocer una buena obra, comprar barato y más tarde vender caro.

—Siempre es un placer verte —dijo Vitruvio.

Marco experimentó una repentina aversión que trató de ocultar. Le desagradaba tanto la arrogancia del antiguo abogado como el hecho de que nadie pareciera darse cuenta de su mezquino carácter. Y, sobre todo, lo que de verdad le asqueaba era el compromiso de Vitruvia con él.

—Afrodita Anadiómena, pintada hace tres siglos por el genial Apeles...

—manifestó Fabricio, admirando la pintura—. Diosa que se corresponde con Venus, deidad tutelar de la familia Julia y madre de Eneas, quien, según la leyenda, escapó de la caída de Troya para refugiarse en el Lacio y allí creó el linaje de Rómulo y Remo, los fundadores de Roma. Muy apropiado, ¿no crees?

—¿Ha sido una casualidad encontrarte aquí? —preguntó Vitruvio.

—Las casualidades hay que forzarlas —manifestó Fabricio, con una sonrisa cínica—. Necesito un arquitecto y qué mejor que mi futuro suegro. Deseo construir un estanque para criar

morenas, en mi villa de Puteoli. Tras admirar esta maravilla, he tenido una especie de revelación: me gustaría que contara con una escultura de Venus surgiendo de las olas. Tal vez tu amigo Diógenes pueda esculpirla.

—Me temo que ahora estoy demasiado ocupado con las estatuas del Panteón de Agripa —repuso el anciano, halagado y apesadumbrado al mismo tiempo.

Agripa le había encargado a Vitruvio una parte del diseño del Panteón, un colosal templo consagrado a todos los dioses que se erguiría en el Campo de Marte. Construido con bloques de



travertino forrados de mármol, su cuerpo de planta circular estaría formado por una gigantesca cúpula de ciento cincuenta pies de diámetro. En sus siete ábsides habría una colección de esculturas con los principales dioses del Panteón, y contaría con un conjunto de cariátides a modo de columnas, todas ellas esculpidas por Diógenes.

—Sin embargo —prosiguió el escultor—, sé de alguien que posee el talento necesario para realizar una obra a la altura de Apeles: Marco Vitruvio Rufiano.

Al oír su nombre, el muchacho dio un respingo.

—Lo cierto es que las obras del Panteón nos mantienen demasiado ocupados —corroboró Vitruvio—. Aunque podría hacer los diseños preliminares. Marco se encargaría de esculpir la Venus y supervisar las obras en mi nombre. Te aseguro que está perfectamente capacitado.

—Parece joven —señaló Fabricio, escrutándole de pies a cabeza.

—Ya tiene veintiún años —replicó el arquitecto.

Marco se sentía intranquilo. A pesar de sus esfuerzos por ocultar su antipatía hacia aquel comerciante de arte, sin duda no sería tan estúpido como para no

haberse dado cuenta.

—Está bien —accedió—. Si tú lo dices, ha de ser cierto. Solo pongo una condición.

—¿Cuál?

—Quiero que mi prometida haga de modelo.

Vitruvio observó a su hija y pareció dudar. Por algún motivo, aquel hombre deseaba exhibir a su futura esposa desnuda ante los visitantes de su villa, algo que no solo resultaba insólito, sino que además atentaba contra el decoro. Sin embargo, el arquitecto también era consciente de que al fin y al cabo solo se trataba de las convenciones del arte

griego, e incluso Livia, la esposa de Octavio, había sido retratada de aquel modo. Y sobre todo era una gran oportunidad para que su hijo adoptivo dirigiera por primera vez unas obras.

Su expresión le dijo a Marco que, una vez más, Fabricio se había salido con la suya. Esta vez no pudo ocultar una mirada de resentimiento. Al verlo, Claudia experimentó una honda inquietud. Hacía tiempo que a la pérdida de su hijo se habían sumado otras preocupaciones. Vitruvia contaba con un buen compromiso matrimonial, y además los dioses habían puesto a Marco en su camino, quien, en cierto modo, había

logrado sustituir al enfermizo Gayo. Sin embargo, al ver cómo ambos se miraban temía que su prometedor futuro se viniera abajo.

Su desazón vino acompañada de un fuerte acceso de tos. Cintia, que se encontraba a su lado, le ofreció agua. Se lo agradeció con un severo gesto. Entonces observó el aspecto de la doncella de su hija y no pasó por alto el modesto collar que lucía en el cuello.

—Decías que no te gustaba el ámbar —murmuró, tras devolverle el vaso.

Al girarse, Claudia sonrió. A pesar de todo, la presencia de aquella muchacha en la casa tal vez fuera una

bendición.

Tras afilar el cálamo con el cortaplumas, Marco desenrolló un pliego de papiro y sumergió la punta de la caña en el tintero, para abocetar una figura. Su cubículo era de techos altos, con apenas espacio para un lecho, un arcón donde guardar la ropa y una alargada mesa de cedro frente a la que se había sentado. Estaba cubierta de rollos, bocetos, pequeñas maquetas de edificios y modelos de arcilla cocida. Provista de tres bocas, la lucerna de cerámica sumaba su oscilante luz a la

débil presencia de la luna que llegaba por la ventana cinco pies por encima de su cabeza, de forma que el artesonado del techo, ennegrecido por el hollín, se desvanecía en la oscuridad.

Aquel iba a ser su gran reto. Hasta entonces, además de bustos, tan solo había esculpido algunos frisos, un trabajo menor que en ocasiones podía confundirse con el de un simple cantero. Y ahora aquella Venus supondría una tácita comparación con la obra de dos de los artistas más grandes de todos los tiempos.

Afrodita Anadiómena. Apeles había sido el pintor personal de Alejandro

Magno y para aquella impresionante pintura había empleado como modelo a Campaspe, la cortesana favorita del rey. Se decía que, una vez finalizada, el macedonio inmediatamente supo que el artista se había enamorado de ella, y que por ello se la entregó como pago. La escena se había inspirado en Friné, amante y musa del escultor Praxíteles, pues acostumbraba a bañarse desnuda en la playa durante los festivales consagrados a Poseidón. A causa de su gran belleza, muchos artistas recurrieron a ella para otorgar una imagen a la diosa del amor. Praxíteles había sido el primero en esculpir a una mujer desnuda



a tamaño natural: una obra rebosante de sensualidad.

Intimidado ante la grandeza del tema que debía tratar, Marco no sabía cómo afrontarlo. En su *Eneida*, Virgilio aseguraba que Roma siempre se encontraría por debajo de la Hélade en las artes y ciencias; solo la superaría en la guerra. Y era cierto: el suyo aún era un arte inmaduro, completamente deudor del griego, aunque esa circunstancia también podía ser una ventaja y, sobre todo, un desafío. No tenían por qué ser académicos ni imitadores, ahogados por el peso del clasicismo, sino pioneros. Podían recorrer nuevas sendas que irían

creando a cada paso que dieran.

Hasta entonces, la escultura romana solo había destacado en el retrato. Bustos para honrar la memoria de los antepasados, o estatuas con toga erigidas en lugares públicos para recordar al ciudadano ilustre que hubiera destacado en su servicio a la República. En ellos, se mostraba cualquier defecto físico o síntoma de envejecimiento, en contraposición del arte griego, que acostumbraba a presentar al retratado con los atributos de algún dios. Ese austero realismo pretendía reflejar toda la franqueza y sencillez romana frente a la decadente adulación helénica.

Sin embargo, a medida que sus generales victoriosos eran honrados en Oriente con suntuosas estatuas ecuestres, Roma se fue llenando de esas dinámicas y exuberantes estatuas. Hubo intentos de alcanzar un punto intermedio: un rostro realista, como identidad del retratado, en un cuerpo acorde con los cánones de belleza. No se trataba de construir un todo coherente, sino un compromiso que aunara realidad y perfección; la cabeza describía, el cuerpo ensalzaba, y en ocasiones, se mezclaban los atributos de un dios con los de una persona real. De esta forma, Octavio era Apolo, Sexto Pompeyo se convertía en Neptuno y

Marco Antonio en Heracles.

Tal y como le había dicho su padre, solo eran aberraciones fantásticas. Cosas que no existen ni podrán existir jamás. Marco llegó a la conclusión de que estaba divagando, y sin saber por qué, recordó las palabras del gladiador ilirio: «No pienses, solo siente y actúa. Tu cuerpo ha de aprender las técnicas, pero tu mente debe olvidarse de ellas. Solo así se convierten en una fuerza latente en tu interior. A la hora de la verdad, no podrás tomar una decisión consciente».

Olvidarse de todo. ¿Acaso Diógenes no le había dicho lo mismo? Entonces,

oyó el sonido de la puerta al abrirse y unos tímidos pasos que se deslizaban sobre el suelo enlosado.

Bajo el dintel, la luna recortaba la forma de una muchacha sosteniendo un candil. Bajo aquella tenue luz, sus juveniles rasgos se habían acentuado. Experimentó un enorme alivio y, al mismo tiempo, una honda decepción, al descubrir que se trataba de Cintia. La esclava entornó la puerta hasta cerrarla y se aproximó a él para depositar aquella lámpara de cerámica sobre la mesa.

En nuestra mente existe un umbral. Incapaces de asimilar toda la

información que nos llega a través de los sentidos, debemos filtrarla a través de él. Por eso, si te habitúas a la presencia de alguien, dejas de ser consciente de su aspecto. Ya lo conoces, no le prestas atención. Puede cambiar poco a poco ante tus ojos sin que te des cuenta. Solo si se muestra de una forma completamente distinta a la habitual, logrará atravesar ese umbral.

Cuando Cintia se desnudó ante él, la contempló como si fuera una desconocida.

Era una belleza. Uno por uno, sus rasgos no tenían nada de especial. Despertaban una atracción que iba

contra toda lógica, pero se armonizaban entre sí hasta componer una imagen cautivadora. Había visto infinidad de veces aquel hermoso cuerpo sin darse cuenta de cómo la pubertad lo había transformado.

Cintia le dedicó una mirada profunda, turbia, sensualmente explícita. Hubo un instante de vacilación, un momento de vértigo, y entonces ella tomó su mano para besarla. Sin levantarse del asiento, Marco aferró su cintura. Cuando la arrastró hacia sí, su cuerpo cedió dócilmente. Ella le tomó por las sienes para conducirlo hasta su busto y se adueñó de él, saboreándolo

con el ansia de un niño de pecho.

—Acuéstate —dijo.

La esclava se tumbó sobre el jergón. Su melena oscura se desparramó por la almohada. Cerró los ojos e inspiró profundamente, expuesta, inquieta. Despojándose de la túnica, se arrodilló ante ella y trató de no aplastarla. Exploró un cuerpo suave, cálido, que a pesar de no usar perfume desprendía una turbadora fragancia. Fue el instinto quien le guio. Ella, al sentirlo pulsando con avidez, alzó el rostro para mirar hacia abajo, confusa, como si solo entonces fuera consciente de lo que estaba haciendo.



Los labios de Marco recorrieron su cuello y ella gimió, al sentir una punzante presencia abriéndose paso. Él empujó lentamente, y al mirarla a los ojos, pudo sentir su dolor, su felicidad y su miedo. Murmuró unas palabras en su oído que hicieron brotar una sonrisa. Acoplados, su cuerpo se estremecía bajo su empuje y ella dejó caer su cabeza hacia atrás. Su respiración entrecortada se aceleró, los jadeos aumentaron en intensidad y al final tuvo que ahogar un grito.

Cuando se derrumbó sobre ella, notó su corazón palpitando sobre el pecho mientras sus manos le acariciaban la

espalda. Aquella voz se había transformado en un susurro y sus piernas le abrazaron los costados, como si no quisieran dejarle escapar.

# XXXVII

Aquella inhóspita tierra hacía irreal cualquier despedida. Amanecía, pero las nubes se habían desplomado del cielo y los habían envuelto con su helado rocío. El mar rugía a sus espaldas, descargando su furia contra las rocas; las explosiones de espuma salpicaban salvajemente el desolado acantilado de piedra oscura que se encontraba a sus pies. Más allá de aquella bahía, a miles de millas hacia el norte, no había nada. Solo el fin del mundo, una gélida muralla de hielo habitada por los

demonios del mar. Noches eternas, y  
quién sabe qué más.

Un viento galaico alborotaba el  
rizado cabello de Vitruvia, que le  
observaba con expresión solemne,  
despojada de maquillaje, como una  
escultura a la que se ha retirado su  
pintura para dejar el mármol al  
descubierto. Bajo la estola, el viento  
aplastaba contra su cuerpo un sencillo  
*peplos* de lino azul. Por un momento, sus  
dedos se hundieron en la grisácea  
maraña de crines de *Mercurio*. Marco  
se sintió absurdamente celoso.  
Permanecía de pie frente a ella, con el  
yelmo bajo el brazo, sosteniendo las

riendas.

Ella regresaba a Roma, al hogar, y una vez más recordó a Jano. Había llegado a la conclusión de que la vida solo consiste en cruzar una serie de puertas que marcan un comienzo y un final. Una vez que has atravesado una de ellas, puedes contemplar tu pasado como un simple espectador. En su vida habían existido dos de esos umbrales. Uno de ellos lo traspasó el día en que la conoció. Muchas veces se había preguntado hasta qué punto la deseaba realmente, o solo anhelaba lo que ella representaba: el calor de un hogar y la esperanza de una existencia mejor,

alejada de la miseria. Su propia redención.

Sin embargo, tras abandonar Roma y cruzar el segundo umbral, aquella pérdida se fue diluyendo y toda aquella esperanza se le antojó fútil, ridícula. A sus ojos, la civilización se había convertido en una hipócrita farsa que se venía abajo en cuanto a alguien le convenía. Pero ahora tenía la sensación de que acababa de atravesar otra de esas puertas. Y no sabía adónde le llevaría.

—Lo lamento —murmuró.

Sus ojos grises le escrutaron, tratando de ver más allá de sus palabras.

—Podrías haberme escrito —le

dijo, apartándose el cabello de la frente.

Eludió su mirada, para no quedar atado a ella.

—Carezco de tu talento con las palabras —se excusó.

—Eso... es evidente.

Guardó silencio, sin saber qué responder.

—Platón escribió una fábula acerca de Giges, un honrado pastor de Lidia —dijo entonces Vitruvia—. Un día, mientras conducía su rebaño, encontró un anillo de oro en el interior de una grieta en el suelo y, al ponérselo, descubrió que podía hacerse invisible a voluntad. Empleando el don que le

otorgaba el anillo, entró en palacio, mató al rey y tomó a la fuerza a su esposa, robándole la corona.

Esbozó una sonrisa cansada.

—¿Quién sería capaz de renunciar a lo que más desea, teniéndolo al alcance de la mano, solo porque sabe que no es correcto?

Montó sobre *Mercurio*, pero antes de irse quiso hacerle una pregunta que llevaba mucho tiempo en su mente:

—¿Eres feliz?

—Marco, tu único talento con las palabras es el de formular preguntas que jamás nadie me ha hecho.

Él, sin decir nada más, tiró de las



riendas para alejarse.

γ

Quinto deseaba tener a su lado solo a gente de confianza. Le acompañarían Niñato, Annio y el opción, además de Decio Násica. Habían decidido mudar su habitual indumentaria por otra más semejante a la de los nativos. No podían llevar el cabello tan largo como ellos, pero sí que podía no afeitarse. En un principio, sentir aquella aspereza en el rostro les resultó desagradable, pero pronto se habituaron a ella.

El centurión inspeccionó su aspecto mientras cargaban el equipaje sobre las mulas, envueltos en gruesos mantos de lana. Desde luego, difícilmente pasarían por montañeses, pero tal vez podrían confundirlos con la guardia personal de algún mercader, con un grupo de desertores o de hispanos parcialmente romanizados.

—El cíngulo y las cáligas —dijo a Annio—. Quítate los.

Tanto el cinturón de placas de bronce remachadas como aquel calzado formaban parte de la estética militar y eran lo único que, desprovistos de armas, los identificaba como

legionarios. El hombrecillo emitió un bufido, aunque obedeció de inmediato. Tras entrar en el barracón regresó con unas botas de media caña y un cinto civil.

Lesbia había venido a despedirse. Era evidente que se temía lo peor.

—Es solo una misión rutinaria —mintió Annio, antes de saltar sobre la silla—. Cuídate, tesoro.

Montado sobre *Mercurio*, Marco se dirigió al optión:

—Este mes cumples los veinte años de servicio, ¿verdad? —dijo, tratando de animarlo—. Puede que esta sea tu última misión.

—Eso es lo que más temo —replicó él—. Tendría gracia, después de tanto tiempo.

—¿Qué harás cuando te licencies? —preguntó Niñato.

—Buscarme una buena esposa y una granja, para vivir un apacible retiro en el campo, dedicado al cultivo de la tierra, tal y como hicieron nuestros antepasados.

—¿En serio?

—No —respondió—. Supongo que me emborracharé en algún prostíbulo y, más tarde, ya se me ocurrirá algo.

El mensor picó espuelas para situarse en vanguardia junto al centurión.

Formaban una columna de siete jinetes, acompañados de media docena de mulas para la impedimenta. Dos de ellas transportaban unas pesadas sacas de cuero con la recompensa del cántabro y otra cargaba con un bulto más que sospechoso.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó a Násica, temiendo saber la respuesta.

El artillero alzó una lona que cubría un costado, para mostrarle una ballesta de accionamiento por torsión de tres pies de largo, parcialmente desmontada. Era una versión reducida de un escorpión; dado su tamaño podía sostenerse con las manos.

—Ayer terminé a *Tábano* —dijo, exhibiendo una zafia sonrisa—. Tengo ganas de probarlo...

Marco ahogó un suspiro de resignación y prefirió callarse, pues tenían otras preocupaciones en la mente. Al fin y al cabo, debían escoltar a quien, hasta hacía dos días, había sido su mayor enemigo. Además, aquella misión solo era una farsa para menoscabar la reputación del líder insurgente. Sin embargo, montado sobre un caballo negro de largas crines trenzadas, él parecía ajeno a todo ello, como si no fuera más que una retorcida broma. Sus ojos, de un gris azulado, los estudiaban

con atención. Bajo su poblaba barba, se adivinaban indicios de una sonrisa burlona. Consideró que no le faltaban motivos: vestido con su áspera túnica de lana y envuelto en un manto oscuro de tosca urdimbre, aquella escolta resultaba tan chocante como un pastor de cabras rodeado por una decena de lictores.

Quinto se aproximó para mostrarle uno de los mapas.

—Has elegido una ruta rebuscada —dijo, señalando uno de ellos.

—Es mejor avanzar por caminos que estén poco transitados —replicó él—. El monte Medulio se encuentra en la

vertiente sur de la cordillera. La única forma de llegar hasta allí es a través de la vía que mantenemos abierta por la sierra de Aracillum, siguiendo el itinerario que une de norte a sur Portus Blendium con Segisamo. Sin embargo, ese paso constituye un cuello de ánfora y creo que deberíamos mantenernos alejados todo lo posible de él. Llevamos una fortuna encima y nuestro huésped tiene muchos enemigos.

Aquella respuesta no pareció satisfacerle.

—¿Qué es lo que escondes, Marco? Suéltalo de una vez. —Quinto aún parecía resentido.



—Emilio Arvina... —masculló—.

En la fiesta, me sugirió, haciendo gala de su habitual tacto, que nuestro protegido debía morir.

—Mierda —maldijo el centurión—.

¿Crees que trama algo?

—No lo sé. Aunque es mejor no arriesgarse.

A partir de entonces, los acompañó ese austero fatalismo que caracteriza a toda marcha a través de una tierra potencialmente hostil. Transcurrieron dos horas sin que el hispano pronunciara una sola palabra. En un principio, Marco imaginó que se debía a aquella extraña situación, pero con el tiempo

supuso que debía de ser algo habitual en él. A pesar de que su montura era de una alzada considerable, sus pies colgaban casi rozando la hierba. Sus ojos brillaban de forma enigmática, sin perder de vista el petate que, envuelto entre las pertenencias del centurión, guardaba su espada.

—Te dije que volveríamos a vernos —señaló, cuando Marco se situó a su lado.

—¿Crees en el destino?

El bárbaro escupió al suelo. Por un instante, dio la impresión de que no iba a responder.

—Cuando el color de las entrañas

de un animal le dice a un augur que tus hombres van a morir, sin que puedas hacer nada para evitarlo, yo prefiero pensar que aún soy el dueño de mi destino.

—No querías terminar como Viriato, ¿verdad?

Su mirada azul le escrutó.

—El miedo es la peor muerte.

Aquel hombre lo había perdido todo. No solo había sido derrotado, sino que además ni tan siquiera podía confiar en su propia gente. Quizá, lo mejor para él hubiese sido morir en aquella batalla, rodeado de sus hombres, antes de que el miedo y la avaricia le despojara de su

última y más preciada posesión, la dignidad.

A Marco le sorprendió sentir aquella desazón. Existía un arquetipo de historia trágica en que las cosas no suceden como deberían: la del héroe que se ha de enfrentar a la adversidad solo para encontrar la muerte. Sin embargo, ahora había descubierto la más triste de todas, una historia decepcionante, incompleta, que nadie querrá escuchar jamás, porque, al fin y al cabo, su única moraleja es que cualquier persona tiene un precio.

La embarrada senda desembocó en la vía que, procedente de Portus Blendium, se dirigía hacia el sur. En el cruce de caminos encontraron a una harapienta figura postrada sobre el tronco de un enorme roble. Las raíces cubiertas de musgo parecían engullirla. Quinto se adelantó a la comitiva para estudiar a aquel desconocido que permanecía inmóvil e inspeccionó el camino que atravesaba aquel pequeño claro hasta perderse en lo más profundo del bosque. A continuación hizo un gesto a sus hombres.

Cuando llegaron a su altura, Marco descubrió que aquel sujeto no podía verlos. Una tosca venda con una costra de sangre reseca cubría la parte más alta de su cabeza, como una especie de miserable turbante. Junto a él había varios recipientes de cerámica que contenían alimentos, además de un odre y un par de mantas raídas. Él pareció percatarse de su presencia y comenzó a farfullar algo ininteligible, tal vez una súplica.

—¿Qué hace este hombre aquí? — preguntó el centurión.

—Es nuestra costumbre sacar a los enfermos a los caminos, si no se conoce

ninguna cura para su mal —le explicó Corocuta.

Niñato descabalgó para arrodillarse junto a él y abrió la bolsa con su instrumental médico.

—Dile que no podemos perder más tiempo —añadió el cántabro—. Ese hombre ya sabe cuál es su destino. Se avecina una tormenta y aún debemos recorrer seis millas antes de que caiga la noche.

Quinto ahogó una blasfemia. Aquello menoscababa su autoridad.

—Niñato... —dijo—. Tenemos una misión que cumplir.

—Es solo una pequeña fractura en el

cráneo —explicó el joven—. Únicamente necesito una hora. He de cumplir con el juramento de Hipócrates.

«El juramento de hipócrita.» Marco había visto a docenas de médicos dejar morir a enfermos a las puertas de su casa, solo por no ser capaces de satisfacer sus generosos honorarios. Otros prometían sanarlos a sabiendas de que su mal era incurable, solo para poder sangrar a su familia hasta dejarles sin un sestercio. Eran especialistas en especular con la esperanza ajena, ese sentimiento que va más allá del raciocinio. Había gente que buscaba al adivino que les vaticinara el porvenir



que deseaban oír, mientras que otros trataban de encontrar algún médico que les asegurara que su familiar tiene alguna remota posibilidad de sobrevivir. También los había como Antígono, dotados de una sólida ética profesional, pero ahora aquel muchacho parecía empapado de todo su ingenuo idealismo y se empeñaba en sanar a un desconocido que, en otras circunstancias, seguramente habría intentado acuchillarlos.

—Es aprendiz médico —explicó el mensor—. Ha jurado atender a cualquier enfermo que encuentre a su paso.

Corocuta frunció el ceño, antes de

asentir. Parecía que solo respetaba el hecho de cumplir con la palabra dada.

—¡Niñato, debemos marcharnos ahora! —gritó Quinto. Aquello ya era una orden, así que el joven tuvo que recoger su instrumental, apesadumbrado, para saltar de nuevo sobre su montura. Al alejarse, fue el único en mirar atrás.

Llegaron al refugio cuando ya casi había anochecido, completamente empapados y ateridos por el frío. La lluvia los había sorprendido en el camino, por lo que tuvieron que aumentar el ritmo de la marcha. Hacia el oeste, resonó un trueno

e instantes después un relámpago iluminó un desolado paisaje cuajado de colinas cubiertas por un inmenso bosque.

Un derrumbe había sepultado la entrada a la cueva hacía mucho tiempo, aunque pudieron entrar a gatas a través de una pequeña abertura. El vestíbulo descendía a lo largo de una suave pendiente. Una vez dentro, resultaba bastante amplio, aunque el techo tan solo se encontrase a un par de palmos sobre sus cabezas. Marco descubrió algo en el suelo y se inclinó para recogerlo: era una punta de flecha de piedra labrada, con una pequeña muesca en su base para

ser enastada. Sin duda, los vestigios de algún rayo arrojado por Júpiter durante alguna tormenta como aquella; sin embargo, no acertaba a explicar cómo podía haber llegado hasta allí. Recordó que Octavio había estado a punto de morir cuando uno de ellos cayó junto a su litera y, dado que se decía que aquellas puntas servían de protección contra ellos, tomó un cordel de su bolsa y, anudándola por su base, se la colgó del cuello. No era especialmente supersticioso; sin embargo, ya fuera como amuleto o como reliquia, deseaba llevarla consigo.

Eligieron un lugar seco donde

envolverse en sus mantos para devorar algo de queso y pan oscuro. Él trató de apoyarse en la pared para descansar, pero la fría humedad de la roca le obligó a incorporarse. Las piernas le dolían tras una dura jornada cabalgando sin descanso; con el cuerpo entumecido y la ropa empapada, se sentía exhausto. A pesar de ello, no lograba dormir.

Cerró los ojos, tratando de olvidarse de todo. Solo escuchó la lluvia que caía entre las copas de los árboles más allá de la entrada y el sonido de alguna tos entrecortada. Entonces aspiró el intenso olor a tierra húmeda y vegetación. Era verano y los dientes le castañeteaban de

frío: una vez más, añoró su hogar.

Descubrió que, a media docena de pasos, una sombra le observaba.

—Para no sentir frío, puedes encender un fuego o acostumbrarte al frío —dijo Corocuta—. Para no sentir el peso, puedes aligerar tu carga o hacerte más fuerte.

Puedes mejorar el mundo que te rodea o puedes mejorarte a ti mismo. El progreso se encuentra en manos de los inadaptados, pero depender de algo también es síntoma de debilidad. La ciencia nos ha enseñado a usar la naturaleza en nuestro beneficio; sin embargo, hombres como él trataban de

convertirse en parte de ella.

—Tenía un amigo que decidió reducir la comida que le daba diariamente a su perro —dijo Marco—. Así que, cada mañana, fue mermando su ración, hasta solo entregarle un hueso descarnado.

—¿Y entonces el perro aprendió a no comer? —preguntó él, intrigado.

—No. Murió de hambre.

Durante un largo rato, el cántabro reflexionó.

—Tu amigo hizo bien —dijo al fin—. Un animal incapaz de alimentarse por sí mismo no merece vivir.

Aquellos ojos azules descendieron

para observar sus dedos manchados de tinta y se desplazaron hacia el tubo de madera en el que guardaba los papiros.

—Acompáñame.

El bárbaro se incorporó. Le condujo hacia el fondo de la caverna, inclinándose para no golpearse la cabeza con las irregularidades del techo. Cuando señaló una forma inscrita sobre él, Marco se aproximó para examinarla.

Era el dibujo de una especie de toro embistiendo, pintado con negro y ocre, de casi cinco pies de largo. La figura había sido trazada aprovechando el abultamiento natural de la roca, como si surgiera de ella y se materializara desde



las profundidades de la tierra. A su izquierda descubrió otra res, también pintada de perfil, aunque esta vez inmóvil. Iluminado por la oscilante luz de la antorcha, Marco deambuló por el fondo de aquella gruta hasta descubrir, uno tras otro, una auténtica manada de bestias astadas, tal vez quince, y al fondo la efigie de una cierva.

—Dicen que las pintaron los antiguos —aseguró el montañés—. La raza de los hombres que habitaba esta tierra antes de que los dioses adoptaran forma humana y parte de ella fuera sepultada bajo el océano. Ya no existen animales como estos.

Conocía bien el arte extranjero y jamás había encontrado un bárbaro capaz de pintar unos animales con tanta maestría, otorgándoles esa inquietante sensación de movimiento. Sin embargo, también era consciente de que procedían de un pasado extraordinariamente remoto.

—Sé que sabes dibujar —añadió Corocuta, señalando su tubo de papiros—. Pensé que tal vez te gustaría verlas.

Regresó junto al resto, pero él permaneció allí durante un largo rato, observando aquellas pinturas, intentando imaginar las escenas de caza que las habían inspirado. Eran una ventana por

la que se podía contemplar el pasado. Al recordar a Diógenes se preguntó si, en un futuro, cuando todo el poder de Roma se hubiera desvanecido, alguien podría recordar su civilización gracias a la obra de un humilde escultor anónimo.

Pensó en Décimo Valerio, en Tito Lucrecio y en tantos otros soldados caídos a lo largo de todo el mundo conocido, sin haber dejado un solo vestigio de su paso por él. Sin embargo, el pueblo que vivió en aquellas cavernas podía haber sido aniquilado y esa raza de animales haber desaparecido, mientras el mar engullía su tierra e incluso sus mismos dioses caían en el

olvido, pero aquellas pinturas aún permanecerían allí, durante siglos, como mudos testigos de una era extinta.

En el interior de aquella cueva perdida en los confines del mundo, Marco descubrió que el arte es lo único realmente inmortal.

## XXXVIII

Al amanecer, abandonaron la cueva para disfrutar de la tibieza del sol, tras dejar atrás el bosque. Los zapadores habían ensanchado la sinuosa senda creada por los lugareños, talando árboles para enderezarla en la medida de lo posible. Cuando atravesaron el angosto desfiladero por el que transcurría el río que conducía hasta el valle donde moría la sierra de Aracillum, descubrieron un pequeño *castellum* que dominaba el paso a su izquierda, sobre el extremo occidental de un gran macizo rocoso.

Rodeada por una muralla de piedra adaptada a la orografía, se erguía una *turris* de planta rectangular, cuyo vigía los saludó con un gesto. Las guarniciones como aquella eran muy vulnerables a la guerrilla, aunque mantener abierta aquella vía de comunicación resultaba prioritario para coordinar a los ejércitos que operaban en ambas vertientes de la cordillera, aunque más allá de ella, se extendía una interminable sucesión de montañas que escapaba a su control.

Decidieron no pasar por el campamento desde el que marcharon hacia *Portus Victoriæ*. En su lugar

dieron un rodeo para ascender hacia lo alto de la sierra a través de una senda cada vez más empinada. Cabalgaban con paso fatigado, expuestos al fuerte viento norte que helaba sus espaldas y los empapaba con una humedad arrastrada desde el océano. A pesar de contar con buenos caballos y media docena de mulas para transportar la impedimenta, aquel accidentado terreno resultaba extenuante.

Llegaron a Aracillum hacia el mediodía. El castro estaba incrustado en un estrechamiento rocoso de la sierra, rodeado por un triple perímetro defensivo formado por un muro de

piedra provisto de empalizada recién construido. Aquella angosta cumbre había sido arrasada para formar un aterrazamiento en su parte alta, donde habían construido un barracón de zócalo de piedra y paredes de zarzo de sesenta pies de largo. Expuesto al fuerte viento noroeste, la lluvia había erosionado el adobe y la techumbre de escoba debía reponerse continuamente. Un pequeño horno les permitía obtener hierro para mantener activa la forja, destinada a reparar sus armas y el destartalado equipo de campaña. Por lo demás, aquella solitaria guarnición permanecía ociosa la mayor parte del tiempo.



Al cruzar la puerta norte, descubrieron que las letrinas consistían en un rocoso desnivel por el que los legionarios debían asomar el trasero, a riesgo de congelarse los testículos. Un robusto soldado orinaba sobre el borde, tratando de evitar que el viento hiciera volver el chorro contra él. Cuando se aproximaban al barracón y el sentido de la ventisca cambió bruscamente, oyeron una maldición a sus espaldas.

Los recibió un desaseado centurión con barba incipiente, envuelto en dos mantas. Además de los gruesos calcetines bajo las cáligas, se había enrollado unas polainas de lana hasta las

rodillas, y el calzón parecía hecho del mismo tosco tejido grisáceo que el de los nativos. A pesar del hermoso camafeo engarzado en el meñique con el emblema de la familia Mussidia Iulia, su aspecto era tan desaliñado como el de sus hombres. Sin duda, todos eran conscientes de que ningún tribuno visitaría aquella pocilga para pasar revista.

—¿Tenéis vino? —les preguntó, a modo de saludo.

Quinto hizo un gesto. Annio le arrojó un pequeño odre.

—Gracias —añadió él, tras un largo trago—. No es fácil encontrar algo de

beber por aquí.

Al limpiarse los labios con el manto, dedicó un breve escrutinio al bárbaro que los acompañaba. No le prestó más atención, pues debió de suponer que se trataba de algún guía nativo.

—Últimamente esto está muy concurrido —dijo.

—¿Ah, sí?

—Hace un par de horas pasó por aquí otra partida de soldados a caballo.

Quinto fingió desinterés.

—¿Y adónde se dirigían?

—No se mostraron muy parlanchines —respondió, con un encogimiento de hombros.

Tras despedirse, dejaron atrás aquel *castellum*. Násica observó un promontorio situado a la izquierda de la senda; tenía el aspecto de caparazón de una gigantesca tortuga. Al sentir la mirada del mensor sobre él, el artillero asintió.

—Sí, desde allí disparamos.

Llegaron a la otra cumbre, donde habían construido el campamento que asedió el castro. Dentro del perímetro defensivo abandonado, había otro *castellum* a modo de guarnición, provisto de más barracones. Sin embargo, más allá de esto, en aquella cima solo quedaban fosas y terraplenes,

además de las vías toscamente empedradas que recorrían los ejes del recinto. Los brezos, después de que los segaran, comenzaban a brotar de nuevo entre un manto de hierba peinada por la fuerte ventisca. Durante un tiempo, casi diez mil hombres habían vivido allí y habían traído consigo una diminuta porción de su civilización. La naturaleza reclamaba de nuevo su soberanía sobre aquel lugar.

Una vez allí, la sierra dejaba de ascender. Su marcha se hizo más fácil, a pesar del calabobos que les caía encima. Más abajo, siguiendo la pendiente, el matorral se convertía en un

roble dal bajo que cubría la falda de la montaña hasta llegar al fondo del valle. Una niebla comenzó a envolverlos, a medida que recorrían la cresta entre un mar de helechos, siempre hacia el sur, y pronto se volvió tan densa que Marco apenas pudo distinguir el final de su columna. Un venado huyó a su paso, hasta perderse entre los acebos.

Poco a poco, el sol fue materializándose tímidamente por encima de sus cabezas, a medida que la bruma se hacía jirones, como si las cumbres hubieran desgarrado un gigantesco manto de algodón. Con la ropa empapada, la presencia del astro

rey les resultó agradable. Las nubes que colmaban el valle que tenían a sus pies fueron quedando atrás y, una vez rebasada la última cresta del puerto, accedieron a la vertiente sur de la cordillera. Ante ellos se extendía un amplio valle, cubierto por prados. Más allá vieron un bosque que ascendía hacia un nuevo cordal montañoso. Un río serpenteaba por aquella verde explanada, en dirección sureste.

—Ese es el Medulio —les aseguró Marco—. Hay una guarnición no muy lejos de aquí, siguiendo la senda que conduce hasta Iuliobriga, Vellica, Amaya y Segisamo. Aunque debemos

abandonarla cuanto antes.

Los cascos se hundieron en la senda cubierta de lodo a medida que descendían. Pasaron junto a los restos de otro campamento de verano. En cuanto alcanzaron el valle, descubrieron un manantial de agua sulfurosa que exhalaba un fuerte olor a huevos podridos. Atravesaron la llanura hasta alcanzar el curso de un arroyo que apenas alcanzaba a cubrir las rodillas de los caballos.

La cordillera que habían dejado atrás vertía sus aguas en el mar Cantábrico, mientras que los ríos nacidos algo más allá del Medulio eran



afluentes del Douros, que desembocaba en el Atlántico. Pero aquel riachuelo que ahora atravesaban era el Íber, el cual, tras un recorrido de seiscientas millas, creaba un enorme estuario en las inmediaciones de Tarraco, la capital provincial.

El *Mare Nostrum*. Aquel miserable arroyo le había hecho recordar su hogar.

A medida que ascendían hacia la nueva línea de cumbres y dejaban atrás el valle, el robledal dio paso a una muralla de vegetación olivácea que flanqueaba el camino por ambos lados. Las suelas

de hierro de los caballos comenzaron a resonar ásperamente cuando la alfombra de hojarasca desapareció bajo sus pies. La montura de Niñato resbaló sobre un afloramiento rocoso y emitió un relincho.

Marco se adelantó al resto, preocupado. Aquel denso encinar no llegaba a ocultarlos y los animales producían una estela de polvo que los envolvía. Por encima de la vegetación atisbó un pequeño poblado amurallado, apenas mayor que una granja, situado en lo alto de un promontorio que controlaba el camino. No sería difícil que la familia que lo habitaba les diera cobijo durante

la noche, aunque fuera a punta de espada. Oteó hacia poniente y descubrió que el sol comenzaba a lamer la cresta de las peñas que ahora adquirirían un tono violáceo. Estaban exhaustos, tras toda una jornada de marcha. No parecía probable encontrar otro refugio antes de que la noche se les echara encima.

Detuvieron los caballos en un recodo para inspeccionar el lugar, a solo trescientos pasos de él. Las puertas de su empalizada permanecían abiertas, las reses pastaban apaciblemente en los prados y el humo de los hogares se

filtraba por las techumbres de paja.

—Todo parece normal —dijo Niñato.

—Sí, demasiado normal —masculló Corocuta—. Tanta normalidad en medio de una guerra resulta anormal.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Quinto.

El montañés le escrutó de pies a cabeza, como si acabara de descubrir que se encontraba ante un mermado.

—Que es una trampa —aseguró, señalando al cielo—. Hay un grupo de romanos aguardándonos dentro de esa granja. Sus habitantes han sido asesinados, y han arrojado los cuerpos

sin vida por la otra pendiente.

Annio hizo avanzar a su montura.

—¿Es que eres uno de esos augures, capaces de adivinarlo todo gracias al vuelo de los pájaros? —le preguntó, sarcástico.

—Solo cuando se trata de aves carroñeras —respondió él—. Los buitres acostumbran a volar hacia el mediodía, aprovechando las corrientes que produce el calor del sol en la ladera sur de las montañas. Cuando el astro declina, regresan a sus nidos en los cantiles, y por eso ahora resulta extraño ver a tantos, a no ser que hayan encontrado mucho alimento.

Efectivamente, un pequeño enjambre de cuervos y buitres sobrevolaba la otra vertiente del cerro.

—Tal vez se trate de alguna res muerta —sugirió el hombrecillo.

—Para que haya ese número, debería ser todo un rebaño.

—¿Y cómo sabes que son romanos? —preguntó Quinto—. Vosotros acostumbráis a abandonar a vuestros muertos.

—¿Y quién sería tan estúpido como para ocultarse tras haber dejado unos cadáveres a la intemperie?

Los legionarios intercambiaron varias miradas entre sí.

—¿Una guarnición? —preguntó

Marco.

—No, que yo sepa —respondió el centurión.

—¿Y qué hacemos ahora? —quiso saber Annio—. Esa granja controla el paso y no hay otro camino que conduzca al Medulio. En un bosque más diáfano podríamos dar un rodeo, pero nos llevará días abrirnos paso a través de este maldito encinar.

—Podemos regresar por donde hemos venido —señaló Násica.

—Tenemos una misión que cumplir —les recordó Quinto—. El consejo de tribus se reunirá dentro de tres días en el

Medulio, y Corocuta ha de estar allí.

—Tal vez estemos dándole demasiada importancia —razonó Niñato—. Puede que solo sean desertores, o los matones de un mercader.

—O cazadores de recompensas —dijo el optión, aludiendo a su acompañante, que los observaba con una hermética sonrisa.

—Él ya se ha entregado —señaló Niñato.

—Te recuerdo que ahora la recompensa la llevamos encima —replicó el veterano, señalando la pareja de mulas que transportaban las bolsas con la plata.



—Entonces, vuelvo a preguntar...:  
¿qué hacemos?

Marco bajó la vista, tratando de ocultar su malestar. Demasiadas objeciones, demasiadas dudas. Normalmente, sus contubernales acataban las órdenes de Quinto sin rechistar. Una vez más, no le gustaría estar en su piel.

—Avanzaremos por la senda hasta que el bosque nos oculte de su vista — dijo el centurión— y, tras ello, habrá que descender hasta el río para rodear el poblado. Más tarde, podremos regresar al camino y continuar.

—Si nos descubren...

—Si de verdad hay alguien aguardándonos en esa granja, tarde o temprano lo descubrirán —opinó Marco—. Pero seguramente creerán que hemos dado la vuelta; en ese caso, forzarán marchas tratando de alcanzarnos, lo cual los alejará aún más de nosotros. Sin embargo, si no se lo tragan y nos atacan en ese estrecho cauce, estaremos acabados.

—La clave es salir de él cuanto antes y continuar hacia el sur —añadió Quinto, dirigiéndole una mirada de gratitud—. Con un poco de suerte, habrá suficiente luz para cabalgar durante la noche.

Los soldados asintieron, a regañadientes.

Apenas tuvieron que recorrer cincuenta pasos hasta encontrar un lugar propicio para abandonar el camino. A la derecha, una hilera de fresnos los ocultó de la vista del promontorio. Tras atravesar un fuerte desnivel cubierto de matorral, llegaron al cauce del riachuelo. Marco había decidido cerrar la marcha, aunque antes de seguir a sus compañeros echó un último vistazo hacia atrás.

—Hasta un anciano con cataratas podría seguir nuestro rastro —se

lamentó Quinto—. Esperemos que no se les ocurra buscarlo.

Encontraron una senda que corría paralela al arroyo. Les resultó difícil avanzar, pues sus márgenes estaban cubiertas de avellanos, e infinidad de troncos y ramas, arrastrados por las crecidas, se amontonaban en los lugares más angostos. Cada vez había menos luz, lo cual hacía peligrosa su marcha por aquel irregular lecho cubierto de piedras; en cualquier momento, el entrechocar de las suelas de hierro de los caballos podría delatarlos.

Ya casi era de noche cuando oyeron el murmullo de unos cascos que se

aproximaban. Hacía tiempo que habían perdido de vista la senda. Aquel sonido lejano solo podía significar que alguien descendía al galope por ella. Corocuta desmontó con agilidad y se arrodilló para apoyar su oído sobre el suelo.

—Entre veinte y treinta caballos —  
masculló—. Todos calzados en hierro.

Como mínimo los triplicaban en número. Quinto ordenó descabalgar y trataron de ocultarse bajo un afloramiento rocoso. Se sentaron sobre las rocas cubiertas de musgo con las riendas en la mano. Afortunadamente, un salto de agua ahogaba los débiles relinchos de sus monturas.

Arriba, el sonido se hacía cada vez más fuerte. Si los descubrían, casi bastaba con hacer rodar una piedra para que una avalancha de rocas los sepultara.

Uno tras otro, Marco estudió a sus compañeros. El funcionamiento del ejército romano era férreamente sistemático y dejaba muy poco margen a la improvisación. Los soldados habían sido entrenados para combatir codo con codo, manteniendo en todo momento la formación, en una serie de maniobras preestablecidas. Eran tan capaces de reconocer las órdenes de las tubas como lo harían con la voz de su madre.

Gracias a ello, en una batalla a campo abierto cada legionario sabía siempre cuál era su posición y qué debía hacer. Tras pasar toda una vida en campamentos siempre con una disposición idéntica, sin importar el país donde se encontraran, esa rutina acababa siéndoles tan familiar como el hogar.

Sin embargo, cuando se rompía esa disciplina, muchos caían en el desconcierto. Y ocultarse en una cañada no era precisamente algo para lo que los habían entrenado. Por ello, prestó especial atención a los mandos: si los demás se daban cuenta de que dudaban,

su desconcierto se convertiría en miedo. Conocía bien a Quinto, y era capaz de distinguir cuándo era él mismo y cuándo interpretaba un papel. Ahora estaba haciendo esto último, aunque por fortuna lo hacía muy bien. El opción, por su parte, escrutaba el bosque con tranquilidad. No hacía falta prestarle más atención, pues jamás le había visto perder la calma.

—Devolvedme mi espada —dijo Corocuta.

El hispano se había sentado junto a él. Su rostro permanecía tan impasible como siempre.

—¿Es que nos tomas por idiotas? —



masculó el opción.

—Armado os seré de más utilidad  
—razonó él.

—Este cabrón ha matado a más  
hombres que la viruela —dijo el  
veterano, dirigiéndose a Quinto—. Si  
nos descuidamos, acabará con todos  
nosotros.

—Te la devolveremos en cuanto  
llegemos al Medulio —le aseguró el  
centurión—. Marco: guárdala y no la  
pierdas de vista.

Cuando le arrojó el arma, tuvo que  
recogerla al vuelo. Antes de introducirla  
en su petate, la estudió detenidamente.  
La funda iba sujeta al hombro mediante

un tahalí. Era de acero oscuro, casi negro. La recorría una intrincada decoración damasquinada en hilo de plata. Aquello la convertía en arma y joya al mismo tiempo. La empuñadura estaba igualmente ornamentada y habían remachado el pomo con dos esferas de hierro.

Al abrir su bolsa para guardarla, por un momento observó el estandarte rojizo que obtuvo como trofeo en la batalla. Había decidido llevarlo consigo para devolvérselo a su antiguo propietario una vez que pusiera sus armas al servicio de Roma. Envolvió cuidadosamente el arma en aquel lienzo

de tela rojizo y cerró la alforja, antes de colgarla de nuevo en las ancas de *Mercurio*.

Sin dejar de mirarle, el bárbaro fruncía el ceño, contrariado.

—¿Por qué es tan importante? —le preguntó.

—Esa espada ha de acompañarme hasta la tumba.

Aquella era una costumbre en desuso. A causa de las continuas guerras contra púnicos y romanos, los hispanos habían simplificado el diseño de sus armas y cada vez resultaba más inusual que un guerrero fuera enterrado con ellas. Se decía que las dejaban oxidar

de alguna extraña forma hasta obtener una pátina tan oscura como aquella, y que la calidad del acero se probaba doblando las hojas por encima de la cabeza, hasta que ambos extremos tocaban los hombros. Cuando las soltaban, recuperaban de inmediato su forma primitiva. Sin embargo, él sabía que, más allá de mitos, las armas hispanas eran de una calidad muy desigual: mientras que las fabricadas por herreros locales no eran mucho mejores que las romanas, las creaciones de armeros experimentados resultaban extraordinarias.

—Las espadas tienen alma, por eso

reciben un nombre —le explicó Corocuta—. Y el espíritu de esta se encuentra ligado al mío. En su fragua, el herrero reproduce el proceso del vientre materno. El fuego funde el bronce, convierte la arena en vidrio y el barro en cerámica. Crea y destruye. Cambia la naturaleza de las cosas. Por eso, el Señor del Fuego es el único capaz de otorgar alma a un mineral.

Se sintió desconcertado ante aquella extraña superstición, pero entonces recordó las enormes fábricas de la urbe, en las que centenares de herreros y bronceistas fabricaban yelmos, cotas de malla y espadas. Mediante aquella

manufactura industrial, era posible armar a miles de soldados en muy poco tiempo, aunque, al mismo tiempo, la calidad del hierro había menguado con los años.

Tal vez para que algo mereciese la pena debía tener alma.

—Pareces saber mucho sobre forja —murmuró.

«Podrías haberte dedicado a ello. A otra cosa distinta a esta, a disfrutar de una vida en paz», quiso decirle.

Por encima de sus cabezas, el sonido de los cascos era cada vez más fuerte.

—Mi padre era un herrero ambulante, respetado por todos, pero, a

pesar de ello, nuestra existencia era humilde —le dijo el cántabro—. Por ese motivo, decidió viajar hacia al sur, en busca de fortuna. Allí, su fama llegó a oídos de un caudillo turmogo, quien le encargó una espada como nunca antes se hubiera hecho. Prometió entregarle una libra de plata a cambio, así que mi padre trabajó durante todo un año, poniendo a prueba su talento. Purificó con paciencia el hierro durante el invierno, martilleándolo sobre el yunque, mientras yo accionaba los fuelles. Dobló sobre sí mismas, una y otra vez, las láminas de hierro que había obtenido y las batió incansablemente.

Tras sumergirlas en carbón ardiente las empleó para formar una hoja tan cortante como una cuchilla. Después, sacrificó un toro para templarla; su sangre regó el metal y el espíritu de la bestia le insufló vida. Al final, enterró aquella espada durante meses, hasta que adquirió una pátina oscura, y decoró su empuñadura con hilo de plata. Una vez terminada, era capaz de cortar el bronce como si fuera manteca hervida.

Estuvo tentado de extraer el arma de su bolsa, pero él no dejaba de observarle.

—El caudillo turmogo contempló el arma, maravillado —prosiguió—. Sin



embargo, en lugar de entregarle lo acordado, ordenó que lo mataran. De esta forma, dijo, se aseguraría de que nadie más pudiera tener una espada como aquella.

A pesar de la oscuridad, creyó ver un brillo en sus ojos.

—A nadie le importó que a mi padre le cortaran la garganta como a un puerco—dijo el montañés—, ni tampoco que sus hombres entraran en nuestra casa, forzaran a mi madre y me machacaran a golpes hasta darme por muerto. En el poblado, todos me dieron la espalda. Decían que nada de eso importaba, que el dolor que desgarraba mi pecho no era

real, que lo mejor era olvidarse de todo, que de lo contrario solo les traería la desgracia.

Su inquietud aumentaba al mismo ritmo que el ruido de los caballos.

—Volví a las montañas, en busca de los hombres bestia. Allí bebí la sangre del oso y su espíritu me otorgó una nueva vida. Entonces comprendí por qué aúllan los lobos en la noche, más allá de las puertas de los hogares. Supe por qué el viento del norte congela los campos en invierno. Averigüé por qué no existe una razón para la fuerza, pues la fuerza es la única razón. Y con el tiempo, aquella gente se convirtió en mi familia.

El resonar de los cascos se convirtió en un estruendo, ahogado por la densa vegetación que los rodeaba.

—Regresé cinco años después, como líder de la caterva. Arrasé las murallas del poblado hasta los cimientos, convertí sus cabañas en ceniza y me bañé en su sangre. Y al escuchar su llanto, supe que al fin mi dolor les importaba.

Con sus perseguidores ya a veinte pasos, Marco aferró su arma.

—Encontré al caudillo. Le arranqué el corazón con un cuchillo y lo exprimí sobre el arma que mi padre le había entregado. Había decidido forjarla de

nuevo, para templar la hoja con su sangre. Su espíritu quedó atrapado en ella y la espada se volvió negra...

Más allá de los fresnos, el sonido de los caballos se convirtió en un débil murmullo que fue perdiéndose lentamente en lo más profundo del bosque.

—Tan negra como mi alma.

Una vez que hubieron pasado de largo, retomaron la marcha hasta reincorporarse a la senda, a pesar de la oscuridad reinante. Habían ganado algo de tiempo, aunque tarde o temprano

aquellos hombres desharían el camino ya andado y, posiblemente, descubrirían su rastro.

Tras un par de horas, llegaron a una amplia curva, cubierta por la sombra de un enorme roble. Quinto tuvo que adelantarse para explorarla. Una vez que estuvo allí descubrió que el paso se encontraba libre. Amanecería al cabo de un par de vigiliass. Aunque resultaba prioritario alejarse todo lo posible de la granja, necesitaban dormir: de lo contrario el cansancio acabaría haciendo mella en su ánimo. Tras más de cuarenta millas cabalgando por terreno montañoso, hombres y bestias se

encontraban al borde de la extenuación.

—Acamparemos bajo ese saliente rocoso sobre el camino —les dijo—. Desde él podremos controlarlo por ambos lados. Nada de encender un fuego.

A pesar de todo, sus hombres suspiraron aliviados al desmontar.

—Un turno de guardia por cada vigilia —añadió el centurión—. Y no quiero que perdáis de vista a nuestro invitado.

—Yo haré el primero —dijo Marco.

Retiró la silla de montar para acariciar el empapado pelaje de *Mercurio*. Extendiendo su manta sobre

el suelo, trató de acomodarse lo mejor que pudo y entonces observó a su protegido. O su prisionero, ya daba igual: al parecer, se había dormido.

Sentado bajo aquella roca, recordó la cueva en la que habían pasado la noche anterior. De repente experimentó un extraño sentimiento de pérdida, consciente de que llevaba años sin dar forma a nada. Recogió una gruesa rama del suelo. Era de nogal, una madera agradable de labrar. Girándola, vio un prótomo de caballo en ella. Tomó su cuchillo y comenzó a tallar. A pesar de su fatiga, experimentó una agradable sensación a medida que su regazo se iba

llenando de virutas.

Al alzar la vista, descubrió la mirada gris del cántabro estudiando cada uno de sus gestos. Un escalofrío recorrió su columna. El bárbaro se incorporó, para sentarse frente a él con las piernas cruzadas.

—¿Qué miras? —le preguntó.

—A ti.

Se podía conocer a un hombre solo observando su forma de combatir, pero también se podía saber cómo lucharía alguien si antes habías llegado a conocerle.

En un principio, las diferencias entre dos combatientes podían ser muy



grandes, pero a medida que ambos perfeccionaban su técnica, adaptándola a su propio físico, llegaba un momento en que esa diferencia se volvía tan pequeña que lo único por lo que realmente se distinguía era por su actitud. Por eso conocer al enemigo era la clave para sobrevivir. Al luchar, un hombre no podía ocultar ni lo que era, ni su forma de pensar, ni sus sentimientos. Si lo mirabas directamente a los ojos, podías sentir su odio, su miedo y su dolor, en una relación casi tan íntima como el sexo.

Aquel bárbaro le estaba evaluando. Supo que algún día tendría que

enfrentarse a él. Esa idea hizo que se le erizase el vello. Tuvo que recurrir a su sarcasmo para ocultar su inquietud:

—¿Y qué has descubierto en mi modo de cortar un pedazo de madera?

—Que no dudas —respondió, con tranquilidad—. Sabes qué forma quieres extraer, no temes arruinar tu obra.

Recordando las palabras de su maestro, Marco retomó su labor antes de responder.

—La inseguridad solo obedece al miedo a quedar en evidencia. Pero el arte es únicamente un medio para extraer algo que ya existe en tu interior. Por eso a un escultor no debe importarle lo que

otros puedan pensar de él, solo ha de centrarse en la perfección de su obra. Cuando has tenido un buen maestro y empleas de forma honesta todo lo que te ha enseñado, en el arte no existen las dudas.

—Igual que con la espada —asintió el montañés—. Si un guerrero ha elegido una buena causa por la que luchar y lo hace con coraje, no tiene por qué temer nada. —Se recostó cubriéndose con el manto, hasta convertirse de nuevo en una sombra—. Después de todo, lo peor que te puede pasar es que te maten.

# XXXIX

La senda los condujo a través de prados cubiertos de brezos. Las colinas se hacían más altas a medida que avanzaban. Más allá de ellas, se intuían las formas de una enorme montaña.

Se habían puesto en marcha poco antes del amanecer. Fatigado y con una telaraña en los ojos, Marco se desperezó vertiendo el agua de su cantimplora en su nuca. Todos desayunaban en silencio, sobre la silla. El cielo se había despejado, un mal vis trataba entre los árboles y, a su paso,

espantaron a un cor zo, que huyó para ocultarse en la espesura. Al menos el bosque se mostraba vivo. Eso siempre era alentador.

—¡Fijaos! —dijo Annio, señalando a la izquierda.

En lo alto de un pequeño collado, a un par de millas al sur, el interminable bosque se interrumpía para dar paso a un pedregoso canchal casi engullido por la vegetación. Unas diminutas figuras lo cruzaron apresuradamente, para perderse de nuevo entre la arboleda.

Sumido en una extraña apatía causada por el agotamiento, Marco se dio cuenta de que estaban atrapados.

Para llegar al Medulio se verían obligados a ascender por allí, y ahora esos hombres, fueran quienes fueran, les cortaban el paso.

—Han esperado a que los árboles los ocultaran —dijo Quinto—. Hemos tenido la suerte de llegar por este atajo, de lo contrario no los habríamos visto.

—¿Y ahora, qué? —espetó Annio—. Esos hijos de puta han de estar conchabados con nuestros perseguidores, que acabarán dándonos alcance. El peso de la plata nos retrasa demasiado.

—Podemos ocultarla —sugirió Násica.

—Enterrándola perderíamos demasiado tiempo —contestó Quinto—. Además, ¿cómo sabemos que eso es lo que realmente buscan?

—Maldita sea, llevamos encima el rescate de un rey —protestó Annio—. ¿Hay que buscar otra explicación? Conozco a cientos de buscavidas capaces de matar a su madre por la milésima parte de toda esa plata.

—Si acaban con él, la guerra continuará —dijo Násica, señalando a Corocuta—. ¿Y quién puede estar interesado en ello? ¿Quiénes sino los malditos optimates?

El éxito de una contienda se

consideraba un síntoma de la armonía con los dioses; por eso, para garantizar su éxito, incluso se realizaban sacrificios para ganarse el favor de las deidades locales. Lo que decía el artillero tenía mucho sentido: primero un rayo lanzado por Júpiter había alcanzado la litera de Augusto, más tarde este se retiró a Tarraco eludiendo la lucha y ahora, si Corocuta no se presentaba en el Medulio, tal vez no lograría poner fin a la guerra, al menos durante ese año. Sin duda, todo ello daría mucho de que hablar en Roma. Los optimates lo emplearían como arma en su contra.



—Atémosle a un árbol y que se vaya al Infierno —espetó Annio—. ¿Es que debemos convertirnos en las niñeras de este bastardo?

El aludido enarcó las cejas, haciéndose el ofendido.

—Eso explícaselo al primer ciudadano en el Senado, padre de la patria, emperador y augusto —replicó Quinto—. Estoy seguro de que sabrá mostrarse muy comprensivo si abortamos nuestra misión.

Marco contempló las ramas de los sauces, encorvadas por su propio peso, bajo el cielo gris encapotado. Aquella tarea había tenido mala pinta desde el

principio, pero no tanta. Entonces se acordó de que una guarnición controlaba el puerto que separaba el valle del Íber y el Pisora. Era un pequeño asentamiento llamado Iuliobriga, que se encontraba en la vía que recorría Cantabria de norte a sur.

—Lo cierto es que «eso» lo cambia todo —dijo señalando al frente—. Ahora lo prioritario es poner a nuestro huésped a salvo. Teniendo en cuenta la distancia que hemos recorrido hacia el sur, a juzgar por los mapas yo diría que Iuliobriga se encuentra aproximadamente a diez millas hacia occidente.

—Hablas en línea recta —respondió Quinto—. Habría que encontrar una senda que nos conduzca hasta allí. ¿Násica?

El artillero cabeceó negativamente.

—Ni idea —masculló—. Conozco el lugar, pero no sé cómo llegar desde aquí.

—Yo puedo guiaros —dijo Corocuta.

Se hizo un momentáneo silencio.

—No podemos confiar en él —advirtió el opción.

El montañés sonrió de nuevo, con aquella cínica sonrisa sepultada bajo su barba.

—¿Tenéis otra alternativa?

La marcha se prolongó durante el resto del día. Pronto descubrieron que el enemigo les pisaba los talones y decidieron abandonar aquel camino para adentrarse en el bosque que se extendía hacia poniente, cubriendo la mayor parte de aquella comarca aislada. Al abrirse paso por entre el sotobosque, se habían visto obligados a desmontar. La marcha era desesperantemente lenta.

Aquello era cada vez más irreal. Su mayor enemigo se había convertido en su única esperanza para escapar de la

amenaza que suponían otros romanos, y ahora se veían obligados a confiar en él, les gustase o no, aunque el opción no le perdiera de vista ni por un instante. Aun desarmado, aquel gigante parecía dotado de la fuerza de un oso y se movía por el bosque como un cazador.

—Hay una pequeña granja, más al oeste —les dijo.

Parecía tan tranquilo como siempre, aunque su mirada resultaba elocuente: estaban exhaustos y les era imposible regresar a la senda o dejar atrás a sus perseguidores. Por tanto, su única alternativa era esperar en aquel lugar para hacerles frente al día siguiente.

Caminaron apresuradamente a lo largo de una fresneda, tirando de las bestias con las riendas en la mano, hasta llegar a un claro. En él descubrieron a un grupo de niños de menos de diez años que estaban jugando con unas varas de avellano a modo de lanzas. El mayor de ellos inspeccionaba con expresión ceñuda la desordenada línea que sus amigos habían formado uniendo sus pequeños escudos de mimbre. En otras circunstancias la escena habría resultado cómica, si no fuera porque había algo sombrío en aquellos juegos sin risas. La amenaza de la guerra había llegado hasta el último rincón de aquella tierra.

Los muchachos se detuvieron para observarlos. Niñato les arrojó un dulce. Uno de ellos lo cogió en el aire con agilidad para examinarlo con suspicacia. El mayor le dijo algo con el ceño fruncido y él lo arrojó al suelo con asco.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó Niñato.

—Que probablemente esté envenenado —respondió Corocuta.

La granja había sido construida en lo alto de un pequeño promontorio rodeado de terraplenes. Una cortina de hiedra cubría buena parte de la empalizada de troncos que coronaba su cumbre, por

encima de la cual, en su punto más elevado, asomaba una construcción de paredes de zarzo y techumbre vegetal bajo un gigantesco roble con las ramas colmadas de muérdago.

Pasaron bajo la mísera torre que guarnecía la entrada, hasta acceder al patio interior. Allí las cicatrices de la guerra también resultaban visibles; no había hombres, en los corrales aún pastaba el ganado y una pareja de mujeres atendía el pequeño huerto. Ambas abandonaron sus quehaceres para observarlos con curiosidad a medida que recorrían el camino que conducía a la parte más alta, mientras



los niños corrían a su lado. En aquel pueblo ganadero, eran ellas quienes cultivaban la tierra. De hecho eran ellas las que la heredaban, pasando de madres a hijas. A causa de esta costumbre y de las libertades de las que disfrutaban, no faltaba quien creía que aquellos bárbaros vivían en una especie de matriarcado. En el *Mare Nostrum*, la posesión de la tierra era sinónimo de riqueza, pero resultaba obvio que allí las cosas eran distintas.

—Hablares Marco y yo —  
masculó Quinto—. El resto mantened la boca cerrada.

Tras desmontar, tuvieron que

aguardar unos momentos ante la puerta hasta que la dueña de la casa salió para darles la bienvenida.

—Soy Ambatos, hijo de Cludamo —  
anunció Corocuta—. Solicitamos  
vuestra hospitalidad.

Marco descubrió la mirada de la mujer sobre él, con una mezcla de aprensión y curiosidad. Delgada, aunque de anchas espaldas, nariz aguileña y boca ancha de labios carnosos, había recogido su cabello pajizo en una columna en lo alto de la cabeza y lo había cubierto por un velo. Aquel extraño tocado hacía que pareciera mucho más alta. Rondaba los diecisiete

años, edad suficiente como para estar casada y tener un par de hijos. Entre los bárbaros, una mujer podía pasar la mitad de su vida embarazada o amamantando, y por ello la parte superior de sus vestidos normalmente se fijaba a los hombros mediante broches o botones, para poder descubrirse con comodidad el pecho, si era necesario. Sin embargo, su sencilla túnica bordada con motivos florales no parecía contar con nada de ello.

Se dio cuenta de que ella lo estaba mirando con el ceño fruncido. Al parecer, aquellas mujeres se desenvolvían con el mismo exasperante

laconismo que los hombres.

—Mi nombre es Segaida, hija de Tritaio —les dijo con sequedad—. Podéis consideraros nuestros huéspedes.

Aquella frase parecía revestida de alguna fórmula ritual. Un muchacho sonriente salió a toda prisa del interior de la cabaña, al parecer buscando a alguien. Sin embargo, al descubrir a Corocuta acompañado de media docena de legionarios, la sonrisa se le heló en el rostro. Al bajar la vista, se percató de que el guerrero cántabro no portaba armas. Durante un instante, sus ojos chispearon y se dio la vuelta en silencio.

Los muros de la amplia sala habían

sido pintados con figuras geométricas, sobre una sólida estructura de roble. Un tejado de paja como aquel necesitaba de una fuerte inclinación para desaguar, así que su estructura era muy alta. Unas aberturas abiertas en ambos extremos permitían que saliera el humo del hogar, y provocaba que los gorriones anidaran en el envigado. El suelo era de tierra apisonada. En su centro, un caldero de bronce colgaba sobre una hoguera y su calor los animó a despojarse de los mantos.

Junto a una mesa alargada, vieron a un anciano cuyo largo y canoso cabello comenzaba a escasear en la frente. Las

cejas grises aletearon como un diminuto pájaro albino cuando su expresión cambió nada más verlos entrar. Su saludo tan solo fue una leve inclinación de cabeza. Saltaba a la vista que entre aquella gente el protocolo resultaba tan sobrio como su misma vestimenta.

—Me llamo Tritaio, hijo de Tedo, de los blendios —manifestó, en un razonable latín.

—Yo soy Quinto Celio Bíbulo —respondió el centurión—. Os agradecemos que nos hayáis acogido en vuestro hogar.

Un viejo, una viuda adolescente y un huérfano: esa iba a ser su compañía

aquella noche.

La dueña de la casa los condujo hasta un banco corrido adosado a la pared y les entregó una jarra. Los celtíberos eran famosos por su hospitalidad, incluso hacia sus enemigos, y al parecer sus vecinos norteños no eran muy distintos. A pesar de haber perdido a la mayor parte de sus hombres en la guerra, ahora les ofrecían el escaso vino que les quedaba. Aunque alguno de ellos no lograba ocultar su odio.

—Él es mi sobrino Arquio, hijo de Cillio —añadió Tritaio.

El muchacho, de unos quince años,

llevaba recogido el pelo con una trenza a la espalda. La barba apenas le cubría el mentón y ocultaba unas sobrias facciones castigadas por la vida a la intemperie. Sujeto sobre el hombro derecho para dejar el brazo libre, su manto no llegaba a ocultar un puñal cuya empuñadura estaba formada por dos discos, adornados con hilo de plata. El muchacho los observó. Su expresión se volvió aún más ceñuda y dejó entrever una amarga decepción infantil.

El vino resultaba áspero y no estaba mezclado con agua. La carne, por el contrario, resultó ser excelente, aunque iba acompañada de unas tortas de pan



oscuro, tan duro como una sandalia. Quinto trató de ocultar su desagrado. No lo logró del todo, pero al menos su esfuerzo no pasó desapercibido para sus anfitriones.

El muchacho no dejaba de observar a Corocuta.

—¿Qué se siente al haber sido un héroe? —preguntó de repente.

—¡Arquío! —protestó su tío.

El caudillo cántabro observó al joven con una sonrisa fatigada.

—¿Y qué entiendes por «héroe»?

—No sé —reconoció—. Supongo que alguien que demuestra valor al luchar.

—Dejas de ser tú mismo para convertirte en un personaje —respondió con sequedad—. Llega un momento en que solo haces lo que otros esperan de ti. Has perdido tu identidad, no eres libre. ¿No has pensado alguna vez eso de «él jamás lo hubiera hecho»? Eso se convierte en tu obsesión; aunque, al mismo tiempo, consigues que todo lo que haces tenga algún sentido.

El bárbaro eludió la mirada del muchacho. Al verlo, Marco experimentó una insólita decepción. Se había visto obligado a escoltar a su peor enemigo y ahora le inspiraba lástima, pero lo peor de todo era verse reflejado en él.

—Aunque no es más que una farsa —prosiguió Corocuta—. Ni siquiera se trata de valor. El valor lo demuestra alguien anónimo haciendo lo que debe cuando tiene otra elección a su alcance.

—¿Por eso te has entregado? —dijo el muchacho.

—La plata es capaz de comprar voluntades —respondió el cántabro.

Marco observó las bolsas que colgaban del cinto de sus anfitriones y comprendió la vergüenza del joven. Por ese motivo, se vio obligado a intervenir.

—Las condiciones de Roma son razonables —aseguró—: si reconocéis nuestra soberanía, solo tendréis que

pagar un tributo anual y poner vuestras armas al servicio de la República.

Habló en celtíbero, acompañado de varias palabras que había aprendido de su lengua.

—Sabemos cómo trata Roma a todos los pueblos sometidos —respondió Arquio.

Unos años antes del estallido de las guerras celtibéricas, una embajada de pueblos hispanos se había presentado ante el Senado para protestar ante los abusos de los procónsules. Los padres de la patria les concedieron el derecho a nombrar unos patronos para que defendieran sus intereses. Más tarde, se

redactaron nuevas leyes, pero eso no evitó que se repitiera el mismo problema.

Cada procónsul era el responsable de la administración de una provincia, además debían administrar justicia y comandar las legiones que se encontraban en ella. Esta acumulación de poder sobre la figura de un único hombre, tan alejado de la capital, hacía que en caso de que contara con pocos escrúpulos, tal y como era habitual, acabara actuando como un despiadado déspota oriental. En teoría, un procónsul solo ejercía su poder durante un año, pero este periodo muchas veces era

prorrogado porque el número de candidatos era muy reducido, pues para optar al cargo se exigía haber ejercido antes como cónsul. Por tanto, ese año podía fácilmente convertirse en tres. De esos, tal y como se dijo de Verres en Sicilia, el procónsul empleaba el primero para enriquecerse, el segundo para recompensar a sus amigos, y el tercero para obtener lo necesario para sobornar al tribunal, por si lo juzgaban tras su regreso a Roma. Cicerón, hombre famoso por su extraordinaria honradez, retornó a la capital con algo más de dos millones de sestercios tras haber gobernado la modesta provincia de

Cilicia durante un único año.

—Todo eso es agua pasada — aseguró Quinto en latín—. Antes, Hispania padecía la rapacidad de nuestros gobernadores. El Senado no tenía suficiente poder como para poner freno a su ambición. Pero ahora Augusto nos gobierna con mano de hierro y jamás tolerará esa clase de comportamientos.

Mientras traducía sus palabras, Marco era consciente de que se trataba de una verdad a medias. Efectivamente, el *princeps* había asignado un salario a los procónsules y parecía dispuesto a controlar la nueva administración provincial. En su desesperación,

seguramente muchos de aquellos montañeses desearían creer que era cierto.

—¿Podéis jurarlo? —les preguntó Arquio.

El mensor suspiró ante aquella maldita ingenuidad, propia de bárbaros: los dioses castigan a los perjuros y todo juramento no era más que una ordalía. Al explicarle a Quinto la situación, él asintió de buena gana.

—Mi superior está dispuesto a hacerlo.

—¿Y tú? —preguntó el muchacho con suspicacia.

No había pasado por alto aquel



matiz en sus palabras. Una vez más, Marco deseó no estar allí, predicando una religión en la que no creía. ¿Cuál era la causa por la que luchaba? Ni tan siquiera era capaz de encontrar una respuesta a esa sencilla pregunta, y hasta un joven bárbaro era capaz de darse cuenta.

—Yo no soy augur. Soy incapaz de predecir el futuro —dijo, aunque inmediatamente añadió—: Y tampoco soy orador. Solo sé que si no aceptáis nuestras condiciones, seréis masacrados sin compasión. Os superamos en la calidad de nuestras armas, en organización y en número, y por cada

soldado romano que muera, otro más ocupará su lugar. No se trata de una cuestión de valor: la vuestra es una lucha sin esperanza. Una guerra imposible de ganar.

—Has llegado hasta aquí, romano — protestó Arquio—. Nuestra tierra es una fortaleza natural, y hemos construido castros en todos los pasos de montaña. Aún podemos buscar refugio en algunos valles, y en ellos enfrentarnos durante dos años a un ejército formidable. Y aunque pudierais acceder a ellos por la fuerza, todavía podríamos reunir víveres para resistir un asedio durante otro año más.

—Entonces, tras tres años y un día, os conquistaremos.

Habló de una forma tan desapasionada que resultaba imposible considerar aquellas palabras como una fanfarronada. Con la mirada pareció decirle que aquello no era una guerra tribal ni una incursión para robar ganado: era una guerra de conquista.

—¿Qué clase de tributo? —preguntó el anciano.

—Oro —respondió—. Si no es posible, plata.

—Al contrario que los astures, nosotros no tenemos oro —es petó Arquio—. Solo hierro.

Marco decidió obviar el doble sentido de sus palabras. El muchacho miró a Corocuta en busca de ayuda, pero este se limitó a bajar la mirada.

El sol se hundía lentamente entre las montañas cuando Marco se dirigió hacia la empalizada donde se encontraba Corocuta. Permanecía en silencio, tan ensimismado como él. Al día siguiente tendrían que enfrentarse a sus perseguidores. Sería una lucha desesperada.

A los pies de aquel minúsculo poblado había un pequeño cementerio

formado por una docena de túmulos que albergaban las cenizas de los difuntos, bajo la sombra de un tejo centenario. Hincados en la tierra, sobre ellos se erguían unos enormes discos de piedra arenisca con símbolos astrales labrados por ambas caras: cuatro torques en torno a un círculo central y, en otras ocasiones, cinco brazos en espiral. Estelas funerarias, consagradas a la memoria de los caídos, en las que también se habían esculpido escenas guerreras, jinetes que blandían lanzas y buitres que devoraban los cuerpos sin vida de los cadáveres. Muchas eran recientes, y sus formas se recortaban

nítidamente sobre la puesta de sol.

—Es el Sol de los Muertos, el lugar donde moran los difuntos —dijo Corocuta, mirando a occidente—. El astro rey nace todas las mañanas y muere al finalizar el día. Así nos recuerda cuál es nuestro destino.

Finalmente, se hizo de noche.

—Hace años conocí a un compatriota que formó parte del ejército de Pompeyo —añadió el cántabro—. Me habló de las minas de Cartago Nova. Allí, decenas de miles de hombres, enterrados en vida, eran obligados a trabajar hasta la muerte. A golpe de látigo, montañas enteras eran horadadas

lentamente, para extraer el mineral de sus entrañas. Bosques talados para alimentar el fuego de los hornos, chimeneas que vomitaban enormes columnas de humo venenoso que quemaba la piel y que mataba a las aves que intentaban atravesarlas...

Al girarse, descubrió que el bárbaro le observaba.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

—Sí.

—¿Y todo para qué?

—Para extraer la plata con la que le pagaban a él.

La miseria no se crea ni se destruye, solo pasa de mano en mano, al igual que

el dinero. Para mantener las entregas gratuitas de trigo, cientos de miles de campesinos debían regar con sudor sus campos de cultivo hasta la extenuación. Para crear el mayor espectáculo del mundo, centenares de prisioneros tenían que morir en la arena. Para sostener todo el obscuro lujo de las mansiones del Palatino, antes era preciso crear un infierno en la tierra.

—Nosotros solo recogemos la fruta del árbol. Roma arranca todo el bosque de raíz —dijo Corocuta—. ¿Qué haréis cuando el oro y la plata se agoten?

Marco no supo qué responder.

—Tarde o temprano, vuestro mundo



también se venderá abajo.

# XL

La espera siempre era lo peor. La propia mente del soldado se convertía en el peor enemigo. Actuaba en su contra, implacable, y le arrastraba hasta ese laberinto de posibles futuros que ella misma había construido. Luego todo era confusión. El entrenamiento hacía el resto. A partir de entonces todo era más sencillo, pues solo existía el momento.

Marco se recordó a sí mismo que habían estado en situaciones aún peores. Eran solo seis, superados tres o cuatro veces en número, pero sus enemigos

seguramente eran mercenarios, buscavidas o matones a sueldo. Gente cruel y violenta, pero indisciplinada, incapaz de soportar la adversidad. Conocía bien a ese tipo de personas, solo preocupadas por su propio beneficio. A ellos, por el contrario, los habían adiestrado para actuar como un solo hombre. Ahora su fuerza residía en esa misma disciplina que, durante años, los había aplastado.

Afilaba su espada, tratando de contener su nerviosismo. Vitruvio le había dicho infinidad de veces que siempre se ha de dejar al adversario una opción de huida, pues de lo contrario le

obligarás a luchar hasta el fin. Ahora, esa era la situación en la que ellos se encontraban, atrapados en aquella granja, rodeados de enemigos.

—Con suerte, pasarán de largo —le aseguró Quinto.

Hablaba en voz alta, a pesar de encontrarse a su lado. No dirigía sus palabras tan solo a él, sino también a sus compañeros que aguardaban en la empalizada, poniendo a punto sus armas.

Todos guardaban silencio. Solo se oía el trinar de los pájaros y el rumor del riachuelo que llegaba de más allá del talud, de lo profundo de un minúsculo valle. Hacía un buen rato que

el rostro de Corocuta se había congelado en una expresión cínica. Bien mirada, la situación no dejaba de tener su enjundia: ahora, su escolta de legionarios iba a defenderle de otros romanos. Junto a él siempre se encontraba el opción, que sostenía las riendas de la pareja de mulas que transportaba su recompensa.

El bárbaro se revolvió sobre la roca en la que se había sentado.

—¿Vais a darme mi espada o esperaréis a que todos estemos muertos?

Quinto no tenía ganas de discutir. Al fin y al cabo, ya no tenían nada que perder.

—Está bien —accedió—. Pero no le perdáis de vista.

Marco extrajo el arma de su petate y se la entregó: al contemplar su expresión satisfecha al ceñirse el tahalí sobre el hombro izquierdo, sintió un escalofrío. Tuvo que recordarse que, aun con ella, se encontraría en inferioridad ante cualquier hombre armado con escudo.

Tritaio y el resto de los lugareños habían salido al patio y los observaban con inquietud.

—Marchaos —les dijo—. No os perseguirán, esto no va con vosotros.

Cuando obedecieron sin mirar atrás, el mensor estudió las defensas: no eran

más que una simple empalizada de troncos clavados al suelo rocoso, una pequeña zanja y un desnivel de apenas el doble de la altura de un hombre. No había torres, solo una destartalada plataforma sobre la que se podía encaramar un vigía. A pesar de contar con tan solo una débil tablazón a modo de protección, controlaba visualmente el entorno y se encontraría fuera del alcance de los dardos.

—Yo subiré hasta allí —dijo Násica.

Aferrando su quiroballista, el artillero trepó con torpeza por la irregular escalera que conducía hasta lo

alto de la pequeña atalaya. Mientras tanto, el resto de los soldados apuntaló la destartalada puerta con media docena de postes y afianzaron la viga que hacía las veces de postigo. Annio comenzó a amontonar pequeñas rocas en el paso de ronda para arrojarlas si era necesario. A pesar de todo, aquello tan solo les otorgaría una exigua ventaja frente a su enemigo, aunque era preferible com batir en esas condiciones, antes que ser atacados por la espalda mientras huían.

Oyeron algunos sonidos procedentes del bosque. Una pequeña columna de hombres armados abandonó la espesura para formar un cuadro frente a las



puertas, más allá del alcance de sus proyectiles. A pesar de no llevar insignias en los escudos, sus armas eran de legionario y se desenvolvían con una arrogancia propia de soldados. Tal vez quince, además de otros tantos auxiliares. Cuando clavaron los pilos en el suelo para tomar unas jabalinas ligeras y formar en testudo, aprobó mentalmente su disposición: si él hubiera estado en su lugar, habría hecho lo mismo.

A duras penas contuvo una maldición: no se trataba tan solo de mercenarios. Algún gerifalte había decidido acabar con ellos. Tuvo que

esforzarse para que su mente dejara de dar vueltas a las posibles implicaciones. En su lugar, intentó distinguir algún rostro conocido, aunque a esa distancia, ocultos por el casco, le resultó imposible. Por un momento consideró la idea de tratar de razonar con ellos, apelando al compañerismo, pero al final decidió que resultaría inútil. Sin lugar a dudas, ya sabían a quién perseguían, aunque tal vez no el porqué.

—¡Entregad las armas! —gritó alguien desde fuera.

—¡Ven por ellas! —respondió Annio.

Todos sabían que si la misión de

aquellos hombres era matar al líder insurgente, no querrían testigos. Una nueva voz aulló la orden de formar en testudo.

—¡Van a emplear un tronco como ariete! —gritó Násica desde la torre.

El artillero apuntó con su quiroballista a los asaltantes y accionó el disparador. Un virote salió a una tremenda velocidad y atravesó su pequeña formación de parte a parte hasta clavarse en el suelo. El costado izquierdo se desmoronó cuando dos hombres cayeron ensartados sobre la hierba.

—¡Jodeos, hijos de puta! —rio

Násica.

Mientras se apresuraba a colocar otro proyectil en el canal de disparo, un par de soldados corrió para ocupar el puesto de los caídos.

Marco evaluó la situación. Aquel pequeño artilugio de guerra poseía una enorme capacidad de penetración, pero su cadencia de tiro era extremadamente lenta. Resultaba útil cuando una unidad de artilleros creaba una continua lluvia de disparos; sin embargo, empleada individualmente, su utilidad real era escasa, a pesar del efecto que pudiera ejercer sobre la moral de los asaltantes.

Los legionarios cargaron de nuevo,

esta vez cubiertos por la descarga de proyectiles de los mercenarios. Con una lluvia de pilos cayendo sobre él, Annio tuvo que abandonar la empalizada. Saltó al interior del recinto en el mismo momento en el que Násica disparaba de nuevo.

—¡Todos aquí! —gritó Quinto.

Los soldados apoyaron el hombro sobre la puerta. El artillero tuvo que bajar de la torre. La madera crujió cuando recibió un tremendo golpe desde fuera. Sus tablas no estaban unidas con clavos, sino mediante cuñas de madera, y carecían de refuerzos de hierro. Los goznes eran unos simples postes

hincados en la roca, podridos a causa de la humedad: aquella era una defensa concebida para detener a ladrones de ganado, no a un pequeño ejército. Aunque los puntales y el postigo resistieran, el resto de la estructura se haría pedazos en unos instantes.

—¡Hay que retirarse! —ordenó el centurión.

La puerta se vino abajo y los asaltantes se abrieron paso entre los restos. Násica apoyó su quiroballista sobre un poste y apuntó sin perder la calma. El virote salió disparado y atravesó el testudo de parte a parte hasta perderse en el bosque. Se oyeron varios

gritos agónicos.

Los auxiliares escalaban la empalizada.

—¿Qué se te ocurre ahora? —le preguntó Quinto.

Mientras corrían hacia la parte posterior de la granja, Marco consideró aquella situación como si solo fuera una partida de *petteia*: un simple juego, cuyo único objetivo es evitar que el adversario rodee con sus fichas a tu rey. Y ahora ese guijarro oscuro adoptaba la forma de un caudillo cántabro, llamado Corocuta.

De repente fue consciente de que en aquella partida existían dos fichas clave,

y recordó la advertencia de su padre adoptivo para esos casos: si dos objetivos se encuentran próximos entre sí, tienden a confundirse. Pero si los separas, obligarás a tu adversario a tener que elegir.

La solución era simple.

—Hay que arrojar la plata por el talud —respondió.

—Os recuerdo que esa plata es mía —dijo Corocuta.

—¡Entonces despeñad «su» plata y que se maten por ella! —gritó Quinto.

Al escuchar su orden, el opción extrajo el puñal que llevaba en la cintura y desgarró las dos bolsas de cuero que



transportaban las mulas. Cuando una cascada de monedas comenzó a caer sobre el suelo, golpeó los cuartos traseros de los animales y ambos se precipitaron hacia el río que rugía en el fondo de la cañada.

—¡Eh, mirad esto, cabrones! —aulló el veterano.

Dio resultado. La mayor parte de sus perseguidores inmediatamente se olvidó de ellos para descender por la pendiente, tras las sacas. Así lograron huir hacia el bosque. Cualquier soldado sabía que lo prioritario era acabar con ellos cuanto antes para más tarde dedicarse al saqueo; sin embargo, los

auxiliares, simples mercenarios, eran incapaces de pensar más allá de sí mismos y de su objetivo más inmediato.

Tras una carrera de cien pasos, llegaron a una fuerte pendiente que desembocaba en un afloramiento rocoso.

—No podemos ascender por ella, o nos acuchillarán por la espalda —dijo Quinto—. Hay que hacer frente a los legionarios aquí.

Fue como regresar de nuevo a las guerras civiles que habían desangrado a la República. Al desenfundar, Marco descubrió que tres de ellos rodeaban a Corocuta. Armados con la panoplia completa, actuando de forma

coordinada. Al verlos ante un adversario sin escudo, supo que el cántabro iba a morir.

Corocuta pateó un escudo hasta astillarlo, lanzó un tajo que obligó a otro a retroceder y salió de la línea de ataque del tercero, en un único movimiento. El más alto trató de golpearle con el borde inferior de su defensa, pero él segó su pierna adelantada. Detuvo un tajo dirigido a su cabeza y devolvió una estocada directa a la garganta. Aguardó dos latidos, esperando a que el último lanzara su ataque. Se hizo a un lado en el instante preciso para poder amputarle el antebrazo.

Al combatir, había gente que parecía capaz de leer el pensamiento. Pero lo que ocurría era, en realidad, más sencillo: su técnica era tan perfecta que solo te dejaban una única opción. Por eso sabían cómo, cuándo y dónde atacar. Creías tener libertad de elección, pero te equivocabas.

Marco solo había conocido a un puñado de hombres capaces de hacer aquello ante un luchador experimentado. Y jamás había visto hacerlo ante tres soldados veteranos.

Aquel bárbaro era un *daemon*.

Entonces descubrió al centurión que encabezaba aquel grupo de soldados,

alto y ancho de espaldas. Un yelmo bronceo cubría su rostro cuadrado, la cota de malla estaba salpicada de barro y sangre, pero aun así sus insignias eran inconfundibles.

Cayo Licinio Varrón.

Él. Tenía que ser él: no podía ser de otro modo. Incapaz de contener su rabia, Marco corrió en su dirección. Iba a obligar a ese pomposo bastardo a tragarse su maldita corona mural, que ahora exhibía en el pecho, hasta hacerle cagar plata.

Cuando Varrón le vio aproximarse, por un momento en sus ojos hubo un destello de miedo, pero de inmediato se

impuso una sombría determinación surgida desde lo más profundo de su ser.

«Cuenta hasta diez antes de hacer nada.» Marco era consciente de que la furia le hacía precipitarse, y aun así le resultó imposible ahogar sus emociones. Sabía que su mayor virtud no residía ni en su técnica ni en su físico, sino en su sangre fría, que ahora parecía haberse esfumado. El centurión contaba con la ventaja de haberse mentalizado para aquel momento. Por el contrario, a él la rabia le impedía obrar con sensatez.

Debería haber sido fácil. Varrón era áspero y obstinado, pero al combatir se mostraba tan rudo y falto de recursos

como al entablar una conversación. Intercambiaron un par de golpes. Marco le presionó. El centurión cargó contra él con su escudo, tiró el de su adversario al suelo y le hirió el brazo.

En ese momento, toda su ira se desvaneció, como si le hubiese caído encima un torrente de agua helada. Dio dos pasos atrás. Sin escudo, se encontraba en desventaja: iba a morir ante ese patán de la forma más estúpida imaginable. Por primera vez, experimentó algo distinto al odio. Miedo, rabia, frustración. Fracaso. Y, paradójicamente, aquello le hizo recuperar el control.

Por un instante, ambos se observaron, el uno frente al otro. Transcurridos dos latidos, Marco exhaló un aliento y parpadeó.

Como un rayo, la espada del centurión salió disparada hacia su rostro. Él realizó un arco con la suya, dando un paso atrás. Los aceros chocaron como ante un espejo. Había perdido la iniciativa. Varrón hizo un movimiento extraño e intentó herir su sien derecha. Marco detuvo el golpe y alzó su espada, dispuesto a realizar una finta.

«No se lo tragaré. Es un ataque demasiado ingenuo para ser real»,



pensó.

El mensor descargó un tajo vertical, directo a la cabeza de su oponente. Este dio un pequeño paso a su derecha y levantó el arma hasta formar una cuña. Con la pierna retrasada dispuesta a corregir su posición, su fulminante respuesta vendría rápidamente.

Marco se hizo a un lado y cambió su ataque. Su espada describió un arco horizontal, pasando por debajo de la guardia del centurión, y le alcanzó en el rostro. La carrillera del yelmo le salvó la vida, pero el tremendo impacto aplastó la lámina de bronce que cubría su mejilla y le hizo salir despedido

hacia atrás. El mensor le golpeó con el talón de su cáliga. Un crujido metálico resonó cuando el yelmo se abolló como un viejo caldero de latón. Iba a patearle de nuevo cuando oyó algo a su derecha: una treintena de bárbaros cubiertos con pieles de lobo cargaba contra ellos con un demencial grito de guerra.

Sus *devoti*. Eran ellos quienes les cortaban el paso hacia el Medulio: Corocuta los había conducido hacia donde se encontraban sus hombres. Los dos grupos armados no tenían nada que ver entre sí.

Rodeados por todas partes, los legionarios se reagruparon de forma

instintiva en torno al afloramiento rocoso para luchar codo con codo. Licinio Varrón se incorporó a duras penas, sangrando por la boca, y recogió su espada. Todo era un caos de gente que corría de un lado a otro.

—¿Qué tal, Varrón? —espetó Annio, espalda contra espalda—. ¿En busca de un nuevo ascenso, maldito lameculos?

Una piedra golpeó su yelmo de bronce. Él soltó una maldición.

En aquella confusión, Marco descubrió que Corocuta huía por donde habían venido. Entonces lo comprendió: «La plata es capaz de comprar voluntades».

Si un hombre entregaba un presente a otro de rango inferior, se ganaba su lealtad. Si ese hombre hacía un regalo a alguien que se encontraba por encima de él, obtenía su favor. Sin embargo, un obsequio dirigido a otra persona de igual rango, siempre obligaba a realizar otro de la misma valía; de ese modo se sellaba una alianza. Ese hijo de puta pretendía emplear los doscientos cincuenta mil denarios para ganarse el favor de los indecisos.

Tuvo que gritar para que pudiera oírle:

—¿Vas a seguir luchando?

Pero él no respondió. Su mirada le

decía que no le importaba la decisión del consejo tribal: él continuaría la guerra por su cuenta. Y si una vez firmada la *deditio*, aquel pueblo se alzaba en armas contra la República, esta vez las represalias serían terribles. El castigo por rebelarse contra Roma tras haber reconocido su soberanía conducía a la cruz.

—Convertirás esta tierra en un infierno —dijo Marco.

—Sí —reconoció él—. Pero será nuestro infierno.

# XLI

Quando durante las guerras gálicas en el campamento de la IX Legión aparecieron los nervios, dos centuriones llamados Lucio Voreno y Tito Pulón, fieros rivales por el puesto de primipilo, se desafiaron mutuamente a demostrar su valor. Pulón atacó el punto más sólido de la formación enemiga, pero una jabalina se clavó en la funda de su *gladius* y le impidió utilizarla. Voreno, que había saltado tras él, acudió en su ayuda e hizo retroceder a los galos, antes de tropezar en un desnivel del

terreno. Pulón, una vez liberada su espada, pudo devolverle el favor salvándole la vida. Cuando ambos regresaron al campamento, lo hicieron como amigos.

Así de absurda es la guerra. Hace que cualquier rivalidad sea más cruenta, alimenta el odio entre los hombres, pero al mismo tiempo es capaz de crear una tácita alianza ante cualquier situación desesperada. Ahora los contubernales se veían obligados a luchar codo con codo junto a aquellos que, momentos antes, habían intentado matarlos.

Un cántabro saltó sobre una roca y alzó su hacha, dispuesto a hendirle el

cráneo. Aferrando un pilo con ambas manos, Marco atravesó su escudo de parte a parte, hasta clavárselo en el pecho. La diminuta punta metálica no logró herirle de gravedad. Dolor. Ira. Aquel barbudo extranjero se abalanzó sobre él con los ojos llenos de furia.

Tuvo que dejarse caer hacia atrás y a punto estuvo de romperse la espalda. El regatón del pilo se hundió en el barro y el bárbaro voló formando un arco sobre él, como un pollo en un espetón, para caer a dos pasos de distancia. Se incorporó, tomó una roca del suelo y le aplastó la cabeza con ella.

Recogió su espada mientras



observaba a su alrededor. Annio había ocupado su puesto sobre el muro de roca, dejando a Quinto solo. Se encaramó junto a él y lanzó una estocada que obligó a un bárbaro a saltar hacia atrás, más allá de aquel perímetro defensivo. Niñato aprovechó la altura para golpear a otro con su escudo. Cuando el opción le atravesó la garganta a un joven que trataba acuchillarle, la partida de guerreros comenzó a retroceder.

—¡Al suelo! —gritó.

Saltaron tras las rocas. Marco apoyó la espalda contra ellas y flexionó las piernas. Las jabalinas cayeron en el

terreno embarrado y se clavaron en la tierra húmeda.

—Esta vez, parece que se retiran —  
murmuró.

«Por ahora.»

A lo lejos, se oyeron varios gritos agónicos. Al parecer, estaban dando buena cuenta de los mercenarios.

—Recordad a Valerio Níger —  
masculó el opción—: que no os cojan con vida.

No había tiempo que perder. En ese momento, sus enemigos estaban rematando a los heridos o persiguiendo a aquellos que ahora huían por el bosque, y sin duda su líder trataba de

recuperar la plata perdida.

A su lado oyeron un gemido que fue apagándose poco a poco. Manio Decio Násica yacía sobre la sucia hojarasca con una herida de un palmo en el cuello; de él fluía un continuo reguero de sangre que el improvisado torniquete de Niñato no había logrado detener. El artillero tan solo pudo emitir un débil gruñido antes de morir.

El opción se levantó para encararse a Licinio Varrón:

—Jodido traidor... —espetó—. Debería matarte ahora mismo.

—Vosotros sois los que nos habéis traicionado, defendiendo a ese hijo de

puta —respondió él, incorporándose—. ¿O es que ya no recordáis a Tito Lucrecio y sus hombres?

El veterano le aferró con su mano izquierda por el cuello y le alzó por encima de su cabeza, hasta que los pies de Varrón dejaron de tocar el suelo. Marco tiró de su brazo, tratando de que lo soltara, aunque no lo logró.

—¿Quién te ordenó hacer esto? —masculló el optión—. Dilo de una vez, maldito bastardo.

—Fanio Cepión —gruñó él, con el rostro congestionado.

—¡Mientes!

Esta vez era Marco quien trataba de

estrangularle, mientras el opción forcejeaba para separarlos: no se creía ni una sola palabra de lo que acaba de decirles. Se sentía furioso. A pesar de las comisiones del publicano, Fanio Cepión era un declarado miembro del partido augústeo y resultaba ridículo imaginar que actuase en contra de sus intereses.

—No, no miento —respondió Varrón—. Ha sido el legado quien me ha ordenado mataros. Estáis acabados, no podéis regresar. Y si lo decís, nadie os creerá.

Al fin le soltó y observó el cadáver de Násica.

La esencia de la guerra parece sencilla: a este lado, «nosotros»; al otro, «ellos». Y, entre ambos, un campo de batalla por conquistar. Obviando su crueldad, esa simplicidad resultaba hermosa, tranquilizadora. Si alguno de tus camaradas muere, resulta fácil encontrarle algún sentido, ya sea el cumplimiento del deber, ya sea la defensa de la República. Sin embargo, toda esa sencillez se desmorona al chocar abruptamente con la realidad, cuando descubres que tu enemigo puede encontrarse en cualquier parte y que solo las mentes simples pueden llegar a creer en ideas tan sencillas. Tras

sobrevivir a media docena de guerras, el artillero había sido degollado por otro legionario.

—Disponemos de poco tiempo —dijo Quinto—. Hay que hacer algo que no se esperen.

—¿Cómo qué? —replicó Varrón, sarcástico.

—Huir hacia el frente —respondió él—. Abrirnos paso hasta Iuliobriga, que se encuentra hacia el oeste. Si no nos equivocamos de dirección, estaremos allí dentro de un par de horas.

—Huir es de cobardes —espetó el veterano centurión.

—Es mejor ser cobarde durante un

momento que morir para el resto de tu vida —señaló Quinto, apelando a su habitual cinismo—. Nuestra misión era escoltar a ese bárbaro hasta el Medulio, y ya no tiene sentido. Es hora de volver a casa.

Al ver que sus soldados dudaban, Licinio Varrón se dirigió a ellos.

—¿Sabéis cómo gané estos torques? —dijo, señalando las condecoraciones de su pecho—. Fue en la Galia, con tan solo dieciocho años. Habíamos acampado en lo alto de una loma, donde una fantástica muchedumbre de bárbaros nos asedió. Todo parecía perdido. Sabíamos que las defensas de nuestro



campamento eran sagradas y que nuestro deber era defenderlas, pero no deseábamos morir allí, como ratas asustadas. Queríamos terminar con todo cuanto antes, aunque fuera en el mismísimo Hades.

Annio bufó, Niñato fruncía el ceño y el opción miraba hacia el bosque.

—No sé cómo ocurrió, pero vencimos —prosiguió él entre dientes—. Saltamos el parapeto como una manada de lobos hambrientos y cargamos colina abajo. Sin miedo. Sin compasión. Sin esperanza. Logramos abrir una brecha en su línea y comenzamos a degollarlos como ovejas

en un matadero. Cuando el signífero cayó, recogí nuestro estandarte del suelo y lo aferré con las escasas fuerzas que aún me quedaban, dispuesto a morir por defenderlo, si era necesario. Pero no lo fue. Al ver nuestra furia, los bárbaros huyeron en desbandada, presas del pánico. Como os lo cuento: corrimos tras ellos y la carnicería fue atroz. Luchamos, haciendo honor a la noble raza de Rómulo, y vencimos.

Por un momento, Marco quiso decir algo. Sin embargo, al ver la expresión de aquellos jóvenes legionarios, supo que Varrón los había escogido entre aquellos que sentían mayor fascinación

hacia él.

—¿Estáis conmigo? —les preguntó el centurión.

Los muchachos asintieron. Marco casi esperaba oír una fanfarria venida de alguna parte, pero, en su lugar, solo resonó el débil tintineo de las armas cuando una docena de soldados se incorporaron preparados para el combate.

Entonces, una voz en su interior le dijo que su deber era acompañarlos. Y esta vez no se trataba de su padre adoptivo, ni tampoco del gladiador ilirio. Era una voluntad indefinida, anónima, soterrada en lo más profundo

de su ser, que se había enquistado allí a través de innumerables lecturas, historias narradas y representaciones teatrales. Esa voz siempre le decía cómo debían transcurrir las cosas, contradiciendo lo que la experiencia le había enseñado, de forma despiadada, a lo largo de toda su vida. Y al contemplar a aquellos jóvenes dispuestos a morir por nada, supo que aquella voz, ajena a la razón, era su peor enemigo.

—¿Nos vamos ya? —masculló Annio.

A una señal, comenzaron a correr a marchas forzadas, y dejaron atrás a Varrón y sus hombres.

Los bárbaros se encontraban dispersos por la arboleda, mutilando a los cadáveres para obtener trofeos o buscando entre sus pertenencias cualquier cosa de valor. Al verlos venir, simplemente se retiraron: habían dado aquella escaramuza por vencida y no esperaban encontrarse ante cinco legionarios cargando frontalmente.

Solo tuvieron que hacer frente a varios grupos armados; el resto se limitó a hostigarlos con dardos. Continuaron trotando sin mirar atrás. De vez en cuando encontraban algunos cadáveres de mercenarios, la mayoría heridos por la espalda. Tras rodear un árbol caído

se reincorporaron a la senda; al mirar hacia el frente, esta se perdía entre la espesura.

Hicieron una breve pausa. A pesar de que no había llovido, el cielo seguía encapotado y el sol apenas era visible entre las copas de los robles. Marco tuvo que estudiar el musgo de los árboles para establecer el norte. Al parecer, iban por buen camino.

Cuatrocientos pasos atrás, resonaron varios gritos agónicos en latín y una trompa de guerra comenzó a bramar. Marco se giró hacia allí y, seguidamente, bajó la vista.

—Nada de remordimientos —le dijo

Quinto, entre jadeos—: si logramos salir de esta, tendrás toda una vida por delante para morir estúpidamente, si lo deseas.

Reanudaron la marcha.

«Existen demasiados intereses en torno a esta guerra. Hay gente que desea que no termine.» Recordó las palabras de Vitruvia, y su vieja simpatía hacia la causa republicana. ¿Sabía que su misión iba a ser sabotada y por ello había tratado de evitar que participara en ella? ¿Que ambos hechos se sucedieran había sido fruto de la casualidad? No podía quitarse aquella idea de la cabeza.

De nuevo oyeron el sonido del

cuerno de guerra a sus espaldas. Sus enemigos debían de estar reagrupándose.

—¡Tirad los escudos! —gritó Quinto.

Obedecieron de buena gana. Habían abandonado su impedimenta y ahora hacían lo propio con las armas, dejando tras de sí un rastro bien visible. Aquella orden solo obedecía a una política de hechos consumados, un intento de aparentar que aún eran una unidad militar y que él ostentaba el mando.

*Tlan-cras-tac-toc. Tlan-cras-tac-toc.*

El traqueteo de sus armas amenazaba



con volverle loco. Empapado en sudor, el revestimiento de fieltro del yelmo le escocía la frente, y las carrilleras le rozaban las mejillas a cada paso que daba. Marco se despojó de él y lo arrojó al suelo. A continuación, hizo lo mismo con las hombreras de su cota de malla. No se quitó el resto para no tener que detenerse.

Al doblar un recodo, una docena de montañeses los aguardaba. No eran guerreros, sino simples campesinos con armas de caza. Tal vez lugareños que habían decidido unirse a la fiesta, ávidos de revancha.

De no haber corrido cinco millas,

habría sido fácil. Marco acuchilló a un individuo que se le echaba encima y tuvo que esquivar un dardo dirigido a su pecho. Una piedra le acertó en la frente y permaneció un instante cegado por el dolor. Cuando abrió los ojos, los cántabros se retiraban.

—¡Continuad!

No había sido Quinto, pero ya daba igual.

Siguieron trotando, con las armas en la mano. El bosque se hacía más diáfano y la senda se difuminaba hasta perderse de vista. De vez en cuando, un dardo se clavaba muy cerca de él. Los contubernales continuaron corriendo

hacia poniente. Otro bárbaro apareció de la nada y saltó sobre Marco esgrimiendo una lanza.

«Con los pies en el suelo, controlas tu cuerpo. Con los pies en el aire, te lleva la inercia.»

Se hizo a un lado y lanzó una estocada. Sintió la violencia del choque cuando aquel imbécil se ensartó en su arma. Extrajo la hoja de sus entrañas para continuar huyendo. Tuvo que forzar el ritmo para alcanzar al resto. Resultó su suplicio, pero al menos ahora corrían cuesta abajo.

Abrieron una brecha en un denso matorral y se dejaron rodar por una

pendiente. Las zarzas arañaron su rostro, las piedras se clavaron en su espalda; aun así experimentó una exultante sensación de libertad. El talud terminó y, cuando iban a incorporarse, se detuvieron. Frente a ellos, en lo alto de un promontorio, había un campamento para una cohorte: al fin habían llegado a Iuliobriga.

—¡Estamos salvados! —exclamó Niñato.

Se disponía a correr hacia allí cuando Quinto le sujetó por el brazo.

—¡Alto! —gritó, dirigiéndose a sus hombres, aún jadeando—. ¿Creéis que es lo más sensato?

Todos miraron atrás, asegurándose de que nadie los perseguía. Al comprobar que no era así, se tranquilizaron.

—Quinto tiene razón, no podemos regresar —masculló el opción—: nuestro legado nos quiere muertos.

—Es posible que Varrón nos haya mentido —sugirió Niñato.

—Aunque pueda sonar ridículo, ese no es su estilo —razonó Marco—. Él jamás se avergüenza de sus actos. Haga lo que haga, siempre se ve cargado de razones. Estoy convencido de que Fanio Cepión es el responsable.

—Pero no tiene ningún sentido —

replicó Niñato—. Una cosa es que el legado haya estado mirando hacia otro lado mientras Arvina se llenaba la bolsa, a cambio de una comisión, y otra muy distinta es tratar de asesinar a ese bárbaro, solo para que la guerra prosiga.

—Fanio Cepión no solo ha estado obteniendo una comisión —aseguró Quinto—. Él es quien se ha estado llenando la bolsa durante todo este tiempo.

Sus hombres se giraron hacia él para observarle.

—Durante las proscripciones, delató a su propio padre —prosiguió—. Y eso le permitió ingresar en el partido de

Augusto y beneficiarse de toda clase de concesiones públicas para formar una sociedad de publicanos. A pesar de disponer de un escaso patrimonio, no le fue difícil conseguir la financiación: por entonces, negarse a prestar dinero a alguien de confianza del heredero de César resultaba muy peligroso. Tu nombre podía fácilmente aparecer en la lista de proscritos y, al final, lo perderías igual, además de la vida.

—Como miembro de la clase senatorial, legalmente no le es posible —señaló el joven.

—Para salvar ese obstáculo se rodeó de una camarilla de hombres de

paja, como Emilio Arvina. Gente lo bastante ambiciosa, y al mismo tiempo estúpida, como para firmar cualquier documento que les pusiera sobre la mesa.

—Entonces Fanio Cepión no ha sido el títere del publicano, sino a la inversa —concluyó Marco—. ¿Cómo sabes todo eso?

—Gracias a la esposa de Emilio Arvina.

—Y supongo que habrás tenido que tirártela para que te lo cuente —añadió con sorna.

Por un momento el centurión bajó la vista.



—¿No lo habrás hecho, verdad? —

murmuró el mensor.

—Eso ahora no importa —respondió

él.

—Dioses. Lo has hecho.

—Déjame que te explique...

—Pero ¿qué hace falta explicar? —

rugió Marco—. ¿Se puede saber en qué estabas pensando?

—Pensar lo que se dice pensar, no debió de hacerlo —señaló Annio—. Sin duda, toda la sangre de su cabeza se le había ido a otro lugar.

—Basta ya —espetó el centurión—.

Aún estoy al mando.

—¿Al mando de quién, pichabrava?

—gritó Annio—. ¿De cuatro condenados al patíbulo? ¿No crees que retozar con la esposa del publicano puede haber contribuido a que él también nos quiera ver muertos?

Quinto enmudeció y se dejó caer sobre el suelo, con el semblante descompuesto. Marco observó a sus compañeros: había perdido su confianza. Bastaba leer sus expresiones para darse cuenta de ello. Algo que se había fraguado durante años se había hecho pedazos en un momento.

—Hay algo más —decidió añadir—. Antes de partir, Emilio Arvina me dijo que debíamos acabar con nuestro

protegido para salvaguardar los intereses de Augusto. Si hemos de creerle, el *princeps* estaría detrás de todo. Habría entregado la recompensa a Corocuta en público, con la intención de deshacerse de él entre bastidores.

—Entonces, ¿por qué no nos ordenó que lo matáramos? —respondió Annio.

—Si su escolta apareciese muerta, podría culpar a los nativos —dijo Marco—. Habrían eliminado a un traidor, o tal vez quisieran robar la plata. En cualquier caso, se trataría de una disputa entre bárbaros.

Recordó el día en el que Octavio acudió a Roma, con tan solo dieciocho

años, para reclamar la herencia de César. Por entonces, el sucesor político del dictador era Marco Antonio, cuyo carácter jovial y campechano le había hecho muy popular entre la soldadesca. Por ese motivo, Octavio se vio obligado a buscar el apoyo de la plebe, a rodearse de un grupo de marginados del partido de César y a recurrir a Marco Tulio Cicerón, el más respetado miembro del Senado.

Tras su primera reunión, aquel veterano político aseguraría complacido que el sobrino y nieto de César sentía una auténtica devoción hacia él, y más tarde añadiría que a «aquel muchacho

había que alabarlo, honrarlo y derribarlo», una vez que lo hubiera utilizado para neutralizar la amenaza de Marco Antonio. Sin embargo, cuando Octavio pactó con Antonio lo que sería el segundo triunvirato, no puso ninguna objeción a que el nombre de Cicerón figurara en las listas de proscritos. Resultaba fácil imaginar lo que pudo pensar aquel sexagenario excónsul al descubrir que, tras intentar manejar a ese tierno adolescente como una simple marioneta, en realidad era él quien había sido utilizado.

¿Acaso aquel cínico embaucador ahora los había usado a ellos?

—Nuestro deber es informar al *princeps* de lo que ha pasado — manifestó Quinto—. No creo que él esté detrás de todo esto.

—¿Bromeas? —replicó Annio—. Aunque tuvieras razón, no podemos ir a Portus Victoriæ y llamar a la puerta del pretorio sin más. Cepión haría que nos detuvieran antes de que pudiéramos llegar a cien pasos de él. Y aunque lo lográramos, Augusto jamás nos creería. Sería nuestra palabra contra la de un *legatus legionis*.

—Necesitamos que Tiberio nos ponga en contacto con él —señaló Quinto—. Es el único en el que

podemos confiar.

—Ese niño borrachuzo parece llevarse demasiado bien con el publicano —dijo Annio, sarcástico.

Durante un largo rato reinó el silencio.

—Solo tenemos dos opciones —concluyó Marco—: presentarnos ante Tiberio y confiar en que nos crea, o convertirnos en desertores.

—No podemos hacer eso —repuso el centurión—. Ese cabrón pronto pasará a la ofensiva.

Su preocupación era comprensible. Aquella emboscada podía ser el desencadenante de una nueva revuelta y,

tal vez, Corocuta planeara más ataques a otras guarniciones diseminadas por todo el territorio.

—No puede enfrentarse a una legión a campo abierto —protestó Annio.

—Recurrirá a la guerrilla —señaló Quinto—. Dividirá sus fuerzas en pequeños grupos, dispersos por las montañas, que se reunirán para dar ocasionales golpes de mano. Antes de la invasión, podían organizar un ejército convencional. Ahora, superados en número, esa es su única opción.

—¿Qué espera conseguir con esto?  
—gruño Annio.

—Que nos ahogemos porque somos



demasiados —respondió—. Con ocho legiones desplazadas en la zona, nuestras necesidades de grano son tan grandes que nos resultará difícil mantener una vía de suministros efectiva. Esa es su baza.

Marco recordó el pan de aquellos montañeses, obtenido a partir de harina de bellotas, y los interminables bosques de robles y encinas que se extendían por su tierra. En su mente, aún resonaban las palabras de Corocuta, pronunciadas un par de días atrás: depender de algo es síntoma de debilidad.

Un anciano griego acude a los Juegos Olímpicos. Es mediodía, y el sol resulta abrasador. Al pasar frente a las gradas, no encuentra ningún escaño libre y, por ello, solicita que alguien le haga un sitio, pero nadie le hace caso. Entonces, un grupo de lacedemonios se levanta de su asiento como un solo hombre para ofrecerle el suyo. Los mismos atenienses que antes se lo habían negado, ahora los aplauden. «Ya veo lo que ocurre: todos saben lo que es correcto, pero solo los espartanos lo hacen», exclama el viejo, alzando la voz para que todos puedan

oírle.

De niño, Marco disfrutaba escuchando historias como esa. La disciplina espartana, fruto de una férrea educación llamada *agogé*, ejercía sobre él una romántica fascinación. Dentro de la corrupta Roma, donde cualquier cosa era lícita y donde todo, literalmente, se podía comprar, él consideraba el ejército como un santuario aún regido por unas nobles normas de conducta, donde conceptos como el valor y el honor eran lo que realmente dignificaban a un hombre.

En la Suburra también existían normas, pero eran despiadadas. Para

sobrevivir, tenías que ser respetado. El respeto era sinónimo de miedo. «Si no estás conmigo, eres mi enemigo.» No podías confiar en nadie. Ceder en algo era síntoma de debilidad.

Al principio, todo resulta fácil. Uno de los hombres de Cuadrigario te pedía que esperaras en una esquina hasta que vieras pasar a alguien. Entonces le seguías. Cuando le decías adónde había ido, obtenías un as a cambio. A la mañana siguiente, el cuerpo sin vida de ese hombre aparecía en un oscuro callejón próximo a un prostíbulo; aunque ese no era tu problema, porque esa noche habías podido llevarte a la boca

una hogaza de pan recién horneado.

Con el tiempo, los recados se volvían más peligrosos, y las monedas pasaban a ser de plata. Hasta el día en el que una niña te preguntaba en qué deseabas convertirte y no sabías qué responder, porque esa era la única vida que conocías, e ignorabas cómo habías llegado hasta ella. Y al descubrir que otra vida era posible, te dabas cuenta de que habías asumido toda esa miseria como algo natural, inevitable, a pesar de ver a tus amigos caer día tras día mientras tu cuerpo se iba llenando de cicatrices.

En el foro Boario conoció a un

campesino del Lacio, cuya cabaña había sido arrasada por una crecida. Aquel individuo vivaracho, de aspecto avisgado, le confesó que eso era algo que le ocurría cada cuatro o cinco años. Cuando le preguntó por qué iba a construirla de nuevo exactamente en el mismo lugar, junto al río, él se encogió de hombros y le respondió que su casa siempre había estado allí. Sus amigos eran como aquel hombre, o como un pez, que cree ir de un sitio a otro movido por su propia voluntad, cuando lo único que hace es ser arrastrado por la misma corriente en la que lleva inmerso toda su vida.

Sin embargo, él se había creado una disciplina, su propia *agogé*. Entrenar cinco horas al día, hasta endurecer su delgado cuerpo, fue lo que más tarde le permitió nadar contra corriente. Y para ello, tuvo que desarrollar otra clase de disciplina. Una que lo obligaba a no hacer nada, en lugar de actuar. Permanecer inmóvil, sin decir nada, cuando lo único que deseas es hundir tus dedos en una oscura melena de cabello rizado y devorar unos labios que te hablan.

Alistarse había sido su forma de dejar atrás un punto muerto, aunque también significaba renunciar a sus

sueños. Además, el ejército no era como él había esperado, pero las cosas nunca lo son, y durante años solo volvió a pensar en el presente. Lo que no nos destruye, nos hace más fuertes. Gracias a la instrucción, te veías a ti mismo haciendo cosas de las que jamás te habrías creído capaz; por ejemplo, correr veinticuatro millas con cien libras a la espalda durante cinco horas, sin interrupción; o regresar al barracón creyendo que se van a licuar tus pulmones y que tus piernas no van a responder más, aunque al día siguiente logras recorrer cinco millas más. Poco a poco, se van redefiniendo tus límites:



una barrera intangible va cediendo lentamente.

Entonces, todo tu orgullo se reducía a eso: a hacer algo que la gente común era incapaz de hacer, a soportar lo que para otros es insoportable. Mientras tanto, veías caer a los tuyos en campos de batalla cubiertos de polvo, y eso era lo único que te hacía continuar. Te considerabas mejor, creías ser más fuerte. Hasta que al final acabas por descubrir que no eras nada, que no le importabas a nadie, y que toda esa fortaleza no servía para nada. Como Edipo, al circunnavegar toda Grecia huyendo de su destino, lo único que

haces es regresar al punto de partida. Había descubierto que allí imperaban las mismas normas que había creído dejar atrás. Y se sintió estúpido, como un niño ingenuo que ha seguido escrupulosamente las reglas de un juego, solo para descubrir que su compañero lleva horas haciéndole trampas. Su mundo interior se había desmoronado.

«Somos monedas de cambio. Fichas dispuestas sobre un tablero».

Había anochecido y, por encima de sus cabezas, el viento hacía gemir el bosque, agitando las ramas de los robles cubiertas de muérdago. Las estrellas emitían débiles destellos en el vacío y

una fantasmal bruma comenzaba a envolverlos. Marco golpeó un tronco de árbol con sus nudillos y la madera crujió. El dolor le llegó hasta el tuétano, pero era incapaz de ahogar su rabia.

Observó a sus compañeros, que estaban de pie junto a él. Sabía que también ellos deseaban vengar a todos sus compañeros que ahora yacían sin vida, como títeres a los que se les han cortado los hilos. Tenían un deber, una deuda que saldar. Y no había ninguna fuerza humana que los apoyara. Por tanto, debían solicitar la ayuda de alguien con más poder, aunque eso significara recurrir a los dioses del

inframundo.

Sin pronunciar palabra, Marco extrajo una lámina de plomo de su bolsa e inscribió en ella una maldición con un punzón de bronce. Transcurrido un instante, la colocó sobre el suelo. Quinto desenfundó su *gladius* para depositarlo encima de ella. Todos formaron un círculo a su alrededor.

El opción tomó un cuchillo y se hizo un profundo corte en la palma de la mano. La sangre, negra a causa de la oscuridad, comenzó a manar y formó un hilillo viscoso entre sus dedos. Ofreció aquel hierro afilado a Niñato, que, sin dudarlo, le imitó. Este fue pasando de

mano en mano hasta llegar a Annio. Los cinco regueros de sangre se mezclaron sobre la hoja del arma.

Era una *devotio*. Una ofrenda a los manes, a cambio de su ayuda para segar una vida humana. Un juramento de venganza sobre la espada, de forma que esta quedaría consagrada a esa causa y, al mismo tiempo, los obligaría a cumplir con su promesa. De lo contrario sufrirían la ira de las deidades del Infierno.

Y cuando hubieran matado a Fanio Cepión, depositarían aquella arma como ofrenda en un templo consagrado a Némesis, la diosa de la venganza.

# XLII

Puteoli estaba sobre una escarpada península rodeada de playas y ásperos acantilados de roca oscura. Era un apacible puerto natural situado hacia el oeste de la bahía de Neápolis, lugar de veraneo de las familias más opulentas de Roma. Una bella comarca salpicada de pequeños lagos de aguas cristalinas frente a la península de Miseno, llamada los Campos de Fuego, pues allí se filtraba el calor procedente de las entrañas de la Tierra. El paisaje estaba colmado de lujosas mansiones con

baños termales.

Por encima del aroma de pino mezclado con el espliego, llegaba el intenso olor a mar. El día era radiante. Marco se sentía insólitamente animado. Su padre y él habían tomado una vía secundaria, tres millas pasado el pueblo, que los condujo hasta aquella villa construida junto a una pequeña ensenada, a la que accedieron tras descender por una senda. Con todas sus dependencias dispuestas en torno a un patio central, las paredes encaladas de aquel soberbio edificio de dos plantas resaltaban en el irregular paisaje mediterráneo.

Una pareja de esclavos los recibió cuando descabalgaron junto a la puerta y condujeron a sus animales hasta el abrevadero. Era verano y el sol parecía capaz de fundir hasta el plomo de las cañerías, aunque bajo aquella pérgola cubierta de parras, el continuo murmullo del agua trasmitía una agradable sensación de frescor y sosiego.

Fabricio los saludó con una empalagosa cordialidad. Había mudado su habitual toga para vestir un manto griego llamado *himation*.

—Trae agua fresca para nuestros invitados.

Marco observó a aquel adolescente,



sin duda de origen heleno: su nariz aguileña era lo único que ensombrecía unas facciones que rozaban la perfección. El cuerpo, alto y de anchas espaldas, había sido pacientemente conformado hasta convertirse en un Apolo de Fidias. Normalmente, los esclavos domésticos empleaban una modesta indumentaria, pero aquel joven lucía una túnica más elegante que la de un comerciante sirio. Al parecer, la vestimenta no era la única costumbre griega que Fabricio había adquirido en Oriente.

Tras bajar por unas escalinatas, los condujo hasta los almacenes de la

mansión. Llegaron ante una pequeña ensenada en la que se adentraban mansamente las olas.

—Los antiguos valores romanos dictan que un ciudadano ha de vivir de los frutos de su hacienda —comentó el antiguo abogado.

Los antiguos valores romanos: parsimonia, dignidad, austeridad, frugalidad y sencillez. Todos se habían pervertido. Al ser barato, el pescado de agua dulce era despreciado por las clases altas; en su lugar, se creaban estanques para criar morenas, anguilas o rodaballos, cuyo elevado coste los convertía en un símbolo de riqueza y

ostentación. No muy lejos de allí, Lucio Lúculo había hecho horadar una montaña para llevar el agua del mar hasta su piscina: le costaba más de lo que lo había hecho su fabulosa vivienda. A causa de despilfarros como aquel, Pompeyo lo había llamado «el Jerjes con toga».

Con el tiempo, estas piscifactorías perdieron su sentido original, y muchos aristócratas se enamoraron de sus peces: había nacido una moda entre parte de la aristocracia, a los que Cicerón llamó con sorna *piscinarii*. El gran orador Hortensio prefería comprar el pescado en Puteoli antes que tocar uno solo de

sus salmonetes. Se dice que incluso lloró la muerte de una de sus morenas como si de su propia hija se tratase, al igual que había hecho el censor Craso con otra a la que hizo adornar con piedras preciosas. Sin embargo, las amargas críticas de los tradicionalistas ante aquellos excesos solo espolearon la extravagancia de los nuevos ricos, nacidos en las postrimerías de la agónica República.

—¿Se ha de construir aquí? — preguntó el arquitecto.

—En fondos fangosos es posible criar los peces aplastados, como lenguados o rodaballos, y si es arenoso,

resulta mejor para los de alta mar, como las doradas —señaló Fabricio, que de aquel modo exhibía su erudición—. Ahora bien, en una costa como esta, lo ideal es criar peces de roca, como los meros o las morenas. Las de Sicilia, que son las más celebradas por su sabor, soportan bien cualquier ambiente extraño.

—¿Solo morenas?

—Hay quienes las hacen convivir con otras especies, pero si entran en rabia, algo muy habitual en ellas, devoran todo lo que encuentran.

Un patricio llamado Cayo Asino había invitado a Octavio a cenar en su

casa. Durante la velada, uno de sus esclavos tuvo la mala suerte de romper una copa de vidrio. Se decía que, cuando el anfitrión ordenó que fuera arrojado a su estanque de morenas, el futuro *princeps* dejó caer al suelo el resto de la vajilla para hacerse partícipe de la culpa y evitarle aquel castigo. Ese gesto había servido para que un hombre no acabara como alimento para los peces, aunque Marco ignoraba si en aquel lugar habría gente dispuesta a hacer lo mismo.

—Construiremos un muro de sillería cerrando la ensenada —dijo Vitruvio—. *Opus quadratum*, de caliza o travertino,

cubierto en este lado por placas de mármol. En su otro extremo, es preciso abrir un canal hasta el mar, para crear una corriente continua que haga que el agua se renueve. La profundidad del estanque ha de ser de al menos siete pies y deberá contar con varias cavidades hacia el fondo, para que puedan esconderse los peces. El dique contará con varios conductos en su parte inferior, con unas rejas de cobre para impedir que las morenas escapen...  
¿Marco?

—He pensado que la Venus podría encontrarse en la cara interna de la escollera, justo en el borde del estanque,

como la Victoria de Samotracia — añadió el joven—. De esta forma, dará la impresión de que está saliendo del mar.

—¿En bronce?

—No, se oxidaría —respondió, sin dudar—. Es mejor que sea de mármol.

En Grecia, el bronce había sido desde siempre un material muy valorado para la escultura. Pero ahora en Roma se realizaban copias de sus obras maestras en aquella nívea roca que, con el tiempo, se había convertido en un símbolo de lujo y exotismo. A medida que aumentaban las conquistas, desde tierras cada vez más remotas fueron



llegando mármoles de exóticos colores: rojo y púrpura del Peloponeso, negro, salpicado de rojo y gris, de la isla de Teos, o el verde oscuro cubierto por una telaraña blanquecina procedente de Tesalia.

César comenzó a emplear las canteras de Luna, en el norte de Italia, y más tarde Octavio las amplió para su explotación en masa, aunque antes hubo que mejorar las instalaciones portuarias de Ostia para hacerlo llegar a la capital. Para entonces, el mármol se había convertido en un instrumento de propaganda al servicio del poder, asociado a una prosperidad que estaba

transformando una ciudad de ladrillo. Aunque, al igual que había hecho Octavio con la misma República, solo se cubriera con relucientes lajas blancas los vetustos edificios de barro cocido, cambiando su aspecto exterior, pero manteniendo intacta su vieja estructura.

Al haber elegido este material, Marco tenía un gran reto ante sí. Para realizar una escultura de bronce, antes se realiza un original de arcilla del que se obtiene un molde, a partir del cual se fundirá la pieza mediante el proceso de cera perdida. Era una labor lenta y engorrosa, pero ese modelo de barro siempre puede ser corregido. Por el

contrario, el pesado bloque de mármol que necesitaría debía ser traído en barco desde Luna, por lo que su precio sería desorbitado, y cualquier accidente podría echarlo a perder.

Bronce o mármol. En aquella elección subyacía la eterna controversia: mientras que el pintor agrega, el escultor quita. Y una vez retirado un pedazo de piedra, ya no hay marcha atrás: cualquier error es irreversible. La talla se realiza a fuerza de desechar, lo que constituye la verdadera esencia de la escultura, mientras que modelar el barro se considera un acto más próximo a la

pintura.

Cuando su cliente les dio la espalda, Marco cerró los ojos. Aquella decisión pretendía ser una demostración de confianza.

Vitruvio extendió el plano sobre la mesa y depositó un par de piedras en sus extremos para mantenerlo desenrollado: era una vista en planta del estanque, junto a otra en perspectiva y también una sección en alzado. Había delineado meticulosamente la superficie del terreno durante tres días para representar hasta el último detalle de

aquella modesta ensenada de apenas cien pies de longitud. En su cara interna, la escollera sobresaldría nueve pies por encima del mar, reforzada por una sucesión de columnas de orden jónico que flanqueaban el pedestal donde se encontraría la Venus. El nivel del agua llegaba casi a sus pies. Tras la columnata, un fresco mostraría un hermoso paisaje de olas que se fundían con el estanque, dando la impresión de que la diosa surgía de entre la espuma.

Tito Fabricio sonrió complacido. Marco les mostró una terracota de poco más de un pie de alto: de un boceto en arcilla no se esperaba un trabajo

definitivo, pero él había reproducido a escala lo que sería la obra final, hasta el último detalle.

Al arquitecto no le fue difícil reconocer a su hija, y le sorprendió que hubiera sido capaz de representarla tan fielmente, solo recurriendo a la memoria. En una obra de este tipo, la modelo solo servía de referencia anatómica para representar a una diosa idealizada, pero él se había ceñido fielmente a sus facciones. O bien Marco había renunciado a seguir los deseos de su cliente, tratando de mostrar a una deidad humanizada, tal y como acostumbraba el retrato romano, o bien

no había visto nada en su hija que pudiera ser mejorado.

Vitruvio frunció el ceño, incapaz de precisar cuál de las dos ideas le inquietaba más.

Dado que se encontraría de espaldas al muro, la estatua había sido diseñada para ser contemplada frontalmente, lo que le otorgaba un cierto aire clásico, en contraposición con ese arte griego rebosante de dinamismo surgido en Grecia tras las conquistas de Alejandro. La acompañaban una pareja de cisnes negros, como a Turán, la diosa del amor entre los etruscos. Con el tiempo, Venus fue asimilada con la Afrodita griega, por

lo que había adquirido sus atributos, mientras que aquella escultura retomaba la antigua tradición de iconografía itálica. Era, o intentaba ser, una reivindicación de las antiguas costumbres romanas, tal vez del gusto de la nueva generación de intelectuales, nacida bajo la sombra del gobernante de la República. Del mismo modo que Octavio se había convertido en un nuevo Rómulo, dispuesto a fundar una vez más a Roma, aquella obra pretendía ser la punta de lanza de una renovación de su arte y trataba de escapar de la sombra del griego.

Vitruvio, no muy dado a



innovaciones, la consideró una buena composición, aunque demasiado arriesgada. La frontera que separa lo ambicioso de lo pretencioso es muy débil, y esa Venus se encontraba en el nebuloso límite que se extiende entre ambos. Puedes transgredir la norma en un punto, tal vez en dos, pero no en todos.

—Esto está muy bien —señaló el antiguo abogado, condescendiente—. Pero quiero a la Venus de Apeles, es decir, una copia en piedra de su pintura.

—Yo soy el *artifex* de esta obra —protestó Marco.

—Y yo quien pone el dinero —

replicó él, irritado—. No me interesa el retrato de una muchacha: quiero a la Afrodita Anadiómena.

Tuvo que tragar saliva.

*Locatio conductio.* Una vez aprobado el presupuesto, su padre adoptivo había firmado con Fabricio el contrato. De esta forma, él se comprometía a adelantar el dinero para sufragar la construcción, mientras que Vitruvio gestionaría tanto la contratación de la mano de obra como la adquisición de los materiales. Una vez finalizada, esta debía someterse a una inspección que dictaminase si se habían cumplido todos los requisitos establecidos. Esto

significaba que si el cliente no se mostraba satisfecho con el resultado, podría reclamar el coste de la obra al arquitecto, el garante de su cumplimiento. Esta situación, en definitiva, suponía una espada de Damocles suspendida sobre su cabeza, pues Vitruvio no tenía, ni de lejos, la capacidad de reunir una suma semejante.

—Harás un nuevo boceto, tal y como te he dicho —añadió Fabricio—. ¿Está claro?

—Sí, señor.

El antiguo abogado no se molestó en ocultar su prepotente sonrisa.

*Tac-tac-toc-toc.*

*Tac-tac-toc-toc.*

Marco golpeaba el solitario tronco de encina que había descubierto en la parte posterior de la cabaña, resonando rítmicamente sobre el chillido de las gaviotas que revoloteaban entre las rocas. Cada mañana, se levantaba con el alba para practicar con su *rudis*, y tras ello recorría la senda que conducía a una cala próxima, de aguas azul celeste. Una vez allí, contemplaba los puertos de Baiæ y Misenum, situados en torno a una rocosa península que cerraba la bahía por occidente, y se despojaba de la ropa para nadar.

Hacerlo en el Tíber era distinto: el agua salada te ayuda a flotar, pero las olas arrastran tu cuerpo y la corriente no fluye siempre en un único sentido. A pesar de haber vivido a solo quince millas de él, Marco apenas había visto el mar, y a decir verdad, tampoco conocía Italia. Hasta entonces, el mundo conocido para él no era más que una sucesión de líneas y manchas de colores trazadas con tinta sobre la fibra de un papiro. Más allá del Rubicón, solo se extendía un universo hostil del que regresaban soldados lisiados relatando toda clase de fantásticas y aterradoras historias. Ahora, conmovido ante la

belleza de aquel lugar, se preguntaba hasta qué punto era cierto.

Se sentía un estúpido, sin saber por qué; de nuevo, aporreó con fuerza el tronco mediante una sucesión de golpes. Cuando alzó la vista, Vitruvio se encontraba junto a él. Con el tiempo, la expresión habitual de un rostro acaba dándole forma, hasta quedar impresa en él. De los ojos grises del arquitecto surgía un haz de arrugas que escalaba por sus sienes hasta confundirse con las de la frente, y aquel ceño perpetuamente fruncido denotaba la concentración de alguien que ha de afrontar a diario decisiones de las que depende la vida

de cientos de hombres. Una pesada carga que, a fuerza de llevar sobre sus espaldas, parecía haberle encorvado, como el viento que ha maleado una vieja encina, aunque sin hacerle perder un ápice de su solidez.

En ese momento, su padre adoptivo sostenía dos bastones de cinco pies de largo. Tuvo que coger al vuelo el que le arrojaba. Lo tomó con ambas manos e instintivamente adoptó una posición de guardia. Jamás le había visto esgrimir, pero su desenvoltura al moverse le dijo que era capaz de emplearlo con destreza.

Vitruvio lanzó un golpe alto, directo

a su cabeza, que él detuvo con el suyo. Las dos armas formaron una equis y permanecían en contacto, mientras el arquitecto le escrutaba.

—Cierra los ojos e imagina que soy más fuerte que tú —le dijo—. Si hago fuerza por este extremo, ¿empujarás para detenerme?

Marco sintió la excesiva presión que ejercía sobre la parte adelantada de su bastón. Casi de forma involuntaria, lanzó un golpe con el extremo opuesto. La fuerza de su oponente le ayudó a hacer palanca. Detuvo el arma a un palmo de la sien de su maestro.

—No —respondió, abriendo los



ojos—. Cederé para entrar por el otro lado.

El arquitecto asintió.

—Cuando Alejandro Magno trató de decirle al maestro Apeles cómo debía pintar un cuadro, este le respondió que hasta el más joven de sus ayudantes sabía más de pintura que él. Al parecer, el rey macedonio se rio: cuando has conquistado el mundo a los treinta años, puedes permitirte el lujo de que otros se burlen de ti. Él fue el general más grande de la historia, y siempre confió en las decisiones de sus subordinados.

Entonces supo que aquella era su forma de disculparse.

—En ocasiones, discutimos sin motivo —prosiguió—. Lo hacemos solo para reafirmar nuestro ego, para imponernos sobre los demás. Eso es propio de una personalidad débil.

—Fabricio solo desea una falsa Venus de Apeles, puesto que la real no se encuentra a su alcance.

La fascinación por el antiguo arte griego había creado una pérdida de originalidad y el desprecio hacia el artista contemporáneo. A pesar de su juventud, Marco había llegado a la conclusión de que, doblegándose a los caprichos de su cliente, jamás podría realizar una obra a la altura de los

grandes maestros, pues solo en libertad el espíritu humano puede alcanzar su plenitud. Y eso le llenaba de frustración. Entonces, recordó su discusión con Vitruvia el día del triple triunfo de Octavio.

—Como arquitecto eres un contratista, no un esclavo griego —respondió Vitruvio—. La afición por la arquitectura entre los nobles ha otorgado a nuestra profesión cierto halo de respetabilidad. Al fin y al cabo, hasta Agripa ha participado en el diseño del Panteón. Pero nuestra obra ha de aunar solidez, funcionalidad y belleza; y es el cliente quien tiene la última palabra en

esto último.

—¿Aunque esté equivocado?

—Saberse en posesión de la verdad por encima de los demás no contribuye en nada a nuestra felicidad —le aseguró—. Esa es la otra cara del aprendizaje. Debes convivir con ella. A veces hay que saber ceder, solo para emplear la fuerza del contrario en tu provecho.

Marco espiró profundamente. Aquel era un encargo demasiado importante como para echarlo a perder solo por una cuestión de vanidad, y constituía su oportunidad para darse a conocer entre la nueva aristocracia nacida bajo la sombra del nuevo régimen. En el futuro

ya habría tiempo para hacer las cosas a su modo.

—He de regresar a Roma, para proseguir con la cúpula del Panteón — añadió Vitruvio, a modo de despedida —. Durante mi ausencia, deberás dirigir las obras y esculpir la Venus. Sé que no me decepcionarás.

Cuando se marchó, Marco decidió regresar a la cabaña. Aquel simple cobertizo casi en ruinas se había convertido en su taller. Con la techumbre hundida en un extremo, un torrente de luz se abría paso entre la

penumbra del interior, cuyos únicos muebles eran un sencillo lecho y una mesa donde se encontraba el modelo de arcilla que había realizado.

Tomó el compás y la vara de medir. Recordó las enseñanzas de su maestro. Una palma equivale al ancho de cuatro dedos. Un pie son cuatro palmas, es decir, dieciséis pulgadas. Un antebrazo equivale a seis palmas, y la altura de una persona ha de ser cuatro antebrazos. La longitud de sus brazos extendidos es igual a la altura, de forma que, estando en cruz, puede quedar inscrita en un cuadrado. El inicio de los genitales marca la mitad de dicha altura, y si una

vez tendido en el suelo extiende los miembros, la punta de los dedos quedaría inscrita dentro un círculo cuyo centro se encontrase en el ombligo. La distancia entre la planta del pie hasta justo debajo de la rodilla es la cuarta parte de la altura total; la que hay desde allí hasta los genitales, otra cuarta parte; y desde los pezones a la parte alta de la cabeza, la cuarta restante...

Ese era el canon de belleza. Y, por encima de todo, una mujer debe ser bella. La perfección ha de convertirse en una constante universal. Todo lo que no se ajuste al canon, se ha de cambiar. Empleando a los dioses como pretexto,

se ha creado una realidad uniforme, artificial, impostada. Sócrates consideró que la escultura imita aquello que vemos; Platón, lo que idea lizamos; y Aristóteles, lo que interpretamos; sin embargo, un retrato debería buscar plasmar una identidad, y nuestro mayor miedo es el de dejar de ser quien somos.

Vitruvia era una joven bien educada. Era algo que le habían repetido una y otra vez hasta convertirse en una verdad tan pura que resultaba incuestionable. Cada día, todos interpretamos un papel, un personaje al que hemos dado forma y que hemos asumido como propio: aquello que constituye nues tra



identidad. Pero el suyo le había sido impuesto tras habersele robado el derecho a elegir. Al igual que ahora debía hacer él con su imagen.

Tomó su paleta y retocó el arco de la nariz, haciéndola más recta, e hizo que los pómulos fueran menos marcados. Engrosó los labios para crear una sonrisa sensual, incitadora. Hizo más rotundos los pechos y acentuó la suave curva de las caderas. Por último, modificó la pose, imitando la pintura de Apeles. Tardó tan solo dos horas. Aquella misma noche se la mostró a Tito Fabricio.

Mantener un hipocausto en funcionamiento suponía un enorme gasto; por eso los baños privados también se habían convertido en otra forma de ostentación. Revestido de mármoles griegos, sus ventanas estaban formadas por bloques de *lapis specularis*, un cristal traslúcido extraído de las inmediaciones de la ciudad de Segóbriga, en Hispania. Aquellas pequeñas termas habían sido adosadas al ala este de la mansión, para aprovechar la luz de la mañana; por ello su reducido interior permanecía en penumbra. Una pareja de braseros aportaba una mísera luz anaranjada,

inundando la sauna de un humo cargado del amargo olor a incienso.

Se suponía que una forma de honrar a un invitado era recibéndole en un entorno íntimo como muestra de confianza, y qué mejor que hacerlo completamente desnudo, mientras era masajeador por una pareja de efebos. Con dos pares de delicadas manos amasando su espalda, Fabricio escanci6 algo de vino en el interior de una copa de plata labrada y le observ6 con indolencia.

Marco deposit6 el boceto de barro sobre una pequeña mesa; el abogado se incorpor6 haciendo un gesto a los

muchachos para que se retiraran. Sentado sobre el camastro, su flácido torso se asemejaba al de una figura de cera derretida por el sol, el vello oscuro que lo cubría brillaba a causa del sudor, y aquella sonrisa de satisfacción le revolvió el estómago. Su mirada le decía que una obra de arte no es más que un encargo al servicio de su vanidad. Algo que no vale nada, si nadie desea comprar.

—En ocasiones, hay que saber ceder—dijo, tomando un sorbo de su copa—. Hay hombres que se han convertido en esclavos de su orgullo. Pero el orgullo no te alimenta ni puede pagar todos

estos lujos...

Dio dos pasos en su dirección y puso una mano sobre su hombro. El grueso anillo de oro y los brazaletes de su antebrazo izquierdo contrastaban con su pálida desnudez; el frío tacto de su piel, resbaladiza como la de un pescado, le resultó repulsivo. Evitó su mirada, incómodo ante aquella intimidad. El otro lo interpretó como debilidad. La atmósfera de aquella reducida estancia abovedada, saturada por el humo y el vapor, resultaba asfixiante.

—Un joven artista como tú podría tener un brillante porvenir —añadió el antiguo abogado—, si sabe someterse a

los deseos de su cliente.

«La pasividad es un crimen en un hombre libre por nacimiento, para un esclavo constituye una obligación, y en un liberto es un deber moral para con su patrón», escribió Séneca. Según aquel doble rasero, era lícito sablear pero no ser sableado. Sin embargo, muchos adolescentes de buena familia ocasionalmente cedían ante la insistencia de algún maduro benefactor a cambio de favores. Los enemigos de César le habían apodado la Reina de Bitinia, a causa de su indecorosa relación con el rey helenístico Nicomedes, y no dejaban de circular

rumores que aseguraban que el precio convenido para que este convirtiera a Octavio en su heredero había sido la tierna virginidad de su augusto culo.

Así era Roma: los de arriba jodían a los de abajo. Literalmente.

La mirada de Fabricio se desplazó hacia el modelo de barro. La Venus apenas contaba con un pie de altura, pero su cuerpo de perfectas formas estaba ya definido, y se cubría el pecho y la ingle con las manos, en un artificioso gesto de modestia. Hermoso, aunque desprovisto de vida, era un simple ornamento para la vista.

El abogado comenzó a recitar en voz

alta:

Mezcla tierra con agua, añade una  
voz humana

y fortaleza, un rostro de diosas  
inmortales,

la figura de una doncella, deseable y  
hermosa.

Atenea le enseñará las artes de tejer,  
y Afrodita ungirá su cabeza de  
gracia

y de doloridos anhelos, y cuidará de  
esculpir sus miembros.

Para añadir una mente de zorra y un  
astuto proceder...



—A partir del barro Hefesto modeló a Pandora, la primera mujer —prosiguió Fabricio—. Un ser hermoso, pero al mismo tiempo ruin, imperfecto, a causa de la debilidad de su sexo. ¿Qué sentido tiene poseer el cuerpo de alguien inferior?

Marco observó un fresco pintado en una de las paredes, que mostraba una explícita escena de Zeus y Ganímedes. La perspectiva de ser el protagonista pasivo de un acto como aquel le atraía tanto como compartir esposo con su hermana adoptiva.

—Me alegro de que te guste —manifestó—. Ahora, si me disculpas, he

de irme...

La mandíbula del abogado se tensó y, por un momento, su nariz carnososa dejó de apuntarle. Un doble parpadeo, antes de que la mueca cambiara. El joven experimentó una profunda inquietud: en la Suburra había visto esa misma expresión precediendo a una puñalada por la espalda.

Sin embargo, las armas de aquel hombre eran distintas.

—¿Sabes por qué me gusta tanto la escultura? —le preguntó—. Me fascina el lenguaje corporal. Y entre dos personas que se atraen, existe uno muy fuerte. Un simple acicalamiento del pelo

puede revelar una preocupación por el propio aspecto que, a su vez, es síntoma de un deseo por resultar atractivo. Una leve tensión en la mandíbula cada vez que es pronunciado un nombre también dice mucho sobre lo que alguien siente.

Se sentó en el borde del lecho, desnudo, exhibiéndose ante él.

—Supongo que ahora te estarás preguntando por qué deseo casarme con ella —añadió Fabricio—. Alguien de un estamento inferior, con una modesta dote y muy pocas influencias...

Tuvo que reconocer que era cierto, no lo entendía. Fabricio observaba aquel cuerpo femenino moldeado en

barro y lo acariciaba suavemente con la yema de los dedos.

—En la corte, cualquier hombre emprendedor con una joven y bella esposa tiene muchas posibilidades de ganarse la gratitud del *princeps*. Él sabe mostrarse generoso con quien no cuestiona ni sus órdenes ni sus deseos.

Así era Roma: los de arriba joden a los de abajo. Literalmente. Se decía que a Octavio le gustaban las adolescentes de buena familia tanto como los vasos de Corinto y, como virtuosa matrona romana, a su esposa Livia no parecía importarle. Incluso ella misma se encargaba de buscárselas, pues él estaba

demasiado ocupado redactando leyes encaminadas a defender a la familia y a castigar el estupro.

—Ya sabes lo que le espera — concluyó Fabricio—. Ahora, ya puedes irte.

# XLIII

Centenares de esclavos traídos desde Egipto trabajaban distribuidos por parejas en el fondo de la ensenada. Mientras uno colocaba su piqueta sobre la roca, el otro la golpeaba con fuerza con su mazo, hasta hacerla saltar en pedazos. Los cascotes se depositaban en grandes cestos de esparto, que eran elevados mediante poleas para ser cargados en carros de bueyes. Aquella multitud de hombres y bestias se asemejaba a un gigantesco hormiguero, y de esa forma el estanque era excavado

lentamente como por un enjambre de termitas.

Tras construir un dique de madera cerrando la ensenada para desecarla, ahora trataban de alcanzar las medidas estipuladas y construir el muro de cierre. Aquella era la labor más pesada, aunque, una vez finalizada, podrían desmontar la presa y el andamiaje, para permitir que el mar inundara de nuevo aquella minúscula bahía.

Ahora se veía obligado a mostrar al abogado el avance de las obras, pues su padre adoptivo aún permanecía en Roma. Marco se detuvo ante su mayor orgullo: movida por un complejo

mecanismo de madera de olmo y fresno accionado por un molino de agua, una enorme sierra de ocho pies troceaba un bloque marmóreo en láminas. Su hoja no tenía dientes, pues la abrasión de la arena húmeda vertida en la hendidura bastaba para cortar la piedra, como un cocinero que fileteara un enorme trozo de carne. Aquellas losas, de apenas un par de pulgadas de grosor, servirían de revestimiento a los bloques de travertino en la orilla sur del estanque, la más próxima a la mansión. A pesar de ser tan solo una reducida versión de las espléndidas piscifactorías de la alta aristocracia, Fabricio no reparaba en



gastos. Al menos, en lo tocante a los materiales de construcción.

Entonces, oyeron un crujido. Un corpulento nubio trató de sostener una de las losas de mármol, pero esta cayó al suelo con un enorme estruendo y se resquebrajó, partiéndose en un extremo. Al ver que su amo se encontraba presente, el rostro del hombre se demudó.

Hacía tiempo que a Marco le preocupaba la mano de obra. Como mayoritariamente la formaban esclavos propiedad de Fabricio que no tenían ninguna experiencia en aquella clase de trabajo, era inevitable que se produjeran

problemas como aquel. Más de dos milenios atrás, sus antepasados habían construido las colosales pirámides, mientras en Europa se habitaba en chozas de adobe, pero eran simples agricultores, obligados a desempeñar unas labores que requerían años de aprendizaje. Excavar la ensenada hasta darle forma rectangular y hacerle ganar algunos pies de profundidad estaba a su alcance, pero manejar aquella compleja maquinaria era algo muy diferente.

Fabricio tomó su vara de vid y le propinó un latigazo en la cara al esclavo. Con los ojos inyectados en sangre, el gigante negro observaba a su

dueño con impotencia. El abogado alzó de nuevo su fusta, forrada de áspera piel de morena, pero Marco le inmovilizó el antebrazo.

—Fabricio... —dijo, en voz baja—. Podemos cortar la pieza por esa esquina y utilizarla en el otro extremo del estanque, donde irá encajada junto al pilar. Apenas se habrá malgastado material.

El abogado inspiró profundamente y dirigió una nueva mirada al nubio, que permanecía de pie frente a él, con los brazos en los costados. Entonces Marco le soltó.

Tras caminar por la suave pendiente, regresó a la ruinoso cabaña de zarzo. Sobre una tosca mesa, se encontraban sus herramientas de escultor: trépano, taladros, punteros, cinceles y gradinas, además de varias mazas y picos para desbastar. En el centro, un monolito de mármol de seis pies de altura aguardaba a ser tallado, junto a una laja de pizarra para afilar las herramientas.

Marco estudió la consistencia, la apariencia y el color de aquel bloque de piedra con el que, durante días, mantendría una profunda relación. Era de un blanco immaculado, como un bloque de nieve solidificada, y lo habían

traído desde los montes Apuanos del sur de Liguria. Aquella mañana lo había observado detenidamente, en busca de cualquier grieta o imperfección.

—¿Duermes aquí? —le preguntó Vitruvia.

Estaba junto a la puerta y su mirada vagaba por el destartelado interior.

—He tenido que hacerlo en sitios peores —respondió.

Permanecieron en silencio durante unos instantes. Hacía tiempo que no se encontraban a solas. Ella había hecho un largo viaje para llegar hasta allí. Al recordar el motivo, la muchacha se soltó el cabello, desanudó el cordón que

ceñía su cintura y comenzó a desabotonar la parte superior del vestido, dejando los hombros al descubierto. Él trató de aparentar indiferencia, inspeccionando la punta de los lápices. Entonces oyó el murmullo del vestido al caer por su propio peso. El busto permanecía vendado y una braga le ocultaba la ingle. Su rizada melena negra acariciaba sus hombros de color miel. En ocasiones, había imaginado aquel cuerpo desnudo, y ahora se encontraba ante él.

Vitruvia dobló su túnica para depositarla sobre el camastro para evitar que se manchara. Cuando le dio la

espalda contempló la sensual oscilación que sus caderas creaban al andar. La proximidad de aquella joven desnuda junto a su lecho no contribuía a tranquilizarlo.

Ella se giró para mirarle por encima del hombro, con las mejillas encendidas. Ante el escrutinio de aquellos ojos grises, trató de aparentar normalidad; sin embargo, no pudo precisar qué era lo normal en una situación como aquella. Tal vez, concluyó, lo anómalo era hacer precisamente lo que él estaba haciendo: tratar de mostrar desinterés por el cuerpo que, al fin y al cabo, debía esculpir.

Ahora parecía consciente del poder que ejercía sobre él. Era la dueña y causante de sus emociones. Hizo un gesto para liberar la venda que ceñía su pecho. Eran las calendas de julio y el interior de la cabaña resultaba sofocante.

—Basta —dijo Marco—. Es decir, no hace falta que te quites más.

—Tú dirás qué debo hacer. —Su voz no transmitía ningún entusiasmo.

Le explicó la pose que debía adoptar y a continuación trató de concentrarse en el dibujo, sin que se notase el temblor de las manos. Pero una vez más, ella descubrió su embarazo y sonrió ante su



pequeño triunfo. Fue un gesto casi imperceptible, pero que ambos percibieron.

—¿Podrás «inventarte» el resto? — le preguntó—. ¿De verdad que no quieres que me quite esto?

—No eres la primera mujer que veo desnuda.

—¿Ah, sí? —preguntó, con una tenue sonrisa—. ¿Y quién fue la última?

Marco tuvo que esforzarse para no apartar la vista de sus ojos.

—Una prostituta que nuestro padre contrató para mí.

Ella arqueó las cejas.

—Para que hiciera de modelo —

añadió.

—Claro —respondió—. ¿Por qué pagar por algo que puedes conseguir libremente? Solo hay que «pillar a esa tracia esclava de Estrimodoro, agarrarla por la cintura, levantarla en el aire, tirarla al suelo y desvirgarla». ¿Siguiendo los pasos del gran Vitruvio, Marco?

Sintió un repentino ardor en las mejillas. Así que de eso se trataba.

—Olvida a Aristófanes —acertó a decir—. Yo no la forcé a nada, te lo aseguro.

—Por supuesto, Cintia tan solo obedeció. No podía hacer otra cosa. ¿O

es que no te dijo que nuestra madre se lo había ordenado? No sobrestimes tu encanto, hermano. Siempre has sido un ingenuo.

Tenía sentido. Aquello dejaba demasiadas cosas al descubierto. Una vez más, fue consciente de que el hombre es un ser tristemente predecible, incapaz de comprender a las mujeres, pues estas emplean una lógica mucho más refinada que la masculina. Al tener el poder, cuando un hombre desea hacer algo, lo hace, sin más, mientras que ellas desde la cuna se ven obligadas a obrar de otras formas más sutiles. Pasado el tiempo, esa diferencia puede convertirse

en una superioridad abrumadora.

Y sin embargo, sus encuentros con Cintia se habían prolongado durante más de un mes, sin que le hubiera dicho nada. Entonces recordó lo que le había susurrado al oído la primera noche. Hasta entonces, no le había dado importancia, al considerar que aquellas palabras eran lo adecuado en esas situaciones, y a decir verdad en aquel momento tenía otras cosas en la cabeza. Aunque ahora, al ver la expresión de Vitruvia, cobraban un nuevo significado.

—¿De quién de los dos estás celosa? —espetó—. No me importa que os contéis intimidades, pero resulta

obvio que ella no ha sido del todo sincera contigo.

—Ella es mi...

—¿Tu esclava o tu hermana?

Esta vez, fue ella quien se sonrojó. Por muy evidente que resultara el parecido de un esclavo con tu propio padre, considerarlo un hermano era una broma obscena y de mal gusto.

—¿No dices nada? —añadió.

—Claro que no —respondió ella—. Eres mi hermano mayor y algún día serás el cabeza de familia. A partir de entonces, tendré que obedecerte con devoción, al igual que Cintia. ¿No te agrada la idea?

—La verdad es que no.

Hubo un repentino cambio en su expresión.

—Un día presté a Cintia uno de mis vestidos, y ella salió a la calle con él. Jamás la he visto tan feliz —aseguró—. Al cabo de un rato, unos hombres la trajeron a rastras hasta la puerta de casa, acusándola de haberlo robado. Tenía el pómulo hinchado; al parecer, le habían pegado. ¿Sabes lo que hizo nuestro padre? Reprobó su exceso de celo, pero les dio las gracias.

Él eludió su mirada.

—Para ella cualquier gesto amable significa mucho más de lo que puedas

imaginar —prosiguió Vitruvia—. Es una persona.

—Ves en ella a una hermana —murmuró. Era algo que no podía pronunciarse de nuevo en voz alta.

Ella no respondió, pero gracias a su mirada supo que, en realidad, al contemplar a aquella muchacha se veía a sí misma.

Con el tiempo, Marco fue capaz de entender sus emociones. Comprendió cuál era su origen, supo hacia dónde le conducían y aprendió a dominarlas, al igual que un marino conoce las

corrientes y las mareas, e incluso puede utilizar los vientos a su favor. Pero, con veintiún años, ante aquella tormenta interior, él solo era un ente a la deriva. No obstante, sí sabía algo: estaba furioso, y tallar un bloque de piedra en aquel estado era algo nuevo para él. Normalmente, aquella labor le relajaba y le llevaba a otro mundo donde él imponía las normas, como un pequeño y tiránico dios. En ocasiones, incluso perdía la noción del tiempo.

Tras establecer las proporciones, había comenzado a desbastar la parte alta del sillar para extraer la forma de la cabeza. Una vez definidos los



volúmenes, tendría que trasladar al mármol aquel insulso boceto en arcilla, con la ayuda de tres compases: definiendo varios puntos de referencia en la maqueta, tomaría sucesivas mediciones para trasladarlas una tras otra a la piedra.

*Tac-tac-toc-toc.*

*Tac-tac-toc-toc.*

Aunque, en lugar de desbastar, empleaba la escoda, una pesada hacha de doble filo, para descargar su rabia, como ante el poste de entrenamiento, golpeándolo una y otra vez.

*Tac-tac-toc-toc.*

*Tac-tac-toc-crac.*

Marco palideció. Había empleado demasiada fuerza y el mármol se había resquebrajado y se había partido por encima. Al tratar de crear la curva del hombro izquierdo, la protuberancia que iba a ser la cabeza se había roto en diagonal, y ahora le resultaría imposible extraerla. Arrojó al suelo su herramienta con impotencia.

Tal vez podría tallar la cabeza aparte para insertarla en la parte alta del torso mediante un vástago, tal y como en ocasiones se hacía al reutilizar los bustos de un cuerpo a otro. Sin embargo, eso modificaría por completo la expresión corporal: sería una chapuza.

No había ninguna solución satisfactoria. Maldijo su estupidez y a punto estuvo de echarse a llorar.

Se sentó en el lecho, derrotado. Había arruinado su trabajo y había puesto en evidencia a sus maestros. Eso le hizo recordar a Diógenes: «Renuncia a pensar. Yo no esculpo lo que veo, doy forma a lo que siento. Pregúntate de qué color es la tristeza. Qué forma tiene la soledad. Busca en la piedra una imagen que sea la respuesta honesta a todas esas preguntas y límitate a extraerla».

Contempló de nuevo el mármol. Al hacerlo descubrió que, a pesar de su forma irregular, poseía belleza. Ancho

en su base, iba perdiendo grosor hacia la parte alta, donde se encontraría la cabeza. Efectivamente, era posible esculpir un busto aparte e insertarlo en el tronco, pero si la Venus se encontrase con el rostro entornado y de perfil, no sería necesario. En ese caso, podría estar escurriéndose el cabello y no tendría que tallar otras piezas para los brazos, fijándolos mediante grapas de hierro, tal y como era habitual. Así podría ejecutar la obra en un único bloque y la pose ganaría naturalidad.

Tomó el lápiz y un pliego de papiro para esbozar las formas. Dividió la figura en cuatro partes. Trazó una línea

vertical y otra horizontal hacia la altura de las caderas, siguiendo las enseñanzas de Policlete. Efectivamente, las porciones contiguas eran desiguales; el hombro derecho permanecía relajado, mientras que la pierna de ese mismo lado se encontraba en tensión, al soportar el peso del cuerpo. La otra podría estar flexionada, dispuesta a dar un paso al frente, mientras que el brazo izquierdo escurría el cabello y todo ello crearía un sutil equilibrio.

Hizo un boceto de frente y de perfil. Lo comparó con el bloque de piedra que tenía ante sí. Dando vueltas a su alrededor, fue añadiendo un detalle tras

otro, corrigiendo las proporciones. Era una locura. Era construir la casa por el tejado, dar forma a la escultura a partir de la piedra, y no a la inversa, pero ahora todo cobraba sentido.

Usando la maza y el puntero, desbastó un abultamiento. Satisfecho con el resultado, continuó tallando, para extraer la cabeza y perfilar toscamente el cabello. No empleaba modelo ni existía boceto previo. Estaba violando las normas del arte, pero no le importaba, porque ahora todo estaba en su mente. No sabía durante cuánto tiempo permanecería allí, así que continuó extrayendo la nariz, los

pómulos, el mentón, como si siempre hubiesen estado allí, como si hubiesen nacido con la misma piedra, y él tan solo retirara lo sobrante. Y a medida que la forma del mármol y la de su mente se hicieron una, la escultura fue cobrando vida.

Seis horas después, Marco yacía exhausto sobre el lecho. Le dolían los brazos, pues se había pasado todo ese tiempo tallando sin descanso. Tenía la tez pálida y el cabello encanecido a causa del polvo. Escupió una flema espesa, como un grumo de leche cuajada, que cayó sobre los cascotes que cubrían el suelo.

Contempló la estatua por última vez, antes de cerrar los ojos para rendirse al cansancio. Aún faltaban por definir las facciones del rostro, los rizos del cabello, los dedos de las manos y las suaves curvas del vientre. Habría que detallarlos con cincel y lima, además de pulir y pintar el conjunto: una labor que le llevaría días. Pero tenía vida. El cuerpo parecía desplazar su peso hacia el frente como si fuera a echarse a andar.

Se sentía en el Elíseo. A pesar del agotamiento, una incontenible euforia se había adueñado de él, como el calor del



mejor de los vinos. Abrió la puerta de la cabaña para que la aurora iluminase su obra. Aquella luz oblicua acentuó sus formas y las cubrió con un velo anaranjado. Al oír unos pasos más allá de la puerta se giró: era Diógenes. El anciano tuvo que acercarse a la escultura para poder admirarla. Marco soportó su largo escrutinio con nerviosismo.

La estatua mostraba a una joven surgiendo del mar, como si se materializara entre las olas. Concebida para ser vista frontalmente, con el rostro en tres cuartos, su figura adoptaba una sensual torsión que se asemejaba

vagamente al estilo de Praxíteles. La naturalidad que Policleto imprimía a sus obras se basaba en un perfecto dominio del equilibrio, mientras que Mirón fue capaz de reflejar como nadie el movimiento corporal. Aquella Venus, con la pierna izquierda flexionada y una leve tensión de la otra extremidad, creaba un incipiente dinamismo. Parecía aunar el talento de ambos, pero al mismo tiempo no se asemejaba en nada a ellos. La ola que engullía la pantorrilla ayudaba a sostener su peso sin necesidad de contrafuertes y sin que perdiera un ápice de gracilidad.

El griego extendió el brazo para

acariciar su mejilla. Marco había pulido pacientemente toda su superficie con piedra pómez y más tarde la había pintado con pigmentos terrosos para imitar el tono tostado de su piel. El cabello lo coloreó mediante encáustica, mezclando cera de abeja con carbón de hueso, una técnica habitual en pintura sobre tabla. Poseía un hermoso brillo satinado que imitaba a la perfección a las gotas que resbalarían sobre él. Para dar color a las olas había empleado lapislázuli, mineral extraído de las montañas Parapamisos en Bactria, en el noroeste de la India, llegado hasta allí a través de un periplo de miles de millas

por el mar de Eritrea. Aquel polvillo azul valía su peso en oro, pero Vitruvio le había conseguido una onza para que pudiera crear aquella metamorfosis líquida: el mar transformándose en una mujer que observaba al espectador con melancolía.

El resultado era hermoso y, al mismo tiempo, triste. Vulneraba todas las normas del arte idealizante, aunque formara parte de él. Era una composición conmovedoramente sencilla, al servicio de una idea simple: si los defensores de los antiguos valores romanos eran seguidores de la filosofía estoica ateniense, él había empleado la

estética clásica griega para crear un nuevo arte romano. No había recurrido a Vitruvia para dar forma a su Venus; la Afrodita Anadiómena era solo una excusa para retratarla a ella.

—Solo alguien que la conozca tan bien como tú habría podido hacerlo de esa forma —dijo Diógenes—. Has logrado lo más difícil: alejarte de lo común para reflejar lo inherente.

El anciano no podía ocultar su emoción. Aquella era una obra de su alumno, pero también la sentía como propia: era una clase de orgullo que jamás había experimentado. Marco lo vio en su expresión. Tras seis días sin

apenas comer ni dormir, aquello le resultó embriagador. Una voz en su interior le recordó que aquel resultado se debía al azar, a un simple accidente, aunque no logró contener el torrente de orgullo que le invadió.

Al girarse, descubrió a Tito Fabricio de pie en el umbral, inmóvil, como embalsamado. Por un instante, sus ojos se abrieron de par en par, esbozando un gesto de admiración o tal vez de sorpresa, pero a continuación se frunció hasta convertirse en una dura línea.

—Me has desobedecido.

Su tono era afectado, tan pomposo

como siempre. Marco supo que había sido un necio por pensar que reconsideraría su postura al descubrir su obra.

—Sí, y por eso es una gran escultura —respondió, deliberadamente hiriente.

—Ha de ser tallada de nuevo, tal y como dije.

Arrojó la maza y la gradina a sus pies, lo cual produjo un estruendo sordo sobre el suelo.

—Entonces, hazlo tú mismo.

Fabricio le examinó fijamente, esperando que su mirada ejerciera el efecto acostumbrado.

—Eres un chalado —dijo, con

frustración.

—Y tú un necio.

El abogado le golpeó con su fusta en la mejilla. De la herida manó un hilillo de sangre. Por un instante, ambos se observaron. Diógenes los advirtió. Transcurrieron dos latidos. Marco bajo la vista. Su rostro se entornó, como si fuera a girarse. Una sonrisa brotó en los labios de Fabricio.

Un puñetazo es como una riada. Nace en el pie derecho, crece al llegar a los gemelos y gana potencia en el muslo. Las caderas forman un engranaje que transmite ese impulso al torso. Entonces los dorsales se suman a él, mientras el



brazo se estira. Cuando el bíceps entra en tensión, toda la fuerza del cuerpo se ha concentrado en un único punto que avanza a una velocidad endiablada.

Una nueva riada, esta vez de satisfacción, le invadió al sentir cómo el hueso crujía sobre sus nudillos. Toda la energía del golpe atravesó de nuevo su cuerpo para finalmente morir en el pie izquierdo.

«No pienses, solo siente y actúa.»  
No golpeas con el puño, lo haces con el alma.

Mientras metía su ropa en el petate, echó un último vistazo a la estancia que durante los últimos años había sido su hogar. Sumida en penumbra, su única ventana, situada un paso por encima de su cabeza, arrojaba un haz de luz sobre la estancia. Cuando Diógenes cruzó la puerta, sus pálidas facciones se volvieron aún más cadavéricas.

—En mis clases creo que olvidé explicarte algo —le dijo—: resulta conveniente no romperles la mandíbula a tus clientes, especialmente antes de cobrar.

Aquella broma no hizo que dejara de guardar sus cosas en la bolsa de cuero.

—Lo tendré en cuenta.

El anciano arrastró una silla para sentarse junto a él. Aunque débil, el sonido resultó estridente.

—La violencia nos hace sentir bien —murmuró, observando un oscuro rincón—. Crees que si golpeas a alguien le pondrás en su sitio, que te encontrarás por encima de él..., pero es solo vanidad.

Marco reflexionó sobre las extrañas paradojas del insólito vínculo que le unía a aquel hombre. Para un aprendiz, su maestro acaba convirtiéndose en el hombre que le gustaría ser. Y para él su alumno termina siendo el hombre que

quisiera haber sido. Todos sus éxitos y fracasos pasan a ser también suyos.

—No te preocupes, Fabricio no hará nada —prosiguió el escultor—. Ser golpeado tras azotar a un ciudadano como si fuera un esclavo no es algo que beneficie su imagen. Y ya sabes que en Roma lo más importante es el qué dirán. Se recuperará. ¿Quién sabe?, puede que eso le haga madurar.

—¿Y la boda?

—Seguirá su curso, me temo. Tu padre está convencido de que es lo mejor para ella.

Al menos eso hubiera sido un triunfo, aunque fuera miserable. Era

dolorosamente consciente de que, si no le hubiera golpeado, las cosas hubieran sido distintas. Pero aquella mandíbula rota otorgaba otro significado a lo ocurrido. Era obvio que, movido por su orgullo, había obrado en contra de los deseos de su cliente y que se había enfrentado a él por algo que ni siquiera se podía decir en voz alta.

El arquitecto deseaba lo mejor para su hija, y Tito Fabricio, un miembro de la clase ecuestre con una prometedora carrera por delante, era sin duda la mejor opción a su alcance. Su amistad con Mecenas hacía aún más atractivo aquel enlace, una cadena de oro que los

uniría con el Palatino. Sin embargo, por muy racional que eso fuera, Marco se sentía decepcionado.

Existe un momento trágico en la vida en el que descubres que el hombre que has utilizado como modelo es tan solo un ser humano más, hecho de la misma materia que el resto, al que solo tu afecto ha hecho especial. Vitruvio era un hombre excepcional en muchos aspectos, pero su capacidad para juzgar a los demás residía solo en el estudio desapasionado de sus actos, en lo puramente intelectual. Eso le permitía obrar con justicia allá donde otros se dejaban llevar por los prejuicios,

aunque también hacía fácil que se equivocara con alguien dotado del sibilino carácter de Fabricio.

—En fin —dijo Diógenes—. Ahora lo importante es que continúes con tus estudios.

—Me he alistado —le interrumpió—. He decidido seguir los pasos de mi padre.

—¿De cuál de ellos?

El anciano descubrió sobre la mesa su colección de bocetos de arcilla; ni siquiera se había molestado en enrollar sus dibujos para guardarlos en su estuche de cuero. Iba a marcharse y todos sus proyectos de futuro quedarían

allí, olvidados entre esas paredes.

—Si lo haces por ella... —preguntó el griego. —Lo hago por mí.

Un pintor agrega; un escultor quita. Y una vez hecho esto, ya no hay marcha atrás. Igual que la vida misma.

—Marco... —dijo el anciano—, con el tiempo descubrirás que lo importante no es lo que tienes, sino cómo lo has conseguido.



# XLIV

El día era gris y la lluvia había creado infinidad de charcos sobre el suelo de grava. Un viento helado, impregnado a mar, arrastraba un tropel de hojas sobre la hierba húmeda. Al llegar a aquel pequeño estuario, cuyas frías aguas fluían hacia la Gran Bahía entre encinas y robledales, los contubernales se detuvieron. La marea había bajado y había dejado al descubierto buena parte del lecho limoso, que apestaba a marisma y a descomposición, y varias gaviotas se disputaban los restos de un

pez arrastrado por la corriente.

Se adentraron en la ría y se hundieron hasta las rodillas. Los caballos se negaban a avanzar, así que tuvieron que tirar con fuerza de las riendas para que entraran en el agua. Una vez alcanzada la otra orilla, caminaron por una senda que desembocaba en un pequeño altozano cubierto de hierba. Desde allí pudieron contemplar Portus Victoriæ.

Marco estudió el aspecto de sus camaradas. La barba que les había crecido durante su accidentada marcha hacia el Medulio ahora serviría a sus propósitos. Habían desnudado varios

cadáveres enemigos para vestirse con sus ropas; habían escogido las más desastradas. Aquella maldita lana oscura, cubierta por una costra de barro reseco, se había vuelto tan áspera como la estopa y desprendía un fuerte hedor a orín, sangre coagulada y sudor rancio.

En las inmediaciones de Iuliobriga, se habían topado con una pareja de auxiliares galos, a quienes entregaron un mensaje para Tiberio. Su respuesta no se hizo esperar: antes de que transcurrieran dos días, media docena de sus *beneficarii* se habían presentado en el lugar convenido y fueron ellos quienes tuvieron la idea de hacerles pasar por

esclavos. De aquel modo, convenientemente encadenados, habían atravesado de nuevo Aracillum sin que nadie les dedicara una segunda mirada. Allí descubrieron que el de esclavo era el mejor disfraz imaginable. Tras ello, el camino se les hizo largo hasta la desesperación, pues avanzaron por caminos poco transitados entre un inmenso bosque. Puesto que cada vez resultaba más frecuente toparse con algún viajero, habían decidido mantener en todo momento la farsa.

Cuando el *beneficiarius* tiró de la cadena que llevaban atada al cuello, a punto estuvo de caer de bruces.

Avanzaron en silencio, como un rocambolesco cortejo fúnebre sin féretro ni plañideras, solo cinco extenuados soldados vestidos con harapos que caminaban fatigadamente hacia su destino, escoltados por media docena de jinetes.

Al fin, llegaron al arrabal de Portus Victoriæ. Entre chozas de adobe y tabernas abarrotadas de soldados, la maraña de improvisadas calles se había convertido en un caótico bazar repleto de colorido, en el que toda una legión de mercaderes anunciaban sus productos a voz en grito. El penetrante olor de la piel recién curtida se mezclaba con el

del pescado de los vendedores ambulantes y, a pesar de las circunstancias, agradecieron aquel entrañable caos que todo romano identificaba con el hogar.

—¿Qué traes ahí? —preguntó un centinela, cuando pretendían atravesar la puerta decumana del campamento.

—Unos prisioneros —contestó el *beneficiarius*—. Los capturamos hará un par de días, y el tribuno desea interrogarlos.

El centinela hizo un gesto indolente y la comitiva recorrió la vía principal en dirección al taller de acuñación. Sin duda, aquella había sido la mejor

manera de entrar sin que lo supiera el legado.

Fanio Cepión debía contar con más motivos para haber obrado de aquella forma, pues algo no encajaba. La continuación de la guerra generaría más esclavos, las tropas necesitarían más trigo, los soldados se verían obligados a adquirir más armas y dilapidarían su paga en las prostitutas y el vino que él les proveía a un precio abusivo. Por todo ello, se embolsaría una enorme suma de dinero, aunque el riesgo que corría era enorme. Dadas las circunstancias, tratar de asesinar a Corocuta podía considerarse un acto de

alta traición, y el *princeps* tendría entonces una buena excusa para recurrir a la *Lex Iulia de maiestate*.

Sin duda, alguien importante en Roma le respaldaba. Alguien poderoso al que entregaría una parte de aquellos formidables beneficios. Sin embargo, ¿acaso aquella maniobra no suponía también un peligro real para él, o ellos? Recordó las palabras del opción, pronunciadas meses atrás: siempre ha habido guerra y siempre la habrá. La política de Augusto estaba encaminada a consolidar las fronteras. Para lograrlo aún quedaban muchos otros pueblos por conquistar: el colosal negocio de la



guerra parecía no tener fin. Entonces, ¿por qué tratar de prolongar la contienda en el norte de Hispania y asumir el riesgo de ser decapitados? Tal vez, a ese alguien le interesaba que continuara aquella campaña en concreto, por algún otro motivo. En ese caso, Cepión no sería más que un títere en sus manos, tal y como lo era Emilio Arvina en las suyas, y los beneficios que obtenía constituían una contrapartida a cambio de los servicios prestados.

Marco recordó el juego de *petteia*: cuando dos objetivos se encuentran próximos entre sí, tienden a confundirse. Por ese motivo, es necesario saber

diferenciar el secundario del principal. La paradoja residía en que ahora todos esos intereses ocultos coincidían con los de Corocuta: Fanio Cepión y él no eran dos bestias que tiraban en direcciones opuestas, sino una pareja de bueyes que los arrastraban inexorablemente hacia el mismo abismo.

Tiberio los aguardaba en el taller de acuñación, envuelto en su habitual reserva. Al verlos cruzar el umbral, el joven tribuno laticlavio les dedicó una mirada inescrutable; solo Júpiter sabía lo que le estaba pasando por la cabeza.

Marco recordó su apodo de Biberius Caldius Mero: ahora su acostumbrada sonrisa cínica se había esfumado de aquellos diminutos labios carnosos, como si padeciera una resaca especialmente molesta. Sus grandes ojos saltones los evaluaban con detenimiento.

—Creo que tenéis muchas cosas que explicar —manifestó secamente.

Se encontraba de pie junto a una mesa cubierta por mapas, informes y correspondencia. Más allá de ella, una pareja de sirvientes transcribían documentos bajo la débil luz de las lucernas. Seguramente, recurrir a esclavos para desempeñar aquellas

labores poseía la ventaja añadida de que, al contrario que un ciudadano libre, aquellos podían ser torturados si era necesario.

Quinto tragó saliva y dio un paso al frente para contestar.

—Conducíamos a Corocuta hacia el Medulio y fuimos atacados...

—¿Por quién? —espetó el patricio.

Su apática expresión parecía revestida de una inquietante dureza.

—Por un grupo de legionarios dirigidos por el centurión Cayo Licinio Varrón —añadió—, acompañados de algunos hombres de Emilio Arvina.

—¡Esto es intolerable!

Al oír aquella estridente voz, dirigieron su mirada hacia una de las puertas, donde se encontraba una rechoncha figura entre los pliegues de una toga. Emilio Arvina se adelantó para hacer una escueta reverencia al joven patricio, tratando de que su refinada indumentaria no se manchara. Iba acompañado de un encorvado individuo de aspecto mezquino y de media docena de corpulentos matones, cargados de armas. A pesar de su irritación, en su mirada había un destello de inquietud que evidenciaba que les había dado por muertos. Por un momento escrutó a Quinto de pies a cabeza; sus labios

esbozaron una mueca de asco.

Tiberio no parecía sorprendido por su presencia; entonces Marco fue consciente de que se había asegurado de que nadie más supiera que aún estaban con vida. Tal vez eso no augurase nada bueno.

—¿Y por qué creéis que Licinio Varrón habría obrado de esa forma? — les preguntó el tribuno.

—Antes de morir, nos aseguró que actuaba según las órdenes de nuestro legado. —Quinto habló con parsimonia, como si recitase una lección aprendida.

Aquello ya eran palabras mayores. Su situación empeoraba por momentos.

Tal vez lo más inteligente hubiese sido callar, aunque el centurión sabía que, de hacerlo, el tribuno se daría cuenta de que le ocultaban algo.

—¿Tenéis alguna prueba que lo demuestre?

—No.

Tiberio apoyó los nudillos sobre la mesa.

—¿Y qué ha sido de Corocuta?

—Sus hombres nos atacaron y a duras penas logramos huir —respondió Quinto—. Suponemos que pretende utilizar la recompensa para ganarse la lealtad de algunas tribus y así continuar con la guerra.

Cuando el joven tribuno alzó de nuevo la mirada había algo turbador en ella.

—Y si pretendíais explicárselo todo al *princeps*, ¿por qué no os presentasteis directamente en el pretorio?

—Porque supusimos que nadie nos creería.

Por un brevísimo instante, Marco creyó ver una sonrisa asomando en aquella minúscula boca.

—Esta historia resulta tan disparatada y absurda que ha de ser cierta —ironizó Tiberio—. ¿No crees, mi querido Arvina?

El publicano se encogió de hombros.



—No sé de qué están hablando —  
espetó—. Tal vez mataron al bárbaro  
para quedarse con la recompensa. O  
quizá cayeron estúpidamente en alguna  
emboscada de los nativos y ahora  
pretenden culparme a mí y al legado de  
su incompetencia. Ellos mismos han  
reconocido no tener ninguna prueba que  
demuestre sus acusaciones. ¿Qué más  
puedo añadir?

Tiberio tomó un rollo de papiro que  
se encontraba sobre la mesa y se lo  
arrojó al hombrecillo de aspecto ratonil  
que acompañaba al publicano. Este lo  
desplegó extrañado y comenzó a leer  
con inquietud. Antes de terminar, su

mirada se desplazó con premura hasta el final; al reconocer el sello que el camafeo de un anillo había estampado en el lacre, palideció. Hizo un gesto a los matones y todos se marcharon. Los dejaron solos.

Arvina parecía desconcertado.

—Quiero enseñaros algo —les dijo el tribuno, haciendo un gesto para que le siguieran.

El crujido del postigo rechinó siniestramente cuando abrió la puerta que daba al taller. Los cinco soldados se encaminaron hacia el interior, acompañados de Emilio Arvina. El horno había sido encendido e irradiaba

un tremendo calor, las herramientas estaban desperdigadas por la sucia estancia y una pareja de orfebres accionaban los fuelles.

—Como sabéis, el poder de mi padrastro se basa en dos pilares —les dijo—: el favor de la plebe y, sobre todo, la lealtad de las legiones hacia quien les paga. Es decir, todo se reduce a esto... —Tomó una moneda de un cesto para mostrársela: era un sestercio con la imagen de la *caetra*, símbolo de las armas enemigas capturadas—. He ahí la paradoja —añadió—: el control de la República se sustenta en un ejército que consume más de la mitad de

su presupuesto anual. Aunque existe un problema añadido...

Depositó la moneda sobre un tocón de roble. A un gesto suyo, un orfebre empleó su maza y cincel para partirlo por la mitad. Cuando se lo arrojó, los soldados descubrieron que su núcleo era de plomo.

—El *princeps* nos ha estado estafando —gruñó Annio.

—La conquista de Egipto le permitió obtener una colosal cantidad de oro y plata —prosiguió Tiberio—. Eso desencadenó una enorme acuñación, aunque también produjo una bajada de los precios y el interés de los préstamos,

por lo que ahora nos vemos obligados a mantener una emisión de moneda prácticamente insostenible. Hace un par de años, mi padrastro tuvo que fundir varias estatuas chapadas en oro erigidas en su honor para poder pagar a los soldados. La pacificación del Mediterráneo ha servido para aumentar el intercambio de bienes, pero el comercio de productos de lujo traídos desde Arabia y la India, ya sea seda, incienso o especias, también hace que nuestra balanza comercial sea muy deficitaria: cien millones de sestercios salen todos los años del Imperio para no regresar. Los gastos en obras públicas,

las entregas gratuitas de trigo y los juegos circenses, responsables de la enorme popularidad de Augusto, no han hecho más que disparar el gasto público. Y aumentar el peso fiscal generaría descontento entre un populacho que ha llegado a identificarle con la paz y el progreso, o puede que trajera consigo nuevas revueltas provinciales. Pese a su aparente prosperidad, nuestro sistema económico se encuentra al borde del colapso. Necesitamos oro, mucho oro...

—Y en estas montañas lo hay —  
masculó Marco.

—Nuestras prospecciones estiman que las minas de Asturia podrían

aportarnos más de veinte mil libras al año, es decir, unos noventa millones de sestercios, la quinta parte de lo que anualmente ingresamos mediante impuestos. En definitiva: la viabilidad del Estado augústeo depende del comienzo de las explotaciones mineras, y estas, a su vez, del fin de esta maldita guerra. Quienes ahora tratan de prolongarla lo hacen para hundir la economía romana.

—¿Por qué? —preguntó Marco, que experimentó un repentino vértigo.

La enigmática sonrisa de aquel adolescente hizo que fuera consciente de que aquella explicación no iba dirigida

a unos simples legionarios, ni tan siquiera a un centurión de clase ecuestre.

—Un pueblo que desconoce su historia está condenado a repetir los errores del pasado, ¿no crees, mi querido Arvina? —inquirió Tiberio, antes de sentarse de nuevo para tomar una copa de vino—. Hace algo más de un siglo, el rey de Pérgamo convirtió a la República en la única beneficiaria en su testamento, y por ello su próspero reino helenístico se convirtió en la provincia de Asia. A partir de entonces, tanto el cobro de los impuestos como la explotación de sus colosales minas de



oro pasaron a manos de los publicanos. Pronto demostraron una obscena avaricia, y para recaudar mucho más de lo estipulado sobornaron tanto a censores como procónsules, los cuales hacían la vista gorda mientras sus ciudades eran exprimidas hasta el tuétano. La situación llegó a un punto sin retorno cuando la provincia acabó arruinada: los publicanos habían matado la gallina de los huevos de oro; entonces pusieron sus codiciosos ojos sobre el Ponto. De nuevo, sobornaron al comisionado, llamado Manio Aquilio, para que dirigiera una campaña militar destinada a extender nuestros dominios

hacia el este, en busca de nuevas víctimas.

—Mitrídates.

—Cometieron un gravísimo error — corroboró el joven—, pues su rey no era otro que Mitrídates. Este no solo rechazó fácilmente la invasión, sino que aquella humillante derrota vino acompañada de una revuelta generalizada en toda Asia en la que fueron asesinados más de ochenta mil ciudadanos romanos. El resto de la historia ya la conocéis: se tuvo que enviar un nuevo ejército para hacerle frente y, más tarde, Pompeyo el Grande tomó el relevo en una guerra que casi

estaba ganada.

Tiberio se levantó de su asiento para aproximarse al publicano.

—Como sabéis, Augusto está desarrollando un nuevo modelo fiscal gracias a la creación de un catastro —le dijo Tiberio—. Ahora solo él puede acuñar oro y plata, y la explotación de las minas ha pasado a manos del Estado. Ni que decir tiene que todo esto ha levantado muchas ampollas...

En su mirada, Marco vio algo despiadado, tan brevemente que dio la impresión de que solo había sido fruto de su imaginación.

—Mi querido Arvina..., siempre he

dicho que un buen pastor tan solo trasquila a sus ovejas, no las despelleja —prosiguió el joven—. Sabía que eras un ambicioso bastardo, pero jamás imaginé que tu codicia te llevaría tan lejos. Pero ¿sabes qué le ocurrió a ese ambicioso comisionado llamado Manio Aquilio? Mitrídates hizo algo por él. Algo para saciar su desmedida sed de riqueza. Hizo que le ataran a una silla, inclinaran su cabeza hacia atrás y vertieran un talento de oro fundido en su boca.

Su sonrisa se convirtió en la de un niño travieso que gasta una broma de mal gusto.

—Pero deberás excusarnos —añadió—, porque aquí solo tenemos bronce.

A un gesto suyo, una pareja de soldados aferraron al publicano por la espalda, para que otro pudiera tirar de su rostro hacia atrás. Como si fueran unos ganchos de hierro, unos dedos se le clavaron en la boca y le obligaron a abrirla. A continuación le introdujeron un embudo de metal en ella. Arvina, pataleando de forma histérica, dirigió al adolescente una mirada de súplica, que fue ignorada, y un cerco de humedad se formó en la parte baja de su túnica de seda. Al ver cómo extraían el crisol del

horno con unas tenazas, sus ojos se abrieron de par en par. Era un cuenco de cerámica incandescente, que emitía una deslumbrante luz anaranjada: licuado, el bronce había adquirido un hermoso color irisado y, vertido sobre el embudo, se asemejaba a la ambrosía.

Cuando el líquido ardiente llegó hasta su boca, el publicano comenzó a chillar. Magnificados por el embudo, sus gritos resonaron por todo el taller, hasta hacerse insoportables. Entonces, con la garganta consumida por el fuego, el sonido se transformó en un demencial bramido de dolor.

A pesar de su corpulencia, los

hombres que lo sujetaban no pudieron evitar que liberara uno de sus brazos. Sus dedos engarzados en anillos de oro arañaron la pared de zarzo, donde dejaron unos surcos de sangre. El aullido solo cesó cuando el bronce le abrasó por completo los pulmones; cuando su corazón, calcinado, dejó de latir.

Arvina cayó al suelo con el embudo aún en la boca. Envuelto en la toga, su cadáver había adoptado una expresión agónica. La parte baja del rostro se había calcinado y había dejado al descubierto una ennegrecida mandíbula que ahora les sonreía de una forma

macabra. Si algún día desease esculpir la agonía, pensó Marco, sin duda recurriría a aquella imagen que había quedado grabada en su mente.

Todos observaban a Tiberio.

—¿Por qué Augusto no acaba con ellos? —preguntó Marco.

—Porque, de momento, necesita a los publicanos —replicó el joven—. Necesita a los traficantes de esclavos para mantener sus minas en funcionamiento, a los fabricantes de armas para abastecer a su ejército, a los navieros que transportan el grano hasta la capital para hacer efectivas las entregas de trigo... Los necesita del



mismo modo que ellos lo necesitan a él, pues no pueden renunciar a sus enormes beneficios. Esta guerra, en definitiva, no es más que una demencial pugna que enfrenta a un hombre contra sus propios órganos: él trata de amputarse el corazón y los pulmones sin morir, mientras ellos pretenden ahogarle sin que el conjunto se pudra. Lo que Augusto desea es revertir el proceso de un cáncer: limitar progresivamente el poder de las sociedades financieras en beneficio de su Estado.

—¿Y qué hay de Fanio Cepión? — preguntó Marco.

—Como sabéis, es el *manceps* de la

sociedad de Arvina, el responsable de conseguir las adjudicaciones, aunque también el propietario. Esta anómala situación hizo que me trasladaran aquí, para vigilarle.

—¿Por qué nos está contando todo esto?

—Con el tiempo, he descubierto que la mejor garantía de lealtad no es el amor, sino el odio.

—Lealtad... ¿para qué?

—Ahora mismo, lo único que se interpone en nuestros planes es un hombre: Corocuta —manifestó Tiberio—. Tú lo conoces mejor que ningún otro romano. Quiero que matéis a ese hijo de

puta.

Era un camino sin retorno.

—¿Cómo esperas que lo encontremos? —objetó el mensor—. Podría estar en cualquier parte.

—No es difícil obtener ese tipo de información —le aseguró el joven, con tranquilidad—. Basta con saber elegir a quién preguntar y hacer por él lo que más fervientemente desea.

—¿Entregarle oro? —preguntó Niñato.

—No, dejar de torturarlo —respondió secamente—. He reunido a un grupo de mercenarios. Asesinos a sueldo. Gente ruin. Despiadada. Brutal.

Os llevaréis muy bien con ellos.

—¿Por qué nosotros? —quiso saber Marco.

—Porque no existís, porque estáis muertos. Porque si envío a un destacamento oficial, los publicanos harán que Corocuta se entere antes incluso de que abandonen el campamento, y solo un reducido grupo de hombres podrá llegar hasta él. Si fracasáis, nadie lo sabrá jamás, pero si tenéis éxito, seréis debidamente recompensados.

*Damnatio memoriae.* La condena de la memoria. Tras la muerte de un enemigo del Estado, el Senado podía

decretar que se eliminase su recuerdo. En ese caso, se derruían sus estatuas y monumentos, se borraba su nombre de las inscripciones, su rostro se suprimía de los retratos, e incluso se llegaba a prohibir que se pronunciara su nombre. Ahora el objetivo de aquella misión sería escribir una página oculta en los libros de historia: aquel hombre no debía ser recordado.

—¿Convertirnos en *speculatores*?  
—murmuró Annio, indeciso.

—Os garantizo que, más tarde, tendréis la oportunidad de vengaros de Fanio Cepión.

Los contubernales se observaron.

Estaba claro lo que todos pensaban: tres días antes habían realizado un pacto con las deidades del inframundo y ahora aquel joven les ofrecía una oportunidad de venganza. Eso no podía ser casual.

El centurión se dirigió a su superior:  
—Necesitaremos armas.

Tiberio hizo que los condujeran al *armamentarium* para que pudieran elegir todo cuanto quisieran. Cuando abandonaron el taller, se recostó sobre su asiento para tomar un nuevo sorbo de vino.

—Resulta fácil encontrar gente dispuesta a matar —murmuró—. Lo difícil es encontrar gente dispuesta a

morir.

# XLV

Navegaban a bordo de un pequeño barco de cabotaje, lo suficientemente generoso de manga como para contar con una pequeña bodega en la que transportaban sus caballos. El capitán, un cetrino individuo de edad indefinida con el rostro curtido por la intemperie, también hacía las veces de timonel y sujetaba el gran remo fijado a popa que facilitaba el gobierno de aquel vetusto navío. Tiberio pretendía enmascarar su misión como alguna clase de tarea rutinaria, y sin duda aquel era el mejor modo de



hacerlo.

Media milla a babor, entre la desembocadura de dos rías, avistaron un promontorio rocoso donde se asentaba un *castellum* con una veintena de toscas construcciones de zarzo a sus pies. El embarcadero consistía en una plataforma de madera sostenida por hileras de troncos hincados en el cenagoso lecho de su ría más oriental. No acertaron a ver ningún buque de guerra, ni tan siquiera una miserable liburna. Junto a la orilla, solo había una docena de naves de transporte, además de las minúsculas embarcaciones con las que los lugareños se dedicaban al marisqueo y a la pesca

de bajura. Solo era un pequeño enclave aislado dentro de una zona potencialmente hostil, pues, al parecer, los mandos consideraban prioritario mantener abierta una vía de navegación a lo largo de la costa y por ello habían destinado una guarnición allí.

—Es Portus Vereasueca —les dijo Marco—. Se encuentra en territorio de los orgenomescos.

—¿Orgenoqué? —preguntó Annio.

—Orgenomescos. Es la tribu que vive en el occidente de Cantabria. Significa «ebrios de matanza».

—Estupendo.

Sobre una plancha de hierro, una

pareja de marinos había depositado unas brasas en las que asaban una dorada que acababan de pescar, y la cubierta se inundó de un agradable aroma mezclado con el del alquitrán del casco y el omnipresente olor a mar. El viento llegaba de popa y la nave avanzaba a buen ritmo, mecida por las olas.

A pesar de no poder recuperar el cuerpo de Násica, Marco había entregado diez denarios a uno de los *beneficarii*, rogándole que se hiciera cargo de su funeral. Esperaba que fuera suficiente para pagarle una buena estela, con una inscripción que relatase su *cursus honorum*. Había redactado el

texto que debía figurar en la inscripción y abocetado el relieve que el cantero debía realizar. En él, el artillero exhibía sus condecoraciones sobre el pecho, portando una quiroballista mientras miraba hacia el frente con una expresión desafiante. Le hubiera gustado esculpirla él mismo y, una vez más, experimentó una indefinible nostalgia, al ser consciente de que llevaba demasiados años sin dar forma a nada.

Un par de horas después, tras pasar frente a otra guarnición acuartelada en un castro situado sobre una península acantilada, alcanzaron una nueva desembocadura que se abría paso hacia

el mar entre dos promontorios rocosos, como la puerta de una enorme muralla.

—El Deva, el río de la diosa — anunció al resto—. Habrá que remontar su curso para alcanzar nuestro objetivo.

Tras virar en redondo hacia babor, se adentraron en aquella desolada ría, flanqueada por dos acantilados de roca gris. Afortunadamente, la marea estaba crecida y la pequeña embarcación, de una decena de pasos de eslora y un puntal de unos seis pies, demandaba muy poco fondo. El silencio que reinaba en aquel desértico paraje solo se veía perturbado por el constante rumor de las olas y los débiles chillidos de las

gaviotas.

La tripulación, de apenas media docena de hombres, desató las drizas para arriar la pequeña vela cuadra, ahora inútil, y en su lugar emplearon los remos para realizar la maniobra de atraque. Las palas de abeto se hundieron intermitentemente en el agua hasta arrimar un costado de la nave a la orilla. Un marino saltó por la borda para asentar la plataforma de madera por la que los caballos debían descender. Annio se apoyó en la regala para devolver su desayuno entre arcadas. Un pequeño banco de peces de color grisáceo se arremolinó en torno al

vómito para disputarse los restos de pescado a medio digerir. Aquella imagen no contribuyó a mejorar su digestión.

Una de las bestias relinchó asustada cuando sus cascos se hundieron en el cenagoso fondo. Estuvo a punto de perder la suela de hierro, aunque finalmente todos lograron pisar tierra firme.

Al ascender por una colina, descubrieron a una veintena de bárbaros, de cabellos largos y barbas oscuras, vestidos con caftanes cortos de color rojizo, pantalones de cuero y botas de ante envueltas en tiras de piel. Todos

llevaban una daga fijada al muslo izquierdo mediante correas y un carcaj donde guardaban sus arcos de tipo compuesto. Altos, aunque no demasiado corpulentos, sus piernas arqueadas dejaban claro que habían aprendido a montar a aquellos peludos caballos casi al mismo tiempo que a andar. Algunos de ellos llevaban corazas de escamas, yelmos fabricados en secciones remachadas a un armazón de hierro, una larga espada con el pomo en forma de anillo y lanzas extremadamente largas.

Eran nómadas. Sus hogares habían sido carros tirados por caballos, con los que vagabundeaban por las estepas



buscando nuevos pastos para el ganado. Se decía que su único alimento era la carne y la leche que estos les proporcionaban, pues poco sabían de agricultura. Dueños de las frías estepas que se extendían al norte del Ponto, tras exterminar a sus parientes escitas hacía tiempo que su presencia en la frontera danubiana era cada vez más frecuente, y allí se enrolaban como mercenarios al servicio de cualquier potencia extranjera.

—Son sármatas —murmuró Niñato—. ¿Hablarán nuestra lengua?

Uno de ellos le respondió:

—Yo puedo hacer de intérprete.

Los ojos rasgados de Arifarnes observaban fijamente a Marco. Meses atrás, aquel extraño individuo le había preguntado por el aspecto de su enemigo; desde entonces solo se habían encontrado en un par de ocasiones. Al parecer, se trataba del caudillo de aquellos auxiliares orientales. Sus rasgos eran de una mezcla indefinida de razas; la grotesca deformación de su cráneo, unido a su rostro achatado, hacían que su aspecto fuera repulsivo, aunque dotado de una extraña dignidad. A esas alturas, esperaban encontrarse con cualquier cosa, pero aun así quedaron boquiabiertos.

—¿Qué pinta ella aquí? —preguntó Quinto, recuperando la compostura.

Hizo un gesto alusivo a una mujer, armada igual que el resto, que se disponía a acompañarlos. Al parecer, era normal que combatieran junto a los hombres, y de hecho les estaba prohibido desposarse hasta que no hubieran matado a su primer enemigo. Se decía que aquella extraña costumbre había dado origen al mito de las Amazonas.

A un gesto de Arifarnes, la sármata extrajo su arco de la funda y, conduciendo su montura con las rodillas, cabalgó frente a un bosquecillo de

alisos. Lo recorrió al galope y, a pesar de la velocidad, tuvo tiempo para lanzar cuatro flechas que, una tras otra, se clavaron en los troncos, justo a la altura del cuello de un hombre. Marco comprendió por qué aquellos bárbaros no hacían distinción entre sexos a la hora de combatir: ese modo de lucha no exigía de más fuerza que la de tensar el arco, y todo se reducía a una cuestión de habilidad. Recordó que millares de jinetes armados de aquella forma habían sido los responsables de la completa aniquilación de siete legiones al mando de Craso en Carras, cuando veintiocho años antes intentaron invadir el Imperio

parto.

—No perdamos más tiempo —dijo el centurión.

Al ponerse en marcha, los sármatas desplegaron su estandarte: un tubo de bronce con forma de cabeza de dragón, con un cuerpo serpentiforme de tela rojiza tras él. La brisa entró por sus fauces abiertas e hizo serpentear la tela: de esta forma, podía servir como insignia, aunque también para establecer la dirección del viento al disparar.

—Nos dirigimos a la guarida de unos licántropos acompañados de un grupo de centauros y amazonas —masculló Annio—. ¿Qué será lo

próximo, el minotauro o las sirenas?

Cabalgaron hacia el sur, remontando el río. Sus monturas se mostraban inquietas ante la presencia de aquella gente extraña. Marco tuvo que tirar de las riendas para frenar a la suya. A medida que las colinas fueron haciéndose más altas, entre la bruma se intuían las formas de una enorme muralla de peñas. Los mandos habían comenzado a cartografiar aquella tierra, aunque buena parte de ella aún permanecía ignota, y ahora contaban con un cilindro de cuero repleto de papiros en los que figuraban los principales accidentes geográficos. Sin embargo,

una vez que se adentraran en la cordillera, su utilidad sería escasa.

—Según nuestros informes, el refugio de Corocuta se encuentra en un valle casi inaccesible, remontando el curso del río —comentó Marco—. Sin duda, planea pasar allí el invierno.

Se lo dijo a Quinto, aunque él no respondió. Llevaba horas sin pronunciar palabra.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—En Násica y en los hombres de Licinio Varrón.

Hacía frío. Expuesto al gélido viento que vomitaba el océano, su manto apenas lograba abrigarle.

—Es difícil encontrarle algún sentido a la vida —reflexionó Marco—. Y si no lo logramos, tratamos de buscarle algún sentido a la muerte.

—¿Y tú qué piensas?

—Nada tiene sentido —murmuró—. Creemos que todo lo que sucede ha de ser la consecuencia de algo. Pero las cosas suceden sin más.

—¿Y la venganza? —dijo, contemplando las montañas que se erguían frente a ellos.

—No sé por qué, pero nos hace sentir bien —reconoció Marco—. Supongo que, al igual que el teatro, crea la ilusión de que en el mundo impera



alguna clase de justicia. Pero los muertos están muertos, y nada les devolverá a la vida.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Huir hacia delante —respondió—. No he hecho otra cosa en toda mi vida.

Y tras decir aquello, picó espuelas para dirigirse hacia la vanguardia.

γ

Quinto se comportaba de un modo extraño. La misión de escoltar a su más odiado enemigo había tensado la

relación con sus hombres hasta el límite, y su aventura con la mujer del publicano les había puesto a todos en peligro. Ninguno creía que ese hubiera sido el motivo por el que él y Cepión hubieran tratado de matarlos, pero su irresponsable conducta había minado su confianza en él. Ahora, ante aquel nuevo y desconcertante cometido, parecía sonámbulo, casi un cadáver. Aunque, bien pensado, todos lo eran. Estaban oficialmente muertos y aquella misión extraoficial jamás habría tenido lugar, pasara lo que pasara.

Y después, ¿qué sucedería?

Todo lo que había aprendido sobre

estrategia se lo debía a Vitruvio. Cada día, a primera hora de la mañana, antes de comenzar el trabajo, acostumbraban a jugar una partida de *petteia*. Desde el principio, él había demostrado una notable comprensión del juego, pero poco a poco su padre adoptivo hizo que fuera aprendiendo toda su complejidad: cada ficha podía moverse de una forma distinta y sus objetivos podían variar, ya fuera para alcanzar una determinada casilla, ya fuera para eliminar una pieza en concreto.

Tras un par de años fue capaz de vencer a su tutor, y entonces el juego pasó a recrear antiguas batallas, como la

de Gaugamela o la de Pidna, de forma que cada ficha representaba a una clase de tropa y poseía una forma de desplazarse característica. De aquel modo, la *petteia* se transformó en una de esas fabulosas historias que leía en la biblioteca de su maestro. Marco distribuía sus fuerzas sobre el tablero imaginando que aquellas piedras eran sintagmas y cohortes, heroicos soldados que marchaban tras sus estandartes para enfrentarse cara a cara con el enemigo.

Sin embargo, a partir de ese momento, por algún motivo le resultó imposible ganar.

Una mañana, el arquitecto le

aguardaba con la mesa ya dispuesta para jugar y, sin más preámbulo, le expuso las normas. En apariencia, aquella partida no mostraba nada fuera de lo común: Marco debía situar al menos a tres de sus fichas en el extremo opuesto del tablero, más allá de la línea de su oponente. Al contar con más del doble que él, solo podría mover una casilla por turno, mientras que Vitruvio, en inferioridad numérica, podría mover dos.

Tuvo que adaptar su estrategia a las circunstancias. Se decidió por el sacrificio. Presionando al contrario, fue amontonando guijarros a su alrededor y

pronto la partida se convirtió en un continuo intercambio de fichas, hasta que el tablero quedó prácticamente desierto. Para entonces, él había perdido a más de la mitad de las suyas, pero ese era un lujo que podía permitirse, mientras que Vitruvio, aun conservando un porcentaje mayor de piezas, ya no era capaz de mantener un frente homogéneo. Por ello, no le fue difícil romper su línea por el centro y vencerlo.

Recostándose sobre su asiento, el joven se mostró satisfecho. Solo entonces, su tutor le explicó lo que había sucedido, en términos militares. Y para ello tejió una nueva historia,

reconstruyendo paso a paso todo el desarrollo de la partida. Al traducir el significado de sus acciones, Marco se dio cuenta de que, para ganar, había masacrado a más de la mitad de sus efectivos. Si él hubiese sido un general y aquello un ejército, se habría convertido en un despiadado asesino.

A partir de entonces, para superar a su oponente se vio obligado a hacer lo mismo. Al igual que el pugilato, la *petteia* no era más que un juego; sin embargo, nunca olvidaba su equivalente con el mundo real. Y así, durante años, partida tras partida, fue estudiando todas sus acciones y la consecuencia de estas.

Para su desesperación, la conclusión siempre era la misma.

La guerra no tenía nada que ver con la *Iliada*. Para ser un buen estratega, tenías que ver a tus hombres como simples objetos. Debías convertirlos en fichas dispuestas sobre un tablero y despojarles de todo aquello que les hiciera humanos: solo así era posible vencer. La piedad y la solidaridad hacia ellos solo conducían al fracaso. Daba igual que se tratara de política o de milicia, el resultado siempre era idéntico. Su odio hacia los nobles y su rechazo a ejercer cualquier clase de responsabilidad obedecían a ese



sencillo motivo.

Y ahora, con Quinto ausente, se vería obligado a liderar a sus compañeros en aquella maldita misión.

γ

Prosiguieron la marcha entre un terreno boscoso hasta descubrir una enorme mole de roca caliza que se erguía frente a ellos, con sus cimientos jaspeados en verdemar. El río parecía abrirse paso a través de una angosta abertura casi oculta entre las peñas blanquecinas.

—Es el Mons Vindius —dijo Marco—. A sus pies, más allá de esas montañas, se encuentra nuestro objetivo.

El monte Blanco: un gigantesco hito que servía de guía a los navegantes, incluso a cien millas de distancia.

—Si nos adentramos en ese desfiladero, somos hombres muertos.

A pesar de su acostumbrada rudeza, al opción no le faltaba razón. Continuar por aquel angosto desfiladero suponía asumir un riesgo enorme, pues, para defenderlo, hasta un imbécil habría desplegado centinelas, y en él cualquier lugar sería bueno para una emboscada. Sin embargo, no tenían otra elección.

Cabalgaron por el estrecho valle encajonado entre paredes de piedra, siguiendo el arroyo que, millas abajo, desembocaba en la ría que habían dejado atrás. El camino transcurría junto al cauce del río, a través de una profunda garganta de apenas un tiro de piedra de anchura, lo que les hizo sentirse literalmente engullidos por la tierra.

Poco a poco, les fue envolviendo una densa niebla y tuvieron que adentrarse en aquel fantasmal paraje como en las entrañas de un leviatán. La luz les llegaba desde alguna parte por encima de sus cabezas, pero resultaba

opaca a quince pasos. Ocasionalmente, algún torrente se precipitaba de las rocas para verter sus aguas sobre el arroyo que apenas llegaba ya a cubrir las rodillas.

Manténían un tenso silencio, como si en cualquier momento pudiera aparecer una aullante jauría de bárbaros desde alguna hendidura abierta entre las montañas. Marco observó a sus camaradas. El opción, a punto de retirarse, debía enfrentarse a un destino más que incierto. Annio acariciaba un mechón de cabello oscuro sujeto a su cinto. Niñato, a pesar de su perplejidad, parecía impregnado de ese irracional

optimismo que caracteriza la adolescencia.

Estimó que habían recorrido unas catorce millas cuando el desfiladero trazó una amplia curva hacia la derecha que bordeaba una elevada sierra a cuyos pies nacía un manantial de aguas termales. Una vez rebasada, el valle se hacía más amplio y era posible ascender hacia el oeste, a través de una sinuosa senda. Entonces divisaron una débil chispa de luz muy por encima de sus cabezas, entre la bruma. Fue un brillo apagado, que apenas duró un instante, pero les hizo ponerse en alerta: si alguien los aguardaba en algún lugar

sobre el desfiladero, estarían perdidos.

—Hay que reconocer el terreno —  
dijo Marco.

A medida que ascendían por aquel camino, el desfiladero parecía volverse más profundo y las encinas daban paso a los robles. Sus orillas se poblaron de avellanos, curvados sobre ellos hasta formar una bóveda de ramas sobre sus cabezas. Los sármatas, poco habituados a escalar montañas, no dejaban de murmurar.

Al alcanzar un pequeño collado, descubrieron una cresta de roca caliza parcialmente cubierta de encinas, rodeada de espinos, zarzas y brezos,

excepto por un estrecho corredor.

—Podemos acampar ahí —anunció el mensor—. Desde allí podemos controlar el paso hacia el desfiladero. Yo me adelantaré con algunos sármatas para explorar la zona. —En ese momento, recordó algo—. ¿Cómo fortificáis vuestros campamentos? —le preguntó a Arifarnes.

—Hacemos un círculo con los carros.

—Aquí no hay carros.

—Lo sé.

Acompañado por el caudillo sármata y dos de sus hombres, cabalgó por aquella senda hasta rebasar un monte

cubierto por un robledal que los separaba del desfiladero. Finalmente, accedieron a un amplio valle cubierto de pastizales, una amplia terraza en cuyos extremos se erguían dos cumbres, alejadas una milla. La situada hacia el este dominaba una senda que conducía a otro valle más oriental, mientras que la cumbre más occidental estaba cubierta de bosque y se erguía sobre el desfiladero del Deva. Decidieron marchar hacia allí: habían dejado atrás la niebla, y por ello decidieron hacerlo con cautela.

Al ascender hacia la cumbre, el robledal se fue convirtiendo en un



hayedo hasta que finalmente, tras apartar una muralla de brezos, experimentaron un repentino vértigo cuando el bosque desapareció frente a ellos: desde aquel lugar, el desfiladero se convertía en un abismo a sus pies. Los buitres volaban por debajo de ellos y, a causa de la niebla, la garganta se había transformado en un glaciar de bruma que se deslizaba lentamente entre las peñas.

—¡Mirad!

A treinta pasos a su izquierda descubrieron una empalizada de troncos de la altura de dos hombres, con una pequeña torre de madera sobre la puerta de entrada. El bosque había sido talado

para crear un pequeño claro en torno a aquel perímetro fortificado que llegaba hasta el precipicio, cosa que hacía innecesaria más defensa. Un afloramiento rocoso a modo de terraza servía de plataforma de vigilancia sobre la garganta. Allí distinguieron la silueta de tres hombres armados. Entonces Marco fue consciente de su suerte: solo gracias a aquella providencial niebla habían podido llegar a salvo hasta allí.

Hacia el sur, descubrieron un extenso racimo de valles situado a los pies de aquel colosal macizo montañoso llamado Vindio. Por primera vez desde hacía meses, pudieron contemplar

campos de cereal en un paisaje de elevadas colinas, rodeado por una corona rocosa tan escarpada como el monte Olimpo. Las peñas parecían haber surgido desde las profundidades de la tierra, desgarrándola, como las fauces de un titán, para crear la recóndita comarca de los avariginos, un formidable refugio natural que la naturaleza caprichosamente había esculpido en la cordillera. La gigantesca grieta por la que fluía el río constituía su único acceso desde el norte y resultaba imposible atravesarla sin arriesgarse a que las rocas que podrían arrojar los defensores los sepultaran. Aquella

fortificación parecía contar con otro acceso hacia el sur, pues una senda descendía junto a un arroyo que desembocaba en el Deva, gracias a la cual recibirían los suministros desde el valle.

Sin embargo, lo que le había inquietado era el estandarte rojo con un símbolo cruciforme que ondeaba sobre la empalizada: aquella maldita enseña que había decidido llevarse consigo hasta el Medulio, y que sin duda su enemigo había encontrado entre sus pertenencias y que ahora había pasado de nuevo a sus manos. El castro era pequeño, de apenas novecientos pies

cuadrados. Estimó que, como mucho, podría dar cabida a ciento veinte hombres. A Corocuta solo le acompañaban sus *devoti*, su comitiva personal, aquellos guerreros que habían jurado entregar su vida para defenderle.

Cuando descendían por la senda, se toparon con una pareja de jinetes cubiertos con pieles de lobo en lo alto de un pequeño altozano, a solo treinta pasos de distancia. A pesar de que los superaban en número, parecían confiados, conscientes de que, para llegar hasta ellos, antes debían rodear una cañada, lo cual les daría tiempo para huir.

Uno de los sármatas extrajo su arco de la funda, dispuesto a disparar, pero Arifarnes le detuvo con un gesto.

—Desconocen el alcance de nuestros arcos —explicó, en latín.

Marco se mostró de acuerdo. Solo era cuestión de tiempo que sus enemigos los descubrieran y, puestos a elegir, era preferible que lo supieran ahora, antes que arriesgarse a perder una ventaja que más tarde podría resultarles útil.

En Europa, apenas se utilizaba el arco; en su lugar, normalmente se recurría a la fuerza de los brazos para arrojar jabalinas. Muchos pueblos incluso lo consideraban un recurso

propio de cobardes. Sin embargo, desde hacía siglos en Oriente se empleaba una versión más corta y recurvada, reforzada por cuerno y tendones, para aumentar la potencia sin necesidad de acrecentar su longitud. Eso permitía su uso a caballo, en complejas maniobras en las que se podían arrojar millares de flechas sin necesidad de exponerse al cuerpo a cuerpo, una forma de lucha hasta entonces desconocida en Hispania.

Los cántabros picaron espuelas para regresar por donde habían venido. Ellos decidieron hacer lo mismo.

# XLVI

El campamento apestaba a humedad, a leña quemada y a heces de caballo. A pesar del cansancio, los sármatas cepillaban el denso pelaje de sus monturas en lo que parecía un elaborado ritual. Dos de ellos, hombre y mujer, copulaban sobre un montón de pieles, a la vista de todos. El resto se había sentado junto al fuego y bebía en silencio, tanto vino como leche cuajada. Muchos de aquellos rubicundos bárbaros, agobiados ante lo que ellos consideraban calor, se habían despojado



del caftán y mostraban sus robustos brazos tatuados con figuras de animales. Marco se vio transportado a un mundo extraño, en el que solo sus camaradas constituían el nexo de unión con aquello que le resultaba familiar.

Separados por un par de millas y en contacto visual con su enemigo, la situación se mantenía tranquila. Desde allí, dominaban el paso por el desfiladero hacia la costa, mientras que Corocuta hacía lo mismo por el sur. Al situar a una pequeña fuerza en lo alto de la montaña que se erguía junto al puerto, ejercía cierto control sobre el acceso hacia el valle oriental.

Si avanzaban, podrían acampar en la otra montaña situada frente al castro. Así se encontrarían más próximos a su objetivo. De esta forma, le pondrían en jaque; sin embargo, una parte de los cántabros podría descender por la vertiente sur del castro y avanzar a lo largo del desfiladero, hasta situarse donde ahora se encontraban ellos. En ese caso, les habrían cerrado su única vía de regreso hacia la costa, aunque para hacerlo tendrían que dividir sus fuerzas.

Los avariginos habían dado refugio en su tierra a Corocuta, tal vez a condición de que defendiera el acceso a

su valle. Posiblemente, el líder insurgente habría repartido parte de la plata entre los caudillos locales para ganarse su favor. Es probable que ahora se estuviera manteniendo a la defensiva y les cediera la iniciativa. Quizás habría enviado mensajeros solicitando refuerzos, y era una cuestión de tiempo que llegasen más hombres armados desde el desfiladero. Con suerte, buena parte de ellos estarían vigilando los pasos de montaña en el sur. La presencia de las legiones más allá de la cordillera los mantendría lo suficientemente ocupados como para no poder prescindir de muchos más efectivos.

De momento, Corocuta permanecía encastillado. No parecía dispuesto a renunciar a esa ventaja, pues ambos sabían que el tiempo corría en su contra. Contaban con mejores armas, pero eran solo cincuenta hombres, y su enemigo les doblaba en número. Marco sabía que los arqueros solo eran efectivos en grandes formaciones, así que dividir sus fuerzas no parecía una buena idea; por su parte, los cántabros podían organizar pequeños grupos para hostigarlos. Todo ello, en definitiva, significaba que ninguna de las dos partes se arriesgaría a atacar al contrario, a no ser que gozaran de una posición claramente

favorable. Una vez más, el factor decisivo iba a ser el terreno. Maldijo a aquellos malditos hispanos por su retorcida forma de hacer la guerra.

Debían vencer a su enemigo, en su propio campo y según sus propias normas. Y para combatir a esos montañeses, en aquella angosta grieta hundida entre montañas, solo contaban con unos nómadas que habían crecido en un inmenso mar de hierba que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

—Tiberio debía de estar borracho cuando decidió que estos bárbaros nos acompañaran —masculló Annio.

Marco observó a sus amigos,

reunidos en torno a la hoguera: su misión los estaba convirtiendo en una siniestra caricatura de sí mismos. Quinto había perdido la empatía hacia sus hombres, Annio refunfuñaba a todas horas, y Niñato parecía obstinado en salvar al mundo, atendiendo hasta el más leve rasguño. ¿Y el opción? Él se había convertido en un mundo en sí mismo. Un mundo cerrado, inescrutable, que solo se comunicaba con el resto mediante vagos gestos de negación o asentimiento.

Y si la relación entre ellos resultaba tensa, con los sármatas era aún peor. No tenían nada en común con ellos, más que la necesidad de satisfacer sus

necesidades más elementales, e incluso eso lo hacían de una forma repugnante, ingiriendo carne de caballo medio cruda o bebiendo leche rancia de yegua.

En la guerra se tenía que confiar en los compañeros de armas, pues se depositaba la vida en sus manos. Se ha de saber que, por muy bueno que se sea, si el hombre que se tiene a la derecha abandona su puesto, ya sea para avanzar en busca de gloria, ya sea para retroceder a causa del miedo, el costado puede quedar al descubierto. Y entonces cualquier aldeano con una simple lanza de caza podría atravesarte. Por eso se confiaba en que él siempre estaría ahí,

como una sombra, ciñéndose a su entrenamiento. Con el tiempo, los compañeros se convertían en algo familiar, pues un hombre cuando está en plena lucha no podía ocultar lo que es ni cómo piensa. Niñato estaba dotado de esa clase de valor que roza la insensatez, propio de aquel que aún no ha recibido ninguna herida grave, pero al mismo tiempo era fácil que cayera presa de la indecisión. Annio era leal como un mastín, aunque en ocasiones se dejaba llevar por la ira. Quinto, por el contrario, evaluaba meticulosamente todos sus actos, pero muchas veces fallaba al no dejarse llevar por el



instinto. El opción era el opción: cuando avanzaban, era como si tuvieras a tu lado a una pareja de bueyes presionando al enemigo; cuando había que resistir, tu espalda se apoyaba en una pared de roca. Sin embargo, como estrategia carecía de la inventiva necesaria.

Conocía la forma de pensar de todos. Sabía hasta dónde podían llegar, cuáles eran sus miedos, de qué eran capaces y cuándo habían rebasado sus límites. Ahora, aquella tensa situación hacía que sus virtudes fueran aún mayores, pero también acrecentaba sus defectos. Respecto a los sármatas, constituían un misterio en todos los

sentidos. Se decía que eran unos guerreros feroces; sin embargo, en demasiadas ocasiones la gente confunde la crueldad con el valor o la capacidad para la lucha. Ni tan siquiera conocía su forma de combatir. Todo hombre demuestra su forma de ser al emplear un arma, y cada pueblo deja patente su carácter en su misma forma de concebir la guerra.

Tal y como hacían aquellos hispanos.

—Debemos avanzar hasta ese cerro que se encuentra frente al castro —dijo finalmente.

—¿Acampar allí, tan cerca? —

respondió Quinto.

—Corocuta no dejará desguarnecido el castro, pero solo puede dividir a sus fuerzas en dos grupos, o de lo contrario las debilitaría demasiado. Si envía a una partida de guerreros para defender el cerro, nos sería imposible tomarlo. Entonces podría mos retroceder por donde vinimos, y nada habría cambiado.

—También podría enviar esa partida a lo largo del desfiladero para hacerse fuertes aquí, donde ahora nos encontramos —opinó el centurión—. En tal caso, tendríamos cerrada nuestra única vía de regreso hacia la costa. Y con Corocuta en el castro, estaríamos

atrapados.

—Nos habría hecho una tenaza —  
murmuró Arifarnes—. Aunque, a  
cambio, obtendríamos una posición  
dominante desde la que emplear  
nuestros arcos.

—¿Se lo tragará?

—Esos montañeses desconocen el  
alcance de nuestras armas —señaló el  
líder sármata—. Si nos situamos en esa  
cumbre, Corocuta lo interpretará como  
un error por nuestra parte.

—Pero ¿estará dispuesto a dividir  
sus fuerzas? —reflexionó Quinto.

—Creo que sí —terció Marco—. Su  
prioridad será evitar que nos

marchemos. Imaginará que si retrocedemos hacia el litoral, será para regresar acompañados de un par de cohortes.

Una cosa estaba clara: a esas alturas, Corocuta era del todo consciente de que si huía ante ellos, no dejaría de hacerlo jamás. Su única opción era huir hacia delante, como le pasaba al propio Marco.

«Huir hacia delante.» Por primera vez se preguntó por qué estaba haciendo todo aquello. Tiberio les había ofrecido la oportunidad de vengarse de Fanio Cepión una vez que hubieran terminado con aquella misión, y despreciaba a

aquel sádico con toda su alma. Todo aquello en lo que creía y a lo que amaba no significaba nada para él, y eso le hacía sentir débil, ridículo. Conceptos como el deber y el honor, un código de conducta que había regido sus actos durante toda su vida, ante Cepión carecían de significado, pero era lo único en lo que podía basar su orgullo.

La sola idea de que el legado regresara triunfante a Roma para medrar en política tras haber hecho morir a cientos de sus compañeros le dolía en el alma. Sería como una de esas historias cuyo final es decepcionante, en el que las cosas que deben ocurrir no suceden.

Pero ahora él podía hacer algo para cambiar ese final.

No obstante, no estaba allí solo por Cepión o porque no hubiese tenido otra elección, más allá de hacerle el trabajo sucio a Tiberio. El verdadero motivo era que, a pesar de que no odiaba a Corocuta, deseaba acabar con él con todas sus fuerzas, pues, tal vez, matándole, terminaría de una vez aquella maldita guerra.

Para Marco, la paz romana se había convertido en la búsqueda de otra clase de paz, la paz interior. Recuperar un futuro imposible que algo o alguien años atrás le había robado.

Y cuando dos objetivos se encuentran próximos entre sí, tienden a confundirse.

Avanzaron hacia el valle con cautela. A medida que el sol descollaba sobre las montañas, la niebla se fue esfumando como por ensalmo. Quinto había dado orden a los sármatas de no disparar sus arcos a no ser que fuera necesario. Desplegó a los más jóvenes en avanzada, para reconocer el terreno. Tan solo fueron hostigados en un par de ocasiones. Todo se solventó con un intercambio de dardos. Marco estimó



que aquella escaramuza era demasiado artificiosa como para ser real: sin duda, les estaban dejando avanzar hasta allí.

En el fondo, se trataba de la eterna cuestión del número. Desde un punto de vista militar, un hombre cubierto de hierro vale más que dos sin armadura, y cien soldados veteranos, mucho más que quinientos campesinos. En la guerra, el número de efectivos es, objetivamente hablando, tan solo uno más entre los muchos factores que pueden decidir un enfrentamiento, al igual que lo es la cantidad de bestias, armas y víveres de los que se disponga, o el mismo terreno.

Sin embargo, al fin y al cabo, la

guerra la hacen los hombres. Retroceder ante un enemigo inferior en número, por muy racional que pudiera ser, también podía minar su moral, y ese es el bien máspreciado. Aquello era lo único que todavía había de humano en la guerra, lo que hacía que hasta el más débil tuviera una remota posibilidad de victoria.

Suspiraron aliviados al acceder al valle. Al fin pudieron cabalgar por un terreno llano y despejado. Las escasas granjas habían sido abandonadas y habían conducido el ganado hasta algún otro lugar, pero aun así no quisieron tentar más a la suerte y se encaminaron hacia su objetivo. Al ascender hacia la

cima, Marco descubrió el cadáver de una oveja, en parte devorada por los lobos; su caballo se mostró inquieto, sin duda al percibir su olor, y tuvo que acariciarle el cuello para calmarlo. Todo en aquel lugar resultaba frío y hostil. El suelo era duro y áspero, tan húmedo como la orilla del océano. El vino era amargo, el pan, una roca, y las mujeres no mostraban un ápice de calidez. El mismo aire los zarandeaba y ni tan siquiera el sol alcanzaba a calentarles. Incluso la inmensa belleza de aquellas montañas aún sin domesticar, sumidas en un invierno perpetuo, resultaba desafiantemente

salvaje.

Finalmente, pisaron la cumbre de la montaña y desde ella pudieron divisar el castro, a una escasa milla de distancia. A pesar de todas sus precauciones, la marcha apenas había durado tres horas. Niñato estaba atendiendo a uno de los sármatas que había recibido una pedrada cuando llegó al galope la pareja de exploradores que Arifarnes había enviado a vigilar el desfiladero. Al parecer, Corocuta había picado el anzuelo: en ese momento, cincuenta jinetes avanzaban por el cauce del Deva en dirección al campamento que habían dejado atrás.

—Demasiado fácil —masculló

Arifarnes.

El mensor no pudo más que asentir. Su enemigo les había dejado aquel cerro en bandeja y ahora, tal y como supusieron, les cortaba la retirada. Al otear hacia el este, vieron otro valle y, más allá de él, un nuevo cordal. Supuso que si avanzaban en esa dirección, llegarían al curso del Namnasa, aunque sería una locura intentarlo sin conocer el terreno, pues fácilmente podrían caer en una emboscada. Habían quemado un nuevo puente tendido a sus espaldas. Ya no les quedaba más salida que avanzar hacia el frente.

El caudillo sármata arrancó una brizna de hierba para llevársela a los labios y mordisquearla, abstraído.

—Demasiado fácil —repitió.

Sus pies se habían vuelto insensibles a causa del frío, así que Marco los aproximó a la hoguera; enseguida los calcetines comenzaron a humear al librarse de la humedad. Con todas sus aberturas, las cáligas no eran útiles en aquella lluviosa tierra, pero se habían convertido en un símbolo de su condición de soldados y nadie estaba dispuesto a renunciar a él, por muy

incómodo que resultase. En ocasiones, el ser humano resulta así de absurdo: crea valores artificiales y se impone a sí mismo obligaciones ajenas a la razón. Como la grotesca deformación craneal de Arifarnes.

—¿Cuándo atacamos? —preguntó el sármata.

No supo qué responder. De momento, la situación les era ventajosa. Confiando en que serían incapaces de tomar el castro al asalto y habiendo cerrado su única vía de retirada, el caudillo cántabro posiblemente se mantendría a la defensiva, a la espera de que se les acabaran los víveres o que al

tener que dormir al raso sobre aquella yerma cumbre su situación se volviese insoportable. Sin duda, ellos tendrían suficiente alimento para pasar el invierno y, en todo caso, podrían recibirlo a través del desfiladero. A partir de entonces, el tiempo correría en su contra.

Corocuta, en definitiva, contaba con una ventajosa defensa, aunque ignoraba el alcance de sus arcos. Por esa razón el perímetro que habían creado talando los árboles en torno a la empalizada era muy reducido. Los sármatas podrían disparar fácilmente sobre ella, resguardados entre la espesura; podían



emplear sus flechas incendiarias y convertir a aquella construcción de troncos, zarzo y escoba en un llameante infierno, antes de que, a dos millas de distancia, el otro grupo de guerreros pudiera reaccionar. Acorralados en el precipicio, no les quedaría más remedio que intentar una salida y, dado su número, el resultado sería trágico.

Sin saberlo, le habían puesto en jaque.

Aunque Marco estaba muy lejos de sentirse confiado. En otras circunstancias, tal vez hubiera sido distinto; sin embargo, conocía a su enemigo demasiado bien como para eso.

No había nada racional que le hiciera desconfiar, solo su instinto: Vitruvio le había repetido en infinidad de ocasiones que, por muy bueno que fuera, ningún plan de batalla sobrevive al contacto con el enemigo. Ellos, tras aquella rutinaria jornada, no habían tenido que modificar ni un ápice el suyo. Nunca había sido testigo de una maniobra tan arriesgada, en la que existían tantos factores fuera de control, que no hubiera exigido cierto margen de improvisación.

Que todo estuviera saliendo tan bien le inquietaba. Es esa clase de percepción ajena a la razón que te permite saber el momento en el que un

luchador intentará una finta o en que una mujer desea que la beses. No existe nada racional que te lo diga: simplemente lo sabes. ¿Estaba decepcionado, como un jugador de *petiteia* ante un rival que no se encuentra a su altura? Se recordó a sí mismo que, en la mayoría de las ocasiones, la realidad resulta decepcionante. ¿Poseía su adversario algún dado oculto o solo es que había caído ingenuamente en su trampa? La lógica dictaba que, ante dos posibles soluciones, siempre se ha de elegir la más simple.

Arifarnes continuaba sentado junto a él, con su melena oscura flameando

sobre los hombros, como las llamas de una antorcha negra agitada por el viento.

—Hay una forma de averiguar qué están tramando.

Al oír su voz, le observó intrigado.

—En mi pueblo soy un shamán —añadió el sármata—. Puedo ver allá donde el resto no puede.

—¿Hablas de magia? —respondió.

Había conocido a centenares de charlatanes que estaban dispuestos a decirte aquello que deseabas oír a cambio de un par de ases. Sin embargo, también recordó los *Libros Sibilinos* y el Oráculo de Delfos. Era una locura, pero a esas alturas ya no tenían nada que

perder. Tal vez había llegado el momento de dejar de lado la razón.

γ

El ritual debía realizarse en la cima de una montaña. Arifarnes clavó su espada sobre un pequeño montículo y depositó el conejo que había cazado justo a sus pies. Tras extraer su daga de doble filo decapitó al animal para recoger en un cuenco la sangre que manaba de su cuello: tras unos instantes, se había llenado hasta la mitad. Entonces se incorporó, solemne, y vertió

su contenido sobre la espada. El líquido rojizo se derramó por la empuñadura y resbaló a lo largo de la hoja hasta que empapó la tierra húmeda.

—Representa a nuestro dios de la guerra —dijo el sármata, y tras ello se sentó de nuevo junto al fuego.

De espaldas a la puesta de sol, su pelo estaba envuelto en un halo incandescente, con el rostro solo iluminado por la hoguera que crepitaba ante él.

—El fuego dio origen al hombre y a los animales —afirmó—, es la fuerza vital que se renueva incesantemente. Y como manifestación terrenal del sol, ha

de estar presente.

Extrajo de una bolsa media docena de hongos de capucha encarnada con diminutas manchas blancas. Las introdujo en un mortero, junto a las briznas de algún extraño vegetal y a continuación las humedeció con agua. Añadió algo de leche y machacó la mezcla, ante el desconcierto de Marco. Una vez obtenido un viscoso líquido oscuro, lo vertió en otro recipiente de plata labrada tras filtrarlo con un paño de lana. Repujados a lo largo de toda su superficie, el vaso mostraba varios jinetes y dos jabalíes hacían de asas.

El sármata tomó un largo trago y se

lo ofreció a Marco:

—Es *haoma*, la bebida que permite a los dioses conservar su inmortalidad. Gracias a ella es posible acceder al otro mundo, a una inmortalidad efímera. Otorga la sabiduría: nos hace viajar en sueños a otros lugares, e incluso permite conocer el futuro.

—¿No irás a beberte esa mierda? — le preguntó Annio.

Ignorando a su amigo, el mensur tomó un sorbo. Uno de los sármatas se había sentado junto a ellos y tañía una rítmica cadencia con un diminuto tambor, mientras el resto repetía una letanía. Quinto los observaba con



escepticismo.

Inicialmente, se encontró apático. La luz del fuego le deslumbraba y experimentó ciertas molestias en el estómago, acompañadas de vértigo, aunque durante un rato no sintió nada más. Permaneció allí, sentado junto al hogar, en compañía de Arifarnes, inmerso en una agradable sensación de sosiego.

—Yo te entrego, ¡oh, Haoma!, la más preciosa y más excelsa ofrenda que pueden presentar los hombres buenos y santos —recitó el bárbaro.

La espada, que continuaba clavada entre las rocas, comenzó a aumentar de

tamaño hasta hacerse enorme; las vetas del metal llamearon como el fuego que ardía frente a él. Cerró los ojos y descubrió varias sombras de animales de color azulado. Entonces, un fuerte viento le arrastró por encima del resto. Sintió un frío que le envolvía y un intenso calor en su interior. Ese frío y ese calor se unieron en su piel. La luna creció y la tierra se transformó en una superficie convexa, como un gigantesco cuenco verde: sus confines se elevaban hasta donde alcanzaba la vista, frente al enorme peñasco blanquecino.

Efectivamente, así debían sentirse los dioses. Rozando los límites de la

muerte, liberado, como si su cuerpo fuera una cáscara vacía que hubiera quedado atrás, abandonó la montaña para sobrevolar el valle como un halcón, por encima de las copas de los árboles que ahora habían adquirido un color azulado, meciéndose como las algas en el lecho del océano. Sus formas no eran nebulosas, pues era capaz de contemplar todo aquello con una desconcertante nitidez. En el cielo, el resplandor de la inmensa luna se tiñó de escarlata.

Bajo él, el castro estaba formado por una gran cabaña, un establo y varias dependencias adosadas, rodeadas por la

empalizada de troncos. Cubiertos con sus pieles de lobo y con el cuerpo pintado de negro, los licántropos realizaban una demencial danza, saltando en torno a una enorme hoguera que ardía en el patio. Oyó gritos, risas y los sonidos de una estridente música con una cadencia enfermiza. Un tambor acompañaba a la machacona melodía, tañida por una trompa de cerámica con una cabeza de lobo en su extremo.

Era un ritual consagrado al Dis Pater.

Los celtas aseguraban ser descendientes del dios del inframundo; por eso no contaban el paso del tiempo

por días, sino por noches. Resultaba fácil encontrar similitudes entre las creencias de los bárbaros de Occidente y su propia religión, y por ello muchos identificaban a Lug, adorado tanto en la Galia como en Hispania, con Mercurio, por ser el patrón de las artes. Incluso algunas de sus deidades, como Epona, habían sido adoptadas por los propios romanos. Sabía que en Cantabria se rendía culto a ambos dioses, además de a otros muchos, aunque ningún griego o latino había podido encontrar un nombre en su propia lengua para referirse a aquella deidad oscura y temible a la que los montañeses rendían culto las noches

de plenilunio.

Desde luego, eran más de cien. Corocuta no había enviado a parte de sus guerreros para cerrar el desfiladero, pues todos se encontraban en el castro. Súbitamente, sintió que algo tiraba de él hacia atrás. Se vio arrastrado a una velocidad de vértigo de regreso a la cumbre. Entonces se descubrió a sí mismo sentado junto a la hoguera. Las llamas resultaban indescriptiblemente frías; a su izquierda, descubrió un charco de vómito, al parecer suyo. Frente a él, Arifarnes le observaba. Se sentía agotado. Cuando trató de ponerse en pie, sus piernas no respondieron.

La luna era una suerte de pálido disco sobre sus cabezas. Su miserable luz caía sobre aquel valle perdido entre montañas cuando una pareja de sármatas llegó desde el norte y se presentó ante ellos. En la cumbre reinaba un silencio sepulcral. Marco afilaba su espada mientras que el resto, sentados junto a él, ponía a punto su equipo.

Los exploradores esbozaron un claro gesto de negación. Arifarnes les habló:

—El campamento está vacío.

Marco había esperado encontrar escepticismo. Le había resultado difícil convencer a Quinto para que enviara a

aquellos hombres a reconocer el lugar que habían dejado atrás esa misma mañana.

—Los exploradores vieron a cincuenta jinetes avanzando por el desfiladero... —murmuró el centurión.

—Debieron de darse la vuelta poco antes del anochecer. Posiblemente, tan solo media docena de ellos mantengan encendidas todas esas hogueras.

—Tiene sentido —reconoció, tras reflexionar durante un momento—. Corocuta se habrá dado cuenta de que se lo estábamos poniendo demasiado fácil. Debió de sospechar que contamos con alguna baza oculta, algo que él



desconoce. Sin embargo, nos ha dejado acampar aquí. ¿Por qué?

—Para que creamos que dispone de una fuerza inferior a la que realmente tiene. Tal vez piense que así nos decidiremos a atacar —le respondió—. Dejándonos este cerro en bandeja, nos ha tendido una trampa.

—¿Los han visto? —preguntó Quinto al líder sármata, que se dirigió a sus hombres.

—Creen que sí —respondió—. Al regresar, se cruzaron con una patrulla: a estas alturas, Corocuta se imaginará que hemos descubierto su stratagema.

—Excelente —comentó Marco.

Su sonrisa no hizo más que aumentar la confusión del centurión.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

—Porque entonces imaginará que, al amanecer, recogeremos toda nuestra impedimenta para regresar por donde hemos venido —explicó—. Por tanto, si desea acabar con nosotros, solo le queda una alternativa: hacerlo «antes».

—Es decir, que nos atacará esta misma noche, aprovechando la luna llena. Eso me tranquiliza —masculló Quinto. Y añadió—: Mentira tras mentira, engaño tras engaño: esto no parece la guerra, sino una sesión del Senado.

El sármata abrió su carcaj, que también servía de funda para el arco, y extrajo el cordel de una pequeña bolsa impermeabilizada. Marco recordó que Násica acostumbraba a quejarse de los muchos problemas que la humedad de aquella tierra producía en sus máquinas de guerra, pues dilataba la madera, y las cuerdas frecuentemente se echaban a perder.

El nómada pasó el arco entre sus piernas para montarlo. Cuando la crin de caballo trenzada estuvo en su sitio, comprobó su flexibilidad, tensándolo: madera y cuerno gimieron al forzarlos.

El mentor se sintió más confiado al reconocer la minuciosidad que todo guerrero experimentado demuestra al poner a punto sus armas, sin importar su cultura, y le agradó encontrar algo familiar en sus acompañantes. Cada jinete había pintado los astiles de sus flechas con distintos colores, en lo que sin duda era algún código que más tarde les permitía reconocerlas. Las puntas de hierro contaban con tres aletas y habían sido fijadas al astil mediante un vástago clavado en él, de forma que, si era extraída, el metal quedaría atrapado en la carne.

—¿Tenéis flechas incendiarias? —

preguntó Quinto.

—Sí —respondió Arifarnes—.

Aunque no podremos tensar al máximo, a riesgo de quemarnos la mano izquierda. Además, el peso de la estopa reducirá su alcance.

—Dos de los nuestros treparán por el acantilado hasta llegar al castro —les dijo Marco—. Confiemos en que Corocuta haya dejado tan solo un pequeño retén: habrá que acabar con ellos para intentar prender fuego a su refugio. Cuando descubran que se está incendiando, regresarán a él: entonces, debéis salir en su persecución, para darles muerte por la espalda.

—Será difícil —le advirtió Arifarnes—. Deberán ser vuestros mejores combatientes.

Los contubernales se observaron entre sí. Niñato bajó la vista, aunque el resto le sostuvo la mirada. Marco se dio cuenta de que tendría que ser él quien decidiera. Para poder hacerlo trató de olvidar que aquellos hombres eran sus amigos. Afortunadamente, esta vez la elección no era difícil.

—Iremos el opción y yo —concluyó—. Vosotros esperaréis aquí, para repeler su ataque.

Iba a levantarse cuando sintió la mano de Arifarnes sobre su antebrazo.

—Solo una cosa más —le dijo—: cuando terminéis, marchaos por donde habéis venido. A pesar de ser luna llena, estará oscuro y podríamos dispararos por error.

# XLVII

Al mirar hacia abajo, Marco experimentó una nueva oleada de vértigo y tuvo que cerrar los ojos. Se habían desnudado por completo, a excepción del calzón, y habían tiznado su piel con carbones, envolviendo el cinto con jirones de tela oscura, para evitar que cualquier sonido o brillo metálico los delatase. El viento alborotaba su cabello y casi cortaba, como si hubiera apoyado su espalda en un glaciar.

Descendieron por el borde del precipicio, a apenas cincuenta pasos de



la empalizada. Ocultos tras una pantalla de arbustos, fueron avanzando poco a poco entre la vegetación, tratando de no hacer ruido. De niño, había escalado el talud del monte Capitolio, imaginando que era uno de los asediadores galos que, siglos atrás, habían sido descubiertos gracias a los graznidos de las ocas destinadas a los sacrificios. Se recordó a sí mismo que aquella escalada no tendría por qué ser mucho más difícil: la única diferencia residía en que ahora la caída era de cuatrocientos pies; si arrojaba una piedra hacia abajo, podría contar hasta diez antes de que esta llegara al fondo, tan oscuro como la

sima del Tártaro.

Tuvo que recurrir a toda su disciplina para poner su mente en blanco. La plataforma rocosa sobresalía por encima de sus cabezas, formando una repisa que ahora les hacía imposible llegar hasta el borde. Hizo un gesto al opción antes de comenzar a reptar por uno de los lados; sus piernas estaban entumecidas y, a medida que avanzaba, las zarzas arañaron su piel desnuda. Se habían untado en grasa de cerdo para protegerse del frío, pero aquella película oleosa no logró evitar la mordedura de las espinas.

Azotado por el gélido viento, tuvo

que sujetarse a unas raíces para poder atisbar más allá del borde. Entonces oyó el sonido de unos pasos que se aproximaban. Tras intercambiar un ademán con su compañero, ambos permanecieron inmóviles, con el rostro pegado sobre la roca. La silueta de un hombre de cabello largo asomó desde arriba; una sombra negra recortada sobre el cielo estrellado. Durante un interminable instante, permaneció allí de pie, sobre ellos, inclinado hacia abajo, al parecer buscando algo.

Marco aferró la empuñadura de su espada.

Un chorro caliente cayó sobre él y le

empapó el cabello. Oyó un ahogado suspiro de satisfacción. Tuvo que permanecer oculto en la oscuridad hasta que el cántabro terminó de orinar sobre él y se dio la vuelta.

Aguardaron hasta que dejaron de oír sus pisadas y solo entonces continuaron trepando. Al llegar al borde, desenfundó su espada lentamente, tratando de evitar el clásico siseo de la hoja al ser extraída. Le temblaban las piernas, y no a causa del frío. Si se habían equivocado y el grueso de los guerreros no había abandonado aquel lugar, estarían muertos.

El recinto de planta elíptica estaba

formado por una sólida empalizada de troncos que rodeaban la enorme vivienda rectangular de paredes de zarzo y un par de chozas auxiliares: una modesta forja, a juzgar por la ennegrecida abertura entre la paja de la techumbre; la otra tal vez fuera un corral. En la cara interna del muro, habían construido un porche que hacía las veces de establo, con tabiques de ramas de avellano trenzadas como una cesta de mimbre. Por encima de la puerta de entrada, en una austera torre de madera, un solitario vigía permanecía apoyado sobre su lanza.

Al parecer, no se habían

equivocado: la mayor parte había abandonado aquella pequeña fortaleza y la habían dejado prácticamente desierta. El opción se señaló a sí mismo con el índice y a continuación apuntó hacia algún lugar a su derecha. Marco asintió, le hizo un gesto en dirección contraria y ambos se separaron para reconocer la construcción por ambos lados. Caminó lentamente, tratando de ocultarse bajo la sombra del pórtico. La luna ya no se encontraba en lo alto y su luz no lograba iluminar todo el patio, aunque la proximidad a los animales atados al pesebre podría hacer que algún relincho alertara al centinela. Transcurrido un

largo rato, se encontró de nuevo con el opción, que había rodeado la casa por el lado opuesto. Su compañero le mostró la hoja de su espada, ensangrentada, y señaló hacia atrás con un cabeceo.

Si descubrían el cadáver, todo se complicaría.

El opción descolgó el rollo de cuerda que llevaba en bandolera y ató uno de sus extremos en una viga del porche. Él tomó la punta y se dirigió hacia la puerta de la cabaña, que arrojaba un haz de luz ambarina sobre el suelo. La pasó por ambos goznes e hizo un fuerte nudo. Entre las gruesas tablas de roble, labradas con una maraña de

líneas entrelazadas, se filtraba el fluctuante resplandor de una hoguera. Movido por una insana curiosidad, aproximó su rostro a la hendidura para atisbar el interior: en la pared opuesta, una colección de cráneos formaba una macabra mampostería; no le fue difícil descubrir entre ellos el rostro de Licinio Varrón. El hedor de la carne corrompida solo era mitigado por unos pequeños braseros que había a sus pies. Marco se alejó de la entrada, temiendo que le descubrieran. Se arrodilló en un oscuro rincón y tomó la bolsa de cuero que colgaba de su cintura. Extrajo el encendedor y el pedernal, para frotar



enérgicamente uno contra el otro.

En condiciones normales, algo tan sencillo como encender un fuego habría resultado trivial. Sin embargo, aterido por el gélido viento, su pulso temblaba como una rama mecida por el viento. Tuvo que cerrar los ojos e inspirar para relajarse, antes de intentarlo de nuevo.

Finalmente, las chispas prendieron la yesca. Depositó unas briznas de heno sobre ella y comenzó a soplar con delicadeza, hasta que una pequeña estela de humo blanquecino surgió de entre las palmas de sus manos, iluminadas por su débil resplandor. No le costó demasiado improvisar una antorcha, empapándola

en la resina que llevaba.

Cruzó el patio corriendo, tratando de que no le vieran, aunque la luz que irradiaba su tea se reflejaba en todas partes. Por un momento, el centinela de la torre pareció dudar, tal vez al considerar la posibilidad de que se trataba de algún compañero. Sin embargo, cuando el borde inferior de la techumbre de la cabaña comenzó a arder, descolgó apresuradamente una trompa de bronce y la hizo sonar con todas sus fuerzas.

Marco se topó de bruces con un cántabro que esgrimía un hacha de guerra. Descargó un tajo directo a su

cabeza, pero él se hizo a un lado. La inercia le venció, y la hoja estuvo a punto de clavarse en el suelo. Cuando quiso alzarla de nuevo, el mensur le hundió su espada bajo el diafragma. Su aullido desgarró la noche. Desde el interior de la construcción de madera y barro, se oyeron nuevas voces de alarma.

Confiaba en que al resto le fueran mejor las cosas.

En su campamento, los sármatas aguardaban en silencio; solo se oía el tintineo de las armas y el resoplido de

los caballos por encima del crepitar del fuego. Sin duda, todos esperaban que dijera algo.

Quinto exhaló todo el aire que retenía.

—Arifarnes, ¿puedes traducir mis palabras?

El bárbaro asintió. Su melena se agitó sobre el alargado cráneo. Forrado de escamas de hierro de pies a cabeza, junto a un caballo igualmente acorazado, parecía un monstruo mitológico. Permanecía apoyado sobre una lanza larguísima, de casi quince pies, que debía sujetar con ambas manos. Llamada *contus*, había dado nombre a un nuevo

tipo de combatiente que algunos, a causa de su pesada armadura, también llamaban «catafracto». Esta caballería, formada por la reducida élite que podía costearse aquella pesada panoplia, buscaría el choque frontal contra su enemigo, el último recurso en caso de que las cosas se torcieran.

El centurión dio dos pasos al frente y se plantó junto a la hoguera. Por un momento, su vista deambuló a lo largo de una pared de rostros ceñudos.

—Todos estamos lejos del hogar. Todos nos hemos visto obligados a venir hasta aquí. Todos tenemos miedo. Hemos reclamado esta montaña. Se ha

convertido en nuestro baluarte, en una pequeña porción de nuestro hogar, aquí, en tierra extraña. Un lugar en el que descansar, un sitio donde refugiarse. Al igual que las murallas de nuestra ciudad, o un simple círculo de carros en las praderas, sus defensas son ahora sagradas.

»No importa cómo hemos llegado hasta aquí. Lo que define a un hombre no son las circunstancias en las que se ve inmerso, sino su modo de enfrentarse a la adversidad. Nuestro valor, nuestras armas y el respeto de nuestros camaradas es todo lo que ahora nos queda. Es nuestro mayor orgullo, lo que

realmente nos hace ser lo que somos. Jamás nadie podrá despojarnos de ello.

»Tememos a lo desconocido. A lo impredecible. A todo lo que escapa a nuestro control. A un enemigo más numeroso de lo esperado. A que nuestro compañero no esté a nuestro lado cuando más lo necesitamos.

»Pero ya no hay marcha atrás. No existe otro lugar adonde ir. Nadie nos abandonará a nuestra suerte, porque a todos nos resulta imposible la huida. Esta noche solo existirá un "nosotros" y un "ellos".

Sus hombres se observaron los unos a los otros, antes de asentir en silencio.

—Hogar. Libertad. Confianza —  
concluyó, alzando la voz—. Todos  
somos guerreros. Cualquier lugar donde  
tengamos que dormir juntos, se  
convertirá en nuestro hogar. Siempre que  
podamos empuñar nuestras armas,  
seremos libres. Todo aquel que se  
encuentre a nuestro lado a la hora de  
luchar o morir, será nuestro hermano de  
sangre.

Tras decir aquello, se dirigió hacia  
el extremo de una plataforma rocosa  
orientada hacia el oeste. Al acuclillarse  
para escrutar el castro enemigo, oyó  
unos pasos tras él.

—Ha sido inspirador —murmuró



Niñato, antes de sentarse a su lado.

Quinto le dedicó un gesto confiado y se quedó observando a los sármatas.

«Ahora esperemos que a estos malnacidos no les dé por dejarnos tirados.»

En ese momento, uno de los vigías les hizo un gesto y se arrastraron entre los matorrales para situarse junto a él. Se decía que los hombres de ojos claros podían ver en la oscuridad mucho mejor que el resto, y debía de ser cierto. Por un momento, Quinto no acertó a distinguir nada en la dirección que le señalaba, aunque un movimiento casi imperceptible cien pasos ladera abajo le

alertó. Entonces intuyó unas formas que se movían entre los brezos.

Hizo una seña a Arifarnes y, uno tras otro, sus hombres fueron retransmitiendo la señal, mientras se preparaban para la batalla. Los sármatas montaron las cuerdas de sus arcos. Una sucesión de crujidos de madera al entrar en tensión resonó en la cumbre.

Fingiendo estar dormidos, todos permanecían sentados, en silencio, ocultos en la oscuridad, con los caballos ensillados y las armas dispuestas. Los auxiliares colocaron una flecha en sus arcos, a la espera. Sin embargo, durante un largo rato, sus enemigos

permanecieron inmóviles, sin avanzar.

«Algo va mal.»

En ese instante, hubo un destello a su izquierda, colina abajo, y más tarde otro. Y otro más, en esta ocasión un poco más a la derecha. Al parecer, encendían antorchas, y sin duda no era para iluminarse.

Habían prendido fuego a los brezos. Avivada por el viento sur, una lengua de fuego comenzó a ascender hacia la cumbre. El humo los iba envolviendo y hacía el aire irrespirable. Afortunadamente, ya estaban dispuestos para la lucha; si hubieran dejado una guardia, no habrían tenido tiempo de

reaccionar. Ahora la luz que desprendía el incendio haría más fácil emplear sus arcos.

—¡Hay que ponerse en marcha! — aulló el centurión.

Los sármatas saltaron sobre sus caballos para descender por la ladera norte. Por aquella vertiente, a resguardo del viento, el incendio apenas se había propagado. Descendieron al galope por la senda, procurando que sus monturas no se despeñaran, hasta desplegarse en el valle, en persecución de los montañeses que corrían por la explanada.

Entonces, ochenta jinetes cántabros

abandonaron el refugio del bosque.

Cabalgando al galope, los sármatas formaban una sombra alargada, oscura, como una serpiente negra que descendiera por la ladera de una montaña. El estandarte con forma de dragón ondeaba en vanguardia, su cabeza de bronce con las fauces abiertas brillaba bajo la pálida luz de la luna y su cuerpo rojo serpenteaba por encima de sus cabezas, como si un espíritu nocturno los acompañara al dirigirse hacia la formación enemiga.

Resonó un cuerno de guerra. La

mayor parte de los jinetes giró a la izquierda, en busca del enemigo, mientras la caballería pesada formaba una línea para actuar como reserva. Fue como contemplar el combate entre dos dragones, enroscándose uno frente al otro entre un estruendo sordo y continuo, como la crecida de un río. Conduciendo a sus monturas con las rodillas, los sármatas arrojaron sus flechas con una enorme celeridad. No era una cuestión de puntería; importaba más la disciplina. Primero, Arifarnes lanzaba una flecha de plumas encarnadas. Él decidía el alcance, la dirección y el momento del disparo. El resto le imitaba, y sus

proyectiles describían una parábola antes de caer como una plaga de langostas sobre el punto elegido.

Cuando ambas formaciones estaban a punto de colisionar, los sármatas giraron en redondo y comenzaron a disparar hacia atrás, por encima de la grupa. El tiro parto se enfrentó al círculo cántabro: con un arco de sesenta libras, los proyectiles sármatas llegaban mucho más lejos que aquellos dardos solo propulsados por la fuerza del brazo. Los nómadas se mantuvieron fuera del alcance de sus enemigos, sin dejar de disparar ni un instante. El centurión recordó que los hispanos consideraban

el arco un arma innoble, propia de cobardes, pero ahora eso no les servía de nada. A pesar de desconocer aquel tipo de lucha, fue capaz de reconocer la pericia de sus auxiliares.

Sorprendidos ante el enorme alcance de los arcos orientales, los cántabros trataron de aproximarse a ellos, y entonces las flechas de los nómadas dejaron de describir una parábola para pasar a tiro tenso. Mantuvieron la distancia, sin dejar de cabalgar. Como eran más, los hispanos trataron de rodearlos, pero ellos hicieron un ágil quiebro. De nuevo, intentaron arrinconarlos contra el bosque. Los



eludieron de nuevo, sin dejar de disparar. Era como ver a un niño intentando atrapar un pez en el interior de una charca. A cada instante que transcurría, un montañés caía al suelo. La lucha era feroz, aunque desigual; las flechas atravesaban la oscuridad y llevaban consigo una muerte silenciosa.

Quinto se dio cuenta que Corocuta no estaba forzando a sus monturas. No se empleaban a fondo: sabía que aquellas flechas no durarían para siempre y que, al contrario que las jabalinas, no podían recogerse del suelo para ser arrojadas de nuevo. Tarde o temprano, los caballos estarían

agotados: aquel juego no iba a ser eterno y el desenlace se decidiría mediante una carga frontal. El desafío consistía en saber cómo se encontrarían ambos cuando ese momento llegara. Soportar el castigo de los proyectiles sármatas podría debilitarlos, pero agotar prematuramente a sus monturas podría resultar igual de fatal.

Atrapados en el interior de la construcción en llamas, los montañeses tiraron de las puertas, tratando de abrirlas, pero la cuerda atada a los goznes se lo impidió. Marco y el opción

arrastraron un carro cargado de heno para obstruirla, mientras oían más gritos. Desde dentro, comenzaron a golpearla con algo pesado, hasta hacer crujir la sólida tablazón de roble. El optión apoyó la espalda sobre el carro y los músculos de sus piernas se tensaron para evitar que consiguieran moverlo.

Una lanza atravesó el heno a dos palmos de su cabeza. La madera se había astillado y, desde el interior, los cántabros lanzaban estocadas casi a ciegas. Los legionarios desenfundaron sus *gladii*. La puerta se vino abajo. Un cántabro enorme apareció de entre el heno. El optión segó su pierna izquierda.

El hombre cayó al suelo, con el miembro amputado. Un nuevo licántropo apareció de la hierba, que ahora comenzaba a arder. Marco le lanzó una estocada y su hoja se hundió en el vientre.

Los hispanos introdujeron un poste bajo el carro e hicieron palanca hasta tumbarlo. Tuvieron que hacerse a un lado para que no le aplastase; dos nuevos enemigos aparecieron en el umbral. El opción les hizo retroceder con un tajo y, dando una zancada, atravesó la garganta al más corpulento. El otro trató de apuñalarlo. Con la mano izquierda, logró inmovilizar su

antebrazo; él también hizo lo mismo y, por un momento, ambos forcejearon bajo el dintel. Una punta de una lanza se clavó en su pierna. Sintió otra oleada de dolor cuando el licántropo le mordió en el hombro. Lo contrarrestó con un rodillazo en el costado.

Marco desenfundó su puñal con la zurda mientras se dirigía hacia la puerta. Otro cántabro se abalanzó sobre él, esgrimiendo una espada. Vio descender un tajo en diagonal. No, era una finta. La detuvo con el primer tercio de su hoja y respondió con una estocada. Él dio dos pasos atrás. En la oscuridad, cualquier error sería fatal.

Afuera, más allá de la empalizada, un grupo de jinetes regresaba.

—¡Hay que cerrar la puerta! —gritó.

—¡Yo me encargo! —respondió el  
optión.

Al igual que en Alesia, iban a luchar en dos frentes, hacia el interior y hacia el exterior. Su camarada atravesó el patio, mientras él, aprovechando la estrechez de la entrada a la cabaña, continuó acuchillando. No había marcha atrás; si intentaban huir, los apuñalarían por la espalda.

Intuyó un nuevo ataque, de nuevo a la cabeza. Consiguió detenerlo con su espada y empleó el puñal para herirle en

el antebrazo. Aquello bastó para abrirse paso hasta su pecho de una estocada. Al parecer era el último. Ahora debía ayudar a su camarada.

Al girarse, descubrió que se habían abierto las puertas del Tártaro. La cabaña ardía por los cuatro costados e iluminaba todo el recinto con su resplandor. El incendio había llegado al establo. Las bestias relinchaban aterrorizadas, atrapadas en los rediles.

En la explanada, el choque entre las dos caballerías parecía inminente.

Los contubernales se mantenían en

reserva, junto a los catafractos. Sus caballos resoplaban nerviosos, aunque sin levantar los cascos del suelo. Un denso aliento se escapaba de su hocico y formaba una nube de vapor en el frío aire de la noche. Quinto se dio cuenta de que incluso ellos sabían lo que se avecinaba.

Entonces vio el resplandor procedente de la cumbre. Sintió que se le aceleraba el corazón: al parecer, sus compañeros habían tenido éxito. Al descubrir que el castro se incendiaba, el estandarte enemigo se agitó frenéticamente y una trompa de guerra resonó con fuerza: Corocuta había



ordenado a sus hombres que se retiraran.

Los sármatas los persiguieron. A medida que el fuego se propagaba por la construcción de madera y paja, su resplandor fue iluminando la explanada, haciendo que les resultase más fácil apuntar. Una parte de los jinetes ascendieron por la senda que atravesaba el bosque y llegaron a la fortificación en llamas. Sin embargo, el resto de ellos descabalgaron para cerrar el camino y formaron un muro con sus escudos, soportando la continua lluvia de saetas, convertidos en erizos.

Quinto supo que había llegado el momento.

—¡Aún no, es demasiado pronto! —  
gritó Annio.

O tal vez no. Efectivamente, si pronunciaba la orden antes de que los arqueros hubieran debilitado lo suficiente a su enemigo, se arriesgaba a que la carga no tuviera éxito. No obstante, tampoco sabía qué había sido de Marco y el optión, ni dónde se encontraba el líder insurgente. Si no actuaban con premura, podría huir.

Por un instante, dudó: si se equivocaba, la misión habría fracasado. De repente fue consciente de que no solo había perdido la confianza de sus hombres, sino también en sí mismo. Una

vez más, de su decisión dependía la vida de todos y se maldijo para sus adentros.

—¡Ahora! —rugió.

Arifarnes escuchó la orden. A una señal suya, una veintena de jinetes acorazados se adelantaron para formar una línea en la explanada. Con un salvaje aullido, los catafractos cargaron contra su enemigo. Por encima de sus cabezas, el estandarte serpentiforme comenzó a flamear, a medida que el viento se introducía en sus fauces. Formaban en cuña, apiñados, con los costados de sus monturas cubiertas de hierro casi tocándose y sus largas lanzas se abatieron para apuntar directamente a

los hispanos, dispuestos a aplastarlos.

Al verlos caer sobre ellos, los cántabros clavaron el regatón de sus lanzas en tierra, con la otra punta dirigida hacia los jinetes. La primera fila solapó escudos, como las escamas de un pez, cada uno sustentado en el de la derecha, y este, a su vez, en el siguiente. La segunda fila se apoyó en sus espaldas, para reforzar el empuje. Un grito surgió de entre ellos: era la primera estrofa de una canción de guerra. Al igual que una *mora* espartana, aquellos bárbaros entonaban el peán.

Las dos formaciones colisionaron. Un salvaje estruendo acompañado de un

entrechocar metálico resonó como una avalancha de rocas rodando por la ladera de una montaña. Una docena de montañeses salieron proyectados hacia atrás. Otros cayeron ensartados en las lanzas. El fresno se astilló contra el tilo. Varios caballos rodaron por el suelo. Se oyeron unos demenciales relinchos de dolor. Derribaron algunos catafractos que acabaron acuchillados en el suelo.

La falange cántabra se había hecho pedazos.

—Al fin lucharemos al modo romano —exclamó Annio, desmontando del caballo.

Dispuestos a defender a su líder

hasta la muerte, los *devoti* se reagruparon entre los cadáveres de sus compañeros, que aún aferraban sus armas. Quinto decidió poner a prueba su escaso entrenamiento ecuestre. Lanzó un tajo horizontal, buscando la cabeza de un hispano. Pero hacía años que no combatía a caballo y perdió el equilibrio. La hoja pasó por encima de su cabeza y a punto estuvo de herir a su propia montura.

Maldiciéndose para sus adentros, a duras penas logró levantarse. Armado con una larga espada y un escudo oval, un licántropo se disponía a asestarle un golpe mortal cuando una flecha atravesó

su garganta. Al girarse, el centurión descubrió a una mujer galopando con un arco en la mano.

Marco encontró al opción tendido en el suelo, frente a la puerta que había defendido. En su pecho, había una hendidura de casi un palmo por la que manaba a borbotones un líquido oscuro que creó un charco en torno a él. Pudo contar al menos una decena de heridas en su cuerpo desnudo: superviviente de un centenar de batallas, había caído allí mismo, cosido a puñaladas, sin ceder un palmo de terreno. Aquella había sido su

última misión, tras veinte años de campañas. En algún archivo, una fértil parcela en las proximidades de Emerita Augusta llevaría su nombre, pero jamás podría reclamarla.

Ante él, en el umbral, una corpulenta figura le observaba fijamente, recortada sobre aquel demencial escenario. Él también había desenfundado su puñal y esgrimía un arma en cada mano.

—Sabía yo que volveríamos a vernos, Marco Vitruvio Rufiano.

Por encima del crepitar de la madera y el rugido de las llamas, su voz resultaba inconfundible.

El enorme bárbaro dirigió una



mirada hacia atrás: sus *devoti* defendían el camino. A continuación, hizo lo mismo hacia el lado opuesto, en dirección a la cabaña. Marco se dio cuenta de que buscaba algo. Tal vez su maldita plata, necesaria para continuar con aquella guerra.

Pero él no estaba dispuesto a dejarle pasar.

Hubo un breve intercambio de golpes, a modo de tanteo. Corocuta era ambidiestro. Podía cerrar con la derecha y responder con la izquierda, o a la inversa, de forma indistinta.

—¿Recuerdas lo que dije? —le preguntó el montañés—. El valor solo lo

demuestra alguien anónimo haciendo lo que debe hacer a pesar de tener otra elección a su alcance. Por eso, no me dejarás pasar, ¿verdad? Tendré que matarte.

Marco miró hacia atrás. Si huía, nadie lo sabría jamás, y si moría con honor, tampoco. Una vez más, se habían abierto las puertas del Tártaro. Un lugar donde no existen leyes ni órdenes, donde la civilización se desvanece y los únicos límites los impone uno mismo.

Vio un hueco en su guardia y presionó, tratando de robarle la distancia. Él cerró su ataque con la espada y le acuchilló el antebrazo con el

puñal. Se vio obligado a retroceder.

Aquello hirió algo más que su orgullo.

Dio dos pasos a la derecha, para eludir el alcance de su arma principal, pero aquella hoja afilada no dejó de apuntarle. Con un movimiento ascendente, golpeó plano contra plano, haciéndola a un lado. Tras ganarle el interior, buscó su cabeza. El bárbaro corrigió su posición, detuvo el ataque y segó con el cuchillo. Marco logró anular ambas armas y lanzó una patada de *pankration* a su pierna adelantada: se sabía capaz de romper un poste de aquel modo.

Fue como golpear una pared.

Corocuta cargó con su hombro y le hizo salir despedido hacia atrás. A punto estuvo de caer al suelo. Decidió permanecer fuera de distancia, buscando algún fallo en su guardia.

El hispano casi le sacaba una cabeza. Aquel hombre era una enorme mole de músculos. Le superaba en fuerza y resistencia, su alcance era mayor y su control de la distancia era extraordinario. Con una espada y el brazo más largos, podía atacarle desde fuera de su alcance y elegir mejor el blanco. Sus tajos llegaban a él como meteoros caídos del cielo. Si intentaba

hurtarle la distancia, era literalmente arrollado.

Más alto y corpulento que la media, Marco había adaptado su forma de combatir a su físico, a su propia mentalidad. Pero ahora, frente a aquel gigantesco bárbaro, no le servía de nada. A su alrededor, las llamas ganaban altura y su calor se volvía insoportable. Los ojos le escocían a causa del humo; todo se volvía confuso y le resultaba difícil respirar.

Por primera vez en años, no sabía qué hacer. Sabía que cuando alguien ha llegado a ese punto, sus acciones dejan de tener un sentido táctico y se vuelven

aleatorias: allá donde la lógica no alcanza, se apela a la suerte. Tuvo que esforzarse para no caer en esa trampa.

Sin embargo, había algo más importante: tenía miedo. Descubrir a su maestro de armas moribundo a los pies de aquel bárbaro había minado toda su confianza. El opción era más fuerte y duro de lo que él lo sería jamás, y poseía una técnica inigualable. ¿Qué podía hacer él ante alguien que le había vencido?

Al combatir, existe una delicada balanza que en todo momento ha mantenerse en su centro. Sobrestimar tu capacidad, conduce a la temeridad.

Perder la confianza en ti mismo, lleva a la desesperación. Ahora ese delicado equilibrio se había desplazado hacia un lado. Su moral se estaba viniendo abajo.

Miedo y desesperación. Trató de recordar la última vez que había sentido aquello. Trató de recordar qué fue lo que le había permitido sobrevivir. Al hacerlo, se vio a sí mismo en un oscuro callejón de la Suburra.

La respuesta se encontraba ante él.

Caminó formando un círculo en torno al cántabro. Él supuso que pretendía buscarle el flanco, así que corrigió su posición sin apenas moverse. Pero Marco continuó avanzando y se

situó de espaldas a la cabaña en llamas, hasta que el inmenso calor que desprendía comenzó a abrasarle los hombros. Tuvo que esforzarse por aguantar allí de pie, olvidando el lacerante dolor y las ampollas que se formaban en su piel, mientras el calzón humeaba.

Ahora se encontraba literalmente entre la espada y la pared; una pared de fuego, sin ninguna escapatoria posible. Solo le quedaba matar a su enemigo. Aunque, por primera vez, tenía algo a su favor: podía verle con claridad, pues ahora la luz le daba de frente, mientras que él mismo se había convertido en una



figura a contraluz.

Dio dos pasos al frente. Había vuelto a ser aquel muchacho de la Suburra, la avispa que eludía cualquier choque frontal y cuya arma era la rapidez. Cuando intuyó un tajo dirigido a su cabeza, recordó las palabras del gladiador ilirio: «Si actúas demasiado pronto, tu enemigo podrá modificar su intención. Si lo haces demasiado tarde, no lograrás tu objetivo. Entre ambos momentos existe un punto en el cual tu adversario ya no puede corregir la trayectoria de su arma y en el que tú aún tienes tiempo para realizar tu acción, si la has elegido bien. Para saber cuándo

ha llegado ese instante, has de contar con un extraordinario sentido del tiempo y, sobre todo, con una enorme sangre fría».

Marco aguardó hasta que llegó ese preciso instante.

Súbitamente, se hizo a la izquierda. Extendió el brazo con un fuerte giro de muñeca y lanzó un fulminante ataque hacia la mano adelantada del bárbaro. Fue como un latigazo, a medio camino entre el tajo y la estocada. Un truco sucio. Algo que, en otras circunstancias, el cántabro habría intuido. Pero no a oscuras.

Convertido en una sombra, había

logrado ocultar su intención. El primer tercio de su hoja se hundió en la carne y seccionó varias falanges. El montañés esbozó una mueca de dolor. Cuando trató de iniciar la siguiente acción, ya era demasiado tarde: sujetando la espada con ambas manos, Marco descargó un fuerte tajo descendente que le alcanzó de lleno en el hombro.

Corocuta cayó de rodillas sobre el suelo. Al toser, un esputo escarlata salpicó su calzón. El corte le había seccionado la parte superior del pecho dejando sus entrañas al descubierto. Ahora era la viva imagen de la derrota: la sangre fluía de entre sus labios y

empapaba su barba oscura. Bajo la oscilante luz del incendio, las cuencas de sus ojos se habían convertido en dos pozos sin fondo.

Marco depositó la punta de su arma en el hueco de su clavícula. Corocuta, con su mano izquierda, aferró la hoja afilada hasta inmovilizarla.

—No —masculló—. Hazlo con esta.

Le entregó su propia espada, en el mismo instante en el que un destello asomaba con timidez entre las montañas. Momentos después, el sol inundó el bosque con una marea de luz anaranjada; las cumbres adquirieron un tono dorado a su paso, contrastando con el añil del

cielo, aún salpicado de estrellas. El tórrido aire que los envolvía hacía que aquel paisaje se volviera borroso, irreal, como si se tratara de un sueño.

—Es hermosa, ¿verdad? —dijo el cántabro.

Marco dejó caer el peso de su cuerpo y la hoja que se adentró limpiamente en el pecho quedó atrapada en él.

Caminó en silencio, más allá de la puerta de la empalizada: fuera, la batalla estaba sentenciada. Los licántropos continuaban luchando, espalda contra espalda, rodeados; los sármatas habían descabalgado para ayudar a los

legionarios a acabar con ellos. Se giró, para observar por última vez a su enemigo. Devorado por las llamas, el castro se había convertido en su pira funeraria. Cuando sus murallas se vinieron abajo con un estruendo, formaron el túmulo.

Todo había terminado. Finalmente, la paz romana había llegado a aquella tierra. Con aquel hombre había muerto toda una era. A partir de entonces, cualquier intento por cambiar aquello no sería más que un triste epílogo.

Cerró los ojos, exhausto. Al hacerlo, sintió el escozor de las llagas en su piel y la sangre manando por sus heridas.

Durante un rato, permaneció de pie, inmóvil. Cuando los abrió de nuevo empezó a descender por el camino para reunirse con sus compañeros, dispuesto a cruzar de nuevo el Estigia.

# Apuntes históricos

«Las biografías son enemigas de la historia. Tienden a la fábula y la leyenda, y exaltan al individuo, a expensas de la historia social y de los grandes acontecimientos y fuerzas de poder en el mundo.» He elegido estas palabras de Ronald Syme, autor del que sin duda es el más lúcido ensayo sobre el periodo augústeo, para empezar estas páginas que pretenden matizar algunos aspectos de la novela, que intenta retratar un momento trascendental en la historia europea, pero que al mismo tiempo desea ser un lienzo sobre el que



plasmar una serie de reflexiones personales acerca de cuestiones desgraciadamente siempre tan actuales como son la guerra, los límites de la libertad y, en general, el uso de la violencia.

Al igual que la literatura de viajes hace posible que conozcamos países que jamás hemos visitado, muchos lectores buscan en la novela histórica una ventana que les permita conocer otra época. Sin embargo, en un relato de estas características siempre resulta fácil que la historia «con mayúsculas» entre en conflicto con la historia «con minúsculas», es decir, la propia

narración. No es fácil encontrar personas reales que respondan a un arquetipo, o unos hechos que se ajusten bien a un paradigma argumental, y de ahí que muchas veces se falseen. Por ese motivo, he preferido recurrir a unos personajes ficticios y anónimos, antes que verme obligado a malear excesivamente la realidad en función de mis intereses como narrador. A pesar de no renunciar a describir grandes acontecimientos políticos y militares, o ahondar en cuestiones económicas y sociales, tomando prestadas las palabras de Albert Camus, no me interesan tanto los personajes ilustres que hicieron la

historia como aquellos que la padecieron. Creo que esto constituye la misma esencia de la novela, y de ahí las citas de Aristóteles y Tolstói que dieron comienzo a este libro.

El relato de ficción que tiene en las manos es el fruto de una larga y minuciosa labor de documentación; en ocasiones resulta evidente, aunque otras veces no tanto. Mi interés en ella ha sido lograr una recreación vívida, honesta y detallista de este periodo en concreto, sin caer en innecesarios alardes eruditos. Algunos sencillos párrafos solo pudieron ser redactados tras la lectura de extensas monografías en

castellano e inglés, o de visitar varias localizaciones y yacimientos arqueológicos. Otras investigaciones no se plasman de forma expresa en el texto, pero quedan reflejadas en las situaciones, la mentalidad de los personajes y en la misma dinámica social: Hemingway ya comparó este trabajo con la punta de un iceberg.

No obstante, a pesar de que no haya nada en *Pax romana* que contradiga abiertamente las fuentes textuales, eso no significa que los acontecimientos sucedieran realmente tal y como los describo. En mi reconstrucción de las guerras cántabras se mezclan hechos

históricos demostrados, hipótesis razonables y episodios completamente ficticios. Por otra parte, está claro que un relato de ficción no admite debates de tipo historiográfico y que recrear una sociedad de la Edad del Hierro siempre obliga a hacer suposiciones, allá donde existen lagunas, para lo cual he recurrido a la antropología. Dado que al lector no especializado le resultará imposible distinguir entre todo ello, me gustaría realizar algunas precisiones.

Tito Livio, historiador afín al régimen augústeo, dedicó a las guerras cántabras el libro 135 de su monumental *Ab urbe condita*, y estas también

parecen haber tenido una gran importancia en la autobiografía que escribió el propio Augusto. Sin embargo, dado que estas dos obras no han llegado hasta nuestros días, para conocerlas bien dependemos de otras de carácter general escritas por Lucio Anneo Floro, Paulo Orosio y Dion Casio, que lógicamente no abordan los hechos de forma extensa. Por ese motivo, desde el siglo XVI, la reconstrucción del transcurso de esta guerra se había basado exclusivamente en la identificación, gracias a la toponimia moderna, de una serie de emplazamientos citados por estos

historiadores grecorromanos. La pluralidad de los nombres que presentan las distintas versiones de los códices medievales, a causa de las corrupciones producidas por los copistas, facilitó la proliferación de infinidad de teorías que mostraban versiones muy distintas de los acontecimientos y, sobre todo, de su marco geográfico.

Las tesis vasco-cántabras, que identificaban a la antigua Cantabria con el actual País Vasco, generaron una agria polémica que enfrentó a eruditos montañeses con otros guipuzcoanos y vizcaínos, que perduraron hasta que esta corriente asociada al fuerismo fue

definitivamente descabezada por Enrique Flórez en su obra *La Cantabria* publicada en 1768, no sin antes haber dejado una profunda huella. Ya en el siglo XX, una serie de historiadores, desde Adolf Shulten, Ronald Syme, José María Solana Sáinz o Eutimio Martino desarrollaron otras nuevas que, a pesar de sus innegables aportaciones, de nuevo incidían en identificaciones toponímicas sin ningún respaldo arqueológico, o que resultaban muy discutibles. En ocasiones, obligó a alterar el orden cronológico de los hechos, a sugerir movimientos de tropas sin ningún sentido geoestratégico o a



toda clase de reinterpretaciones encaminadas a que las hipótesis cuadraran. De este modo, si Floro nos dice textualmente que «primero se luchó contra los cántabros bajo las murallas de Bergida», y ese emplazamiento se situaba en el Bierzo, hubo que reinventar los conceptos de «cántabro» y «Cantabria» para explicar el contrasentido.

Esta pléyade de teorías permitía tomar lo que más interesase de cada una de ellas, y la misma parquedad de las fuentes sirvió de catalizadora a la fantasía: allá donde la realidad histórica no nos satisface, se apela a la ficción.

Estas localizaciones, desperdigadas entre Galicia y Navarra, fueron elegidas a conveniencia para trasladar hasta la casa de cual las heroicas hazañas del indómito pueblo que se enfrentó al poder de Roma. Desde el siglo XIX, se han publicado infinidad de novelas acerca de las guerras cántabras, en ocasiones al servicio del chovinismo o de intereses ideológicos. El filólogo Jon Juaristi y el antropólogo Juan Aranzadi trataron ampliamente el caso vasco, aunque también podría decirse mucho acerca de otros.

Hemos llegado al siglo XXI sin que las cosas varíen demasiado, aunque

tampoco han faltado las obras de ficción que tratan de convencernos de la conveniencia de aceptar una cultura superior, moderna e integradora. En España, la conquista romana parece haberse convertido en una especie de paradigma de la lucha entre centralismo y las distintas identidades «periféricas», y minimizar la entidad del *bellum cantabricum* se diría que es una especie de imperativo ideológico para ciertas personas e instituciones, que obvian una realidad histórica y arqueológica que prueba un conflicto bélico de incuestionables dimensiones.

Se ha vertido, en definitiva, una

ingente cantidad de tinta acerca de este tema; sin embargo, tengo la sensación de que los relatos de ficción lo único que han hecho es generar aún más confusión entre la ciudadanía. Por ello, a pesar de que *Pax romana* no pretende ser «otra novela sobre las guerras cántabras», sino que estas sólo constituyen un marco donde se desarrolla una parte de «mi historia», intentaré exponer cuál es mi interpretación sobre su transcurso, comenzando por lo que se puede sacar en claro de las fuentes textuales: Lucio Anneo Floro, Paulo Orosio y Dion Casio, además del libro tercero de la *Geografía* de Estrabón, y de la *Vida de*

*los doce césares*, de Cayo Suetonio Tranquilo.

Floro y Orosio presentan tantos paralelismos que casi pueden considerarse como una fuente única, y en general citan una serie de localizaciones sin precisar una cronología, mientras que la obra de Dion está estructurada en función de los años y obvia topónimos. No obstante, si se relacionan los hechos que ambos describen es posible establecer tres fases bien diferenciadas. Inicialmente, una serie de conflictos desarrollados entre los años 29 y 27 a.

C., primero contra los últimos vacceos, apoyados por astures y cántabros, y más tarde para poner freno al expansionismo cántabro sobre sus vecinos meseteños. A partir de entonces, estos dos pueblos serían los únicos protagonistas: en ningún momento se hace mención a los galaicos en esta guerra. Orosio, que escribe a principios del siglo V a. C., habla de «las partes ulteriores de Gallaecia», pero se está refiriendo a la provincia tardorromana homónima, y de hecho comienza su relato señalando que cántabros y astures formaban parte de ella.

A continuación, se desarrollarían las

invasiones de Cantabria y Asturias propiamente dichas. Gracias a la epigrafía y la numismática, sabemos de la presencia de al menos ocho legiones: la Legio I Augusta, Legio II Augusta, Legio IV Macedónica, Legio V Alaudae, Legio VI Vitrix, Legio IX Hispana, Legio X Gemina y Legio XX Valeria Victrix. Hasta la conquista de Dacia emprendida por Trajano más de un siglo después, no se volvería a movilizar un contingente de esas dimensiones.

En el año 26 a. C., desde su base en Segisama, Augusto trató de abrirse paso en tres columnas hacia el territorio cántabro, lo que sugiere que en ese

momento contaba con tres legiones, el mismo número que Carisio había desplegado a lo largo del Esla para controlar a los astures. Este triple avance ya había sido empleado contra otros pueblos que habitaban un territorio boscoso, tal y como hizo César en el año 53 a. C. al adentrarse en el territorio de los eburones en las Ardenas. Sin embargo, parece ser que la maniobra de Augusto no tuvo éxito y su ejército fue incapaz de progresar. Por ello, ordenó que una flota desembarcase a la IX Legión desde Aquitana para tomar al enemigo por la espalda, en una estrategia similar a la que él mismo



había empleado años atrás en Iliria; gravemente enfermo, se retiró a Tarraco. Las fuentes coinciden en que fue Cayo Antistio Veto quien reanudó la campaña al año siguiente. Venció a los cántabros a los pies de un castro que se ha llamado Bergida, Bélgica, Vellica o Attica, según los distintos códices.

Tras esta primera batalla a campo abierto, el ejército cántabro derrotado se refugió en un monte llamado Vindio, que fue asediado hasta que murieron de hambre. Ptolomeo llama Mons Vindius a toda la cordillera Cantábrica, que la mayor parte de los geógrafos antiguos consideraban una prolongación de los

Pirineos paralela a la costa. Sin embargo, aunque muchas veces se ha identificado con los Picos de Europa, más bien deberíamos pensar en alguna montaña situada a menos de una jornada del lugar de la contienda, un lugar que fuera factible de asediar. Tras esto, tuvieron que tomar un castro llamado Aracillum, Aracelum o Racilium, que resistió con fiereza, hasta que finalmente conquistaron las partes próximas al Océano.

Mientras tanto, el legado de la Lusitania, Publio Carisio, había distribuido a su ejército en tres campamentos a lo largo del río Astura

(el Esla). Cuando los astures se disponían a atacarlos simultáneamente, de forma que las tres legiones no pudieran apoyarse entre sí, fueron traicionados por los habitantes de Brigaecium que delataron sus planes. Carisio logró reaccionar a tiempo y solo fue capaz de vencerlos a costa de enormes pérdidas. Los astures se refugiaron en la cercana ciudad de Lancia, donde se reanudó la lucha. A pesar de que los soldados quisieron incendiarla, el legado se lo impidió y tras ello sometieron a otras ciudades.

A partir de entonces, se produjeron una serie de sublevaciones que

comenzaron en el año 24 a.C., cuando un contingente romano fue aniquilado mientras se disponía a recoger un tributo en forma de grano. En el año 22 a.C. parece que en algún lugar de Cantabria tuvo lugar el asedio al Mons Medullius, en torno al cual se montó un colosal sistema de circunvalación de quince millas (23 kilómetros), pero antes de rendirse, los defensores decidieron suicidarse con la espada y el veneno del tejo. Finalmente, en el año 19 a. C., los cántabros vendidos como esclavos asesinaron a sus dueños y, tras regresar su tierra, asaltaron diversas guarniciones romanas y arrebataron a

una legión (seguramente fue a la Legio I) su *aquila* (o estandarte). Por ello esta legión perdió su sobrenombre de la «Augusta». Tuvo que acudir Marco Vipsanio Agripa, quien, tras acometer diversas medidas disciplinarias, realizó una despiadada represión que pondría fin a la guerra.

Una vez establecido el cuándo, aún queda por definir el dónde.

A finales de los noventa, José Luis Ramírez demostró, a partir de contundentes argumentos filológicos, que todas las identificaciones

toponímicas que se habían realizado eran erróneas. Aradillos no procede de Aracillum, sino del diminutivo en plural del participio pasado del verbo «arar». Bergidum Flavium, el antiguo nombre del Bierzo, posee un morfema diferente a Bergida; por su parte, las Médulas no tienen su origen en el Medullius, sino del plural del diminutivo de «meda», término romance que alude a montañas de forma cónica. No obstante, los espectaculares avances arqueológicos, de los que Eduardo Peralta Labrador fue pionero, ahora nos permiten ceñirnos a una realidad física y tangible. Actualmente, gracias a los campamentos

de campaña romanos y a los castros indígenas que conservan huellas del conflicto, es posible reconstruir el avance del ejército que, partiendo de Segisama, remontó el Pisuerga y luego el Camesa para acceder al valle de Campoo y cruzar la cordillera a través de la sierra del Escudo, algo que se expone en la novela gracias al relato del *ballistarius* Manio Decio Násica.

François Didierjean ha hablado de lo que parecen ser las trazas de al menos dos campamentos romanos en las cercanías de Sasamón (Burgos): uno situado en La Veguilla, de forma irregular alargada y de algo más de

nueve hectáreas, y otro en Carrecaastro, de planta rectangular y esquinas redondeadas, de unas seis hectáreas y media. En general, estos campamentos veraniegos de campaña, o *castra aestiva* poseen un perímetro defensivo con planta en naípe formado por una fosa y un terraplén, llamado *agger*, sobre el que se clavaban unas estacas portátiles de doble punta llamadas *pila muralis*.

Desde allí, de las proximidades de la antigua Segisamonem, próxima a Segisama Iulia, Paulo Orosio asegura que partió el ejército que conquistaría Cantabria. A unos treinta kilómetros al norte se encuentra el castro cántabro de



Peña Amaya (Amaya, Burgos), donde se pudo exhumar material militar romano de cronología augusta en las excavaciones dirigidas por Javier Quintana, además de los restos de al menos dos edificios, de los cuales uno parece ser un barracón. A juzgar por las acuñaciones altoimperiales halladas en las intervenciones anteriores, esta guarnición se habría mantenido una vez finalizada la guerra. Próximo a Amaya se encuentra el castro de la Ulaña (Humada, Burgos), una meseta de cinco kilómetros de longitud habitada desde la Primera Edad del Hierro hasta finales del siglo I a.C., donde se ha encontrado

alguna acuñación romana y un proyectil de honda. Ignoramos si tanto Amaya como la Ulaña fueron tomadas al asalto, si su población capituló o, sencillamente, si abandonaron el lugar al considerarlo indefendible, tal y como hicieron los segedenses al comienzo de las guerras celtibéricas.

La primera prueba clara de un enfrentamiento armado se encuentra a quince kilómetros al norte, en el castro de monte Bernorio (Villarén de Valdivia, Palencia) frente al cual Miguel Ángel Fraile descubrió el campamento romano de El Castillejo, excavado por Eduardo Peralta. De planta vagamente

cuadrangular, posee una extensión de dieciocho hectáreas y cuenta con una segunda línea defensiva adaptada a la meseta donde se asienta y que aumenta su superficie hasta algo más de cuarenta hectáreas, lo que lo convierte en el *castra maiora* más grande documentada en nuestra península, con capacidad para tres legiones. Las excavaciones de Peralta hallaron diversos proyectiles de origen romano, monedas, herramientas y las clásicas tachuelas de cáligas que responden a pérdidas casuales y delatan la presencia de legionarios en un yacimiento. A unos siete kilómetros al sureste del Bernorio, este investigador

descubrió el campamento del Alambre, próximo a Fuencaliente de Lucio. Aún sin excavar, cuenta con 7,7 hectáreas y han aparecido en la superficie un pilum y varias puntas de flecha.

Los equipos dirigidos por Jesús F. Torres (Kechu) y Martín Almagro-Gorbea en el propio Bernorio han hallado diverso material militar romano. En su cima de veintiocho hectáreas se ha documentado la destrucción de las estructuras indígenas a través de un incendio, y varias puntas de flechas disparadas desde el exterior, lo que sugiere que el castro se tomó al asalto justo desde el lado sur. La muralla

tradicionalmente identificada con su acrópolis ha resultado ser un *castellum* romano de unas tres hectáreas, construido tras arrasar el poblado, en el que hubo una guarnición rodeada por el clásico conglomerado civil llamado *cannaba*. En un reciente artículo, Jesús F. Torres y Mariano Luis Serna han localizado con una fotografía aérea el enfrentamiento que tuvo lugar en una explanada que se extiende entre el Castillejo y el Bernorio. He considerado, en definitiva, que este colosal conjunto arqueológico se ajusta bien a la descripción que hacen Floro y Orosio del castro a cuyos pies tuvo

lugar la primera batalla contra los cántabros.

A una jornada de marcha hacia el norte se superponen los dos campamentos de La Poza (Campoo de Enmedio, Cantabria), situados a ochocientos metros del castro de Las Rabas. Descubiertos por José Manuel Iglesias y Juan Antonio Muñiz, y más tarde excavados por Juan José Cepeda, ambos poseen planta rectangular, uno de ellos tiene 4,8 hectáreas de extensión y el segundo 6,6, y cuenta con un añadido hacia el sur que lo amplía hasta las 10. Los materiales hallados en este último se corresponden con las campañas de

conquista de Cantabria, mientras que el primero aporta otros datados hacia época tardoaugústea o tiberiana. Ambos controlaban el paso natural al valle de Campoo desde el puerto de Pozazal, mientras que el *castellum* del Pedrón, de planta oval y 0,3 hectáreas, ubicado en una pequeña cima situada 1,5 kilómetros al noroeste del castro de Las Rabas, dominaba el valle.

Miguel Ángel García Guinea y Regino Rincón ya habían documentado un nivel de cenizas en este poblado asociado a su destrucción, y en él se localizó un fragmento de cráneo humano con una perforación frontal, al parecer

causada por un objeto puntiagudo. Más tarde, Fernández Ibáñez publicó un fragmento de placa de cinturón militar romano y un elemento de la vaina de un *gladius*. Por tanto, resulta lógico suponer que una de las legiones que participó en la conquista del Bernorio avanzó hacia el norte hasta construir el campamento de la Poza y más tarde tomó al asalto este otro asentamiento indígena.

Siguiendo hacia el norte, ya en el valle de Campoo, sobre una loma junto a la localidad de La Población (Campoo de Yuso, Cantabria), Manuel García Alonso descubrió el campamento del



Cincho. Es un *castra æstiva* de unas dieciséis hectáreas formada por un recinto rectangular y una ampliación orientada hacia la sierra del Escudo, a cuyos pies se encuentra. Los estudios polínicos revelan que la fossa permaneció abierta entre mayo y julio, y entre los clásicos materiales de campaña romanos apareció un quinario acuñado en el año 27 a.C.

Tras una nueva jornada de marcha siguiendo la sierra, en un estrechamiento, el castro de la Espina del Gallego (Corvera de Toranzo y Arenas de Iguña, Cantabria) constituye un enclave de gran importancia

estratégica para poder seguir avanzando hacia la costa. Frente a él, a dos kilómetros y medio al sur, fue construido el campamento de Cildá y a aproximadamente esa misma distancia hacia el oeste, el pequeño *castellum* circular de El Cantón.

El *castra aestiva* de Cildá está formada por un cuerpo central de planta rectangular con las esquinas redondeadas, de unas siete hectáreas, con un añadido de forma triangular hacia el sur con doble foso y terraplén. Orientado hacia el castro, hay una ampliación del perímetro defensivo hasta otorgar al conjunto una superficie

de veintidós hectáreas. En la parte más alta del núcleo central fue hallado otro *castellum*, sin duda construido por una guarnición dejada tras la toma del castro, donde aparecieron los restos de un edificio de zócalo de piedra, paredes de tapial y suelo de arcilla, con restos de cerámica, granos de cereal y huesos de aceituna.

A pesar de que la Espina del Gallego presenta tres líneas concéntricas de murallas, las dos exteriores fueron erigidas por otra guarnición que permaneció después de que tomaran el castro, en un barracón de unos cien metros de longitud situado en

aquella estrecha cima. Junto a él fue descubierto un horno de fundición de hierro y un camafeo con el emblema de la familia Mussidia Iulia. También se hallaron dos puntas de proyectiles de *scorpio pila catapultarium*, que prueban el fuego artillero al que fueron sometidos los defensores, además de las inevitables tachuelas de cáligas y un pequeño tesoro de nueve denarios. Para mi relato, he dado por válida la hipótesis formulada en su día por Eduardo Peralta, que identificaba este castro con Aracillum, tras cuya conquista Orosio dice que se tomaron las partes ulteriores del territorio,

cubiertas de bosques y próximas al mar.

Finalmente, más allá de la sierra, a unos doce kilómetros al norte de Cildá, se encuentra el campamento de Campo de las Cercas (Corvera de Toranzo, Anievas y Arenas de Iguña, Cantabria). Con aproximadamente un kilómetro de longitud, su forma rectangular y alargada con dos cuerpos adosados sugiere que se trataba de una *castra æstiva* para dos legiones. Inicialmente se construiría solo una, que más tarde se amplió hacia el norte. Por ello, Peralta ha sugerido que se convirtió en el punto de reunión entre la legión que había desembarcado en la bahía de Santander llegada de

Aquitania y la que habría avanzado hacia el norte tras la toma de La Espina del Gallego.

Esta ruta que remonta el Pisuerga y más tarde el Camesa para acceder al valle de Campoo por el puerto de Pozazal y de allí atravesar la cordillera a través de la sierra del Escudo ha sido una constante histórica en toda invasión de Cantabria desde la meseta castellana, que se reprodujo tanto en la guerra civil como en la de Independencia. Por ello, he supuesto que Antistio no prosiguió con el avance en tres columnas que Octavio había emprendido durante el año anterior, y que en su lugar reagrupó

a sus tropas en un único ejército. Para ello, me he basado en la ruta que definen claramente los campamentos de El Castillejo, La Poza, El Cincho, Cildá y Campo de las Cercas, todos separados por aproximadamente unas quince millas (unos veintidós kilómetros) que C. M. Gilliver estima una jornada de marcha de un ejército romano en su *The Roman Art of War*. Dado que La Poza, El Cincho y Cildá solo pudieron albergar a una legión, las otras dos unidades debieron de continuar operando al sur de la cordillera, para tomar el resto de las grandes *oppida* cántabros.

Uno de esos castros sería Monte

Cildá (Aguilar de Campoo, Palencia), donde Miguel Ángel García Guinea exhumó otros objetos de origen militar romano: parte de las riendas de un caballo, un elemento de suspensión de un *gladius* y varias fíbulas de tipos comunes en las legiones. Otro fue Monte Ornedo (Valdeolea, Cantabria), excavado por Adolf Schulten y Antonio García y Bellido, que más tarde Enrique Gutiérrez y José Ángel Hierro identificaron con un campamento militar romano. Actualmente, en él se realizan trabajos arqueológicos dirigidos por Pedro Ángel Fernández Vega y Rafael Bolado, gracias a los cuales se hallaron



un denario republicano y una clavija de tienda de campaña legionaria. En ambos casos, podrían tratarse de las pruebas de la presencia de una guarnición después de que se tomara el emplazamiento.

No obstante, de entre las acciones bélicas llevadas a cabo al sur de la cordillera sin duda destaca el asedio al castro de la Loma (Santibáñez de la Peña, Palencia), estudiado por Eduardo Peralta. El poblado presenta pruebas de incendio e incluso se hallaron restos humanos. Está rodeado por un campamento de seis hectáreas situado a solo doscientos metros al noreste y dos *castella*, llamados A y B. El primero es

de una hectárea y se encuentra hacia el oeste del poblado amurallado, mientras el segundo se erigió al suroeste y su recinto ovalado delimita media hectárea. Para completar el cerco se construyó un doble sistema de circunvalación y contravalación hasta llegar al río. El asalto al castro se produjo en la zona norte, en cuyo enorme foso excavado en la roca han aparecido casi seiscientas puntas de flecha, varios *pila catapultaria* e infinidad de tachuelas de cáligas.

Este yacimiento tal vez pudiera ser la prueba del avance de otra columna occidental, junto con el recinto

fortificado del Robadorio (Vega de Liébana, Cantabria), descubierto por Manuel Valle a más de 2.200 metros de altitud, y que controla el acceso al valle de Liébana por el sur. Ha sido identificado con un acuartelamiento de tipo *turris*, y en sus proximidades se encontraron un par de *pila catapultarium* y una punta de lanza. Sin embargo, veo difícil una incursión en torno a los Picos de Europa, y mucho más que sean verosímiles las teorías de Eutimio Martino que ubican allí gran parte de los acontecimientos bélicos.

Respecto a la posible columna oriental, solo contamos con la Muela

(Merindad de Sotoscuevas, Burgos), un campamento de dos hectáreas situado en una península acantilada a 1.139 metros de altitud en cuyo istmo se construyeron dos líneas paralelas de *agger* provistas de una puerta. Estudiado por Eduardo Peralta, se encuentra a 4,5 kilómetros del castro del Cerro de La Maza, en el que las excavaciones documentaron la destrucción intencional de buena parte de sus murallas. En el interior de la Muela se hallaron clavijas de tiendas de campaña, fíbulas romanas e indígenas, y los restos de una groma, herramienta topográfica de un mensor. En el exterior, la presencia de varios pila, un *pilum*

*catapultarium* y varias puntas de flecha, seguramente arrojadas desde el campamento, sugiere un ataque desde el collado. El hallazgo de un quinario de Carisio (24 al 22 a.C.), acuñación posterior a la gran campaña del 26 al 25 a.C., hace que posiblemente se trate de una guarnición permanente, aunque la pérdida de tantos útiles de campaña tal vez pueda alimentar la hipótesis de un contingente asediado que tuvo muy mala fortuna. Quizás este episodio pueda corresponderse con alguna acción relacionada con el avance de la columna oriental, pero considero mucho más probable que se trate de algún hecho

relacionado con las rebeliones de entre los años 24 y 19 a.C.

Sabemos que Augusto ordenó la intervención de la flota antes de retirarse a Tarraco, y Paulo Orosio lo considera el desencadenante de la victoria en Bergida/Vellica a cargo de Cayo Antistio. En el año 28 a. C., la IX Legión había formado parte de un ejército de Valerio Mesala Corvino que sofocó una revuelta en Aquitania y, para el siguiente, Dion Casio asegura que Augusto preparaba la invasión de Britania, aunque ese proyecto fue

abandonado a favor de la guerra cántabra. Por tanto, asumo que todos esos preparativos navales fueron empleados para el traslado de la Novena en el 25 a. C. y que previamente esta legión había sido una de las movilizadas hacia el canal de la Mancha. Sin embargo, no existe ninguna alusión en las fuentes a que, antes de desembarcar en Cantabria, sufrieran una tormenta, tal y como sucede en la novela, aunque no deja de ser verosímil.

En su tratado militar, Vegetio sitúa el inicio de la temporada de navegación el 27 de mayo, aunque entre esa fecha y el 10 de marzo se podía navegar

asumiendo riesgos. Dado que las campañas militares normalmente daban comienzo en marzo, que Antistio lograra forzar una batalla a campo abierto gracias a la intervención de la Novena tal vez sólo pudiera darse si la flota actuó durante ese periodo de tiempo.

Tradicionalmente, el punto de desembarco se ha situado en la bahía de Santander, identificada con Portus Victoriæ, nombre tal vez relacionado con el decisivo rol que este desempeñó en el transcurso de la campaña. En su imprescindible monografía sobre las legiones romanas, Julio Rodríguez González considera que la Legio IX



habría adquirido el sobrenombre de Hispana en ese momento, lo cual reforzaría la importancia de su intervención. El geógrafo griego Estrabón nos habla de una plaga de ratas en los campamentos y que el trigo tuvo que traerse desde Aquitania, algo que lógicamente debió realizarse por vía marítima. Para poder desarrollar sus posibles problemas logísticos me ha sido especialmente útil *The Logistics of Roman Army at War*, de Jonathan Roth.

Más allá de esto, desconocemos los detalles sobre la intervención de la Novena. No existen pruebas arqueológicas en torno a la bahía de las

guerras cántabras y por ello mi recreación de Portus Victoriæ está inspirada en la ubicación de los restos romanos posteriores, en la disposición habitual en un campamento de estas características y en el trazado de la puebla medieval. En realidad, ni tan siquiera se puede asegurar que el Puerto de la Victoria se encontrara en torno a lo que hoy es el centro de Santander. Bajo la catedral, entre otros restos y estructuras de época romana, Joaquín González Echegaray únicamente descubrió un muro de contención de hacia el cambio de era, aunque no hay que olvidar que los campamentos de

campaña normalmente dejan una leve huella en el registro arqueológico.

El castro que los protagonistas han de rebasar hacia el sur de la bahía es el de Castilnegro, en Peñacabarga, estudiado en su día por María Ángeles Valle. Tras ello se reúnen con el resto de su unidad en Campo de las Cercas. La batalla posterior es completamente ficticia y la he ubicado en el castro de La Masera (Cortiguera, Cantabria), que, a pesar de haber aparecido en superficie materiales procedentes de la Edad del Hierro, aún no ha sido excavado. No obstante, el desarrollo general de los acontecimientos bélicos responde a

patrones propios de la época: las retiradas fingidas son citadas varias veces como una estrategia típicamente hispana (César dice que fue empleada por los pompeyanos en Ilerda); por su parte, el *cantabricus impetus* o *cantabricus circulus* es una táctica sin duda de origen cántabro de la que nos habla Arriano.

He identificado al Medulio con el monte Hijedo (Valderredible, Cantabria, y Alfoz de Santa Gadea, Burgos) de forma totalmente arbitraria, solo por ser bien conocido en época visigoda y ante la

necesidad de establecer alguna localización concreta que haga posible las descripciones. En su marcha hasta él, los contubernales pasan junto a diversas guarniciones destinadas a mantener un corredor a través de la sierra del Escudo, el valle de Campoo, el puerto de Pozazal y los cursos del Camesa y el Pisuerga. Esta ruta da comienzo en el pico Loro (San Felices de Buelna, Cantabria), un pequeño emplazamiento fortificado sobre el monte Dobra descubierto por Ramón Bohígas que controla el acceso al valle de Buelna hacia el norte. Rodeado por una muralla de piedra, su identificación con una

*turris* obedece a unas ruinas asociadas a restos de cerámica, ladrillos y tejas romanas.

Los contubernales abandonan este camino poco antes de llegar a Iuliobriga. Joaquín González Echegaray estableció la fundación de esta ciudad hacia el año 25 a.C., debido a que su nombre responde a la *gens* Julia, al igual que el de Segisama Iulia, y no al apelativo que el Senado otorgó al *princeps* en el 27 a.C., presente en fundaciones inmediatamente posteriores, como Caesaraugusta o Emerita Augusta. Las excavaciones en Retortillo (Campoo de Enmedio, Cantabria), localidad con la

que tradicionalmente se identifica, han exhumado un *pugio* romano y materiales de época augustea junto a otros indígenas en los niveles fundacionales del yacimiento, lo que sugieren que pudiera estar construida sobre un poblado de la Edad del Hierro. Otros investigadores, como Pedro Ángel Fernández Vega, sitúan a Iuliobriga en el yacimiento de Camesa-Rebolledo (Valdeolea, Cantabria), cuyo posible carácter militar relacionado con la Legio IV Macedónica fue planteado por Ma. Ángeles Valle y Mariano Luis Serna. De allí procede un asa de cubrenuca de un casco romano y un

ladrillo o tégula con la estampilla LEG. En opinión de José María Robles, el edificio de El Conventón podría corresponder a unas termas militares, mientras que el de La Cueva, a un barracón romano.

Finalmente, en su travesía marítima, los protagonistas pasan junto a Portus Vereasueca (San Vicente de la Barquera) y el castro de Prellezo (Val de San Vicente), donde han sido halladas varias tachuelas de cáligas romanas. El fuerte donde se refugiaría Corocuta controlando el desfiladero de la Hermida, que supone el acceso al valle de Liébana, es en realidad un castillo



del siglo VIII llamado La Bolera de los Moros (Peñarrubia, Cantabria), estudiado por Pedro Miguel Sarabia. Para esta nueva licencia literaria he elegido un emplazamiento real solo para evitar descripciones vagas e imprecisas, aunque en la comarca abundan los enclaves militares de distintas épocas a causa de su gran interés estratégico.

El lector habrá advertido que apenas hago mención al desarrollo de la campaña astur y, después de todo, la intriga de los publicanos gira en torno al oro de las Médulas. En las primeras versiones de la novela se hablaba del triple ataque de los astures, la traición

de los brigaecinos y la toma de Lancia, además de los importantísimos hallazgos de la Carisa (Aller y Lena, Asturias), yacimiento casi gemelo a La Espina del Gallego. Desgraciadamente, en las últimas revisiones me vi obligado a suprimir buena parte de la documentación para no saturar de datos que no estuvieran directamente relacionados con la trama, y por ello todo lo concerniente al *bellum asturicum* tuvo que pasar a mejor vida. No obstante, me gustaría señalar que esto no se debe a que no posea una gran relevancia.

El desarrollo de las guerras cántabras posiblemente sea la parte de la novela más sujeta a interpretaciones, y de entre ellas la más espinosa es sin duda la de Corocotta. En un conocido pasaje destinado a ensalzar la piedad de Augusto, Dion Casio dice lo siguiente: «Esto es lo que se recordaba de él (Augusto) y también que su irritación contra quien le había ofendido no era desmedida y que no faltaba a su palabra con estos desmerecedores. Así, un tal Corocotta, preponderante bandido de Iberia, despertó a tal punto su cólera que ofreció doscientos cincuenta mil monedas a quien lo capturase. Pero

después, cuando se presentó ante él voluntariamente, no solo no le hizo daño sino que le entregó aquel dinero».

Desde que Juan Sala publicase en 1862 su *Diccionario biográfico universal* se ha venido considerando a Corocotta como un caudillo cántabro. Augusto únicamente acudió a Hispania en tres ocasiones: la primera en el año 45 a. C., para participar en la batalla de Munda junto a su tío abuelo; la segunda para dirigir la conquista de Cantabria desde la Tarraconense; y una última entre los años 16 y 13 a.C. con el fin de emprender un importante reordenamiento territorial. Por tanto,

solo participó en una campaña contra indígenas en Hispania, durante los años 26 y 25 a.C., para someter a los cántabros, por lo que es muy posible que este episodio tuviera lugar entonces.

Para la novela, he dado por válida la suposición de Eduardo Peralta que consideraba a Corocotta el caudillo de una cofradía de guerreros, una institución muy extendida entre los pueblos indoeuropeos arcaicos y que en su día los investigadores alemanes denominaron *männerbünde* (amistad masculina). Sin embargo, recientemente han surgido teorías que presentan a este personaje como un bandolero

norteafricano; se basan en que el término griego *corocotta* era empleado para referirse a la hiena y al hacer una lectura literal del apelativo *lestés* («bandido»). En ese sentido, baste recordar las palabras de Antonio García y Bellido en un discurso leído en la Academia de la Historia en 1945: «Efectivamente, los historiadores y analistas romanos, y por ellos también los escritores griegos desde Polibio, empleaban con frecuencia para los individuos que integraban tales bandas estos denigrantes calificativos (*prædo*, *latro*, *lestés*), y, consecuentemente, el jefe de dichas formaciones no era sino un

simple *latronum dux*, aunque se tratase de caudillos como Kaisaros, Púnico, Kaukeno o Viriato, que solían mandar sobre formaciones de quince mil y más hombres, y aun cuando estos verdaderos ejércitos batallasen a las veces en campo abierto y sitiasen, con todas las reglas de la poliorcética, ciudades y campamentos».

En la única monografía publicada sobre el encuentro entre Augusto y Corocotta, Ángel Ocejo aúna erudición y sensatez para tratar de contextualizarlo. Destaca que, al referirse a esos «doscientos cincuenta mil», Dion emplee el término *argyrios* o

«moneda de plata» y, por tanto, se trataría de dracmas, cuya equivalencia romana era el denario. Más tarde, el historiador griego emplea de nuevo esa expresión para aludir a la cantidad exigida a un équite designado por un magistrado (Dion 54, 30) y obviamente también se entiende que fueran denarios. En todo caso, tanto si son denarios como sestercios, moneda cuatro veces menor, se trata de una colosal suma que obviamente no puede ser la recompensa por un simple salteador de caminos.

Adolf Shulten señaló que el nombre Corocuta se documenta en una estela funeraria de Mérida, formado por la raíz



*koros* o *koyros* (guerra, ejército), al igual que otros antropónimos indígenas del área galaico-lusitana como Corocus o Corocaudius. Jesús Maroñas considera que la segunda parte del nombre procede de la voz céltica *kottos* (viejo), por lo que significaría «guerrero veterano». Al igual que los cántabros, los lusitanos hablaban una lengua con un fuerte sustrato antiguo europeo posteriormente celtizado, y no es de extrañar que este nombre u otro similar pudiera emplearse en Cantabria. En un artículo elocuentemente titulado «Nombres cántabros y nombres de los cántabros», Juan Manuel Sobremazas

señala que, del mismo modo que gracias a la epigrafía de época romana podemos constatar una onomástica típicamente cántabra, coexistió con otra común dentro del ámbito céltico peninsular. Por otra parte, el nombre *corocotta* o *krokuta* no es de origen norteafricano, sino griego, y, tal y como señala Ocejó, en realidad se empleaba para designar a la hiena rayada que habitaba en Asia, y así el propio Dion Casio se refiere a la *corocotta* como un animal propio de la India (Dion, 76, 13).

Poco antes de hablar de *Corocotta*, al

describir la personalidad del primer emperador romano, Dion Casio había puesto como ejemplo de su carácter confiado otra anécdota protagonizada por su maestro Atenodoro, quien logró llegar ante él oculto en una litera, como si fuera una mujer, y armado con una espada, solo para demostrarle lo fácil que sería atentar contra su vida. Sin embargo, en su *Vida de Augusto*, Suetonio presenta otra opuesta, en la que el *princeps* ordena torturar y asesinar al pretor Quinto Galio tras observar un bulto sospechoso bajo su toga, temiendo que se tratara de un arma, aunque en realidad sólo eran unas tablillas de cera

para escribir. Pongo estos dos pasajes como ejemplo, centrados en un rasgo muy concreto de la personalidad de Augusto, para ilustrar lo difícil que resulta conciliar a las distintas fuentes a la hora de otorgarle una personalidad coherente. Cayo Suetonio Tranquilo, a quien Theodor Mommsen en su día llamó «chismosa» por su desmedida afición al anecdotario sexual, fue un miembro de la clase senatorial de abiertas simpatías republicanas que demuestra una clara animadversión hacia los primeros emperadores. Por su parte, Dion Casio, a pesar de ser griego, es muy posible que se basara en fuentes

coetáneas y afines al *princeps*, tal vez Tito Livio y su propia autobiografía, lo que explicaría su amable retrato de Augusto. Para tratar de reconstruir la personalidad del primer emperador romano, he preferido recurrir a los clásicos *La revolución romana*, de Ronald Syme, y *Augusto y el poder de las imágenes*, de Paul Zanker, además de a varias biografías.

Por su parte, Tiberio Claudio Nerón no fue tan afortunado como su padrastro. Sin contar con algún defensor, su imagen está totalmente condicionada por la hostilidad de Suetonio unida a la de Tácito, otro senador que no le perdonó

su purga entre los miembros de esta cámara, lo cual dejó su huella en el *Yo, Claudio*, de Robert Graves. Tal y como señaló José María Blázquez, a pesar de su impopularidad en su época, la historiografía moderna tiende a ser mucho más benigna con este buen general y eficiente administrador seguidor de la filosofía estoica, consciente de que en Roma ser «popular» era casi sinónimo de ser «populista».

Vitruvio fue el autor del famoso tratado *Los diez libros de la arquitectura*, aunque sabemos muy poco acerca de su vida, más allá de que fue

ingeniero militar. Su única obra conocida es la basílica de Fanum y no existen pruebas de que participara en la construcción del Panteón de Agripa, algo que tampoco sería descabellado si tenemos en cuenta que trabajó en el diseño de varios acueductos cuando el yerno de Augusto desempeñó el cargo de edil en el año 33 a.C. A partir de su obra, hay autores que consideran probable su presencia en diversas batallas como Alesia, aunque no es muy factible que diseñara su sistema de asedio, pues estaba especializado en artillería. Dedicó su tratado a Augusto, agradeciendo a su hermana Octavia su

mediación para recibir una pensión a cambio. He tratado de plasmar el carácter que nos ha llegado a través de sus escritos, aunque, al igual que los dos personajes anteriores, el resultado no deja de ser una interpretación.

Por último, a pesar de las ineludibles simplificaciones, necesarias en cualquier relato de ficción, toda la información expuesta sobre los publicanos se ajusta a la realidad, aunque su conspiración para prolongar la guerra cántabra es totalmente ficticia. No obstante, la pérdida del control sobre las minas de oro y plata forzosamente tuvo que levantar muchas



ampollas entre ellos.

Como ya he señalado, el objeto de este apartado final era explicar qué hay de realidad y qué de ficción en *Pax romana*. Creo que el resultado es perfectamente compatible con el conocimiento histórico y arqueológico actual; sin embargo, es muy probable que en el futuro este pueda ser corregido, ampliado o matizado gracias a nuevos hallazgos y aportaciones. No espero que el lector vea esta novela como una verdad esculpida en mármol, sino ante todo como un relato de ficción.

Santander, 14 de junio de 2011

# Agradecimientos

Una novela es la amalgama de infinidad de voces y vivencias a la que alguien ha decidido dar una nueva forma. En este caso, las compartidas con viejos amigos, además de con otra gente a la que no conozco en persona o que lleva muerta más de dos mil años. El hecho de destacar a alguien por encima del resto resulta difícil, pero es una obligación que, llegado a este punto, me veo forzado a asumir.

El germen de esta historia fue el accidentado viaje que llevó a diez mil griegos desde las llanuras de Cunaxa

hasta el Egeo, y el de un grupo de pandilleros desde el Bronx a Coney Island. María Jesús Sánchez me convenció de que trasladara ese embrión desde la Galia hasta mi tierra, y una vez allí cobró vida propia. He de agradecerle su constante ayuda, dedicación y consejos, sin los cuales este libro jamás habría existido.

También debo dar las gracias a Silvia Carnicero, por sus acertadas sugerencias médicas, sus pacientes lecturas de un borrador tras otro y al meritorio hecho de ser mi mujer.

Poca gente tiene la suerte de que su maestro de armas sea al mismo tiempo

su amigo. Miguel Díaz de Espada no solo es ambas cosas, sino que además me ayudó con las cuestiones marciales.

Debo dar las gracias a mis viejos camaradas orgenomescos, por nuestras infatigables tertulias en el Atropá acerca de historia, arte, literatura y *heavy metal*, siempre inspiradoras. Nuestras excursiones por las montañas de Cantabria me han servido de ayuda para muchas escenas.

Gracias a mis compañeros del Clan del Cuervo, en cuya compañía he viajado una y otra vez al pasado, y con los que he compartido a partes iguales momentos duros e inolvidables. Esos

momentos difíciles son los que definen a una persona.

A mi familia, por dármele todo.

Hace veintiún años llegó a mis manos un libro de Joaquín González Echegaray, que fue el comienzo de una interminable sucesión de lecturas. Más tarde, el trabajo de Eduardo Peralta Labrador hizo que ese pedazo de historia se convirtiera en algo físico y tangible. De algún modo, ambos también son autores de esta obra.